


De Dublín a Nueva York

Maeve Brennan

A black and white photograph of Maeve Brennan in a study. She is looking over her shoulder towards the camera. In the background, there is a desk with a typewriter, a vase of flowers, and a stack of books on a shelf.

«Como estudio de la vida marital,
estas historias son absolutamente
definitivas.»

William Maxwell

**Lo mejor de una autora
inmensa, admirada por William
Maxwell, Alice Munro, John
Updike o Edna O'Brien**

DE DUBLÍN A NUEVA YORK

MAEVE BRENNAN

TRADUCCIÓN DE ISABEL NÚÑEZ

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

© *The Estate of Maeve Brennan*, 1997
© Traducción: Isabel Núñez
© Ediciones Alfabia/Malpasso Holdings, S. L.
C/ Diputació 327, principal
08010 Barcelona
www.malpassoycia.com

Títulos originales: *The Springs of Affection: Stories of Dublin The Long-Winded Lady*

ISBN: 978-84-17893-22-4
Primera edición: junio de 2019

Imagen de cubierta: Maeve Brennan, 1948, Nueva York © Karl Bissinger

Composición digital: Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

ORIGEN DE LOS TEXTOS

Todos los relatos de la sección *Cuentos dublinese*s aparecieron en la revista *The New Yorker*, excepto *The Poor Men and Women*, «Los pobres», que se publicó en *Harper's Bazaar*.

A continuación se enumeran por orden de publicación.

The Poor Men and Women, «Los pobres», abril de 1952.

The Morning after the Big Fire, «La mañana después del incendio», 7 de febrero de 1953.

The Clever One, «La más lista», 30 de mayo de 1953.

The Lie, «La mentira», 3 de octubre de 1953.

The Day We Got Our Own Back, «El día en que nos vengamos», 24 de octubre de 1953.

The Barrel of Rumors, «El torno de los ruidos», 27 de febrero de 1954.

The Devil in Us, «El diablo que nos habita», 3 de julio de 1954.

The Old Man of the Sea, «El viejo del mar», 15 de enero de 1955.

An Attack of Hunger, «Un ataque de hambre», 6 de enero de 1962.

A Young Girl Can Spoil Her Chances, «Una chica puede malograr su suerte», 8 de septiembre de 1962.

The Drowned Man, «El ahogado», 27 de julio de 1963.

The Carpet with the Big Pink Roses on It, «La alfombra de rosas», 23 de mayo de 1964.

Free Choice, «Libre elección», 11 de julio de 1964.

The Shadow of Kindness, «Una sombra amable», 14 de agosto de 1965.

The Twelfth Wedding Anniversary, «Aniversario», 24 de septiembre de 1966.

The Sofá, «El sofá», 2 de marzo de 1968.

The Eldest Child, «El hijo mayor», 29 de junio de 1968.

Stories of Africa, «Historias de África», 10 de agosto de 1968.

The Springs of Affection, «Las fuentes del afecto», 18 de marzo de 1972.

Christmas Eve, «Nochebuena», 23 de diciembre de 1972.

Family Walls, «Muros familiares», 10 de marzo de 1973.

Todos los textos de la sección *Crónicas de Nueva York* se publicaron en la revista *The New Yorker* entre 1953 y 1968 en la sección «The Talk of the Town».

CUENTOS DUBLINESES

LA MAÑANA DESPUÉS DEL INCENDIO

Desde mis cinco años hasta casi los dieciocho, vivimos en una casa pequeña en un barrio de Dublín llamado Ranelagh. En nuestra calle, todas las casas eran de ladrillo rojo y tenían pequeños jardines detrás, parte de cemento y parte de hierba, separados unos de otros por muros de piedra bajos. Cuando nos instalamos, yo no llegaba a ver nada por encima de los muros, pero en los últimos años recuerdo que podía mirar con facilidad, así que supongo que tendrían un metro y medio. Todos los jardines tenían un muro común al fondo, que naturalmente era muy largo, pues abarcaba toda la longitud de la calle. Nuestra calle se consideraba un pasaje porque uno de los extremos, el más lejano para nosotros, no tenía salida. Era un pasaje corto, con veintiséis casas a un lado y veintiséis al otro. Nosotros vivíamos en el número 48 y solo a cuatro casas de distancia de la calle principal, Ranelagh Road, donde circulaban tranvías y autobuses y toda clase de coches, con bastante ruido de tráfico.

Más allá del muro del fondo del jardín se extendía un gran club de tenis, y a veces, en verano, especialmente durante los torneos, mi hermana pequeña y yo nos asomábamos a una ventana trasera de la casa y contemplábamos a los jugadores con sus blancas camisas de lino y sus amplios pantalones de franela, y los oíamos vocear los tantos. El club tenía un local, pero no lo veíamos. Nuestra visión quedaba parcialmente obstruida por la gran construcción del garaje, que se apoyaba en el muro del fondo de nuestro jardín y los otros cuatro jardines que nos separaban de Ranelagh Road. Algunos de los vecinos de nuestro pasaje dejaban el coche en aquel garaje y la gente que venía a jugar al tenis aparcaba los coches allí. Siempre se veía movimiento en aquel garaje y nunca llegué a entrar allí, aunque comprábamos la comida en una tienda contigua. La tienda daba a Ranelagh Road y tanto la tienda como el garaje eran

propiedad de un hombre colorado y larguirucho y de su mujer, gruesa con el pelo rojizo claro; eran los McRory. Las tardes de verano, cuando mi hermana y yo íbamos a la tienda a comprar granizado en vasos de plástico, había algunos jugadores por allí, refrescándose con el hielo y también con botellas de limonada.

Una mañana de verano, muy temprano, cuando aún estaba oscuro, oí la voz de mi padre muy excitada al otro lado de la puerta de mi dormitorio. Yo tendría unos ocho años. Mi hermana pequeña dormía en la misma habitación que yo.

—¡La tienda de McRory está ardiendo! —decía mi padre.

Se había despertado con el resplandor rojo de las llamas contra su ventana. Se puso algo encima y corrió a ver qué pasaba y mi madre nos dejó mirar el incendio desde una ventana de atrás, la misma ventana por la que solíamos mirar los partidos de tenis. Era un fuego con todas las de la ley, con llamas que saltaban y denso humo torrencial, y un fragor constante de destrucción, quebrado por los golpes que daban al caer algunos pedazos del tejado. Mi madre se preguntó en voz alta si habrían podido salvar los coches y eso nos hizo mirar el edificio ardiente con un interés renovado y con el inmenso temor de imaginar grandes coches brillantes devorados por aquel fuego galopante. Era muy emocionante. Mi madre nos hizo volver al dormitorio, pero incluso allí sentíamos cierta emoción oyendo a los hombres llamarse unos a otros en la calle y cerrando de golpe sus puertas tras ellos para correr fuera a ver el espectáculo. Como había decidido que nuestra casa no corría peligro, mi madre nos arrojó en la cama con firmeza, pero yo no podía dormir, y en cuanto se hizo de día, me vestí y corrí escaleras abajo. Mi padre tenía muchas cosas que contar. El garaje era una ruina, dijo, pero la tienda se había salvado. Muchos coches se habían destruido. Nadie sabía cómo había empezado el fuego. Algunos de los hombres del garaje habían sido muy valientes, corriendo a rescatar todos los coches que podían. La parte del edificio que daba a nuestro jardín se veía chamuscada, frágil y vacía porque ya no le quedaba tejado y su interior había desaparecido. El aire olía fuertemente a quemado.

Salí silenciosamente al pasaje, que estaba desierto; no había niños jugando y aún era muy temprano para que los hombres marcharan a trabajar. Avancé por el pasaje en dirección del extremo ciego. La gente que vivía allí estaba

demasiado lejos del garaje para que les hubiera molestado el resplandor. La madre de un niño que era amigo mío salió a su puerta a tomarse su vaso de leche.

—¡La tienda de McRory se incendió anoche! —le grité.

—¿Qué dices? —preguntó, muy asustada.

—Se quemó toda —dije yo—. Apenas quedó una pared. Los coches de mucha gente también se quemaron.

Ella se volvió y miró por encima de su hombro en dirección a su cocina, que, al ser todas las casas idénticas, estaba orientada igual que la nuestra.

—¡Jim! —exclamó—. ¿Has oído? La tienda de McRory se quemó anoche. Todo el edificio... No queda ni una viga... Y nosotros durmiendo tan tranquilos —me dijo, como si la idea de aquel sueño profundo la desconcertara e inquietara.

Su marido se apresuró a asomarse junto a ella y tuve que contar toda la historia de nuevo. Él dijo que iría a la tienda de McRory a echar un vistazo y aquello me enfureció, porque a mí no me dejaban acercarme y sabía que, cuando él volviera, tendría mucha más autoridad que yo. Pero no había tiempo que perder. Otras personas empezaban a abrir sus puertas y yo quería darles la noticia a todos.

—¿Han oído las noticias? —gritaba a todos los que veía y, naturalmente, a los que me prestaban oído, fascinados por lo que iba a contarles. Uno o dos hombres que se apresuraban hacia su trabajo pasaron con una expresión tan hermética y adusta que no me atreví a acercarme y ellos siguieron en su ignorancia hacia Ranelagh Road, provocándome una temerosa angustia porque sabía que antes de que llegaran a su autobús o su tranvía, algún intruso entrometido me robaría la primicia con ellos. Entonces, una mujer con la que había hecho buenas migas en los últimos tiempos me llamó desde su ventana principal.

—¿Qué le estabas diciendo a la señora Pierce? —me preguntó, en un fuerte murmullo.

—Ah, que la tienda de McRory se incendió anoche. Y casi todos los coches se quemaron. Casi no ha quedado nada, dice mi padre —ahora ya lo contaba bruscamente.

—No me digas —dijo con expresión encantada, y enseguida me abrió la puerta principal, más impaciente que nadie por escuchar las noticias.

Con todo, mi hora de gloria duró poco. Empezaron a salir los demás niños —a algunos incluso los dejaban ir a ver el desastre— y pronto el fuego dejó de ser mío, porque ya había otros por allí que sabían más que yo. Fingí perder interés, aunque me alegré cuando alguien —no mi padre— me dio un trozo de metal retorcido y negruzco de uno de los coches.

El club de tenis había quedado intacto y aquella tarde aparecieron los jugadores, tan brillantes e inmaculados con sus camisas de lino y sus pantalones amplios de franela, níveos y refulgentes, como si el garaje humeante y las hileras de coches chamuscados que habían atravesado para llegar al campo no pudieran interferir en sus asuntos ni impresionarlos. Se acercaba la fecha de los torneos y un hombre estaba pintando la plataforma en la que se sentaría el juez y desde la cual una señora con amplio sombrero y un vestido de gasa floreada presentaría copas y medallas a los jugadores victoriosos. Ahora, a la luz del sol, levantaron sus raquetas y empezaron a jugar, y sus gritos resueltos y formales se mezclaban con los gritos ásperos de los hombres que trabajaban en el oscuro caos del garaje. Mi hermana pequeña y yo, mirando por la ventana, imaginábamos que el golpeteo rítmico de la pelota contra las raquetas coincidía con los sonidos inidentificables que nos llegaban del desastre, que podían ser gemidos o chillidos, cuando el edificio, incapaz de recobrase del fuego, se desmoronó.

No pasó mucho tiempo antes de que los McRory levantaran otro garaje, hecho de chapa de metal ondulado y plateado; estridente y deslumbrante contra el muro de nuestro jardín, nos quitaba más vista que la antigua construcción. El nuevo garaje parecía resistente y duradero y tan difícil de incendiar como una olla o una pava. La bonita cancha verde, que hasta entonces parecía desplegarse confortablemente en dirección del antiguo edificio de madera, ahora parecía haberse dado la vuelta y alejarse en la distancia, como si no le gustara la antiestética nueva estructura y no quisiera tener nada que ver con ella.

Mi padre dijo que era muy improbable que se produjera otro incendio, pero yo recordaba aquella hermosa mañana oscura, con toda su excitación y mi propia importancia, y anhelaba que hubiera otro. Estaba decidida a descubrir el fulgor de las llamas antes que mi padre y examinaba el garaje con gran atención, tanto como podía, en busca de signos que anunciaran el

incendio, pero sufrí una decepción. El garaje seguía en pie, con toda su fealdad, cuando dejamos la casa años después. Yo siempre pensaba que si alguna niña entraba a hurtadillas una noche con una cerilla y le prendía fuego otra vez, yo no la culparía, siempre que me dejara ser la primera en dar la noticia.

EL VIEJO DEL MAR

Una tarde de jueves, un viejo vendedor de manzanas llamó a la puerta de nuestra casa en Dublín. Me pareció que tendría unos noventa años. Tenía el pelo blanco y fino, la espalda encorvada, la expresión vaga y humilde, y sostenía el sombrero en una de las manos. La otra mano reposaba sobre el asa de una enorme cesta de manzanas que tenía al lado. Mi madre, que había abierto la puerta al oír su llamada, lo estaba mirando. Yo espíé más allá de ella. Tenía nueve años. Lo primero que se me ocurrió preguntarme fue cómo un hombre tan delgado podía cargar con aquella enorme cesta de manzanas, porque no se veía a nadie más por allí, hasta donde llegaban mis ojos, que pudiera echarle una mano. La segunda pregunta fue desde dónde habría venido con su carga. Seguro que los mismos interrogantes consternados le rondaban a mi madre por la mente, pero no tuvo opción de preguntarle nada, porque en cuanto empezó a abrir la puerta él se puso a hablar, describiendo sus manzanas, elogiándolas y diciendo lo baratas que eran. Al cabo de pocas palabras hizo una pausa para tomar aliento, al parecer, y quizá para recuperarse y asegurarse de que la puerta seguía abierta y de que seguíamos escuchándolo, o quizá para asegurarse de que él mismo seguía donde creía estar. Cuando mi madre pudo interrumpirlo sin ser descortés, le dijo apresuradamente que se quedaría con una docena de manzanas para comer y otra docena para cocinar. Trajo dos cuencos grandes de la cocina, los llenó de manzanas y pagó al viejo. Me dejó que cerrase la puerta. Yo lo observé arrastrar los pies por el diminuto pasillo de losetas que llevaba hasta la acera. Cerró la puerta de nuestro jardín cuidadosamente tras de sí y empezó a abrir la de los vecinos, pero enseguida le dije que estaban fuera. Asintió sin mirarme y continuó su camino. Yo corrí a la sala que daba a la fachada. Desde la ventana podía observar su suerte en las otras cuatro casas que le quedaban

por visitar. Por la rapidez con que se retiró de cada puerta y por la manera brusca en que cerraba las puertas del jardín tras él, concluí que no había vendido más manzanas.

Bajé a la cocina. Mi madre ya estaba pelando las manzanas para cocinar. Mi tío Matt, hermano de mi madre, estaba junto a la puerta del jardín, fumando un cigarrillo. Mi hermana pequeña, Derry, estaba sentada en una silla e intentaba dar palmadas con las manos por detrás de la espalda.

—Supongo que te has quedado con todas las manzanas que tenía en la cesta —le dijo a mi madre.

—Qué va —dije yo rápidamente—. Le quedaba la mayoría y no ha vendido ninguna más. Seguro que hemos sido los únicos que le han comprado alguna.

—¿Qué te decía yo? —replicó mi madre, sin apartar los ojos de las manzanas—. Que Dios lo ayude, se te rompería el corazón viéndolo allí de pie, con su sombrero viejo en la mano.

—Media docena habría bastado —dijo mi tío amistosamente—. Ahora lo has animado e irá detrás de ti durante el resto de tu vida. ¿No es así, Maeve?

—Como el Viejo del Mar —contesté yo, pero nadie me hizo caso.

—Deberías avergonzarte —le dijo mi madre a mi tío—, siempre pensando mal de todo el mundo. Es la primera vez que lo he visto y me sorprendería mucho que volviera. No le compensará arrastrar una cesta tan grande de puerta en puerta.

Yo estaba pensando en el viejo que se había unido a Simbad el Marino. Estaba pensando en lo vulnerable y frágil que parecía el viejo cuando Simbad se lo encontró por primera vez y cómo, cuando Simbad se lo cargó a la espalda para llevarlo, el viejo se hizo más gordo y más fuerte y aún más fuerte hasta que, cuando ya era demasiado tarde, Simbad empezó a odiarlo. Era una historia que siempre me había fascinado, sobre todo la descripción de las crueles manos del viejo, que parecían garras, y su forma de clavarse en los hombros de Simbad.

El jueves siguiente, el viejo volvió a aparecer en la puerta de nuestra casa, a la misma hora de la tarde. Cuando mi madre abrió la puerta, estaba allí de pie, con el desvencijado sombrero en la mano y los flacos hombros encorvados y la cesta de manzanas a su lado, pero esta vez encima de la cesta había dos bolsas de papel de embalar, llenas de manzanas. Se inclinó

difícilmente, cogió las bolsas y se las ofreció a mi madre, diciendo algo que no pudimos entender. Tuvo que repetirlo dos veces hasta que lo entendimos.

—Una docena de cada —dijo.

Mi madre empezó a hablar, pero cambió de opinión, se dio la vuelta, cogió el dinero, le pagó y cogió las manzanas. Yo me quedé en la puerta mirándolo, esperando captar en sus ojos descoloridos un brillo de la malignidad que había poseído al viejo pecador de la playa de Simbad, pero aquel viejo parecía no tener visión alguna. De nuevo lo observé desde la ventana de la sala, y luego me reuní con mi madre en la cocina.

—No ha ido a las otras casas —anuncié—. Supongo que temía que no le compraran ninguna.

—Supongo —dijo mi madre con desaliento—. Pero yo hoy no quería dos docenas de manzanas. Si acaso me habría quedado media docena. Y no quería decirlo el otro día delante de tu tío Matt, pero es más caro que en McRory's.

McRory's era la tienda de ultramarinos de la esquina, donde comprábamos.

—Bueno —concluyó mi madre—. Quizá sean mejores manzanas —pero dejó las bolsas sin abrir en la mesa de la cocina.

—Él contaba con nosotras —dije yo.

—Eso lo sé muy bien —contestó mi madre—. Fui tonta el primer día y ahora nunca me libraré de él. Si vuelve el próximo jueves, compraré media docena y ni una más. Tendré preparado el dinero exacto.

Aquella resolución la animó y desparramó las manzanas sobre la mesa.

—Son muy buenas —dijo—. Me pregunto de dónde las saca.

—Me pregunto de dónde viene él —dije yo.

—Ah, pobre viejo cristiano —dijo—. Probablemente hace todo el camino andando.

—A menos que encuentre a alguien que lo lleve.

—¿Con esas manzanas? —repuso ella, sorprendida.

—Parece muy cansado —dije yo, intentando recordar si tenía los dedos como garras.

—¿Cómo no iba a parecer cansado? —dijo mi madre—. Es un hombre muy mayor.

El jueves siguiente, ella tenía el dinero preparado en la mano cuando el hombre llamó a la puerta. Apenas le había abierto, ya empezó a hablar.

—Hoy solo quiero media docena de manzanas —le dijo claramente, sonriéndole.

Yo también sonreí, para demostrar que ella no tenía mala intención. El viejo tenía las bolsas preparadas en los brazos, y aunque mi madre es bajita, él parecía aún más bajo. Ella repitió gravemente lo que había dicho y meneó la cabeza ante las bolsas.

—Deme solo media docena —le dijo, y no sé si sonreía, porque yo estaba mirando al viejo, que parecía a punto de llorar. De pronto, mi madre tendió la mano y se quedó con las dos bolsas y se apresuró a alejarse, pidiéndome que cogiera el dinero y le pagara.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —le pregunté cuando se fue.

—Mira, no es que las manzanas me preocupen tanto —dijo ella—. Pero no creo que tenga que comprárselas.

—¿Has visto que siempre lleva la cesta llena, excepto por las manzanas que le compramos?

—Ah, supongo que solo va a las casas seguras —dijo amargamente—, y no se le puede culpar por eso. Solo intenta sobrevivir, como todo el mundo.

Durante unos pocos jueves siguientes no opusimos resistencia, pero yo pude fijarme en que los dedos del viejo no parecían garras en absoluto. Eran cortos y regordetes, con los nudillos muy salientes.

Y una tarde de jueves, unos tres meses después de que le comprásemos las primeras y fatídicas dos docenas, mi madre decidió, después de que todo saliera mal aquel día, que cogería el toro por los cuernos de una vez por todas.

—Mirad —dijo—, no pienso comprarle manzanas al viejo hoy. Aunque las necesitáramos, no se las compraría. Aunque tire la puerta abajo, no pienso contestar.

Derry y yo intercambiamos una mirada expectante. íbamos a fingir que no estábamos. Lo habíamos hecho antes con gente a la que no queríamos abrir y nos encantaba. Nos gustaba quedarnos rígidamente inmóviles, escuchando los vanos golpes en la puerta principal y, sobre todo, disfrutábamos por tener a nuestra madre para nosotras durante unos minutos, porque sabíamos que el mínimo crujido que hiciéramos, en cualquier rincón de la casa, nos traicionaría ante los oídos siempre alerta del exterior. Y luego siempre surgía

una sensación general de triunfo cuando al fin oíamos cerrarse de nuevo la puerta pequeña del jardín y sabíamos que el enemigo había sido derrotado. Pero esta vez hubo un suspense extra con el que no contábamos. Estábamos todas en la cocina cuando se oyó la llamada del anciano. La cocina estaba separada de la puerta principal solo por un corto y estrecho vestíbulo, así que cerramos la puerta de la cocina. Oímos la primera llamada, luego la segunda y la tercera. Al final, el anciano llamó varias veces en rápida sucesión. Derry y yo empezamos a tambalearnos sacudidas por risitas involuntarias y mi madre nos miró con reproche. De todas formas, ella estaba en tensión.

Un ruido familiar, como de rascado, llegó a nuestros oídos, y nos miramos una a otra, horrorizadas.

—Debe de haber entrado de algún modo —dijo mi madre en un temeroso susurro.

Yo abrí gradualmente la puerta de la cocina.

—Ha metido la mano en el buzón —susurré por encima del hombro a las demás.

A mitad de la puerta había una amplia grieta por donde el cartero empujaba las cartas y papeles para que cayeran al suelo del vestíbulo. Por fuera, la hendidura estaba protegida por un alerón de cobre y el viejo lo había levantado y estaba intentando atisbar el vestíbulo. Sabíamos muy bien que aquel hueco solo permitía una vista muy limitada e indistinta del vestíbulo, pero estábamos irracionalmente asustadas de que hubiera encontrado una apertura hacia la casa. De pronto empezó a gritar por la grieta.

—¡Grita como un loco! —susurró Derry—. Nos matará a todas.

—¿Entiendes lo que está diciendo? —preguntó mi madre, que parecía consternada.

—Dice: «¡Manzanas, manzanas, manzanas!» —respondí.

Derry y yo nos desplomamos en un ataque de risa histérica. Mi madre nos empujó hacia el jardín y salió ella también.

—¿No tenéis corazón? —dijo—. ¡Reíros de un hombre desdichado que probablemente nunca gana lo bastante para comer!

—Ahora en realidad no estamos —dije yo—. Porque estamos fuera de casa.

Derry se unió a mí con risitas agudas.

—Si creyera que puede oírlos —nos dijo fieramente mi madre—, os mataría a las dos... Bueno, es demasiado tarde para abrir la puerta —dijo—. Ya no podría mirarlo a la cara después de esto. Lo compensaré la semana que viene.

Hubo un repentino silencio, sin llamadas, ni voces.

—Se ha ido —dijo mi madre, en tono de alivio culpable.

En aquel momento, la cabeza alborotada y los ojos ávidos de la vecina de al lado aparecieron por encima del muro que separaba nuestro jardín del suyo.

—¡Señora Brennan! —gritó. Tenía una voz muy potente—. Hay un viejo fuera con manzanas para usted. Dice que lleva media hora llamando a su puerta. Dice que viene regularmente y sabe que usted cuenta con él. Le he dicho que están en el jardín. Ahora volverá. Ahí viene.

Y allí estaba. Empezó a llamar otra vez.

—¡Que Dios me perdone! —exclamó mi madre—. ¡Ese viejo malvado! Sabía que estábamos escondidas de él.

—¿De qué se esconden? —gritó la vecina—. ¿Le deben dinero?

—Oh, no —dijo mi madre indignada—, pero no queremos más manzanas.

—¿Y por qué no le dice que se vaya por donde ha venido?

—Eso voy a hacer ahora mismo.

—Pues regáñele por montar un escándalo y ciérrele la puerta en las narices —aconsejó la vecina con deleite.

Mi madre entró en la cocina, cogió el monedero y se dirigió a la puerta, y Derry y yo la seguimos. El viejo tenía un aspecto lastimoso. Se le había olvidado quitarse el sombrero, los ojos le fulguraban, era difícil decir si de ansiedad o de furia. Tendió las dos bolsas de manzanas a mi madre sin mirarla. Ella abrió el monedero para pagarle y exclamó:

—¡He pagado al de la tienda de ultramarinos hace una hora y me he quedado sin nada! —le tendió el dinero y le enseñó el monedero vacío—. Esto es lo único que tengo en casa en este momento —dijo.

Él agarró el dinero, lo contó y le dirigió una terrible mirada de desprecio. Luego levantó su enorme cesta, que estaba, como siempre, llena hasta los bordes, y nos dio la espalda. Esta vez fuimos todas a la ventana de la sala y lo miramos. No cerró la puerta del jardín y se escabulló despacio calle abajo como si no pudiera alejarse de nosotras más deprisa.

—Primero, habrá pensado que nos burlábamos de él —dijo mi madre—, y ahora cree que intentaba regatear. Podía haber entendido que la próxima vez lo compensaría.

Ella, que nunca había intentado regatear con nadie en toda su vida, estaba avergonzada.

—La semana que viene, le abriremos la puerta antes de que llame —dije yo.

Pero la semana siguiente no apareció y nunca más volvió a nuestra casa, aunque, llenas de remordimiento, lo esperábamos. Una tarde, el tío Matt vino a vernos y mi madre, para desahogarse, le contó toda la historia.

—Bueno, yo ya te lo advertí —dijo él sonriendo burlón.

—No era tanto por las manzanas, ya sabes —dijo mi madre.

—Ah, no —repuso mi tío—. Preferías que viniera a tu puerta a pedir directamente dinero, como el resto de tus pedigüeños.

Mi madre era conocida por su incapacidad de negar comida, ropa o dinero a todo aquel que acudiera a su puerta.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no los llames pedigüeños? —le dijo a mi tío, enfadada—. Solo es gente que ha tenido mala suerte y yo no me reiría tanto si fuera tú.

—Bueno, pero te has librado de él —dijo mi tío—. Y tengo que decirte que lo vi paseando por la calle O’Connell la otra mañana, vestido con una ropa que yo no podría permitirme, y sin una sola manzana a la vista. Ese es tu pobre.

—¿Y cómo sabes que era él? —exclamó mi madre, escéptica—. Si nunca lo has visto.

—¿No estaba yo aquí cuando llamó a la puerta por primera vez? Yo estaba en la cocina y tenías la puerta del recibidor abierta de par en par. Claro que lo vi.

—Pero te has inventado todo eso de que lo viste en la calle O’Connell.

—Lo vi y pasé tan cerca de él que podía tocarlo. Iba con su hija casada de Drumcondra.

—¿Y cómo sabes que era su hija casada de Drumcondra, si me permites la pregunta?

—Era imposible confundirse con ella —dijo mi tío con ligereza—. La identifiqué por su forma de llevar el sombrero.

—Esa lengua tuya, Matt —dijo mi madre—. Nunca sé si tengo que creerte o no.

Por mi parte, yo creí cada una de las palabras que dijo mi tío al pie de la letra.

EL TORNO DE LOS RUMORES

En Dublín, mi madre solía mandar paquetes de comida a una comunidad de clarisas pobres que tenían el convento a un largo paseo de distancia de nuestra casa en Ranelagh. A veces nos mandaba a mi hermana y a mí con los paquetes. Las clarisas pobres guardan silencio. Nunca hablan, ni entre ellas ni con nadie, y son una orden de clausura, lo cual significa que no ven a nadie del exterior ni nadie las ve a ellas. Esas clarisas pobres de Dublín no tenían nada que comer, excepto lo que sus amigos —sobre todo mujeres, como mi madre— les llevaban. Les estaba prohibido pedir, pero sabíamos que si sus reservas de comida descendían peligrosamente, a la reverenda madre superiora se le permitía anunciar su apuro haciendo repicar la campana de la torre de la capilla. Para mi pesar, nuestra casa estaba demasiado lejos del convento para oír la campana, pero mi madre me aseguraba que no había por qué preocuparse; las monjas nunca habían tenido que tocar la campana pidiendo ayuda.

El convento tenía un vestíbulo abierto a los visitantes durante ciertas horas del día y allí solíamos llamar para ofrecerles la comida. Habían instalado un gran torno giratorio con una sección abierta en la estrecha pared que separaba radicalmente el vestíbulo público del resto del convento. Nosotras poníamos los paquetes en el suelo del torno y luego lo hacíamos girar, de modo que la sección abierta fuese al lado de la monja, que estaba al otro lado de la pared. La monja nos lo devolvía inmediatamente, siempre con un regalo de unas pocas estampas o medallas.

La monja tornera se llamaba hermana Bridget. Era la única monja de la comunidad a la que se le permitía hablar con los visitantes. Había una diminuta sala de espera cuadrangular que se abría al vestíbulo, y nosotras entrábamos y manteníamos conversaciones con ella a través de una tupida reja.

Uno de mis nombres es Bridget y ella tenía la idea de que algún día se me despertaría la vocación y me haría clarisa pobre yo también. Rezaba muchas oraciones por mi vocación y a mí me gustaba hablar con ella al respecto. Yo tenía entonces unos doce años.

Había oído decir que las clarisas dormían en sus ataúdes, con piedras sobre la cabeza. Me habían dicho que las medían para hacerles el ataúd el primer día que ingresaban en el convento y que ya nunca más conocían otro lecho. Mi madre calificaba todo aquello de paparruchas, pero yo no podía olvidarlo. Me preguntaba si tenían celdas separadas para dormir, con un ataúd en cada celda, o si descansaban en un dormitorio y si tenían sábanas y mantas y funda de almohada, y si era así, cómo hacían las camas por la mañana. También me preguntaba qué hacían con la tapa de los ataúdes. ¿Dónde las guardaban? ¿En el suelo junto a los ataúdes? ¿O apoyadas en la pared, como los palos de hockey y las bicicletas? Yo sabía que las monjas nunca dormían más de dos horas seguidas y que se levantaban a intervalos en la noche, incluso en pleno invierno, para ir a la capilla y rezar. Era una escena que me gustaba imaginar.

Le hice a mi madre muchas preguntas sobre las monjas, pero sus respuestas nunca me resultaban satisfactorias. Una vez estaba por allí su hermano menor, mi tío Matt. Estábamos en la sala y ella intentaba enroscar y atar uno de sus preciosos helechos a una larga caña de bambú que había clavado en la maceta.

P: ¿Las clarisas pobres tienen algún otro convento, aparte del de Dublín?

R: Creo que tienen algún otro en Irlanda, y uno en Inglaterra.

P: Si nadie puede verlas, ¿qué pasa cuando se trasladan de uno a otro convento?

R: ¿Cómo quieres que lo sepa? Supongo que un coche o una camioneta pequeña aparca en la puerta del convento y la monja entra y se encierra.

P: ¿Y se lleva su ataúd consigo?

R: Para ya con esa historia absurda de que las monjas duermen en su ataúd.

(TÍO MATT: Claro que se lleva su ataúd con ella. ¿Acaso no tiene que dormir como cualquiera? Se lo lleva bajo el brazo como un instrumento musical. ¿No me digas que nunca has visto a una monja andando por la calle con el ataúd debajo del brazo?)

P: ¿Y si una clarisa pobre se pone enferma y tiene que verla un médico?

R: No lo sé.

P: ¿Y si se está muriendo y tiene que venir un cura?

R: No lo sé. Además, eso sería distinto. Un sacerdote es distinto.

P: ¿Y si hablan en sueños? ¿Sería pecado?

(TÍO MATT: Bueno, todo depende de lo que dijeran.)

R: Y ahora ya está bien, No quiero oír ni una palabra más de ninguno de vosotros dos.

Lentejas, guisantes secos, huevos y harina era lo que mi madre solía dar a las monjas. A veces les hacía un pastel. Una vez les llevó sal y la hermana Bridget le dio las gracias efusivamente, diciéndole que la comunidad había pasado dos semanas sin sal. Aunque el camino al convento era largo, no era solitario. Teníamos que cruzar al menos dos calles principales muy concurridas, llenas de tráfico, mientras andábamos, y el camino era muy agradable, con árboles alineados en las aceras frente a las casas, y bancos para sentarnos si nos cansábamos.

El convento y su capilla formaban tres lados de un patio cuadrado, muy bien cuidado, con césped corto y liso y cromáticos lechos de flores. El cuarto lado del patio daba a la vía pública y estaba vallado, con una puerta de hierro por donde entraban los visitantes. El muro era muy alto y no se podía ver nada a través de la puerta. A la derecha de la puerta estaba la caseta de vigía, donde vivía una anciana y atendía a los visitantes que llamaban fuera de las horas establecidas.

Aunque el convento tenía horas de visita fijas, la capilla siempre estaba abierta y la gente podía entrar allí a rezar en cualquier momento. La gente que vivía cerca de la capilla solía ir a misa y a la bendición del santo sacramento allí. Era una pequeña y preciosa capilla, la más simple que yo haya visto, con un reducido altar casi desnudo flanqueado por dos altas estatuas de monjas, Santa Clara a la izquierda cuando te arrodillabas frente al altar, y San Camilo a la derecha. Ambas estatuas llevaban el hábito marrón de las clarisas pobres. A la derecha del altar, había una reja a través de la cual las monjas asistían a misa y recibían la bendición, y a través de la reja, la gente arrodillada en la capilla podía oír sus voces contestando las plegarias y cantando los himnos de la bendición.

Un domingo por la tarde, mi madre me llevó a la bendición. Me quedé mirando el altar y escuché las voces de las monjas, pero mi atención se dirigía a una anciana pequeña arrodillada a mi lado. Aquella anciana, vestida de negro, tenía la cabeza medio vuelta, así que yo le veía la cara, y estaba escuchando las voces de detrás de la reja con tal concentración que parecía desesperada, con los ojos muy abiertos y la boca siguiendo las palabras.

Mi madre me vio mirarla y cuando salimos de la capilla me dijo:

—Esa pobre mujer viene aquí siempre que puede. Su hija lleva catorce años allí dentro y ella imagina que puede distinguir la voz de su hija entre todas las demás. Un día vinimos juntas y ella me dijo que ya no oía ninguna de las demás voces, solo la de su hija. Es como si su hija estuviera sola ahí dentro, dice. Es triste verla tensarse así, para escuchar cada palabra.

—¿Era su hija mayor o la pequeña? —pregunté. Como era la mediana, me preocupaban esas cosas.

—No lo sé —respondió mi madre.

—¿Crees que su hija piensa en su madre que está ahí fuera y en nadie más? —pregunté.

—No podrá evitar pensar en ella —dijo mi madre—. Al fin y al cabo, sigue siendo su hija. Pero, claro, una vez entran ahí dentro, ahí están —añadió—, y se supone que no tienen que pensar en lo que han dejado atrás. Es difícil saber en qué piensan. Tal vez intenten olvidar por completo el mundo exterior.

—Excepto nuestros pecados —dije yo—. Tienen que rezar por nosotros.

—Eso es verdad —dijo mi madre—. Tienen que pensar en todos los pecados que cometemos.

Si esa idea le divertía, no lo dejó entrever.

Una mañana soleada de aquel verano, mi madre me llamó a la cocina, donde estaba haciendo un paquete para las clarisas pobres.

—Me preguntaba si te gustaría llevarte a Robert —dijo—. Es un largo paseo, pero puedes ir despacio. Luego puedes ponerlo en el torno y mandarlo a ver a las monjas.

—¿Poner a Robert en el torno? —exclamé.

—Exactamente —respondió mi madre—. A los niños los dejan entrar en el torno hasta que cumplen tres años. Después ya son demasiado mayores.

Puedes llevártelo si quieres. Le pondré el traje azul.

Unos minutos después emprendí el camino, empujando el cochecito de Robert. Él iba plácidamente sentado contra su almohada y me miraba. El paquete de las monjas era un comfortable apoyo para sus pies. Robert tenía las mejillas sonrosadas y parecía contento. Mi madre lo había vestido con un traje de lana azul pálido que había hecho ella misma y que le quedaba muy ajustado y le dejaba las gordezuelas piernas desnudas. Llevaba calcetines blancos cortos de algodón y sandalias marrones y el escaso pelo cepillado en una cresta dorada en lo alto de la cabeza. Irradiaba salud, alegría y limpieza. Yo tenía prisa por ponerlo en el torno y andaba rápidamente, casi patinando tras el cochecito.

Cuando llegué al convento, corrí a la sala de espera y le dije a la hermana Bridget que había llevado a Robert a verla. Ella se puso muy contenta y dijo que llamaría a las demás monjas. Yo no sabía y tampoco quise preguntarle si quería decir que las llamaría a todas o solo a algunas. Las imaginaba, silenciosas y veloces, de todas las edades, bajando hasta Robert desde todas partes del convento. Esperaba que ninguna de ellas estuviera en la capilla, porque seguramente no estaba permitido interrumpir sus oraciones.

Volví al vestíbulo y levanté a Robert hasta el torno, asegurándome de que apoyaba la espalda contra la pared. Se sentó muy firme donde yo lo puse, mucho más grande que los paquetes que yo solía llevar. En cuanto oí la voz de la hermana Bridget, lo hice girar y desapareció de mi vista. No pareció importarle. Hubo un silencio al otro lado del torno. Yo no oía ni un susurro, ni siquiera la sospecha de un murmullo. Incluso Robert estaba callado. Miré hacia las sombras y me pregunté qué estaría ocurriendo al otro lado del torno.

Al cabo de un minuto o dos, el torno empezó a moverse y Robert fue apareciendo gradualmente, sentado exactamente como yo lo había puesto, con aire natural y amistoso. Lo levanté y puse el paquete en el sitio caliente donde él se había sentado. Cuando el torno volvió por segunda vez, la hermana Bridget nos había puesto más regalos que de costumbre. Había más estampas y más medallas y un regalo especial para Robert, una estampa cosida por alguna monja a un cuadrado de satén blanco y bordada con hilo de raso blanco. Volví a la sala de la conversación y escuché los elogios de la hermana Bridget sobre Robert y sus esperanzas sobre él, que tomé como bendiciones, viniendo de quien venían. Luego oí unas pocas palabras, esta vez algo mecánicas, sobre mi

vocación, y me fui.

Mientras empujaba el cochecito de Robert hacia casa, me exasperaba pensar que él había estado donde yo no podría ir nunca y ni siquiera se daba cuenta de su suerte. Estaba de muy buen humor. Levantaba los brazos y señalaba a la gente y los objetos que le interesaban e incluso parloteaba un poco, pero yo no podía descifrar su lenguaje, y además, ninguna de sus frases parecía tener que ver con el torno. De hecho, parecía haberlo olvidado. No podía decirme lo que había visto, y cuando fuese bastante mayor para expresarse, la escena se le habría borrado de la memoria. Por él nunca sabría yo cómo eran las monjas, si eran jóvenes o viejas, si eran guapas o feas, si le sonreían o asentían o si intentaban cogerle la mano o acariciarle el pelo, como hacían otros desconocidos. Nunca podría decirme cómo era el interior del convento. Y lo peor de todo: me daba cuenta de que, al margen de los rumores, yo nunca sabría a ciencia cierta si las monjas dormían en sus ataúdes, con almohadas de piedras.

EL DÍA EN QUE NOS VENIAMOS

Una tarde, unos hombres poco amistosos, vestidos de civiles y pertrechados con revólveres vinieron a nuestra casa buscando a mi padre, o buscando información sobre él. Esto ocurrió en Dublín, en 1922. El tratado con Inglaterra, que convertía a Irlanda en el Estado Libre Irlandés, acababa de firmarse. Aquellos irlandeses que eran favorables al tratado, los partidarios del Estado Libre, gobernaban el país. Los que habían defendido una república, como mi padre, estaban en rebelión. Mi padre era buscado por el nuevo gobierno y había tenido que esconderse. Vivía clandestinamente, dormía una noche en una casa y la siguiente y la otra en otra, y a veces venía a hurtadillas para vernos. Supongo que mi madre nos había llevado a verlo varias veces, pero yo solo recuerdo una de aquellas visitas, y sé que me pareció muy extraño encontrarlo en la casa de alguien desconocido y dejarlo allí cuando nos fuimos a casa. En cualquier caso, aquellos hombres venían a buscarlo. Entraron abarrotando nuestro estrecho y pequeño vestíbulo y recorrieron toda la casa, arriba y abajo, buscando por todas partes y haciendo preguntas. No había nadie en casa más que mi madre, mi hermana pequeña, Derry, y yo. Emer, mi hermana mayor y el puntal de mi madre, había salido a hacer unos recados. Derry estaba arriba, en la cama con gripe. Yo estaba sentada cómodamente en una butaca baja en la sala, ensartando un collar. Tenía cinco años.

Cuando acabaron de registrar la casa, los hombres entraron en tropel en la sala donde yo estaba, desde la cual podían vigilar la calle. Traían a mi madre con ellos. Se instalaron en la habitación, hablando ociosamente entre sí y esperando. Mi madre estaba apoyada en la pared más apartada de la ventana, observándolos. Parecía muy tensa. Seguramente temía que mi padre se arriesgara a visitarnos y lo atraparan, y que nosotras lo viéramos detenido.

Uno de los hombres se acercó y se quedó frente a mí. Señaló una cuenta azul de cristal para que la añadiera al collar, pero yo le expliqué que era demasiado pequeña para entrar y que la había descartado. El intercambio con aquel hombre extraño me hizo sentir muy lista. Entonces él se inclinó acercándose más a mí.

—Dinos si sabes dónde está tu papá —susurró.

Yo dejé de ensartar cuentas y empecé a pensar, pero mi madre atravesó la habitación y corrió hacia él. Era una mujer bajita y delgada con la cara puntiaguda y el pelo castaño y liso, que siempre llevaba en un moño bajo.

—¿No le da vergüenza? —exclamó—. Interrogar a la niña...

El hombre se apartó de mí y ella volvió a su sitio contra la pared. En aquella época, en 1922, mi madre ya llevaba soportando problemas y ansiedad durante muchos años. Los primeros años de su matrimonio habían estado dominados por los preparativos para la Rebelión de Pascua, de 1916, y había visto a mi padre detenido y condenado primero a muerte y luego a trabajos forzados de por vida. Cuando yo nací, él estaba en la cárcel en Inglaterra y ella estaba sola en Dublín, sin saber cuándo lo vería ni si volvería a verlo. En realidad, lo soltaron un año después, y en 1921 nos trasladamos a la casa de Ranelagh, donde ahora esperábamos a ver qué ocurría.

De pronto, mi madre, al pensar en Derry, que estaba arriba sola en su habitación, abandonó su pared y corrió a la puerta que daba a las escaleras, pero uno de los hombres se adelantó a ella y la apuntó con el revólver. Ella levantó las manos contra el marco de la puerta, mirándolo con media sonrisa. Yo la había visto muchas veces sonreír así cuando estaba agitada.

—No puede abrir esa puerta —dijo el hombre.

—¿No han visto a la pequeña enferma en el piso de arriba? —dijo mi madre—. Estará asustada.

—No importa —dijo el hombre—. Usted no sale de esta habitación.

De nuevo mi madre se retiró a su pared y yo volví a mi collar y los hombres continuaron su charla. Al cabo de un rato se levantaron bruscamente y se marcharon. Mi madre siguió ansiosa, sospechando que podían estar vigilando el final de la calle por si llegaba mi padre. Se fue arriba a hablar con Derry y cuando volvió, la seguí los tres escalones abajo hacia la cocina, que era pequeña y cuadrangular, con un suelo de baldosas rojas y una puerta que daba al jardín. Ella se sentó a la mesa de la cocina. Le pregunté si quería

una taza de té y ella dijo que sí. Llené la hervidora, salpicando agua por todo el suelo, pero ella no se fiaba de que encendiera el fuego y al final tuvo que preparar el té ella misma. Al cabo de un rato, llegó Emer a casa y mi madre le ofreció té y le contó todo lo que había pasado y lo que se había dicho, sin olvidar la pregunta que me habían hecho a mí. Al escucharla, de nuevo me invadió la gratitud, la emoción y la sorpresa de que aquel extraño me hubiera incluido a mí en la redada.

La otra única incursión que recuerdo tuvo lugar aproximadamente un año después y los hombres eran más duros. De nuevo estábamos solas en casa mi madre, mi hermana pequeña y yo. Esta vez los hombres llegaron por la mañana. Mi madre estaba con los quehaceres domésticos y llevaba un delantal atado a la cintura. Había abrigado las varillas de cobre que sujetaban la alfombra roja de la escalera y ahora estaba limpiando el hule en el suelo del comedor. Los hombres entraron atropelladamente, como la otra vez, con sus revólveres, pero en esta ocasión buscaban en serio. Levantaron las camas, buscando papeles y cartas, sacaron todos los libros de mi padre de las estanterías y los agitaron, y miraron en todos los cajones y en el armario ropero y el horno de la cocina. No hubo un centímetro de la casa que no tocaran. Pusieron todas las habitaciones patas arriba. El hule recién limpio se quedó marcado por sus pies impacientes y los dormitorios de arriba se quedaron hechos un asco, con las sábanas y las mantas en el suelo y los colchones amontonados sobre las camas desnudas. Al final, volvieron a la cocina y volcaron las latas de harina y té y azúcar y sal y todo lo que encontraron y metieron las manos dentro y las vaciaron en la mesa y el suelo. Tiraron todas las tazas y platillos. Aun así no encontraron nada, pero la casa parecía haber sufrido una explosión sin que se cayeran las paredes. Al fin se dispusieron a marcharse, pero cuando estaban a punto, uno de ellos, un tipo aplicado, se precipitó a la chimenea de la sala principal y metió las manos por el cañón y asomó la cabeza lo más que pudo, intentando ver lo que pudiera haber allí. Una gran lluvia blanda de hollín le cayó encima, cubriéndole cabeza y hombros. Se apresuró a salir de nuevo a la habitación, con las manos negras y la cara moteada. Parte del hollín le había entrado por las mangas y otra parte seguía cayendo sobre la alfombra. Miró a sus compañeros, se palmeó para sacudirse la suciedad y entonces se marcharon.

Cuando se fueron, mi madre miró a su alrededor, el trabajo que habían hecho. Fuimos todas a la cocina y examinamos los daños. Esta vez no era cosa de ponerse a hacer té, porque el té estaba en el suelo, junto con la harina y el azúcar.

Muy pocas veces habíamos oído a mi madre reírse fuerte a carcajadas. Normalmente tenía una forma muy calmada, casi secreta, de reírse. En cambio ese día la risa la sacudió.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Había que ver su cara al salir de la chimenea!

Mi hermana pequeña y yo empezamos a saltar a su alrededor, riéndonos.

—¡Ah! —exclamó mi madre—. ¡Y precisamente no había llamado al deshollinador! ¡Oh, gracias a Dios que se me olvidó llamar para que limpiaran la chimenea!

Y con nosotras parloteando encantadas, en incrédula compañía, estalló en carcajadas con tanta fuerza que parecía que pudiera rompersele el corazón.

LA MENTIRA

Había una broma entre mi madre y yo sobre la primera vez que fui a confesarme. Ella me llevó a ver al cura, pero salimos tarde de casa y cuando llegamos a la capilla, ya había dos largas filas de mujeres arrodilladas fuera del confesionario, esperando a que las escucharan. Mi madre me dijo más tarde que por la expresión de sus rostros estaba claro que tenían mucho que confesar y aquello llevaría tiempo. Se preocupaba, temiendo que hubiera que esperar un par de horas y sabiendo que yo solo tenía siete años y que estaba inquieta y nerviosa porque era la primera vez que iba a entrar en un confesionario. Pero nos arrodillamos juntas al final de la cola y nos pusimos a esperar. El cura no había llegado aún, pero cuando llevábamos un par de minutos arrodilladas, lo vimos apresurarse por el pasillo desde el altar. Era un hombre viejo y gordo y yo lo miré aterrada. Mientras se acercaba a nosotras, miró alrededor a todas las mujeres que esperaban y entonces me vio a mí. Se detuvo y habló con mi madre.

—¿Es la primera vez que se va a confesar? —preguntó.

Cuando oyó que así era, me cogió del brazo y me hizo levantarme suavemente y pasar delante de las rodillas de todas las sorprendidas mujeres que esperaban y me colocó en el confesionario delante de la primera de la fila. Y allí estaba yo, arrodillada en la oscuridad, cuando el postigo frente a mi cara se abrió y yo vi el perfil del cura.

—Empieza ahora, criatura —me dijo impaciente—. No tengas miedo.

Después de tropezar con la primera oración y de empezar a decir los pecados, me detuve, porque no podía recordar ninguno.

—Muy bien, niña —dijo el cura—. ¿Has sido desobediente?

—Sí, padre.

—¿Y has perdido los estribos un par de veces?

—Sí, padre.

—Está bien. Como penitencia, reza tres avemarías. Y ahora, haz un buen acto de contrición.

Un minuto después yo volvía a dar traspiés al pasar junto a las rodillas y todas las caras irritadas y mi madre me acompañó hasta la barandilla del altar, donde recé mi penitencia y luego salimos de la capilla.

—¿Qué penitencia te ha puesto? —me preguntó, mientras andábamos hacia casa.

—Tres avemarías.

—Debías de tener más pecados de lo que yo creía —dijo ella riendo—. ¿A que le has dado una buena sorpresa a toda esa multitud? Algunas deben de haber pasado más de una hora arrodilladas.

Después de aquello, siempre que iba a confesarme, el cura me ponía la misma penitencia —tres avemarías— y mi madre siempre me preguntaba qué me había mandado, y cuando lo oía volvía a reírse, pensando en las caras furiosas de las mujeres de la primera vez. A veces se lo contaba a otra gente y a mí siempre me gustaba escuchar la historia. Aunque todo el mundo lo sabía, todavía me parecía una broma privada entre las dos, y eso me gustaba. Y un día, hacia mis nueve años, lo estropeé todo. Vi morir la broma y supe que la había matado yo.

Ocurrió de un modo muy simple. Mi hermana pequeña, Deirdre, tenía una máquina de coser de juguete que le gustaba mucho. Entonces tenía siete años. La máquina cosía de verdad y ella se pasaba horas dando vueltas a la manivela que la hacía funcionar. A mí no me interesaba coser y nunca tocaba la máquina, pero era su juguete favorito.

Un día, entré en la sala, donde mi madre ocupaba su butaca habitual, con un montón de ropa por remendar en una mesa a su lado. Estaba ocupada con un calcetín. Atravesé la habitación y me abalancé sobre su regazo. Bajo aquella arremetida, ella se pinchó con la aguja en el dedo, soltó un grito de irritación y me apartó. Me dejé caer a propósito en el suelo y me quedé allí sentada, furiosa por su gesto.

—¿Qué te pasa? —gritó, llevándose el dedo dolorido a la boca.

—Quería sentarme en tu falda.

—Pues no puedes. Eres demasiado grande, en primer lugar.

—Derry se sienta en tu falda —dije yo.

—Derry no pesa nada.

Era verdad.

—Y —continuó mi madre— tú ya debes de pesar casi como yo.

También era verdad. Me fui escaleras arriba hecha una furia, a la habitación que compartía con Derry. Allí estaba la pequeña máquina de coser: sobre el alféizar de la ventana donde Derry la había dejado. La cogí y la miré con odio. Luego arranqué la ruedecilla. Después forcejeé con la máquina hasta romperla. Cuando ya estaba toda rota, la miré, primero con satisfacción y luego, enseguida, con desolación y remordimiento. Sentía mucho haber roto el juguete de Derry y temía lo que pudiera pasarme. Hice lo único que se me ocurrió. Me asomé a la ventana y tiré todas las piezas al camino de cemento que salía de la cocina. Luego corrí escaleras abajo.

—¡Derry, Derry! —grité—. Estaba intentando usar tu máquina de coser y se me ha caído por la ventana y creo que se ha roto...

Mi madre y Derry llegaron corriendo y todas corrimos al jardín y examinamos los lastimosos restos de la pequeña máquina. Derry empezó a llorar, yo me sentía fatal. Después de todo, era mi primer asesinato.

Mi madre se detuvo y recogió los trozos.

—¿Cómo es que se te ha caído por la ventana, Maeve? —preguntó.

—No lo sé, solo la tenía en la mano y se me ha ido abajo. Suerte que yo no me he caído con ella, ¿no?

Mi madre se negó a dejarse distraer por la imagen de mí siguiendo a la máquina contra el suelo de cemento.

—¿Estás segura de que no la has hecho caerse, Maeve?

—¡Oh, no! —grité—. ¡No! —Y lágrimas de sincero pesar me desbordaron los ojos, de pensar que me creyera capaz de algo así.

Mi madre parecía perpleja y triste, pero le prometió a Derry otra máquina y las tres entramos en casa, donde la calma volvió a descender sobre nosotras. De hecho, Derry parecía fascinada por el mecanismo de la máquina, que siempre la había intrigado, y se pasó un buen rato examinando las piezas rotas. Intenté olvidar todo el incidente y lo conseguí hasta el domingo siguiente, cuando tuve que ir a confesarme.

Le dije al cura que había tenido un ataque de genio y él asintió. Luego le

dije que había tenido envidia de mi hermana pequeña.

—La envidia es un pecado grave, querida niña —me dijo—. Tienes que cuidarte de ella.

Le dije que había destrozado la máquina de coser de mi hermana.

—¿A propósito? —preguntó.

—Sí, padre.

—¿Rompiste un juguete suyo porque sentías envidia de ella?

—Sí, padre.

—Eso es muy grave, hacer una cosa así —repuso el cura—. Si no aprendes a ponerte freno, tal vez hagas algo de lo que tengas que arrepentirte mucho cualquier día. ¿Le dijiste que lo sentías?

—Sí, padre.

Entonces le dije que había mentido a mi madre.

—¿Le has dicho una mentira a tu madre? —y siguió diciendo que mentir era ya un pecado importante, pero que alguien que dice una mentira a su madre es que ha tomado el mal camino.

—Como penitencia —concluyó— puedes decir cinco padrenuestros y cinco avemarías.

Impresionada, dejé el confesionario, recé mi penitencia y me fui a casa, sintiéndome liberada y contenta de que todo hubiera acabado, y llena de amor y contrición y buenos propósitos.

Llegué a casa justo cuando ponían el té en la mesa y todos nos sentamos y empezamos a hablar.

—¿Y dónde estabas esta tarde? —me preguntó mi padre.

—He ido a confesarme, papá.

—¿Y qué penitencia te ha puesto esta vez?

—Cinco padrenuestros y cinco avemarías —contesté.

—Bueno —comentó mi padre—, estás progresando en el mundo. Me pregunto qué tenías que decirle para que te pusiera una penitencia así...

Apenas lo escuchaba. Al minuto de que aquellas palabras hubieran salido de mis labios, supe que había cometido un terrible error. Ardiendo de culpa y de vergüenza, miré a mi madre. Me estaba mirando de un modo que aún me confundió más, porque aunque su expresión era seria, me di cuenta de que no estaba enfadada. Se la veía desolada y triste. Yo estaba a punto de sollozar de

angustia.

—Oh, Maeve —me dijo ella al fin—, pobre chiquilla, ¿por qué no te has callado?

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó mi padre, desconcertado.

No obtuvo respuesta.

EL DIABLO QUE NOS HABITA

Me acercaba sin sobresaltos al final de mis trece años cuando una pregunta incontestable que aún ahora vuelve a veces a desconcertarme vino a romper toda mi placidez. Estaba en un internado en Kilcullen, un pueblo del condado de Kildare. Había unas sesenta y pico niñas en el colegio y nos llevaban a dar largos paseos en fila por aquel paisaje uniforme y sin nervio del campo que rodea al pueblo. Había varias tiendas en Kilcullen, pero el único edificio donde yo había entrado era la iglesia, a la que íbamos a veces a confesarnos. En general, íbamos a confesarnos a la capilla del convento, recorriendo de puntillas el oscuro vestíbulo principal de las monjas. Llevábamos uniforme azul marino, con largos calcetines de lana y zapatillas negras, y, antes de entrar en la capilla a confesarnos, o para asistir a la misa matinal o a la bendición del domingo por la tarde, nos cubríamos la cabeza con un velo blanco liso. Al final del primer trimestre, mi velo estaba tan lleno de la fragancia oscura y almizclada de la capilla —de incienso, flores y velas apagadas— que me daba miedo lavarlo, por temor a cometer un sacrilegio.

Mi primer año en el colegio transcurrió sin grandes dificultades. Yo no era una alumna de éxito, pero tampoco era un fracaso. No había nada que leer, porque la diminuta biblioteca escolar estaba cerrada tras las puertas de una alta librería acristalada y yo detestaba el hockey y el baloncesto y todos los demás deportes que teníamos que practicar, pero era una alumna bastante alegre. Fue al principio del segundo curso cuando las cosas empezaron a torcerse, pero el cambio fue tan gradual que nunca pude decidir qué día o ni siquiera qué semana empecé a detectarlo y acabé por acostumbrarme. Diría que empezó una plácida tarde de septiembre en clase de canto. Era la única clase en la que se reunía todo el colegio. Nos encontrábamos en el aula más grande, que tenía piano. Generalmente nos quedábamos de pie formando un

gran semicírculo, con las niñas del coro a la derecha y el resto de nosotras ordenadas más o menos por altura. Yo estaba en medio de la curva y sentía que me vigilaban los ojos de la hermana Verónica, aunque, naturalmente, no se me veía más que a las demás niñas. Y, en cualquier caso, yo sabía por experiencia que una niña que intentara esconderse era casi siempre la primera en atraer la atención.

Aquella tarde, junto con las otras chicas, estaba cantando *The Mountains o' Mourne* con mi tono más agudo y con los ojos fijos en los ojos claros y saltones de la hermana Verónica, que marcaba el compás para nosotras con una de sus largas y lentas manos. La hermana Verónica creía que una niña que mira directo a los ojos es buena y yo esperaba que advirtiera mi mirada sincera.

La puerta se abrió y entró la hermana Hildegarde, la superiora del colegio, solemne y sin sonreír. Era una mujer baja y gruesa, con una cara grande y blanca llena de lunares. Ella y la hermana Verónica nos gobernaban a todas con la ayuda de tres jóvenes profesoras y otras dos o tres monjas menores. Nosotras temíamos a las dos monjas directoras. Las temíamos separadamente, pero nuestro miedo se multiplicaba por tres cuando teníamos que enfrentarnos a las dos juntas porque cada una de las dos parecía inspirar a la otra y las decisiones que tomaban juntas siempre nos eran desfavorables y no había apelación posible. Eran imprevisibles y mortíferas en sus acusaciones y sus juicios, y nunca sabíamos en qué punto estábamos con ellas. Pero en este caso, la ocasión parecía bastante pacífica y continuamos cantando con todas nuestras fuerzas. La hermana Hildegarde tomó posición tras la hermana Verónica, a un lado, para poder vernos a todas.

Cuando acabó la canción, empezamos *Who is Sylvia*, que habíamos aprendido a cantar a coro. A mitad de canción, la hermana Verónica, a iniciativa de la hermana Hildegarde, nos detuvo bruscamente con un gesto.

La hermana Hildegarde dio un paso adelante.

—Tengo la sospecha de que no todas las niñas lo están haciendo lo mejor que pueden —dijo—. Ya sabe, hermana, que hay niñas que solo quieren que las demás hagan el trabajo por ellas. Si no fuera por su trabajo y la voz de Maggie Harrington, no sé qué sería del coro este año.

Maggie Harrington era la estrella musical del colegio. Dirigía el coro cantando la bendición todos los domingos, y también era la delegada de los

alumnos. Tenía dieciocho años, el pelo castaño crespo peinado en una coleta sobre su fuerte espalda y una cara ancha y colorada en la que cabalgaban gafas sin montura, centelleantes de triunfo. La hermana Verónica sonrió a Maggie y al resto del coro, aunque algunas de las niñas tenían solo doce años y las demás las mirábamos con envidia porque gozaban del favor general y siempre sabían lo que había que hacer.

—Voy a vigilar muy atentamente esta vez —dijo la hermana Hildegarde—. Creo que sé qué niñas están haciendo trampas. Creo que usted también lo sabe, ¿verdad, hermana?

La hermana Verónica estuvo de acuerdo en que sabía qué niñas cantaban en voz baja y añadió significativamente que solían ser las mismas que daban más problemas, en la clase y fuera de ella, las que trabajaban menos.

—No suele fallar, hermana —dijo, mirándonos a todas—. La pereza y el conflicto van de la mano. Una niña ocupada es una niña buena. El diablo siempre encuentra algo en las manos ociosas.

La hermana Hildegarde asintió.

—Deles una nota, hermana —dijo.

La hermana Verónica nos dio una nota muy alta con el piano, sin apartar los ojos de nosotras.

—*The Spinning Wheel*, «La rueca» —dijo.

Era una de mis canciones favoritas. En el estribillo teníamos que zumbar como rucas y yo ya estaba zumbando con todas mis fuerzas cuando, para mi sorpresa y desazón, vi que la hermana Hildegarde me hacía gestos para que me adelantara. Yo tenía la conciencia limpia. Sabía que había hecho mucho ruido y por mi cabeza cruzó la idea de que tal vez hicieran adelantarse a las mejores para dar ejemplo al resto del colegio. Me quedé en el sitio que me indicaron, frente al piano, e inmediatamente se me unieron otras tres niñas a las que habían llamado de entre las filas. Nos quedamos juntas sin cantar hasta que acabó la canción.

—Ahora ya sabemos quiénes son las culpables —dijo la hermana Hildegarde.

—Lo sospeché todo el tiempo, hermana —dijo la hermana Verónica—. De hecho, podría haberle dado los nombres de esas cuatro niñas sin que usted hubiera entrado en el aula.

—Niñas, ¿por qué? —preguntó la hermana Hildegarde intensamente—.

¿Por qué no cantabais con todo el colegio? ¿Creéis que sois demasiado buenas para cantar con las demás niñas? ¿Creéis que es indigno de vosotras aprovechar la formación de la hermana Verónica?

Nosotras sabíamos muy bien que no debíamos ni intentar responder; en un caso así, responder significaba *contestar*, es decir, una ofensa muy grave. Manteníamos los ojos en el suelo; una mirada directa cuando caías en desgracia se consideraba una prueba no de bondad, sino de desafío.

—Ya ve, hermana —dijo la hermana Hildegarde—, no tienen nada que decir.

—El mismo silencio que cuando tenían que cantar, sin duda —repuso la hermana Verónica.

Maggie Harrington soltó una risa musical y la sofocó decorosamente.

—Bien puedes reírte, Maggie —dijo la hermana Hildegarde.

—Ahora escuchemos qué pueden hacer estas cuatro por sí solas. Deles una nota, hermana.

Tomamos la nota y entonamos una tímida pero aceptable versión de *La rueca*.

—Suenan más como máquinas de coser Singer que como ruecas —dijo la hermana Hildegarde fríamente, cuando acabamos.

—Una lástima que no hayáis querido cantar así en clase —dijo la hermana Verónica. Se volvió a la hermana Hildegarde—. Ya ve que tienen voces, hermana. Es pura terquedad si no cantan cuando deben.

—Ahora que saben que las vigilamos, tal vez lo hagan un poco mejor —dijo la hermana Hildegarde, en un tono descorazonador.

Una semana después, volvimos a tener clase de canto y esta vez nosotras cuatro tuvimos problemas con *The Rose of Tralee*, «La rosa de Tralee». Intentamos con desespero que se viera que cantábamos tan fuerte como las demás, pero ahora la hermana Verónica estaba convencida de que la desafiábamos y por muy coloradas que nos pusiéramos del esfuerzo, por muy fuerte que respirásemos, creía que estábamos haciendo trampa. Las demás nos miraban divertidas y algo despectivas. Se preguntaban por qué no queríamos cantar o, si realmente cantábamos, por qué las monjas insistían en que no.

Eso era lo que me desconcertaba. Yo oía y sentía que estaba cantando y

pensaba que mis tres compañeras de culpa podían oír y sentir que estaban cantando también. No podía preguntarles nada, porque estaba prohibido hablar entre nosotras, por la teoría de que éramos menos dañinas para el tono general del colegio separadas que juntas, y éramos demasiado cobardes para infringir la regla. Lo peor de todo era que una vez nos habían proclamado ovejas negras en clase de canto, nuestra desgracia se fue extendiendo gradualmente y tiñó toda nuestra vida escolar. Al cabo de poco tiempo, todo lo que hacíamos parecía ser equivocado. Yo aprendí muy poco aquel trimestre, porque me pasaba la mayor parte del tiempo de pie, castigada en la puerta de una u otra aula, o yendo al despacho de la hermana Hildegarde para informarla de un nuevo pecado. Las otras tres ovejas negras estaban igual de mal que yo. No eran muy amigas mías. De hecho, la misteriosa acusación de la hermana Hildegarde fue el primer lazo que tuvimos en común. Una de las niñas, Sally Lynch, una niña bajita de pelo negro con flequillo en la frente, solo tenía doce años. Las otras dos, Mary Anne Rorke y Cecilia Delaney, tenían quince. Cecilia era gorda, pero Mary Anne tenía un aspecto muy corriente. Íbamos a distintas clases. Me desconcertaba entonces y me sigue desconcertando ahora saber por qué nos habían escogido para desempeñar aquel papel. Era un colegio tranquilo, sin emociones. No había grandes crisis, ni se cometían delitos importantes. Ahora creo que, lejos de causar problemas, las cuatro atrajimos simplemente el escaso problema que podía haber, y tal vez para las monjas fuese lo mismo. Tras ser declaradas culpables, por supuesto, empezamos a parecer muy culpables en nuestros esfuerzos por rehabilitarnos, y eso no nos ayudó. Además, yo me volví muy nerviosa, en parte por la importancia que se nos daba.

Finalmente, un sábado por la noche, la hermana Hildegarde entró en la sala del recreo durante la hora ociosa de antes de acostarnos y levantó la mano para pedir silencio.

—Niñas —dijo—, como sabéis, unas pocas de entre vosotras nos han preocupado mucho en este trimestre. Las cuatro a las que me refiero han provocado mucho descontento y mala impresión. Las llamamos «los bastones del diablo». Sin ellas, no podría avanzar. Pero ahora van a tener una ocasión de redimirse. Mañana por la tarde, van a tener la oportunidad de mostrar a Nuestro Santísimo Dios que sienten su mal comportamiento y quieren

enmendarse. Maggie Harrington y el resto del coro no cantarán en la bendición. En su lugar, esas cuatro niñas subirán al altillo del coro y cantarán los himnos ellas solas. Tienen tanta práctica como cualquier otra alumna del colegio. Si no se saben los himnos a estas alturas, no los sabrán nunca.

Yo no me había imaginado una prueba tan dura. Todas las niñas nos miraron con compasión. Nadie sonrió. Las cuatro nos fuimos a la cama y tuvimos pesadillas y nos levantamos al día siguiente para enfrentarnos a la peor pesadilla que nos esperaba. Cuando el momento llegó por fin, casi a las cuatro de la tarde, subimos las escaleras del altillo del coro como si subiéramos al cadalso. Oíamos a las niñas moviéndose abajo en la capilla y veíamos las cabezas cubiertas de velos blancos de las más pequeñas, que se arrodillaban en los primeros bancos. Inmediatamente después de las alumnas, las postulantes, en su primer año de vida religiosa, ocuparían sus sitios, y tras ellas las novicias y, al fondo, las monjas con sus mantos y hábitos negros. Para agravar nuestra angustia, sabíamos que aquel domingo habría cinco o seis parejas de padres que hacían su visita y estarían esperando también a que empezáramos. Sin duda sus hijas les habrían contado que estábamos allí arriba para intentar redimirnos.

Entró el sacerdote, el padre O'Connor, seguido del monaguillo; la hermana Ángela, una monja muy joven y guapa que enseñaba piano y que estaba sentada ante el órgano con la cabeza inclinada en meditación, empezó a tocar los acordes del primer himno del servicio, *O salutaris hostia*. Mirándola, abrimos la boca para cantar, pero solo pudimos graznar. Ella empezó de nuevo y de nuevo graznamos nosotras, esta vez tan penosamente que ni siquiera sabíamos con certeza si emitíamos algún sonido. La hermana Ángela lo intentó una tercera vez, sonriendo desafortadamente para animarnos, pero nosotras renunciábamos al mismo tiempo, no emitimos ningún sonido, dejamos de mirarla y en lugar de ello miramos al suelo. Ella levantó las dos manos del órgano e intentó llevarnos de nuevo al himno, sin música, cuando de pronto, desde abajo, se elevó la voz heroica de Maggie Harrington, a la que casi inmediatamente se unieron todas las demás voces del coro habitual. Cantaron toda la bendición, un himno tras otro, sin desfallecer, y la hermana Ángela las acompañó y mantuvo los ojos misericordiosamente apartados de nosotras. Más tarde, aquel mismo día, supe que habían empezado a cantar allí donde se arrodillaban, y muchas veces he intentado imaginarlas de rodillas con las

manos juntas y los velos blancos elevados hacia el altar mientras cantaban para salvar el día. Nosotras cuatro, mucho más arriba, no teníamos valor para nada. Ni siquiera teníamos valor para rezar.

Cuando acabó la bendición, la hermana Ángela se levantó y salió del altillo. Casi enseguida, apareció el rostro terrible de la hermana Verónica junto a las escaleras.

—Os habéis lucido —dijo con calma—. Supongo que estaréis contentas de vosotras. Ya podéis bajar.

Nos precipitamos abajo, aliviadas de no tener que quedarnos para siempre abandonadas en aquel altillo, pero sin ganas de enfrentarnos al futuro inmediato. La hermana Verónica seguía en las estrechas escaleras y teníamos que pasar junto a ella, tocando su grueso hábito negro. En la puerta de la capilla, el padre O'Connor estaba felicitando a las heroínas. Aún llevaba la casulla de misa y miró por encima de sus cabezas hacia nosotras con una expresión que entonces me resultó incomprensible, pero en la que ahora me parece haber detectado un brillo de diversión.

No ocurrió nada más aquel domingo. Fuimos a merendar con el resto del colegio. Me sentía tristemente elevada —aún no sabía por qué— y comí mucho pan con mantequilla y advertí las miradas de temerosa especulación que me dirigían las otras niñas de mi mesa. Podía pasarme cualquier cosa. Incluso podían expulsarme.

Pasaron días relativamente tranquilos y luego volvimos a tener clase de canto. La hermana Verónica y la hermana Hildegarde entraron juntas en el aula. Con un gesto nos indicaron a las cuatro que nos pusiéramos delante, ante todo el colegio. Cuando nos hubieron aislado de ese modo, la hermana Hildegarde, con una expresión de severidad y pesar, dijo:

—Todas oímos a estas niñas intentando cantar el domingo pasado. Ya sabemos qué lastimoso espectáculo dieron de sí mismas y del colegio. No voy a castigarlas ni a regañarlas. Su caso es demasiado grave para eso. No solo nos dejaron en la estacada, sino que dejaron a Nuestro Señor en la estacada. Solo voy a decir que necesitan que recemos mucho por ellas. Que cada niña que esté dispuesta a dedicar un minuto extra todos los días a rezar una oración por estas niñas equivocadas y tozudas levante la mano.

Nosotras cuatro seguimos mirando al mismo lugar adonde ya mirábamos,

al suelo. Cecilia, la niña gorda, se echó a llorar. Yo me sentí aliviada de saber en qué punto estábamos. Nos habían dado una oportunidad y el diablo que nos habitaba había logrado derrotarnos. La razón de nuestra culpa seguía oculta a nuestros ojos, pero, en cierto modo oscuro y reconfortante, nos habían convencido de su existencia. No habíamos visto la figura del diablo, pero habíamos sentido su poder, en nuestras gargantas secas y nuestros corazones desbocados. Ahora estaba claro para nosotras lo que para las monjas siempre había estado claro, porque nos dábamos cuenta como ellas de que si Dios hubiera estado de nuestra parte, Él nos habría dado la voz para cantar Sus himnos.

LA MÁS LISTA

No hace mucho tiempo, pasé unos días en Washington DC, en casa de mi hermana pequeña, Deirdre, que está casada y tiene cuatro niños. Nos habíamos sentado en su amplia y agradable sala, frente a los árboles frescos y verdes de Garfield Street y los arbustos en plena floración —blanca, rosa, azul, amarilla— de su jardín, donde los niños se entregaban con entusiasmo a un juego bullicioso. Entonces empezamos a hablar, como tantas veces, de cuando éramos pequeñas. Nos llevamos menos de dos años. Pasamos la infancia en Dublín, la mayor parte del tiempo en una casa pequeña del barrio de Ranelagh.

—La primera vez que recuerdo haberte visto —dije yo— fue antes de que fuéramos a vivir a Ranelagh. Fue cuando vivíamos en la casa de Belgrave Road. Tú debías de tener dieciocho meses o así. Alguien te tenía en brazos y tú agarraste el gorro de Emer, se lo quitaste de la cabeza y lo tiraste al fuego y ella se echó a llorar. Era un gorro de lana nuevo. —Emer es nuestra hermana mayor.

—No me acuerdo —dijo Derry, pero parecía complacida con la idea del gorro en llamas—. No me acuerdo de nada de Belgrave Road.

—El siguiente recuerdo que tengo de ti —continué yo— es de cuando tenías unos tres años. Vivíamos en Ranelagh. Entré en el dormitorio del medio y te encontré desnuda gritando que alguien te vistiera, y te vestí.

—Tampoco me acuerdo de eso —dijo Derry.

—¿Y recuerdas cuando tenías seis o siete y casi te dio el baile de san Vito? Temblabas y lo tirabas todo por toda la casa.

—De eso sí me acuerdo, muy bien —dijo Derry sonriendo.

Mientras hablábamos, ella le estaba haciendo el dobladillo a un vestido de

algodón rosa para su hija mayor. Yo le miré las manos, tan firmes y seguras con la aguja, y pensé en cómo habíamos temido que perdiera la capacidad de usarlas.

—No podías ayudar a fregar los platos —le dije—, por miedo a que rompieras las tazas y los platillos. Cuando no estabas dejando caer cosas, te tumbabas en la cama con los ojos muy abiertos, sin poder levantarte. Tenías un aspecto horrible. Hiciste pasar mucho miedo a mamá. Hizo venir a la vecina para verte.

—Me acuerdo perfectamente —dijo Derry con impaciencia.

—Si estabas dormida —repuse.

—No estaba más dormida que tú en este momento —dijo—. Y tampoco estaba más cerca que tú de tener el baile de san Vito —añadió, con un deje desafiante.

La miré con ojos fulgurantes.

—¿Qué quieres decir? —exclamé—. ¿Que era todo comedia? —lo dije en voz alta, sonaba tan estupefacta como realmente estaba. La delicada salud de Derry había tenido un peso tan importante en mi niñez como la religión católica y la lucha por la libertad irlandesa. Lo primero que recuerdo haber oído de ella era que pesaba muy poco al nacer y que su salud era precaria. Mi madre siempre nos vestía exactamente iguales y la gente nos llamaba «las gemelas de la señora Brennan», pero yo era la grande y la fuerte, y ella era la pálida y delgada, siempre a mi lado, siempre silenciosa, mientras que yo hablaba sin parar. Recordando con qué fuerza todo aquello había influido en nuestra infancia, y el modo en que había determinado todo entre nosotras y a nuestro alrededor, naturalmente me sentí horrorizada al escucharla ahora, más de veinte años después, cargándose todo con calma. Decidí que me estaba tomando el pelo.

—Estás de broma, ¿no? —dije.

—No —contestó.

—Pero ¿por qué lo hacías? —le pregunté.

—Bueno, por una parte, así me ahorrraba fregar los cacharros —dijo—. Y también era demasiado delicada para ir mucho al colegio, acuérdate.

—Todos aquellos cacharros que yo fregué —dije—. ¿Y nunca se lo dijiste a nadie?

Ella me miró exasperada.

—Eso habría sido una estupidez, ¿no? La gracia era que nadie lo supiera.

—Y has mantenido el secreto todos estos años.

—La verdad es que no lo había pensado durante años, hasta que tú me lo has recordado ahora. Claro que tuve alguna gripe, y también aquellos sabañones en invierno —se echó a reír y yo también me reí, aunque no del todo convencida.

En aquel momento, dos de sus hijos empezaron una batalla bajo las ventanas y ella corrió fuera a investigar, y me dejó pensando en su duplicidad todos aquellos años, cuando era tan pequeña y frágil que nadie se habría atrevido a acusarla de la más mínima ofensa, y menos aún de mantener la casa en vilo por su salud durante años. Yo estaba más admirada que ninguna otra cosa, porque tampoco me había molestado fregar los platos y había recibido muchos elogios de mi madre por hacerlo, pero me sorprendió pensar que Derry había sido capaz, tan pequeña, de pensar y perpetrar aquella oscura y complicada trama. Y de no contárselo a nadie, ni siquiera a mí.

Fue entonces cuando recordé que aquella no era la primera vez que me había superado.

La primera vez que ocurrió ella no tenía más de siete años y yo tenía casi nueve. En aquellos años, como decía, yo era más corpulenta que ella y aunque no diría que la intimidara, sí puedo decir que yo mandaba. Toda su vida le estuve mandando sin piedad hasta el momento del que voy a hablar, y creo que ni siquiera entonces cambiaron mucho las cosas entre nosotras. Recuerdo que yo tenía un juego favorito llamado «sentarme en Derry». La hacía echarse en el suelo y me sentaba en su estómago y la miraba a la cara haciendo unas muecas que las dos considerábamos aterradoras. Era un simple juego, pero supongo que a veces ella debía de acabar harta.

Me sentía superior a ella, y protectora, porque ella era muy pequeñita y porque odiaba el colegio y nunca se aprendía las lecciones, y porque tenía feos y dolorosos sabañones con el frío y yo no, y sobre todo porque era tímida. De hecho, yo nunca le daba opción de decir una palabra. Siempre se decía que yo era el cerebro de la familia.

—Derry tiene la belleza —solían decir— pero Maeve tiene el cerebro.

Yo me lo creía a pies juntillas. Miraba a Derry y pensaba solemnemente en mi cerebro y en que yo nunca había tenido problemas en el colegio y siempre obtenía buenas notas. En los juegos, yo siempre conseguía quedar de las

primeras, mientras que Derry jugaba sola por algún rincón, y yo siempre me apuntaba a los concursos de canto, aunque no tenía voz, y a los de recitar, aunque no tenía elocuencia. Incluso había decidido ser actriz, pero no le había hablado a nadie de mi ambición, ni en el colegio ni en la familia, por miedo a que se rieran.

Pero un día, Derry y yo estábamos sentadas en el jardín de detrás de la casa de Ranelagh. Debía de ser verano porque estábamos sentadas en la hierba y había nomeolvides y quebrantapiedras en flor en los parterres de mi madre. Teníamos una caja de cuentas de collar en la hierba, situada en medio de las dos, y estábamos haciendo collares y disfrutando de mi conversación.

—Cuando sea mayor —le dije a Derry— seré una actriz famosa. Actuaré en el Abbey Theatre y saldré en las fotos y luego iré por todos los colegios y les enseñaré a los profesores cómo recitar.

Iba a seguir, porque no esperaba que ella tuviera nada que decir, pero entonces habló, sin levantar la vista del collar:

—No te hagas ilusiones —dijo claramente.

Me quedé atónita. ¿De dónde había sacado la pequeña Derry aquella expresión? Yo nunca la había dicho y no estaba segura siquiera de haberla oído. ¿Quién se lo habría dicho? Me quedé callada, estupefacta. No tenía nada que decir. Por primera vez se me había ocurrido que Derry tenía cerebro. ¿Más cerebro del que yo tenía, tal vez?

UNA CHICA PUEDE MALOGRAR SU SUERTE

Arriba, en el dormitorio que había compartido con su mujer durante más de treinta años, el señor Derdon estaba de pie ante su cómoda y trabajaba plácidamente en el lazo de su pajarita azul marino. Llevaba chaleco y pantalones. Ambas prendas, que le había confeccionado con descuento uno de los sastres de la sección de caballeros de la tienda donde trabajaba, eran de una lana suave azul marino, atravesada por una fina línea gris. La chaqueta estaba allí colgada, lista para ponérsela, en el respaldo de una silla, junto a su cama. La silla compañera estaba en el lado de la cama de la señora Derdon, pero sin ropa colgada o doblada. Como de costumbre, la señora Derdon se había levantado y vestido y salido del dormitorio antes de que su marido se despertara del todo.

De haber sido una mañana corriente, Rose Derdon habría acabado de desayunar a aquella hora. En una mañana corriente, ella ya habría empezado sus tareas domésticas, y, cuando él bajara, Rose abandonaría lo que estuviera haciendo y volvería a la cocina a esperar que él desayunara. Pero aquella no era una mañana corriente. Era un fastidio de mañana. Aquel día se cumplían cuarenta y tres años de la muerte del padre de la señora Derdon. Ella había encargado que dijeran una misa por el descanso de su alma, como todos los años, y naturalmente iba a asistir a la misa, como hacía todos los años, lo que significaba que la mañana del señor Derdon sería molesta —se había despertado irritado al pensarlo—, ya que Rose no estaría allí para servirle el desayuno y despedirlo cuando se fuera a trabajar.

El señor Derdon se estaba tomando su tiempo con el arreglo de la pajarita. Se miraba en el espejo que pendía sobre su cómoda, pero aunque sus manos y

sus ojos estaban sobre la pajarita, su atención estaba abajo, en el vestíbulo, y esperaba a escuchar el ruido de la puerta de la calle al cerrarse, para asegurarse de que la señora Derdon había salido dejándolo solo y de que podía bajar sin temor a que ella lo viera. Si Rose se iba a ir así, dejando que se las apañara solo con el desayuno, él no iba a darle la satisfacción de verlo sentado ante la mesa de la cocina antes de irse. Lo había decidido. No pensaba bajar hasta estar seguro de que ella había salido de casa. El tiempo estaba de su parte. Podía correr a desayunar cuando bajara, pero ella tenía que llevar ya minutos fuera. Si quería arrodillarse en su sitio antes de que el sacerdote ascendiera al altar y empezara la misa, ella ya debería estar a medio camino de la iglesia. Podía tomarse su tiempo. Ella se cansaría de esperarlo abajo.

Al fin oyó la puerta cerrándose. Rose se había ido. En el espacio del minuto que siguió, se enderezó la corbata, se puso la chaqueta y las gafas, cogió el pañuelo limpio, el dinero suelto y su conjunto de pluma y bolígrafo y los demás objetos que todas las noches dejaba sobre la cómoda, se los metió en los bolsillos y llegó a las escaleras que llevaban al estrecho recibidor.

Le dio un escalofrío verla de pie allí abajo, en el recibidor, vestida de calle, con el abrigo gris y los zapatos negros del domingo. Tenía la cabeza inclinada, con la cara en sombra por el ala del sombrero y estaba mirando algo de su misal, muy quieta, tanto que por un momento él pensó que había visto algo, pero Rose levantó la vista y cerró el misal.

—Creí que te habías ido —dijo él.

—He tenido que volver. Se me ha olvidado una cosa —dijo ella, y él siguió bajando las escaleras y al llegar abajo se volvió bruscamente y bajó los tres escalones que llevaban a la cocina. Rose lo siguió. Por supuesto, él sabía muy bien lo que había ocurrido. La conocía bien. Cada uno había intentado engañar al otro y Rose había ganado. Durante los últimos diez minutos, había adivinado que él se estaba demorando arriba a propósito. No lo había llamado ni había subido, como habría hecho cualquier otra mujer. Para Rose, eso habría sido «molestarlo». Hacer las cosas directamente significaba «molestarlo». Por alguna razón, Rose estaba tan determinada a verlo como él a que ella no lo viera.

—Temo que llegues tarde a misa —dijo él; cogió la tetera del hornillo, la llevó a la mesa, se sentó y cogió una rebanada de pan.

—Lo he dejado todo preparado —dijo ella.

Estaba de pie, dubitativa, en el umbral. Aún llevaba los guantes puestos. En un minuto se los habría quitado y habría empezado a moverse y llevar más cosas a la mesa y a preguntarle qué quería.

—¿Vas a ir a la misa o no? —le preguntó él.

—Hubert —dijo ella—. He pensado algo muy curioso esta mañana. ¿Sabes que tengo exactamente la misma edad que tenía mi madre cuando yo me casé?

—Tenía que ocurrir un día u otro —dijo Hubert.

—En dos días cumpliré cincuenta y tres, y el día que me casé a mi madre le faltaban dos días para cumplir cincuenta y tres.

—Yo también me casé ese día —dijo Hubert—. Tu madre parecía mucho mayor —añadió.

Rose dudó, mirándolo a él, mirando la mesa y de nuevo a él.

—Solo quería contártelo —dijo—. Es curioso, si lo piensas. Bueno, ya me voy. No te olvides de cerrar la puerta de casa con fuerza. Asegúrate de que se cierra.

Rose había oído su voz, pero no sus palabras. Estaba satisfecha. Se había empeñado en verlo y lo había visto. No le gustaba tener que salir y dejarlo solo en casa.

Aquel día, el del aniversario de la muerte de su padre, era siempre un día extraño, e incluso ahora, al cabo de cuarenta y tres años, le pesaba. Aquel año había caído en martes. Martes 9 de septiembre. Su padre se había muerto dos días antes de que ella cumpliera diez años. Cada año, cuando se acercaba el aniversario, Rose sabía que dos días después cumpliría años, y el día de su cumpleaños, recordaba que en su décimo cumpleaños, él solo llevaba dos días muerto. Ni siquiera dos días, oficialmente no, porque se había muerto en algún momento entre las seis y media y las siete de la tarde y Rose había nacido hacia las tres de la madrugada. Unos minutos antes de las tres, le había dicho su madre. Por eso, en el momento en que ella cumplía los diez años, su padre, aún sin enterrar, no llevaba dos días muerto.

Cada año, en su cumpleaños, Rose contaba los años que habían pasado y pensaba en cómo aumentaba el tiempo que la separaba de su padre, pero, sobre todo, pensaba en aquellos dos días incompletos, y siempre se despertaba la mañana de su cumpleaños con una terrible sensación de

aprensión, como si hubiera olvidado hacer algo importante y estuviera a punto de descubrirlo. La sensación de aprensión ante la idea de aquellos dos días incompletos era horriblemente dolorosa y no podía evitar la impresión de que algo había quedado sin hacer respecto a la muerte de su padre, que él no había podido ver a alguien a quien hubiera querido volver a ver, o que había habido descuido o negligencia en su entierro o su funeral, o una falta de respeto al llevar su ataúd a la tumba. Rose era entonces demasiado pequeña para cerciorarse de que todo se hacía bien. La habían despachado junto con su hermano pequeño a casa de unos vecinos. Pero la hija mayor de los vecinos se enteró, estuvo mirando y cuando pasó el ataúd, llamó a Rose para que se acercara y lo viera.

La señora Derdon sabía perfectamente que lo incompleto de aquel intervalo de dos días entre la hora de la muerte de su padre y la hora de su propio nacimiento era pura y simplemente accidental y solo accidental, pero ahí estaba, la aprensión subsistía y aquello —la sensación accidental— la alimentaba.

Él no tendría que haber muerto. No era viejo ni estaba enfermo. Había sido frágil —muchas veces descansaba en la cama—, pero no estaba enfermo. Si hubiera podido resistir aquel fragmento de tiempo hasta el cumpleaños de Rose, no habría muerto. Habría estado a salvo. Habría sido su cumpleaños, habría sido el Gran Día, y él habría estado tan atento pensando en la importancia de aquel día que no se habría echado a descansar al volver a casa al atardecer, y si no se hubiera echado, no habría muerto. Los dos habrían estado tan ocupados pensando en el gran día y hablando de eso que apenas habrían prestado atención a los días anteriores, excepto para tacharlos con un lápiz en el calendario. Su padre había dibujado una brillante estrella roja alrededor del gran día, pero no habían prestado atención a los días que venían antes, ni ella tampoco, excepto en que los dos estaban contentos cada noche de que pasara otro día y se acercaran al día que los dos esperaban. Todos los días antes de su cumpleaños habían sido corrientes, aburridos días laborables, sin más valor que el de pasar y quedar atrás, pero entonces, uno de los días se había dado la vuelta y se había convertido en el día más importante de todos.

Si él se hubiera sentado con Rose aquella noche en su viejo sillón de orejas de la cocina, como hacía muchas veces por la noche, habría recobrado el aliento perdido y todo habría salido bien. Muchas veces lo había visto

recobrar el aliento. Él la miraba y ella lo miraba y veía las lágrimas en sus ojos mientras recobraba el aliento y luego los dos sonreían porque volvía a ser el de siempre.

Él la sentaba en su regazo. A su madre le molestaba. Su madre decía que era demasiado alta y pesada, pero él siempre decía que no pesaba nada. Cuando su padre se levantaba para echarse en la cama, después de llegar del trabajo, Rose subía con él y se echaba a su lado y le hablaba hasta que él descansaba lo suficiente, pero su madre cortó aquella costumbre.

Su padre llegó del trabajo como siempre aquella tarde y Rose estaba con él cuando su padre tachó aquel día del calendario. Entonces él preguntó:

—¿Me siento aquí junto al fuego o me voy arriba a descansar?

—Lo que tú quieras —dijo Rose, y no pudo evitar reírse al mirarlo porque siempre se alegraba mucho de verlo.

—Ah, no sé, creo que me echaré un poco —dijo, y le puso la mano en la nuca, bajo el pelo, y la sacudió ligeramente—. Solo un día más, Rose —dijo—, y entonces veremos lo que veremos.

Ella estaba encantada porque sabía que se refería al regalo que le había prometido, que iba a ser una sorpresa. Y Jimmy, que entonces solo tenía cinco años, estaba sentado solo en el suelo frente al fuego y se levantó para acercarse a ellos porque sabía que también habría algo para él, aunque fuese el cumpleaños de Rose. Y su padre se inclinó y dijo:

—Sí, Jimmy, también habrá algo bonito para ti.

Luego se fue escaleras arriba y Rose se quedó abajo junto a Jimmy y lo miró subir. Él no volvió la cabeza, pero, claro, tampoco sabía que ellos se habían acercado al pie de las escaleras y lo estaban mirando.

Su madre no había subido a verlo como solía hacer cuando volvía a la cocina, después de atender a los clientes en la pequeña tienda que tenía en el antiguo saloncito de la casa. Primero estuvo ocupada preparando el té y luego, cuando acabó, dijo que lo dejaría dormir un rato. Y luego vino la vecina y empezaron a hablar. Se había muerto solo. Debió de pasar un miedo terrible, pero fue muy valiente. No gritó ni pronunció el nombre de nadie. Todos estaban abajo y no oyeron nada. Pero su madre y la vecina estaban charlando y riéndose. Tal vez llamó y no lo oyeron. Tal vez intentó decir: «¡Rose, Rosie!». «Rose» significaba que la estaba llamando y «Rosie» que estaba sonriendo, pronunciando su nombre por segunda vez. Nunca había tenido que llamarla dos

veces. Ella salía corriendo como una flecha hacia el lugar donde sonaba su voz. Él siempre llegaba a casa llamándola.

Había estado inquieta aquella tarde, sentada ante la mesa de la cocina sin que nadie le hiciera caso. Su madre y la vecina de la casa de al lado estaban sentadas una frente a la otra junto al fuego. Jimmy estaba en el regazo de su madre y ella lo sujetaba estrechamente, con un brazo alrededor de su pierna y el otro rodeándole la nuca, abrazándolo mientras le hablaba a la vecina por encima de su cabeza. Jimmy llevaba los pantalones cortos que su madre le había hecho aprovechando una falda de ella, y el jersey rojo que su madre había tejido para él. Su madre le había quitado las botas y los calcetines cuando Rose le llevó a casa desde el colegio y sus piecillos brillaban a la luz del fuego.

Rose se había sentado con ganas de abrazar a Jimmy, pero sin atreverse a pedirlo, y al fin dijo que iría arriba a ver cómo estaba su papá. Pero su madre, que era distinta cuando había visita, le había echado una mirada que Rose sabía que estaba dedicada a la vecina y había dicho:

—Quédate donde estás, señorita, y deja que tu papá descanse. Yo decidiré cuándo es hora de despertarlo. ¿Me has oído? —Y asintió significativamente a la vecina, añadiendo—: Rose es la pequeña más entrometida que puedas imaginar.

Y la vecina sonrió de una forma poco agradable y dijo:

—Solo quiere hacerse notar. ¿Verdad, Rose?

—Sí, hacerse notar también —dijo su madre—. Pero él la mima demasiado. Diga lo que yo diga, él la mima. Y eso solo le hará las cosas más difíciles a largo plazo.

—No hay nada peor que una niña mimada —dijo la vecina, y Rose esperó pacientemente hasta que su madre decidió que era el momento de subir donde su padre.

Rose nunca supo qué era lo que su padre iba a regalarle por su cumpleaños, o qué le iba a regalar a Jimmy. Había habido veces —una o dos— en que él había dejado un depósito para comprar algo y luego los de la tienda apartaban el regalo, el juguete o la muñeca, hasta que él tuviera el dinero para pagar el resto. Rose no podía creer que no hubiera dejado un adelanto para ella en alguna parte; para el regalo de Jimmy, aún, porque iba a ser algo más pequeño, pero algo para ella... Entró y salió un montón de veces

de la tienda de la señorita Greene, y en O'Malley's, merodeaba un momento, miraba alrededor y esperaba que alguien tras el mostrador le dijera que su padre había pagado el adelanto de un regalo para ella y que lo tenían reservado, pero nadie le dijo nada de ningún adelanto y ella no se atrevió a preguntar.

Pero no era la pérdida del regalo ni la pérdida del cumpleaños, ni siquiera la pérdida de su padre lo que tanto afligía a Rose: era el conocimiento, que solo ella tenía, de aquel fragmento perdido de tiempo entre el momento de su muerte y el momento que había marcado su nacimiento. Una gran parte de tiempo se había roto y había desaparecido, y tal vez se había llevado a otros consigo, pero ella no lo sabía. Lo más terrible era que nadie aparte de ella parecía advertir que aquel espacio de tiempo, un fragmento, había sido arrancado de sus vidas y que nada había ocurrido durante ese tiempo, ni minutos, ni horas, ni nada por el estilo. Era en ese fragmento desigual de tiempo en lo que Rose concentraba su atención, intentando adivinar su forma (no exactamente como un día y no exactamente como una noche) e intentando imaginar qué accidente había causado que se deslizase en lugar de mantenerse firme hasta que su padre y ella llegaran al terreno seguro de su cumpleaños. Fue su conocimiento del poder del accidente y su natural y confusa aprensión, tanto como el deseo de controlar que él encontrara algo que comer, lo que le había hecho engañar a Hubert para que bajara las escaleras aquella mañana, cuando sabía perfectamente que él estaba disfrutando de su enfurruñamiento.

Llegaba justo a tiempo a misa. Cuando entró en la iglesia se puso muy firme y adoptó una expresión afectada, casi desdeñosa, la expresión de alguien que aún no ha encontrado nada que criticar pero que teme encontrarse en cualquier momento con alguien inferior y que ese alguien intente acercarse a ella.

Hubert conocía aquella expresión. Rose solo la adoptaba al salir de casa. A Hubert le desagradaba que algo alterase el orden de sus días. No le gustaba desayunar de cualquier manera, ni ver a su esposa corriendo por la casa a aquella hora temprana de la mañana de un día laborable con el sombrero y los guantes puestos y su grueso misal en la mano, pero lo que más le desagradaba de todo era verla salir al mundo con aquella expresión con la que se mostraba a los demás, la expresión con la que creía impresionarlos, como si todo el mundo la estuviera mirando. Sus pretensiones, el aire patético de creerse no sé

qué, lo irritaban tanto que apenas soportaba mirarla en las —rarísimas— ocasiones en que salían juntos. Llevaban unos treinta años viviendo en Dublín y ella seguía siendo la misma chica simple de pueblo, y eso estaba bien, en cierto modo, si se hubiera contentado con ello, pero en cuanto salía de casa empezaba a imaginarse cosas de sí misma, como si imaginando y fingiendo pudiera engañar a la gente y convencer a los demás de que era una clase de mujer que nunca había existido en ninguna parte, salvo en su cabeza.

Hubert concluyó que pensar en todo aquello era una forma muy mala de empezar el día. Pero una vez empezaba no podía parar y el resultado fue que llegó a su trabajo siete minutos más tarde de lo habitual, aunque bastante más temprano que la mayoría, y de mal humor. No mencionó la alteración de su rutina matinal a nadie. No le gustaba hacer confidencias, ni tampoco recibirlas, y le molestaba que le hicieran preguntas, así que casi nunca preguntaba nada a nadie. Su departamento, con un personal exclusivamente masculino, estaba al fondo de la planta principal de la tienda, tras las amplias y alfombradas escaleras que llevaban a la segunda planta. El techo de la planta principal tenía dos pisos de altura y habían construido una galería alta para disponer de más espacio de almacén y para efectuar trabajos de confección y revisión de muestrarios y encargos. Aquel día, Hubert iba a pasar su jornada laboral en la galería, revisando muestrarios y cotejándolos con el material que tenían en stock. El departamento tenía muchos clientes sacerdotes y mientras organizaba su trabajo del día, Hubert apartó muestras de vestuario clerical, dejándolas para el día siguiente o el otro. El único hijo de Hubert, su único niño, era sacerdote, y a Hubert le molestaba que le recordaran el hecho de que John era ahora el padre John Derdon.

Le había decepcionado que John se hiciera cura, aunque la verdad era que al mismo tiempo había sentido alivio. John era un pobre chico, débil y tímido y sin aptitudes para nada ni inclinaciones precisas y Hubert nunca había podido imaginar qué podría hacer para ganarse la vida y para vivirla. Para alguien como él, hacerse sacerdote era una opción tan buena como cualquier otra. Cuidarían de él y siempre le dirían lo que tenía que hacer y lo que no. Estaría a salvo toda su vida. Con el tiempo, cuando se hiciera mayor, probablemente aprendería a andar y hablar con la misma autoridad que los demás, con su sotana negra. Lo que le había ocurrido a John, su destino, podía atribuírsele del todo a Rose. Ella había malogrado al chico. Lo había

acaparado tanto que había acabado por estropearlo. Era una lástima. A Hubert no le gustaba pensar en John. Había algo muy precario y perdido en él la última vez que había ido a verlos, con sus rígidas nuevas maneras y su cuello redondo y su preocupación por sí mismo y por todo lo que decía. Parecía muy inquieto, como si intentara darse ejemplo, observándose y mirando a sus padres, como esperando que le dijeran que todo estaba bien.

La mañana, que había empezado mal para Hubert, continuó mal. Los dos huevos duros que Rose le había dejado preparados y que él había decidido engullir en el último minuto, tras haber contemplado la posibilidad de castigarla dejándolos donde estaban, le cayeron fríamente en el estómago. No quiso comer nada cuando llegó el mediodía y decidió dar un paseo y quizá tomarse un vaso de leche o algo así.

Era un día fresco con un sol radiante, pero había habido pequeños chubascos por la mañana y Hubert llevaba la gabardina al salir de la tienda.

Era un hombre discreto, con aspecto digno, no muy alto. Tenía la cara pálida y delgada y los ojos azules. Adoptaba una expresión amistosa, pero la de un amigo que no se compromete a nada. Andaba como trabajaba, metódicamente, y avanzaba despacio a lo largo de la estrecha Grafton Street, esquivando a los paseantes y concentrado en su camino, sin mirar ninguno de los escaparates. Grafton Street era un circo, pensó, y se alegró de salir a los espacios más amplios, despejados y tranquilos de Stephen's Green. Una de las altas puertas del parque, abierta, quedaba frente a él en diagonal, más allá del parterre verde, desde la esquina donde él se hallaba.

Hacía años que no iba al parque, muchos años, pero cuando Rose y él llegaron a Dublín era su lugar preferido, más que ningún otro. Siempre iban allí los sábados por la mañana, pasaban todo el tiempo en aquellos jardines. Entonces nunca les importaba la lluvia, nada les importaba; atravesaban el parque hiciera el tiempo que hiciera. En aquella época Rose tenía un sombrero, un sombrero con ala, muy parecido al que se había puesto aquella mañana. A Rose le encantaba el parque. Siempre quería volver allí. Solía dar de comer a los patos, y nunca se cansaba de hablar de la belleza de las flores y de la ingeniosa disposición de los lechos de flores, de la buena situación de los bancos y sillas situados a lo largo de los setos de los senderos para que la gente se sentara, y del cuidado exquisito con que mantenían el césped, los arbustos y los setos de boj. Ella estaba siempre en el parque durante aquellas

primeras semanas —o meses—, antes de que encontraran una casa accesible para ellos y se trasladaran a Ranelagh.

Durante aquellas primeras semanas juntos, habían vivido en una casa en Somerville Street, en dos habitaciones pequeñas de la planta superior —tenían que subir muchas escaleras— y Rose se había encariñado con aquellas habitaciones. El día que se fueron de Somerville Street, Rose lloró. Iban a trasladarse a una casa propia y a ella solo se le ocurría llorar. Y cuando él le preguntó qué le pasaba, ella solo dijo: «Nada, no puedo evitarlo. No puedo evitarlo».

Antes parecía complacida y contenta con la casa y él no podía entender qué le había dado de pronto. Él se había preocupado, sobre todo por el dinero, se preguntaba si iban a gastar demasiado, y las lágrimas de Rose lo pusieron nervioso.

Luego, el primer domingo en la casa, estaban a punto de cenar cuando ella, de pronto, apoyó la cabeza en la mano y empezó a llorar otra vez.

—Oh, me gustaría que nos hubiéramos quedado donde estábamos. Era tan bonito. Me gustaría que hubiéramos podido quedarnos allí.

Él perdió los estribos. Le dijo que solo había habido errores desde su matrimonio y que tal vez todo había sido un error, el matrimonio también, el matrimonio sobre todo, y le preguntó qué quería decir aquello de que deseaba haberse quedado allí, en qué estaba pensando, si ahora estaba materialmente mejor de lo que había estado en toda su vida.

Aquel fue un día triste, aquel primer domingo en la casa. El lugar parecía tan frío y desnudo y difícil de manejar, incluso después de haber instalado los muebles del dormitorio y el resto de mobiliario que tenían entonces, que era parte de un salón, así como la mesa y sillas amarillas de la cocina. El lugar seguía pareciendo pobre y desnudo, incluso a él le pareció un trayecto demasiado largo y desdichado desde Stephen's Green. Empezó a preguntarse si se habían dejado llevar por la imaginación, pero luego se recobró, tras su estallido, y al acabar de cenar, le propuso a Rose que cogieran el tranvía y dieran una vuelta por la ciudad hasta Stephen's Green y pasearan por el parque como antes hacían. Claro que ya no era lo mismo tener que coger el tranvía de ida y de vuelta, era como si ahora fuesen visitantes de un lugar que antes les había pertenecido.

Pero lo peor que Hubert recordaba de aquel día desdichado era la

expresión de terror que había visto en el rostro de Rose cuando le habló ásperamente. Le había impactado el terror y la mirada dolorida. Él solo la había increpado en un momento de fastidio e impaciencia muy naturales —eso pensaba—, pero ella se había sentido pisoteada. En un segundo estuvo completamente vencida. Tenía el plato lleno frente a sí, pero apenas comió nada, se quedó cabizbaja mirando al plato todo el tiempo, como una niña castigada o un perro también castigado y furtivo. Luego, él la dejó fregando los platos y cuando volvió a la cocina, una vez dominados sus nervios, le sugirió que fuesen al parque. Ella estaba de pie junto a la pila, acabando lo que le quedaba en el plato y, cuando Hubert apareció en la puerta de la cocina, se dio la vuelta aterrada, intentando esconder el plato, para que él no viera que estaba comiendo, y él se dio la vuelta y subió las escaleras, fingiendo que no había visto nada.

Hubert nunca había podido entenderla: su secretismo, su furtividad, su costumbre de parar lo que estaba haciendo y correr a hacer otra cosa en el momento en que él entraba en la habitación, como si sus actos le estuvieran prohibidos. Rose lo temía, y nunca había hecho ningún intento de controlar su temor, por mucho que él lo intentara. Hubert solo le había dicho que debía intentar tomarse las cosas con más calma, tomarse la vida con más calma, que solo de ese modo se tranquilizaría. Pero ella lo temía y esa era la principal dificultad y eso era lo que lo derrotaba a él en cada ocasión, y fue precisamente aquello lo que llevó a Hubert gradualmente, o al final —tampoco estaba seguro de cómo había ocurrido—, a abandonar cualquier tentativa de llevarse bien con Rose.

Cualquiera que los viera juntos podía ver que ella le tenía miedo —al menos, Hubert pensaba que cualquiera podía verlo—, y no era justo, porque él no era la clase de hombre que nadie tuviera que temer. A veces, ella actuaba como una persona atrapada en un lugar donde no quería estar, con alguien que la aterrara mortalmente y que no la quisiera allí. Había momentos en que su expresión ni siquiera era la expresión de una persona normal. Al cabo de un tiempo, él apartó todo aquello definitivamente de su mente: aquel miedo, o fuera lo que fuese lo que dominaba a Rose.

Cuando nació el niño, ella estaba mucho más contenta y parecía más tranquila, pero luego se concentró demasiado en el bebé y aquello era insano y equivocado, la forma en que dependía de John aun antes de que él aprendiera a

andar. Luego logró que John también le tuviera miedo. Los oía charlando en algún sitio, pero en el momento en que él abría la puerta y entraba en la habitación donde estaban, los dos se quedaban en silencio. Los sorprendía intercambiando miradas que lo excluían. Y cuando ella quería censurar alguna costumbre del niño, le decía: «A tu papá no le gusta que hagas eso, Johnny», o bien: «Tu padre no tolerará que hagas eso, Johnny». Como si él, Hubert, el padre silencioso, que nunca le había dicho una sola palabra áspera al chico y que nunca tenía la ocasión de decir casi nada más que «Buenos días» o «Buenas noches» o «Feliz Navidad», como si él fuera el único a quien le disgustara lo que el niño hacía.

Hubert tenía la idea de que Rose sabía perfectamente el poder que le daba a ella tenerle miedo y que él temiera siempre herir sus sentimientos, pero nunca llegó a desafiarla por eso, con aquel poder suyo, o con su otra sospecha: que ella extraía cierto placer irritándolo. Nunca se atrevía a decirle: «Me tienes miedo. No sé por qué me tienes miedo. Creo que deberías hacer un esfuerzo por superarlo. No es justo para mí, ni para ti, ni para el niño. Y yo creo que encuentras cierta satisfacción en ese temor. Creo que sabes muy bien lo que estás haciendo: llevándote al niño a tu lado, cuando no haría falta que nadie tomara partido. No me gustan esos juegos. No me gustan nada. Me gustaría que cambiaras de actitud y acabases con este absurdo. Me gustaría que parases. Eso de que os sobresaltéis y salgáis corriendo cada vez que yo entro en una habitación tiene que terminar. Tiene que terminar como sea».

Pero cuando llegaba a ese punto en sus pensamientos, Hubert tenía que detenerse porque sentía que su furia le hacía perder el control. La ira era terrible porque no parecía haber modo de escapar de ella. Era una ira que llamaba a golpear las paredes o a derribar cualquier cosa valiosa hasta que se estrellara con estrépito. Lo que realmente hubiera querido aplastar estaba fuera de su alcance y él ni siquiera sabía lo que era, pero cuando pensaba en las cosas que quedaban fuera de su alcance y que querría romper en pedacitos, se sentía mejor. Sin embargo, no había ningún modo de decírselo a ella. Rose tomaba cualquier palabra como una reprimenda, y cuando él intentaba hablar con ella, hacerle recobrar el sentido común, solo acababa por sentirse avergonzado, harto de sí mismo y de ella. Ahora ya hacía mucho tiempo que no había intentado averiguar qué le pasaba a Rose o por qué se sentía tan desgraciada. Obediente, doblegándose con amabilidad, ella le ganaba la

partida cada vez. Se rendía. Se rendía ante él por todo. Parecía que no hubiera límite en su capacidad de doblegarse, y él pensaba que no había ningún condicional, ningún adversativo: Rose podía seguir rindiéndose siempre sin hacer ningún gesto de afirmación. Había algo en ella contra lo que él no podía luchar, o algo que no podía encontrar, y no sabía qué era o en qué consistía realmente el problema.

Podía ser que fueran sus ojos lo que la rendía o lo que la hacía invencible, pensándolo bien. Tenía los ojos de su padre, y sus rasgos. Eso le había dicho la madre. La primera vez que había visto a Rose estaba detrás del mostrador en la tiendecita que regentaba su madre, en lo que antes había sido el saloncito de su casa. Uno entraba por el vestíbulo, torcía a la derecha y ya estaba en la tienda. Rose tenía veinte años entonces y el pelo muy claro, de un castaño rubio. Él se fijó en su pelo aquel día porque tenía la cabeza inclinada sobre una labor de ganchillo que estaba haciendo y, por la ventana cuadrada que tenía detrás, el sol lo iluminaba directamente. Lo llevaba recogido en un moño, en un estilo demasiado senil para ella, que le daba un aspecto muy sencillo y calmado. Tenía un trozo de tela en el regazo, un pañuelo grande o una funda de almohada o algo parecido, y cuando vio a Hubert envolvió el ganchillo en la tela y la dobló, convirtiéndola en una pequeña bolsa, se levantó y le sonrió, todo al mismo tiempo. Parecía muy contenta de verlo. Él pensó que era una chica guapa, con la expresión abierta de una niña. Con aquella expresión tan abierta y su naturaleza obediente le pegaba tener los ojos azul claro, pero sus ojos eran verdes, del color de las algas, un verde intenso, no muy oscuro, sino lleno de nubes.

Él le pidió un paquete pequeño de cigarrillos. Ella alargó la mano hacia una estantería que quedaba a su lado y lo puso en el mostrador, luego volvió a cogerlo, lo abrió y contó los cigarrillos de dentro. Los contó entre dientes, dijo «seis» y le mostró el paquete abierto.

—Como siempre, ¿no? —preguntó él.

—Tengo que contarlos —dijo ella en tono de disculpa—, o me las cargaré con mi madre. El otro día vino un hombre y compró uno como ese y enseguida volvió a quejarse de que solo había cuatro cigarrillos en el paquete. Y yo no sabía qué hacer. Le di otro paquete en lugar de aquel, y cuando se lo conté a mi madre se enfadó y dijo que me había engañado. Así que ahora tengo que contarlos.

Hubert le sonrió, pero estaba pensando que no le extrañaba que alguien se hubiera aprovechado de ella. Seguía pensando en ella mientras se alejaba por la calle, cuando la oyó llamarlo:

—¡Espere un momento! —Y cuando se dio la vuelta, ella ya lo había alcanzado, corriendo tras él.

—Solo quería decirle que tengo que abrir los paquetes de tabaco a todo el mundo, no solo a usted.

—Ya lo sé —repuso él—, ya me lo has dicho.

—Temía haberle ofendido —dijo ella.

—Ah, no, no. No es tan fácil ofenderme —dijo él, y pensó que ella parecía demasiado excitable. No le gustó que hubiera corrido tras él por la calle de aquella manera, poniéndolo en evidencia.

Rose, su madre y su hermano pequeño Jimmy pasaban las tardes en la habitación que quedaba al fondo del pasillo, desde la tienda, una gran cocina oscura que parecía ser toda puertas y que solo tenía una ventana, orientada hacia el pequeño jardín vallado. La madre siempre se sentaba en un sillón de madera junto al fuego. Rose se sentaba en una silla de madera junto a la mesa que había en el centro de la habitación, y Jimmy holgazaneaba en un banco de madera situado bajo la ventana. Jimmy tenía quince años, era un chico callado que sonreía siempre que alguien lo miraba. Como Rose, estaba siempre pendiente de su madre. Rose solía sentarse en aquella cocina como una niña buena, sin apenas decir nada. La noche que decidieron que se casarían, él estaba sentado ante la mesa frente a ella, e incluso entonces Rose apenas habló, pero lo miraba. Incluso cuando fingía mirar la mesa o el fuego, estaba observándolo a él.

La madre de Rose tenía las cosas muy claras. Conocía bien la diferencia entre lo bueno y lo malo y decía lo que pensaba. No aceptaba tonterías de nadie y cuando estaban todos allí, aquella noche, le dijo a Hubert: «Espero que sepas lo que estás haciendo, Hubert. Casarse no es ninguna broma. No se trata simplemente de ponerle un anillo en el dedo a una chica. Dicen que una chica puede malograr su suerte, pero un joven puede también malograr la suya con la misma facilidad y en el mismo grado. Yo no sé si Rose y tú os conocéis lo bastante. Deberíais pensarlo un poco, Rose y tú. Supongo que querréis esperar un poco y no precipitaros a actuar sin pensar. No tenéis ninguna prisa. Necesitáis tiempo, por si acaso cambiáis de opinión. Más vale renunciar antes

de que sea demasiado tarde. Rose es veleidosa. Cambia de opinión de un minuto a otro. Nunca sabe lo que pensará en el momento siguiente. Su opinión varía según la persona con la que esté hablando. Es solo una chiquilla. Más vale que sepáis que pisáis terreno firme antes de dar un paso tan decisivo. Ya sé lo que estás pensando, Rose: que soy muy dura, y no lo soy. Te conozco muy bien. Tú eres muy joven, Hubert, no tienes a nadie que pueda aconsejarte, yo soy mayor y tengo más experiencia, y aunque Rose sea mi hija, quiero que sepas que me importa tanto tu bienestar como el de ella. Y Rose es cambiante, no puede evitarlo; es su naturaleza. Creo que deberíais pensarlo un poco».

—Ay, madre, no le hables así —exclamó Rose—. No es justo. Le estás dando una imagen muy mala de mí. No es justo.

—No quiero oírte replicar, Rose —dijo su madre—. Y para demostrarle a Hubert que tengo razón, voy a daros un ejemplo.

—Bueno, entonces no puedo hacer nada —susurró Rose.

—Esto es lo que quiero decir —continuó su madre—. Te lo digo para que lo sepas, Hubert, y para que nadie se ría de ti a tus espaldas. ¿Sabes el camino que va desde el parvulario hasta Patrick Street? Bueno, a lo mejor no lo conoces, ya que no eres de aquí, pero ahí está, y al final del camino solo hay un establo abandonado con la puerta rota. La puerta se rompió hará cosa de un año, cuando unos jóvenes gamberros entraron una noche, nadie sabe por qué razón ni nadie quiere pensar en ello, y nunca los encontraron, aunque todos tenemos nuestra idea de quiénes eran. Ninguna chica decente tomaría ese camino con alguien si tiene algún respeto por sí misma, pero el pasado 10 de junio, Rose se fue justo cuando yo no estaba mirando y pasó dos horas de la noche en aquel establo, desde las ocho y media hasta casi las once, esperando a un chico de la calle de enfrente, un jovenzuelo, un joven granuja que no le llega a ella ni a la suela de los zapatos, o no le llegaba hasta que ella le permitió pisotearla.

—¡Oh, madre! —protestó Rose.

—Eso es lo que hizo —dijo su madre—. Y la razón fue que ella fuese a ese lugar y lo esperase allí. Él se presentó en la tienda y le dijo que había hecho una apuesta con uno de sus compinches de que se citarían con ella allí, y le dijo que si Rose no iba, él perdería su paga semanal y sería el hazmerreír de todos. Y por supuesto, sin pensarlo dos veces ni preguntarme a mí, ella se fue para allá con sus mejores zapatos y se quedó allí dos horas. ¡Dos horas!

Esperándolo. Cualquiera otra chica en el mundo habría sabido cómo actuar, pero no esta pobrecita mía. Así que él ganó su apuesta y ella perdió su dignidad para siempre. Se partieron de risa a su costa. Y yo perdí mi dignidad y al pobre Jimmy se le encogió el corazón cuando vio cómo se burlaban de él en el colegio. Eso fue lo que hizo Rose. Lo hizo por su buen corazón, y yo lo sé, sé que no quería hacer daño a nadie, pero una chica no puede ser tan blanda ni tan despreocupada, ni tener tan poco respeto por sí misma y por su familia. Esto es lo que quería decirte. No me gustaría que ella te lo ocultara.

—No había ninguna necesidad de contarle eso, madre —dijo Rose—. Estaba llorando en silencio, cabizbaja, y él quiso cogerle la mano, pero temió que su madre adivinara que él estaba acostumbrado a tocar a Rose, y tenía miedo de su madre.

—Era muy necesario que se lo dijera, Rose —repuso su madre—. Y no hace falta que llores de ese modo. Ya no eres una criatura. Estamos hablando de casarte y tienes que demostrar que eres lo bastante sensata para casarte. Y por eso digo que sería conveniente que lo pensarais bien los dos, un poco más de tiempo, antes de comprometeros. Pensadlo un tiempo. Un mes, una semana quizá. Quizá sería buena idea que no os vierais durante una semana o dos, Hubert, y lo pensarás. Y que Rose lo pensara también.

—Dentro de una semana habré vuelto a Dublín —dijo Hubert.

Rose se volvió y lo miró y él la miró desde su lado de la mesa. Sabía que ella quería que él dijera que había tomado ya una decisión y que no iba a cambiar. Sus ojos eran tímidos y temerosos, pero se enfrentaban a los suyos con decisión y parecía dispuesta a sonreír. Rose estaba segura de que él le diría a su madre que ya había tomado una decisión y que el chico que le había tendido aquella trampa merecía que lo patearan, y que no tenía ninguna duda de lo que quería hacer, que irían juntos a ver al sacerdote y aprovecharían la primera ocasión para que los casara cuanto antes. Él no podía estar yendo y viniendo de Dublín todo el tiempo. Y él la quería, pero Rose no esperaba que dijera también aquello en voz alta.

Pero Hubert pensó que ella estaba dispuesta a lo que fuera. Se iría de casa de su madre con él, o se quedaría allí y lo esperaría. Haría lo que él dijera. Hiciera lo que hiciera y dijera lo que dijera, ella nunca se quejaría ni mostraría su desacuerdo. Y había tiempo. Y él quería que la madre lo considerase un hombre responsable que sopesaba las cosas y vivía según la

razón y no por capricho o impulso. Apartó los ojos de Rose y miró a la madre.

—Veinticuatro horas —dijo—. Tal vez venga mañana o tal vez no. Lo consultaré con la almohada.

Entonces miró a Rose con una sonrisa de complicidad, pero a ella le había cambiado la cara. Se la veía desencajada por la sorpresa y parecía estúpida y cruel. Miró rápidamente a su madre, que la miró a su vez con calma triunfante.

—Así sea —dijo la madre—. No es suficiente tiempo, pero veo que sabes lo que estás haciendo. Yo estaba fuera de mí aquella noche en que ella salió, preguntándome qué le habría ocurrido, y cuando volvió y la oí decir lo que había hecho la habría matado. Al fin le pregunté si había alguna excusa en su favor, y ¿sabes lo que me dijo? Dijo: «Pero, mamá, todos se habrían reído de él si yo no hubiera ido». ¿Has oído algo parecido en toda tu vida? Todos se habrían reído de él, y por supuesto ella no iba a permitirlo, oh no, no tenían que reírse de él, aunque no lo conociera de nada, excepto de decirle hola y adiós, y para salvarle la cara, ella tenía que arriesgarse a que se rieran de ella o peor, que diera de qué hablar. Yo no sé qué debieron de decir de ella. Tuve que obligarla a ir a misa al domingo siguiente y al otro. Pero ella no quería que se rieran de él. Y esa le parecía una buena razón para hacer lo que hizo.

Stephen's Green Park está rodeado de altas verjas de hierro y rodeado por los cuatro lados de amplias calles bulliciosas. El señor Derdon había recorrido el lado oeste del césped, por el extremo más alejado de la calle, y hacia el lado sur, más allá de las grandes fachadas de las casas de la ciudad que tanto impresionaron a Rose cuando las vio por vez primera. Luego avanzó por el lado este, más allá del St. Vincent Hospital y la universidad, y se encontró en la esquina de Somerville Street. Se detuvo y miró por la estrecha calle grisácea, que cerraban tres casas al fondo. En una de aquellas casas, Rose y él habían tenido su primer hogar. No recordaba el número de la casa y tampoco se sentía inclinado a merodear para ver si podía identificarla al acercarse, pero sabía que era una del final de la hilera.

Un amigo suyo, un hombre que había sido íntimo en aquella época, lo había ayudado a encontrar las habitaciones. Frank Guiney, un tipo de buen corazón. Frank y él habían sido colegas, hasta que Frank se fue a probar suerte a Inglaterra. Hubert se preguntó si habría vuelto alguna vez. No había sabido de él tras un par de postales en las semanas que siguieron a su marcha. Frank

había sido un gran amigo. La noche en que Hubert y Rose llegaron a la Westland Row Station, Frank fue a buscarlos allí y luego los tres fueron andando juntos hasta Somerville Street, y Hubert y Frank llevaban el equipaje, mientras que Rose llevaba solo una cesta llena de cosas de comer —té, azúcar, cosas así— que su madre les había traído de la tienda en el último minuto antes de salir. Había incluso una botella de leche, porque la madre de Rose decía que en Dublín no encontrarían leche como aquella. Rose había insistido en llevar la cesta de la comida. Le daba vergüenza llevarla y en el tren la había tapado con su abrigo, ocultando las bolsitas y paquetes que contenía, pero cuando dejaron Westland Row y andaban por la calle, la llevaba con naturalidad, sonriendo mientras andaba entre Frank y Hubert. Frank se quejó de que Hubert se hubiera casado con una heredera, pues el equipaje pesaba mucho. Frank estuvo muy gracioso aquella noche. Dijo que el baúl que acarreaba debía de estar lleno de búcaros y jarrones, por lo que pesaba.

—Porcelana china —exclamó—. Gatos y perros de porcelana y enormes caballos. ¿Qué piensas hacer con todos esos bibelots, Rose? ¿Eh? ¿No tienes bastante adorno con Hubert? Cuidado, no vayas a ponerlo sobre la repisa de la chimenea, por error.

Rose coreaba cada frase con risitas. Cuando ya iban por Somerville Street, Rose preguntó:

—¿En cuál de estas casas vamos a vivir?

Y Frank blandió uno de los paquetes que llevaba y estuvo a punto de tirarlo todo con aquel gesto absurdo y dijo:

—En la mejor.

Cuando llegaron a la casa, con sus escalones de piedra y su puerta verde oscuro, arañada y abollada y con una grieta en el tragaluz, Frank dejó toda su carga en el suelo y se estiró para descansar antes de empezar a subir la alta escalera hasta arriba de todo.

Frank miró a Rose y dijo:

—Ella siempre sonríe...

Estaba claro que Rose se moría de ganas de entrar en la casa y ver las habitaciones, pero se detuvo obediente y complacida mientras los dos la miraban.

—¡Sonríe y sonríe y sonríe! —exclamó Frank y le dijo a Hubert—: ¿Nunca

deja de sonreír?

Y Hubert replicó:

—Nunca.

Ahora, de pie en la esquina de Somerville Street, mirando las fachadas de las casas para ver cuál de ellas les había pertenecido, Hubert las vio como las había visto aquel atardecer, pero la palabra que le venía a la mente era agonía. Agonía, agonía, agonía era lo que sentía mirando las tres figuras que había unas casas más allá y treinta años atrás, y siguió mirando hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas. Se volvió rápidamente de Somerville Street y continuó en dirección al Shelbourne Hotel. Qué cosas tan terribles de recordar, pensó. Hacía mucho tiempo que no pasaba por allí. No era bueno recordar aquellos tiempos, pensó, pero al mismo tiempo estaba pensando que no le hacía daño recordar. Qué felices se sentían aquel atardecer Rose y él, y también Frank. Sin duda se hallaban en estado de gracia. Y luego, Frank había cogido sus bultos y ornamentos y los tres habían desfilado al interior de la casa y por las escaleras con aire de conquista.

Hoy, Rose tenía la misma edad que tenía su madre aquella noche. Hubert miró el parque, recorriéndolo con los ojos llenos de curiosidad. ¿Cuántos años había pasado sin ir allí? ¿Diez? ¿Más? No lo recordaba. Podía entrar un momento, descubrir si había habido cambios. Estaba disfrutando de su paseo. El ejercicio le sentaba bien, pero deseó haberse llevado un periódico en la mano. Las manos vacías siempre le parecían molestas. Se las metió en los bolsillos. Debía procurarse un bastón, si iba a empezar a andar tanto. Un bastón era algo natural si uno paseaba. Un bastón o un periódico. Cualquier otra cosa habría sido una molestia.

Después de que John se fuera de casa. Rose había caído en tal desesperación que, una noche, Hubert le compró un jacinto y se lo llevó a casa, en un intento de distraerla de sí misma. Nunca se había sentido tan estúpido o tan ridículo en su vida como cuando salió de la tienda y anduvo por la calle con la planta entre las manos. Se la habían envuelto en papel rosa y habían doblado el papel en un alto cucurucho, haciéndolo parecer mucho más grande y más festivo de lo que era. Había intentado llevarlo en una mano, pero no se sostenía recto. Había escogido un jacinto azul en plena floración, y le agobiaba que se le marchitara o que se partiera el tallo. Lo pasó mal en el tranvía, agarrando la planta con las dos manos, y quiso el azar que tuviera que

ir de pie durante todo el trayecto a casa precisamente aquella tarde, y no cualquier otra. Cuando llegó a casa ya estaba casi enfadado. Al entrar le quitó el papel rosa a la planta y la puso en medio de la mesa del comedor para que Rose la viera enseguida, cuando asomara para avisarle de que estaba el té. Ella entró y fingió no advertir nada en el camino, y luego dijo: «Pero ¿qué diantres...?», levantó el jacinto de la mesa y lo sujetó con un brazo, mientras con la mano libre tanteaba el lugar de la mesa donde había estado la maceta sin platillo ni protección.

—Oh, Hubert —dijo—, qué precioso jacinto. Qué bonito tono azul. Pero necesita agua. Y lo pondré en una maceta más grande. Tengo una en el cobertizo, la de los pobres geranios que murieron. Lo sacaré después del té. Tengo que encontrar un buen sitio donde ponerlo.

Mientras hablaba, a pesar de la tristeza que vivía en su rostro en aquella época, había una leve sonrisa en sus labios, una sonrisa frágil, algo cerrada y secreta, medio satisfecha, podría decirse, y casi triunfante, mientras hablaba del jacinto y de lo que haría por él. Luego, naturalmente, más tarde, volvió a la atención perenne que prestaba a la ausencia de John en su vida. El hecho de que su hijo se hubiera ido para servir a Cristo y que ella fuese tan devota no la ayudaba en sus sentimientos, ni tampoco servía para consolarla.

Hubert se preguntó qué habría sido de aquel jacinto azul, si habría florecido o se habría marchitado y muerto en la nueva maceta que ella le había adjudicado, si lo habría trasplantado al jardín más tarde o qué habría ocurrido. Había visto jacintos creciendo al aire libre, estaba seguro. Tal vez aquel jacinto estuviera ahora en el jardín que había frente a la casa o en un rincón soleado del jardín de detrás. Si estaba allí, ¿habría crecido, habría florecido cada año? Le preguntaría a Rose por el jacinto, por curiosidad.

Para haberse criado en una ciudad, Rose tenía un interés inusual por la jardinería y una gran pasión por las flores. Las dos partes del jardín (el más pequeño situado frente a la fachada, y el mayor situado detrás) estaban siempre preciosas. Incluso en invierno, ella lograba siempre hacer crecer algo que atraía la atención. Incluso en invierno, los lechos de flores tenían una apariencia de orden y forma, y parecían seguir una pauta diseñada especialmente para ellos, para aquellos parterres en particular y no para otros de cualquier otro jardín. Rose había enloquecido con los jardines de Stephen's Green Park. Dijo que nunca había imaginado un parque como aquel. Él la

recordaba andando por allí con una falda azul marino y una blusa blanca de manga larga, sin chaqueta. Debía de hacer buen tiempo. La falda azul marino tenía una chaqueta a juego. Ella llamaba al conjunto «mi traje», como si hubiera sido el traje de novia.

Aquella tarde, el parque estaba lleno de madres y niñeras con sus niños. Las mujeres se sentaban en los bancos que había a lo largo de los caminos, hablaban unas con otras y vigilaban a los niños, los admiraban, los regañaban y los llamaban de vez en cuando. Los niños correteaban por todas partes. Rose y él iban paseando. Aún no estaban acostumbrados a estar juntos.

—Estaba pensando —dijo Rose— que es bonito estar casado.

Hubert la miró, pero ella no lo estaba mirando.

—No puedo imaginar cómo una persona casada puede cometer un pecado —continuó—. No sé qué clase de pecado podría cometer una persona casada. No puedo imaginar nada que decirle al sacerdote en la confesión, en este momento. Ya nada es pecado. Es curioso, ¿verdad?

Hubert tenía los ojos puestos en el camino. Las piernas de los niños se apresuraban y desaparecían de su campo visual mientras niños y niñas se perseguían por el camino y entre los bancos. Esquivó a una niña vestida de blanco con botitas blancas que avanzaba sola, lenta e insegura y se mantenía erguida abrazando el espacio vacío frente a ella con los brazos abiertos. Cuando se apartaba para evitar a la niña, Hubert vio la falda de Rose moviéndose mientras andaba junto a él. A la luz del sol, con aquella falda azul marino, sus esbeltas caderas parecían imperiosas y desconocidas, y ella era suya, y si a Hubert le hubieran dicho en aquel momento que Helena de Troya había vuelto a la Tierra y se llamaba Rose, lo habría creído. Tras él, una mujer chilló: «¡Ven aquí, Paddy Mernagh, a que te retuerza el pescuezo!». Hubert pensó en Rose y en el futuro y su pensamiento estaba lleno de inocencia y de la necesidad de ganar suficiente dinero para mantener la cabeza alta y no deber nada a nadie mientras vivieran.

Hubert se estaba acercando a la esquina de Grafton Street desde la que había empezado su paseo por la plaza y pensó que, si tenía tiempo, podía atravesarla y echar un vistazo al parque para ver si había cambiado. No había vuelto en todos aquellos años. Se preguntó por qué nunca había llevado a John al parque cuando era pequeño. Tal vez hubiera ido con Rose. Rose podía

haberlo llevado sin ningún problema cuando iban a la ciudad a comprar cosas. Habría sido una vergüenza que John nunca hubiera jugado allí y Hubert estaba casi seguro de que así era. No pensaba preguntárselo a Rose. Si nadie había llevado a John a jugar a aquel parque, él prefería no saberlo. Lo sentía ahora que había hecho el esfuerzo de recordar el número exacto de años que habían pasado desde su última visita al parque. Habían pasado treinta y tres años. No había vuelto desde aquel último domingo allí con Rose, su primer domingo en la casa. No parecía posible que alguien pudiera pasar treinta años en Dublín sin entrar ni salir de Stephen's Green Park, pero Hubert era un hombre de costumbres y siempre iba directo a casa después de trabajar. Treinta y tres años. Entonces tenía veintiocho. Decidió cruzar la calle y entrar en el parque por la siguiente entrada.

Se detuvo en el bordillo de la acera para mirar en ambas direcciones y entonces vio, en el extremo más alejado del parque, un cortejo fúnebre acercándose por su lado de la calle. La carroza fúnebre iba tirada por dos caballos negros con plumas negras en la cabeza y Hubert tuvo la impresión de que la hilera de coches negros de detrás iba a ser larga. A Hubert le gustaba expresar su respeto hacia los muertos acompañando la comitiva unos cuantos pasos, incluso aunque tuviera que dar la vuelta a la esquina y retroceder un trecho. Tenía mucho tiempo para cruzar hacia el parque antes de que llegara el cortejo, pero no le importó esperar. Quería verlo pasar y en cuanto tuviese ocasión, miraría en el periódico para averiguar de quién era el funeral. El cortejo seguía aún a bastante distancia y Hubert echó a andar ociosamente a su encuentro. Estaba calculando la distancia que le faltaba, intentando adivinar el punto en que se encontrarían y al mismo tiempo vio sin mirar la figura de una mujer que estaba inmóvil junto a la alcantarilla, de espaldas a la calle. Estaba pidiendo limosna. Hubert lo supo sin mirarla. Toda su vida había rechazado a los mendigos. Los detestaba y despreciaba. Pasó de largo junto a ella. El ataúd estaba cubierto de exuberantes coronas de flores que, acumuladas, formaban una especie de altar de Pascua. Era un féretro que hablaba, incluso ahora, de las recompensas de la riqueza y la belleza, la satisfacción de las ceremonias y el orden. Hubert se volvió para marchar tras él y mientras se volvía admiró la escena. Dio un paso, dos, tres, cuatro, cinco y seis. Seis pasos eran suficientes y había apartado los ojos del féretro e iba a mirar discretamente al primer coche de la comitiva cuando descubrió que su gesto de respeto lo había

llevado justo enfrente de la mendiga, y que ella lo estaba mirando y había tendido la mano bajo su echarpe para tomar lo que él quisiera darle. Llevaba el echarpe muy apretado sobre los hombros y alrededor de un bebé, cuya cabeza era apenas visible junto al hombro de la madre, y extendía ante él la misma mano con la que sujetaba la espalda del niño, sin pedir pero expectante, con el codo muy cerca de la criatura, por seguridad. Tal vez creía que él la había dejado atrás para luego cambiar de idea y volverse hacia ella.

Él le dio la espalda y se alejó a toda prisa, pero no sin ver cómo la mano de ella se tensaba y volvía hacia el bebé, mientras la expresión de expectativa de su rostro cambiaba hacia un odio tan desamparado que por un momento pareció como si le hubieran separado la cara del cuerpo. Seguramente creía que Hubert lo había hecho a propósito para darle un chasco. Tenía que haber visto llegar la comitiva fúnebre, pero lo estaba mirando a él y calculando cuánto le daría. Lo había visto pasar y darle la espalda. Había creído que él podía hacer una cosa así, que era un hombre capaz de un gesto tan mezquino. Hubert consideró la posibilidad de volverse rápidamente y darle algo, pero la vergüenza lo hizo seguir andando cada vez más deprisa, alejándose de ella. Una mujer que pasaba lo miró, y entonces se dio cuenta de que había murmurado mientras andaba y se frotaba los ojos, diciendo: «Yo nunca haría una cosa así. Nunca haría algo parecido». Todos los asistentes al cortejo fúnebre debían de haberlo visto, apresurándose y haciendo muecas como un chiflado. Deseó haberle dado algo a aquella mujer; habría sido más fácil. No era justo que pidiera limosna, había montones de sitios donde podía acudir, donde sin duda la ayudarían, pero pese a todo daba lástima verla allí y al fin y al cabo ella no le había dicho nada, ni lo había insultado, como muchos otros habrían hecho en su lugar. Pero ¿cómo podía pensar que él era la clase de hombre que juega una treta de tan mal gusto? Tenía que haberle explicado que estaba mirando el cortejo fúnebre, aunque en ese caso, tal vez ella tampoco habría comprendido por qué no le daba nada. Pasar junto a ella y no darle nada no tenía importancia, pero volverse hacia ella, mirarla y tampoco darle nada no tenía pase. Debía haber parecido que se estaba burlando de ella o que tenía una intención aún peor. ¿Cómo podía creer algo así de él? Había agarrado al niño como si estuviera amenazado. Lo rodeaba con los dos brazos como Rose solía coger a John, como si no hubiera nada en el mundo aparte de aquella criatura. El modo en que sostenía al bebé contra su cuerpo era un

reproche y una advertencia a cualquiera que se acercase. Con mujeres así era imposible negociar. Se entregaban en cuerpo y alma al ser que acabaría por alejarse de ellas. No había razonamiento posible con ellas. Todos los matemáticos del mundo podían matarse trabajando y aquellas mujeres ni siquiera se volverían a mirar qué estaba ocurriendo. No aprenderían nada ni verían nada ni les importaría nada mientras tuvieran al niño. Si alguien les decía que eran ignorantes e insensatas, que se estaban arriesgando absurdamente, no lo escuchaban. Ni siquiera podían oír esas advertencias. Ni toda la historia, ni las matemáticas ni la arquitectura del mundo significaban nada para ellas al lado de la historia, las matemáticas y la arquitectura de un solo rostro. Podías hablarles en sus narices y ellas solo se preguntaban si era el momento de cambiar al bebé. Y se quedaban en silencio. Uno no podía obtener una respuesta directa de ellas ni por amor ni por dinero. No hablarían para decir la verdad. La verdad no estaba en ellas. Uno podía alejarse de ellas y abandonarlas y ellas no te llamarían ni dirían una palabra, pero te mirarían para que las recordaras y no pudieras olvidarlas, ni olvidarlas que te estaban mirando del mismo modo en el que ahora lo miraba aquella mujer. ¿Cómo podía haber pensado que él era la clase de hombre que hace una cosa así?

Se metió por una calle lateral y volvió hacia la tienda dando un rodeo y al llegar fue directamente a lavarse las manos y la cara. Luego se fue a su mesa y empezó a trabajar lo mejor que podía, pero sentía que todos los ojos lo estaban juzgando como aquella mujer y no podía dejar de pensar en sí mismo ni de juzgarse como lo había juzgado ella. Jack Minton vino del taller a buscar un rollo de tweed gris, y al pasar por la mesa de Hubert, se detuvo, lo miró y le preguntó si todo iba bien y si le ocurría algo. Hubert respondió que todo iba bien. Minton titubeó aún un momento junto a la mesa, mirándolo, pero Hubert no levantó la vista y al final, para quitárselo de encima, Hubert le dijo que algo lo había impresionado, nada que valiera la pena mencionar, y tampoco lo mencionó.

Aquella tarde, Rose entró del jardín, donde había estado trabajando, se sentó en su silloncito junto al fuego y cogió una labor de ganchillo de lana gris de la vieja cesta que siempre tenía en el suelo junto a ella. Había traído la cesta de casa de su madre el día de la boda y había resistido todo aquel tiempo porque pesaba demasiado para llevársela a la compra diaria, de modo

que la usaba para guardar sus labores, punto, ganchillo y remiendos. Estaba haciendo una colcha de ganchillo, uniendo cuadrados independientes. Mientras trabajaba movía los labios y cada vez que acababa una hilera de puntos levantaba la cabeza como si hubiera tomado una decisión repentina, que hubiera sido difícil de alcanzar, pero agradable al fin. De vez en cuando, miraba apreciativamente la habitación y echaba un vistazo al reloj. Era un reloj de caoba, un regalo de boda de un viejo amigo de Hubert, Frank Guiney, y ocupaba un lugar de honor en el centro de la repisa de la chimenea. Cuando oyó al chico dejar el periódico de la tarde, se levantó, cogió el periódico y se sentó a leerlo, pero cuando oyó la llave de Hubert en la cerradura, lo cerró y dobló cuidadosamente, como si nunca lo hubiera abierto.

Hubert colgó la gabardina y el sombrero en el recibidor y fue al dormitorio a cambiarse la chaqueta por un viejo cárdigan de lana oscura y tres botones. Cuando llegó a la salita del fondo, Rose estaba sentada en su sillón, enfrascada en su labor de ganchillo.

—Te he dejado el periódico en tu butaca —le dijo.

—¿Dice algo interesante? —preguntó Hubert.

—No —dijo ella, dubitativa—. Bueno, no lo sé, quizá sí.

Él se acercó a la ventana y se quedó de pie mirando el jardín. Solo era una parcela de césped, rodeada de lechos de flores y encerrada en muros de cemento gris que Rose había disfrazado con hiedra y otra trepadora con hojas rojizas y puntiagudas. Solo era una parcela y ella había pasado gran parte de su vida intentando embellecerla, y su hijo había pasado su infancia en ella y él mismo se había pasado todas sus vacaciones de verano sentado allí en una hamaca. Nunca se iban a ninguna parte en vacaciones, porque irse costaba dinero y en cualquier caso, tampoco querían dejar la casa sola.

—Voy a encender la hervidora —dijo Rose.

Él se volvió a mirarla. Se estaba levantando de su butaca. No se levantaba con gracia, pero sí con facilidad, sin ayudarse con las manos, y cuando se levantó se la veía muy erguida.

—Dime una cosa —le pidió Hubert—. ¿Te acuerdas de aquel jacinto que te traje una vez? ¿Qué se hizo de él?

—El jacinto azul —respondió ella—. Mejoró mucho cuando lo puse en la maceta grande. Te lo enseñé. Daba unas flores preciosas.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó él—. ¿Lo trasplantaste al jardín?

—Ah, no. Los jacintos se mueren, Hubert. Solo duran una temporada. Hay que comprar bulbos nuevos cada año.

—Te compraré otro —dijo él—. Te lo traeré mañana. Lo traeré cuando vuelva mañana por la tarde.

—No, no encontrarás jacintos en esta época del año —repuso ella—. Solo se encuentran en primavera, y estamos en septiembre.

—Ah —dijo él—. Ya veo. Se me había olvidado.

—Lo siento, Hubert —dijo ella.

—No pasa nada —replicó él.

—¿Por qué te has acordado ahora del jacinto? —le preguntó Rose.

—Por nada. Simplemente me he acordado.

Ella se dirigió a la puerta.

—¿Me encenderías el fuego? —le preguntó—. Así yo me iría abajo —titubeó, como si él fuese a decir que no.

—Sí, yo lo encenderé —repuso él—. Vete abajo, haz lo que tengas que hacer.

Había una caja de cerillas de madera en la repisa de la chimenea, junto a una foto enmarcada de John en el día de su ordenación sacerdotal. Hubert evitaba mirar la fotografía. Solo aquella morbosa tendencia suya a la infelicidad había llevado a Rose a ponerla allí, cuando ya tenía una copia similar en el dormitorio y tampoco estaba favorecido. De hecho, Hubert planeaba llevársela y esconderla en algún sitio. Encendió una cerilla y se agachó a encender el gas con mucho cuidado y lo ajustó haciendo girar la llave muy despacio y apretando los labios con el esfuerzo. Luego volvió a su butaca, cogió el periódico y se sentó. No abrió el periódico. Se quedó sentado muy quieto y contempló el calor rosa pálido que se extendía sobre la rejilla de las cenizas en la chimenea. Se quedó así hasta que Rose lo llamó para el té y entonces se levantó, se abrochó el cárdigan, lo estiró para cubrirse el cuerpo y fue a reunirse con ella en la cocina. Mientras iba hacia allí, la conversación sobre el jacinto volvió a su mente y sonrió, pensando que a pesar del tono de disculpa habitual de su voz, ella medio sonreía cuando le explicó la dificultad de conseguir flores fuera de la primavera. Ni siquiera la pobre Rose podía asumir la culpa de los cambios estacionales.

En la cocina, la mesa estaba preparada y Rose estaba de pie sirviendo el té. Él siempre intentaba que dejara la tetera en la mesa para que no tuviera que

dar un salto cada cinco minutos, pero ella insistía en dejarla sobre el hornillo para que se mantuviera caliente. Él sacó una de las sillas amarillas y se sentó, y en un minuto ella estaba con él en la silla de enfrente. Mientras comían, él recordó el cortejo fúnebre y se lo describió a Rose y ella se levantó y fue a la sala a buscar el periódico para ver si descubrían a quién habían enterrado con tal pompa. De paso, Rose cogió también el periódico de la mañana y los de tres días antes, por si acaso contenían información al respecto. Ya se imaginaba de quién era el funeral que Hubert había visto pasar —de un vendedor al por mayor llamado Kinsella, cuyo padre había llegado de Cork sin nada y había montado un buen negocio—, pero no quería decir el nombre en voz alta ante Hubert hasta asegurarse.

Mientras iba a buscar los periódicos, los cogía, miraba las fechas para asegurarse de que eran los que buscaba y los llevaba a la cocina, Rose pensaba en lo desconsiderado que era Hubert sacando el tema del funeral sin acordarse de que era el aniversario de la muerte de su padre. Pero a ella también le interesaba y echó un vistazo a los periódicos antes de enseñárselos y, sí, era John Patrick Kinsella, era su cortejo fúnebre el que Hubert había visto.

Rose dejó a Hubert leer todo el artículo sobre la vida y circunstancias del señor Kinsella, que ya había leído antes prestando menos atención, porque había salido en las noticias del día anterior, y miró ociosamente las páginas posteriores del periódico del domingo y encontró varios artículos que le habían pasado por alto en la primera lectura. Cuando se lo comentó a Hubert, él observó que ella nunca había aprendido a leer como es debido, que era una lectora descuidada que se saltaba cosas demasiado a menudo y que no se concentraba en lo que estaba leyendo, y eso era una pena, porque era difícil adquirir una buena costumbre cuando uno era ya viejo, igual de difícil que deshacerse de una mala costumbre una vez que se había apoderado de ti.

LIBRE ELECCIÓN

Rose se quedó de pie esperando a que el baile, un vals, acabase. Se sentía incómoda, un tanto perdida sin pareja. Se preguntaba por qué Hubert Derdon no había venido a buscarla, a proponerle un baile o a preguntarle si quería ir al comedor a buscar algo para comer. Muchos estaban en el comedor y ella lo sabía, pero no quería ir sola. Habría preferido sentarse, apartarse un poco de la vista de la gente, pero no había sillas a los lados de la habitación, sino solo en los extremos. El salón de la señora Ramsay, despejado para el baile, parecía enorme, y desde donde estaba Rose, los extremos de la habitación parecían no solo lejos, sino inaccesibles, con sofás y sillas apretujados y la gente sentada allí muy junta, personas que se conocían muy bien unas a otras, pero que no la conocían apenas a ella, que era más joven que los demás y estaba preocupada por no parecer que quería imponerles su presencia. Su madre le había advertido que fuese discreta. Al fin y al cabo, el hecho de que estuviera en la fiesta era solo accidental. El padre Kane había hecho que la invitaran. Era una fiesta en honor de la gente que trabajaba en la tienda de Ramsay, donde el padre de Rose había trabajado antes de su muerte. El padre Kane era muy buena persona. Incluso se había ocupado de que a Rose la llevaran en el coche junto con una multitud de chicas desde la tienda de Ramsay.

Rose pensó que la habitación era muy bonita. Estaba de pie frente a largas y amplias cortinas de terciopelo azul. El azul de las cortinas oscurecía el azul de su vestido, que también era de terciopelo. Rose sentía que aquel vestido hecho por ella misma, que en casa parecía regio, no podría competir nunca con el esplendor de las cortinas. Sin embargo, aunque el vestido no pudiera competir con ellas, sentía que aquellas cortinas la protegían, cayendo desde arriba de las altas ventanas hasta el suelo tras ella, casi reverentes, a sus pies.

Antes de llegar, Rose sentía gran expectación por ver aquella habitación, que era famosa en la ciudad, aunque no mucha gente había tenido el privilegio de visitar la casa. Había reconocido las cortinas de terciopelo en el mismo minuto en que entró en la habitación y se volvió enseguida a decírselo a Hubert Derdon, pero cuando se dio la vuelta, el señor Lord, que había sido un viejo amigo de su padre, se acercó y le propuso un baile, y ella se fue a bailar con él, sintiéndose tímida y nerviosa. Luego, cuando el baile terminó, Hubert había desaparecido, y no había tenido ocasión de hablarle y decirle lo que pensaba de las cortinas.

Había visto las magníficas cortinas mientras entraba por la puerta central al gran vestíbulo de fuera, y se había quedado impresionada, como si hubiera atisbado a un viejo amigo desaparecido, alguien a quien hubiera adorado y al que nunca hubiera soñado con volver a ver. Eran las cortinas de las que le había hablado su padre y eran exactamente como él las había descrito. Y eso que él nunca las había visto acabadas. Durante los meses antes de su muerte, la conversación sobre el terciopelo había llenado la vida de Rose. Su padre había llevado trocitos de aquella tela para mostrársela —terciopelo rosa y rojo, distintos tonos de verde y un terciopelo amarillo que llamaban ámbar pero que para él era oro viejo, terciopelo color ratón y terciopelo naranja y azul, el color favorito de su padre, todos los tonos del azul. La mayoría de los hombres y mujeres que habían trabajado mucho tiempo en Ramsay habían recibido encargos de hacer tal o cual trabajo en la decoración de la casa de la señora Ramsay, y al padre de Rose se le había adjudicado la tarea de encontrar el terciopelo para las cortinas. Tenía que encontrar un terciopelo con el cuerpo adecuado para las cortinas y un color compatible con el papel de la pared, elegido de una firma inglesa que proveía a las mejores casas de Londres, según le dijo la señora Ramsay al padre de Rose. Él se llevó una muestra del papel a casa para enseñárselo a Rose, así como las muestras de terciopelo que había elegido, y las repasaban todas las tardes, y por la mañana se las llevaba de vuelta a la tienda. No podía llevarle a Rose todas las muestras a la vez, había unas italianas que no podía arriesgarse a perder en ningún caso, pero las que no podía llevarle se las describía. Decía que Rose tenía un sentido del color muy poco común y se sintió orgulloso cuando, una vez alineadas todas las muestras sobre la mesa de la cocina, ella señaló con el dedo los colores elegidos y coincidían siempre con los que había elegido él.

Entonces Rose solo tenía nueve años y ahora tenía cerca de veinte; y allí estaban las cortinas, que parecían tan nuevas, estaba segura, como el día en que las habían colgado. La señora Ramsay se inclinaba por un rojo azulado, pero el padre de Rose se había decidido por un azul real y había convencido a la señora Ramsay de su manera de pensar. Estaba muy orgulloso de su victoria. Rose y él se habían alegrado juntos. Le prometió a Rose que cuando pusieran las cortinas la llevaría de algún modo para que las viera. Quería que Rose viera el inmenso comedor y el gran vestíbulo de la entrada, con su chimenea. No había subido a la planta de arriba, pero le dijo a Rose que se imaginaba las habitaciones, lo bonitas que debían de ser, profusamente amuebladas.

Había visto una mesa de tocador acristalada que llevaban arriba, el nuevo tocador de la señora Ramsay. Le dijo a Rose: «Nunca en mi vida había visto nada igual. Debe de haber ido a encontrarla al país de las hadas. Iba dentro de una enorme caja de madera, que habían dejado en el césped frente a la casa, y los dos hombres que la habían traído empezaron a sacarla de la caja. Rodearon la caja y la examinaron y palmearon hasta encontrar el lugar más conveniente para empezar a abrirla. No quitaron la parte de arriba de la caja para sacar el mueble, sino que le quitaron toda la caja de encima. Quitaron primero la tapa y la dejaron en la hierba, luego hicieron palanca en los lados y por el modo en que actuaban parecía que les diera miedo. Luego el tocador quedó al aire libre y le cortaron el papel que lo envolvía. Tendrías que haberlo visto allí, todo el cristal con el sol brillándole encima. Muy cerca hay un arco cubierto de rosas, señalando el camino, y aquella mesa reflejaba las rosas y las realzaba. Era una mesa de espejos, para que la señora Ramsay pudiera verse por todas partes. Pero tendrías que haber visto cómo se veían las rosas reflejadas en los espejos, que centelleaban al sol y hacían centellear las rosas reales. Convertía el jardín en un país encantado. Me pareció estar soñando. Miré hacia arriba. El cielo era azul. Era un día magnífico. Rose, tendrías que haber estado allí. Yo estaba de pie en el salón, todavía sin cortinas en las ventanas ni alfombra en el suelo, todo desnudo, pero me gusta sentir la madera bajo los pies, la madera desnuda —los suelos de esa casa son bonitos— y estaba mirando por la ventana aquella mesa de tocador bajo el sol y pensaba en ti y en buenos deseos para ti. Deseaba... todo lo bueno que mereces. Luego cogieron la mesa y empezaron a llevarla a la casa. La dejaron

un momento en el vestíbulo y parecía que el sol siguiera brillando sobre ella. Y después empezaron a subirla por las escaleras. Iban vigilando los pies de los otros y no dijeron una sola palabra mientras subían, muy despacio, paso a paso. La mesa de tocador se inclinaba un poco y reconozco que me veía reflejado en ella de distintas maneras. Hay un prisma en la Biblioteca Protestante... un día te llevaré a que lo veas. No te diré lo que es —lo llaman prisma, un prisma— y así no sabrás qué esperar y te sorprenderá. Y la señora Ramsay tiene un gran diamante que lleva en el dedo anular, el del anillo de casada. Hay muchas cosas que atrapan la luz. Yo me seguí mirando en el espejo durante todo el camino de las escaleras. El vestíbulo de la señora Ramsay es enorme y cuadrangular, con tantas ventanas como si fuera una habitación, pero estaba tan quieto como si el tocador dependiera de mí tanto como de los dos que lo cargaban, y empecé a sentirme como si estuviera en el fondo de un pozo mirándome mientras me alejaba de mí mismo. Estaba allí de pie mirando hacia arriba. Es muy curioso verte mirando escaleras arriba. Supongo que es así como nos ve Dios: siempre mirando arriba cuando queremos algo. Luego aquellos transportistas llegaron al rellano y el tocador desapareció de mi vista. Supongo que no volveré a verlo».

Las cortinas reconfortaban a Rose porque, aunque no las había recordado en todos aquellos años, las reconoció en el preciso instante en que las vio. Allí habían estado todos aquellos años, con el aspecto que él había imaginado y tal como las había descrito. Allí debían de haber estado, con el mismo aspecto, el día en el que ella no fue con su padre, todos aquellos días en los que ella no fue con su padre a ninguna parte, días y semanas y meses que lo habían seguido en su camino a la eternidad. Empezó a creer que alguien se había acordado de ella mucho tiempo atrás, cuando se sentía errabunda, olvidada y ridiculizada. Solo había ocurrido en su imaginación: no la habían olvidado. En absoluto. Sentía que tenía el mismo derecho de estar en aquella habitación que cualquiera de los demás, que bailaban y hablaban unos con otros en pequeños grupos familiares. Aunque ella no trabajaba en Ramsay —ahora contrataban a muchas chicas jóvenes y prometedoras, incluso una o dos de Dublín— había participado en los planes para decorar aquella habitación, había sabido tanto como los demás, aunque hiciera mucho tiempo; antes de que empapelaran las paredes con aquel papel, ella ya sabía de aquella habitación, y del mobiliario y de las alfombras que habían comprado. Las dos mesitas con

sobre de mármol que había cerca de la chimenea —ahora las recordaba, aunque nunca hubiera estado allí—. Y el gran sofá situado contra la pared del fondo, bajo aquel cuadro de un paisaje francés, tal como su padre le había contado. Todo lo que él le había dicho estaba allí. Juntos se habían alegrado de la hermosa habitación que crecía en sus mentes. Había dos pequeños retratos esculpidos en escayola blanca, cada uno a un lado de la puerta que llevaba al comedor, y él nunca había logrado recordar los nombres de las personas a las que representaban. Los llamaba «máscaras». Rose los miró y le parecieron muy aburridos, con un aire religioso, muy fuera de lugar en aquella brillante y suntuosa habitación. Imaginó a su padre mirándolos y preguntándose quiénes serían. Podría haberlo preguntado, pero como todo el mundo parecía saberlo, él no quería parecer menos informado que el resto.

Le había alegrado mucho que la señora Ramsay lo invitase a participar en la decoración de la casa y que hubiera confiado en él para buscar el tejido perfecto para las cortinas. Ella le había pedido consejo en otras materias relacionadas con la decoración y la pintura, incluso con la ubicación de los cuadros. Le dijo a Rose que aquel trabajo extra era una gran ocasión, la primera gran ocasión que se le había presentado nunca, y que podía significar grandes cosas para él. Rose y él sabían bien que él tenía cualidades para algo mejor que pasarse el día tras el mostrador enrollando y desenrollando las balas de lino, algodón y sarga. Le dijo a Rose que ya no cesarían los milagros, porque justo cuando sentía que él no tenía ninguna importancia para nadie en todo el mundo, la señora Ramsay le había mandado a buscar y había empezado a explicarle cómo quería que quedara su casa.

A su madre la ponía muy nerviosa que todas las tardes llenaran la mesa de la cocina con los retales de terciopelo y que se sentaran juntos como si estuvieran contando oro y diamantes. Decía que aquello era demasiado y que no era bueno para Rose sentarse allí a soñar con cosas que nunca podría poseer. Rose y su padre estaban allí como dos avaros sentados en la mesa ante su tesoro mientras su madre se les enfrentaba de pie. A aquella hora del atardecer, después del té, Rose y su padre generalmente tenían la cocina para ellos. Habían puesto una pequeña tienda donde antes tenían un saloncito, y la madre de Rose iba allí después del té y se sentaba a hablar con alguien que venía y ocasionalmente vendía algo, pan o cigarrillos. A medida que pasaban las semanas se iba hartando más y más de las muestras y la señora Ramsay

seguía sin decidir el color de las cortinas, y el padre de Rose seguía hablando de ellas y de lo que la señora Ramsay le había dicho.

—La señora Ramsay te está poniendo en ridículo y te calienta los cascos para nada —decía la madre de Rose—, y tú estás poniendo en ridículo a la niña, haciendo que crea tonterías sobre sí misma y sus capacidades. ¿Qué va a saber esta niña y de qué le serviría saber nada? ¿Qué oportunidad va a tener? ¿Y por qué no la dejas en paz para que aprenda sus lecciones? Tiene una carpeta llena de deberes, ¿no? Esto no te lo agradecerá con el tiempo. Lo único que consigues es llenarle la cabeza de pájaros.

Cuando ella hablaba así, el padre de Rose solía quitar las manos de la mesa y dejarlas en su regazo y se quedaba mirándoselas sin decir nada. Cuando ella los dejaba y se volvía a la tienda, él siempre suspiraba, pero no miraba a Rose, y luego siempre decía, sin levantar la cabeza:

—No sirve de nada provocarla. Vale más dejar que diga lo que quiera. No tiene mala intención.

Rose miró las máscaras y fingió un vivo interés por ellas, lejos como estaban, pues no podía mirar a la cara a las parejas de baile que se iban acercando. Se sentía perdida allí frente a todos. Le echaba la culpa a Jim Nolan, que había sido su pareja en el último baile. Le había dado a entender que volvería, y ella lo había esperado, pero él no apareció. Al principio se imaginó que se había retrasado, pero ahora se daba cuenta de que Jim no tenía la más mínima intención de volver. Si lo hubiera sabido, habría encontrado la manera de salir de la estancia y no estaría allí de pie, poniéndose en evidencia. No era justo. Tal vez se había aburrido al escucharla, pero no lo parecía, y seguro que sabía que ella no tenía mala intención.

Le había encantado que Jim le propusiera bailar. Él había trabajado durante años en el mismo mostrador que su padre, aunque solo tenía diez años más que ella, y era alto y guapo. Los demás hombres que le habían propuesto bailar eran bastante viejos, todos casados y lo bastante mayores como para ser sus padres. Le había sorprendido que Jim se fijara en ella, porque era muy popular y Rose sabía que todas las chicas del salón lo estaban mirando. Jim tenía una encantadora y amistosa sonrisa. Siempre lo había visto, toda su vida, en la tienda de Ramsay y por la ciudad, hablando con alguien, generalmente otro hombre; era fantástico con las chicas, pero las mujeres se reían al oír su nombre y decían que sería difícil de cazar. Era distinto de los demás hombres,

muy moreno; había algo exótico en él, un aire especial, como si fuera un actor.

Antes de bailar con Jim, Rose pensaba que lo estaba pasando bien en la fiesta. Todos los amigos de su padre la habían invitado a un baile, incluso dos hombres habían competido por bailar con ella —el señor Cleary, que era gordo y casi calvo; y el señor Fagan, que era delgado y siempre sonriente—, y le habían pedido que eligiera entre los dos, pero no pudo decidirse, todos se quedaron de pie riéndose y ella se sintió como en casa. La señora Cleary se acercó entonces y cogió la mano de Rose y le preguntó cómo había aprendido a bailar tan bien, y ella contó que su padre solía bailar a su alrededor y le enseñaba a seguir el ritmo y la señora Cleary le respondió: «Tu padre era un gran bailarín. Aún puedo verlo bailando», y el señor Fagan añadió: «Disfrutaba bailando, se notaba», y entonces la señora Cleary le apretó la mano a Rose y le dijo que era una buena chica y que era una lástima que su madre no estuviera allí aquella noche, para que viera lo popular que era su hija.

Pero cuando Jim le propuso bailar —desde el momento en que apareció ante ella para su sorpresa— se quedó estupefacta. El brillo de aquel momento en que Rose lo había mirado por primera vez a la cara y había respondido que estaba libre se había quedado flotando alrededor de los dos y los había liberado del resto de la gente, de modo que ella entendió de golpe que no eran las cortinas de terciopelo ni las máscaras lo que hacían que la habitación le pareciera tan familiar, sino la impresión de que la mano de su padre había dejado una huella en aquel espacio. De algún modo, fuera como fuese, su padre había logrado preparar la estancia para aquel momento en que Jim y ella bailarían juntos. Su padre la había querido. Aquella habitación nunca habría podido ser suya. Solo la había soñado tal como era ahora, y aunque nunca hubiera llegado a verla, sabía perfectamente cómo llegaría a ser.

Rose levantó la vista hacia Jim y le dijo que era su primera gran fiesta. Él no dijo nada, pero sonrió mirándola a los ojos como si supiera lo que ella quería decir realmente. Pero ¿cómo podía saberlo Jim, si ni siquiera ella lo sabía? Se sentía llena de gratitud y con la seguridad de que dijera lo que dijese después, no importaría, porque se lo estaría diciendo a él, y a él solo le importaría el hecho de que fuese Rose quien hablaba.

—Me temo que no soy muy buena bailarina —dijo. La verdad era que estaba bailando muy bien, espléndidamente, para ser justos, aunque temía no

poder pararse con gracia al final. Pero Jim continuó sonriéndole y pareció que la estrechaba un poco más contra él y le dijo que era mucho más ligera que una pluma, más ligera que una pluma de cisne, más ligera aún que la pluma de un tordo. Luego empezó a reírse y le preguntó si alguna vez había bailado con un colchón de plumas, y antes de que Rose pudiera contestar que no, le dijo que mirase hacia atrás y ella se encontró frente a la señora Fleming, que se encargaba del mostrador de sombreros y cuyo extravagante y altísimo tocado estaba concebido para disimular su gordura, que era alarmante, y parecía fluir sólidamente no hacia el suelo sino alejándose de ella en todas direcciones, como si siguiera aumentando mientras la mirabas. Pero la señora Fleming había estado toda la noche en la pista de baile. No había perdido un paso, bailando como una jovencita con todos los chicos jóvenes, sonriendo radiante a todos, como una emperatriz.

Cuando Rose vio que Jim la invitaba a reírse con él de la señora Fleming se sintió jubilosa, como si hubiera ganado un gran trofeo que hasta entonces desconociera. Sintió que su vestido nuevo no tenía nada que envidiar a todos los demás vestidos de la sala, y que ella era una bailarina innata y podía bailar con cualquiera. No había ninguna duda: la gente diría que Jim y ella estaban hechos el uno para el otro. Con todas las demás chicas solo había jugado un poco, a la espera. No había sido realmente él mismo y era posible que nunca hubiera sido él mismo en toda su vida hasta aquel preciso momento. Ella sería una buena influencia en su vida. Él vería que su corazón era sincero y que ella no era como las otras chicas, que solo salían en busca de un marido.

Para Rose estaba claro, mientras le sonreía, que todas las historias que le habían contado sobre él eran mentiras o, al menos, que todos aquellos envidiosos lo habían malinterpretado. Jim no era salvaje, no era un seductor, tampoco era bebedor, ni ruidoso; no era ninguna de esas cosas, sino algo muy distinto, y ella quería confiarle su comprensión y decirle que podía confiar en ella, pero él demostraba a las claras que confiaba en ella y estaban bailando demasiado deprisa para conversar, así que Rose se contentó con decirle osadamente que era un hombre sorprendente. Él la miró vivamente y parecía muy satisfecho, tanto que por un momento Rose pensó que iba a detenerse en seco en plena pista de baile, pero le apretó la mano —por eso ella pensó que habían parado de bailar— y le dijo: «Vas a tener que darme alguna explicación, jovencita, vas a tener que explicarme esa afirmación».

Y entonces pareció que bailaban más deprisa que nunca y cuando terminó el baile, él le dio media vuelta en semicírculo y ella estuvo a punto de perder el equilibrio, y cuando se enderezó, se echó a reír a carcajadas y avanzó con toda naturalidad, como si estuviera acostumbrada a ocasiones como aquella y fuese una joven mundana, y algunas mujeres mayores de alrededor se volvieron, la miraron y luego miraron a Jim y apartaron la vista. Rose sabía que pensaban que se estaba poniendo en evidencia, pero no le importó. Se volvió sonriente hacia Jim, pensando que él la cogería del brazo y la llevaría a sentarse allí donde pudieran charlar, pero en lugar de eso él le sonrió con afecto, le dio las gracias y se alejó rápidamente. Volvería, ella lo sabía, y empezó a esperarlo. El señor Lord, que la había sacado en el primer baile, se acercó y le propuso que volviera a acompañarlo, pero ella le dijo que estaba comprometida y él sonrió y dijo: «Ah, así son las cosas, ¿eh?», y se alejó.

Aquel era el momento en que, de haberlo sabido, Rose habría tenido que salir de la sala y buscar un lugar donde no llamase tanto la atención. Pero ¿cómo podía irse, si había una posibilidad de que Jim volviera? Ahora llevaba ya un buen rato allí de pie, sin apenas notar el tiempo, y tendría que esperar a que acabase el baile. Si avanzaba en la otra dirección, hacia el comedor, y se abría camino entre la multitud que se congregaba al fondo del salón, todos hablando entre sí, sentados o de pie, todos conocidos entre sí, podía encontrarse a Hubert Derdon entre ellos, y él imaginaría que ella había ido a buscarlo. Y si iba en la otra dirección, hacia el vestíbulo y las escaleras que llevaban al tocador de señoras, podía encontrarlo en aquella muchedumbre del final del salón o en el propio vestíbulo, y ella no quería encontrárselo.

No quería que Hubert Derdon pensara ni por un minuto que ella, Rose, intentaría encontrárselo o que le pediría algo o que esperaría algo de él. Solo la noche anterior él le había preguntado si podía acompañarla a casa a la vuelta de la fiesta. A Rose le había hecho ilusión. Había sido anoche. Había pasado el día pensando en él y en la forma en que la había mirado cuando se asomó a su puerta y le habló de la fiesta. Y allí estaba ella, y excepto por el minuto en que lo había visto en el vestíbulo justo al llegar con las otras chicas, él no le había dirigido la palabra. Era una vergüenza. Se había imaginado andando por allí con él, que todo el mundo los viera juntos. Podría haberle

contado lo de las cortinas y todo lo demás. Había mucho que contar y Rose se imaginaba que a él le gustaría escucharlo. Hubert y ella nunca habían estado solos. Su madre siempre entraba y se sentaba en la cocina con ellos cada vez que él iba de visita, y entonces su madre era quien llevaba la conversación, y Hubert hacía algún comentario agudo de vez en cuando. Aquella era una de las objeciones que Rose tenía hacia él: su lengua era demasiado afilada. Hubert estaba demasiado seguro de sí mismo. Pero era encantador, o al menos, lo había parecido hasta aquella noche.

Tal vez Hubert hubiera encontrado una de aquellas chicas elegantes de Ramsay's; el padre Kane podía haberle presentado a todas. Aquella era la primera visita de Hubert a Wexford. Había venido de Dublín en unas vacaciones con un sobrino del padre Kane y el padre Kane los había llevado a los dos, al sobrino y a Hubert, por todas partes con su coche y les había enseñado todas las vistas. Pero Hubert era reservado, le gustaba andar solo y ver los sitios interesantes por su cuenta y una tarde había entrado en la tienda cuando Rose estaba tras el mostrador. Así se habían conocido, y durante la última semana había pasado más o menos una hora con ellos todas las noches. Seguía siendo un desconocido y estaba claro que siempre lo sería. No tenía sentido esperar nada de nadie. Se preguntó si por casualidad el padre Kane habría dicho algo contra ella. El padre Kane podía haber dicho que ella no era lo bastante buena o algo por el estilo. Le tenía afecto y había conseguido que la invitaran a la fiesta, pero tal vez albergase algunas dudas sobre ella. Era imposible saberlo. Y Hubert tal vez hubiera cambiado de opinión y hubiera decidido no acompañarla a su casa. Tal vez Hubert no quería que lo vieran en público con ella. Y siempre cabía la posibilidad de que Jim Nolan le propusiera acompañarla a casa; y si eso ocurría, ella quería poder decidir libremente ir con él. Hubert era un desconocido y pronto se iría de allí, y ella nunca podría sentirse tan cómoda con alguien como él como se habría sentido con alguien como Jim Nolan. Deseó estar otra vez dando vueltas en la pista con Jim, oírlo decir que era ligera como una pluma y que iba a tener que explicarse porque le interesaba escucharla. Debería haberle propuesto acompañarlo cuando se alejó de ella. Es lo que habría hecho cualquiera de las otras chicas.

Se preguntó de dónde venía la música. Sabía que era un piano, pero estaba segura de haber oído un violín mientras bailaba con Jim Nolan. Había querido

preguntar a los otros hombres con los que bailaba de dónde venía la música, pero no había querido revelar que desconocía una casa como aquella. En una mansión como aquella debía de haber una habitación especial para la música, estaba segura, aunque no sabía cómo la llamarían o en qué lugar de la casa podía estar. Había oído decir que había una bodega de vino en el sótano, pero quizá fuese un rumor.

La gente siempre estaba hablando de la familia Ramsay, y para todos fue una sorpresa que la señora Ramsay invitara a toda la gente corriente que trabajaba en la tienda a una fiesta en su casa. Era un detalle por su parte, pero no era propio de esta mujer permitir familiaridades a la gente que trabajaba para ella. La señora Ramsay era muy majestuosa. Estaba de pie en la salita, como centro de atención, cuando Rose había llegado. Entonces Rose se preguntó si debía acercarse a saludarla, pero había decidido no llamar la atención, y luego ya había empezado la música y el baile. El padre Kane estaba junto a la señora Ramsay y había saludado a Rose con un gesto de la mano, pero no la había animado a acercarse para presentarla. Aun así, Rose pensó que la señora Ramsay se fijaría en ella, pero no fue así. La hija pequeña de la señora Ramsay acababa de llegar a casa tras un año en un colegio de París. Todo el mundo decía que las chicas Ramsay estaban mimadas, pero que la pequeña era la peor de todas y que siempre tenía que hacerse lo que ella quería. Se llamaba Iris, Iris Ramsay. Aquella noche del baile no había rastro de Iris Ramsay, pero no era probable que se molestara por una cosa así, cuando había visto tanto mundo y sabía lo que valía un peine.

Ahora Rose estaba segura de que la música llegaba del comedor y miró en aquella dirección y allí estaba Jim Nolan saliendo del comedor y dirigiéndose hacia los que bailaban en compañía de dos mujeres que Rose no conocía más que de vista; las dos trabajaban en la tienda de Ramsay. Eran mucho mayores que Rose y ella había admirado antes sus vestidos: las dos eran muy elegantes. Jim apenas había mirado en la dirección de Rose, aunque debía de saber que estaba allí y que lo esperaba. Todo el tiempo que ella se había quedado allí, él había estado en el comedor, hablando con sus auténticos amigos. Rose empezó a temblar.

En la pista, los bailarines parecían de pronto muy ruidosos y muy ocupados consigo mismos, y egoístas, y su charla y sus risas sonaban malhumoradas y al mismo tiempo íntimas, como si disfrutaran con una broma

privada a costa de alguien que, en aquel momento, estuviera a su merced. Seguramente alguien había encendido las luces; el salón se veía demasiado iluminado, y en aquella intensidad luminosa, que le molestaba en los ojos, Rose sintió que le ardían las mejillas y también sintió el cuerpo constreñido y cansado dentro del vestido que se había hecho ella misma. Creía que había hecho bien el vestido, incluso muy bien. Había soñado que la señora Ramsay se fijaría en su aspecto y la elogiaría y que entonces ella podría decirle que lo había hecho ella misma, a partir de una tela comprada en Ramsay's, pero que ella había elegido el terciopelo, ya que el empleado le había recomendado un tafetán. Había llegado incluso a imaginar que había hecho el vestido mejor de lo que sabía y que la señora Ramsay, con su ojo experto para el estilo, se fijaría en la belleza del corte y reconocería en Rose lo que años atrás había reconocido en su padre: el toque extra de imaginación que ella le había dicho que poseía, y un instinto inhabitual para el color.

El calor del salón era sofocante. Tanteó la manga corta de su vestido buscando su pañuelo de encaje para enjugarse la frente, pero el pañuelo no estaba. Se acordaba de haberlo sacado del bolsillo de su gabardina en el vestíbulo y de haberlo metido cuidadosamente, doblado en triángulo como estaba, en la manga, pero ahora había desaparecido. No podía ser. Era de hilo irlandés auténtico, bordeado de auténtico encaje, se lo había regalado su madre cuatro Navidades atrás, y desde el día del regalo hasta aquella noche había estado envuelto en su papel de seda, con sus complicados y agudos pliegues originales. Nunca se había sentido tan afectada. Apenas lo había tocado. Había permanecido en su cajita, como un tesoro en el fondo del cajón donde guardaba su ropa, hasta aquella noche. No podía ser, no era posible, pero había desaparecido. Debía de habersele resbalado de la manga mientras bailaba tan alegremente, poniéndose en evidencia. Si no se hubiera concentrado tanto en sí misma podría haberse dado cuenta. Ahora estaría en la pista, bajo los pies de alguien. Ya debía de ser un jirón en aquel momento. Pero incluso hecho jirones, le habría gustado recuperarlo. Su madre había dudado mucho antes de comprarlo y al final había pedido que lo envolvieran en papel de seda blanco, porque era un regalo, y lo había llevado a casa sonriente y le había dicho a Rose: «Tengo algo bonito para ti». Era el mejor pañuelo que podía comprarse con dinero. Su madre había salido a comprarse una chaqueta de lana, había visto el pañuelo y en vez de comprarse la

chaqueta, le había comprado el pañuelo a Rose. El encaje estaba hecho a mano y era abundante. Cuando Rose abrió la caja y levantó el pañuelo, las dos lo observaron con atención, resiguiendo las conchas, las margaritas, los tréboles y las hojas de hiedra que lo cubrían como el adorno de un pastel de bodas; y no eran nada fúnebres, tan pequeñas y blancas, no de un blanco frío o helado, sino un blanco radiante, como pétalos de rosa.

Rose sabía que cuando algo desaparece, desaparece para siempre. Intentó no pensar en el pañuelo, pero no podía olvidar la idea de que quizás estaban pisoteándolo en aquel mismo momento y que lo hacían jirones. Era absurdo pensar en ello o preguntarse a quién representaban aquellos relieves de yeso que su padre había llamado máscaras, o cuáles habían sido sus nombres cuando estaban vivos. Si su padre estuviera vivo, ella preguntaría sus nombres y se los diría al llegar a casa por la noche. No le importaba preguntarlo. Él siempre había dicho que Rose era muy valiente. Pero si su padre hubiera estado vivo aquella noche, habría estado allí con todos los demás, y su madre también, y los tres habrían sido el centro de atención, porque su padre habría ascendido vertiginosamente en Ramsay una vez que hubieran colgado las cortinas.

Rose había evitado cuidadosamente mirar a los bailarines cuando pasaban, pero ahora miró y vio, bastante cerca, a una chica alta y morena con la frente nacarada. La chica era la nueva esposa del doctor Malloy, y estaba bailando con su marido. Habían bailado juntos la mayor parte de la velada y Rose los había visto una vez charlando y riendo con la señora Ramsay. Llevaban poco tiempo casados. Se habían conocido en Dublín y se habían casado allí, y ella era aún una desconocida. Rose había oído decir a su madre que solo eran unos niños. Y la vecina de al lado decía que eran niños consentidos, que no se daban cuenta de lo privilegiados que eran y que había gente que pasaba por la vida entre algodones. Y había añadido que solo se habían casado por accidente, porque el doctor Malloy estaba interesado en otra chica y solo se había casado con esta por despecho. La madre de Rose había dicho: «Ah, todo el mundo sabe que ella no era su primera opción, y ella también lo sabe, pobrecilla». Los Malloy bailaban graciosamente, siguiendo el ritmo de la música, que se había hecho más rápida, pero no sonreían ni hablaban. Se miraban uno al otro y sus rostros reflejaban un recuerdo común que aún era demasiado nuevo para ser familiar y demasiado brillante para creérselo. Rose

pensó: «No pueden apartar los ojos el uno del otro».

Oh, ¿por qué no podían haber sido las cosas distintas? Apartó la vista de los Malloy e intentó medir la distancia, la enorme distancia entre ella y la puerta que le procuraría un escape. Por qué no podía haber sido todo distinto. Pero si hubiera sido distinto, le habría parecido igualmente extraño. Su madre siempre decía: «Rose simplemente no entiende la diferencia». Y otra vez le había dicho: «Rose, tú no entiendes la diferencia y nunca aprenderás». Pero ¿por qué no podía haber sido distinto? ¿Por qué Hubert Derdon no le había propuesto al menos un baile? De vez en cuando, durante la fiesta, lo había visto mirándola y creía que alguna vez la había saludado con un gesto de la barbilla mientras ella bailaba, pero no había hecho ningún gesto de acercarse y ahora no había ni rastro de él. ¿Y por qué Jim Nolan le había propuesto bailar si después solo iba a burlarse de ella? ¿Por qué la señora Ramsay no le había hecho ni el menor gesto de reconocimiento y por qué el padre Kane ni siquiera se había molestado en hablarle? ¿Por qué los techos eran tan altos en aquella casa y por qué las chicas estaban tan seguras de sí mismas y por qué nadie se había molestado en procurar que ella, Rose, comiera algo o al menos tomara un vaso de limonada? No pensaba atravesar aquella sala hasta el comedor sola y llegar hasta la mesa o las mesas, o lo que hubiera, a pedir algo como si fuese una mendiga.

Lo único que podía hacer era salir de aquella sala lo más deprisa que pudiera. No importaba quién la viera o lo que pudieran decir de ella. Y si Hubert estaba en el vestíbulo y la veía, no importaba. Sintió deseos de estar en su casa, fuera de la vista de todos. Se acercaría a la puerta de salida, subiría, cogería su gabardina de la larga hilera que había junto al descansillo y luego se deslizaría fuera de la casa y se iría a casa sola. Era un largo camino y le daba miedo la oscuridad, pero tenía que irse. Su madre querría saber qué clase de fiesta había montado la señora Ramsay y ella no podría decírselo. ¿Y de dónde venía la música? No sabía nada. Sentía que no sabía nada.

Se apresuró hacia la puerta de la habitación, esquivando a los bailarines con tanto cuidado que dos veces se arañó el hombro del vestido contra la pared. Le quedaría una marca en el vestido, pero en aquel momento tampoco le importaba. Y después de todo, resultó bastante fácil abrirse camino a través de la muchedumbre que se apiñaba al fondo de la sala. Nadie la miró y nadie pareció pensar que hubiera algo raro en su situación, sola y apresurada como

iba. No tendría que haber temido que imaginaran que iba a lanzarse sobre ellos.

El amplio vestíbulo cuadrangular estaba desierto, pero alguien había abierto la puerta principal para que entrase aire fresco y Rose se estremeció mientras subía las escaleras. Estaría bien para ellos que cogiera un buen resfriado. Una bendición: el rellano estaba desierto y la puerta del cuarto de baño con el perchero de los abrigos estaba abierta y mostraba, en la pared interior, una ventana cuadrada de cristales rojos y verdes. Fuera estaría muy oscuro. Rose se volvió hacia el inmenso perchero atiborrado de chales y abrigos de señora y empezó a tantear en busca de su gabardina. Un ruido desde el largo y sombrío vestíbulo que quedaba a sus espaldas la hizo volverse y vio a una chica con un uniforme azul intenso que salía de una de las habitaciones. Era Mary Lacey, que había ido al colegio con ella.

—Oh, Mary —dijo Rose—. Nunca te había visto con el uniforme.

—Ni yo a ti vestida de gala —dijo Mary, en un tono desagradable, pero su expresión era melancólica.

—Ah, Mary, me lo hice yo misma, puntada a puntada —dijo Rose—. Y es el terciopelo más barato, no como las cortinas de las ventanas de abajo. Seguro que tu uniforme cuesta mucho más que esto, Mary, y está mejor hecho.

—Eres la misma Rose de siempre —dijo Mary—. No has cambiado nada. Me acuerdo del día después del funeral de tu pobre padre. Viniste al colegio, estábamos en nuestros pupitres esperando a que llegase la monja y tú me dijiste: «Oh Mary, ha sido un funeral precioso, excepto por el ataúd».

Abrió la mano y las dos miraron la llave que tenía en la palma.

—He tenido que cerrar todas las habitaciones antes de que llegara nadie. A ella le da mucho miedo que alguien intente robarle. Y luego me ha pedido que venga de vez en cuando a controlar que todo está bien. No me importa. Me alegra poder salir de la cocina. Han dejado la puerta abierta entre la cocina y la despensa, y cada vez que se abría la puerta del comedor, yo miraba a ver qué podía ver. No puedo evitarlo.

—Se me había olvidado lo del ataúd —dijo Rose—. Mi madre dijo: «Ya es hora de cerrar el ataúd».

—Con todo lo que tienen en esta casa —continuó Mary—, todas sus posesiones y todo el dinero, lo lógico sería tener distintas llaves para cada habitación, pero no, es la misma llave para todas. Antes, la cocina estaba en el

sótano, pero la trasladaron arriba. Ellos pueden hacer lo que les dé la gana.

—¿Es un trabajo duro, Mary? —le preguntó Rose.

—Ah, es más aburrido que otra cosa —respondió Mary—. No es duro. Pero mira, alguien viene por la escalera. Ven conmigo.

Abrió la puerta de la habitación de la que acababa de salir y entró, con Rose detrás, y cerró suavemente la puerta tras ellas. La habitación estaba oscura, excepto por la tenue luz rojiza que proyectaba la lámpara de aceite de un altar que ardía bajo un gran cuadro del sagrado corazón. El cuadro estaba colgado entre dos ventanas y la lámpara reposaba sobre una vitrina acristalada arrimada a la pared. Rose veía el brillo de los cristales y al otro lado unas formas blancas, de pequeños adornos, quizá; piezas de preciosa porcelana demasiado valiosa para exponerse fuera, donde pudieran tocarse. Las cortinas estaban echadas sobre las ventanas; solo veía las altas formas por donde la luz entraría durante el día. Y allí donde la oscuridad parecía impenetrable supo que estaría la cama, por el perfil y el bulto que podía distinguir. Pero Mary le tiraba del brazo.

—Mira, Rose. Mira esto. ¿Alguna vez has visto nada igual? Es su tocador. Nunca olvidaré la primera vez que lo vi. Es todo de cristal. Incluso los diminutos tiradores son de cristal. Solo las patas son de madera. ¿A que es bonito?

—Es muy bonito —dijo Rose, y mientras se acercaba, dando unos pocos pasos, empezó a distinguir su propia sombra y luego su rostro en el gran espejo ovalado que constituía el centro del mueble, y luego vio a Mary, que estaba de pie tras ella, y las dos se quedaron allí mirándose un momento.

—Parecemos muy misteriosas —dijo Mary—, como si no estuviéramos aquí. Me gustaría verme siempre así. Estoy más gorda que tú.

—Es el uniforme —dijo Rose—. Te queda demasiado grande.

Mary soltó una risita.

—Sabía que lo dirías —dijo—, lo sabía cuando has empezado a decirlo, o incluso antes, sabía que dirías eso. Me gustaría parecer siempre tan misteriosa como ahora. No parezco yo. Podría flotar arriba y abajo por toda la calle mayor y no me importaría lo que dijeran de mí. Me iría a Dublín y luego a Londres y no le diría nada a nadie. Y si alguien me dijera algo, les diría: «Soy la señorita Ramsay y *nada* me parece bien...». Me pone enferma esa chica, su forma de ir por la casa fingiendo hablar en francés. Y nadie puede hacer nada

que le guste. Su madre es capaz de darle la vuelta a toda la casa por ella. Por eso da esta fiesta, para aprovechar todo lo bueno de este lugar antes de ponerlo patas arriba. Tendrán que cambiarlo todo de sitio, las alfombras, los muebles, todo. Van a poner cortinas nuevas y pintarlo todo y empapelar las paredes de nuevo, y una nueva alfombra para el dormitorio de la señorita Iris.

—¿Van a quitar todas las cortinas? —preguntó Rose.

—Todas las cortinas, las de abajo y las de aquí arriba. Ella dice que el estilo de la casa es anticuado y cargante. La quiere toda en colores claros. Y quiere quedarse este tocador para ella. Dice que no pega para una mujer mayor y que quedaría mejor en su habitación. Y lo tendrá. Ha decidido que lo quiere y lo tendrá. ¿Cuándo podré yo ver algo, ponerle la mano encima y decir que es mío? Pero ¿qué me importa a mí lo que hagan? Tengo que tomármelo a risa. Para mí nada cambia ni un ápice. ¿Qué me importa en qué habitación lo pongan? Esté en la habitación que esté, no será mío. Lo veré lo mismo y lo desearé igual si está en esta habitación que en la otra o en su dormitorio. Dime una cosa, Rose. Quisiera saber: ¿Está Jim Nolan ahí abajo?

—Sí, lo he visto. Está ahí abajo —dijo Rose.

—Me ha parecido oírlo —dijo Mary—. Primero me ha parecido oírlo hablar y luego me ha parecido oírlo reírse y luego... yo estaba en la cocina; debe de haber entrado en el comedor... y justo antes de subir aquí he vuelto a oírlo.

—Lo he visto —dijo Rose—. Aquí y allá. Estaba hablando con una mujer de Ramsay's, creo que se apellida Martin, y luego con otra.

—Sabía que estaría aquí —dijo Mary—. Bah, da igual. Lo sabía. Siempre va por ahí con el mismo grupo de amigos y cuando he visto a uno de ellos, Tommy Rice, ya sabía que él estaría también aquí.

—Es un engreído —dijo Rose, irritada.

—Tienes razón —dijo Mary—. Es un engreído. Oh, sí, es completamente engreído. Cada vez más. Pero yo ya lo sabía.

(Esas eran las palabras que dijo, pero su voz, indefensa, seguía su propio camino. «Es perfecto», decía su voz. «Es perfecto. Es perfecto. Sí que lo es. Perfecto».)

—Yo fui maravillosa para él una vez —dijo—. Bueno, supongo que puedo decir que lo fui. Solo duró un par de semanas, un poco más de dos semanas, el verano pasado. Él me encontraba maravillosa. Yo lo creía. Debía de ser todo

muy superficial, pero yo entonces no sabía diferenciar. Bah, no me importa. Ya se acabó todo eso. Cuando alguien no te quiere, no te quiere. Oh, cuánto me gustaría irme. Aunque solo fuese unos kilómetros. Me gustaría marcharme a Dublín.

—Oh, Mary, ojalá encontrase algo que decirte —dijo Rose—. Me gustaría matarlo. No es lo bastante bueno para ti. Es horrible. Todo está equivocado. Tú vales diez veces más que él.

Mary la miró como si fuese a decir algo y luego adoptó la expresión de quien ha decidido no decir lo que quería decir, sino otra cosa.

—Bah, no importa —dijo. Se sentó en un sillón, no muy lejos del tocador, echó la cabeza hacia atrás y suspiró.

Rose dio un paso hacia ella y la habría tocado, pero le daba miedo intensificar su dolor. Intentó pensar qué palabra podía reconfortar a Mary, pero no se le ocurría nada, o bien se le ocurrían palabras equivocadas. Era inútil. «Cuando alguien no te quiere, no te quiere», había dicho Mary, y Rose sabía que era verdad, pero no sabía por qué lo sabía.

Pensó en Hubert Derdon y en cómo la había mirado la noche antes, cuando le había propuesto acompañarla a casa, y cómo la había mirado aquella noche, cuando no la había sacado a bailar. Sintió que estaba entre la espada y la pared. Aquellas últimas pocas tardes, cuando Hubert iba a su casa a diario, se había alegrado de verlo llegar y estaba emocionada y contenta mientras él permanecía allí, pero cada tarde, en el momento en que él se levantaba para irse, le daban ganas de decirle que no se molestara en volver y que ella no contaba con sus visitas. Cada vez que él salía y se alejaba de ella adentrándose en la noche, sin siquiera insinuar que volvería, sentía deseos de decirle que no le importaba nada si volvía o no. Sin embargo, él siempre se iba sin una palabra, sonriéndole pero sin darle la ocasión de decirle que no le importaba que volviese o no a aparecer por la casa, y que casi prefería que no volviera nunca, antes que tener que verlo marcharse otra vez dejándola con algo peor que el vacío.

Prefería no tener ninguna esperanza y saber que no tendría ninguna opción que tener que enfrentarse a aquella pequeña esperanza que tenía, de la que se avergonzaba, porque era una esperanza tan pequeña y tan tímida. Intuía que Herbert sabía de su esperanza —pequeña y tímida— y que eso le divertía y que estaba jugando con ella y esperando a que se traicionara a sí misma y

entonces, por una u otra razón, él se burlaría de ella. Y su madre también se burlaría. La razón de su madre para burlarse de ella no le era desconocida, sino familiar. Su madre se reiría por desesperación, porque, una vez más, Rose la habría hecho quedar mal. Su madre se reiría porque sabía que tarde o temprano alguien la haría quedar mal, porque así era su familia. Ya era duro no ser lo bastante bueno, pero provocar la burla era considerado un crimen contra la familia. Y fuera de casa, todo el mundo estaba siempre dispuesto a burlarse. Su madre le había dicho una y otra vez que todos estaban esperando a que diera un paso en falso.

Rose no quería darle la espalda a Hubert porque hacerlo sería como admitir que se había vuelto hacia él y él la había decepcionado. Era muy importante mantener su esperanza en secreto porque así su decepción también sería secreta. Una chica que dejaba que se burlaran de ella merecía lo que pudiera ocurrirle. Rose no quería darle la espalda a Hubert ni decirle que nunca volviera a eclipsar su puerta, pero quería volverle la espalda antes de que él tuviera ocasión de volvérsela a ella. En realidad, no quería volverle la espalda en ningún caso porque, sin él ante sus ojos, tendría que mirar de nuevo a lo que no existía, excepto en la oscuridad, donde no podía verse, aunque ella sabía que se veía; o en sueños, donde no podía oírse, aunque ella sabía cómo la llamaba a gritos. No quería que su padre la viera triste.

La llama roja que ardía bajo la pintura del Sagrado Corazón aleteó locamente, se hundió y se apagó. Rose se cubrió la cara con las manos para evitar una exclamación y luego se destapó y cogió a Mary por el hombro y sintió cómo se sobresaltaba al despertar del sueño.

—¡Oh, Mary! —susurró—. ¡Despierta, deprisa! ¡El quinqué del Sagrado Corazón se ha apagado! ¡Por favor, despierta!

Mary suspiró, y luego se puso en pie de un salto.

—Oh, Rose —dijo—. ¿Cuánto tiempo he estado dormida? ¿Mucho rato?

—Solo dos o tres minutos, Mary. No te habría despertado de no ser por la lámpara, porque se ha apagado. Será mejor que baje. No debería estar en esta habitación...

—Tú deberías bajar y yo debería volver a la cocina. Cambiaré la mecha de la lámpara. Ahora voy a abrir la puerta, Rose, pero no salgas hasta que no compruebe que no hay nadie en el rellano.

No había nadie en el rellano y, al inclinarse para cerrar la puerta, Mary sonrió a Rose.

—No sé qué me ha pasado, para quedarme dormida —dijo—. Me duermo todo el tiempo. Cada vez que me siento, me quedo dormida.

Se alejó de prisa y silenciosamente de Rose hacia las escaleras de atrás y seguramente oyó que Rose la llamaba, pero no se volvió ni miró atrás. Aun cuando ya había desaparecido, Rose siguió mirando las escaleras. Se le habían ocurrido cientos de cosas que decirle a Mary, pero no había podido recordar nada bueno que decirle. Sabía que si hubiera podido acallar todas las palabras equivocadas, habría encontrado, debajo de todas ellas, la única palabra que curaría el dolor, que acabaría con el dolor y no dejaría que volviese a aparecer nunca más. Esa palabra existía. Rose la había conocido y la conocía aún, aunque no pudiera traducirla para Mary. La palabra era padre.

Lo que Rose quería era una palabra para *padre*. Quería una palabra que pudiera *decir*. Ahora había una palabra más fácil para decir *padre*, pero Rose no la sabía. En su nueva forma, era informe y no respondería al nombre de *padre*. Había una palabra para él, tal como era ahora, pero Rose no la sabía, solo sabía que era un nombre común, y que debería haberlo sabido para decírselo a sí misma en un susurro. Una vez, él la había llevado a la presa abandonada que había a las afueras de la ciudad, y se habían quedado allí de pie cerca del borde y habían visto el centelleo del agua al fondo, muy hondo, y él había arrojado un penique y mientras lo miraban caer, él le dijo que nunca cesaría de caer puesto que la presa no tenía fondo y el agua que veían era solo el principio de una profundidad tan grande que ningún ser humano podía imaginarla. Dijo que creía que el penique continuaría cayendo durante toda la eternidad. Y luego se echó a reír y le dijo que si quería ahorrar dinero lo tirase allí, porque nunca nadie lo encontraría y solo ella sabría dónde estaba. Solo ella y solo él.

Abajo, en el vestíbulo, Hubert esperaba solo y observando cómo Rose bajaba las escaleras. Tenía su pañuelo de encaje en la mano. Lo había visto deslizarse de su manga cuando ella entraba en el salón, lo había recogido y se lo había guardado en el bolsillo para dárselo. Habría querido decírselo, pero no había tenido ocasión de hablar con ella. Rose se había ido a bailar y había seguido bailando, dando vueltas por la habitación y finalmente se había puesto

a bailar con aquel Nolan, y Hubert había huido furioso al comedor y se había puesto a comer bocadillos de jamón uno tras otro con tal de no verla sonriendo en los brazos de aquel haragán codiciado por las damas, aquel comediante del amor.

Hubert estaba enfadado y ansioso. Ella se había desvanecido. La había perdido para siempre. Estaba seguro. La había buscado por todas partes. No quería pedirles a las otras chicas que subieran a ver si se encontraba bien. No conocía bien a Rose y no quería molestarla. No quería pedirle a nadie que fuese a buscarla, por miedo a que no estuviera tampoco allí. Todas las últimas noches pasadas se había repetido la misma historia. Cada anochecer él iba a su casa a asegurarse de que ella seguía allí y no había desaparecido, y cada noche, cuando ella lo acompañaba a la puerta, volvía la cabeza hacia él con aquella expresión de que era la última vez y no le importaba, aquella expresión de indiferencia y de descarada crueldad. Porque ella sabía perfectamente por qué volvía Hubert todas las tardes, sin que nadie lo invitara, y sin ninguna esperanza de ser invitado, por lo que parecía. Ella debía de saber por qué él continuaba apareciendo por la puerta, haciendo el ridículo y sin importarle. Y a él no le importaba hacer el ridículo tampoco ahora, de pie en medio del vestíbulo con el diminuto pañuelo de Rose en la mano. Había empezado su vigilancia apoyándose despreocupadamente contra el marco de la puerta principal, que estaba abierta, con la mano y el pañuelo de Rose en el bolsillo y mirando despreocupadamente a las escaleras, pero le había ido invadiendo la ansiedad y se había acercado más y más al pie de las escaleras, conteniéndose para no subir de dos en dos y gritarle que se reuniera con él y parara aquel sinsentido. Pero ¿y si no estaba arriba? Podía haberse desvanecido, podía haber huido, podía haberse deslizado sola hasta su casa. Cualquier cosa era posible. Ella haría lo que le pasara por la cabeza. No tenía sentido común. Era como una niña. Muchas veces la veía como una niña que atraviesa un manicomio y no tiene miedo porque no conoce la diferencia entre estar dentro y estar fuera. Sin embargo, Rose tenía todo el derecho a tener miedo. Fuera podía ocurrirle cualquier cosa. ¿Y si se le había ocurrido irse a casa sola? Tal vez no volvería a verla nunca más, porque ella era casi invisible, con aquella madre que nunca los dejaba solos en la cocina, ninguna noche, siempre allí y sin dejar de hablar.

Entonces apareció Rose, rodeando la curva de la barandilla desde el

rellano superior. Qué hermosa era aquella casa, pensó Hubert. Qué maravillosa escalera. Y luego miró a Rose y pensó: «Es inmortal». Con aquel pelo tan claro... le hacía pensar en el bosque de Arden. Llevaba el abrigo en el brazo e iba bajando muy despacio las escaleras, deteniéndose a cada paso, como una niña. Hubert pensó que parecía descontenta, pero luego levantó la vista y lo vio mirándola y le dedicó una sonrisa conspirativa, como si él la hubiera sorprendido en una situación desventajosa pero a ella no le importara. «No es muy alta», pensó Hubert, y se preguntó admirativamente qué número de pie calzaría. Cuando le faltaban tres escalones para llegar abajo, ella se quedó muy quieta y lo miró.

—Me dan miedo las escaleras —le dijo, y luego añadió—: Pareces muy educado, ahí de pie.

—Estaba pensando en secuestrarte un rato —dijo él, y sonrió locamente mientras ella acababa de bajar y se plantaba ante él.

Hubert le dio su pañuelo, entregandoselo como si le diera su propio pasaporte, o su boleto de entrada, o tal como era en realidad, su única esperanza de refugiarse en el país de ella. Ella lo cogió sin sorpresa, pero él vio cómo sus dedos se cerraban en torno al pañuelo en cuanto lo tuvo en la mano. Rose lo miró y él pensó: «Es la única en el mundo que puede verme...». Tenía los ojos verdes, del color de las algas, y, en sus profundidades, Hubert encontró la luz que lo definiría y lo envolvería en su constancia. Pensó: «Ella es mi verdadero yo», y quiso contarle todas sus penas.

—No sé bailar —le dijo—. Debería habértelo dicho, pero me daba vergüenza.

—Hubert —le dijo ella—. Hay un montón de cosas que quería decirte. Quería decirte que había perdido mi pañuelo, aunque no se había perdido, pero yo no lo sabía. Y había muchas otras cosas que quería decirte, acerca de las cortinas y demás. Pero primero quiero saber (no sé a quién preguntarle si no, pero, por favor, no te rías de mí), me lo he estado preguntando todo el tiempo: ¿de dónde viene la música?

—Ah, espera a que te lo enseñe —le dijo él—. Es casi como una orquesta. No lo descubrirías nunca si no lo ves. La casa es más grande de lo que te imaginas. Hay que atravesar todo el salón. Espera y verás. Yo nunca lo habría descubierto si no te hubiera estado buscando.

Cogió el abrigo de Rose y lo dobló sobre el respaldo de una silla.

—Aquí estará seguro —dijo.

Le dio la mano y la condujo hacia el salón como si fueran a bailar, como los demás. En la entrada, Hubert la sintió dudar ante la confusión de la estancia y le sonrió para darle ánimos.

—Ven, Rose —le dijo—, ánimo y mantengámonos juntos. Si no vamos con cuidado, alguno de esos locos podría aplastarnos.

LOS POBRES

La madre del cura estaba agobiada, desvelada, impenitente, ardiendo por todas partes con aquella cansina insatisfacción que había surgido en su espíritu desde muy joven. Se agotaba limpiando la casa, recorriendo las habitaciones con sus manos secas y violentas, rascando y desplumando, seleccionando, frotando las paredes, suelos y muebles y deteniéndose en el medio para apretar los puños muy fuerte, más, más, pero no lo suficiente, nunca era lo suficiente tenso, duro, prieto ni rápido para satisfacerla. Y siempre seguía faltándole algo.

Tenía cuarenta y siete años, un cuerpo delgado y una cara larga y suave. Llevaba el pelo castaño recogido en una especie de moño que parecía un panecillo. Tenía las manos anchas y duras como un chico. En comparación, las manos de su marido parecían pequeñas, pues aun siendo del mismo tamaño eran más estrechas y mejor formadas, con las yemas de los dedos gastadas y suaves. Hubert trabajaba en una tienda de ropa de caballeros y llevaba un sombrero negro y rígido para trabajar. Aquella boca suya, sonriente y plácida en su juventud, aún sonreía, pero se había marchitado y oscurecido, y ya no llevaba bigote.

Todos los viernes por la mañana él le daba el dinero para los gastos de la casa. Rose lo abordaba cuando él bajaba las escaleras abrochándose el chaleco, listo para irse al trabajo, y le pedía el dinero. Ella subía corriendo los tres escalones desde la cocina, donde estaban los cacharros sucios del desayuno, para pescarlo cuando se iba. Una mañana cerró la puerta de la cocina y esperó a ver qué hacía él. Hubert se puso el sombrero, cogió el paraguas y salió sin detenerse. Ella pensó que le habría dejado el dinero en la mesa del recibidor, pero no, y tuvo que pedírselo a bocajarro cuando volvió aquella noche. Él sonrió con simpatía y sacó un sobre del bolsillo interior de

la chaqueta, donde lo tenía ya doblado y preparado.

—Pensé que quizá no necesitabas dinero esta mañana —le dijo—. No has salido al recibidor.

—Estaba detrás, tendiendo la ropa y se me ha ido el santo al cielo.

No quería darle la satisfacción de haber ganado la partida, pero su despecho pudo más.

—Podría haberme quedado sin nada —exclamó—. Si fuera por ti, no habría un penique para la casa.

Él estaba sentado, leyendo el periódico de la tarde y se echó atrás para mirarla.

—Siempre haciéndote la mártir, Rose —dijo, y ella supo que había adivinado su truco.

—¡Es la única palabra que sabes! —exclamó ella—. ¡Mártir!

—Esposa y mártir —dijo él, sin interés. Era una vieja broma suya.

Eran el señor y la señora Derdon y llevaban veintisiete años casados. Él le llevaba cinco años. Dormían en la habitación del fondo del piso de arriba y su ventana daba al pequeño jardín cercado, no muy distinto de los demás jardines de la hilera de casas adosadas, y, más allá, a la línea de grises tejados de zinc de los garajes. Después del patio del garaje y a un lado estaban los cuadrantes aterciopelados color verde esmeralda de un club de tenis privado, sombreados en el extremo más alejado por un denso muro irregular de fuertes y viejos árboles.

Los Derdon compartían una cama doble con estructura de cobre con un amplio cabezal y una gruesa colcha de *patchwork*, que Rose había hecho en su época de estudiante. Los pies de la cama daban a la ventana, que tenía persianas color crema y visillos blancos.

Hubert se iba a la cama todas las noches hacia las diez y ella un poco más tarde. Rose se levantaba a las siete y él a las siete y media. Los domingos, Rose se levantaba para ir a la misa de ocho y volvía a hacer el desayuno a tiempo para que él llegase a la puerta de la capilla a las diez.

En la cama, él llevaba pijama de franela y ella un camisón también de franela. Echados, sus cuerpos tenían más o menos la misma longitud. Ninguno de los dos roncaba, pero los dos respiraban pesadamente. Él dormía encogido de hombros sobre el lado derecho, de cara a la pared. Ella, boca arriba. Él dormía plácidamente. Ella, con desesperación; y parecía tan agotada en su

sueño como si estuviera muy enferma. A veces, él apartaba las mantas en mitad de la noche, de modo que le destapaba a ella el cuello y los hombros y se despertaba rígida por la mañana y enseguida fruncía el ceño dolorida. A la hora de acostarse, se deshacía el moño en una trenza suelta. Por la mañana volvía a hacerse el moño sin siquiera mirarse al espejo.

A Rose le gustaba ver cómo cambiaba el cielo diurno. El cielo nocturno le interesaba menos; no quería misterio, ni negrura, ni estrellas, ni suave oscuridad, ni cortinas, ni confort, ni promesas de descanso. El cielo diurno, de un gris o azul imperturbable, le fascinaba. Aquella interminable contemplación improvisada ocupaba su tiempo y cuando levantaba los ojos y encontraba los del cielo, era como un torneo de miradas, y se sentía orgullosa.

Miraba embelesada cómo se concentraban las nubes, cuando formaban montones como balas, o como rollos, o cuando se separaban en grandes masas de algodón o se arrastraban en hebras lanosas. Observaba con fruición cómo se apretujaban las nubes de lluvia, cómo se hundían y desmoronaban impotentes en sus hinchados vientres antes de estallar. El agua manaba sobre su tejado, sobre la suave hierba de su jardín y sobre la espigada estructura del laburno. No podía alcanzarla a ella. Rose se quedaba en el interior, junto a una ventana cerrada y observaba las gotas corriendo hacia abajo por el cristal. Decía que olía a lluvia. Para comprobarlo, abría la puerta de la cocina tras una tormenta y paladeaba sin placer el frío vapor que se elevaba desde su tranquilo jardín de tierra. Al mismo tiempo, levantaba la vista para ver cómo retrocedía el cielo, limpio y sereno.

Mientras duraba la luz del día, seguía levantando la vista enseguida que tenía ocasión. Le daba vergüenza que la vieran de pie en el jardín o en la calle mirando al cielo. Temía que los demás la considerasen rara.

A veces, sobre todo cuando era joven, y cada vez menos, cogía un autobús y se iba al campo, donde podía sentarse en un muro o echarse en la hierba y entregarse a aquella contemplación. Mucho más a menudo daba un paseo en la parte de arriba de un tranvía descubierto y miraba al cielo a hurtadillas bajo el ala de su sombrero, e imaginaba que estaba arando un suave surco en él con la cabeza mientras el tranvía la llevaba deprisa hacia delante.

Podía ver las nubes fácilmente desde las ventanas de su casa, pero tenía que pensar en los vecinos. No le gustaba la idea de que la vieran de pie mirando afuera y de que tal vez imaginaran que los estaba espionando, de modo

que se mantenía lejos de las ventanas, excepto cuando limpiaba los cristales.

Una vez, cuando se estaba recuperando de una gripe, salió de la cama por primera vez en una tarde de domingo y Hubert le trajo una butaca cómoda de abajo y la puso cerca de la ventana del dormitorio, con una banqueta para los pies. Y ella se recostó allí sobre los almohadones, arrebujada en su echarpe y con el pelo castaño suelto, mirando pasivamente al cielo. Al día siguiente ya se sentía fuerte para bajar y nunca volvió a sentarse allí, pero años más tarde, todavía recordaba cada línea del cielo de aquel atardecer, mientras yacía frágil y convaleciente.

Aquel atardecer las nubes se unían, se dividían, se elevaban y descendían de un modo que ella nunca había olvidado. Sus procesos eran fascinantes, cómo se rozaban de cara y de espaldas, cómo se deslizaban una junto a otra, cómo se fundían una en otra y se separaban lentamente y se plegaban con ciegas y blancas extensiones para luego abrirse en largos y vacilantes bostezos. Al final, la luz que las iluminaba por detrás se intensificó y pareció que iba a atravesarlas, pero para su satisfacción, pues ella no confiaba en la luz demasiado pura e intensa, empezó su retirada final, desdibujándose muy despacio y largamente, hasta que Rose se dio cuenta con sorpresa de que había presenciado todo el crepúsculo y de que la noche había llegado ante sus ojos.

Se levantó a desgana en la habitación silenciosa y, un momento después, Hubert llegó con una bandeja de té y tostadas y se sorprendió al encontrarla despierta en la penumbra, con la persiana subida.

—Debería haber venido antes —dijo con reproche.

Cuando encendió la luz, balanceando la bandeja torpemente sobre el brazo, encorvándose como si su ansiedad fuese a salvarla de caer al suelo, ella lo miró con los ojos tan cargados que él se sobresaltó, pensando que le había vuelto la fiebre, pero era la exuberancia lo que le hacía caer los párpados y humedecía sus ojos, y ella agarró su desaliñada silla de inválida con las manos planas e intentó decir algo; pero entonces su goce, demasiado vago, demasiado grande, imposible de compartir y ya perdido, se convirtió en débiles lágrimas, y él meneó la cabeza con desesperación y le puso la bandeja sobre las rodillas.

—No llores hasta que no lo hayas probado, en cualquier caso —le dijo, mirándola para ver si sonreía—, quizá no esté tan mal como crees.

—Oh, no es el té —dijo ella—. Muchas gracias, Hubert. La bandeja te ha

quedado muy bien.

Él le cubrió los hombros con el echarpe y se sentó a un lado de la cama, mirándola para animarla, con las manos entre las rodillas. Ella tocó la tetera con la punta del dedo, notando el calor, y no encontró nada que decirle.

Él dijo, de mala gana:

—¿Qué te preocupa ahora, querida? No deberías inquietarte por cosas sin importancia.

—Las cosas que me importan a mí pueden no ser las mismas que te importan a ti. ¿Lo has pensado alguna vez? —exclamó ella.

Las lágrimas cayeron por sus mejillas. Podía pasarse una hora llorando, él lo sabía.

Hubert suspiró y se levantó.

—Bueno, ¿está bien el té, por lo menos? —preguntó.

—Ah, sí. El té está perfecto, gracias. No deberías haberte molestado. No me gusta crearte problemas.

Rose volvió los ojos hacia la ventana y miró la oscuridad con resentimiento, cubriéndose la mano con la boca como si estuviera horrorizada.

—Por Dios, Rose, ¿por qué no haces un esfuerzo y te calmas? Vamos, te abrigaré para que puedas sentarte abajo cómodamente hasta que llegue la hora de volver a la cama. Salir de esta vieja habitación te sentará bien.

—Eres tan amable de pronto, Hubert. Te preocupas tanto por mí.

Lo miró de frente con ojos llenos de furia, temor y malicia.

—¿Qué es lo que te duele? ¿Qué te pone enferma? —exclamó él.

—No me duele nada, es solo que no me encuentro bien y estoy harta de que me utilicen como excusa. No soporto la hipocresía. Si quieres irte abajo, vete.

—¿Te has vuelto loca o qué?

—Ah, sí. En cuanto me meto contigo, es que me he vuelto loca. Solo quiero que me dejes en paz.

—Mira, da una patada en el suelo si quieres algo. Yo estaré abajo si me necesitas. Dios mío, no sé de dónde hay que sacar la paciencia.

—No necesitaré nada —dijo ella con desánimo.

Estaba echada hacia atrás tan pasiva y acongojada como si no hubiera hablado en horas. No levantó la vista cuando él salió de la habitación, pero oyó sus pasos bajando las escaleras y un momento después supo, gracias al

silencio de la casa, que se había vuelto a hundir en su sillón junto al fuego, con su pipa y el crucigrama del domingo. Exhaló un dificultoso suspiro de alivio y agotamiento y se sirvió impaciente una taza de té.

No enfermaba a menudo. Tenía una constitución fuerte. Venía de un lugar de campo. Le gustaba trabajar en su jardín, mantener la hierba brillante y fuerte y cultivar altramuces, aquilegias, alhelies, fresias, campanillas de invierno, lirios de los valles, nomeolvides, margaritas, capuchinas, caléndulas y rosas. También tenía otras flores. En una esquina se había vuelto ambiciosa y había hecho un jardín con rocas y plantas alpestres. Enfrente de la casa, en el pequeño solar de tierra, apenas mayor que un mantel, tenía peonías, amapolas y azafranes de primavera y un rombo de frágil césped. En la ventana del salón tenía un grupo de helechos y, en primavera, jacintos y tulipanes en macetas rojas.

Sentía empatía por los pobres. Había un constante ir y venir de pobres, hombres y mujeres, mendigos, que iban a su puerta a pedir comida o dinero. Nunca se la había visto rechazar a nadie en su puerta. Aquello molestaba a Hubert. Decía que venían demasiados a mendigar y que ya la conocían y se aprovechaban de ella. Se sabía que él también daba limosnas a menudo, pero para Hubert lo de ella era excesivo. Rose seguía dando a cualquiera que se acercase a su puerta. Dos o tres venían regularmente, algunos solo de vez en cuando, y también había de los que iban una sola vez. Algunos ofrecían agujas, prendedores, cordones de zapatos o lápices para vender. Un hombre se llevó a su mujer y una larga hilera de niños pequeños y se puso a cantar estentóreamente en la calle antes de acercarse a su puerta. Su mujer llevaba un bebé en brazos. Ella se colocó junto a él, lo miró y murmuró tímidamente mientras él cantaba, mientras los niños miraban con esperanza las ventanas vacías de las distintas casas adosadas.

Había un hombre que llevaba más tiempo acudiendo a su puerta que ningún otro. Era el hombre de la mano retorcida. Siempre venía en algún momento de la tarde del jueves. La señora Derdon se interesaba por aquel pobre hombre porque sospechaba que, como ella, venía del campo. Llevaba una gorra de campesino y un traje de sarga azul marino, con el cuello del abrigo subido alrededor de una bufanda en invierno y en verano una camisa que no estaba limpia, sin cuello ni corbata. La mano izquierda le colgaba a un lado; era su

brazo sano. Llevaba la mano derecha muy alta contra el pecho, como un tesoro, con el hombro encogido en gesto protector. La mano estaba deformada, parecía haber sido mutilada, aplastada y convertida en un bulto duro y venoso, con la piel de un rojo delicado, un color de carne hervida, con un aire muy irritado. Solo le quedaban los muñones de los dedos y el pulgar doblado sobre la palma. Tenía los ojos azules, con una expresión tan cansada como si fuera a morir, pero la pobre boca natural, obediente a su objetivo, una boca tan solitaria como si no tuviera lengua, se abría ante ella en una fina y tímida sonrisa de reconocimiento y súplica. «No importa, no importa, no importa, no es culpa tuya ni mía ni de nadie», decía su boca, «solo lléname».

La humanidad de aquel hombre, el pecado que arrastraba y su castigo diario eran tan evidentes en sus mejillas que parecían aplastadas y heladas, como las de un cadáver. Desde el principio parecía estar en sus últimos días. Una vez, Hubert, al atisbarlo desde detrás de las cortinas de la sala, dijo:

—Dios nos coja confesados, ahí va el hombre más desdichado que hayas visto nunca.

Probablemente, en otro tiempo el hombre había ido llamando a todas las puertas de aquella hilera de casas adosadas hasta descubrir quién era receptivo, pero con los años ya iba directamente a su puerta. Sus pies pisaban la acera inofensivamente mientras andaba. Pedía en silencio. Rose seguía pensando que podría decirle algo, pero él no decía nada. Una vez ella le hizo un comentario amable y él se volvió tan confuso que ella se avergonzó. Pasó mucho tiempo antes de que intentara hablarle otra vez. Hiciera el tiempo que hiciese, él aparecía en la puerta puntualmente. Incluso en los días más fríos del invierno aparecía, de pie ante ella, temblando, goteando, encogido y sonriente, con la gorra y los hombros negros de lluvia y su mano levantada convertida en cristal llameante por la humedad y el frío.

Muchas veces Rose pensaba en ofrecerle una taza de té, pero no tenía valor. Además, si por una rara casualidad aceptaba y entraba en la cocina, ¿de qué hablarían? Naturalmente, podía servirle el té y dejar que se lo tomara, había mil pequeños trabajos con los que ella podía mantenerse ocupada, pero eso sería maleducado, y en cualquier caso, ella se daba cuenta de que lo que quería era hablar con él. Lo que no sabía, ni podía imaginar, era de qué podían hablar, por Dios santo. Y ella quería escuchar lo que él tuviera que decir. Sentía curiosidad por lo que le había ocurrido en la vida, pero, más allá del

relato ordinario de acontecimientos y cambios, había cosas de las que quería oírlo hablar aunque no pudiera ponerles un nombre preciso. Le pasaban muchas cosas por la mente mientras trabajaba en la casa y el jardín, todo el día sola.

Los Derdon tenían un hijo. El padre John Derdon, sacerdote. John nunca le decía a su madre cuándo iría a verla porque, según él, se esforzaba demasiado preparando su visita. Por regla general, se presentaba en casa cuando probablemente iba a encontrar a sus padres allí, pero una tarde apareció y la encontró a ella sola, en un día laborable, a mitad de semana. Ella saltó de alegría al verlo y empezó a desabrocharle la gabardina con su ruda ansiedad habitual. Él dejó que se la quitara y la empujó ligeramente, riendo. Aún no se había acostumbrado a verlo cubierto de aquella sotana negra. La tela negra le daba un aire extraño, como si hubiera cogido la ropa de otro siglo, o de una pesadilla. No era el mismo.

John tenía el pelo y la piel claros, la cabeza alargada, y se cepillaba el lacio pelo rubio muy pegado, de modo que la frente se le veía aún más cuadrada. Tenía los ojos azul claro, de un tono inquietante, casi aterrador. Su ropa era como la de cualquier cura, pero había algo alegremente garboso en él, en la inclinación de su cabeza o en aquellos gestos conscientes e innecesarios que siempre hacía, más propios de un actor que de un sacerdote.

—Hacía mucho que no venías a vernos —dijo ella—. Voy a prepararte algo de comer. Gracias a Dios tengo un poco de pollo.

John subió a lavarse las manos y a mirar su antigua habitación. Tenía el dormitorio central, el mejor. Todo estaba igual que siempre. Había fotos suyas, solo y con otros chicos, con otros seminaristas, y del día de su ordenación. Su madre las había enmarcado y las había puesto en la cómoda, en la mesa de trabajo, en la repisa de la chimenea y por las paredes. John la oyó llegar a la habitación y se volvió, arremangándose la camisa, para sonreírle. La miró a los ojos y luego miró afuera, al jardín.

—Mira qué flores —dijo torpemente.

Ella estaba cerca de él y le había cogido la mano. Rose tenía manos fuertes y secas; era imposible olvidar la sensación de darle la mano. Atrapó la mano que él había dejado caer y se arrodilló a besarla con fuerza y se la pasó por las mejillas y la mandíbula y la nuca, para que él tocara aquel pelo cálido que

surgía rígido y fuerte de allí y el suave hueco de su carne más abajo. La despertó de su ensueño arrancándole la mano y voceando, aunque entre risas:

—Madre, madre, cuántas veces tengo que decírtelo. Las manos, madre, mis manos...

—Ah, alabado sea Dios, las manos consagradas —exclamó ella, cubriéndose la boca con los dedos, burlándose de él con su consternación. Se rió agudamente, irguiéndose de nuevo en el suelo con las rodillas separadas y mirando hacia arriba desde debajo de una ola ardiente de dolor y rabia—. Me había olvidado de tus manos, hijo. Qué mala soy. Qué mala. Tan impertinente, atreviéndome a tocar las manos poderosas de un sacerdote. Ah, lo sé muy bien...

—No solo tú, madre. Nadie, lo sabes muy bien. Sabes bien que las manos de un sacerdote...

—Lo sé perfectamente, lo sabía antes de que tú nacieras. No hace falta que lo repitas tanto. Solo quería tu bendición, John. Nada más. no quería nada más —lo espetó sin alzar el tono, levantándose, ya más controlada, sacudiéndose el vestido.

—Te daré mi bendición, madre, cien veces. No podría negarte nada. ¿Quieres una bendición?

Ella se enderezó como una ama de casa, con las manos bajo el pecho.

—No te preocupes por eso ahora —le dijo secamente—. Date prisa y baja a comer algo.

Avanzó un paso hacia él.

—Oh, mi amor —dijo—. No sé qué me pasa. Estoy muy nerviosa. No me hagas caso.

—La culpa es mía, madre —dijo él apresurándose—. Estaré abajo antes de que hayas puesto el mantel.

Desde la ventana del comedor ella vio, como había visto horas atrás, aquel laburno del jardín de atrás de la casa que estaba en plena floración. Sonrió nada más verlo, aquel arbolillo generoso, con un millón de flores de un amarillo intenso, elevándose a la gloria con aquel color. Aquel tronco larguirucho, delgado como una pierna, se volvía glorioso para ellos todos los veranos, ardiendo bajo el sol lleno de efluvios y color. Tenía que sonreír porque conocía el aspecto y la forma de aquellas diminutas flores, todas igual de amarillas, con los pétalos finísimos a la vista y al tacto. Le cosquilleaban

los dedos y acarició el complicado encaje de su mejor mantel, puesto en la mesa para John.

Ahora recordaba años atrás, sentada en aquella misma habitación con John, o sentada arriba en el dormitorio de él, hablándole durante horas, burlándose de su padre ante él y contándole historias de los empleados de tiendas con los que ella tenía que tratar, o sobre los vecinos. Noche tras noche, ella lo seguía arriba cuando él subía a hacer sus deberes. Constantemente era insultada por los empleados de las tiendas o los vendedores ambulantes o la gente que venía a su puerta, o en el parque, cuando iba a dar un paseo. Ella no podía ponerse a su altura, decía a menudo, pero no pensaba darles la satisfacción de haberse salido con la suya. Hubert se había cansado de escucharla y decía que valía más que se olvidara de esas cosas. Hubert decía que no tenía sentido indagar en las cosas y que solo porque una persona la mirase mal, ella ya lo sentía como una ofensa mortal. Decía que solo se estaba castigando a sí misma y que si quería seguir así era cosa suya, pero que a él no se lo contara.

Pero John había sido siempre un niño comprensivo y empático. Desde sus primeros años se estableció un entendimiento entre los dos. Iban juntos al parque, se sentaban en un banco y miraban a la gente. Si una mujer que no les gustaba los miraba, él saltaba y le preguntaba qué estaba mirando. Eso ocurría cuando era un niño. Luego, cuando cumplió doce o trece, se volvió muy consciente de su dignidad, y salía y pasaba horas en la biblioteca. El día que fue por primera vez a estudiar al seminario, ella fue a la parroquia y metió un papel en el buzón de las peticiones. En el papel había garabateado con su lápiz indeleble de las listas de la compra: «Devuélveme lo que es mío, devuélveme lo que es mío».

Las estaciones del año no cambiaban mucho las cosas para los pobres, hombres y mujeres. Venían en invierno y en verano, aunque con el frío parecían más desvalidos. Una joven llamó a la puerta un día de mucho frío. Llevaba una criatura, una niñita. La mujer iba desaliñada, con una actitud servil y no parecía tener muchas luces. La niña tenía ocho años, era pequeña para su edad, con una carita gastada y ladina, pero energética. Llevaba botas gruesas de niño en sus piecitos, sin calcetines. Cuando Rose les abrió la puerta, la niña sonrió agradecida, con la barbilla adelantada como un mono.

Empezó a dar saltos y a frotarse las rodillas para quitarse el frío. Examinó el vestido de la señora Derdon con ojos brillantes de envidia e intentó ver qué había más allá del recibidor.

—¿Qué hay ahí? —preguntó con aspereza, señalando directamente al mirador de la habitación del padre Derdon—. ¿Es una habitación?

Su madre se volvió y le dio un bofetón en la cara.

—Es una descarada, señora —dijo, con sonrisa ansiosa. Sacudió a la niña—. Pídele perdón a la señora —le pidió.

La niña, con la marca roja de la bofetada de su madre en la cara, sonrió y movió los brazos. Parecía desafiar a su madre a que le pegara otra vez. La señora Derdon retrocedió un poco en el recibidor.

—Es la habitación de mi hijo —dijo—. Te dejaré verla, pero primero tenéis que venir a la cocina para que tu madre se tome una taza de té.

La niña rechazó la leche y tomó té con las dos mujeres. Una vez acabó de comerse todo lo que había en la mesa, se levantó y empezó a merodear por la cocina.

—Es mía —dijo, tocando la silla donde se había sentado.

Luego señaló el hornillo de gas.

—Esto es mío —dijo.

—Siempre monta estos números —dijo su madre con indiferencia, agarrando con fuerza el asa de su taza de té, que descansaba sobre el platillo—. Le agradezco mucho el té, señora —añadió. Desde que se había sentado a la mesa se había quedado amodorrada, deleitándose con el calor de la estufa.

—Es mío —dijo la niñita, agarrando la cortina a cuadros de la ventana.

—Y ahora —dijo la señora Derdon, al ver que se habían acabado el té y la comida—, ¿quieres ver la habitación de arriba?

—Quiero ver lo de ahí dentro —dijo la niña con impertinencia, mientras subían los tres peldaños de la cocina al recibidor. Señaló la puerta de la sala y se atrevió a abrirla.

—¡Es mío! —chilló—. ¡Es mío, es mío!

Tocó el sofá y las dos butacas tapizadas y la mesa de los helechos, los jarros de la repisa de la chimenea y las figuras de porcelana que estaban puestas en orden y muy separadas sobre el piano, a salvo, puesto que nadie lo abría nunca.

—¡Es mío! —gritó, acuclillándose en la alfombra como una gran rana desaliñada.

—Qué bonita casa tiene, señora —dijo la madre.

—Ahora vamos arriba a ver qué vemos —dijo la señora Derdon con una sonrisa tímida y animosa. La niña se deslizó hábilmente por delante de ella, esquivando su mano y enfiló a las escaleras como si conociera la casa.

Cuando llegaron a la habitación del padre Derdon, ya estaba de pie junto a la ventana con la cara apretada contra el cristal y la cortina blanca arrugada a un lado.

—Esa es la puerta por donde hemos entrado —le dijo a su madre, haciéndole señas muy excitada. Tiró de la mano de su madre—. Y allí estamos, mamá, viniendo por la calle. Míranos ahí fuera...

Una niña con largos y brillantes tirabuzones y un abrigo rosa andaba por el callejón, con una señora que llevaba un echarpe sobre los hombros.

La niña apartó los ojos de la ventana para mirar a su madre.

—La señora eres tú, mamá, y esa soy yo, con el abrigo y el pelo rizado.

La madre la empujó desdeñosa.

—Eres un caso —dijo, sonriendo avergonzada a la señora Derdon.

La niña la empujó violentamente y gritó hecha un basilisco.

—¡Ahí estamos! —chilló—. Míranos ahí fuera.

—Cállate la boca. Estoy harta de tus mentiras —exclamó su madre, y le propinó un fuerte bofetón. La niña sonrió rápidamente antes de que las lágrimas le volvieran a los ojos.

—Le pega usted demasiado —protestó la señora Derdon.

—Ah, usted sabe muy bien que es la única manera de hacerles razonar, señora. Esta niña ha cogido la costumbre de decir mentiras y montar una escena a cada momento. Cada vez es más insolente.

La niña abandonó la ventana y saltó sobre la cama.

—Es mía —dijo, ligeramente más aplacada, aferrando el extremo de la barandilla con sus largos dedos. Tenía los dedos como ramitas, los ojos afilados como espinas; no había amor ni vergüenza en su sonrisa. Se echó en la cama y estiró sus andrajosos brazos por la colcha blanca.

—Eso que lleva es un broche —dijo inquisitivamente.

La señora Derdon llevaba un elaborado broche de oro con esmalte azul.

Levantó la mano y lo tocó.

—Tengo una idea. Te lo regalo —respondió rápidamente y se inclinó hacia el extremo de la cama y prendió el broche del vestido de la niña, donde pendía pesadamente entre los harapos como si lo hubieran tirado allí. La niña lanzó una mirada triunfante a la madre que, observando a la señora Derdon por primera vez, adoptó una expresión sorprendida y desconfiada. La pobre mujer se estaba poniendo nerviosa, temiendo que la señora Derdon se arrepintiera antes de que ellas pudieran salir de la casa. Apremió a la chiquilla a salir de la colcha limpia y a dejar de molestar a la señora y la conminó a darle las gracias por el precioso broche. La niña, conspiradora experta, saltó obediente de la cama y estaba abajo en el recibidor antes de que su madre acabase de agradecer y bendecir a su benefactora.

La señora Derdon se arrepintió antes de cerrar bien cerrada la puerta tras las apresuradas espaldas de las dos mendigas. Había heredado aquel broche a la muerte de su madre. Su madre lo había llevado día y noche y siempre lo dejaba con sus horquillas cuando se acostaba. Había sido un objeto familiar para los ojos de su padre, muerto hacía tanto tiempo. Algunos de sus recuerdos más precoces se asociaban a aquel broche y ahora lo había sacrificado. Lo único que le quedaba del pasado era la manta de retales de la cama de arriba.

No era la primera vez que había regalado apresuradamente de ese modo y lo lamentaba. La toquilla del bautismo de John, que había tardado meses en hacer, se había ido del mismo modo, regalada a una mujer que había venido a su puerta a pedir, y un par de guantes nuevos suyos, en otra ocasión. A veces se preguntaba si se habría pasado la vida dando las cosas que más valoraba y sin recibir nunca las gracias. No parecía haber límite a lo que la gente podía aceptar. Ella siempre le decía a John que si le dabas la mano a las personas, ellas se tomaban el pie. Y Hubert, al oírla, respondía que era solo culpa suya, que era ella la que les daba la mano a todos, quisieran o no. Y luego Hubert le preguntaba a John para qué querrían los otros tomarse un pie, y los dos se echaban a reír.

De todos los pobres, hombres y mujeres, que habían acudido a su puerta en los años que Rose llevaba viviendo en aquella casa, ninguno se había cruzado con ella por la calle, hasta el día en que se encontró al hombre de la mano deforme en el puente de la calle O'Connell, cuando ella iba a comprar sábanas

nuevas.

El barrio en el que vivían estaba a veinte minutos de trayecto en autobús del centro de la ciudad, pero ella rara vez iba al centro, a no ser que tuviera una razón especial. El autobús tenía su principio y fin de trayecto en el lado más cercano de Liffey, y eso le gustaba, porque le daba una excusa para cruzar el puente a pie y echar un vistazo al río. Había multitud de gente por allí. La señora Derdon llevaba zapatos con lazos negros que había limpiado antes de salir de casa y las suelas eran tan finas que notaba la dureza del suelo a cada paso. Por su origen campestre, estaba acostumbrada a arroyos más claros, pero la devoraba la ansiedad de ver el oscuro y enérgico Liffey en su elevado lecho. Mientras andaba, sintiendo la fría ráfaga de viento en la cara, divisó al hombre de la mano deforme, deslizándose furtivamente junto a la barandilla, con la mano recogida en el pecho. Cuando se encontraron frente a frente, él levantó la vista y la vio. Al verla, su rostro se llenó de sorpresa y placer hasta el punto que ella le tendió la mano y empezó a hablarle, pero él se recobró, se tocó la gorra y pasó a su lado. Ella continuó andando y unos segundos después se volvió a mirarle la espalda en la multitud, pero él había desaparecido. Se apartó del río de gente y lo buscó con la mirada por toda la extensión del puente, pero no estaba. Pensó que se había dado muchísima prisa para desvanecerse así de la vista.

En el autobús, camino de casa, pensó con satisfacción que el encuentro en el puente le daría la oportunidad que buscaba para entablar conversación con él. Imaginó un diálogo:

ELLA: Le vi el otro día en el puente.

ÉL: Sí, yo también la vi. Le habría dicho algo, pero me pareció que tenía usted prisa. Qué extraño que nos encontrásemos.

ELLA: No, en absoluto. El mundo es muy pequeño.

O bien ella diría: «Lleva muchos años viniendo a mi puerta».

No, eso no funcionaría. Podía interpretarlo como una insinuación de que no volviera. Podía adoptar un tono de burla, preguntarle por qué tenía tanta prisa en el puente. Bueno, las palabras surgirían llegado el momento.

Aquel jueves, el hombre no apareció en la puerta a la hora habitual y Rose se sintió mal y se pasó el resto de la tarde esperándolo en el salón. A las seis y cinco, Hubert volvió la esquina del callejón y se acercó despacio a la casa, como hacía todas las tardes. Cuando vio a Hubert, Rose se dio cuenta de que

el hombre de la mano deforme no vendría. Se levantó, cogió el dinero de la mesa del recibidor, donde lo había puesto horas antes y lo echó en una taza de la alacena de la cocina. Hubert entró con su llave y al ver que el té aún no estaba preparado, preguntó con sorpresa si había llegado muy pronto. Comparó su reloj con el de la repisa de la chimenea del salón y anunció en tono animoso hacia la cocina que quería un huevo pasado por agua.

Cuando estaban sentados a la mesa tomando su té, ella le contó que se había encontrado a aquel hombre en el puente y que esa tarde no se había presentado.

—Probablemente le pegaste un susto de muerte —dijo Hubert plácidamente—. Corriendo a su encuentro con la mano tendida, sobre todo con la mano vacía.

—Pero si solo iba a saludarlo... No hay nada malo en eso.

—No hay más que mirar a ese hombre a la cara, por Dios. Un hombre así no sirve para charlar, Rose. Dale lo que quieras darle, pero déjalo en paz.

—Parecía tan contento de verme, Hubert. Nunca en toda mi vida he visto a nadie tan contento de verme.

—La próxima vez lo pensará mejor. Cómo iba a saber que querías abrazarlo...

—Hubert, siempre me interpretas mal.

—Rose, querida, eres tú. No te entra en la cabeza que en este mundo tienes que aprender a dejar en paz a la gente.

Al cabo de un momento de silencio, que utilizó para quitarle la parte superior a la cáscara de su huevo, le dijo consoladoramente que estaba seguro de que el hombre de la mano deforme volvería en cuanto se recuperase del susto. Y añadió que, al fin y al cabo, si no había ido aquel jueves era una buena cosa, porque así ahorraría un poco de dinero. Solo estaba bromeando, le aclaró. No pretendía ofenderla.

El jueves siguiente, el hombre de la mano deforme apareció en la puerta como siempre, a media tarde. En cuanto lo vio, Rose supo que él no diría nada. Había decidido que lo dejaría en paz a menos que él le dijera algo por iniciativa propia. Él mantenía su mano enferma en alto y la miró sin atisbo alguno del resplandor que Rose había visto en su rostro el día del puente. Si se sentía avergonzado de haberse desinhibido así, tampoco dio signos de ello. Había llegado demasiado lejos en la falta de todo. Estaba fuera de todo

alcance. Rose se sintió reconfortada al verlo en la puerta otra vez. Nunca más volvió a pensar en darle conversación, y al cabo de un tiempo olvidó la curiosidad que la había devorado sobre él, aunque continuó pendiente de él y de los demás que acudían a ella.

UN ATAQUE DE HAMBRE

La señora Derdon tenía la expresión de alguien que tiene que asumir muchas cosas. En aquel momento estaba en la cocina, asumiendo la preparación del té para su marido y ella. Su marido se llamaba Hubert. Se ocupaba de poner dos tazas con sus platillos y sus bandejitas, dos de cada cosa. Ya no había que poner la mesa para más de dos personas. El tercer sitio estaba vacío y faltaba el tercer rostro. John, su hijo, se había ido de casa y no volvería, había desaparecido para siempre por la grieta más común de la vida familiar irlandesa: el sacerdocio. John se había ido para hacerse cura.

La idea que la señora Derdon no lograba asumir (porque nunca lo había siquiera afrontado) era: «Oh, si Hubert se hubiera muerto, John nunca me habría dejado, nunca, nunca, nunca. Nunca me habría dejado sola...».

Pero intentaba asumir la presencia de aquella idea en su mente, donde vivía oculta, alimentándose de su energía, de su voluntad y de su menguante capacidad para la esperanza.

Nunca había logrado decidir nada. La decisión le resultaba desconocida. Sus decisiones diarias, las que tomaba sobre la comida que pondría en la mesa y sobre asuntos domésticos diversos le venían dictadas por la costumbre y por la cantidad de dinero que Hubert le permitía gastar. Hubert era un hombre frugal. No es que quisiera ser mezquino, pero era cauteloso. Había calculado que la casa podía mantenerse con aquella suma y le entregaba a Rose aquella suma exacta todos los viernes por la mañana. Cada viernes por la mañana ella esperaba al pie de la escalera a que él le tendiera el dinero sin un comentario.

Antes, cuando John estaba aún en casa, a veces estaba presente cuando Hubert le daba el dinero y los dos, Rose y John, intercambiaban una mirada. La de Rose decía: «Ya ves cómo me trata» y la de John decía: «Ya veo, ya veo». Los dos estaban de acuerdo en que Hubert no sabía portarse mejor. Esa

idea de que Hubert no sabía hacerlo mejor era el fundamento y la estructura de la conspiración entre los dos, que hacía sus días tan interesantes y que ofrecía un cálido principio a la mayor parte de sus conversaciones. Siempre estaban hablando de Hubert. No hacía falta que Hubert hiciera nada especial para que hablasen de él, y la verdad era que rara vez hacía nada fuera de lo ordinario. Solo tenía que seguir como siempre, llegando después del trabajo con el periódico y sentándose a tomar su té, yéndose a la cama, levantándose por la mañana y siguiendo su rutina invariable pero que nunca se le hacía monótona. Había cierta insistencia en el modo diario de proceder de Hubert que llamaba la atención en sí mismo, como si se comportase así a propósito, y como si en cualquier momento pudiera interrumpir la comedia, volverse y mostrar entonces la cara que los dos sospechaban que poseía, su verdadera cara, la cara del villano, la cara de un hombre violento, capaz de hacer y decir las cosas más apasionadas y terribles, cosas escandalosas. Él los mantenía en un estado de suspense constante, y ellos siempre intercambiaban miradas cuando él estaba en casa, incluso cuando oían sus pasos subiendo las escaleras. Pero Hubert mantenía su contención habitual, suave, amistoso, complaciente, curtido con su desconfianza de todo el mundo y de cada palabra que oía y con una firme conciencia del valor de su propio criterio.

Ahora que John se había ido, no había nadie con quien la señora Derdon pudiera intercambiar miradas. No había nadie a quien mirar, excepto Hubert, y en cualquier momento Hubert podía convertirse en un loco de atar, maldiciendo y sacando espuma por la boca, y allí no habría nadie más que ella para verlo. No había nadie que pudiera mirarla y sentía que se había vuelto invisible y al mismo tiempo sentía que en su soledad se perseguía a sí misma por la casa todo el día, escaleras arriba y abajo, y apenas podía soportar mirarse al espejo, porque la cara que veía allí reflejada no era la que la contemplaba con simpatía sino la suya, su propia fuerte e indefensa cara, la cara de alguien cuyo valor se ha petrificado tiempo atrás para convertirse en capacidad de soportar en la angustia de una autocompasión realmente indefensa. No había esperanza para ella, se decía.

No había esperanza para ella en el interior de aquella casa. Toda su vida estaba en la casa. Solo salía a hacer la compra o para ir a misa. Iba a misa los domingos muy temprano (John y ella siempre habían ido juntos), mientras que Hubert iba a la última misa, solo. Habían pasado muchos años, ya antes de que

John se fuera, desde la última vez en que habían dado un paseo los tres juntos. Hubert y ella nunca iban a ninguna parte ni visitaban a nadie. Él nunca llevaba a nadie de la tienda a su casa a pasar una velada o enseñarle el jardín en verano ni nada por el estilo. Desde que se habían casado, Hubert le había demostrado que desconfiaba de ella con el dinero —decía que ella no tenía cabeza para el dinero— y a medida que pasaban los años había llegado a desconfiar de su presencia en todas partes excepto en la casa. En momentos de nerviosismo —con los curas del colegio de John o las reuniones ocasionales a las que asistían los primeros años de su matrimonio—, Hubert había advertido que su mujer se había convertido en una persona distinta. En presencia de desconocidos, a veces, a ella le daba por sonreír. En un momento esbozaba una sonrisa de trémula timidez, como si le hubieran dicho que le pegarían a menos que fuese amable, y luego, un minuto después, esbozaba una mueca de absurda condescendencia. Y antes de que nadie pudiera darse cuenta se sumía, de pie o sentada, en un pétreo silencio, sin decir una sola palabra, de modo que todos se volvían a mirarla y se interrogaban sobre ella. Y si hablaba, intentaba disimular su acento rústico con una pronunciación refinada, muy precisa y aguda, que Hubert, por su mundanidad, sabía que era vulgar. Por eso, sintió que era mejor dejarla donde ella se sintiera cómoda, en casa. En cierto modo, Rose no estaba a la altura de las circunstancias. No parecía capaz de aprender cómo se hacían las cosas. No confiaba en sí misma y era muy fácil herir sus sentimientos. Si intentabas decirle cualquier cosa, siempre lo tomaba como un insulto. Hubert pensaba que era muy duro para un hombre de su posición avergonzarse de su esposa, pero la realidad era aquella: se avergonzaba. Y lo sentía por ella, porque su fracaso tampoco era culpa suya. Había nacido tal como era. No se podía hacer nada.

Cuando la señora Derdon apartaba la vista del espejo que reflejaba su desesperanza, veía las paredes de su casa y el mobiliario, los cuadros, las sillas, las alfombritas y los ornamentos; y la visión de todas aquellas cosas la hería, porque había intentado con todas sus fuerzas mantener la casa como cuando John vivía allí, y la casa se alejaba de ella y del modo en que había sido cuando estaba John, cuando John y ella vivían juntos. No parecía haber manera de controlar el cambio que se estaba produciendo en la casa. Dos de las copas de la vajilla buena se le habían deslizado de las manos sin razón

alguna cuando estaba cogiendo la cristalería y toda la porcelana buena para lavarla y, ahora, la vitrina acristalada del salón se veía incompleta con los huecos. Había una gran mancha en uno de los cojines del sofá y Rose no sabía cómo se había hecho. Uno de los niños de las casas vecinas había tirado una pelota al jardín y había estropeado un rosal que había crecido a salvo durante años. Y ella misma, en un arrebató de desesperación, se había llevado una pila de periódicos, revistas y folletos que John había dejado en su mesa del dormitorio. No los había tirado, estaban al fondo del estante de la alacena de la cocina, pero aunque los llevara de nuevo a la habitación de John, ya no estarían exactamente como él los había dejado y ya nunca tendrían el mismo aspecto con que él los había visto. Y ella lamentaba amargamente haberse llevado el ajado montón de periódicos que él solía apilar tras la puerta. Los había arrojado al fuego y había puesto unos cuantos periódicos nuevos en el mismo sitio. Nada volvería a ser como antes.

La alfombra de las escaleras tenía fragmentos muy gastados que habían aparecido de pronto tras todos aquellos años y el papel pintado que rodeaba la puerta del recibidor había empezado a despegarse y había que hacer algo. Incluso el polvo parecía haber encontrado nuevos lugares donde acumularse, o se amontonaba en distintos sitios, y a ella le parecía que al quitar el polvo, un día sí y otro también, estaba barriendo el tiempo transcurrido desde que John se fuera —más polvo cada día que pasaba, y más tiempo—, y empezó a pensar que lo único que haría durante el resto de su vida sería barrer aquel tiempo. El polvo la sacaba de quicio. La ponía enferma ver cómo volvía todos los días, polvo nuevo, pero con un aspecto tan viejo y sucio como aquel viejo polvo que su madre solía quitar siempre, mucho tiempo atrás, en el pueblo donde ella había nacido y se había criado. Tan seguro como que el reloj giraría y seguiría girando, el polvo se abría camino por la casa y llegaba a sus manos. Llegaba a sus manos y a sus muñecas y por mucho que se hubiera cepillado las uñas, siempre parecía quedar alguna sombra. Se decía a sí misma que tenía manos de sirvienta. Hubert siempre tenía las manos limpias y suaves, pero las de Rose eran demasiado grandes y ásperas, como si trabajara con ellas. A menudo había pescado a Hubert mirándole las manos cuando estaba manipulando la comida en su plato u observándola cuando se llevaba un trozo de comida a la boca. Ella siempre comía mucho pan y pensaba que tal vez Hubert se preguntase cómo podía comer tanto pan o por qué comía tan deprisa.

No podía evitarlo; pensaba que era vergonzoso comer tanto pan o cualquier otra cosa, pero lo deseaba y se lo comía deprisa y a veces notaba que se ponía colorada con la sensación de desafío y anhelo al coger la barra para cortarse otra rebanada. Había dejado de poner mermelada en la mesa cuando se fue John. A John y a ella les encantaba la mermelada, pero Hubert no sabía apreciarla. Cuando John estaba en casa, Rose solía hacer mermelada —de frambuesa, ciruela claudia y grosella espinosa—, pero la que más les gustaba a los dos era aquella densa mermelada tan cara que venía en botes de Inglaterra. Era mejor no llevar el bote a la mesa. Hubert nunca cuestionaba el gasto, pero a veces cogía el tarro, le iba dando la vuelta una y otra vez, leía la etiqueta muy despacio y volvía a dejarlo. Aunque estuviera casi lleno lo inclinaba para mirarlo. Una vez había dicho: «Es una buena idea traer algo para leer en la mesa». John se había echado a reír en voz alta, y a Rose le había parecido cruel que se riera, cuando sabía que su padre solo buscaba una forma más de despreciarla.

Cada día de los seis meses que habían pasado desde que John se fue para hacerse sacerdote, la señora Derdon había sido consciente de que se había ido y no volvería y todos los días pensaba que se estaba dando cuenta por primera vez. Aquel pensamiento era muy vivo, la poseía por completo y dirigía todos sus actos, en cierto momento le decía que se sentara y al momento siguiente que se levantara de inmediato, sin demora y sin razón, excepto que la fuerza de esa idea era suficiente razón, porque ahora la dirigía en todo minuto, y la controlaba y la mantenía despierta y le daba aquella misteriosa organización a todo lo que hacía. De no haber sido por aquella idea, que la llenaba todo el día, Rose no habría sabido qué hacer después y habría hecho lo que quería de verdad, que era meterse debajo de la cama y poner la cara en el suelo y dormir. Deseaba echarse en el suelo. La idea de que John se hubiera ido y no fuese a volver adoptaba distintas formas en su interior, pero siempre se quedaba en el mismo lugar, justo debajo del pecho, en el centro, entre las costillas. A veces desaparecía por completo y se sentía vacía, y entonces, en esos momentos, iba a buscar algo que comer, pero casi siempre, cuando tenía la comida delante, la idea volvía y se sentía mal ante la sola idea de comer algo. A veces, la idea se desvanecía del todo, o lo parecía, y ella sentía una gran excitación y corría a las ventanas centrales convencida de que John venía a casa, de que en aquel preciso momento andaba por la calle arrastrando su

maleta, y de que solo tendría que esperar un minuto o dos para verlo aparecer por la esquina de la calle principal. Pero, por supuesto, no venía ni vendría, y la excitación de su interior se apagaba y la dejaba estupefacta con su peso, y su decepción y la humillación de haber caído como una estúpida eran tan crueles como si su sentimiento hubiera sido de esperanza y no un producto del delirio de la pérdida.

De aquel delirio recurrente habían nacido dos ensoñaciones: largas, apacibles, placenteras, siempre en expansión, siempre aumentando en intensidad y detalles, idénticas en dos aspectos: su tranquilizadora monotonía y sus finales. Ambos sueños acababan cuando John volvía a ser suyo de nuevo, solo suyo.

En el primer sueño, John volvía. En ese sueño, ella estaba mirando por la ventana principal y cuando él volvía la esquina ella iba a abrirle la puerta, pero luego quería que él la viese primero en la ventana y retrocedía y se quedaba de pie frente al cristal, sujetando la cortina de red con la mano hasta que él la veía y sonreía. Cuando él llegaba a la puerta baja que se abría hacia atrás y que daba al diminuto jardín frontal, ella corría al recibidor a abrir la puerta de par en par para que él pudiera cruzar el umbral y dejar la maleta en el recibidor, librándose del peso; él nunca había sido muy fuerte. Entonces se miraban uno al otro y ella decía: «Sabía que volverías, John», o también podía decir: «Sabía que volverías a mí, John», y él respondería: «Tú siempre has sabido lo que era mejor para mí, madre». Los dos bajaban a la cocina, donde ella tenía la mesa puesta y lista, con todo lo que a él le gustaba. Él comía algo y luego no podía contenerse más lo que se estaba guardando y decía: «Pero, madre, ¿no te molestó cuando me fui? ¿No me echaste de menos? Nunca dijiste una sola palabra...». Aquellas palabras le revelarían lo que quería saber: que él se había dado cuenta de su heroico silencio, de cómo ella había logrado no decir ni una palabra al comprender que se marchaba y la dejaba, cómo se había reprimido todas las advertencias y reproches que deseaba hacerle, y que él entendía lo valiente y desprendida que había sido, dejándolo irse libremente como había hecho. Una vez llegados a aquel punto de la conversación, tendrían tanto que decirse que no podrían parar. Tomarían mucho té. Ella le diría que le había echado terriblemente de menos. Le diría que se había sentido mortalmente sola, llorando incluso de necesidad de verle (le recordaría que su padre no le servía de compañía), pero que solo había

pensado en el bien de él, y había querido como siempre lo que fuese mejor para él. Y que no podía concebir no dejarlo irse tranquilo, una vez él había tomado la decisión.

Pero era solo un sueño. John no iba a volver y ella lamentaba amargamente haberlo dejado marcharse sin poner ninguna objeción. Estaba tan segura de que volvería que no había dicho una palabra, para que él admirase su sacrificio. Había muchas cosas que podría haberle dicho, la tarde en que finalmente él habló con ella, diciéndole que había tomado ya su decisión y que estaba todo preparado y que se iba. En aquel momento, no estaba tan decidido como pretendía. Ella podría haberlo detenido con una palabra. Podría haberle recordado que era hijo único y que tenía un deber para con sus padres. Y él no tenía confianza en sí mismo; era solo gracias a las oraciones de Rose y su apoyo que había aprobado los exámenes el último curso de la escuela. Ella lo había sostenido toda su vida, y ahora él se imaginaba que iba a poder seguir sin ella. ¿Y cómo creía que podría vivir en una casa llena de hombres —curas y estudiantes—, todos más preparados para el sacerdocio que él, todos mucho más preparados para el mundo que él? Lo mirarían con desdén. Sería mucho más feliz dejando aquel lugar y volviendo con ella.

Pero él no iba a volver, y aquel pensamiento volvía a agitarla, y volvería a darle órdenes, a hacerse cargo de todo, y ella tendría que obedecer aquel pensamiento, levantándose y sentándose y andando aquí y allá, y no habría reposo porque el único reposo que podía tener sería echarse y apoyar la cara en el suelo y dejar que su mente se sumiera en el sueño, pero en un sopor más amplio, más profundo y lejano, donde no hubiera preocupación y donde su mente no se viera confinada en un solo sueño, sino que pudiera flotar y volverse vaga e incluso liberarse y navegar como un globo infantil, llevándose con él la carga de los recuerdos.

No solo no había nada agradable, no había nada definido que recordar, solo todos aquellos años buenos que habían pasado para terminarse, de los que únicamente quedaban vestigios: Hubert, el mobiliario, ella; incluso las plantas del jardín parecían mantener sus posiciones solo para señalar el paso del tiempo. Todas las cosas que ella había ido coleccionando y colocando en la casa podían desaparecer, o caer en un lastimero salto, de no haber sido porque las paredes de la casa estaban sujetas a las paredes de las casas vecinas. No había ningún lugar donde pudiera reposar los ojos, ni nada en su

mente salvo la conciencia de que John se había ido y la necesidad de obedecer a los dictados de esa conciencia para continuar, incluso por poco tiempo, su vuelo de huida. Aquella conciencia la fastidiaba y ella tenía que obedecer y al mismo tiempo fingir que no la notaba. Solo había un momento del día en que podía ignorarla, cuando ella era más débil y más fuerte, cuando se despertaban por la mañana y apenas se agitaba y le decía que volviera al sueño y no se despertara. Pero entonces la ignoraba porque para ella era una cuestión de orgullo levantarse, vestirse, bajar antes de que Hubert abriese los ojos y tener listo su desayuno, esperándolo, y parte de su trabajo doméstico hecho cuando él llegara a la cocina.

Era terrible no tener con quién quejarse; no es que tuviera nada real de qué quejarse, pero era terrible no tener con quién hablar. John siempre había sido un magnífico confidente y la Virgen María había sido un gran consuelo para la señora Derdon durante toda su vida, siempre se había vuelto a ella buscando ayuda, consejo y comprensión, pero ahora difícilmente podía recurrir a ella, pues era precisamente la Virgen quien se había llevado a John. No era directamente la Virgen, pero sí la devoción que él profesaba por la Virgen, y al final era lo mismo, y Rose sentía que entre los dos la habían dejado aparte, sola.

John siempre había sido un niño devoto. Siempre estaba mirando sus colecciones de estampas y seleccionándolas, o las medallas y los relicarios de santos que había por toda la casa. De pequeño tenía la costumbre de ir por la cocina con una estampa en la mano y quedarse de pie mirándola hasta que ella le preguntaba qué estaba pensando y siempre era un pensamiento religioso, sorprendente en un niño pequeño. A veces ponía una estampa apoyada en la bandeja del té de su padre, apoyada contra el azucarero o la jarrita de leche para que su padre la viera al sentarse a la mesa. Pero Hubert acabó con aquella costumbre una tarde poniendo la estampa —era de san Sebastián torturado— en su pan y untándola con el cuchillo como si fuese mantequilla y luego dándole un mordisco. Le rompió una esquina, junto con el pan, y siguió masticando y sonriendo con lo que él llamaba su sonrisa de hombre de familia feliz. John se puso a llorar y Hubert fingió no saber qué había hecho mal, y Rose dijo:

—Hubert, me escandalizas...

Y luego se echó a llorar también porque Hubert dijo:

—Estoy harto de vosotros dos.

El segundo sueño que Rose tenía de John era muy sencillo. Era más una visión que una ensoñación y lo que veía era su tumba. En aquel segundo sueño, él no se había ido, había muerto. No había sido culpa suya, después de todo. No había querido abandonarla. En aquel segundo sueño ella visitaba su tumba todos los días y se sentaba allí durante horas e iba vestida de negro, como una viuda. Cuando lloraba, todo el mundo simpatizaba con ella, porque ¿quién puede haber con más derecho a llorar que una madre que ha perdido a su único hijo? Todo el mundo admiraba su devoción cuando la veían ir a ver la tumba todos los días, lloviera, granizara, cayera aguanieve o nevara, sin importar cómo se encontrase, y siempre le llevaba flores, hojas o helechos según la estación del año. Ella lloraba a John constantemente y ni siquiera Hubert se atrevía a reprocharle su tristeza.

Aquella tarde, mientras preparaba el té para Hubert y para ella, estaba poniendo acebo y hiedra de Navidad en la tumba de John cuando oyó la llave de Hubert y luego el chasquido de la puerta al cerrarse. Ahora Hubert iría a la sala de detrás de la casa y encendería allí el fuego y se sentaría hasta que ella le llamase para el té. A veces ella encendía el fuego en la sala de atrás y se sentaba allí. Pero aquella tarde apenas había salido de la cocina. Quemaban carbón. Guardaban el carbón y la leña junto con las cosas del jardín en un pequeño cobertizo de madera adosado a la parte posterior de la casa. Todos los días Rose acarreaba dos cubos de carbón, uno de los cuales era de hierro, para el fogón de la cocina, y otro de cobre, para la sala. A veces, cuando levantaba el carbón, se preguntaba si Hubert tenía idea de lo que pesaba aquello. Ahora, cruzando la cocina para subir el fuego de la hervidora, vio el cubo de cobre junto al fogón, lleno y preparado. Ella misma lo había llevado hasta allí y luego había olvidado llevarlo a la sala. Se irritó consigo misma por haber olvidado llevarlo y dejarlo allí preparado para él. Era mala señal, empezar a ser olvidadiza, empezar a olvidar las cosas que había que hacer. Pero tampoco iba a darle ocasión a él de que bajara a pedirlo o de verla a ella subir acarreando el cubo los tres escalones que llevaban de la cocina al recibidor y al salón. Hubert decía que tenía el corazón mal y que por eso no podía hacer esfuerzos. Pero era lo mismo desde que tenía cuarenta, incluso a los treinta, y más joven. Le gustaba que le sirvieran.

Rose cogió el asa del cubo de cobre con ambas manos y lo llevó con dificultad a través de la cocina, escaleras arriba y hasta la sala de la parte de atrás. Vio que Hubert ya había echado una cerilla encendida al fuego, que ella había preparado con madera, papel y algunos trocitos de carbón por encima. Hubert estaba aventando la frágil llama con el periódico abierto, su periódico de la tarde. Se volvió al oírla entrar y el periódico se hinchó hacia el fuego y luego ardió. Asustado, Hubert arrojó el diario al fuego. La señora Derdon corrió, cogió el atizador y empujó el papel dentro de la rejilla. Fragmentos del periódico ardiente flotaban por la habitación. Mientras ella los pisoteaba, Hubert corrió hacia la cocina gritando: «¡Está bien, está bien! ¡Voy a por agua!», y volvió a toda mecha con la hervidora caliente que había apartado del fuego y echó un chorro de agua en la chimenea. El fuego, ya controlado, se apagó convirtiéndose en una sopa negra, que se filtró por entre las barras de la rejilla y hasta las losetas de la chimenea, donde formó charcos de distintos tamaños y formas.

La señora Derdon se sentó en una silla y se echó a llorar desconsoladamente. Primero ocultó la cara con las manos, luego levantó las manos y agitó el aire y finalmente se rodeó el cuerpo con los brazos y se acunó llena de pesar. El desorden había prevalecido contra ella y no podía hacer nada. Aunque se matara para arreglar aquella habitación, ya nada quedaría igual. Aquello era lo peor que Hubert había hecho nunca y John no estaba allí para verlo y ella nunca encontraría palabras para describírselo. Miró con rabia a Hubert, que a su vez la estaba mirando con alarma e incredulidad.

—Oh, ¿qué voy a hacer?

—Por Dios, Rose, cálmate —exclamó Hubert—. ¿Qué te pasa? No ha pasado nada.

—¿Que qué me pasa? —gritó ella—. Qué te pasa a ti, que llegas y enciendes el fuego solo con papel. No podías venir a la cocina y pedirme el carbón. Ah no, tú no. Esperas a que te lo traiga y mientras tanto incendias la casa.

—¡Cállate! —gritó Hubert—. ¿Me has oído? Cállate antes de que diga algo que no te gustará oír.

—Primero te llevas a mi hijo fuera de casa y luego intentas quemar la casa en mis narices, ¡en mis narices! —chilló la señora Derdon.

—¡Supongo que tendría que haber incendiado la casa mientras él estaba

aquí! —gritó Hubert—. ¡Has sido tú, que me has asustado, entrando aquí con pisadas fuertes, con esa cara de Virgen misericordiosa y balanceando el cubo del carbón! Por eso se me ha caído el periódico. Has sido tú, con tu desprecio y tu mal carácter.

Ella se enderezó en su asiento y habló, pero Hubert no pudo entender sus palabras en aquella tormenta de odio que la cegaba, ensordecía y ahogaba, y que la sacudía tan fuerte que, cuando se inclinó hacia delante para dirigir sus acusaciones contra él con mayor intensidad, se cayó de la silla y se quedó sobre manos y pies en el suelo. Se arrastró de nuevo a la silla como si estuviera arrastrándose hacia una roca en medio del mar y le lanzó a Hubert una mirada de aterrada súplica que se desvaneció enseguida en una estúpida, implorante y cobarde sonrisa.

Hubert vio la sonrisa y supo que aquello la había silenciado.

—¡Ahora sí que has quedado como una tonta! —le gritó—. Primero lloras por unas manchitas en el suelo y luego te caes y te das un buen golpe en el suelo. Venga, ámate y deja de montar el numerito por nada.

—¡Por nada! —gritó ella—. Si John estuviera aquí, él te lo diría. John se pondría de mi parte. John sabía muy bien lo duramente que yo trabajo. Trabajo como una esclava para mantener limpia la casa y para ti no es nada. Pero ¿qué te importa a ti? Nunca me has querido ni tampoco lo querías a él y acabaste por echarlo de la casa —se detuvo porque Hubert se había arrellanado en su silla y le sonreía.

—Te voy a decir una cosa, Rose —dijo Hubert—. No te gustará, pero ya es hora de que lo aprendas. ¿Sabes qué fue lo que realmente se llevó a John de casa?

La señora Derdon no dijo nada.

—Contéstame —insistió Hubert.

—Siempre he pensado que fuiste tú —dijo Rose.

—Siempre has pensado lo que te convenía —dijo Hubert—. No, yo no eché a John. Nunca nos entendimos, pero solo porque tú te esforzaste para que no nos entiéramos. Tú sola lo echaste —dijo Hubert—. Se fue para escapar de ti. Era lo único que quería. Ni siquiera lo dejabas ir a la escuela solo. No podía coger el tranvía solo como los demás chicos hasta que los curas te dijeron que lo dejaras en paz. Y cuando iba a trabajar, allí estabas tú, a la hora del almuerzo, la mitad del tiempo, ¿verdad? Tanto que ya le daba

vergüenza que lo vieran contigo. Un mes antes de irse vino a decirme que se iría, pero a ti no te lo dijo hasta el último minuto, porque sabía que encontrarías una manera de detenerlo y él estaba decidido a marcharse. ¿Qué te parece? Dime, ¿qué te parece esta información? Me lo dijo a mí primero.

—Si se avergonzaba de mí, eso lo aprendió de ti —dijo Rose.

—Sí, claro, tenías que decir eso —replicó Hubert—. No puedes encarar los hechos. Pero yo sí tengo que enfrentarme a ellos. Estaba harto de ti, como yo estoy harto de ti, harto de tus caras largas y tus quejidos y suspiros. Me gustaría que te fueras de esta habitación. Me gustaría que te fueras, vete ya. No quiero té ni nada. Solo quiero no tener que verte la cara esta noche. ¿Te irás?

—Claro que sí —dijo la señora Derdon—. Me voy. Claro que sí. Con tal de no estar contigo, cualquier cosa.

Se apresuró hacia el vestíbulo. Se sentía repentinamente libre. Se sentía independiente. En aquel momento liberador, se miró en el espejo, se ajustó el sombrero y se puso los dos alfileres de madreperla a través del pelo castaño claro. Por primera vez en muchos años vio el color de sus ojos. Eran de un verde nublado y al mirarlos vio que estaban llenos de lágrimas.

Mientras acababa de ceñirse los alfileres del sombrero, se abrochaba el abrigo, cogía su llave de la puerta principal del bolso y la tiraba a la mesa del recibidor, se dio cuenta de que corría un terrible peligro. Corría el peligro de lanzarse de vuelta a la habitación y tirarse en la silla junto a la de Hubert y suplicarle que la perdonara y la reconfortara. Escuchó temerosa el sonido de sus propios pasos precipitados y el sonido de la voz de él, pero solo había silencio en la casa, ni un solo ruido. Había corrido peligro, pero no había tirado la toalla, no se había movido. Apagó la luz del recibidor y también la que iluminaba la puerta de entrada, para mostrar que no esperaba volver, porque no iba a volver, y salió de la casa. Estaba asombrada; sentía un indulgente asombro ante su pasada angustia y vulnerabilidad y la importancia que había atribuido a la casa y a sus mueblecitos, cuando en realidad siempre había deseado huir lo más lejos que pudiera. Había necesitado que Hubert le dijera aquellas cosas horribles para ver la realidad de todo aquello. Él la había empujado a irse de su propia casa. Debía de haberse enfurecido mucho para decir cosas así. La verdad es que lo había visto muy colorado. Nunca le había visto tan furioso antes. Pero él le había ordenado que se fuera. Ella siempre se había sentido responsable de la casa. Siempre había creído que

necesitaba que cuidase de él. Hacía por él muchas pequeñas cosas: lo esperaba y cuidaba que las cosas estuvieran siempre como a él le gustaban. La echaría de menos. Pero nadie podía culparla por irse después de lo ocurrido aquella noche. Nadie podía acusarla de huir de su deber. Tampoco podía culparse a sí misma, después de lo que él le había dicho, las cosas terribles que le había dicho. Había mostrado qué clase de hombre era, capaz de algo así. Ella nunca lo repetiría. Nunca diría una palabra de lo que él le había dicho, ni siquiera a John. No se lo diría a nadie. Intentaría olvidarlo, pero iba a ser difícil olvidar el impacto que había sentido.

Llegó a la esquina de la calle y se apresuró por Sandford Road. Empezó a pensar qué iba a hacer. Tendría que decirle al padre Carey que Hubert la había echado de casa sin razón alguna. Le diría que le daba miedo volver. Pensaba pedirle dinero prestado para llegar allí donde estaba John. Estaba segura de que cuando el sacerdote oyera su historia le daría el dinero. No lo conocía bien, solo había tenido una charla con él cuando John se fue, pero había asistido a menudo a su misa y estaba segura de que él no se lo negaría. Una vez que viese a John y hablase con él, pisaría terreno seguro. Encontraría alguna clase de trabajo, tal vez incluso en el seminario. Podía coser, cocinar, cuidar niños, incluso hacer trabajos de limpieza, haría lo que fuese, y pensándolo bien, había muchas cosas que podía hacer. De joven siempre había querido ser enfermera. Tal vez pudiera encontrar trabajo en un hospital. No necesitaba que le pagaran mucho, solo para mantener cuerpo y alma unidos. Trabajaría, iría a misa, rezaría y solo pediría eso a cambio de ver a John de vez en cuando. Se haría amiga de los amigos de John. Vendrían a contarle sus problemas y ella sería quien mejor sabría darles consejo. Los curas se preguntarían cómo habían podido pasar sin ella. Le sorprendía que todo aquello no se le hubiera ocurrido antes, pero entonces se le ocurrió que nunca podría haberse ido de casa si Hubert no la hubiera echado. Ahora nadie podría echarle la culpa a ella. Había hecho lo único que podía hacer. Esperaba que algún día Hubert se avergonzara de lo que había hecho; pero entonces ya sería demasiado tarde. Ya era demasiado tarde. Mientras viviera no podría olvidar lo que él le había dicho, ni tampoco recordar exactamente sus palabras, solo que era la clase de cosa que no dice nadie en su sano juicio.

Corría por Sandford Road en dirección a Eglinton Road, que llevaba a Donnybrook y a la iglesia donde habían bautizado a John y donde todos ellos

habían ido siempre a misa. Sandford Road era una calle de mucho trasiego, la vía principal de salida de la ciudad. En su lado, el lado de la calle por donde ella andaba, los ruidosos tranvías pasaban junto a ella para salir de Dublín. Iban casi vacíos; la parada final no estaba muy lejos de allí. La esquina de la calle donde vivían era una de las últimas paradas ya fuera de la ciudad. Al otro lado de Sandford Road, los tranvías se dirigían a la ciudad y también iban casi vacíos. Todo estaba oscuro, excepto por las farolas y la luz ocasional de los tranvías que pasaban. Era la hora del día en que casi todo el mundo estaba en casa. Se cruzó con unos cuantos hombres que salían de sus oficinas para irse a casa, y unas cuantas chicas jóvenes. Chicos y chicas giraban a su alrededor con sus bicicletas, no en muchedumbres, como habría sido media hora o una hora antes, sino solos o en parejas. Había llovido durante la tarde y el aire era húmedo y frío, con un viento vigoroso que ella agradecía, porque le parecía que lavase su rígido rostro. El viento parecía limpio.

Cruzó Sandford Road y se quedó en la esquina de Eglinton Road. Eglinton Road era una calle muy ancha, con grandes casas de piedra elevándose de la calzada con escalones de piedra en las fachadas. Era una calle residencial, bastante acomodada. No vio a nadie en Eglinton Road y el camino que tenía que recorrer parecía oscuro y lejano. Pensó que podía sentarse un momento y ordenar sus pensamientos antes de ver al sacerdote. Quería decirle lo suficiente para convencerle, pero tampoco quería decirle mucho. Quería hablarle de modo claro y sensato, para que él pudiera sentir respeto hacia ella y le diera el dinero. Quería que le prestara el dinero, pero también quería que siguiera mirándola como a una mujer digna y de fiar, que se había visto impelida a actuar así. A unos pocos pasos de la esquina había un banco de madera junto a uno de los gruesos árboles de ramas enormes que se alineaban a lo largo de Eglinton Road. Aquel árbol, el más cercano al banco, era tan viejo y seguro que algunas de sus raíces se extendían retorcidas y ondulantes por encima del suelo, formando un montículo rocoso al que John había trepado muchas veces cuando era niño, rodeando el árbol con sus manitas contra el tronco mientras ella lo observaba desde el banco. Aunque seguramente no debía de ser el mismo banco. Había pasado mucho tiempo.

Se sentó y empezó a elegir y ordenar las palabras que mejor podían describir su apuro al padre Carey y ganar su simpatía. Por un lado, tenía que contarle algo de Hubert, y por otro, tenía que pedirle el dinero, y explicarle su

razón para pedírselo: llegar hasta John. Empezó su súplica de un modo, y luego la empezó de otro. Iba añadiendo detalles para ser más persuasiva, pero luego eliminó algunos de aquellos detalles. No podía decidir si debía acabar pidiéndole el dinero o introducir la petición en medio. Cuanto más buscaba las palabras, más le parecía que su historia era coja y parecía sospechosa. No era capaz de describir lo que había ocurrido entre Hubert y ella. Alguien tendría que haber estado allí y oírlo para creerlo, y si hubiera habido alguien más allí, la escena nunca se habría producido. Iba a acudir al padre Carey y se iba a poner en evidencia, aquello estaba claro. Él nunca la creería. Pensaría que lo había planeado todo o que era una excusa para despreciar a su marido y recuperar a su hijo. En cualquier caso, él la desaprobaba. Le diría que volviera con su marido. Le diría: «Señora Derdon, debe volver a casa inmediatamente. Y en ningún caso debe ir a buscar a su hijo. Si interrumpe sus estudios ahora, podría poner en peligro su vocación». Ya oía al cura repitiendo una y otra vez aquellas palabras, y no podía imaginarlo diciendo ninguna otra cosa. Era inútil. Nunca le daría el dinero. Tendría que encontrar dinero en algún otro sitio y no había ningún otro sitio adonde ir. Pero era inútil acudir al padre Carey. Incluso peor que inútil. Podía sacar su coche y llevarla de vuelta a Hubert y obligarla a entrar en la casa. Podía apoyar a Hubert contra ella. Era lo más probable.

Si John hubiera aparecido en aquel momento en Eglinton Road habría visto en el rostro de su madre la expresión fiera y cruel que ambos habían atribuido siempre a su padre. Parecía capaz de todo. Parecía capaz de asesinar, aunque estaba sufriendo lo que los asesinos sufren antes de atacar. Pero ella nunca atacaría. Tenía miedo. Creía que era el orgullo lo que la detenía, pero solo era el miedo. El miedo y el anhelo luchaban por la supremacía en su espíritu, pero no era su lucha entre ellos ni contra ella lo que la turbaba: era aquella negación de sí misma toda su vida, reafirmada y alimentada por el miedo. Deseaba estar cerca de alguien, pero no había nadie que la quisiera. Estaba segura de aquello. Nadie la quería; era su única certeza. Era terrible que la gente le volviera la espalda, pero lo que era mucho peor, lo peor de todo, era que no veía ninguna razón para que fuese distinto. No le sorprendía el derrotero que había tomado su vida. Se sentó, desconcertada de su propio juicio contra sí misma, pues no sabía que pensaba así.

Sintió frío. Era una locura estar al aire libre en aquella época del año, a

aquellas horas de la noche. Puso las manos dentro de las mangas del abrigo. No quería moverse aún de allí. Seguía pensando que podía ocurrir algo maravilloso, y que si se quedaba pacientemente donde estaba, de un modo u otro podría llegar allí donde estaba John. Si se desmayaba por el frío y por estar allí expuesta, tendría que llegar una ambulancia y llevarla al hospital, y si estaba allí, enferma en el hospital, seguro que se darían cuenta de que era necesario que John volviera a casa de nuevo.

Debía de haber hecho aquel camino miles de veces y ahora miró a su alrededor con curiosidad, porque casi nunca había estado allí de noche. Miró hacia Sandford Road, donde los tranvías, coches, bicicletas y transeúntes avanzaban constantemente, cruzándose unos con otros, y luego miró Eglinton Road, a todas las casas iluminadas que alcanzaban sus ojos. Parecía saludarlas con los ojos, pero ya no pensaba en el lugar que la rodeaba. Estaba pensando en el lugar donde estaba John, y en el pueblo donde había crecido y en el hospital que no la admitiría, y también veía el futuro que la había esperado en otro tiempo, lleno de luz, reflejando el cielo, que ahora era opaco y vacío como el miedo, y no reflejaba nada.

Se levantó y echó a andar. Cuando llegó a la esquina de su calle, vio que la luz de la puerta principal estaba encendida y también la lámpara del recibidor y todas las luces de la sala. Mientras abría la puerta del jardín, la puerta de la entrada se abrió y se asomó Hubert. Abrió la puerta de par en par y ella pasó junto a él y empezó a quitarse el sombrero y el abrigo. Él cerró la puerta y la siguió a la cocina.

—Rose, escúchame un momento —dijo Hubert—. Siento mucho lo que te he dicho. No sé qué me ha dado. No tenía derecho a decirte algo así.

—No importa —dijo ella.

—Sí que importa —dijo él—. Perdóname y olvídalo.

—Te perdono porque es lo que John querría. John nunca querría que te guardase rencor y por eso te perdono. Pero no he vuelto por él. He vuelto porque es mi deber estar aquí y cuidar de tu casa.

Estaba intentando mantener su dignidad, pero le temblaba la voz y otra vez esbozaba aquella sonrisa cobarde, aunque Hubert no podía verla, porque ella estaba de pie ante el fogón dándole la espalda y esperando que hirviera el agua.

—Como quieras —dijo él—. Tal vez un día tu querido John tendrá su

propia parroquia y tú podrás ocuparte de su casa. Así lo tendrás todo para ti. Todo para ti. Tal vez entonces estarás satisfecha.

—El té ya está listo —dijo ella.

Tomaron el té en silencio y, cuando acabaron, Hubert salió de la cocina y ella lo oyó atravesar el recibidor e ir a sentarse a la sala que daba a la fachada. Eso significaba que debía de haber encendido un fuego allí. Y ella tendría que limpiar dos rejillas por la mañana y arreglar la sala de detrás, si podía. No haría nada hasta por la mañana. Los daños se verían con mayor claridad a la luz del día. Se sirvió otra taza de té. Se estaba caliente en la cocina y no había prisa para recoger y fregar los platos. No le importaba la idea del trabajo del día siguiente como otras veces. Seguía dando vueltas al comentario de Hubert de ella ocupándose de la parroquia para John. Había más en aquel comentario de lo que nadie podía imaginar. A veces la gente dice más de lo que imagina. Se preguntó si Hubert se había dado cuenta de lo que estaba diciendo. Probablemente había pretendido burlarse de John, de la idea de que nunca fueran a darle una parroquia. Pero ¿por qué no iban a dársela? Era muy probable que se la dieran, tarde o temprano. Claro que podía tardar tiempo, pero ella podía esperar. En su familia materna, todos vivían muchos años. Y si algo le ocurría a Hubert, ella podía vender aquella casa, quedándose solo con los muebles y otras cosas que pudieran ayudar a la casa de John a volverse más familiar. Haría una nueva funda para el sillón que siempre le había gustado y otra para el cojín que tenía aquella mancha misteriosa. Arreglaría la casa para él. Los primeros días sería extraño, pero después se acostumbrarían como si nunca se hubieran separado. A ella se la conocería en la parroquia como una mujer muy devota y todo el mundo la consideraría. La vocación de él sería la vocación de ella. Todo el mundo diría que era una madre muy devota, un ejemplo para todos. Todas las mujeres considerarían un privilegio tomar el té con ella, y ella invitaría a algunas. Siempre iría vestida de negro. John y ella tendrían mucho de qué hablar, sus conversaciones no acabarían nunca. Ahora veía claramente que aquello iba a ocurrir. Tal vez pasaran treinta años antes de que a John le dieran la parroquia, pero tal vez no tardasen tanto. Cuando ocurriera, ella estaría preparada. Siempre estaría preparada para acudir a su lado, siempre que él la necesitara. Solo tenía que esperar. No había duda de que lo que ahora auguraba ocurriría, y, cuando llegase el día, ella haría las maletas, lo vendería todo y se iría

directamente con John, y después seguiría un camino de rosas para los dos, muchas rosas, rosas todo el camino.

MUROS FAMILIARES

Era el quinto día sin lluvia y en Dublín, incluso en junio, podía considerarse insólito. Hubert Dardon, que trabajaba en una tienda de ropa para caballeros, en Grafton Street, en el centro de la ciudad, había cogido la gabardina al salir por la mañana, pero cuando llegó la hora de cerrar y vio la tarde tan dorada, pensó que podía ir a casa andando en lugar de aquel largo trayecto de tranvía. Era un hombre de hábitos. Su rutina diaria le resultaba muy cómoda, pero no le iba a hacer daño perder el tranvía por una vez, incluso aunque llegase tarde al té. Hubert siempre pensaba que debía andar más. Sabía que no hacía suficiente ejercicio para sus cuarenta años. Pero allí estaba la gabardina, y tenía que decidir llevarla en la mano o ponérsela. Si iba a empezar a andar, no quería hacerlo con la gabardina puesta. Y en un rincón de su mente sentía cierta objeción a desperdiciar todo aquel ejercicio en las duras aceras y sin nada frente a él. Pensó en caminos de montaña, bosques intrincados y caminos estrechos que discurrían entre campos verdes. Se imaginó llevando un grueso jersey y andando a paso constante, pero no en dirección a casa. Mientras seguía pensando en andar, se apresuraba a coger sitio en su tranvía de siempre y al final volvió la esquina de su calle, pasó junto a las casas vecinas, se acercó a su puerta e introdujo la llave en la cerradura a la misma hora de todos los días.

Pensar en dar aquel largo paseo le había proporcionado una sensación energética y de bienestar. Se sentía en forma, de buen humor y contento de llegar a casa tras su jornada laboral y entró en el vestíbulo sonriendo. Los marcos laterales de la puerta tenían paneles de cristal rojo y él, consciente del cristal, siempre cerraba la puerta con suavidad. En el mismo instante en que colgaba su gabardina en el perchero, miró el recibidor y vio la puerta de la cocina cerrarse rápida y silenciosamente, pero no lo bastante deprisa para

impedirle ver que Rose estaba dentro, aunque ella miraba hacia otro lado cuando cerró la puerta.

El vestíbulo de la entrada era estrecho. No era más que un paso y el suelo estaba revestido de linóleo. Al final del vestíbulo había unas escaleras que llevaban a los dormitorios y, más allá, los tres escalones hacia abajo que daban a la cocina. El vestíbulo estaba bastante oscuro, aunque afuera aún era pleno día. La cocina tenía la luz encendida, lo había visto antes de que se cerrase la puerta. Solo había pasado un segundo, y apenas una línea de luz que se estrechó hasta formar un hilo y luego desapareció. Podría no haber visto a Rose, pero la vio y se preguntó si aquel gesto, cerrarle así la puerta, habría sido deliberado. Consideró bajar a la cocina y preguntárselo, decirle algo, cualquier cosa, pero en lugar de eso cruzó el recibidor y entró en la sala de la parte posterior de la casa, se acercó a la ventana, se volvió y empezó a mirar el umbral. Pero naturalmente era demasiado tarde. En aquel momento, Rose ya tendría que haber abierto la puerta de la cocina y haber exclamado: «¿Eres tú, Hubert?». Debía de haberlo oído entrar en el recibidor. En aquella casa se oía todo. Escuchó, pero no logró oír ningún sonido. Era extraño. Al menos debería oírse algún ruidillo, tazas y platillos para el té, que debía de estar preparando. A juzgar por los signos de vida que lo rodeaban, podía estar solo en la casa. Sintió que estaba solo y deseó que hubiera alguien en la habitación para aconsejarlo, porque quería que le dijeran si tenía que ir directo a la cocina o, por el contrario, no ir e ignorar todo el asunto.

Deseó tener a alguien con quien hablar. Quería que su impulso —ir directo a la cocina— fuese detenido por una orden que tuviera que cumplir. Pero no llegó ninguna palabra para prohibírselo y aunque sabía que para él era imposible bajar y hablar con Rose, también sabía que no estaba prohibido y no sabía qué hacer. Lo que no podía era sentarse. Estaba demasiado enfadado para sentarse. Pero estaba temblando y finalmente se acomodó en su butaca, que daba la espalda a la ventana y estaba junto al fuego, donde se instalaba en invierno y en verano, cerca del hogar, con la silla baja de Rose al otro lado de la alfombra que se extendía junto a la chimenea. La alfombra era de un rojo cálido y apagado y tenía flecos en los extremos.

Hubert deseó no haber visto la puerta cerrarse. Si hubiera ido a casa andando habría llegado muy tarde y no habría visto la puerta cerrarse. Pero ¿cuándo había ido él a casa andando? Nunca. Rose había cerrado la puerta en

el momento exacto en que podía esperar que entrase, y algo en su actitud al cerrar la puerta le decía que ella lo había visto entrar en casa. Cuanto más lo pensaba retrospectivamente, más seguro estaba de tener razón. Al vislumbrarla, había visto algo apresurado, diría que incluso furtivo. A menos que fuesen imaginaciones suyas. Pero él sabía que no estaba imaginando nada. Rose estaba allí abajo ahora, preguntándose si él habría visto la puerta de la cocina al cerrarse. Seguramente se sentiría asustada y él se preguntó qué estaría pensando de él. No tenía derecho a comportarse así. Era intolerable. Todo aquello era intolerable.

Entonces oyó abrirse la puerta de la cocina y pasos en las escaleras. Cuando Rose apareció en el umbral, Hubert sintió tal disgusto que sonrió. Vio la confusión que provocaba su sonrisa y vio cómo apretaba el pomo con la mano (siempre apretaba algo con la mano, el respaldo de una silla o su otra mano) antes de hablar.

—El té está listo —dijo Rose.

—No quiero té —replicó Hubert.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. ¿Por qué no quieres tomar el té?

Estaba de pie, muy rígida, y tenía la cara colorada. Estaba claro que sabía que había hecho algo mal.

—No quiero ningún té —dijo Hubert—. Con eso basta, ¿no? Y te aseguro una cosa: la próxima vez que me cierres una puerta en las narices de ese modo me iré de esta casa y no volveré. Lo digo en serio.

—Hubert, no sé de qué estás hablando —dijo ella.

Hubert no dijo nada.

—¿Me dejas que te traiga una bandeja? —preguntó Rose.

—No te molestes con la bandeja —repuso Hubert—. No la quiero. Si al menos salieras de aquí y me dejaras en paz...

Hubert mantuvo fija la mirada hasta que se cerró la puerta, luego se echó hacia atrás, apoyó los codos en las rodillas y se puso a examinar la alfombra roja que había frente a la chimenea. Empezó a tararear suavemente:

*She is far from the latid where her
young hero sleeps,
And lovers around her are sighing,*

*But...*¹

Suspiró, se recostó en su butaca y se quedó en silencio. Ojalá hubiera seguido su plan inicial y hubiera vuelto andando a casa. Así no habría visto cerrarse la puerta. Si no la hubiera visto cerrarse, pero la había visto, y verla lo obligaba a reaccionar. En parte era culpa de la casa, que era demasiado pequeña. Cualquier casa habría sido demasiado pequeña, pero aquella sin duda lo era más. No había un rincón donde esconderse sin suscitar preguntas, aquellas preguntas silenciosas que no eran tanto preguntas como reproches.

Hubert no podía ignorar lo que ocurría en la casa. Le habría gustado más cerrar los ojos. Así podría controlar su genio. Rose no se avergonzaba de haber cerrado la puerta en su cara; solo estaba asustada de que la hubiera visto cerrarla.

Deseó haber tenido temple para bajar a la cocina y resolverlo con ella en el momento en que había visto cerrarse la puerta. Sentía que estaba recorriendo un camino separado de otro idéntico por una pared de cristal tan alta que se perdía de vista. El camino que seguía estaba lleno de errores que él podía reconocer, porque eran suyos, pero aunque cada error le resultaba familiar, cada error le producía un fuerte impacto, por los distintos intervalos de tiempo que separaban un error del siguiente. Justo cuando se sentía bien e imaginaba que todo iba sobre ruedas, llegaba otra equivocación garrafal. No parecía haber escapatoria a la rivalidad y la hostilidad en aquella casa. Y él no paraba de cometer errores y de dar traspies; lo veía a través del cristal hacia aquel otro camino que también era el suyo. En aquel otro camino no había errores y él hacía solo lo correcto y en el momento adecuado, y sabía cómo enfrentarse a todo, y andaba como un hombre que controlaba las riendas de su ser y de su vida. A veces parecía que solo un efecto de luz, una nadería, se interponía entre Hubert y el lugar donde él sabría cómo llevar su vida de acuerdo con su significado, que comprendía perfectamente.

Nada en su vida tenía sentido. Pero una vez habías dicho algo, lo habías dicho. Hubert no podía salir de su casa, ir a la calle mayor, detener a un desconocido y decirle: «No entiendo nada». Hacer algo así sería... sería proceder como un loco.

Si hubiera estado solo no habría sido tan malo, pero una esposa pone a un hombre en el punto de mira, sobre todo si él no vale mucho; y en aquel

momento Hubert sentía que él no valía nada. Pobre Rose, él no la culpaba, pero con su presencia en la vida de él mostraba todo lo que Hubert había intentado y esperado; y con su conducta, Rose mostraba cómo habían fracasado sus expectativas. Se avergonzaba de ella. Sin ella, quién sabía lo que habría podido hacer. Pero también podría haber pasado de un modo invisible por la vida. Cualquier cosa era mejor que ser puesto en ridículo en su propia casa. Cualquier cosa era mejor que hacer el ridículo ante sí mismo. Se sintió incómodo en su asiento, y furioso. No es que ella pidiera demasiado o fuese extravagante. De hecho, no pedía nada. La razón por la que Hubert se volvía irritable cuando llegaba el momento de darle a Rose el dinero semanal para la casa era que ella siempre lo tomara con gesto de disculpa, y en las pocas ocasiones en que él se había olvidado, ella se lo pedía tímidamente. Por supuesto, él se enfadaba de vez en cuando con sus pretensiones, y nadie sabía cuántas veces se había contenido mientras ella lo irritaba más allá de lo soportable. Hubert no podía soportar su forma de comer, o la cantidad de comida que llegaba a engullir, que iba mucho más allá de lo que él había necesitado nunca. La palabra «apetito» lo incomodaba y la conciencia que tenía del apetito de ella, que era mucho mayor que el suyo, la volvía misteriosa a sus ojos, pero no de un modo que suscitara interés o afecto. Hubert pensaba que su apetito era un motivo para avergonzarse y no quería pensar en ello. No la regañaba por la comida, pero pensaba que Rose le concedía demasiada importancia. Le repelía verla comer, porque no podía quitar los ojos de ella y a veces la había visto ponerse colorada y tragar deprisa cuando lo descubría mirándola. Siempre desayunaba solo y comía en la ciudad, así que solo tomaban juntos el té de la noche y las comidas de los domingos.

A veces, cuando se sentaban a tomar el té, Hubert le contaba a Rose incidentes que habían ocurrido en la tienda durante la jornada. Se trataba casi siempre de anécdotas de los clientes, y muchas veces lo que les irritaba a los empleados era la turbación de los clientes, que a Hubert le parecía ridícula, o su ignorancia, que también le hacía reír. Algunos de los hombres que acudían a la tienda eran tan zoquetes que no se daban cuenta de que hacían el ridículo o de que los dependientes se reirían cuando ellos salieran de la tienda. Eran los hombres demasiado altos o demasiado bajos o demasiado gordos o delgados para las telas y el corte y el conjunto que preferían. Hubert podía perdonar a

cualquier hombre que quedara como un tonto porque se hacía pasar por tonto y demostrara que podía reírse de sí mismo y soportar las bromas, pero no tenía ninguna piedad hacia la gente que creía o pretendía creer que tenía el mismo aspecto que todos los demás. Fuera de la tienda, Hubert siempre llamaba la atención sobre los defectos ajenos para poner a prueba su sentido del humor, pero en la tienda, naturalmente, tenía que contenerse, y casi le volvía loco ver que todos aquellos tipos con sus poses se iban sin saber que los observaba un hombre con un ojo agudo e irónico y un gran don para hacer aterrizar a aquellos que tenían una opinión demasiado elevada de sí mismos.

* * *

Hubert había oído a Rose volver a la cocina, pero no había oído cerrarse la puerta, aunque sabía que ella debía de haberla cerrado. Ahora no se oía nada de la cocina.

—Bueno, está bien —pensó Hubert—, dejémosla que haga lo que quiera.

Pero no podía seguir eternamente en su butaca, sin hacer nada. No podía concentrarse. No podía leer. No quería leer. No quería hacer nada. Había decidido no ceder ante ella. Tarde o temprano, alguien iba a tener que hacer un movimiento, pero Hubert sentía que ya no le tocaba a él decidir, que era Rose quien tenía que hacer algún gesto. Cuando había llegado a casa y la había visto cerrar la puerta contra él, había tenido la opción entre ir a la cocina o no ir. Ahora ya no tenía opción. En lugar de elegir una opción, él se había afirmado y cualquier gesto que hiciese ahora significaría un retroceso. Rose tendría que salir alguna vez de la cocina. Querría ir fuera a echar una última ojeada a su jardín. Llegaría la hora de ir a dormir. Solo era cuestión de esperar a que la rutina normal de la casa lo sacara del rincón donde él mismo se había metido. Sería lo mismo en cien años, pero Hubert sabía que mientras viviera, nunca entendería por qué Rose había cerrado la puerta contra él de ese modo. Ya no se preguntaba por qué la había cerrado, solo deseaba no haberla visto cerrarse.

La ventana que quedaba tras él era alargada, casi cuadrada, de guillotina, y daba al muro del fondo del jardín. Al otro lado del muro estaban las pistas de tenis del club. Rose consideraba que los miembros de aquel club de tenis eran un grupo alegre y elegante, pero Hubert decía que eran despreciables. Los

sábados por la noche se oía música de baile que llegaba del nuevo añadido de la sede social. Los socios llamaban a aquel nuevo espacio añadido «el Pabellón». La música de baile molestaba a Hubert y, aunque a Rose le había gustado bailar en sus tiempos, nunca protestaba cuando él se levantaba y cerraba la ventana para poder tener un poco de paz y quietud en la casa. La entrada al club estaba en la calle principal, que iba más allá del callejón de pequeñas casas adosadas donde vivían los Derdon. En un lado, el terreno del club acababa en el largo muro que era común a los veintiséis jardines de los Derdon y sus vecinos del callejón. Los límites más alejados del club estaban marcados por las arboledas. Si Hubert se hubiera acercado a la ventana, habría visto las copas de los árboles lejos, más allá de las pistas, y más allá de los árboles, acercándose, el cielo. Pero no se movió. Se quedó sentado, escuchando. La ventana estaba abierta por arriba y oía a la beligerante anciana de la casa de al lado regañando a su hija de mediana edad, que estaba soltera y vivía con ella, se encargaba del trabajo doméstico, cocinaba y aplacaba sus rebeliones rabiosas ocasionales con accesos de gritos que podían oírse en la cocina de los Derdon y también en la sala de atrás. El jardín de la casa de al lado era una jungla de hiedra, ortigas y repollos abandonados. Era una casa desgraciada. Hubert esperaba que la desdichada hija no sufriera uno de sus arrebatos de gritos aquella tarde. Deseó que las dos fuesen recluidas en algún sanatorio mental y que un hombre soltero que estuviese siempre fuera se trasladara a aquella casa de al lado. Escuchó la voz fina y cruel de la anciana y le pareció oír el silencio histérico de la hija. Oía débilmente voces de las pistas de tenis y también al gran pastor escocés de los Donovan aullando en tono lastimero mientras tiraba de la cadena atada a la pequeña caseta canina que le servía de hogar desde que era un cachorrito. Los Donovan tenían al perro como protección contra posibles ladrones. Hubert deseó que un ladrón pudiera escalar el muro del fondo y liberase al perro, que entonces entraría en la casa y mataría a Tom Donovan y a su mujer y a sus tres impertinentes niños, y quizá por una vez en su vida tendría alimento suficiente.

Oía más de lo que soportaba oír. El saloncito de detrás se llenaba de vidas que despreciaba y de gente que odiaba, y no tenía ninguna defensa contra todo aquello. Podría haber cerrado la ventana, pero estaba seguro de que en el minuto en que se acercase y levantara los brazos para encajarla, Rose abriría la puerta de la cocina para salir al jardín y él no quería verla. No quería verla

porque no la quería. Aquella era la primera cosa sincera que había dicho en mucho tiempo y se alegraba de que hubiera salido a la luz. No le importaba nada ella y no podía entender por qué había tardado tanto en darse cuenta. No podía soportar la idea de verla y tener que hablar con ella y tener que seguir viviendo en la misma casa con ella. Ya no podía pensar en ella sin ver aquella insinceridad que latía en su expresión, y se preguntó si alguna vez pensaría que valía la pena hablarle directamente. ¿De qué servía hablar con ella? Nunca decía «sí» o «no». Siempre era: «Como quieras», o: «No me importa», o bien: «Puede ser, si eso es lo que quieres». Y luego la muda resignación con que seguía su decisión, que, por supuesto, no era nunca lo que ella quería, aunque por nada del mundo habría formulado una objeción.

No, no iba a molestarse en hablar con ella. No valía la pena y solo serviría para enervarla inútilmente. De todas formas, aunque Hubert pensara que Rose no le importaba, sabía que era mejor que mucha gente decente —mejor que las dos mujeres vecinas y que los Donovan y mejor que aquella multitud chillona y gandula del club de tenis. Y sabía que ella estaba indefensa y que su indiferencia la exponía, aunque ella no lo supiera, y él la compadecía porque, a su manera, lo hacía lo mejor que podía y nadie la apreciaba. Rose era una causa perdida, de acuerdo, y era una buena cosa que solo él lo supiera. Habría sido terrible para Rose si el resto del mundo hubiera sabido lo que él sabía de ella. No era ningún accidente que siempre se hubiera refugiado tras él. No tenía sentido común. Era incapaz de hacerse cargo de sí misma. Siempre había sido igual.

Rose no siempre había sido igual, pero ya no quedaba nadie que pudiera decir lo que había sido o que pudiera verla como antes se la veía. De vez en cuando pensaba en su padre, que había muerto cuando ella tenía diez años. Cuando lo recordaba, intentando imaginar su voz, parecía más que nunca un pájaro que se encuentra con las patas en el suelo en lugar de con sus alas en el aire. Miró a su alrededor y se asombró. Ella era dócil, pero el lugar era extraño. No importaba cómo hubiera sido, risueña o solemne, esperanzada o melancólica, serena o inquieta o ambiciosa, no importaba en qué habría podido convertirse: ahora solo era dócil. Se había vuelto dócil cuando su padre murió, como podría haberse vuelto traidora a una causa que antes defendía o por la que antes hubiera dado la vida. Le habían dicho que su padre

había muerto, pero no había entendido que se hubiera ido, y cuando empezó a entenderlo, se negaba a aceptar que hubiera desaparecido de la vista, y concentró las fuerzas de toda una vida en su lucha para seguir viéndolo hasta que se aseguró de que estaba a salvo. Había olvidado todo lo que le resultaba familiar en su lucha por defender a aquel que todo lo volvía familiar. Sabía que era lo que él habría esperado de ella. Él siempre decía que Rose era fiel. Decía que nunca abandonaría a nadie. Una y otra vez, él había repetido que era una niña buena y que no había en ella ningún mal. Él siempre la había defendido ante su madre.

El padre de Rose había concebido su mundo y le había dicho a ella y a todo aquel que quisiera escucharlo que Rose era una niña especial que podía llegar a hacer todo aquello que se propusiera. Una vez, cuando ella bailaba por la cocina haciéndose notar, él dijo: «Uno de estos días, Rose nos enseñará cómo vuelan los pájaros». Sus conversaciones no terminaban nunca y estaban de acuerdo en todo. Después de su muerte, cuando Rose se ponía a recordarlo, descubrió que lo había memorizado y que estaba tan claro en su mente que, mientras escuchaba a su madre y a los vecinos hablando de él, solo tenía que mirar por encima de sus cabezas y lo veía, no como era antes, sino como era ahora, por encima de todos y sonriéndoles mientras escuchaba las buenas cosas que decían de él, aunque ninguno de ellos lo apreciara mucho cuando estaba vivo. Ella los detestaba a todos, pero cuanto más los detestaba, más los temía, porque sabía que si descubrían sus sueños se reirían de ella y la llamarían Miss Importante. Su madre siempre había dicho que tenía una idea demasiado elevada de sí misma y que era demasiado soñadora.

Rose sabía que tenía que ser buena, pero nunca aprendió que ser buena significaba algo más que hacer lo que le decían. No sabía dónde estaba. Quería que le dijeran qué hacer, y cuando no se lo decían, imaginaba que había hecho algo malo. Nunca había podido enfrentarse al mundo en sus propios términos —no estaba a la altura— y no tenía términos propios, ni había intentado construirse los. El mundo le parecía difícil porque, aunque sabía que la vida era preciosa y debía ser vigilada noche y día o se desvanecería sin avisar, también sabía que a largo plazo la vida no tenía ningún valor, porque se desvanece sin avisar. Entre esos dos afilados extremos, ella se abría camino como podía. Cuando Hubert vio a Rose por primera vez, admiró su paso ligero y definido y su expresión resuelta. No entendió que el coraje que

mostraba no provenía de una esperanza natural, o una confianza innata, ni tampoco de ninguna fuente ignorante o inocente, sino de su determinación de evitar tocar aquellas dos locuras que la guiaban, presionándola demasiado fuerte y estrechando su camino hasta convertirlo en una delgada línea. Siempre andaba en línea recta. Iba de donde estaba a su destino y luego volvía. Se mantenía cerca de su casa. Sentía la misma libertad que la que sentiría si estuviera atrapada en una red.

En los primeros tiempos de su matrimonio, Hubert y Rose vivían en dos habitaciones en lo alto de una casa de Somerville Street, junto a Stephen's Green. La primera tarde que llegaron allí juntos era el día de su boda. También había sido el día del primer viaje en tren de Rose: desde el condado de Wexford, donde había nacido y se había criado, a Dublín. Un amigo de Hubert llamado Frank Guiney los había recogido en la estación para darles la bienvenida y ayudarles con los paquetes y maletas. Rose llevaba una cesta de comida que su madre le había dado en el último momento. Era lo único que llevaba, pero Hubert y Frank iban muy cargados. Cuando llegaron a la planta superior de aquel alto edificio, estaban jadeantes tras los largos tramos de escaleras. Hubert dejó caer al suelo todo lo que llevaba y se apoyó con la mano en la pared hasta que recobró el aliento.

—¿Por qué te has parado? —le preguntó Frank—. Cinco minutos más y llegábamos al cielo.

Rose pensó que Frank era muy divertido. Frank les había encontrado las habitaciones y le había dado la llave a Hubert en la estación. Rose había observado a Hubert guardarse la llave con cuidado en el bolsillo del chaleco y ahora lo observó sacarla otra vez. Era muy tímido y, en su impaciencia por abrir la puerta, derribó una de las maletas que había dejado en el suelo y estuvo a punto de caerse en el umbral delante de Rose, pero Frank lo agarró y lo enderezó y Rose entró la primera.

—¡Las señoras primero! —exclamó Frank, tan alto como para despertar a todo el vecindario. Los tres se reían. Rose puso su cesta sobre la tambaleante mesa redonda que había en medio de la habitación y se quedó allí mirando a su alrededor mientras Hubert y Frank acarreaban el equipaje. La franja de la fina alfombra bajo sus pies estaba descolorida y tan gastada que había adquirido mayoritariamente el tono pajizo de su cesta, con vestigios del rojo y el rosado que mostraban lo brillante que había sido. Cuando acabaron de traer

las maletas, Frank hizo un numerito intentando coger a Hubert y transportarlo por la estancia.

—Este es un paquete notable, señora —le dijo a Rose, mientras Hubert forcejeaba para liberarse—. Tiene sueños de grandeza. Cree que está vivo...

Rose nunca se había reído tanto en toda su vida. Veía a Hubert mirándola con admiración y sabía que los dos le dedicaban toda aquella teatralidad. Luego, Frank se puso bruscamente serio, sacó el reloj del bolsillo, lo miró y dijo que tenía una cita importante, cuestión de vida o muerte, y que llegaba dos días y diez minutos tarde. Mientras hablaba ya había salido y estaba cerrando la puerta y no escuchó siquiera la invitación de Hubert a quedarse un poco más. Luego, Frank desapareció y lo oyeron bajar corriendo las escaleras. Rose miró a Hubert.

—Frank es un gran hombre —dijo Hubert—, pero me alegro de que se haya ido. ¿Tú no? ¿No estás contenta, Rose?

—Sí —respondió Rose, y entonces se volvió y fue rápidamente hacia la ventana, una pequeña ventana cuadrada que daba a Somerville Street, a los tejados y azoteas de las casas de más allá.

—Hay un cielo precioso —dijo.

—Quítate ese viejo sombrero —dijo Hubert—. Ahora estás en casa.

Rose había levantado los finos visillos verdes que cubrían las ventanas mientras contemplaba la vista y al levantar las manos para quitarse las horquillas que sujetaban el sombrero, los visillos cayeron de nuevo junto a la pared y vieron que tenían una longitud desigual.

—Mira, este es demasiado largo —dijo Rose—. Tendré que igualarlos.

Apartó las manos del sombrero y levantó los visillos y retrocedió, midiéndolos con sus dobladillos.

—Más o menos dos centímetros —dijo—, y quedarían bien.

Soltó los visillos y al verlos caer suspiró con satisfacción, como si hubieran superado la prueba y hubieran llevado la casa a la victoria, pues ahora sabía que las cortinas, las paredes y las largas escaleras arriba se mantendrían en sus posiciones, como auténticos pesos para anclarla y no dejar que se perdiera nunca, y la mantendrían a salvo allí donde pertenecía. Se volvió hacia Hubert y le sonrió. Luego se acordó de su sombrero y volvió a levantar las manos para buscar las agujas que lo sujetaban.

—Lo haré mañana —dijo.

—Cortinas verdes para tus ojos verdes —dijo Hubert, aunque sabía que no era lo mismo, pues los visillos eran de un verde chillón y los ojos de Rose tenían la tonalidad del mar.

Cuando Rose dormía, su rostro parecía lejano, y cuando estaba despierta parecía solitaria. Había algo implacable y orgulloso en su lejanía, pero su soledad era indefensa. Hubert no podía acceder a su lejanía, ni podía romper su soledad. Pensaba en el mar y no sabía por qué. Cuando Rose se despertaba bruscamente, volviéndose en la cama, la implacable lejanía brillaba triunfante en sus ojos por un instante antes de que la soledad la ensombreciera. Hubert se maravillaba. No podía comprender por qué se había casado con él, y al mismo tiempo no podía comprender cómo había vivido antes de casarse con él.

—¿Cómo te las arreglabas antes de conocerme? —preguntó.

—No lo sé —respondió ella—. No me acuerdo.

Rose siempre le sonreía. Solo borraba su sonrisa para volver a sonreír.

Una noche, después del té, Hubert le preguntó si le había remendado sus calcetines. Estaban aún sentados a la mesa, aquella mesa redonda tambaleante en la sala de los visillos verdes. Aquel día se cumplían dos meses de su boda y Rose había comprado una porción de oscuro pastel de frutas para celebrar su aniversario. Había cortado el pastel en dados y se lo habían comido todo excepto un pedacito, que quedaba en el plato entre los dos. Hubert sabía que ella quería el pastel, pero que también quería dárselo a él. Él pensaba dárselo, pero quiso hacerle una broma. Cuando le preguntó lo de los calcetines se estaba riendo. Todavía le parecía absurdo que Rose tuviera que remendarle la ropa. Rose tenía los codos sobre la mesa y se estaba mirando las manos y admirando su anillo de bodas. Cuando oyó su pregunta lo miró sorprendida, como si él hubiera dicho algo para ofenderla deliberadamente.

—Se me ha olvidado —dijo—. Me he olvidado de tus calcetines. Nunca me pasan esas cosas, olvidarme de hacer algo que me hayas pedido.

—No tiene importancia —dijo Hubert.

Seguía sonriendo, pero estaba dolido. Ella lo miraba como si se hubiera convertido en su madre, pescándola en falta y regañándola.

—No importa nada —dijo con impaciencia—. Venga, tómate este pedacito de pastel.

—Ya no lo quiero —dijo ella, y aquel «ya» significaba que él lo había

estropeado todo.

—Vale, muy bien —replicó él, y cogió el trozo y se lo llevó a la boca, se levantó de la mesa y se acercó a mirar por la ventana.

Apartó los visillos verdes y miró afuera. Vio las chimeneas de las casas de enfrente y el cielo veteado de gris arriba. Había estado lloviendo y parando de llover durante todo el día. Mientras Hubert miraba, empezó a llover de nuevo y las gotas golpeaban los cristales de la ventana con violencia. Sintió un escalofrío, aunque las ventanas estaban cerradas. Rose seguía sentada a la mesa donde la había dejado. Hubert se sintió avergonzado. Si la hubiera dejado sola, ella se habría comido el pedacito de pastel y se habría puesto más contenta. Deseaba reconfortarla, pero el pastel se había terminado y no se le ocurría cómo hacer las paces. Deseó saber qué decirle. Esperaba que ella se levantara y empezara a quitar la mesa, porque si ella no daba algún signo de movimiento, él no podía volverse de la ventana y ya empezaba a cansarse de estar allí de pie mirando la lluvia de fuera y culpabilizándose. Luego se volvió sin querer y vio que ella estaba sentada cabizbaja y con las manos en el regazo.

Ella lo miró lastimera y le dijo:

—Lo siento, Hubert.

—No hay nada en el mundo que tengas que sentir —le dijo él amablemente.

Rose no dio muestras de haberlo oído, pero continuó mirándolo. Hubert sintió que ella esperaba que le dijera qué debía hacer y que haría lo que él le dijera. Su indefensión lo desconcertaba. Sentía que podía tratar con *ella* —al fin y al cabo, era Rose, la conocía, era su mujer—, pero que no podía abordar su indefensión. Si hubiera tenido que ponerlo en palabras, habría dicho: «Yo me casé con Rose, no con su indefensión», como otro hombre habría dicho: «Me casé con Rose, no con su familia». Hubert había visto a Rose adoptar aquella expresión apaleada en presencia de su madre, pero ahora no había ningún motivo y él sabía que sería mala cosa provocarle aquel estado de ánimo. Sería malo para ella. Su madre le había avisado a Hubert que Rose tendía a malhumorarse por nada. La cuestión era no tomárselo demasiado en serio y no reconocer que hubiera un problema. Y es que no lo había. Hubert sabía que el modo de tratar a Rose cuando ella se ponía de aquel humor no era consolarla o contemplarla, sino distraerla, de modo que en vez de rodearla

con los brazos, como deseaba hacer, le dijo:

—Pronto dejará de llover. ¿Por qué no olvidamos todo esto y nos vamos a dar un paseo y hablamos de la preciosa casa que vamos a tener para nosotros solos un día de estos?

La casa que encontraron era la casa donde ahora vivían. El linóleo del suelo del saloncito de atrás, donde se había sentado Hubert, ya estaba allí cuando llegaron y tuvieron que pagar un extra por él. Antes de trasladarse a aquella casa, llegaron un día en tranvía desde Somerville Street y recorrieron las habitaciones vacías donde pronto iban a vivir. Para Hubert bastó con dar una vuelta a toda la casa, pero Rose no quería irse, de modo que él se sentó en el suelo del saloncito de detrás, con la espalda contra la pared bajo la ventana, y le dijo que mirase tanto como quisiera a su alrededor.

En su interior no lo tenía tan claro, pero la apuesta estaba ya hecha: ya tenían la casa. Escuchó a Rose andar por el piso de arriba. Había linóleo en el dormitorio de atrás, pero no en el de delante. Ella avanzó sobre la madera desnuda del dormitorio de delante y luego se detuvo. Estaba en la ventana de arriba, mirando hacia fuera y preguntándose cómo serían los vecinos. Luego echó a andar de vuelta y la oyó bajar las escaleras. La estrecha alfombra roja que cubría las escaleras amortiguaba el ruido de sus pasos y ella bajaba despacio, con cuidado de mantenerse en el centro de cada escalón. Luego continuó bajando hasta la cocina. El suelo de la cocina estaba cubierto de baldosas rojas. Al cabo de un momento, Rose salió de la cocina y entró en el saloncito de atrás, que llamaban el comedor.

—Me gusta mirar por aquí —dijo—. No me cansaría nunca de esta casa. Me pregunto cómo eligieron estos colores.

Estaba mirando el linóleo, que era beige, marrón y granate con un motivo de plumas grandes y pequeñas.

—Está impecable —dijo Hubert, sombrío—. Me temo que tendremos que acostumbrarnos a él.

—No, si no es que no me guste —dijo Rose.

Miró con curiosidad el linóleo que otros habrían admirado y cuidado. Si no hubiera estado ya en la casa, ella nunca lo habría poseído. Era como un regalo traído de un lugar desconocido. Nunca habría escogido aquel dibujo, ni aquellos colores. Formaban parte de algo extraño, de la vida de alguien ajeno, recuerdos de un país que ella no conocía y donde no quería ir, porque se

sentiría tímida e incómoda y nada sería tan real como si el suelo que habían dejado atrás siguiera aún bajo sus pies. Lo recorrió posesivamente.

—No quiero irme nunca de esta casa —dijo.

Hubert se levantó de su butaca y se dirigió a la puerta. Había tomado una decisión. Subiría al piso de arriba y se lavaría las manos como de costumbre, se cambiaría la chaqueta del traje por su cárdigan de lana, como siempre, y luego bajaría y dejaría que las cosas siguieran su curso. Había tomado una decisión pero aun así titubeó antes de abrir la puerta. Una vez abierta, subió las escaleras como un cohete y entró en el cuarto de baño, donde se frotó las manos vigorosamente y se echó agua fría a la cara. Ya se sentía mejor, sabiendo que iba a hacer lo correcto. Todo aquello era absurdo, valía más sacarlo todo a relucir. Ahora iría directamente a la cocina y se encararía con Rose. Se reiría de su melancolía. Solo era cuestión de encontrar la palabra justa. La haría reírse de sí misma y de aquella riña sin sentido. Bajó corriendo los tres escalones que conducían del vestíbulo a la cocina como si llevase buenas noticias que no pudieran esperar, buenas noticias, las mejores, pero en la puerta de la cocina titubeó y luego, al no oír ningún movimiento en su interior, aunque Rose tenía que haberlo oído bajar con estrépito las escaleras, dio unos golpes casi militares a la puerta e irrumpió en la estancia para encontrarla vacía. La puerta del jardín estaba abierta. Rose había salido y él no podía seguirla. Todos los vecinos se asomaban a sus ventanas de atrás y cualquiera que estuviese en un jardín cercano oiría cualquier cosa que él pudiera decir.

Miró el hornillo para ver si por casualidad Rose había dejado la tetera puesta, pero el hornillo estaba tan despejado como la mesa y el escurrer platos junto al fregadero. La cocina estaba immaculada. Rose ya había acabado su trabajo allí. Así que no había nada que comer.

Volvió hacia el saloncito y entró. En la mesa del comedor, que dejaban plegada contra la pared frente a la chimenea, Rose había dejado una bandeja. Se acercó a ver. Pan moreno y una loncha de jamón. Se había molestado en modelar la mantequilla en bolitas rizadas. Un tomate. Tres galletas de chocolate. La tetera estaba en la chimenea, sobre la rejilla, con el cubreteteras. Corrió hacia la tetera, le quitó la funda, la llevó a la mesa, se sirvió té en la taza con mano trémula y la devolvió al hogar. Estaba demasiado caliente para

dejarla en la mesa. Se sirvió leche en el té y lo bebió deprisa. Enseguida quiso otra taza, pero esta vez llevó la taza hasta la chimenea y se sirvió allí. Luego se sentó a la mesa y empezó a comerse todo lo que había en la bandeja. Cuando ya no quedaba nada se sintió mejor, aunque podría haberse comido una tercera galleta de chocolate. Estaba hambriento, eso había sido. Muerto de hambre. Aquella noche no le importaba coger su té de una bandeja. Se sentó mirando la estropeada bandeja y pensando en cómo ella había entrado furtivamente en la sala mientras él estaba arriba. Muy lista. Había querido servirle su té, pero sin tener que enfrentarse a él. Se había tomado muchas molestias con la bandeja.

Se levantó y fue a la ventana. Allí estaba Rose, arrodillada, de lado, junto al lecho de flores que se extendía a lo largo del muro donde estaba el laburno. Aquel árbol estaba allí cuando ellos se instalaron, junto con un rosal de rosas amarillas situado al otro extremo del jardín. Aparte del laburno y el rosal no había nada más. El lugar era un desierto cuando lo contemplaron por primera vez, pero Rose vio de inmediato que tenía posibilidades de convertirse en un buen jardín. Su trabajo en el jardín había sido maravilloso. Hubert no sabía dónde había aprendido ella todo lo que sabía de flores. Y allí estaba arrodillada ahora, plantando algún pequeño ejemplar en su lecho. Estaba concentrada en poner la planta en el lugar preciso, y parecía ansiosa ante su trabajo como si el futuro del mundo estuviera en sus manos y tuviera que enderezarlo de una vez por todas porque no habría una segunda oportunidad para ella; al menos, para demostrar que si la dejaban a ella, todo iría bien. En aquel momento, el peso del mundo descansaba sobre sus hombros y en sus manos.

Terminó lo que estaba haciendo, se sentó sobre los talones y se frotó las manos para quitarse la tierra. Luego puso la mano en el asa de la regadera metálica y empezó a enderezarse torpemente. Hubert apartó la mirada y se miró las manos. No le hacía falta mirarla, ya sabía cómo se levantaría. La había visto muy a menudo irguiéndose después de arreglar la chimenea, poniendo la mano en el borde del cubo del carbón. Cuando volvió a mirarla, Rose estaba de pie, de espaldas, mirando a su alrededor como si calculara el efecto de alguna mejora que tenía en mente. Se llevó una mano al pelo, para alisar un mechón suelto del grueso moño de su nuca. Llevaba una blusa blanca con las mangas anchas y al caer la manga le brilló el brazo levantado. Hubert

vio su muñeca y el codo y en aquel fragmento la vio toda, como la luna creciente recuerda a la luna llena a alguien que la ha contemplado en su máximo esplendor. Luego, Rose se agachó y levantó la regadera con ambas manos y empezó a alejarse hacia el muro del fondo, regando las plantas a medida que avanzaba.

El día llegaba casi a su fin. La luz era ya muy tenue, una luz que palidecía pero aún permitía verlo todo. Aquella luz del atardecer era indefensa, el día en su extremo, cuando ya no le quedaba fuerza suficiente para ocultar el sol y la sombra mientras se retiraba para siempre del mundo. La luz del atardecer hablaba y lo que dijo fue: «No hay nada más que decir». No hay nada más que decir porque lo que queda por decir no debe decirse. Es demasiado tarde para Rose.

Hubert estaba en silencio. No tenía nada que decir, y en cualquier caso, no había nadie que pudiera oírlo.

EL AHOGADO

Cuando su esposa murió, el señor Derdon estaba ansioso de entrar en el dormitorio de ella, mirar a su alrededor con la puerta cerrada y sin nadie mirándolo ni preguntándole cómo se sentía. No era ansiedad, ni pesar, ni ninguna sensación dolorosa, ni anhelo o añoranza, ni nada por el estilo, aquello que lo llevaba a la habitación, sino pura curiosidad. Quería mirarla. La habitación, que apenas había existido para él mientras ella estaba viva, y en la que rara vez había entrado, aunque ocasionalmente se había asomado al umbral o se había detenido allí para decirle algo a ella antes de salir de casa, ahora le parecía repentinamente misteriosa, del modo en que una casa vacía resulta misteriosa o incluso aterradora a los niños que nunca se habían fijado en ella cuando estaba ocupada, y del mismo modo en que el nido de un pájaro caído y vacío en el suelo tras una tormenta de verano llena la mente de pensamientos que no tienen nada que ver con alas, comida, calor y trinos: pensamientos de ausencia y de invierno, y de vientos demasiado violentos y noches demasiado oscuras, y pensamientos de pétrea soledad, sufridos en silencio, y de paisajes demasiado fríos y planos que nadie se interesa en recorrer. El pequeño nido caído en el suelo contiene un vacío demasiado grande para que podamos comprenderlo. No podemos imaginar cómo debe sentirse. Es un vacío ilimitado, y más allá de nosotros, aunque nos gustaría ser capaces de comprenderlo y de examinarlo bajo todos los ángulos y marcar sus límites y ponerlo bajo control y colocarlo en un lugar confortable y olvidarlo. Pero el nido no es nada. El nido vacío es solo una imagen descarada del miedo, tan común que no podemos pasar a su lado todos los días fingiendo no advertirlo o simulando que no está ahí. Mientras el nido siga vacío, lo miraremos, pero cuando desaparezca ya no pensaremos más en él.

Mientras la puerta del dormitorio de su mujer, el dormitorio donde ella

había muerto, estuviera cerrada y la habitación vacía, el señor Derdon no pensaba en otra cosa. El vacío más allá de la puerta lo excitaba y empezó a soñar con la habitación por las noches. En su mente agotada, la habitación estaba abierta para él y luego —error— no estaba abierta, y se expandía y contraía, primero era una gran habitación y luego era pequeña, pero nunca de su tamaño real, y aparecían puertas nuevas, extrañas puertas que lo aterraban. Y tras aquellos sueños, se despertaba por la mañana exhausto, como si hubiera tenido terribles pesadillas, cuando solo había soñado con el dormitorio de su mujer. Su hermana, su hermana soltera, había venido a Dublín para ocuparse de la casa y en las pocas ocasiones en que salía, la mujer que limpiaba iba de aquí para allá a su alrededor e intentaba ocuparse de él. Pensaban que no había que dejarlo solo en aquellos momentos. Él se preguntaba qué querrían decir con «aquellos momentos». No era cuestión de aquellos ni de otros momentos. Para él solo era cuestión de *antes* de la muerte de Rose y *después* de la muerte de Rose, y cuando le decían «en aquellos momentos», ¿querrían decir que ya no le dejarían ni un minuto solo durante el resto de su vida? Le molestaban, siempre revoloteando a su alrededor, y se maravillaba desconcertado de la libertad que había tenido solo un mes o incluso diez días antes, la libertad que había tenido y que nunca había valorado. Entonces, antes, había sido inconmensurablemente libre. Se admiraba de la libertad con que había vivido. Le asombraba. Había sido libre como un pájaro. Cuando Rose estaba viva, podría haber recorrido el vestíbulo arriba y abajo frente a aquella puerta cerrada si hubiera querido. Podría haber pasado el día entero recorriendo el vestíbulo en las dos direcciones sin que nadie le hiciera preguntas. A *ella* nunca se le habría ocurrido interrogarlo. Él podría haber vagado a su aire, el tiempo que quisiera. Naturalmente, él habría dicho algo. Podría haber dicho: «Se me ha ocurrido hacer un poco de ejercicio» o algo por el estilo. Y ella no habría dicho nada. Habría sonreído o habría asentido de aquella manera suya algo patosa, como si su cuello no estuviera acostumbrado a hacer gestos gráciles, y no lo estaba, pero al menos ella no decía nada. Habría continuado con lo que estuviera haciendo y no le habría preguntado nada. Podría haber dicho —cabía la pequeña posibilidad de que ella hubiera dicho—: «Ah, ejercicio. Si te apetece...», intentando parecer indiferente y fácil, y logrando solo sonar torpe, como una niña tímida que intenta parecer ingeniosa. Pero lo más probable habría sido que ella tan solo le dedicara una avergonzada sonrisa, como si no tuviera ningún derecho a ver

lo que él estuviera haciendo, y habría desaparecido, adonde fuese, a seguir con cualquiera de sus pequeñas ocupaciones. Se habría ido y lo habría dejado con aquel silencio suyo que le daba una ilimitada libertad, aunque entonces le había parecido una carga, aquella carga de indefinición que siempre le dejaba, preguntándose qué era lo que no había hecho y que debería haber hecho, o qué no había dicho y debería haber dicho. Con ella nunca sabía en qué punto estaba. Nunca sabía exactamente qué había hecho o cómo había pasado el tiempo porque no había ningún punto definido en el que pudiera detenerse y valorar lo que había hecho, o de qué manera había utilizado su tiempo. Indefinido, ahora ella lo hacía indefinido para sí mismo, y cómo podía lamentar su pérdida si apenas había nada que pudiera recordar de ella salvo los hechos más obvios de que había sido amable, callada, resignada, hermosa —más o menos hermosa en su juventud—, cosas así. Apenas podía recordar nada de ella. Literalmente. Empezaba a creer que había sido invisible, pero cuando lo pensaba, sentía que podía llorar de miedo, porque cómo podía pensar aquello, cuando estaban hablando de su mujer muerta y él sabía que había estado casado con ella durante más de cuarenta años y habían tenido un hijo y el hijo había desaparecido en el sacerdocio, y allí estaba él ahora y apenas podía recordar algo de ella y ni siquiera recordaba haberla visto mucho. Y cómo podía lamentar la ausencia de lo que no podía definir, o hacer el duelo de lo que se había desvanecido sin dejar rastro. Era eso: ella no había dejado ninguna impresión. De un modo u otro, ella había logrado vivir con un hombre sensible y bondadoso durante más de cuarenta años sin dejar ni la más leve impresión en él. Siempre había sido imposible. Varias veces, mucho tiempo atrás, él le había dicho eso: «Eres imposible». Y ella no había contestado *nada*. No había dicho nada, ni le había dado nada, nada por lo que enfadarse ni por lo que entristecerse, nada de lo que reírse, nada por lo que asombrarse ni nada que recordar. No le había dado nada ni le había dejado nada y al no dejarle nada le había privado de lo que ahora habría sido una roca de fuerza, aquella roca de pesar que le habría permitido descansar en un bendito aislamiento, sin dejarle ver, ni oír ni hablar o pensar con el pesar que lo llenaría y destruiría. Pero aquella tristeza monumental se quedaría en lo que ahora era, solo un sueño que, desde su posición, parecía un sueño de paz, porque él sabía que en aquel sufrimiento terrible podría haber encontrado al fin la paz, y podría descansar en él, sabiendo que había hecho lo correcto y apropiado, y que habría sentido las emociones que había que sentir, las que

representan el justo tributo que tenemos que pagar a la muerte. Pero era inútil. No sentía nada. Podía ver y oír y todo lo demás como siempre, e incluso sentía apetito por la comida.

Si al menos lo hubieran dejado estar allí mirando el jardín de Rose, podría haberla visto allí, porque pasaba mucho tiempo en el jardín. Si solo lo hubieran dejado mirar por la ventana de atrás hacia el jardín de ella, y valía la pena mirarlo, él podría haberla visto allí y entonces tal vez podría haberla añorado: era lo menos que podía hacer, echarla de menos. Pero no la echaba de menos, en absoluto, todo era como antes, no la añoraba y, si intentaba mirar por la ventana al jardín de ella, su hermana o la otra vendrían cloqueando, intentando sacarlo de sí mismo. Y antes, cuando él tenía libertad, podría haberse pasado toda la vida mirando por aquella ventana sin que nadie lo interrumpiera. También podría haberse pasado todo el día en su sillón junto al fuego, sumido en vagas ensoñaciones o en pensamientos apacibles o inmerso en recuerdos tan confusos o similares que se mezclaban al calor de la lumbre; sentarse allí a no hacer nada ni recordar nada en concreto era como pensar en el calor. Cuando ella estaba viva y él no era consciente de la libertad que tenía, podría haberse sentado en su butaca todo el tiempo que quisiera, sin un libro ni un periódico ni nada, y nadie se habría acercado a hablarle ni a decirle que no debía dejarse llevar por inclinaciones malsanas y que debía ocuparse e interesarse por algo. Cómo podían saber que lo que tenía en la mente era malsano, cuando ni él mismo sabía lo que había en su cabeza. Lo estaban entrenando como si fuese un perro, un pobre perro desdichado que tenía que hacer lo que le decían y no hacer preguntas, simplemente porque era un *perro* y nada más. Pobre perro. Pobre animal. No tenía sentido. Tenía que moverse vigorosamente o de lo contrario ellas suspiraban. Tenía que hablar claramente y con cierta vivacidad o le miraban con preocupación y sospecha. Tenía que dar su paseo todos los días, no por el jardín, porque era el jardín de ella y por tanto malsano, sino fuera, tenía que salir por la puerta principal para dar su paseo. Parecían creer que ya no quedaba aire en la parte de atrás de la casa, sino solo en la zona de la fachada, más allá de la puerta principal, donde los vecinos trotarían a su encuentro, gente que solo conocía de vista, y le dirían cosas que apenas entendería y que no quería oír, aunque milagrosamente se le ocurrían las respuestas pesaras adecuadas a sus pesaras banalidades. Sentía que cada palabra que decía era una mentira y cuando

volvía a casa se sentía agotado.

Le habría gustado hacer una confesión a su hermana y los demás. Le habría gustado confesarles, anhelaba decírselo, que no sentía ninguna pena. Quería decir la verdad. Quería que supieran que él era un auténtico fraude, o que al menos estaban convirtiéndolo en un fraude. Pero si les decía la verdad lo considerarían un monstruo y él prefería saber que era un fraude que ser considerado un monstruo. Era un hombre que no podía sentir pena, un hombre vacío. Aun así, le habría gustado que lo dejaran en paz, pero dudaba por no ofender sus sentimientos. Se le ocurría un montón de comentarios agudos, pero no quería decirlos a menos que lo pusieran demasiado contra la pared. Sabía que aquellas mujeres tenían buenas intenciones. Podía pedirles que se fueran, por supuesto. Protestarían, pero se irían y entonces se quedaría solo y tendría paz. Si les pedía que se fueran y veían que lo decía en serio tendrían que marcharse. Pero no podía hacerlo porque eran muy bienintencionadas, aunque estaba bien recordar que podía librarse de ellas en cualquier momento. Era una idea esperanzadora, el momento en que les ordenaría que se marcharan de una vez, y anhelaba aquel instante. Una vez que se decidiera, ellas se irían, sin peros ni nada. Una vez que tomara su decisión, no haría caso de ninguna de sus tonterías, pero de momento las dejaba organizar las cosas a su manera en la casa y hacía lo que le decían solo hasta que le diera la gana de cambiar y ni un minuto más. Las dejaba organizarse a su manera, que hicieran lo que quisieran; ellas se imaginarían atrincheradas, y de pronto, repentinamente, se volvería a ellas y les demostraría quién mandaba allí. El momento llegaría. Estaba seguro. Lo llevarían demasiado lejos. No le cabía ninguna duda. Se volvería cuando menos lo esperasen y las atacaría a traición. Las mandaría a freír espárragos. Sonreía pensando en la sorpresa de sus rostros y su hermana lo pescó sonriendo y él la vio cómo lo miraba, con aquella expresión empática de quien lo imaginaba pensando cosas dulces y felices de su querida difunta, y le molestó tanto que podía haberla abofeteado y volvió hacia abajo las comisuras de la boca adoptando de nuevo su aire pesaroso.

Pensaban que era un signo de duelo que les hubiera ordenado dejar el dormitorio de Rose tal como estaba, pero no era ningún signo de duelo ni de pesar. Había sido un impulso lo que lo había llevado a decirles que cerrasen aquella puerta y la mantuvieran cerrada. Simplemente había querido afirmarse, dar una orden razonable y ser obedecido, y ellas lo habían obedecido, pero no

se había convertido en una cuestión relevante hasta que de pronto, en cierto modo misterioso, la puerta cerrada había adquirido una extrema importancia.

Pensó que una vez que entrase en aquella habitación vacía, él solo y con la puerta cerrada, podría pensar con mayor claridad y averiguar lo que no sabía. Una vez allí, podría recordarla como a algo más que —como era ahora en su mente— algo humilde y ocupado en la casa. Una vez allí dentro, podría encontrar algo más en qué pensar que aquella eterna aceptación de todo. Incluso la última palabra que ella le había dicho había sido: «Sí». No había nada extraño en ello, ella siempre había dicho que sí, pero su inquebrantable consentimiento no había sido lo bastante indefinido para ella; siempre, hasta aquel último «sí», había necesitado calificar incluso sus síes: «Sí, de acuerdo», «Sí, si quieres», «Sí, no me importa, si te gusta, si tú quieres, supongo que sí». Pero aquel «sí» final, cuando él le preguntó si quería que llamase al médico, se había quedado solo en su mente. Podía oír la voz de ella diciendo «sí» y recordaba que aún en aquel momento difícil se había sorprendido de que ella fuese tan clara y resuelta, y aquello le complació, incluso. Fue como si volviera a oír su voz de tiempo atrás, cuando ella le respondía simplemente «sí».

Mientras llegaba el día en que ordenaría a su hermana y a la otra mujer que se fueran de su casa, también esperaba la oportunidad para deslizarse en la habitación vacía y quedarse allí solo, sin que nadie supiera que estaba allí. Esperó a la ocasión en que las dos estuvieran fuera de la casa. Hacía planes. Representaba un papel para ellas. No se sentaba a soñar en su sillón junto al fuego, sino que sostenía el libro frente a sí y leía con atención. Les pedía que le trajeran el periódico de la tarde, como si le interesaran las noticias que traería. No miraba por la ventana del jardín de atrás. Se comía lo que le ponían en el plato e incluso les sugería que, si hacían un esfuerzo de memoria, las dos recordarían que le gustaban los huevos ligeramente hervidos y que los quería calientes, porque los huevos duros fríos eran malos para la salud, sobre todo a primera hora de la mañana. Se volvió más atrevido. Les dijo que cuando se acabara el periodo oficial del duelo se vestirían con sus mejores galas e irían en taxi al teatro o algo así. Al escuchar esto, las dos lo miraron con sorpresa y luego volvieron el rostro, como gatos decepcionados al ver que su presa ha cesado de moverse y que esperan que, si fingen no prestarle atención, volverá a la vida y al movimiento y se encontrará bajo su poder. La

hermana del señor Derdon y la señora que limpiaba miraron a otro lado, sorprendidas, y luego volvieron a mirarlo, pero él las conocía y seguía sonriendo:

—No estamos haciendo ningún bien a la pobre Rose aquí sentados con caras largas —dijo.

Un par de días después, o tal vez al día siguiente, por algún milagro que le explicaron cuidadosamente mientras él fingía escuchar, se encontró solo en la casa por la tarde. Dudó un momento antes de abrir la puerta del dormitorio de Rose. Primero recorrió el vestíbulo de arriba abajo como había deseado y pensó en ir a la habitación. No quería entrar dando tumbos. Al fin y al cabo, una vez dentro, el vacío que había crecido allí desde la muerte de Rose se vería destruido para siempre y estaba ansioso por captar alguna impresión de él mientras aún perdurase. Anduvo arriba y abajo varias veces, frotándose las manos y pensándolo, y luego, sin pensarlo más, giró el picaporte y entró y cerró la puerta tras él. No había nada. Ni siquiera un vacío perceptible. Era su habitación o lo había sido, pero ella ya no estaba allí. La habitación no decía nada. El vacío, el vacío que él sentía allí no era particular y no pudo engañarse pensando que podía identificarlo como un vacío especial e individual que ella hubiera dejado y que solo ella podía dejar. Era un vacío general lo que llenaba su habitación; podría haber estado mirando un nido vacío para intentar descubrir la naturaleza de lo que no estaba. Se cansó intentando captar lo que no estaba y que, por tanto, no podría ofrecer resistencia. No había ninguna resistencia en la habitación. Nada contra lo que enfrentarse. Se sintió abandonado, como cuando era pequeño y se acababa la Navidad; y al mismo tiempo se sentía excitado, como cuando tenía que enfrentarse a un examen, hacer un examen sorpresa, del cual había sabido por otros pero que no estaba preparado para hacer, pues no tenía ni idea de la naturaleza de las preguntas que le harían o de las pruebas que tendría que superar. Siempre había tenido la incómoda idea de que había algo que los demás sabían, algo que todos sabían y que daban por sentado y él no sabía. A veces había esperado topar con aquel fragmento de conocimiento común por puro azar, como podía encontrar una piedra filosofal que lo guiaría hasta el secreto cuya existencia sentía, el secreto que todos compartían y que a él le había sido vedado. Siempre había pensado en voz alta, para sí: «Debe de

haber algo más en la vida, tiene que haber algo más que esto». Ah, sí, claro que sí, tenía que haber algo más, solía pensar, y en aquellos momentos de incredulidad, miraba las caras de las personas con las que se cruzaba para leer en ellas algo que debían de saber con certeza y que las impulsaba hacia delante todos los días, porque no todo el mundo tenía su fuerza y no todo el mundo, seguramente casi nadie, tendría la fortaleza de seguir adelante día a día en la perplejidad en la que él vivía. No era posible que los demás siguieran día a día como él, sin ninguna razón real, y que los otros salvaran la cara como él hacía, con una expresión tan respetable y sin ningún otro sentido más que el de conservarla entera. En esos momentos, cuando sentía que debía hacer otro intento para descubrir el secreto, echaba un vistazo, solo un vistazo a la cara de Rose cuando pensaba que ella no lo vería. Recordaba tardes en que colgaba el sombrero y el abrigo en el recibidor como de costumbre, dejaba el paraguas en el colgador y atravesaba el recibidor hasta donde ella estaba sentada, se sentaba frente a ella y abría su periódico vespertino, pero a veces usaba el periódico solo para camuflarse como lector mientras la observaba, no como marido, ni siquiera como hombre, sino como un suplicante, esperando que ella pudiese decirle qué los había mantenido juntos todos aquellos años, o qué mantenía juntas a dos personas, o qué era lo que llevaba a las personas a seguir adelante como les habían enseñado. ¿Cuándo había empezado toda aquella obediencia y quién había marcado el camino que recorrían hombres y mujeres sin protestar ni apenas quejarse? Y lo más importante de todo, ¿qué razón les habían dado para asegurar aquella obediencia y por qué no se la habían dado a él como a todos los demás? Había un secreto común que no le habían permitido compartir y ahora parecía que el pesar del duelo también fuera un secreto vedado para él, porque aun ahora, sentado en la habitación en la que ella había pasado gran parte de su tiempo, y habiendo dormido además en la que fue su cama, no sentía ningún pesar. Estaba sentado en la silla que ella mantenía a mano para su máquina de coser. La máquina de coser estaba cerrada y tenía una superficie lisa débilmente marcada de círculos blancos, donde ella ponía sus plantas cuando no la estaba usando. Debería haberse procurado una mesita para sus plantas. A él no le habría importado el gasto. Le habría dado el dinero para una mesa si ella se lo hubiera pedido, pero ella no había dicho nada. Había preferido hacerse la mártir. Y así, desdeñosamente y desesperado por no poder entenderse nunca con ella, la había ignorado, o, visto de otra manera, la había dejado salirse

con la suya. Rose prefería despejarlo todo cada vez que tenía que coser a máquina. Dejaba las plantas sobre la cómoda, aunque algunas eran grandes y pesadas, y cuando ya las había colocado de forma segura, abría la máquina y cosía, acercándose mucho. Y cuando acababa el trabajo, volvía al laborioso proceso de transferir las plantas de vuelta a la máquina. La máquina era una mesa provisional para ella, como tantas cosas improvisadas de su vida. Por ejemplo, aquel adorno de las viejas cajas de chocolate sobre el baúl de las mantas, bajo el estante donde había guardado sus escasos libros. Viendo aquellas cajas de chocolate, dispuestas meticulosamente según tamaño y forma, con una caja rectangular en medio y de pie sobre un rectángulo mayor, las cuadradas encajadas como bloques de construcción infantil encima y las dos cajas idénticas y alargadas aparte, completando el dibujo de líneas continuas y ángulos agudos, todo mostrando nitidez, cuidado y una preocupación predominante por el orden; ante tal arreglo, uno habría pensado que las cajas contendrían algo de interés o de valor. ¿Y qué contenían? Viejos recibos pagados treinta años atrás. Recetas de platos que nunca había cocinado, tan elaborados que debía de haber soñado con una visita de los reyes de Inglaterra cuando las recortó de alguna revista. Instrucciones para hacer vestidos que nunca en la vida tendría ocasión de llevar, como un folleto entero explicando instrucciones, medidas, etc., para la confección de una falda de baile de satén. Habría sido cómico si no hubiera sido patético. Una caja contenía tarjetas de muestras de sastre: pedacitos de *tweed*, de sarga, de terciopelo, paño para trajes y para abrigos. Él sabía cómo había encontrado aquellas muestras. Rose nunca se lo había dicho, pero él la conocía tan bien que sabía cómo. Aún podía verla, de pie frente al escaparate de la sastrería (un día un sastre, otro día otro), admirando los rollos de tela y las imágenes de trajes y abrigos e imaginándose a sí misma encargando algo, un traje, habría dicho ella, e imaginando cómo le gustaría que fuera y de qué tejido. Podía verla planeándolo y abriendo la puerta de la tienda y entrando con aquel aire tímido de importancia que adoptaba en público y que casi le había vuelto loco de irritación. Y la veía acercándose al sastre y hablándole con el tono de una dama que podía o no encargar su traje allí, y discutiendo con él el corte y el estilo de su abrigo o falda o lo que se hubiera imaginado que iba a comprarse. Y la veía toda seria cogiendo la muestra o muestras del sastre y llevándoselas a casa y sentándose sola en la tarde para soñar, llevándolas a la ventana para poder ver las vetas del tejido a la luz, y levantando la vista solo para mirar las

flores del jardín, y soñando, soñando todo el tiempo, soñando, siempre soñando, ¿y con qué había soñado tanto, toda su vida? Nunca se lo había dicho. Ni siquiera había reconocido que pasaba el tiempo soñando. Si alguien le hubiera preguntado en qué estaba «pensando», habría dicho: «Ah, no, en nada», y luego habría vuelto rápidamente las manos hacia algo, para desviar la atención de sí misma. O podría haber dicho, sin contestar a ninguna pregunta: «Hay un arañazo muy feo en el linóleo, cerca de la puerta. Estaba pensando cómo taparlo». Todo era vago y falso en ella.

El contenido de las cajas de chocolate revelaba una mente completamente dedicada a las trivialidades y lo transitorio, siempre provocando, haciendo durar y promoviendo el uso de lo transitorio, sin desperdiciar nunca nada excepto su tiempo y su vida, así como el tiempo y la vida de él. Aun así, aquellas ocasiones en las que la observaba secretamente, tenía la esperanza de que ella poseyera y le revelara el secreto colectivo que todo el mundo sabía excepto él. Rose había sido débil y era simplemente imposible que hubiera vivido así a menos que algo, alguna verdad o alguna creencia la arrastrara a seguir adelante, alguna palabra mágica, algún confort que podría haber compartido con él, si hubiera estado dispuesta a hablar y si hubiera sabido explicarse. Pero cada vez la observaba menos, porque a medida que envejecía, le costaba más soportar aquel desasosiego que temblaba en la cara de Rose en cuanto sentía sus ojos posándose en ella. Estaba allí sentada haciendo punto, cosiendo, remendando calcetines o mirando alguna de aquellas revistas de decoración que tanto le gustaban, con el rostro concentrado en lo que tuviera entre manos, y en el espacio de un instante tomaba conciencia de que él la estaba mirando y el cambio en su expresión era terrible de ver. Su rostro aparecía devastado por la aprensión y la vergüenza. Y eso significaba, de principio a fin, que lo temía. Una vez, mucho tiempo atrás, él la desafió:

—¿Es que soy un monstruo o algo así? —le había gritado—. ¿Qué te pasa? ¿Cuál es el problema? ¿Por qué te da miedo mirarme? ¿Soy un monstruo?

Pero ella se puso a temblar tan violentamente que él acabó por dejarla en paz. A Rose le daban miedo las preguntas. La dejó tranquila. De hecho, era inútil plantearlo de nuevo, o pensarlo siquiera, mejor quitárselo de la cabeza.

Sin embargo, le costaba creer que ningún ser humano, aunque hubiera sido tan desastroso como ella, pudiera desvanecerse de la vida sin dejar ningún

rastros de sí. Cualquier rastro podía ser un signo que lo guiara hacia el dolor que deseaba sufrir por ella. Pero no había un solo signo.

Se levantó de la silla y se quedó de pie junto a su cama. Era estrecha. Estaba en la misma posición que la última mañana de su vida. Naturalmente, mirándola, aquella mañana no sabía lo grave que estaba. Había entrado en su habitación al ver que ella no aparecía como de costumbre a las nueve en punto con su bandeja del desayuno, que a él le gustaba tomar en su cuarto, solo. Fue a la habitación de Rose aún con el batín y las zapatillas, y la vio echada en la cama sin hacer nada, sin ni siquiera mirar, aunque tenía los ojos abiertos, y se quedó muy sorprendido de verla así, porque hacía tanto tiempo que no la veía echada en la cama, que le preguntó:

—¿Qué haces en la cama, Rose?

—Nada —dijo ella. Y su voz era perfectamente normal. Él empezó a hacer una bromita para recordarle su bandeja del desayuno, cuando ella dijo, en el mismo tono de voz perfectamente normal—: Tengo un dolor terrible en el pecho.

En cuanto oyó aquellas palabras Hubert sintió el dolor en su propio pecho, pero para él no era nuevo, sino demasiado familiar. Muchas veces le había hablado a ella de aquel dolor, y allí estaba de nuevo, el mensaje de su viejo corazón traidor que lo mataría cualquier día, y llevándose la mano al pecho, le preguntó:

—¿Llamo al médico? De paso podría tratarme a mí también.

Pero Rose no contestó. En lugar de responderle, empezó a mirarlo y sus ojos, que siempre le habían parecido asustados y esquivos, incluso furtivos, preocupados, aquellos ojos verdes sombreados de pronto parecían pertenecerle, como si Rose hubiera tomado el mando de ellos por primera vez y estuviera afirmando su derecho a ver por sí misma, y a mirar; y no mirar cualquier cosa, sino a mirarlo todo, y a elegir lo que de verdad quería; no porque no fuese a ver el resto, sino porque lo miraría y poseería lo que se le respondiera, y si lo que recibía era alegría, miraría la alegría, y si recibía dolor, miraría el dolor, y si recibía crueldad, miraría la crueldad, hasta que la crueldad, como el dolor y la alegría volvieran una y otra vez para mostrarle lo que había escogido ver en primer lugar: una cara que estuviera dispuesta a sonreírle, ojos que parecieran reconocerla, un corazón inclinado a apreciarla,

y manos que la conocieran pero que quisieran que fuese la misma, tal como era, fuera lo que fuese.

Se había quedado allí echada mirándolo así, sin responder a su pregunta, y él había repetido, aún apretujando el batín contra su corazón para señalar su dolor:

—Entonces ¿lo llamo o no? Creo que lo voy a llamar igualmente, para mí. ¿Quieres que lo llame?

Y Rose contestó:

—Sí.

«Sí», había dicho, y la palabra salió deprisa, como un suspiro o una carcajada, como un sonido de reconocimiento y aceptación y burla. «Sí», dijo, pero solo una vez, como si finalmente se estuviera rindiendo ante algo y aceptando algo a lo que no había querido rendirse ni aceptar antes.

Entonces él fue a llamar al médico y se sentó en el saloncito a esperar, deseando que hubiera alguien para llevarle una taza de té y, por supuesto, cuando llegó el doctor y entró en la habitación, lo único que pudo decir era que todo había terminado para Rose.

Ahora, pensó el señor Derdon, era absurdo quedarse más tiempo en aquella habitación. No iba a encontrar nada allí. Abrió la puerta, salió al vestíbulo y dejó la puerta abierta tras de sí. Su hermana y la mujer de la limpieza podían entrar y hacer lo que quisieran para ordenar, sacar la ropa de Rose y todo lo demás. A él ya no le importaba lo que hicieran. Fue a la cocina y miró a su alrededor, salió de la cocina y se quedó un momento en el vestíbulo, luego se dirigió a la sala y se sentó en su butaca junto al fuego. Estaba demasiado cansado para leer, demasiado cansado para pensar, pero no podía parar de pensar.

Todo era un misterio, adonde había ido su vida juntos, o por qué se habían unido desde el principio. Recordó la noche en que le había pedido a Rose que se casara con él. Estaban de pie en un puentecito de piedra sobre un río, fuera de la ciudad donde ella vivía. No pensaba pedírselo aquella noche —pensaba dejarla esperando un poco más, para que no estuviera demasiado segura de sí misma—, pero de pronto se volvió hacia ella y dijo:

—He pensado que podríamos casarnos.

Ella siguió mirando el agua que fluía y no le contestó.

—Me preguntaba si habrías pensado en mí en algún sentido —le dijo.

Pero ella no dijo nada ni levantó la vista. Entonces él dijo:

—Por favor, Rose, por el amor de Dios, ¿te casarás conmigo?

Y ella levantó la cabeza y lo miró —en aquella época aún tenía los ojos claros, sin sombras—, y le dijo:

—Sí.

Fue lo único que dijo, con un tono de voz decisivo, pero al mismo tiempo, como si se lo hubieran arrancado a la fuerza, como si hubiera querido decir que sí y lo tuviera decidido, pero hubiera preferido esperar un poco más, solo un poco más. Su rostro, vuelto hacia él aquella noche, era el rostro de alguien que se encuentra caído en medio de un lago y no sabe nadar, pero prefiere esperar ayuda antes que gritar pidiendo socorro.

«He sido muy descuidada cayendo en estas aguas profundas», parecía decir su rostro, «y es culpa mía si no he aprendido a nadar, pero aunque haya sido estúpida cayendo al agua y no habiendo aprendido a nadar, no quiero ahogarme». Hubert la rodeó con sus brazos y le dijo que siempre la cuidaría. Ahora, sentado junto al fuego, pensando en aquella noche, podía ver su rostro con bastante claridad, como era entonces. Veía su cara y todas las promesas que su cara le había mostrado, las promesas que nunca había cumplido. Su forma de andar: sus pasos habían sido valientes, libres y decididos, y a él se le ocurrió ahora, como ya había pensado antes, que se había enamorado de unas cualidades que ella no tenía. No era culpa de Rose si él se había equivocado al juzgarla. Ella brillaba en la distancia, pero de cerca había dejado de brillar. Ahora se había ido, había sido una buena mujer y él hubiera querido añorarla.

Cuando su hermana volvió a casa y encontró la puerta del dormitorio de Rose abierta, corrió a la sala y se encaró con el señor Derdon, que seguía sentado junto al fuego.

—He visto que la puerta del dormitorio está abierta —dijo.

—Creo que ha estado cerrada el tiempo suficiente —dijo él—. No puedo convertir su habitación en un templo.

—¿Has entrado en la habitación? —preguntó ella.

—Sí —respondió él—. He entrado —la miró—. No hay nada ahí dentro —dijo, y se cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar. Su hermana empezó a llorar también y salió de la estancia y volvió con una taza de té para

él. Él no quiso el té y cuando ella sugirió llamar al médico, él se negó. No se iba a quitar las manos de la cara, ni pensaba levantarse, ni iba a echarse en su dormitorio, ni pensaba hacer nada que no fuese llorar. Las lágrimas le dolían. Le herían el pecho y los ojos y parecían trazar líneas pegajosas y acartonadas por su rostro y su cuello, le herían el cerebro y le producían dolor. Las lágrimas recorrían su rostro y se derramaban por todo su cuerpo; se quedaban en él y lo recubrían, y cuando intentaba dejar de llorar porque temía ahogarse en ellas, atrapado en ellas, fluían con mayor fuerza y no parecían tener fin. Las lágrimas lo habían amordazado en una camisa de fuerza y no podía hablar. No era que no pudiera hablar, habría querido poder hablar, porque llevaba tiempo anhelando contarle a su hermana la verdad y aclarar las cosas de una vez por todas. Las lágrimas lo herían y lo cubrían de un dolor que a cada minuto se hacía más insoportable, pero lo que más le hería era su incapacidad de decirle a su hermana que no estaba llorando por Rose, porque él no sentía ningún pesar real por la pérdida de Rose, sino que estaba llorando por la ausencia de aquel pesar, porque seguramente la pobre Rose merecía algo más que una despedida superficial de la vida, y, más que por ninguna otra cosa, Hubert estaba llorando simple y únicamente porque estaba triste. Estaba triste y lloraba y no había más. Pero no podía hablar y decirle a su hermana todo aquello, y ella continuaba observándolo, indefensa con sus propias lágrimas y murmurando lo feliz que Rose sería en el Cielo, y Hubert no podía hablar para decirle que todo aquello era solo una mascarada y que él era solo un fraude, y al cabo de mucho rato, cuando al fin recobró el control, ya no le pareció que valiera la pena decírselo, y tal como fueron las cosas nunca se lo dijo ni a ella ni a nadie.

ANIVERSARIO

La señora Bagot tenía unas tijeras rectas y muy cortas para cortar todas las flores, excepto las rosas. Para las rosas utilizaba un cuchillito. Guardaba las dos herramientas juntas al final de la estrecha repisa que había sobre el fregadero de la cocina, junto a la puerta que daba al jardín. La puerta era gruesa y pesada, de madera pintada de verde. A menudo se quedaba encallada en el marco, sobre todo la parte de abajo, pero aquel día, con la agradable temperatura de junio, estaba abierta, mostrando una esquinita del patio de cemento rodeado por el pronunciado ángulo recto de dos muros grises.

Bennie, el terrier blanco de pelo duro, estaba echado fuera, más allá de la puerta de la cocina, con el lomo firmemente apretado contra el escalón. Bennie se estaba haciendo viejo. Tenía las patas estiradas rígidamente frente a sí, y los ojos cerrados, pero cuando la señora Bagot pasó por encima de él, desde las baldosas rojas del suelo de la cocina al cemento gris, su cola regordeta empezó a balancearse suavemente y el ojo que le quedaba más alto se abrió al fin y la siguió hasta que ella llegó a la hierba, un metro y medio más allá. Luego se levantó y corrió tras ella. La hierba formaba un nítido rectángulo rodeado en tres partes por lechos de flores. La señora Bagot se movía despacio al borde del césped. Solo llevaba las tijeras. Quería unas cuantas flores para animar la habitación de Martin: unas pocas clavelinas, unas margaritas, algunas caléndulas para que compitieran con las clavelinas, nada de rosas ni de alhelíes, tal vez un ramito de nomeolvides si parecían lo bastante fuertes para no marchitarse. Tenía el cuello inclinado y miraba las flores con severidad y preocupación, con el ceño fruncido. Llevaba una falda azul marino y una blusa blanca y un delantal de algodón azul descolorido. Estaba muy delgada para ser madre de tres chicos, uno de ellos muerto. Cada vez que se detenía o se inclinaba a cortar una flor, Bennie se sentaba a sus

pies.

Donde el cemento se unía a la hierba, el muro del jardín que separaba a la señora Bagot de su vecino bajaba repentinamente a una altura de solo cinco pies y, a lo largo de aquella parte baja, la señora Bagot había puesto un enrejado de madera verde. Había extendido el enrejado a unos treinta centímetros por encima del muro y allí cultivaba hiedra y algo que llamaba «la viña», pero por educación había dejado un espacio abierto donde la dama pelirroja de la casa de al lado, la señora Finn, podía asomarse y hacer comentarios. La señora Finn siempre tenía algo que decir sobre cualquier cosa y nunca esperaba a escuchar si su interlocutor estaba de acuerdo o no. Era buena persona, a su manera, pero demasiado estridente.

Más allá del muro que compartían la señora Bagot y la señora Finn, una hilera de muros idénticos se extendía hasta perderse de vista. Todos los jardines estaban unidos, como las casas. Un bosquecillo, cuarenta muros más allá, completaba la visión hasta el cielo. Era un callejón estrecho, sin salida, en los suburbios de Dublín. Había tiendas a la vuelta de la esquina, en la calle mayor, pero ninguna en el mismo callejón de las casas. Profesores de colegio, tenderos y funcionarios de segundo rango vivían en aquella calle con sus familias. Precisamente porque era sin salida, la calle ofrecía seguridad para que los niños jugaran, aunque la señora Bagot aún no dejaba salir a sus dos hijas fuera de su jardín delantero, porque eran muy pequeñas. Lily tenía seis años y Margaret cuatro. Ahora estaban en el jardín de delante, sentadas en una alfombra que ella había extendido sobre la hierba. Había pasado una cadena alrededor de las estacas de la puerta y la barandilla, para que no pudieran abrirla y escapar.

El muro del fondo del jardín de la señora Bagot se elevaba mucho más de lo normal debido a la parte posterior del gran garaje que habían construido y que se extendía a lo largo de cinco casas. La señora Bagot detestó el garaje en cuanto lo construyeron porque le quitaba la vista de los campos abiertos, pero al final se había acostumbrado al alto muro y, en cualquier caso, los campos se habían convertido en pistas de tenis. Era imposible no admirar el aire ordenado de las pistas y la forma tan nítida en que estaban divididas y el cuidado en mantenerlas perfectamente rectas, pero ella añoraba la paz y la simplicidad de los campos. Ahora predominaba la impresión de estar encerrada.

A su derecha y a su izquierda estaban las casas de los vecinos con sus jardines. En el muro del fondo estaba el garaje y las pistas, y en la fachada de la casa estaba la calle, con la hilera opuesta de casas. A veces, al anochecer, se oía música; era música de baile del club de tenis, que todo el mundo llamaba el Pabellón. No había música a aquella hora de la tarde, pero se oían voces de las pistas y el sonido de la pelota.

Su vecina, la señora Finn, tenía un hijo, Willie, de diez años, y adoptaba una actitud muy particular hacia él. Había hecho cubrir de cemento todo el jardín, conviniendo en una superficie gris y dura el lugar donde podrían haber crecido flores, para que Willie pudiera jugar sin embarrarse los zapatos. De todas formas, Willie nunca salía. Prefería estudiar a jugar. Se quedaba en su habitación, leyendo sus libros y haciendo los deberes. Siempre tenía buenas notas en el colegio. La señora Bagot había oído decir muchas veces que Willie estaba siempre trabajando y estaba dispuesta a creerlo, pero lo había visto asomarse a menudo a la ventana de su habitación a mirar las pistas de tenis y el jardín de los Bagot. Pensaba que tal vez si se encerraba en su cuarto tantas veces era para escapar de su parlanchina y mandona madre. Willie tenía el gran dormitorio de detrás para él solo y su madre decía que sus libros, su mesa, su material de escritura y sus mapas estaban tan bien ordenados que la habitación parecía la celda de un monje.

Aquel día no había signos de Willie en la ventana y la señora Bagot pensó que su ausencia hacía el día más calmado. Cuando aparecía Willie, ella sentía sus ojos mirándola, o se lo imaginaba. Él la miraba como miraba a todo lo demás, y a veces ella lo saludaba con un gesto, aunque él nunca le devolvía el saludo. Una vez, cuando ella lo saludó, él ladeó la cabeza, la miró y ella se quedó tan sorprendida que dejó caer la mano y luego la volvió a subir repitiendo el saludo, pero él se volvió y desapareció detrás de los finos visillos que velaban su ventana. Un metro y medio más a la derecha de la ventana de Willie Finn estaba la ventana que compartían Lily y Margaret Bagot. Las dos dormían juntas en una gran cama con estructura de cobre. La señora Bagot no sabía qué clase de cama tendría Willie, ni tampoco cómo sería su habitación. La señora Bagot nunca había estado en casa de los Finn, ni la señora Finn había estado en la suya. Las dos mantenían sus conversaciones a través del muro del jardín y eso definía su grado de amistad, excepto algún saludo cuando se encontraban ocasionalmente fuera de sus casas o en la calle

mayor en la que desembocaba su callejón y que llevaba al centro de Dublín.

Eran casas de cuatro habitaciones que sobresalían en la parte posterior para hacer sitio a la cocina, y sobre la cocina tenían una habitación extra con un baño contiguo. El marido de la señora Bagot, Martin, dormía solo en el cuarto extra y ella había estado allí asomada a la ventana mirando al jardín cuando se le ocurrió la idea de llevar unas flores a la habitación de Martin para animarla. Visto desde aquella ventana, el jardín era un profundo rectángulo lleno de sombras, luz, flores, hierba, hiedra, viña y el laburno que se erguía por la derecha junto a la pared enrejada. El sol proyectaba sombras oscuras pero parecía concentrar toda su luz en el semidesnudo círculo amarillo de hierba donde había estado el enorme tiesto de geranios hasta hacía poco, cerca de la esquina donde había hecho el jardín de piedras. En aquel rincón, la hierba estaba cortada en forma de media luna para adecuarse al jardín de piedras y darle más espacio. La señora Bagot había trabajado mucho para conseguir aquella forma. El círculo amarillo del antiguo lugar del tiesto de geranios estaba tan cerca del borde de la medialuna que parecía girar con ella, en un ejercicio geométrico, o equilibrarla.

Un metro y medio más abajo de la ventana del cuarto de Martin, Rupert, el gran gato anaranjado, yacía durmiendo sobre el inclinado tejado de estaño ondulado del cobertizo donde Delia guardaba sus utensilios de jardín, las macetas vacías, las tijeras, el rastrillo y el cubo de la basura. Rupert estaba echado sobre un costado, durmiendo apaciblemente. Parecía muy suave. Con la pata derecha se cubría el ojo y el hocico. Tenía las patas traseras cruzadas, con la cola recta entre las dos. El tejado ondulado no parecía muy cómodo para tumbarse, pero Rupert estaba tan gordo que se adaptaba y podía incluso imaginar que estaba sobre una superficie lisa. La señora Bagot dejó caer la cortina y se volvió hacia la habitación, que le pareció apagada y pequeña después de la luminosidad, la vida y el espacio de fuera. La habitación se veía tan apagada que le recordó a su patio de cemento gris, y en aquel momento decidió bajar corriendo y coger unas pocas flores para ponerlas en la mesa de Martin.

Cuando la señora Bagot cogió las flores que quería, las llevó a la cocina y empezó a ordenarlas en un pequeño cuenco verde. Luego cambió de idea, fue al comedor, a la vitrina y sacó un cuenco de cristal grabado, uno de sus tesoros. Lo llevó a la cocina y empezó de nuevo, colocando las flores de

forma muy distinta. El cuenco quedaba perfecto con aquellas flores y ella lo llevó arriba muy orgullosa y lo puso sobre la mesa que Martin tenía junto a la ventana. Él llegaba del trabajo muy tarde, cuando todos llevaban rato dormidos, y se quedaría muy sorprendido al encender la luz y ver las flores esperándolo junto a sus libros. Delia se había acostumbrado a que llegase tarde. Martin no quería molestarla ni a ella ni a las niñas, ni tampoco quería que ellas le molestaran a él por la mañana cuando se levantaban. Por eso pareció tan natural cuando sugirió que prefería dormir en el cuarto pequeño si llegaba tarde y ella recordó con qué placer le había preparado la habitación y le había puesto algunas de sus camisas y otras cosas para que le resultara más cómodo. Ahora él estaba empezando a llevarse allí algunos de sus libros. Y sin embargo, Delia estaba segura de que entonces Martin no sabía que iba a preferir aquel cuarto de atrás a la habitación grande de la parte frontal donde ella dormía, o que lo que quería en realidad era dormir solo. Estaba segura de que si ella hubiera puesto alguna objeción al principio, él no habría vuelto a pensar en aquel cuarto. O si aquel cuarto no hubiera existido, Martin nunca habría tenido la idea de alejarse de ella. Si hubieran tenido una casa más pequeña, habrían sido más felices: era una idea inquietante. Y con todo, la casa era bastante pequeña.

Cuando bajó a por las flores, la señora Bagot había dejado la ventana abierta y ahora quiso cerrarla. Rupert era demasiado perezoso incluso para intentar saltar desde el tejado del cobertizo hasta aquel alféizar, pero Minnie, la delgada gata negra, podía saltar con facilidad y la señora Bagot no quería arriesgarse a que Martin llegara a casa aquella noche y se la encontrase en su cama. La señora Bagot no sabía si eran los animales o el odio que Martin les tenía lo que causaba muchas de las complicaciones de aquella casa. Delia se rendía a la voluntad de él en la mayoría de las cosas, pero no pensaba rendirse en lo que respectaba a los animales. Las niñas los habrían echado muchísimo de menos y ella también. Simplemente procuraba mantenerlos fuera del camino de Martin, y mantenía también a las niñas lejos de su puerta por las mañanas cuando él dormía. Y al final, lo que estaba haciendo era alejarse también ella de su camino. No podía soportar pensarlo, pero lo que había empezado como un simple arreglo para la comodidad de Martin, se les había ido de las manos, y ahora no parecía tener fin. La situación en la casa era antinatural, sin ninguna consideración real por nadie. Ella veía que se ponía muy nerviosa con las

niñas cuando Martin estaba en casa, y cuando estaban todos juntos, Delia no podía dejar de vigilarlas, como si Martin solo estuviera allí para juzgarlas. Se volvía irritable, dispuesta a defenderlas contra él, dispuesta a echarse la culpa de lo que hubieran hecho, pero también dispuesta a abofetearlas si hacían algo que enojara a Martin.

Todos eran mucho más felices cuando él no estaba en casa y aquello no estaba bien. Le habría gustado saber cómo cambiarlo. Seguía recordando a Martin tal como era antes, afable y bromista. A veces volvía a ser así, pero en general parecía estar intentando controlarse, como si verlas a todas juntas y estar allí encerrado con ellas le resultara insoportable. Los fines de semana se iba a dar largos paseos solo durante horas. Había mucha tensión en la casa. Delia se sentía constantemente ansiosa, como si hubiera hecho algo terrible y pudiera ser descubierta. Y todo por aquel cuarto pequeño. Estaba segura de que la culpa era de aquella pequeña habitación. Era desconcertante pensar que ella había empezado intentando ayudarlo, aceptando su deseo en un asunto privado tan ordinario —una habitación donde dormir cuando llegaba tarde— y que había acabado construyendo un muro entre los dos para siempre, que no podía derrumbar porque se hacía más fuerte cada día que pasaba, sin querer y sin poder detenerse. Intentaba evitar que sus pensamientos fluyesen en aquella dirección, porque se perdía en su confusión, así que en lugar de surgirle las palabras que quería, y en lugar de encontrar las palabras que habrían explicado a Martin todo lo que sentía, se sentía cada vez más incoherente, sentía que la rabia la ahogaba y que solo deseaba huir y no dar explicaciones a nadie ni escuchar las explicaciones de nadie. No, Martin era demasiado listo para ella. Siempre sabía cómo hacerla callar. Pero sus palabras no le importaban tanto como su silencio. A veces pensaba que el silencio inteligente de Martin podía hacerla enloquecer.

Era inútil intentar pensar en todo aquello. Su capacidad de pensar se veía destruida por fuertes sentimientos que la frenaban fácilmente porque eran mucho más fuertes que ella. Los sentimientos de la señora Bagot dominaban como antepasados, como recordatorios de un pasado que ella no recordaba, pero que debía recordar si quería recobrar el control de sí misma. Aquellas gigantescas emociones, que aparecían veladas, feas y triunfantes, eran lo que ella debía enfrentar para poderse encarar con Martin. Era inútil intentar hablar con él si iba a empezar a farfullar. No sabía por dónde empezar.

Se inclinó sobre la mesa y cerró la ventana de guillotina dejando dos centímetros por abajo y dos por arriba. Ni siquiera la delgada Minnie podría colarse por tan estrechas rendijas. Mientras retrocedía de la mesa miró las flores y tuvo un momento de desesperanza por haberse molestado en bajar a cortarlas y colocarlas allí. Pero eran hermosas y volvían la habitación más bonita. Las dejaría allí. Alargó la mano para tocar la caléndula más grande y vio su anillo de boda reflejado en las agudas facetas del cristal grabado. Era un anillo de oro liso, el único que llevaba. Aquel día era su aniversario de boda, el duodécimo. Llevaba semanas esperando a que llegara el día.

No se había dado cuenta hasta aquella mañana de cómo había esperado que algo rompiera el silencio entre Martin y ella, pero de un modo natural, como surgía cualquier cumpleaños, Navidad o Pascua o cualquier fiesta, deteniéndolo todo durante el tiempo que durase la celebración. Por la mañana, cuando le llevó la bandeja del desayuno a Martin, estaba segura de que él diría algo, pero estaba sentado en la silla junto a su mesa, leyendo el periódico con tal concentración que por un momento creyó que no la había oído entrar. Cuando dejó la bandeja en la mesa, él dijo: «Gracias, querida», y ella titubeó, pensando aún que él diría algo, pero Martin no dijo nada. Se le había olvidado. Y ella salió de la habitación y cerró suavemente la puerta tras de sí, sin saber si estaba furiosa con él o consigo misma. Estaba temblando de rabia. Tan disgustada estaba que tuvo que apoyarse en la barandilla para bajar las escaleras.

Mientras miraba las flores, pensó: «Debería haber dicho algo. Ahora es demasiado tarde, pero debería haber hablado».

Ya no tenía más que hacer en la habitación, pero se quedó un momento allí, y cuando salió por fin, iba muy deprisa y cerró la puerta con alivio, sin darse cuenta de que una vez más había sustituido la decisión por una oración, y que la oración no producía certidumbre, sino solo una ampliación de la esperanza.

Empezaba a preguntarse por las niñas. Estaban muy silenciosas allí fuera. Tendría que haberles echado un vistazo cuando iba a por las flores. Quiso apresurarse, pero Bennie se puso en su camino. Tuvo que empujarlo con el pie, porque se había dormido en el rellano y no dejaba apenas espacio para pasar. Cuando Bennie se levantó, ella corrió escaleras abajo hasta la sala y se asomó al mirador.

Las niñas estaban bien. Las había olvidado durante un rato y había corrido

así un riesgo, pero estaban bien. Continuó mirándolas sin decirles nada. No parecían haberse movido de la alfombra desde que las dejara. Estaban desvistiendo a una muñequita de trapo. Cuando estuviera desnuda la volverían a vestir. Estaban sentadas frente a la barandilla para poder ver cualquier cosa que pasara en la estrecha y tranquila calle. Lejos, en el extremo de la calle, había unos niños jugando. La señora Bagot oía sus voces en la distancia. Le gustaba el aspecto de las niñas con sus cortos vestidos rosas. Estaba inclinada sobre la mesa de los helechos que abarrotaban la ventana. Uno de los helechos más altos le cosquilleó la barbilla y se echó atrás. Los helechos estaban muy sanos. La alfombra de flores que estaba pisando parecía muy bien cepillada. Se veía preciosa bajo sus pies. Sus zapatos eran muy nuevos. Los estaba estrenando por casa, pero no debía haberlos llevado al jardín. Por suerte era un día seco. Los zapatos estaban tan limpios y brillantes como al ponérselos por la mañana temprano. Bennie estaba allí a sus pies, naturalmente, mirándola. También a Bennie se lo veía muy guapo. Le relucía la nariz y sus ojillos marrones parecían llenos de vida. Tenía el pelaje blanco como la nieve y muy lanoso. El día anterior lo había bañado. Parecía un perro nuevo. Abrió la boca para captar su atención y la señora Bagot se fijó en que tenía los dientes fuertes y blancos de un cachorro.

Bennie era inteligente. Sabía por qué ella estaba mirando por la ventana. Sabía que miraba a las niñas. Bennie les dedicaba a las niñas la misma paciente devoción de siempre, pero incluso mientras dormía, vigilaba a la señora Bagot intentando captar cualquier migaja de afecto que ella pudiera dedicarle. Las niñas crecerían, pero Bennie seguiría igual, con el mismo tamaño, la misma expresión. Años después, Bennie se mantendría en la memoria de la señora Bagot exactamente igual que en aquel instante. Nunca habría otro perro como él, pensó. Era un chucho muy particular. Mientras lo miraba se le llenaron los ojos de lágrimas, pero sonrió. Luego empezó a apresurarse. Corrió por la habitación y el vestíbulo y abrió la puerta principal a toda prisa. Quería ir con las niñas enseguida. Quería hablar con Lily, elogiarla por haber sido buena, coger en brazos a Margaret. Deseaba levantar a Margaret de la alfombra. No podía esperar a rodearla con sus brazos y llevarla corriendo a casa mientras todavía fuese pequeña y pudiera cogerla en brazos como a un bebé.

Martin Bagot sabía muy bien que era su aniversario de boda y la idea lo incomodaba y lo irritaba. Las cosas estaban bien como estaban, no quería recordatorios de ninguna clase. Quería que lo dejaran en paz. Cuando vio a Delia titubear al llevarle la bandeja del desayuno, pensó que sabía lo que iba a decirle y sintió que le invadía el pánico. Luego, cuando ella salió de la habitación sin decir nada se sintió contento, avergonzado pero contento.

En los últimos tiempos tenía la sensación de estar aplazando las cosas. Solo tenía esa impresión cuando estaba en casa o camino de casa y le habría gustado posponer su retorno a casa indefinidamente. Le habría gustado descansar de sí mismo. Cuando estaba en casa se detestaba a sí mismo. Aquel sentimiento de auto odio se intensificaba con los días. Él se daba cuenta de que iba a peor, porque a veces recordaba su sensación de seis meses atrás y lo que entonces le había parecido doloroso no era nada comparado con lo que sentía ahora.

Quería tiempo para pensar. Quería una oportunidad para separar la odiosa imagen que tenía de sí mismo de su yo real, para dar un paso atrás y decidir qué hacer. Una frase le venía a la mente y le llenaba los ojos con lágrimas de vergüenza: «Una mujer y una familia como una soga al cuello». La frase lo torturaba. «Tiene una mujer y una familia y son como una soga al cuello.» Era una frase corriente y no sabía por qué lo obsesionaba, porque no describía su caso ni su actitud hacia Delia y las niñas. Él no se sentía así. Su vida no era tan reducida como para sintetizarla con una frase como aquella. Su vida no se había convertido en eso porque él no podía reducirse a eso. Él no era un hombre corriente. Él, Martin Bagot, podía definirse como un hombre que tenía una mujer y una familia como entorno, pero no «como una soga al cuello». Por eso necesitaba tiempo para pensar, para liberarse de una vez por todas de aquella odiosa personalidad que actuaba como si se tratara de un desgraciado con una mujer y una familia como una soga al cuello. Detestaba la casa cuando se sentía así porque sentía que la casa lo transformaba. Cuando estaba lejos de casa, se sentía bien y podía convencerse de que Delia estaba bien. Después de todo, ella tenía la casa y a las niñas, ¿qué más podía desear? Tenía una vida. Eso se decía a sí mismo. Pero en el instante en que entraba en casa se sentía nervioso y acosado, como si la casa estuviera llena de gente esperándolo para que dijera la única palabra que los haría felices.

Delia no parecía tener recursos propios. Cuando lo miraba, la expresión

de sus ojos lo ponía frenético. Siempre temía que ella dijera algo que haría derrumbarse la casa en sus oídos antes de darle tiempo a decidir qué iba a hacer. Y aquel día, en la mañana de su aniversario, cuando ella salió de la habitación sin decir nada tras aquel significativo titubeo, él sintió un repentino afecto por ella, y gratitud por el hecho de que no hubiera dicho nada que le hiciera sentir incómodo. Tal vez, después de todo, ella comprendía. No se detuvo a pensar qué era lo que comprendía, qué podía ser. Con su silencio aún refulgiendo en torno a él, se sentía aliviado y feliz, y también justificado, como si hubiera competido con la dificultad a base de un gran esfuerzo y hubiera obtenido una victoria bien merecida, que nunca se hubiera atrevido a soñar. Se sintió mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo y se tomó el desayuno con apetito.

Aquella noche, cuando volvió a casa, aún se sentía animado. Entró en el oscuro recibidor y corrió escaleras arriba sin tocar la barandilla, que crujía ruidosamente en el silencio de la noche como el primer día en que Delia y él entraron en la casa, cuando estaba vacía y llena de sonidos huecos. Estaba cansado y ansioso por dormir. Tenía tanto sueño que su mente ya se hundía confortablemente en las horas silenciosas y oscuras que lo esperaban. Sus pensamientos flotaban somnolientos frente a él, arrastrándolo hacia la habitación donde descansaría. Pero cuando abrió la puerta y encendió la luz, se despertó por completo. Miró las flores de Delia y se sintió traicionado y sacudido, como si ella le hubiera tendido una trampa. Aunque no hablase, aunque no estuviera en la habitación, Delia lograba transmitirle su reproche. No había escapatoria. Y tampoco podía luchar con ella. No había ninguna manera de tratar con ella. Había llegado a pensar que Delia no sabía por qué hacía las cosas que hacía. Se la imaginó de pie en la habitación, poniendo las flores en la mesa, mirando alrededor y saliendo otra vez, cerrando la puerta para que los animales no pudieran entrar y molestarle, imaginando todo el tiempo que estaba siendo «buena». Delia no entendía por qué hacía las cosas y no podía reconocerlo ante sí misma. No lo sabía y ese era el verdadero problema. Por lo que respectaba al resto del mundo, lo único que ella parecía capaz de comprender era la necesidad de obediencia. Siempre hacía lo que le decían y luego esperaba a que le dijeran una vez más qué debía hacer. No tenía voluntad propia. Incluso pensar en ella le irritaba. Era una gran carga para él. No es que fuese perezosa. Siempre estaba en acción, siempre estaba haciendo

algo en la casa o en el jardín, y si se sentaba aunque fuese un minuto se llevaba su labor de punto o la costura o bien aprovechaba para remendar. Pero la casa, el jardín e incluso las niñas le servían de camuflaje y cuando el camuflaje terminaba y estaban los dos solos, Martín no podía soportar la vista de su rostro pasivo, sus manos pasivas, su cuerpo pasivo. Solo quería huir de ella. Cuando estaban solos, ella parecía sin vida, y si había una palabra que definiera su expresión era vergüenza. Aquella vergüenza irritaba a Martín, porque le parecía artificial, y pensaba que ella podía elegir otra expresión si quería, una expresión más animosa.

Y ahora aquellas flores, que ella había puesto para recordarle a él, *demasiado tarde*, su aniversario de boda. La habitación que lo rodeaba solo hablaba de amor. Y era aquel afecto de ella lo que lo llevaba a la desesperación, aquel afecto constante al que no podía corresponder, ni quería, pero que no podía evitar. Cogió el cuenco de flores de forma tan descuidada que se derramó agua y tuvo que poner la otra mano para sujetarlo. Llevaría las flores abajo y las dejaría en algún sitio y por la mañana no diría nada de ellas. Y si ella las mencionaba, diría simplemente que no le gustaban las flores en la habitación. No tenía opción. Tenía que sacarlas de allí. Lo ponían enfermo. Al volverse de la mesa, las flores se deslizaron hacia un lado y cuando intentó enderezarlas, el cuenco le cayó de la mano al suelo y se rompió en tres trozos grandes, sin hacer apenas ruido sobre la alfombra. Se agachó y recogió dos de las piezas y las unió, luego volvió a agacharse y recogió todos los pedazos y las flores y lo puso todo encima de la mesa. Después se sentó en la silla y se cubrió la cara con las manos. No habría querido que ocurriera algo así. Por nada del mundo quería quitarle sus cosas a Delia, ni hacerle daño. La pobre no había tenido mala intención. Él podría haber dejado las flores en paz. No le habría pasado nada por dejarlas una noche en la habitación.

Sabía que lo que había intentado hacer era mucho peor que lo que había hecho en realidad. Ahora estaba asustado de su intención. Más que asustado, estaba aterrado. Y, a efectos prácticos, había conseguido lo que se proponía. La rotura del jarro lo había despertado de una pesadilla profética y ahora sabía que pasaría el resto de su vida bajando furtivamente las escaleras con el cuenco de flores en las manos en aquella casa durmiente. Ah, sí. Una y otra vez. Lo sabía. La tentación siempre sería demasiado fuerte, la tentación de provocar o de lo que fuese. Su decepción de ella siempre lo dominaría. Se

levantó. Ahora tendría que bajar a coger algún jarro o un vaso donde poner las flores porque, sin agua, por la mañana estarían muertas.

En el rellano, miró el corto tramo de escaleras, cinco escalones, que llevaban a los dos dormitorios. Las puertas estaban cerradas y, tras ellas, Delia y las niñas dormían, lejanas dentro de sí, sin pensar en él. Su profundo sueño convertía la casa en un refugio y Martin pensó: «Si esta noche pudiera durar una semana o dos, tendría tiempo de enderezar las cosas en mi cabeza y luego sabría qué hacer...». Si solo siguieran durmiendo felizmente así durante un tiempo, él podría pensar. Pero la llegada del día, que se produciría en unas horas, se erguía en su mente como una altísima ola, aún más terrible porque en veinticuatro horas la seguiría otra ola, y luego otra. No había fin para los días que vendrían, y los más lejanos, a años de distancia, ya estaban haciendo acopio de fuerzas mientras él esperaba en el rellano. Era una perspectiva despiadada. No había manera de escapar de aquella casa, que ahora parecía contener todo su futuro, así como una gran parte de su pasado.

Delia no sabía nada de aquello. Nunca podría entender su sufrimiento, ni siquiera aunque él intentara explicárselo. Era un hombre solitario. Siempre había sido una figura solitaria, más o menos, pero ahora estaba más solo que nunca. Estaba orgulloso de su soledad y la comprendía. Sabía que era lo que lo diferenciaba. Creía que su inclinación por la soledad procedía de una profunda fuente de su naturaleza y que lo hacía más sensible que los demás hombres, y al mismo tiempo más fuerte, una especie de visionario. Tal vez fuese difícil convivir con él, pero el problema de Delia no era esa dificultad, sino que ella no le apreciaba. Delia no sabía nada de él, no lo comprendía ni lo comprendería nunca. Él había renunciado a esperar que lo entendiera. Delia continuaba siempre adelante, «mejorando» la casa y trabajando en el jardín, ahorrando para unos metros de linóleo nuevo o unas nuevas cortinas, a menudo perdiendo el tiempo, y en aquel momento, de pie en el rellano, Martin se sintió más él mismo que nunca en los últimos tiempos y no sintió solo la necesidad de tener paciencia con Delia sino también compasión, porque estaba tan ciega y era tan frágil y vivía como un pequeño topo, sin tener ni idea de lo que podía ser la vida fuera de aquellas endebles y ordinarias paredes.

Empezó a bajar las escaleras. Aquella mañana no iba a ser tan difícil después de todo. Cuando ella llegara con la bandeja, Martin le enseñaría los trozos rotos y le diría que había cogido las flores para admirarlas y se le

habían caído de las manos. Le mostraría cómo las había salvado para ella en un vaso de agua, y le prometería comprarle un nuevo jarro de cristal tallado. Llevaría el nuevo centro de mesa con él aquella misma noche y, si no era muy caro, añadiría también un cuenco pequeño con el mismo dibujo. A Delia le gustaban las cosas que hacían juego. Ella no le preguntaría sobre lo que había ocurrido realmente. Estaría muy contenta de que él se tomara la molestia de traerle un nuevo jarro. Le diría que no se molestara, pero él insistiría. Ella no mencionaría el aniversario. No habría ningún momento embarazoso. Martin sabía que Delia tenía tan pocas ganas de montar una escena como él, y en cualquier caso, los dos tenían que pensar en las niñas.

LA ALFOMBRA DE ROSAS

Habían quitado la alfombra beige estampada con grandes rosas del suelo del salón de delante, la habían llevado por el recibidor y la cocina hasta el jardín y ahora estaba extendida en la hierba, donde una mujercita de expresión severa la estaba sacudiendo y cepillando. Era la señora Bagot. Pensaba que era gracioso que sus dos niñas, que deberían estar tomando el aire, estuvieran dentro de casa mientras que la alfombra estaba tomando el aire en la hierba. Había que airear la alfombra aprovechando que había habido una larga temporada de sequía. Hacía al menos dos semanas que no llovía y la hierba estaba completamente seca. Necesitaba agua, y aún necesitaría más tras quedarse allí aplastada por la alfombra. Pero gracias a que la hierba estaba seca, la alfombra estaba a salvo, no le saldrían manchas de humedad. La alfombra estaba a salvo y la hierba estaba salvada (aunque salvada fuese una palabra demasiado fuerte): no habría peligro de que se marchitara. Luego se ocuparía de refrescar la hierba. Y la alfombra quedaba preciosa, como si se hubieran descubierto los verdaderos cimientos del jardín y estuvieran llenos de rosas.

Lily Bagot, que tenía siete años, tenía fiesta en el colegio porque una de las monjas había muerto. Lily quería salir al jardín y sentarse en la alfombra e irse volando a algún sitio, pero la señora Bagot le había dicho que no. La alfombra estaba en el jardín para sacudirla, no para sentarse ni convertirse en lugar de juego. Pero sentarse en la alfombra y salir volando a algún sitio también le habría gustado a la señora Bagot, aunque no admitió ante Lily que estaba de acuerdo con ella. Se sentarían en la alfombra las dos niñas y Bennie, el perro, y luego desaparecerían hacia alguna parte, aunque solo fuera esa tarde o parte de ella. Desaparecer un rato no le haría daño a nadie y sería muy relajante alejarse de la casa sin tener que salir por la puerta principal y

saltándose la rutina de recorrer el callejón, donde todo el mundo las veía.

Pero toda aquella ensoñación no servía para acabar el trabajo. Era una lástima que Lily tuviera que quedarse encerrada en casa, pero no podía evitarse. En cuanto la alfombra estuviera de nuevo en el suelo, Lily podría salir y mientras estaba ocupada en el dormitorio con Margaret. Margaret tenía cinco años y estaba en la cama con un trancazo. Margaret siempre se sentía sola cuando la dejaban en su habitación y cuando se sentía sola chillaba. No tendría opción de chillar con Lily charlando y desafiándola.

Tras la espalda de la señora Bagot, el laburno estaba en perfecta floración. Mirándolo era fácil pensar que el amarillo era el único color verdadero. Algo —una abeja gorda o cualquier otro insecto— hizo que cayera una de las flores amarillas, que flotó incierta hacia la alfombra y acabó posándose allí, sobre el descolorido tallo verde de una de las rosas centrales. La señora Bagot alargó la mano para salvar a la pequeña víctima del polvo y de su propia violencia, pero luego se irguió para estirar la espalda. Oh, qué agradable sentir la fuerza de la espalda al enderezarse. Se dio cuenta de que estaba cansada. Lo sabía por la sensación de su espalda. No eran imaginaciones suyas. Por más que ella imaginara, su espalda le diría la verdad y ahora le decía que estaba cansada. Era muy agradable notar los músculos recolocándose e intentando encontrar su propia forma de nuevo, y ella prestó atención a sus quejas y los compadeció vagamente. Lo que necesitaba era un buen estiramiento. Le habría gustado estirarse toda, los brazos hacia arriba, quitarse así el cansancio del cuerpo, pero apenas podía empezar siquiera allí en el jardín. La señora Finn pensaría que le ocurría algo y se acercaría al muro que separaba sus jardines y empezaría a hablar en voz alta de enfermedades y síntomas.

La señora Bagot sabía que debía ir a la cocina y sentarse un momento y luego volver a salir y terminar el trabajo con la alfombra. Pero se quedó allí erguida bajo la suave luz del sol, con el laburno proyectando una sombra de color amarillo oscuro tras su cabeza. La idea de estirarse y descansar le había barrido cualquier cosa de la cabeza, excepto la palabra dormir. Dormir, la idea le llenaba la mente, se evaporaba, nublaba sus pensamientos y se preguntó cómo aquella palabra podía ser tan distinta e indistinta al mismo tiempo, como si se escribiera en el cielo.

Avanzó hacia la casa, apenas unos pasos. El camino de cemento entre la hierba y el muro de piedra de la casa se veía muy limpio y despejado; lo había

barrido ella al arrastrar la alfombra. Se apresuró hacia la cocina y se estiró en el vestíbulo. Las niñas llevaban demasiado tiempo calladas. Ya estaba a punto de subir las escaleras cuando oyó un ruido desde la sala: Lily, naturalmente, no obedecía. Lily estaba echada boca abajo en el suelo de madera desnudo de la sala. Intentaba mirar por entre las tablas, enfocando primero con un ojo y luego con el otro y también ayudándose con las manos, inclinadas como anteojeras a ambos lados de la cara. Miró a su madre y sus ojos denotaban que estaba dispuesta a batallar.

—Lily, pensaba que estabas arriba —dijo la señora Bagot y luego se detuvo. Al fin y al cabo, Lily no tenía a menudo un día libre sin clase—. No importa, Lily, no estoy enfadada ni nada. Es solo que no me gusta que estés aquí sola. ¿Y qué intentas ver a través del suelo?

Era fácil y rápido de contar. Le habían dado a Lily dos peniques y se los habían guardado fuera de su alcance, en la repisa de la chimenea del saloncito de atrás, pero ella había conseguido alcanzarlos, había cogido uno de ellos, lo había encajado entre las maderas, había resbalado y desaparecido. Y solo estaba intentando ver si el penique cabía entre las maderas.

—Supongo que es culpa mía —dijo la señora Bagot—. Tendría que haber dejado que cogieras al menos una de las monedas, así no habrías sentido tanta curiosidad. Bueno, no volverás a ver ese penique. Se ha ido para siempre. No importa. Ya ha ocurrido antes y volverá a ocurrir. Nada más llegar a esta casa yo perdí una moneda de seis peniques. Se me cayó de la mano y rodó hasta ahí. Acababa de cogerla y desapareció bajo la casa. Los cimientos de esta casa deben de estar hechos de dinero.

—¿Cuándo lo recuperaremos? —preguntó Lily.

—Ah, ¿cómo quieres que lo sepa? Tendrían que arrancar los tablones del suelo. Haces demasiadas preguntas. ¿Te vas a quedar ahí o vienes arriba conmigo?

—Tú haces demasiadas preguntas —repuso Lily—. Iré arriba contigo.

La ventana del dormitorio de atrás, donde estaba Margaret, daba al jardín y, más allá del jardín, a las pistas de tenis y aún más allá, pero demasiado lejos para distinguirlas, estaban las colinas de Dublín. La alfombra favorecía el jardín, pensó la señora Bagot. La alfombra y el laburno juntos componían un cuadro. Otra vez tenía sueño. Era una tontería. No tendrían un día como aquel en mucho tiempo y ella solo pensaba en perderlo durmiendo. La alfombra en la

hierba era una invitación. Estaría bien echarse allí al aire libre y soñar, no dormir. Envidiaba a la gente que se sentía libre de hacer lo que deseara, sin intimidarse ni avergonzarse. Había muchas mujeres que podrían echarse en la hierba o en la alfombra y que no se sentían inferiores ni se preguntaban qué pensarían de ellas los demás. A la señora Bagot le habría gustado ser así. Esas personas tenían mucha suerte.

Echó la persiana y la brillante habitación se volvió oscura —azul oscuro — y luego ella se acercó a la gran cama de cobre que compartían Lily y Margaret. Estaba cubierta por una manta de retales roja y blanca que colgaba por los lados hasta el suelo. Margaret estaba sentada, apoyada en almohadas, y, junto a ella, dos gatos (uno naranja y otro negro) se habían atrincherado cómodamente. A sus pies, el terrier blanco de pelo duro, Bennie, yacía de costado. Bennie tenía la pata cubriéndose prudentemente el ojo, pero ondeaba la cola esperanzado. Los gatos, con los ojos abiertos y cautelosos, no se movieron. El más gordo y anaranjado, Rupert, ronroneaba muy alto, metódicamente. Era su única habilidad y se enorgullecía de ella. Nunca dejaba de ronronear. Ronroneaba a los amigos, a los desconocidos y a los muebles. Unas horas antes se había echado, ronroneando, en una de las ramas más finas del laburno y había seguido ronroneando incluso cuando perdió el equilibrio y se quedó colgado como un tonto de las patas delanteras, mientras se preguntaba si dejarse caer en la hierba o si intentar encaramarse de nuevo. Ronroneaba por su vida y nadie sabía si era realmente tonto o amistoso de verdad. Margaret le había puesto la mano en las costillas, para notar su ronroneo. Su otra mano estaba en las finas costillas de Minnie. El ronroneo de Minnie era bajo y premeditado. Solo ronroneaba de pura felicidad. Ahora estaba ronroneando, pero solo Margaret podía notarlo.

—Déjalos que se queden —le pidió Margaret a su madre—. Hoy se han portado muy bien.

—Pueden quedarse —dijo la señora Bagot—. Si los mando para abajo, saldrán a arrancar las rosas de la alfombra. Y Bennie también puede quedarse. Si ve la alfombra allí fuera, querrá arrastrarla de vuelta a la casa. Pero ahora tú tienes que echarte y dormir. Tienes que cerrar los ojos.

Lily se rio.

—Valdría la pena ver a Bennie arrastrando la alfombra hasta casa —dijo.

Margaret dormía en el lado izquierdo de la cama. El sitio de Lily estaba a

la derecha, cerca de la puerta. Cuando la señora Bagot sacó la almohada sobrante de detrás de la espalda de Margaret, se inclinó y la besó y ella le devolvió el beso. Margaret se quedó mirándola fijamente mientras se decían adiós. Se resistía al sueño hasta el último minuto, con susurros, susurrando sus temores y anhelos, como si creyese que el sueño la escucharía y la perdonaría, porque era muy interesante escucharla. Estaba susurrando y su voz apenas sobresalía sobre el laborioso ronroneo de Rupert.

—Quédate conmigo —murmuró—. No te vayas. Quédate aquí conmigo.

La señora Bagot le sonrió, levantó la vista y sonrió a Lily.

—Ah, siempre con sus trucos —dijo Lily—. Siempre los truquitos de Margaret.

—Margaret, no puedo quedarme —dijo la señora Bagot—. Tengo que bajar a acabar con la alfombra —rodeó la cama y se quedó al otro lado, junto a la puerta abierta—. Y ahora, a dormir. ¿De acuerdo?

—Quédate conmigo —susurró—, solo un minuto, solo un minuto. Quédate conmigo. No te vayas. Un minuto, quédate. Luego me dormiré.

—Ah, Margaret —dijo la señora Bagot, y se inclinó sobre la cama y le alisó a Margaret el pelo de la frente. Luego empezó a bostezar, se volvió y hundió la cabeza en la almohada de Lily hasta que el bostezo cesó. La almohada era muy suave. Hundió la cara en ella, estiró las piernas y se quedó allí echada—. Oh, qué agradable —dijo y se quitó los zapatos, uno y luego el otro—. Ponlos en el suelo, Lily —dijo—, me quedaré un minuto hasta que Margaret se duerma.

Lily cogió los zapatos, los puso en el suelo y se quedó mirando a su madre.

—Se te ve muy lisa en la cama —dijo.

—No dejes que me duerma, Lily —le pidió la señora Bagot.

—Mamá, ¿puedo hacerte otra pregunta?

—Dime, Lily.

—Si la casa estallara, ¿recuperaríamos el dinero?

—¿Qué dinero? ¿De qué estás hablando?

—El dinero que está debajo del suelo.

—La casa no va a estallar. No deberías pensar cosas así.

—Pero podría estallar, ¿no? Podría estallar.

—Podría, pero no estallará. ¿Te callarás de una vez para que se duerma

Margaret?

—¿Por qué no?

—Porque... Verás, la casa no estallará porque estamos viviendo en ella. Y ahora basta, Lily. Quiero que Margaret se duerma.

—Tengo otra pregunta para cuando bajemos —dijo Lily.

La señora Bagot sintió sus brazos y piernas hundiéndose en la cama, como si quisieran sujetarla allí, y sus hombros empezaron a relajarse, pero no lograba colocar bien la cabeza. El peinado era un obstáculo, de modo que levantó el brazo por encima de los ojos, se quitó las horquillas, se soltó el moño sobre la almohada y el pelo le cayó como en cascada.

—Oh, espero que nadie llame ahora a la puerta —dijo la señora Bagot—, pensaría que soy una loca, con el pelo desmelenado en pleno día.

—Esperemos que no venga nadie —dijo Lily.

—Avísame cuando caiga Margaret —dijo la señora Bagot—. Y me levantaré. No me dejes dormir, Lily.

Margaret ya había caído. Se dormía muy deprisa; y la señora Bagot se durmió también. Antes de darse cuenta, se había dormido. Margaret dormía con el brazo derecho junto a su gato naranja favorito. Bennie también dormía. Minnie, al notar algo insólito, avanzó por la cama y se tendió felizmente sobre la larga melena castaña de la señora Bagot, el mejor nido que podía imaginar. Todos dormían apaciblemente. No había un solo ruido en la casa. Nadie vino a llamar a la puerta. Nadie las veía. Allí, en la cama, podrían haber sido invisibles, o estar encantados, y, al menos por aquellas horas, olvidados.

Abajo, en el jardín, Lily se sentó en la alfombra y viajó sin demora a París. De París fue a España, donde titubeó, flotando en el aire, intentando recordar el nombre de la capital española. El esfuerzo de memorizar la hizo echarse, y, mientras yacía allí con los ojos cerrados, la alfombra dio la vuelta y volvió hacia casa, al jardín, aterrizó suavemente sobre la hierba, exactamente igual que cuando la idea de dormir llevó a la señora Bagot lentamente hacia la casa que podía estallar pero nunca estallaría. Nunca, nunca. Aquella casa nunca estallaría.

UNA SOMBRA AMABLE

La señora Bagot echaba de menos a las niñas. Se habían ido hacía veinticuatro horas. Era exactamente el mismo tiempo que había pasado desde que las dejara en el tren, al cuidado del guarda, enviándolas a casa de sus hermanos en el campo, donde iban a pasar un mes. Le habría gustado que el mes ya hubiera transcurrido. No sabía qué hacer consigo misma cuando estaban fuera. Sin ellas, la casa no tenía sustancia ni sentido. Su ausencia significaba una casa solitaria y la señora Bagot sentía que la casa la hacía sentirse sola. Aunque iba a estar preciosa cuando las niñas volvieran. Ya estaba planeando lo que haría para darles la bienvenida. Iba a poner flores por todas partes, cortarías todas las flores del jardín. Y haría un pastel y encima le pondría los nombres de ellas en glaseado: «Lily» y «Margaret». Además, iba a hacer otras cosas, pero aquellos preparativos, que había memorizado y organizado al minuto, aún le dejaban un mes por delante y ella sabía que una mujer adulta debía tener una vida propia. Aunque tuviera hijos, una mujer tenía que contar con una vida que defender cuando los niños iban al colegio o estaban un tiempo fuera. Lo sabía. No estaba bien sentirse tan perdida en sus hijas que no pudiera encontrar rastros de sí misma cuando se iban. ¿Qué haría cuando creciesen? Por supuesto, era absurdo pensarlo, no solo absurdo, sino también morboso. Estaba dejando correr su imaginación. Se haría una taza de té y se animaría. El té la animaría. Pero siguió sin moverse. Continuó de pie junto al ventanal, mirando al jardín.

Era el ventanal de la sala, muy grande, de guillotina, casi cuadrangular, y en aquel momento muy desnudo porque había descolgado las cortinas para lavarlas. El jardín apenas se veía a través de la lluvia. El rosal amarillo parecía lejano, una mancha fija y brillante, como una farola en la niebla. Y las otras flores, no tan íntimamente concentradas en torno a un centro como las

rosas, ni tan bien definidas, parecían moverse por su cuenta, nadando lentamente por el húmedo aire gris y colocándose en dibujos distintos de los que ella había imaginado y visto nacer a medida que avanzaba el verano. Aquella era la lluvia más fuerte que había caído desde hacía tiempo y ella estaba contenta de verla: era necesaria. Y estaba contenta de que hubiera sido aquel día y no el anterior. A las niñas no les habría gustado viajar con lluvia. Les hacía ilusión la vista que tendrían por las ventanillas del tren. Y además, tener que preocuparse por la humedad de los pies y la cabeza. Sí, era una suerte que no hubiera llovido antes.

Aquella mañana temprano, al ver que la lluvia arreciaba, había salido a cortar todas las rosas abiertas. Había cortado las blancas, las rosas y las rojas, todas excepto las amarillas. El rosal amarillo estaba ya en el jardín cuando Martin y ella llegaron a la casa y Delia sentía un gran afecto por él, porque le parecía que la había animado a ponerse a trabajar y lograr el hermoso jardín que ahora tenía. Raras veces cortaba una rosa amarilla, y aquel año, cuando florecieron, las rosas de aquel arbusto se habían ordenado tan maravillosamente como si un gran artista las hubiera hecho crecer de un modo preciso y acorde con una imagen que tuviera previamente en la mente. Y aquella mañana había dejado que todas las rosas amarillas sobrevivieran o cayeran juntas. Por lo que veía, seguían allí, en una forma circular que se ahusaba levemente hacia la copa; una densa, delicada bola amarilla como un ornamento de Navidad o el tejado de una construcción oriental. Era una disposición fortuita. Tal vez no volviese a producirse nunca. Y ella estaba contenta de no haberla alterado.

Las rosas blancas, las rosas y las rojas formaban un buen puñado. Las había puesto en su dormitorio, en la sala delantera y en el vestíbulo, y luego, alocadamente, había puesto unas pocas en el cuarto de las niñas para que no pareciera tan desierto. Cuando escribiera a Lily y Margaret aquella noche les diría que había flores esperándolas en su habitación, junto a la ventana, en la mesita llena de marcas de tiza y tinta y pegajosa de plastilina. La ventana del cuarto de las niñas coincidía con aquella ventana donde ahora estaba ella: ellas tenían el dormitorio de atrás. El papel de las paredes de aquella habitación tenía un color crema y estaba cubierto de guirlandas de florecillas azules en miniatura. Las flores estaban descoloridas y eran tan indistintas como las flores del jardín bajo la lluvia. El papel estaba muy viejo y, como el

rosal amarillo, estaba ya en la casa cuando Martin y ella llegaron, años atrás.

Todas las ventanas de la casa estaban bien cerradas contra la lluvia, pero la humedad se filtraba al interior. La señora Bagot se volvió desde la ventana. Tenía los pies y las piernas fríos; así era como la gente contraía reumatismo. En un día tan malo como aquel, si las niñas hubieran estado allí, habría encendido el fuego horas antes aunque fuese una extravagancia. Era absurdo arriesgarse a contraer resfriados y tos. Cogió las cerillas de la repisa de la chimenea y se arrodilló en la alfombra que había frente al hogar. Hacía dos o tres semanas que no necesitaban encender un fuego y los troncos estaban escondidos bajo una capa de bolitas de papel, que Lily habría tirado allí, lo sabía. Lily siempre estaba buscando un código fácil de escribir e imposible de descifrar para todo el mundo excepto para ella. La señora Bagot pensó en abrir las bolas para verlas, pero luego lo pensó mejor. Si seguía pensando tanto en sus hijas les daría mala suerte. Encendió la cerilla con impaciencia y fue encendiendo aquí y allá los periódicos que había sobre la rejilla. Tenía lágrimas en los ojos. Quería que las niñas se divirtieran, pero se preguntaba si pensarían en ella en algún momento cuando estaban lejos. Se enamorarían de su tía y sus tíos. Volverían a final de mes suspirando por la granja y los animales y la libertad que habían tenido allí. Eso no ayudaba. Pero quizá fuera mejor así.

Empezó a levantarse cuando un cuerpo cálido tocó el suyo. Era Bennie, el terrier blanco, que había abandonado su sueño en la alfombra junto a las puertas correderas al oír una cerilla y un fuego que se prendía. El perro la miró. Tenía unos ojillos color castaño con una mirada de perro pobre y callejero, y orejas lacias, pero la línea que iba de su hocico negro a su barbilla era fina y recta y ella les decía a menudo a las niñas que Bennie tenía un buen linaje. Lo rodeó con el brazo y sintió lo cerca que estaban sus finos huesos de las lisas volutas de su pelaje blanco. Se preguntó cuántos años tendría. No podía decirse la edad de un perro callejero y el pobre Bennie estaba en las últimas cuando ella lo encontró en la calle una mañana, de camino a misa, y se lo llevó a casa. Podría haber pasado a su lado sin verlo, pero unos niños lo estaban atormentando y ella sabía que no podría mirarse nunca más a la cara si lo abandonaba a la crueldad de los chiquillos. Ahora, Bennie llevaba cinco años en la casa. A veces parecía un cachorro y otras, un perro adulto y muy pensativo. Era muy fiel. Ni una sola vez había intentado

mordisquear a las niñas. Tampoco había mordido nunca a los gatos, aunque Rupert, el gatito anaranjado, era muy ansioso y a veces ponía el morro en el plato de Bennie con la esperanza de quitarle un bocado.

—Bennie, perrito bueno —dijo la señora Bagot, y lo apretó contra su costado y él estiró el cuello hacia ella y la tormenta de devoción de sus ojos no podría haberse expresado nunca en palabras. Su silencio ardía de devoción y así sería mientras estuviera vivo.

Ella se frotó el hombro, le sonrió y luego se incorporó. Se movía con facilidad, se levantaba igual que se arrodillaba, sin esfuerzo, pero cuando estaba de pie, se sintió mareada. No se había molestado en comer nada a la hora del desayuno. Se había tomado una taza de té al levantarse y luego, a media mañana, más té, y nada más. Se había enfadado con las niñas a la hora del desayuno, porque enfadándose al menos no las añoraba tanto, y luego, a mitad del día, cuando su falso enfado y su pretexto se habían desvanecido, se había avergonzado con la idea de comer sin poder compartir la comida con ellas.

Pero bueno, tenía que parar de pensar así. Ya era mayorcita para dejarse llevar por un flujo de pensamientos como aquellos. Al principio de su matrimonio, Martin la había advertido mucho en contra de pensar demasiado, ya que pensar llevaba a la autocompasión, y ya había demasiada autocompasión en el mundo. Le había dicho que tenía que dejar de forzarse, dejar de *intentar* pensar, puesto que tenía una inteligencia limitada y si ponía demasiada tensión en ello, solo conseguiría pasarlo mal.

—No quiero que lo pases mal —le había dicho y ella recordaba el tono afectuoso que tenía entonces al hablarle.

Las cosas habían cambiado desde la muerte de Jimmy. Ahora Jimmy tendría diez años, casi tres años más que Lily. Pobre pequeño, solo había vivido tres días y ella no se había recuperado hasta mucho tiempo después, y tal vez había dicho cosas que no había que decir. Ahora sentía haberlas dicho, aunque solo las recordaba vagamente, pero cuando pensaba en aquella época, su mente se volvía vaporosa y sentía que la dominaba un sopor y sabía que era poco saludable, que no era la actitud mental que le convenía. Cuando las niñas estaban en casa tenía que ocuparse de ellas y le era más fácil no permitir que sus pensamientos retrocedieran en el tiempo libremente. Y debía recordar que Martin era siempre afectuoso con Lily y Margaret, muy buen padre. Las quería

mucho y a veces, los domingos por la tarde, se las llevaba de paseo. Siempre le preguntaba a Lily por su trabajo escolar, se interesaba por ella. E inventaba juegos para Margaret, para hacerla reír. Lily se parecía mucho a él; era muy lista y siempre tenía buenas notas. Tal vez estaba muy segura de sí misma, pero era buena chica, y la señora Bagot estaba segura de que mañana llegaría una carta suya. Allí donde estaban ahora las niñas, en el campo, el cartero hacía sus rondas en bicicleta, y Lily habría estado pendiente de él aquella tarde.

Allí también debía de estar lloviendo, lloviendo sobre los árboles, los prados y la casa, que se erguía al final del camino del pueblo. El camino tenía un kilómetro y medio de largo —un largo recorrido para ir en bicicleta—, pero el cartero habría llegado con la carta que ella les había mandado secretamente dos días antes, cuando las niñas aún estaban con ella, y Lily lo habría estado esperando con la idea de darle la carta para su madre.

Y la carta llegaría a Dublín en el tren de la noche y estaría allí por la mañana. Bueno, pensó la señora Bagot, con suerte, la respuesta le llegaría por la mañana, pero si venía con el correo de la mañana tendría que dársela a Martin. Él preguntaría si había carta de Lily para llevársela a la oficina y enseñar a sus colegas lo lista que era su hija. Y entonces lo más probable era que ella no volviese a ver la carta. Se quedaría en la oficina y se mezclaría con los papeles de su mesa y tal vez la tiraría si no la cogía nadie. Ella le pediría a Martin que la trajera y él prometería que iba a hacerlo, pero se le olvidaría, y ella podía pedírselo una segunda vez, pero no una tercera porque sería darle demasiado la lata. Y todo aquello demostraba lo poco que ella significaba en el mundo para nadie, excepto para las niñas. Y para Bennie y los gatos. Martin se oponía a tener animales, le había dicho que se deshiciera de ellos, pero ella se negaba. En ese tema se había plantado. De todas formas, él apenas los veía. Se levantaba tarde, lógicamente, considerando que tenía que trabajar hasta altas horas de la noche, y ella le llevaba el desayuno en una bandeja, y luego él se vestía, salía y volvía de madrugada. No le gustaba que ella lo esperase, aparte de que ella tampoco podía, porque tenía que dormir para luego atender a las niñas como hacía falta. Pero ella le habría esperado si él lo hubiera querido así. Lo cierto es que las veces que la había encontrado despierta, cuando él llegaba a las once de la noche, por ejemplo, en lugar de a la una o las dos, él había entrado, había colgado su abrigo y su sombrero en el vestíbulo y se había ido escaleras arriba a su habitación sin decirle siquiera

buenas noches. Había veces en que parecía que él no pudiese controlar su desagrado hacia ella, aunque ella sabía muy bien que en realidad no le desagradaba. Una noche, no hacía mucho tiempo, él había entrado en el dormitorio de delante, donde ella dormía, y la había despertado para pedirle que le calentara un poco de leche, y cuando ella se la llevó, él le dio las gracias y le dijo que no sabía qué haría sin ella. Ella volvió a su cama y se quedó allí echada en un éxtasis de gratitud, una gratitud que no comprendía ni cuestionaba. Sabía positivamente que todo iba a ir muy bien y estaba tan segura —de que todo iba a salir muy bien— que ni siquiera se preguntaba qué significaba eso o en quién o qué estaba pensando. Solo sabía que su memoria se había iluminado y que solo recordaba momentos tan felices que debían de proyectar su luz radiante al futuro, tantos años después que ni siquiera podía soñar con ellos.

Una vez, poco después de que Martin y ella se casaran, poco después de que se trasladaran a Dublín, ella había querido comprar tela para unas cortinas del dormitorio de atrás, que entonces aún estaba sin decorar, porque solo eran dos en la casa. Martin dijo que le habían hablado de una buena tienda y se había ofrecido a acompañarla y dijo, ella lo recordaba bien, que se quedaría hasta comprobar que la atendían, pero que después se iría porque tenía una cita. Pero una vez allí, no la dejó sola. Se quedó mirando mientras el hombre del otro lado del mostrador le enseñaba las cretonas que tenían. El empleado le ofreció una silla, pero Martin no quiso sentarse.

—Me siento como un toro en una cacharrería —le dijo—, pero al menos no seré un toro sentado.

Los tres se echaron a reír y una mujer que estaba allí cerca esperando a que le envolvieran su compra se rio y sonrió a la señora Bagot y el empleado le guiñó un ojo y le dijo:

—Tiene un marido ingenioso, señora...

Y ella dijo:

—Señora Bagot.

Lo dijo en voz tan alta que Martin rompió a reír y le explicó al empleado:

—Aún está sorprendida de su nuevo apellido... —y añadió—: Solo llevamos cuatro meses casados. —Habló tan orgullosamente que incluso ella podía notar su orgullo y era incapaz de apartar los ojos de él; lo miraba con aquella expresión devota y desesperada que Bennie siempre le dirigía a ella.

Sí, aquel día había sido maravilloso. Y no se acabó al salir de la tienda; no se separaron. Cuando salieron a la calle, ella estaba segura de que él saldría corriendo y estaba preparada para volver a casa sola, pero Martin dijo, mirando a ambos lados de la bulliciosa y concurrida calle:

—Yo me tomaría una buena taza de té, ¿tú no? —Le estaba sonriendo y al fin añadió, con un tono de falsete muy gracioso—: ¿Una deliciosa tacita de té para la señora de la casa?

Dos o tres veces en su vida intentó la señora Bagot volver a aquel salón de té, pero las mesas estaban siempre llenas y no lo logró. El té y los pastelillos eran deliciosos, y la camarera les había prestado una atención especial, y también el empleado de la tienda. Después del té fueron a dar un paseo, avanzaban despacio, mirando los escaparates, y cuando ella le recordó su cita, él dijo:

—Que esperen. Puedo verlos en cualquier momento. Pero ¿cuándo voy a tener otra ocasión de pasearte y alardear de ti así?

Era extraño que al empezar aquel día, tanto tiempo atrás, al levantarse de la cama por la mañana, no hubiera tenido ninguna pista de que empezaba un día especial, que no cesaría de desplegarse en su memoria y que siempre estaría allí esperando, intacto, ofreciéndole un lugar donde su mente podría descansar y encontrar valor.

Martin había dejado de dormir en el gran dormitorio delantero porque las niñas y ella se levantaban temprano y le molestaban con sus movimientos, y ahora dormía en la pequeña habitación que había junto al cuarto de baño, en el rellano, a mitad de las escaleras. En los últimos tiempos, ella había estado esperando que él le dijese algo que les diera la opción de hablar, pero él no había dicho nada. Ella sabía que las cosas entre ellos ya no eran lo que habían sido, pero mientras las niñas estaban en casa no quería decir nada por miedo a una pelea que pudiera asustarlas, y ahora que las niñas estaban fuera, temía que al romper el silencio se revelaran muchas cosas que no querían ver ninguno de los dos. O tal vez él las veía y guardaba silencio por caridad, o por desesperación, o por la esperanza de que se desvanecerían si nadie les prestaba atención.

Pero allí estaba ella ahora, maltratándose —aún le crearía más problemas debilitarse pasando hambre solo porque anhelaba un motivo real para autocompadecerse—. Se haría una tostada y se tomaría un té. Pero antes de

hacer nada, abriría las puertas correderas y dejaría que se expandiera algo del calor del fuego. La habitación donde estaba no era tanto un comedor como un saloncito trasero, donde ella y las niñas pasaban el rato cuando no estaban en la cocina. La mesa grande tenía los laterales plegados y estaba arrimada a la pared, con un cuenco lleno de sus rosas de aquella mañana. El suelo era de linóleo, pero la alfombra en la que había dormitado Bennie hasta que cruzó la estancia para acercarse al calor del fuego encajaba perfectamente bajo las puertas correderas, como si la hubieran hecho especialmente y le daba a la habitación un aspecto agradable y bien decorado. Abrió las puertas cuidadosamente. La sala de delante estaba oscura. Aún no había corrido las cortinas de las amplias puertaventanas que acababan en un mirador y las casas grises del otro lado de la calle se veían oscurecidas por la lluvia. Imaginó que su propia casa también debía de verse oscura para sus vecinos de enfrente. Vio que algunos tenían las luces encendidas, aunque solo eran las cinco de la tarde. Había un piano de pared enfrente de la chimenea. Unas horas antes había puesto un cuenco de rosas sobre el piano y un jarrito en la repisa de la chimenea. Pensó que la luz de la habitación venía de las rosas y del brillo de la madera del piano. La fragancia de las rosas era más intensa allí que en la otra habitación de detrás donde había pasado tanto rato. Allí de pie, sin hacer nada, pensó. Pero en lugar de culpabilizarse fue hacia la ventana y miró a la calle, que era estrecha y tenía dos hileras enfrentadas de casas, todas idénticas a la suya. Le gustaba mirar a la gente que andaba a uno y otro lado de la calle y a veces se ponía a arreglar su colección de helechos de la ventana para poder mirar lo que pasaba fuera sin parecer curiosa.

Aquellos helechos, altos y plumosos y todos del mismo tono de verde — verde musgo brillante, verde hierba—, estaban dispuestos en una mesa junto a la ventana abombada del mirador. Había dejado un espacio entre las dos macetas del medio para que Minnie, la gatita negra, pudiera dormir allí. El sitio favorito de Minnie estaba en el centro de la mesa entre los helechos, y si no encontraba sitio lo creaba, empujando hasta que las macetas vibraban peligrosamente. Allí estaba Minnie ahora, medio dormida, y la señora Bagot la acarició y miró a la calle. La calle era segura para que las niñas jugaran. Era un callejón sin salida y no había garajes, y en cualquier caso, muy pocos vecinos tenían coche. El lechero venía por la mañana temprano y el panadero a las once, pero si no, la señora Bagot apenas tenía que abrir la puerta,

excepto cuando las niñas llegaban del colegio a las tres y media. A mediodía, ella misma iba andando al colegio a llevarles la comida.

El colegio no estaba lejos: un corto paseo por la calle principal y luego otro tramo más largo por una bocacalle más ancha y con más tráfico, con casas más grandes, excepto al final, donde las casas eran repentinamente muy pequeñas y estaban muy juntas. El colegio estaba frente a las casas pequeñas, detrás de un alto muro de cemento con una estrecha puerta de hierro en el centro. La puerta se abría a un patio de cemento, donde los niños jugaban a mediodía y el edificio escolar, alto y gris, con unas pocas ventanas largas, rectangulares e institucionales, tenía el mismo color y textura que el patio, como si lo hubiera dibujado y coloreado un niño. El patio quedaba completamente cerrado por los altos muros de cemento, y a la derecha, mirando desde la puerta, había un largo y bajo banco de madera donde los más pequeños se sentaban a veces en fila y daban la clase. En el colegio había niños de tres años y algunos, sospechaba la señora Bagot, no tenían más que dos. Pero sabían andar —era la condición para entrar en el colegio—, y aunque la señora Bagot no lo habría admitido ante nadie, una de sus razones para molestarse en llevarles la comida a Margaret y Lily era poder ver a los niños y las niñas que apenas sabían andar. A los pequeños los dejaban salir al recreo antes que al resto del colegio, y cuando ella llegaba a la puerta solían corretear por allí, trastabillando como pulgas de un lado a otro del patio, azotando el aire con las manos y mirando a su profesora como si creyeran que ella producía la luz en la que jugaban. Nadie le pedía explicaciones a la señora Bagot por estar allí mirando a los niños. Y si alguien le preguntaba, ella les diría simplemente que había ido a llevar la comida a Lily y Margaret. Pero ahora no tendría que llevársela en una temporada. Pasarían más de cinco semanas antes de que las niñas tuvieran que volver al colegio.

La señora Bagot se volvió de espaldas a la calle, a Minnie y a los helechos, y le sorprendió ver que la gran ventana desnuda de la habitación de atrás parecía un espejo, pero un espejo traslúcido, un espejo doble que mostrase ambos lados. Era como un cuadro. Vio el húmedo y renuente aire diurno en el jardín, y la lluvia, que caía tan recta y con tanta fuerza que se podían distinguir todas y cada una de las líneas rectas de agua. Más allá y a través de la lluvia, como en un sueño, se veían los colores confusos del jardín, y todavía más allá, el cristal le devolvía su propio reflejo y se veía con la

puerta corredera abierta a su derecha, y tras ella las grandes y ondulantes cabezas verdes de los helechos, y tras los helechos, las cortinas blancas y almidonadas formando un muro espectral de fondo. Sabía que lo que veía era hermoso, pero en el mismo momento sintió que no quería mirar más la ventana, el jardín, los helechos ni ninguna otra cosa. Estaba cansada. Cruzó deprisa la habitación hasta la cocina, llenó la hervidora de agua y la puso a hervir para el té. Mientras el agua hervía, iría a lavarse la cara y las manos y se alisaría el pelo. El agua fría en la cara la despertaría: sentía como si llevara horas durmiendo, y no plácidamente. Corrió escaleras arriba. La estrecha escalera que salía del recibidor tenía una alfombrilla color vino y la sujetaban a cada escalón finas varillas de cobre que ella apartaba y abrillantaba todos los lunes. Las varillas brillaban con mayor firmeza en la penumbra de aquel atardecer que en un día soleado y la baranda de madera relumbraba con la misma profundidad cálida y reverberante, como si la luz que agonizaba convocara fuerzas desapercibidas a la luz del día. La casa estaba llena de luz secreta que ella nunca percibía cuando las niñas estaban en casa.

Tras lavarse las manos, corrió los cinco escalones hasta el rellano superior, donde había dos puertas abriéndose al dormitorio principal y a la pequeña habitación de atrás donde dormían las niñas. Ambas puertas estaban cerradas y en lugar de ir a su propia habitación, donde estaban su peine y su cepillo, se volvió hacia el dormitorio de las niñas, lo atravesó y miró en el espejito enmarcado que había sobre la cómoda. Empezó a alisarse el pelo con las manos, pero su reflejo era tan vago y pálido que la asustó y encendió la luz para tranquilizarse. Se inclinó de nuevo hacia el espejo y cuidadosamente colocó un mechón suelto en el moño que llevaba en la nuca, pero al moverse algo se movió con ella, algo mucho más grande y aún más silencioso que ella. Su sombra se proyectaba en la pared de al lado del espejo y la seguía, y ahora se inclinaba con ella, hacia ella, y Delia la miró. La luz de su dormitorio no proyectaba ninguna sombra que hubiese podido advertir. Hizo una pausa y la sombra también se detuvo, esperándola como ella esperaba a la sombra. Miró más de cerca y en aquel momento, mientras inclinaba la cabeza, supo lo que estaba mirando. Era la sombra de su madre en la pared. No había error posible: era su madre.

La señora Bagot no podía comprenderlo. Su madre y ella no se parecían. Pero allí estaba, la sombra de su madre como la había visto tantas veces, la

fina línea del pómulos, la hendidura del ojo, la alta curva de la frente, y por encima de todo, los pelillos extraviados que siempre escapaban al cepillado para ondear de modo independiente a los lados de la frente y en la nuca de su madre. Aquellos pelillos finos nunca tenían una longitud mayor que la de un alfiler y eran pocos. A la señora Bagot le pareció reconocerlos todos y cada uno, allí en la sombra. Pensó que si alargaba la mano podría sentir el tacto de aquel pelo finísimo. Apagó la luz y volvió a encenderla. Y allí estaba la cabeza bien dibujada, inclinada, con las finas hebras de pelo trazando un frágil dibujo en la pared, un fino dibujo que en aquel momento era más real que el papel pintado, como la lluvia dibujada a lápiz en una acuarela china es más real que el paisaje duradero que queda más allá. «Es mi madre», pensó la señora Bagot; «ahí está, con su paciencia infinita».

Suspiró y se sonrió a sí misma sin mirarse, luego apagó la luz y bajó a la cocina, donde encontró la hervidora agitándose furiosamente con la ebullición del agua.

Enseguida preparó el té y la tostada. Cogió la bandeja del desayuno de Martin y la preparó cuidadosamente para ella, poniendo incluso un paño blanco limpio, pero cuando todo estuvo dispuesto, en lugar de llevarse la bandeja junto al fuego cogió una silla de la cocina, se sentó y se sirvió una taza de té. Tenía demasiada hambre y demasiada sed. No podía esperar más; tenía que comer de inmediato. Pensó en la sombra que había estado esperándola allí en la habitación de las niñas todos aquellos años y que había permanecido oculta a sus ojos hasta aquella noche. Nunca la había visto en ninguna otra habitación de la casa y no creía que pudiera verse en ningún otro lugar.

Miró a su alrededor pero la sombra no estaba en la cocina. Bennie estaba sentado en las baldosas del suelo, a sus pies, y ella partió un trocito de tostada y se la dio. Rupert y Minnie habían aparecido repentinamente y estaban sentados pensativos junto a su platillo de leche, cerca de la puerta que daba al jardín. Ella se levantó y les sirvió leche a los gatos y luego volvió a la mesa y se sirvió otra taza de té. Decidió hacerse más tostadas y comer algo del pollo que había sobrado de la cena especial, la que había hecho el día antes para las niñas. Se sentía distinta: ya no estaba triste. De pronto se sentía esperanzada. Era maravilloso cómo ver aquella sombra le había levantado el ánimo. Era

maravilloso saber que aquella sombra estaba arriba y que nunca se desvanecería. Era casi como tener a alguien en casa, que le hiciera compañía.

EL SOFÁ

El nuevo sofá iba a llegar aquel día, martes, pero los de la tienda no habían dado una hora precisa, solo habían dicho: «En algún momento del día». La señora Bagot se había puesto tan contenta cuando le dijeron que el sofá llegaba el martes a su casa que había olvidado preguntar si sería por la mañana o por la tarde. Les habría pedido que fijaran una hora determinada, o que al menos le dijeran si el sofá llegaría temprano o tarde. El caso es que había pasado la mañana esperando y ya eran las dos de la tarde. Había perdido la mejor parte del día vagando por la casa y sin hacer gran cosa, aunque no podía decirse que hubiera perdido el tiempo porque había estado esperando y esperando algo que valía la pena. La parte baja de la casa iba a quedar al fin completamente amueblada. El sofá marcaría la diferencia.

Estaba sentada junto al fuego en una silla baja del saloncito de atrás, donde las niñas y ella pasaban la mayor parte del tiempo. El fuego estaba preparado: papel, ramitas, trozos de carbón, todo dispuesto en capas abultadas, listo para arder y echar chispas con la proximidad de una cerilla encendida. La pequeña chimenea, cubierta de baldosas de un tono verdoso pálido, estaba limpia e irradiaba un brillo desvaído y neto. La alfombra, delgada y con flecos, estaba entretejida con un oscuro dibujo oriental de líneas, círculos, florituras y curvas inacabadas rojas y verdes, y se veía tan cuidada como el linóleo de debajo. Tanto la alfombra como el linóleo parecían impecables. La alfombra estaba cepillada de modo que sus puntos más gastados parecían tan vivos como su dibujo y la cenefa de flores de lis en rojo, verde y marrón del suelo, con su aire laboriosamente doméstico, se veía clara y lustrosa como el cristal. Decía: «Soy una sencilla e inofensiva pieza de linóleo, capaz de durar años, incluso en una casa con niños». A la derecha de la chimenea, había una hornacina poco profunda donde se alineaban las

estanterías de la biblioteca del señor Bagot, que incluía libros de Sidney y Beatrice Webb, Darwin, Shakespeare, Turguénev, Edgar Wallace, Wolfe Tone, W. B. Yeats, James Joyce, Chéjov, Ibsen, Molière, Edgar Allan Poe y otros. La mayoría de los libros estaban viejos y gastados, pero se veían pulcros, y en aquel momento estaban semiocultos a la vista por las puertas correderas que unían el saloncito de atrás y el de delante, convirtiendo el conjunto en una estancia más amplia.

La señora Bagot había abierto las puertas al máximo para hacerse una idea de cómo se vería la sala principal cuando estaba vacía y ahora estaba casi vacía, sin el viejo piano, que ocupaba tanto espacio, y con el sofá aún por llegar. El sofá quedaría magníficamente en aquella sala. Había elegido muy bien. La alfombra del suelo era beige con grandes rosas color rosa y el sofá era voluminoso y también beige y cabían en él casi cuatro personas. Quedaría enfrente de la chimenea, que era idéntica a la de la salita de detrás, excepto que las baldosas eran de un tono marrón dorado y los barrotes de cobre de la rejilla eran lisos y no cilíndricos y tenían una filigrana de cobre en el centro, de modo que recorría todo el hogar, igual que la moldura con un relieve de estilo griego recorría toda la parte superior del papel pintado, justo bajo el techo. Había sido una gran idea de quien hubiera decorado la casa poner aquel friso para romper la dura línea donde el techo pintado se encontraba con el papel. El papel ya no estaba en buenas condiciones. Después de todo, llevaba al menos quince años en las paredes, tal vez más. Pero aun así, la habitación se veía preciosa. Y lo que asombraba a la señora Bagot era que se viera tan decorada solo con la alfombra en el suelo y la mesa de helechos llenando el mirador que daba al pequeño jardín de delante y más allá del jardín, a la estrecha calle de Dublín. La habitación tenía un aire muy desenfadado, sin muebles. Las niñas habían correteado por allí aquella mañana como si estrenasen una casa nueva. Decían que nunca habían visto una habitación sin muebles. Habían recorrido la parte de la alfombra que antes quedaba oculta bajo el piano y la parte que ahora quedaría tapada por el nuevo sofá.

Solo eran dos niñas: Lily, de nueve años, y Margaret, de siete. Cuando se cansaron de andar por la alfombra, se sentaron en ella y luego acabaron echándose. Iban vestidas para el colegio y les quedaba muy poco tiempo, pero la señora Bagot no quería meterles prisa. Cuando llegaran del colegio por la tarde, gran parte de la alfombra estaría cubierta por el sofá y ya no podrían

jugar más en una habitación vacía. Pensó que nunca las había visto tan completamente, excepto al aire libre, en el jardín o en la calle. Estaban tumbadas en el suelo con la cabeza hacia las ventanas y los pies hacia donde ella estaba, en la salita de detrás, que muchas veces llamaban el comedor. Estaban en la alfombra, y ella de pie en el brillante linóleo que cubría el suelo del comedor. Veía las suelas de sus zapatos, sus rodillas, los dobladillos de sus vestidos y los abrigos que los cubrían y las palmas de sus manos extendidas y distinguía el espacio entre sus dedos. Casi no podía resistirlo. Estaban como siempre, pero ella juntó las manos como si fuese a aplaudirles. Quería reírse en voz alta. Se sentía frágil y tonta con aquella invasión de orgullo, sorprendida y contenta de que no implicara ni una brizna de miedo. Las niñas estaban a salvo. No había nadie cerca para cortarlas, ponerlas en su sitio o mirarlas con la fea mirada de la sospecha y decirles que estaban demasiado seguras de sí mismas. Nadie iba a decirles que parasen. La señora Bagot pensó que no había nada peor que te dijeran que parases cuando no tenías intención de hacer nada ni tampoco sabías que estuvieras haciendo algo inconveniente.

Había una sólida moldura claveteada al suelo bajo las puertas correderas. Una de las puertas podía atornillarse en la moldura y cuando las puertas se cerraban, quedaban convertidas en una pared firme. Ahora que estaban abiertas, la señora Bagot veía cómo el borde de la alfombra cubierta de rosas se extendía paralelo a la moldura, a unos cinco centímetros de distancia. Solo necesitaba una hilera de luces de candilejas en su lado para convertir la alfombra en un escenario. Era un escenario. Veía a las niñas como si estuvieran en un escenario. Las suelas de sus zapatos, sus rodillas, las palmas de sus manos, sus cuellos y barbillas, las aletas de su nariz, su frente y su pelo liso, que se extendía alrededor de sus cabezas como si estuvieran volando en el aire o con su movimiento, aunque estaban inmóviles y no había viento. La estaban contemplando, la miraban y sonreían. Les brillaban los ojos. Estaban esperando que ella les dijera que iban a llegar tarde al colegio y ella se las imaginaba lejos, en un escenario importante, bailando una danza lenta y alocada, algo que fuesen improvisando a medida que se movían. Bennie, el terrier blanco, le rozó las piernas a la señora Bagot al pasar hacia la habitación a investigar a las niñas. Había mucho espacio entre las puertas y la señora Bagot era muy bajita, pero Bennie tenía que rozarla. Bennie no

desaprovechaba ninguna ocasión de frotarse contra ella y cuando ella se sentaba en su butaca, le tocaba la mano con la nariz y la seguía ansiosamente a la puerta principal y se quedaba moviendo la cola mientras ella hablaba con quien fuera y es que él necesitaba comprobar que ella seguía siendo la misma todo el tiempo. Verificación, determinación, reconocimiento y silencio: Bennie vivía en la ardiente humildad del perfecto amor. Y la señora Bagot quería echarse en el suelo con las niñas, abrazarlas y meterlas en su memoria con las manos para poder tenerlas siempre delante tal como ahora las veía: vivas y confiadas en su independencia, y viéndola a ella. La veían, lo sabía. Sus sonrisas eran felices y secretas. La estaban poniendo a prueba. Estaban esperando a que hablara. Ella no habló ni se movió. Seguía sonriendo, casi riéndose de placer. Apretaba las palmas juntas y luego dio una palmada y dejó caer las manos como diciendo: «Así son las cosas». Bennie olisqueó las caras de las niñas y se sentó entre ellas. En cuanto Bennie se sentó, Lily se puso en pie de un salto.

—Ya basta de tonterías —dijo Lily—. Vamos a llegar tarde al colegio.

—Tonterías para ti —dijo Margaret. Pero también se levantó y adelantó a Lily para llegar la primera al recibidor. Bennie las adelantó a las dos y empezó a olisquear sus bolsas del colegio, que estaban en la silla del recibidor. Las bolsas le interesaban porque contenían una comida completa y bien envuelta para cada una. Aquel día, la señora Bagot no iba a poder llevarles nada a mediodía. Tenía que quedarse en casa y esperar a que trajeran el sofá. Las niñas lo sabían todo sobre el sofá, y tenían tantas ganas de que llegase como ella. Era un día importante en la casa y su importancia había crecido en la noche, mientras dormían. El día anterior parecía perdido en el pasado, lejos, desvanecido. Y el día siguiente tendría que hacer un largo viaje para llegar hasta ellas. Mañana estaba muy lejos, en el futuro remoto. La señora Bagot no podía pensar en mañana. En realidad, no podía pensar en nada: el sofá seguía interponiéndose, un sofá nervioso, deseoso de instalarse en la casa para que la vida ordinaria pudiera recomenzar y todo el mundo pudiera volver a sus asuntos como antes.

Eran las dos, y luego pasaron. Cuando la señora Bagot se había sentado y empezado a mirar el reloj, se dijo que a las dos se levantaría y buscaría algún trabajo que hacer, algo que pudiera abandonar en cualquier momento. Pero llegaron las dos, y pasó un minuto y ella seguía allí, en calma, sin hacer nada.

El reloj grande era fiable. Siempre daba la hora exacta. Todos los demás relojes de la casa se ponían en función de aquel, que había gobernado los días y noches de la señora Bagot durante toda su vida de casada. Lo había mirado a lo largo de los años; lo había mirado con ansiedad, excitación, aprensión, satisfacción, alivio y expectación, así como con decepción y aburrimiento, y ahora simplemente se sentó y lo miró, como desafiándolo a decirle que se levantara y fuese a hacer algo. Pero el reloj, que había sido tan dominante todos aquellos años, no tenía poder sobre ella aquel día, y mientras cada minuto se iba gastando detrás del otro ante sus ojos, ella empezó a sonreír. No sabía que le estaba dedicando al reloj la misma sonrisa que les dedicaba a las niñas cuando eran bebés y dormían más de la cuenta y ella les sonreía como diciendo: «Dormid, os despertaréis pronto». Era una sonrisa secreta, divertida, ausente y especulativa. Cuando la señora Bagot sonreía así, sus ojos reflejaban algo que ella no sabía de sí misma. Entraba en contacto con un espíritu que no sabía que poseía y cuando sonreía, su cara se iluminaba con el leve y lejano brillo de una seguridad muy suya, pero que estaba enterrada muy hondo bajo la profunda y útil tierra de sus treinta y cinco años de vida obediente e incondicional. Pensó que el reloj empezaba a parecer amistoso y también pensó que se había calmado y se estaba tomando su tiempo, como ella.

No se durmió, ni siquiera dormitó, pero debió de quedarse hipnotizada por la ancha cara inocente del reloj, porque cuando oyó la llamada en la puerta se pegó un buen susto. Corrió por el estrecho vestíbulo hasta la puerta principal, y mientras corría seguía pensando que era demasiado pronto; aún no estaba lista para el sofá. Pero cuando abrió la puerta y vio al repartidor allí de pie, le preguntó:

—¿Ha traído el sofá? Espero que hayan mandado el bueno, que nadie se haya equivocado.

El hombre la miró sorprendido y dijo:

—Solo quería ver la anchura del vestíbulo —miró tras ella y dijo—: Pasará sin problema.

Y volvió al camino de losetas hasta la diminuta puerta de hierro, que había dejado abierta, y a la parte posterior de la furgoneta, donde otros dos hombres habían abierto las puertas y le estaban esperando sin entusiasmo. La señora Bagot voló tras él hacia la camioneta y miró al interior. Sí, era su sofá.

El hombre alto que había venido a la puerta ya había subido a la furgoneta y había empezado a sacar el sofá. Ella vio que le sonreía alegremente y, en su confusión, se volvió y corrió a esperar en la puerta principal. Sintió que había quedado como una tonta y había perdido la dignidad y pensó que aquellos hombres debían de burlarse de ella por su impaciencia. Decidió mirar con severidad al hombre alto cuando entrase en la casa.

El sofá empezó a asomar tímidamente de la camioneta y en ese momento aparecieron Lily y Margaret corriendo calle arriba. Aparecieron algunos otros niños de las otras casas mirando con curiosidad. Lily y Margaret se apartaron rápidamente de aquellos pobres niños que no tenían un sofá nuevo y corrieron por el camino de losetas y se colocaron junto a su madre en la puerta principal. Ella parecía tan seria y preocupada que las niñas se contagiaron de su seriedad y preocupación. Conseguir un nuevo sofá no era tan simple como habían imaginado. El sofá no iba a entrar flotando y posarse mágicamente en su lugar de la sala. Podía haber dificultades. Ahora ya estaba fuera de la furgoneta y se veía enorme y vulnerable, plantado y varado en los hombros de dos de los transportistas, que no parecían disfrutar acarreándolo.

—Las patas son muy pequeñas —dijo Margaret. Las tres tenían miedo de que los hombres dejaran caer el sofá y se le partieran las patas.

—Espero que no roce la barandilla; podría romperse por abajo —dijo la señora Bagot, que estaba temblando—. Escuchadme —les dijo a las niñas—. Cuidado de no ponerlos en el camino de estos hombres. Cuando el sofá se acerque desde la puerta del jardín, corred atrás y sentaos en las escaleras y yo me pondré en las escaleras de la cocina. Así tendrán el recibidor libre, nadie se hará daño y ellos podrán moverse a su aire. ¿Me estáis escuchando? Cuando pasen la puerta del jardín, vamos todas para atrás.

Con aquella estrategia planeada y acordada, pudieron concentrarse de nuevo plenamente en el sofá.

—No conseguirán pasar esa puertecita sin destrozar el sofá —dijo la señora Bagot. Pero cuando los hombres llegaron a la puerta del jardín levantaron el sofá muy alto en el aire y lo transportaron triunfalmente y llegó tan deprisa a la puerta principal que la señora Bagot y las niñas apenas tuvieron tiempo de retroceder y tomar sus posiciones en las escaleras. El sofá llenó el vestíbulo por un minuto y luego empezó a deslizarse hacia la sala principal. La señora Bagot corrió a la salita de detrás y se quedó allí, en el

mismo sitio desde donde había contemplado a las niñas aquella mañana.

—Frente a la chimenea, por favor —dijo, aunque era innecesario, pues no había otro espacio donde ponerlo.

El sofá quedaba muy bien en la habitación, mucho mejor de lo que ella se había imaginado.

—Parece como si lo hubieran diseñado a medida —dijo el hombre alto y a ella se le olvidó mirarlo con severidad.

Acompañó a los hombres a la puerta principal y observó la camioneta alejarse y luego volvió a unirse a Lily y Margaret en la contemplación del sofá. Anduvieron a su alrededor, se sentaron en él, le acariciaron el respaldo y los costados, dijeron todo lo que les parecía y siguieron hablando del sofá durante la cena, que tomaron en la cocina, como de costumbre.

EL HIJO MAYOR

La señora Bagot había vivido en la casa durante quince años, desde su matrimonio. Sus tres hijos habían nacido allí, en el dormitorio de arriba que daba a la fachada principal, y estaba contenta de que así hubiera sido, porque su primer hijo, el niño, había muerto, y le reconfortaba pensar que ella seguía cerca del lugar donde el pequeño había vislumbrado la Tierra por primera vez: había muerto a los tres días. Cuando murió, ella se dijo que nunca se acostumbraría y eso significaba que, mientras viviera, nunca aceptaría lo ocurrido de la misma forma mecánica y resignada en que lo aceptaban los demás. Ellos seguían adelante, hablaban y se movían por su habitación como si, cuando se llevaron al bebé, se lo hubieran llevado de verdad por completo, pero, sobre todo, le parecía que los demás expresaban la esperanza de que no se hablase más de él. Se comportaban como si todo se hubiera acabado, como si se hubiera producido un hecho ordinario y hubiera llegado a su fin de un modo natural. Pero no había sido un hecho ordinario, ni había llegado a su fin.

Echada en su cama, la señora Bagot pensó que su marido y los demás le parecían muy extraños, o tal vez, pensó temerosa, tal vez fuese ella la extraña, delirante o incluso un tanto desequilibrada. Si estaba desequilibrada no iba a dejar que lo supieran. ni siquiera Martin, que seguía mirándola con ojos asustados y diciéndole que intentara descansar. Era mejor no hablar, pero ella sentía deseos de explicar lo que sentía. Las palabras eran inútiles. O bien ellos no querían escucharla o bien no podían oírla. Lo que intentaba decirles era algo muy sencillo para ella. Lo ocurrido no podía acabarse, eso era todo. No podía llegar a su fin. Sin un recuerdo, ¿cómo iba el bebé a encontrar su camino? La señora Bagot habría querido plantear aquella pregunta, pero quería expresarla bien y pensaba que si la dejaban un rato sola encontraría las

palabras exactas, y así podría hacerse entender con claridad. Pero no iban a dejarla sola. Seguían intentando animarla, y cuando intentaba hablar, la acallaban diciéndole que era la voluntad de Dios. Ella había aceptado la voluntad de Dios toda su vida sin discusión, y ahora tampoco discutía, pero sabía que lo que había ocurrido aún no había terminado y estaba segura de que no era la voluntad de Dios que ella se quedara sumida en aquella perplejidad. Solo quería decir cómo se sentía, pero ellos hablaban de la voluntad de Dios como si estuvieran cerrando de golpe una puerta entre ella y un territorio prohibido. Parecía que estuviera prohibido solo para ella; los demás sabían todos los detalles. Solo ella tenía que tumbarse muy quieta y callada bajo aquella apariencia de ignorancia con que la envolvían, como si fuese un sudario. Querían que estuviera en silencio y que no hablara de lo que ahora sabía, lo que la asustaba. Era lo mismo que ellos sabían, naturalmente, solo que no querían hablar de ello. Todo lo que la rodeaba parecía falso y la señora Bagot estaba cansada de todo. Estaba harta de que le dijeran que debía hacer esto o aquello por su propio bien y le molestaba que le dijeran que estaba demostrando ser valiente; ella solo era lo que tenía que ser, no tenía otra alternativa. Se sentía muy incómoda y fuera de lugar, y como si hubiera fracasado, pero no sabía si apartar su fracaso o reconfortarlo, y en cualquier caso parecía haberse ido lejos de su alcance.

No encontraba sentido a nada. No podía ordenar sus pensamientos. Algo se disgregaba... hasta ahí podía llegar en el interior de su mente. No era extraño que no pudiese hablar normalmente. Lo que quería decir era bastante simple. Dos cosas. Primero, el fracaso que había vaciado y oscurecido su mente hasta que no quedaba nada más que una aguada negra. Segundo, había algo que se disgregaba y menguaba, siempre disminuyendo hasta que solo era una forma diminuta, muy pequeña, que solo podía identificarse con algo perdido. La señora Bagot pensaba que ella era la única que aún podía identificar aquella forma y le daba miedo apartar los ojos de ella porque se hacía más y más pequeña en el nuevo horizonte que estaba alcanzando, y se movía tan suavemente que parecía no moverse. La señora Bagot nunca hubiera imaginado que su mente pudiera llegar tan lejos, o que sus pensamientos pudieran seguirla tan fielmente, o que ella pudiera mirar con tanta firmeza, sin lágrimas ni sueño.

Las fieras demandas que se le habían planteado a su cuerpo y su atención

habían terminado. Podría haber cumplido todas aquellas demandas, y más. Podría haber movido montañas. Había descubierto que cuanto más le pedía el bebé, más tenía para dar. Su fuerza surgía en olas que venían de un mar de calma y de una devoción incomparable. La sagrada confianza del niño le había hecho abrir los ojos y ella hizo balance en sí misma y descubrió que todo estaba bien, que podía responder a cualquier desafío que se planteara y hacerlo bien, y que no tenía por qué disculparse, al contrario: contaba con todos los motivos para alegrarse. Sus días se regían por un orden y eso le producía una sensación de facilidad y confianza de la que nunca le habían hablado. La casa se convirtió en un reino íntimo y seguro. Sonreía a menudo y la suya era una sonrisa de inocente importancia.

Tal vez se había dejado invadir demasiado pronto por el orgullo. Enseguida había visto que el niño era único. Había sentido gratitud, pero tal vez no la suficiente. El primer instante en que lo tuvo en sus brazos, inmediatamente después del nacimiento, había visto su simpatía. Era un encanto. Nada en el mundo parecía preocuparlo. Había observado para sí que su diminuta carita tenía una expresión de guasa, como si supiera perfectamente lo que estaba pasando. Y estaba determinado a vivir. Estaba lleno de espíritu de lucha. Lo había sentido luchar por la vida con todas sus fuerzas. Pronto la habría reconocido.

Lo que ahora contemplaba no implicaba ninguna demanda. No había impaciencia fuera ni dentro de ella. Estaba echada de lado y su mano golpeteaba suavemente la almohada obedeciendo a las palabras de una vieja tonadilla que llevaba un tiempo resonando en su cabeza y que ahora empezó a escuchar. Era una vieja canción, muy lenta, con una voz de tenor muy antigua y remota. La escuchó perezosamente.

*A veces, en la noche silenciosa,
Antes de atarme a la cadena del sueño,
Un recuerdo dulce me envuelve
En la luz de otros días.*

Una y otra vez, las mismas palabras simples volvían a su mente. La señora Bagot pensó que debía de haber oído aquella canción cien veces, o más.

A veces, en la noche silenciosa,

*Antes de atarme a la cadena del sueño,
Un recuerdo dulce me envuelve
En la luz de otros días.
Sonrisas y lágrimas
De los años de la infancia,
Palabras de amor dichas entonces,
Ojos que brillaban
Hoy apagados, idos,
Corazones alegres, ya rotos²*

Era una canción dulce. Nunca se había fijado en la letra, aunque se la sabía muy bien. Tiernas palabras, ojos y corazones.

A la voz lejana que escuchaba se le unieron otras voces, como al primer pájaro del alba se le van uniendo otros pájaros, todos contando la misma historia, una y otra vez, porque es la única que conocen.

Además de la canción, estaba la pequeña forma que flotaba resignadamente desde el horizonte lejano hacia un horizonte aún más lejano. La señora Bagot cerró los ojos. Se sentía llamada a un lugar donde podría esconderse, de momento.

Hacía un día o dos que se había alejado de todos, incluso de Martin. Él ya no intentaba tocarla. Ni siquiera le había tocado la mano desde la noche en que se arrodilló junto a la cama e intentó rodearla con sus brazos. Ella se resistió con tanta fiereza que Martin tuvo que dejarla en paz, levantarse y alejarse. En verdad parecía que ella podía hacerse daño luchando contra él y que prefería arriesgarse a hacerse daño que echarse tranquilamente con él siquiera un minuto. Martin no podía entenderla. También él había perdido al bebé, tanto como ella, pero ella actuaba como si fuera solo cosa suya. Delia lo apartó y, cuando se liberó de él, volvió la cara y se echó a llorar de un modo que reclamaba la atención y el consuelo de alguien, pero no de él; aquello estaba claro. Pero antes de eso, mientras ella lo empujaba para que se fuera, Martin vio su cara y la expresión que tenía era de odio. Parecía un animal salvaje, a pesar del control que él ejercía sobre ella entonces. En todo caso, era una fiera en una trampa, porque estaba demasiado débil para llegar muy lejos. Él sintió compasión y atravesó su mente la idea de que si ella lograra levantarse y echar a correr o a volar, la dejaría alejarse tanto como quisiera y

esperaría que volviese a él en su mejor momento, cuando su enfado y su pesar se hubieran desvanecido. Pero olvidó aquella idea inmediatamente, en medio de su pánico y de la tensión de ella, y llamó a la mujer que había venido a ayudar en la casa y le pidió que subiera enseguida. Ella ya había oído las voces y estaba de camino y entró en la habitación casi justo cuando él la llamaba. La señora Knox era una mujer bajita, de cara colorada y pelo gris, poseída por la ilusión de que la vida nada podía enseñarle.

—Todo el día he estado temiendo que ocurriera esto —dijo con confianza y empezó a incorporar a la señora Bagot para enderezar las almohadas y poder servirle el té. Pero la señora Bagot se enfrentó a ella y empezó a llorar.

—¡Oh, déjenme en paz, déjenme en paz! ¿Por qué no pueden dejarme en paz los dos? —sollozó—. ¡Oh, déjenme en paz! —repitió, con una voz aguda y extraña, una voz artificial; y en aquel momento, el señor Bagot se convenció de que estaba actuando y de que lo mejor que podía hacer era salir de allí y dejarla, tanto si eso era lo que de verdad quería ella como si no. Ah, pero él la quería. La miró fijamente y se dijo que le habría dado la alegría más grande verla echada con el bebé en sus brazos, y era verdad, pero el reverso no lo era: verla allí echada como estaba ahora no le causaba un terrible pesar ni nada parecido. Se sentía avergonzado, se sentía solo e impaciente, y deseaba decirle: «Delia, para todo este sinsentido y déjame hablar contigo». Quería parecer firme, amable y comprensivo, pero se ahogaba en los gemidos de ella y decidió que estaba fingiendo porque, si no fingía y la pena que sentía era real, entonces era una pena excesiva y tal vez incurable. Delia recuperaba fuerzas cada día que pasaba, lo había dicho el médico, y más valía que aprendiera a controlarse o tendría un colapso nervioso. Y era muy raro en ella no preocuparse ni un poco por él ni por lo que podía estar sufriendo. No era nada propio de ella. Siempre era muy amable. Empezó a temer que ya no volviera a ser la misma. Querría haberse arrodillado junto a su cama, haberle hablado en voz muy queda y haberle hecho comprender que entendía muy bien lo que estaba sufriendo y que él sufría como ella, y pedirle que no lo apartase de ella. Pero sintió miedo de ella y, en cualquier caso, la señora Knox estaba en la habitación. Se sintió impotente. Intentaba pensar qué podía decir, para no irse en silencio, cuando la señora Knox se acercó desde los pies de la cama y le tocó el brazo con familiaridad, como si fuesen conspiradores.

—La pobre criatura está disgustada —dijo—. Vamos a dejarla un rato sola

y luego le traeré algo de comer. Y ahora baje usted. Enseguida le preparo el té.

Delia volvió la cabeza en la almohada y lo miró.

—Martin —dijo—. No estoy enfadada contigo.

Él se habría acercado a ella entonces, pero la señora Knox tomó la palabra:

—Ya sabemos que no está enfadada, señora Bagot —dijo—. Ahora descanse, volveré en un momento con su bandeja —y le dio a Martin un empujoncito para hacerlo salir de la habitación, y como Delia había vuelto la cabeza de nuevo, Martin se volvió y bajó las escaleras.

El daño no parecía tener fin, incluso la casa parecía desolada y los muebles, pobres y baratos. Solo hacía un año que se habían trasladado a aquella casa y entonces parecía bonita. Solo un año. Empezaba a temer que Delia se hubiera vuelto contra él. Tenía visiones de terribles escenas y tensiones en el futuro, una vida desdichada. Deseó que pudieran volver atrás, al principio, y empezar de nuevo, pero el lugar donde habían estado juntos, donde habían sido felices, estaba todo pisoteado y tan estropeado que parecía imposible incluso volver a alisarlo. ¿Y cómo podían siquiera empezar a alisarlo con aquel recuerdo, que deberían haber compartido, de pie como un enemigo entre los dos y convirtiéndolos en enemigos? Él no se permitiría pensar en el bebé. Tenía que ser capaz de olvidar la forma del pequeño bultito derrotado que se había llevado del dormitorio en sus brazos y sobre el que había llorado allí abajo, en el vestíbulo, pero no iba a dejar que su mente se quedara ahí mortificándose, ni por un minuto. Él quería a Delia como antes. Quería a la chica que nunca lo habría empujado, que ni siquiera le habría hablado con dureza. Empezaba a ver que había cosas en ella que nunca hubiera sospechado y que no quería conocer. Mejor dejarla descansar, pensó, y que se le pasara aquel arrebató. Tal vez mañana volviera a ser la de siempre. Imaginó que cuando volviera a acercarse a ella sería de puntillas, muy silencioso, sin apenas respirar, haciéndose presente sin ningún ruido que pudiera asustarla o sorprenderla, o incluso despertarla, para poder encontrarla tal como la había visto la primera vez, callada, despreocupada, sin hablar apenas, sola, al mismo tiempo sola y toda suya.

Delia estaba diciendo la verdad cuando le dijo a Martin que no estaba enfadada con él. La había irritado que pensara que lo único que tenía que hacer era rodearla con sus brazos para que su pena desapareciera, pero no

estaba realmente enfadada con él. Lo que pasaba es que la había abrazado tan fuerte que temía perder de vista al bebé y aquel miedo la volvía frenética. El bebé no podía desaparecer de su vista, aquel era su único pensamiento, y por eso había empujado a Martin y le había pedido que la dejara en paz. Cuando él salía de la habitación, ella volvió la cabeza para esconder las lágrimas que volvían a rodar por sus mejillas. Luego se quedó dormida. Cuando Martin volvió a su habitación, ella estaba dormida y no, como él sospechó, haciéndose la dormida, aunque se sintió agradecido por la simulación, si es que lo era, y se deslizó afuera y hacia abajo, a refugiarse de vuelta en su libro.

La señora Bagot durmió mucho rato. Cuando se despertó, la habitación estaba oscura y la casa silenciosa. Fuera también había silencio; no oía nada. Aquel era el dormitorio que daba a la fachada, donde dormían Martin y ella juntos, y ahora ella estaba en la gran cama de matrimonio. La habitación era irregular a causa de las ventanas, una en mirador, y luego, en la parte lisa de la pared que quedaba frente a la puerta, puertaventanas. Las puertaventanas estaban entreabiertas y los amplios visillos que las cubrían se balanceaban suavemente con una brisa que la señora Bagot no sentía. Había lavado las cortinas la semana pasada, cuando preparaba la habitación para el bebé. En la tenue luz de la farola de la calle, veía la oscura línea de los tejados de la hilera de casas situada frente a la suya, y, más allá de las casas, una suavísima negrura: el cielo. Se sentía mucho más serena que antes y ya no temía perder de vista la manchita que flotaba, observó, mucho más lejos mientras dormía. Viajaba muy lejos, pero ella lo vigilaría. Era su madre y era lo único que podía hacer por él ahora. Y podía hacerlo. Se sentía débil y era como si el mundo temblara, pero la luz de otros días brillaba con firmeza y mostraba la verdad. Ya no estaba desconcertada y la siguiente vez que Martin se acercó esperanzado a su cama, ella le sonrió y le habló con su voz de siempre.

HISTORIAS DE ÁFRICA

Un obispo retirado de las misiones sudafricanas iba a venir a tomar el té y la señora Bagot y sus dos niñas estaban muy ocupadas preparándolo todo. Él llegaba a las cuatro. Las niñas no llegaban del colegio hasta las tres y la señora Bagot tenía que darles la comida frugal que las esperaba y tenían que cambiarse la ropa del colegio y ponerse sus mejores vestidos. Luego ella les tenía que cepillar el pelo y ponerles las cintas nuevas, cintas blancas de satén azul celeste. Las vestía igual, como si fueran gemelas, aunque se llevaban casi tres años. Lily iba a cumplir diez y Margaret tenía siete. Les había dicho que iban a escuchar estupendas historias de África, historias extrañas de plumas de avestruz, monos, caníbales, enormes pájaros salvajes y leones y un sol tan abrasador que la gente salía corriendo para protegerse de sus rayos.

—¿Allí no hay lluvia, madre? —preguntó Lily, y añadió—: Cuando sea mayor, podré mirarme en tu espejo mientras me peinas.

Estaba de pie junto a la cómoda, que tenía un espejo con los cepillos y peines y cintas ordenados delante.

—Cuando seas mayor, te peinarás sola —le dijo Margaret rápidamente.

Margaret estaba sentada al borde de la gran cama de su madre, esperando su turno. Se estaba impacientando. El obispo llegaría en cualquier momento. Lily y la señora Bagot se quedaron calladas. La señora Bagot estaba ansiosa atándole el pelo a Lily con la cinta nueva e intentando reequilibrarla para que con cada lazada los extremos tuvieran el mismo tamaño y se fijaran en el mismo ángulo. Y Lily siempre se sorprendía cuando Margaret decía algo que mostraba su capacidad de pensar. En general, las palabras de Margaret expresaban deseo, protesta o afecto. Y Lily tenía otra razón para su silencio. Notaba los dedos de su madre forcejeando con el lazo, y sabía que todo su aspecto dependía del siguiente minuto o así, puesto que si el lazo salía mal,

habría que deshacerlo todo y la cinta se vería arrugada y ya no quedaba tiempo de pasarle la plancha y las probabilidades de que quedara bien a la segunda eran pocas. Una palabra suya podría significar que a su madre se le resbalara la mano, de modo que guardaba silencio y contenía el aliento.

Estaban en el dormitorio que daba a la fachada. El gran marco de la cama de cobre tenía la cabecera contra la pared. A los pies, una brillante barandilla separaba a Margaret de su madre y hermana. Margaret estaba sentada dando golpecitos con los talones en el extremo de la cama más alejado de ellas y contemplándose en el gran espejo que cubría la puerta del ropero. La cama estaba cubierta con una colcha de retales tan grande que colgaba casi hasta el suelo por los dos lados. La colcha era muy antigua y, para la señora Bagot, muy valiosa. Normalmente la guardaba doblada en algún sitio, pero aquel día la había puesto en honor al obispo que las visitaba y para complacer a las niñas, que le habían estado dando la lata para que la extendiera y pudieran verla entera con sus distintos colores y dibujos. Por supuesto, el obispo no la vería, pero la colcha hacía que toda la casa se viera mejor y más suntuosa simplemente cubriendo la cama aquel día. Estaba prohibido sentarse en la colcha y Margaret se sentó con mucha ligereza, esperando que su madre no lo advirtiera. En el espejo veía sus manos recorriendo la colcha, tocando las franjas más duras que separaban las distintas piezas, retales de antiguos vestidos, unidos en pequeños y precisos octógonos. Aquello era una desobediencia y sabía que tendría que decírselo al confesor. Y pensó que sus pecados eran ciruelas, ciruelas pochadas que ella cogía del aire, un aire que antes era claro y vacío. Antes, cuando ella no había alcanzado los siete años, la edad del uso de razón. Y luego, al final de la semana, le daría todas las ciruelas pochadas al cura en el confesionario. Siempre, en el último momento antes de entrar, se sentía aterrorizada, preguntándose qué le diría él, pero él nunca le decía nada y siempre le ponía una penitencia leve. Ahora, sentada en la colcha, se contemplaba a sí misma, sentada sobre el pecado. Se miró pensando en la confesión y el pecado y sintió que controlaba la situación y que sería capaz de gestionarla.

La cómoda era tan alta y voluminosa que estropeaba el aspecto de la ventana de mirador, pero no había otro lugar donde colocarla. Casi ocultaba la mitad de la ventana, pero en los cristales del lado derecho, Lily podía ver la estrecha calle dublinesa y la hilera de las casas de enfrente, todas exactamente

idénticas a la suya. Al final de la calle estaba la vía principal. Pasó un tranvía, que venía del centro de la ciudad, y ella deseó que el obispo no viniera en él. Todavía faltaba peinar a Margaret y todas tenían que estar abajo y listas antes de que él llamase a la puerta. Luego sintió un tirón final y definitivo en el pelo y su madre se incorporó y se alejó para verla.

—Esto es lo mejor que he podido —dijo—. Date la vuelta para que te vea. Y Margaret, baja de la colcha y ven aquí a que te peine. Será un milagro si logramos estar listas a tiempo para el obispo.

Margaret se deslizó de la cama y se acercó a su madre. Su madre había sabido todo el tiempo que estaba sentada en la colcha y no había dicho nada, porque quería paz en la casa cuando llegase el obispo. La había hecho quedar en ridículo una vez más. Y Lily, que estaba de pie rígida mientras su madre le peinaba las puntas, la miraba de soslayo para ver si decía algo. Le habría gustado empujar a Lily, pero sobre todo le habría gustado decir algo para demostrarle a su madre que ya no era una criatura. La trataban como a una niña pequeña y le permitían hacer cosas equivocadas sin decirle nada porque temían que montase un numerito. Y ella no iba a montar un escándalo justo cuando el obispo estaba a punto de llegar. No confiaban en ella más que en un diminuto bebé. Margaret deseó poder decir algo inteligente que las pusiera a las dos en su sitio, pero no se le ocurría nada. No le venía ni una palabra y si le hubiera venido no le habría encontrado espacio porque su cabeza estaba llena de lágrimas que habrían empezado a manar buscando sus ojos. Iba a fastidiar su aspecto. Cerró los ojos con fuerza, pero las lágrimas afluyeron y las sintió deslizarse por sus mejillas. Sollozó con fuerza. El primer sollozo salió con furia, porque intentaba contenerlo, y la dejó inerte para resistir los sollozos más pequeños que salían de su pecho directamente a su cerebro, así que cada vez que abría los ojos para mirar a su madre tenía que volver a cerrarlos enseguida hasta que el sollozo la dejaba anhelando no hacer más ruido. El ruido de aquellos horribles sollozos avergonzaba a su madre y la harían parecer a ella sucia y somnolienta. Pero no podía evitarlo, solo podía mirar a su madre con ojos aterrados. Estaba a la deriva, saliendo y entrando de aquella horrible furia de niña pequeña que siempre parecía apoderarse de ella, incluso en la calle, delante de la gente. Y el obispo estaba por llegar. Margaret abrió la boca y chilló.

Al sonido del primer sollozo, la señora Bagot levantó el peine del pelo de

Lily y titubeó antes de volver a mirar a Margaret. Ahora no podía. Margaret entraba en una de sus lloreras y la señora Bagot no podía hacerse cargo, con el obispo a punto de llegar. Se sintió agotada, y pensó con resentimiento que el obispo podría haber elegido otro día para su visita. Siempre era duro enfrentarse a las lloreras de Margaret. No era tan duro como laborioso, porque ocupaba tiempo. Primero tenía que calmarla y luego llevarla a la cama para que se durmiera y se le pasara el agotamiento y recobrase su estado normal de personita agradable que todos admiraban. A veces los extraños la miraban por la calle y cuando la señora Bagot la llevaba en el tranvía, la gente que se sentaba cerca las miraba y asentía aprobadora y sonreía a Margaret, a su carita bonita y expectante. Margaret había sido un bebé delicado y aún lo era. Había nacido muy delgada y frágil y no estaba claro que sobreviviera hasta que cumplió un año. Y ahora sollozaba con toda el alma en un ataque de nervios que solo venía de su precaria salud. La escuela era una gran fuente de tensión para Margaret. Siempre faltaba a clase, siempre tenía constipados y tos, y luego tenía que luchar para seguir el ritmo de los otros niños. Y no tenía mucho equilibrio, se caía y se hacía daño a menudo. Era pequeña y ligera, no sólida y terrestre como Lily. Aquel estallido era consecuencia del exceso de preocupación por la llegada del obispo. La idea de ver a un obispo de verdad y hablar con él había sido demasiado para Margaret. La señora Bagot se dio cuenta, demasiado tarde, de que debería haber dejado que Margaret no fuese a clase aquel día. Demasiado tarde. Pero, naturalmente, eso era lo que tenía que haber hecho. Debería haberse quedado a Margaret en casa y haber evitado aquellas carreras de última hora, y los peinados. En un instante de miedo enfermizo, la señora Bagot vio todos los errores de su vida manando juntos para congelarse en el error fatal que lo había estropeado todo desde el principio. Pero el instante pasó y, con él, también el atisbo del error original, el error fatal, que podría haber nombrado si se hubiera mantenido ante sus ojos lo suficiente para mirarlo de frente, reconocerlo y llamarlo por su nombre y saber al fin, de una vez por todas, qué había hecho que la separase de aquella sabiduría que sabía que otra gente poseía. No podía hacerse cargo de todo, y sobre todo, le costaba mucho enfrentarse a los ataques de llanto de Margaret. El obispo llegaría en un momento y solo podía intentar negociar con Margaret. Y eso suponía prometerle algo, un capricho. La señora Bagot sabía perfectamente que era un error sobornar a un niño, pero no quedaba tiempo para nada más. Le prometería a Margaret un día sin ir al colegio. Se la

quedaría en casa y la mimaría un poco.

Entonces Margaret chilló. La señora Bagot corrió a rodearla con un brazo. Aún sostenía el peine, y Margaret lo hizo caer. Lily gritó y fue a recoger el peine, pero la señora Bagot la empujó levemente y le dijo:

—Lily, baja, ve al salón, quédate en la ventana y vigila a ver si llega el obispo. Avísame cuando lo veas llegar, luego abre la puerta y déjala abierta y sal a la puerta del jardín y le abres allí también. Venga, baja y avísame en cuanto le veas.

Mientras bajaba, Lily oyó a su madre que empezaba a hablar en una voz muy queda, una voz que Lily asociaba a la seriedad, la tristeza y la paciencia, y también al cansancio, como si intentara explicar algo imposible, porque estaba más allá de las palabras.

Mucho más temprano, aquel día, la señora Bagot había llevado el despertador de su dormitorio abajo y ahora tenía todos los relojes en la cocina, donde siempre había uno; y en el saloncito de detrás, donde su mejor reloj, regalo de bodas, había vivido durante años en la repisa de la chimenea; y en el vestíbulo, sobre la mesa, donde nunca se había visto un reloj. Había estado mirando los relojes todo el día, y durante todo el día sintió que le faltaba tiempo, pero cuando bajó las escaleras de la mano de Margaret y avanzando con mucho cuidado para que pudieran bajar juntas cada peldaño — lo cual era difícil, porque las escaleras eran estrechas y Margaret titubeaba—, mientras llegaba lenta y satisfactoriamente abajo, vio que el reloj de la mesa del recibidor marcaba las cuatro menos cinco. Al fin y al cabo, aún quedaba tiempo.

El salón de delante solía estar cerrado. La señora Bagot entraba todos los días a inspeccionar y cuidar su colección de helechos, que tenía en una mesa junto a la ventana. Aquella mañana había despejado la mesa de los helechos y ahora se la veía transformada con un mantel bordeado de encaje y las piezas de porcelana blanca brillando sobre ella a la luz del fuego. El fuego hacía la estancia muy confortable. Era finales de mayo, un día bastante templado, pero la señora Bagot sabía que los sacerdotes que volvían a Irlanda desde Sudáfrica sentían vivamente la diferencia de clima, y además el obispo era muy mayor. Tenía la misma edad que habría tenido su padre; habían ido juntos a la escuela y habían crecido juntos en granjas vecinas de Wexford. El padre

de la señora Bagot había muerto cuando ella tenía dos años, y ella siempre había sentido que su infancia acabó entonces, antes de empezar. Que ella recordase, su hermana mayor, sus hermanos y ella misma habían sido un poco como hombrecitos, ciudadanos de una república donde la madre era la severa, distante y controladora cabeza de familia. Se decía que la señora Kelly, la madre de la señora Bagot, nunca había superado la muerte de su marido. Era una viuda silenciosa, que nunca sonreía, y el manto de duelo que la cubría a ella y a sus niños se convirtió en el sustituto de la protección que habían perdido con la muerte del padre y, más tarde, se transformó en un símbolo de la voluntad de él. Los hijos de la señora Kelly siempre hacían lo que se les decía.

La señora Bagot quería preguntarle al obispo por su padre. Quería que alguien le contara una vez más que ella había sido su favorita. Lo había oído decir muchas veces, a su madre y a sus hermanos. Le habían contado hasta qué punto era la favorita de su padre cuando era una criatura y a medida que crecía, y se había hartado de escucharlo, pero de pronto deseaba oírlo otra vez. Esperaba que el obispo recordara que lo había sido y que se lo dijera. Pero el obispo era ya muy mayor y tal vez hubiera empezado a perder la memoria.

Había comprado un pastel glaseado para tomar con el té, porque no se fiaba de cómo podía quedarle si lo hacía ella, y había hecho pan, integral y blanco, y bollitos. Y había puesto mermelada y miel en panal. Deseó que llegara de una vez. Se estaba poniendo nerviosa esperándolo.

Lily se volvió de su vigilancia en la ventana cuando su madre y Margaret abrieron la puerta y entraron. La puerta tenía que estar cerrada por los gatos, para alejarlos de la mesa del té, pero Bennie, el viejo terrier blanco, yacía de costado en la alfombra frente a la chimenea fingiendo estar dormido, aunque con los ojos abiertos de par en par, esperando a que cortaran el pastel. Lily vio que su madre sonreía esperanzadoramente, como cuando todo salía mal y al fin se arreglaba, y que Margaret tenía la cara brillante pero calmada.

—Vamos a bajar a la cocina a poner la hervidora —dijo la señora Bagot—. Y tú no quites los ojos de la ventana, ¿me oyes, Lily? —como si hubiera sido Lily quien la hubiera impacientado—. ¿Me oyes, Lily? —repitió—. Quiero enterarme en el mismo momento en que veas al obispo.

La señora Bagot ya no sonreía, y cuando Lily miró su carita, ensombrecida

por la severidad y la súplica, sintió que la invadían la impaciencia y la tristeza. Estaba claro que, de un modo u otro, el día se había estropeado. Pero no tuvo opción de decir nada porque las caras de la señora Bagot y de Margaret desaparecieron y la puerta se cerró. La pequeña estancia estaba abarrotada, con el sofá, las sillas, la mesa del té y todas las plantas y Lily no veía de Bennie más que sus patas traseras y su gruesa cola, que ahora golpeaba con firmeza la alfombra. Bennie había oído el tono alterado de la señora Bagot y no quería correr riesgos. La buena fortuna había llevado un pastel a la mesita del té y Bennie quería asegurarse de que lo dejaran quedarse en la misma habitación que el pastel.

—Pastel, Bennie —le dijo Lily y la cola titubeó un segundo y luego empezó de nuevo a golpetear.

La sala de delante era más pequeña que el dormitorio que quedaba encima, debido a la amplitud del vestíbulo que llevaba a la puerta principal, y la ventana desde donde Lily vigilaba la llegada del obispo correspondía a la ventana de arriba, donde ella había estado de pie mientras su madre la peinaba. Nadie se acercaba por la calle y no había ningún hombre alto y viejo como un profeta junto a la puerta del jardín. El obispo llegaba tarde.

Justo bajo la ventana estaba el lecho de flores curvado que la señora Bagot había recortado del parterre de hierba del jardín de delante. El lecho de flores se ceñía al mirador como un collar de narcisos, flores de azafrán y campanillas de invierno. La hierba, un parterre pequeño, era verde brillante y estaba muy bien cortada. La señora Bagot la había cortado la noche anterior y aquella mañana había fregado el estrecho camino de losetas rojas que llevaba a la puerta principal del jardín. El jardín delantero era del mismo tamaño que la sala, el camino de losetas rojas tendría la misma anchura que el vestíbulo central y su perchero de abrigos y sombreros y su mesa, donde ahora el reloj marcaba las cuatro y diez.

El obispo no llegó apresurándose desde la esquina de la calle principal ni avanzando a grandes zancadas calle arriba. Llegó en coche, un gran coche negro que avanzó despacio calle arriba hasta detenerse ante la casa. Era un coche de aspecto importante. Lily corrió llamando a su madre a gritos y a partir de aquel momento todo salió bien. La niña abrió la puerta principal, recorrió el camino y llegó a la verja del jardín en el preciso momento en que el conductor abría la portezuela trasera del coche para ayudar al corpulento

anciano, que iba vestido de negro y llevaba sombrero negro. Lily nunca había estado tan cerca de un chófer y admiró calladamente sus polainas. Margaret pasó junto a ella hacia la calle y se quedó muy tiesa con la espalda apretada contra la barandilla del jardín y su carita radiante de excitación. La señora Bagot se adelantó para ofrecerle la mano, aunque el temor religioso y la superstición le produjeron enseguida rechazo a tocar al consagrado obispo. Le habían enseñado, y lo mismo había enseñado ella a Lily y a Margaret, que uno nunca debe estrechar la mano a un sacerdote; y ahora, con las firmes manos del conductor bajo su brazo, el obispo salió del coche y se quedó casi vertical, apoyado en sus dos bastones. Era un hombre muy viejo y consumido e incluso la señora Bagot, pese a su veneración indefensa, se daba cuenta, y también vio que sus ojos azules eran vagos y distantes, como si ya hubieran visto bastante y no pudieran aceptar más impresiones, como si ya no sintieran la inclinación a esforzarse por separar los rostros conocidos de los que nunca habían visto. El obispo juntó sus bastones y le estrechó la mano a la señora Bagot con una humilde clemencia seráfica, demasiado calmada para contener piedad y demasiado orgullosa para contener reproche.

El mono cautivo, reducido por el pesar y la edad al rincón más bajo y alejado de su jaula en el zoo, mira a la multitud que lo observa con una aceptación tan profunda que brilla como simpatía. Del mismo modo, toda lucha se había desvanecido de los ojos del anciano obispo y la señora Bagot vio que estaba próximo a la muerte. Levantó las manos y le dedicó una sonrisa de trémula indignación, mostrándole cómo, una mañana, ella también se enfrentaría a la muerte.

—Tenemos el té preparado para usted, su Excelencia —dijo.

—Dios las bendiga —respondió él—, pero no me llames Excelencia, soy un simple sacerdote. Padre o padre Tom, como más te guste. Delia, ¿verdad? ¿Me equivoco? Eres la viva imagen de tu abuela, Delia.

La señora Bagot estaba sorprendida de la voz del obispo. Esperaba un tono suave y santificado, la voz de una dignidad eclesiástica, y en lugar de ello, oía una áspera, cálida y monótona voz varonil. «Suena como uno de mis hermanos», pensó. Avanzó junto a él, manteniendo el paso del conductor, que iba al otro lado, y juntos lo guiaron por el estrecho camino de losetas rojas que aquel día habían lavado dos veces, primero la señora Bagot y luego un suave chaparrón de lluvia que aún brillaba en la hierba y sobre los tonos

amarillos, blancos y malvas del lecho de flores.

El obispo se apoyó en la barandilla que separaba el camino de losetas de la señora Bagot del de la casa vecina.

—Ya puedo seguir solo —le dijo al conductor—. Muchas gracias.

—Madre, hay una señora en el coche —susurró Lily.

—Es la señora Sheffield Smith —dijo el obispo—. Una buena mujer. De no haber sido por ella no habría llegado hoy aquí.

La señora Bagot nunca había oído hablar de ella, y empezaba a pensar ansiosamente que debía volver atrás e invitar a la desconocida al té con el obispo, pero estaba ocupada guiándolo hasta la casa y hacia el salón y la butaca que había preparado para él.

La señora Bagot no dudaba que la señora Sheffield Smith fuese buena, pero pensó que debía de ser bien extraña y concederse mucha importancia para no molestarse siquiera en mirar a Margaret, que seguía allí con la espalda apoyada en la barandilla, mirando al coche. La señora Sheffield Smith debía de ser muy rica. La casa en la que vivía debía de ser muy grande y sin duda había mucho más que ella no podía advertir. Había sido muy amable llevando al obispo, pero era una lástima que no hubiera podido molestarse un minuto en admirar a Margaret, allí de pie con su mejor vestido.

Pero tras acompañar al obispo hasta su butaca, la señora Bagot miró y vio con sorpresa que el coche seguía allí fuera y en aquel mismo momento el chófer apareció en la puerta del salón.

—Perdone, señora —le dijo—, pero la señora Sheffield Smith quiere saber si puede llevarse a las dos niñas a dar un paseo. Vamos a pasear hasta que sea la hora de llamar a su Excelencia.

La señora Bagot lo miró fijamente. Lily y Margaret estaban de pie tras él, irradiando un silencioso anhelo.

—Oh, señora Bagot —añadió el chófer—, espero que las deje venir. A la señora Sheffield le haría mucha ilusión y a mí también. Ella no puede salir del coche, pero la está saludando con la mano, si quiere acercarse a la ventana.

—Deja que las pequeñas paseen en ese gran coche, Delia —le dijo el obispo.

—Sí —dijo la señora Bagot—. Claro que pueden ir. Coged los abrigos, Lily.

Se acercó a la ventana, miró, agitó la mano y sonrió asintiendo a la mano enguantada de gris y al fragmento de rostro velado que apareció un momento y luego se desvaneció cuando la señora Sheffield Smith se reacomodó en su esquina del coche. La puerta central se cerró y el chófer y las dos niñas corrieron por el camino hasta el coche. Las niñas habían estado muy calladas mientras se ponían los abrigos en la entrada y fueron hasta el coche en silencio. Era una de sus maneras de portarse bien.

—Se han ido —dijo la señora Bagot al obispo, o a sí misma; se alejó de la ventana y ocupó la butaca situada frente a él.

—No puedo dejar de pensar en cómo te pareces a tu abuela —dijo el obispo—. Eres su viva imagen. Ha sido una buena idea venir hoy aquí. Me alegro mucho de verte. Tu abuela era un duendecillo, como tú. Era tan flexible —el obispo dijo *flexiible*—, con tanta luz en el rostro; pequeña, pero muy trabajadora. Y tú has salido a ella. Lo veo nada más mirar esta habitación. Qué bonita atmósfera has creado aquí.

Miró a la señora Bagot, con su sencilla falda azul marino, su sobria blusa blanca y su pelo castaño liso, y luego sus ojos recorrieron con curiosidad la pequeña y abarrotada estancia y dejó reposar las manos en los brazos de la butaca mientras examinaba rápidamente el techo y la moldura como un friso griego que coronaba la parte superior del papel pintado a modo de contorno ornamental. Miró las puertas correderas que cerraban el saloncito de atrás. La señora Bagot consideraba que el saloncito de atrás era muy ordinario, con su suelo de linóleo, su estufa de gas y la gran mesa donde las niñas hacían sus deberes y comían los domingos. Sin embargo, el obispo estaba ansioso por ver lo que había más allá de las puertas correderas. Sentía mucha curiosidad por la señora Bagot. Ella había nacido en Poulbwee, la granja que él adoraba más que ningún otro lugar de la tierra. Su propia familia había muerto. Ya no le quedaba nadie cercano por allí, pero sus sentimientos hacia Poulbwee eran inmutables. De las puertas correderas volvió los ojos a la señora Bagot y luego otra vez a las puertas correderas, antes de hacerle la primera pregunta.

—Supongo que tienes otra habitación allí —dijo, con cierta reserva.

—Oh, el saloncito de detrás —dijo la señora Bagot—, o también puede llamarlo el comedor. Es muy distinto de este. Las niñas hacen allí sus deberes en la gran mesa que hay allí, yo tengo mi máquina de coser y allí es donde comemos los domingos.

A veces deixo las puertas abiertas. Hoy he cerrado por la corriente de aire. No quiero que atrape un resfriado, padre.

El obispo no dijo nada.

—¿Le gustaría verla? —le preguntó sorprendida, sonriéndole.

—No me importaría la corriente —dijo el obispo—. En cualquier caso, aquí se está muy bien, con el fuego.

Se levantó y abrió las puertas. Había limpiado la habitación en honor de la visita del obispo y ahora se alegró de haberlo hecho. Enseguida le llegó el olor a cera y limpiador y la habitación le pareció oscura y serena en contraste con la conmoción de la otra salita, donde estaban la mesa del té y los helechos y el corpulento obispo. El obispo se apoyaba de lado en su butaca intentando verlo todo, luego se levantó y se acercó muy despacio adonde estaba ella, apoyándose con la mano en el respaldo de la silla donde ella se había sentado. Cuando llegó al borde del suelo de linóleo, se afirmó de nuevo con la mano en la puerta corredera. La señora Bagot acercó una de las sillas del comedor y él puso las dos manos sobre su respaldo, apoyándose como si fuese una barandilla.

—Aquí tengo una buena tribuna —dijo, y por el lento y tentativo movimiento de su cabeza y el interés gozoso de sus ojos, se habría dicho que había peces dorados nadando en el aire y en las esquinas del techo, o pajarillos revoloteando y trinando por aquel espacio—. Oh, es fantástico —dijo—. Tienes un gran sentido del orden. Delia. Como ella, que en gloria esté.

La señora Bagot entendió que el obispo hablaba de su abuela, la señora Kelly, de Poulbwee, a quien no había llegado a conocer.

—Ahí tienes una estufa de gas —dijo él—. Y ahí está tu jardín. Veo mucho amarillo.

—Es el laburno —dijo la señora Bagot—, y el muro lateral está cubierto de capuchinas.

—Y tienes flores en la mesa. Tu abuela siempre ponía las flores de primavera y verano en la gran mesa redonda del salón, aunque nadie entrase nunca allí. Tenía un centro de cristal de Waterford para las flores del que estaba muy orgullosa.

—Oh, el florero de Waterford —dijo la señora Bagot—. Aún está en Poulbwee. Es como una fuente.

—Sí, una fuente —dijo el obispo—. Y con las rosas. Parecía como si

hubieran saltado del cristal. Nunca había visto colores como aquellos. Y se reflejaban en la madera de la mesa del mismo modo en que sus flores se reflejan en esta mesa. Veo el laburno amarillo en el jardín casi como su reflejo en la mesa. Tengo muy mal la vista.

Se volvió e inició el lento trayecto hacia su lugar junto al fuego. La señora Bagot colocó la silla del comedor en su sitio y fue a sentarse frente a él, dejando las puertas correderas abiertas a sus espaldas.

—Últimamente, cada vez más me doy cuenta de lo que puedo y lo que no puedo ver —dijo el obispo—. Es como entrar y salir de un sueño, el modo en que las cosas, las habitaciones y los rostros se desvanecen si doy unos pocos pasos hacia aquí o allá. Es verdad que solo cruzamos una vez el mismo camino. Es verdad. Completamente verdad. Y todo lo demás es vanidad... Sí... Las flores que tienes en esa mesa son borrosas para mí hasta el punto de convertirse en meros reflejos de sí mismas. Y toda esa habitación se me aparece en penumbra, muy confusa, pero gracias a ti sé cómo es. Me alegro mucho de haber venido hoy. De no haber sido por la señora Sheffield Smith, nunca podría haber venido. Me dijeron que me habían conseguido un coche para traerme y allí estaba ella. Mañana o pasado mañana me envían a Parknasilla. La Orden tiene allí una casa para los ancianos como yo.

Desde su retorno de las misiones, el obispo se había quedado en una residencia en Contarf, Parknasilla, en Kerry, al oeste de Irlanda, en una hondonada de la campiña donde, por un misterioso capricho de la naturaleza, el clima es semitropical, con un aire cálido y balsámico, plantas, flores, palmeras y bambúes que no son habituales en otras partes de Irlanda.

—Dicen que el clima es como en España, o como en la Riviera francesa —continuó el obispo—. ¡La Riviera! ¿Qué te parece? Me hablan de ese lugar como si me mandaran al paraíso.

Miró a la señora Bagot como si hubiera hecho una broma inesperada y quisiera asegurarse de que ella se hubiese dado cuenta.

—Como si me mandaran al paraíso —repitió.

Pero la señora Bagot no quiso contemplar la broma del obispo. Parecía severa y se levantó de un salto para rellenarle la taza semivacia, le sirvió una taza de té caliente y volvió a sentarse.

—Toda la vida he oído hablar de Parknasilla —dijo la señora Bagot—. Es un pequeño lugar, pero tienen plantas y flores maravillosas.

—Eso me dicen —dijo el obispo, pero ya había perdido interés en Parknasilla—. Entonces, tienes estas dos habitaciones y, por supuesto, tendrás una cocina.

La señora Bagot se echó a reír.

—Claro que tengo cocina —dijo—. Es una casita muy buena, muy bien construida. La cocina está al extremo del recibidor por donde ha entrado. Hay que bajar tres escalones. Y arriba hay dos habitaciones; sobre estas, y a medio tramo de las escaleras, hay un rellano con el cuarto de baño y, junto a él, una pequeña habitación, que llamamos el cuartito, con una bonita ventana que da al jardín.

El marido de la señora Bagot dormía solo en aquel cuartito, pero ella no iba a decírselo al obispo ni a nadie más. El obispo asintió y luego le hizo la pregunta que había deseado hacerle desde que entrara en la casa:

—Entonces ¿tenéis la casa entera para vosotros? —queriendo decir que no tenían que compartirla con huéspedes.

—Ah, sí —dijo ella, y añadió rápidamente—: la casa es nuestra. Tenemos lo suficiente.

—Es lo que pensaba —dijo el obispo—, pero me alegro de que me lo hayas dicho. Así veo que tienes un buen hombre, un protector.

Y tras asegurarse de que el marido de la señora Bagot era capaz de mantenerla a ella y a sus hijas, y que tenían, como ella había dicho, lo suficiente, empezó a formularle muchas otras preguntas y ella contestó con tanta fluidez y tanto orgullo como si le estuviera enseñando el jardín, o conduciéndolo por la calle de un país para él desconocido, pero familiar para ella. Él le preguntó por su vida, y mientras hablaban, Delia tuvo la sensación de que su interlocutor era alguien a quien conocía mucho, aunque nunca se habían visto hasta entonces. Hablaba de sí misma y le sorprendía descubrir cuánto podía decirse de esa persona, ella, que había llegado a la conversación desde ninguna parte y que ahora se volvía más real, aunque todavía invisible, a cada palabra que se pronunciaba. En respuesta a la confianza que el obispo parecía tener en ella, ella hablaba como en Braille, intuyendo su camino con agilidad y confianza y siguiendo una vía que, según veía, conocía de memoria, cada centímetro, incluso a oscuras. Y mientras hablaba, su camino, su vida, se volvía visible, un sendero natural en armonía con el campo que lo rodeaba. Veía que, si bien había recorrido el sendero sin seguridad, se había mantenido

en la dirección elegida y no se había salido, ni había hecho demandas indebidas, ni lo había estropeado todo. O por lo menos, aquella persona, ella, que había surgido sin avisar y que ahora era tan real en aquella estancia, aquella persona aún desconocida y a la vez muy conocida, al menos para el obispo, que sentía tanta curiosidad e interés hacia ella, aquella persona, veía la señora Bagot, no había hecho nada sin una buena razón. No solo eso, sino que la persona que admiraba el obispo no había hecho nada equivocado. De hecho, todo era muy interesante. La señora Bagot suspiró profundamente y luego se sintió horrorizada. Se había dejado llevar ante el obispo. Él la estaba mirando con una tímida sonrisa, como si hubiera seguido sus pensamientos. Su sonrisa era una luna creciente en su gran rostro ovalado, que era muy blanca, como si de pronto hubiera perdido todo el color por una enfermedad. Tenía el labio inferior muy grueso y el superior se afilaba en el centro con el aire de un pico. Tal vez aquellos labios le hubieran dado un aire decidido y resuelto cuando era joven. La señora Bagot miró devotamente la vieja, ascética y carnosa cara, la nariz aguileña y los pálidos ojos azules que la miraban esperanzados desde muy lejos, desde África. El obispo pareció adivinar que ella estaba pensando en él en aquel momento porque empezó a hablar de nuevo.

—Tienes dos niñitas monísimas —dijo—. ¿Y tienes más hijos, Delia?

—El mayor era un chico —respondió ella—. El único varón. Ahora tendría trece años. Se murió a los tres días.

—Delia —dijo el obispo—. Mi querida niña. Pero ya no falta nada. Pronto veré a tu hijo. Lo reconoceré en cuanto lo vea. Mantendremos largas conversaciones. Le hablaré de esta tarde, de sus hermanitas, del viejo perro, y de todo lo demás. Por la gracia de Dios, tiene trece años por delante de mí ahora. ¿Nació en esta casa, Delia?

La señora Bagot asintió y luego dijo:

—Nació y murió en el dormitorio que da a la fachada, arriba.

—El dormitorio que da a la fachada —repitió el obispo cuidadosamente, como si le hubieran dado una información que nunca hubiera esperado tener—. Oh, Delia, qué suerte que haya venido hoy. No sabía nada de tu hijo. He venido a verte y ahora lo encuentro a él también. Él me enseñará cómo funciona todo. Espero andar mejor allí que aquí. Si Dios quiere. Pero lo primero que haré será ir a ver a tu hijo. Y quizá antes, quizá él me ayude en el

último minuto.

La señora Bagot sonrió débilmente, como si intentara mostrar que apreciaba un comentario que en realidad no comprendía.

—En el último minuto —dijo, repitiendo como un eco las palabras, pero no su pensamiento. Luego añadió—: Hay muchos últimos minutos.

—Hay uno para cada uno de nosotros —dijo el obispo rápidamente—. Ah, es otra de las bendiciones que nos da Dios Nuestro Señor, un último minuto que se suma a todos los demás minutos. Un minuto final. La idea de ese minuto final me llena de miedo y también de alegría.

—¿Miedo, padre?

—Mi cuerpo tiene miedo, Delia, pero mi alma está llena de alegría y en este momento, aquí sentado mirándote, pensando en ti y en tu abuela, de quien eres la auténtica hija, solo siento gratitud. Pienso en los días en que andaba por el camino del pueblo de Oylegate a Poulbwee. Hay un kilómetro y medio de distancia. Tú lo sabes igual que yo. Debes de haber recorrido ese camino miles de veces. Ah, te imagino muy bien en ese camino, andando, admirando el panorama, sin perderte un detalle. Por eso mi alma está llena de alegría, cuando pienso en el último minuto que hace arder a todos los demás minutos y elevarse en honor de Dios Todopoderoso y en reconocimiento de nosotros mismos y el modo en que siempre nos elevamos y somos mejores de lo que éramos. Tu padre y yo paseábamos por ese camino todos los días desde el colegio, y luego yo acertaba campo a través hasta nuestra casa, Cooldearg. Ahora, Cooldearg ya no existe; ni siquiera la casa, que derruyeron, y no queda nadie de la familia. Pero Poulbwee sigue allí como siempre. Tu padre y yo pasábamos muy buenos ratos juntos. De pequeños éramos los mejores amigos. Manteníamos largas charlas. Muchas veces pienso que, si pudiera recobrar las palabras que decíamos de niños, sabría mucho de nosotros, sabría lo mejor que teníamos. Allá en las misiones yo observaba a los niños, niñitos negros, muy misteriosos, amigables y abiertos. Los miraba mientras hablaban entre ellos, y cuando me acercaba, dejaban de hablar; y si continuaban, era distinto porque tenían conciencia de mi presencia y ya no decían lo mismo. Lo mismo nos ocurría a tu padre y a mí de pequeños. Incluso con tu abuela, nos conteníamos. Lo que decíamos cuando estábamos solos era muy distinto de lo que decíamos en presencia de un solo adulto o alguien de una generación anterior. Así, nadie puede nunca recordar lo que dicen los niños.

—Parece que haya pasado mucho tiempo desde entonces —dijo la señora Bagot—, aunque el camino está exactamente igual. Hay un kilómetro y medio desde Oylegate a Poulbwee, pero nunca ha parecido tanto. El camino es tan bonito, el modo en que ondula para adaptarse a los campos y luego se vuelve recto entre los setos en cuanto tiene ocasión. A mí me gustaba abrir y cerrar las puertas para pasar. Nunca me subía a ellas. Siempre las abría y luego las cerraba a mis espaldas. Y en el último recodo, que ya te permite ver la casa, el camino se ensancha y ensancha a medida que se acerca a la casa, y hay árboles muy altos a cada lado en esa franja. Había un lugar por allí donde siempre encontraba geranios blancos.

Poulbwee es una larga granja de dos plantas con un profundo tejado de juncos. La casa está encalada y la puerta principal está pintada de verde. Esa puerta se abre a un recibidor cuadrado y muy pequeño, que solo sirve para entrar. A la derecha, una puerta da al salón y está siempre cerrada. A la izquierda está la cocina, con la puerta siempre abierta. La pared que uno ve al fondo tiene una ventanita para que cualquiera que esté en la cocina pueda mirar y ver quién viene por el camino.

—Tu abuela siempre miraba a ver si yo venía —dijo el obispo—, y en cuanto yo aparecía por el recodo del camino, ella salía a la puerta y se quedaba esperándome. La sentía sonreír mientras avanzaba por el sendero. Dios bendiga su buen corazón, nunca le avergonzaba demostrarte que eras bien recibido, nunca se avergonzaba de nada, nunca tenía miedo. Era muy amable. Yo ya veía que la gente con poca sensibilidad la desdeñaba injustamente... En mi primer permiso de las misiones —el primero y el último porque después de eso nunca volví a casa, hasta ahora—, yo solía decir misa en la capilla de Oylegate todas las mañanas y luego recorría el camino hacia Poulbwee y tu abuela tenía el almuerzo esperándome. Yo llevaba catorce años fuera de Irlanda. Me fui a las misiones cuando me ordenaron sacerdote y no volví a ver Irlanda durante catorce años. Mi madre había muerto y en casa solo estaba mi hermano. Nunca se casó y supongo que la soledad se apoderó de él. Perdió el ánimo. Todo el tiempo que pasé allí no paró de decir que iba a vender la casa y se iba a ir a América. Ya había vendido el ganado y los muebles del salón, un mobiliario que había pertenecido a nuestra bisabuela y a generaciones anteriores. Intenté convencerlo de que se controlara, y dijo que para mí era fácil. Siempre me habían considerado el más cultivado de la familia y a él le

importaba. Dijo que yo había sido el favorito de mi madre y tal vez fuese verdad, pero él siempre había querido quedarse la granja, aunque era el más joven. Estaba muy mal, y simplemente cazaba un conejo de vez en cuando para comer. Dormía casi todo el día y la noche. Lo avergonzaba dormir tanto y no quería que nadie viniera a casa y gradualmente la gente empezó a mantenerse a distancia. Yo nunca había imaginado que un lugar podía venirse abajo tan deprisa como Cooldearg. Nadie me había advertido. Al cabo de catorce años fuera me dirigí a Cooldearg tan deprisa como mis piernas me permitieron y la impresión fue terrible. Un gran shock, pero también una gran lección para mí, para frenar una vanidad que ignoraba tener. El diablo siempre está al acecho para atraparnos en nuestros momentos débiles. Mi hermano salió de la casa y yo hice un gran esfuerzo para no derribarlo de un golpe. Pero el día que me fui vino andando hasta Oylegate conmigo. Desde allí iban a llevarme en coche a Wexford, y, cuando nos despedimos, me volví y anduve un poco del camino hacia atrás con él, y nos estrechamos las manos y las lágrimas corrían por sus mejillas y también por las mías. Lo observé alejarse. No se volvió ni una sola vez hasta que llegó al primer recodo y entonces miró atrás y levantó el brazo hacia mí y luego desapareció de mi vista. No volví a verlo nunca más. Vendió la finca como había dicho y se fue a América. Nunca más tuve noticias tuyas. Pero mientras estuve allí, aquella última vez, dije misa en Oylegate todas las mañanas y luego fui al camino para almorzar en Poulbwee. Podría dibujarte un mapa de ese camino. En la misión solía entretener a los niños con un juego que llamábamos «Hacia Poulbwee». Tenían que aprenderse el camino casi como yo, y todos los campos que había a lo largo, y nunca se cansaban de escucharme hablar de la casa.

Durante un tiempo, el obispo había llegado a mirar aquel camino de Oylegate a Poulbwee como el único camino que conocía a través de un laberinto sin centro ni forma ni secreto; eso era lo peor de todo, sin ningún secreto. No había nada secreto ni oculto que pudiera descubrir y destruir, para castigarse y cumplir penitencia por ello. No había nada. Solo el laberinto. De joven, el obispo no había comprendido que al hacerse sacerdote misionero también se convertiría en exiliado. Las dos palabras, «sacerdote» y «exiliado» no parecían encajar y él sentía que era inadecuado y peligroso para un sacerdote tener conciencia de que era un exiliado. Consideraba que su morriña

implicaba autoindulgencia, pero no dejaba de sentirla. Tenía dudas sobre su propio valor, pero ninguna duda sobre la autoridad de su vocación. Su único deseo era servir. Tener fe y la ocasión de demostrarlo. Agradecía a Dios con profunda humildad la ocasión que le había dado. Había descubierto, tras dejar Oylegate, que no era tan cultivado como lo consideraban en casa. Se sentía incluso torpe, más a su aire en la granja de lo que nunca se sentiría lejos de ella, pero cuando se ponía las vestiduras para decir misa se sentía como un soldado uniformado para luchar por lo que creía. Incluso en su juventud, el obispo nunca había aspirado a la santidad ni al martirio. Llegar a ser, algún día, un verdadero y fiel sirviente de Aquel que amaba: aquella era su más elevada aspiración.

Cuando tenía treinta y seis años, y aún era simplemente el padre Tom y estaba lejos de llegar a obispo, solía pensar que todos somos exiliados en la Tierra, exiliados de la presencia de Dios Todopoderoso. Pero la clase de exiliado que él se sentía, viviendo en su propio cuerpo como una carga mientras el sacerdote que le habitaba avanzaba orgulloso, era un exiliado muy distinto: alguien inconsolable y obstinado que no era lo bastante inteligente para comprender la similitud terrestre entre su país y los demás países y que, por tanto, en su confusión, se atormentaba con la *diferencia*. O podía decirse que un exiliado era una persona que conocía un país capaz de hacer que todos los demás países parecieran extraños. En ese sentido, el exilio que habitaba al sacerdote o que convivía con él, aferrado a él, podía ser una criatura útil, permitiéndole a veces soñar y encontrar alivio en la tranquilidad de su recuerdo y de los lugares familiares. El obispo, a los treinta y seis años, arrodillado en meditación frente al altar, formuló una frase en su mente: «El sacerdote fuerte y decidido encuentra respiro en la tranquilidad de la memoria y los lugares familiares, y en ese respiro, gana la gracia de ser más humilde y más vigilante en el cuidado de su rebaño...». Y luego juntó las manos con la impaciencia que se había prohibido, con una inquietud que temía precisamente porque la entendía. ¿Qué estaba haciendo, inventando y puliendo y construyendo frases que no decían nada de nada? Cualquiera que lo escuchara imaginaría que veía Irlanda como una especie de hermoso oasis, una especie de paraíso familiar. Pensó en su país, donde el terrible orgullo y la terrible humildad se unían, dos nobles criaturas esclavizadas, cautivadas por lo que las define, el amargo apetito irlandés por la humillación. No, allí no había

complacencia ni ninguna opción de que la hubiera. Pensaba en su país y suspiraba de admiración y sonreía, aunque se sabía culpable de autosatisfacción. Luego empezó a controlar sus pensamientos. Estaba errando el tiro. Lo que le molestaba y le causaba aquella frágil tristeza era que se sentía mal, torpe y confundido, como si avanzara por un laberinto, un laberinto informe que solo adquiriría forma cuando él cometía un error, y en su error, tocaba algo que lo hacía retroceder. O topaba con algo tan fuerte como para impedirle seguir adelante, algo implacable. ¿Cómo podía ser tan temerario y aspirar a ser capaz de salvar las almas de quienes lo rodeaban, si había dejado a su hermano morir en un páramo de amargura?

* * *

Lily y Margaret estaban muy sorprendidas de tener que llamar al timbre para entrar en su propia casa. Pensaban que su madre habría estado esperándolas con impaciencia y que quizá estaría algo enfadada con ellas por llegar tan tarde. La señora Sheffield Smith les había dicho que el obispo llegaría tarde a cenar y que le echarían la culpa a ella, pero sonreía y ellas sabían que estaba bromeando. Esperaron, mirando la puerta como si la cara de su madre, al responder a su llamada, fuese a aparecer cuarenta centímetros más alta de lo habitual. No podían recordar su altura y miraban muy arriba, como Bennie, echando la cabeza atrás. Cada una llevaba una caja de bombones con un dibujo en la tapa de niños vestidos a la antigua.

En cuanto se abrió la puerta, Bennie corrió afuera excitado y las niñas entraron a toda prisa en el salón, donde el obispo estaba de pie, colocando sus bastones para el trayecto hasta el coche. La señora Bagot le presentó a las niñas y luego se apresuró a saludar a la señora Sheffield Smith y a agradecerle que se hubiera llevado a las niñas de paseo en coche.

—Ha sido una gran ocasión para ellas —dijo.

La señora Sheffield Smith respondió:

—Y para nosotros también, una gran ocasión. Espero que no tenga usted objeciones con los bombones. Les he dicho que no tomen más de uno cada vez. Son unas niñas encantadoras. Al principio estaban muy calladas, pero luego han hablado mucho. Debe de estar muy orgullosa de ellas.

—Oh, sí —repuso la señora Bagot—. Y, señora Sheffield Smith, muchas

gracias por traer aquí al obispo. Significa mucho para nosotros tenerlo en casa.

Cuando la señora Bagot volvió al salón, el obispo le sonrió antes de que ella dijera nada.

—Tienes a dos buenas conversadoras —le dijo—. Les he dicho que los lunes veía más leones que monos y que los jueves solo veía jirafas.

Luego se enderezó y movió sus bastones a la mano izquierda.

—Y ahora —dijo— os daré mi bendición.

La señora Bagot y las niñas se arrodillaron y la señora Bagot se echó a llorar. El obispo levantó la mano y les levantó la cara y las bendijo y luego las miró y les ofreció a cada una el anillo para que lo besaran. Mientras se levantaban, empezó a atravesar la habitación y ellas lo siguieron hasta la puerta principal, donde el chófer lo estaba esperando. El chófer y el anciano avanzaron despacio por el camino de losetas rojas y, cuando llegaron a la puerta del jardín, la señora Bagot y las niñas los siguieron y se quedaron en fila, al otro lado de la barandilla, mientras ayudaban al obispo a sentarse en el asiento de atrás. Él se hundió en su asiento y desapareció de la vista. El chófer se volvió y saludó con gracia, le guiñó el ojo a Margaret, luego se subió a su propio asiento y el coche se puso en marcha calle arriba, hasta volverse en la esquina para poder salir del callejón. La señora Bagot y las niñas se quedaron allí donde estaban, esperando a que el coche volviera. Vino calle abajo, ralentizó la marcha, se acercó a ellas, se detuvo y el obispo se inclinó hacia delante y las miró una vez más. Ellas también lo miraron. Agitaron las manos y se saludaron con la cabeza y entonces el coche volvió a ponerse en marcha calle abajo y hacia la calle mayor. El obispo se había ido.

La señora Bagot y las niñas volvieron al salón y hubo una discusión sobre los bombones, pero finalmente abrieron las cajas y la señora Bagot pudo elegir la primera un bombón de cada caja. Luego puso las cajas en la repisa de la chimenea para guardarlos hasta más tarde, pero las niñas se comieron tres cada una y Bennie comió un trozo de pastel.

NOCHEBUENA

Había que barrer y quitar el polvo de la chimenea del cuarto de las niñas para que Santa Claus³ pudiera poner los pies en el suelo cuando bajase por ella. Lily y Margaret Bagot miraban a su madre, que estaba arrodillada frente al hogar, barriendo los últimos montoncitos de ceniza de las esquinas. Lily tenía ocho años y Margaret seis, y sus largos camisones blancos les caían en una línea arrugada hasta los tobillos. No llevaban batines, aunque la habitación estaba fría: iban a meterse en la cama un minuto después. Era una habitación cuadrada, el dormitorio de la parte de atrás, con un descolorido papel con guirnaldas pintadas de azul, rosa y verde, e iluminada por una simple bombilla que colgaba en mitad del techo. Un gran ventanal miraba al jardín de la casa y a los jardines contiguos. La señora Bagot había echado el estor hasta el alféizar. Quería que las niñas tuvieran su intimidad y, sobre todo, que estuvieran seguras. No sabía lo que significaba «seguras», tal vez que estuvieran a salvo, que fueran respetables o que tuvieran éxito en algo que no podía imaginar. Quería el mundo para ellas, o que ocuparan el lugar que ella atribuía a abogados y médicos y profesiones similares. Quería que siguieran creyendo en Papa Noel y, sobre todo, quería seguir creyendo ella misma. Le habría gustado pensar que había alguien grande y amable fuera de la casa que conocía a las niñas, alguien que sabía sus nombres y sus edades, alguien que supiera que Lily podía salir al mundo y convertirse en alguien a través de sus lecturas constantes, pero que Margaret era insegura y vulnerable. Lily estaba muy segura, pero también era muy dulce, muy buena con la gente, y algunos no entendían que esa fuese su naturaleza y que no tuviera un pelo de tonta. Santa Claus sabría que Lily era lista y que sacaba muy buenas notas en el colegio. Vinieran de donde vinieran los regalos, Santa Claus bajaba por la chimenea, la señora Bagot estaba segura. Probablemente ya estaba sobrevolando Dublín,

comprobando cómo había cambiado la ciudad desde el año pasado. Las niñas habían crecido: aquel era el mayor cambio. Era lo que más cambiaba, todos los días, no solo una vez al año. Dejó el cepillo en el cubo para el carbón y se levantó.

—Ahora, Santa Claus tendrá sitio donde poner los pies —dijo Lily.

—Lleva grandes botas rojas —dijo la señora Bagot—. Y ahora, venga, las dos a la cama. Margaret está casi dormida. —Las había dejado quedarse hasta mucho más tarde de lo habitual y Margaret empezaba a caerse de sueño. Lily estaba tan despierta como siempre; se habría quedado toda la noche despierta si la hubieran dejado. Pero era Nochebuena y Martin había vuelto a casa temprano. Ahora estaba abajo, leyendo el periódico y esperando a subir y darles las buenas noches. Como Martin estaba en casa, los dos gatos y Bennie, el perro, estaban encerrados en la cocina. Martin detestaba ver a los animales por la casa y los animales parecían saberlo, de modo que se habían instalado cómodamente alrededor de la estufa en el momento en que ella les dijo que se quedaran allí. Todos eran animales callejeros que había ido encontrándose al volver a casa un día u otro, y nunca habían perdido su actitud alerta. Sabían muy bien cuándo y dónde eran bienvenidos. Bennie era la mascota especial de la señora Bagot. Era un terrier blanco de pelo duro. La señora Bagot lo había rescatado de una banda de chiquillos que le estaban atormentando, y desde entonces, nunca se apartaba de ella. Dormía en su cama por la noche. Martin Bagot no lo sabía. Él tenía su propia habitación al fondo de la casa. Generalmente llegaba muy tarde del trabajo, cuando la señora Bagot, las niñas, Bennie y los gatos estaban ya durmiendo. No quería que la señora Bagot lo esperase; ella tenía que madrugar por la mañana por el colegio de las niñas. Martin creía que todos los animales dormían en la caseta de madera de detrás de la casa.

Minnie, la delgada gata negra, era de Lily, y Rupert era de Margaret. Rupert era un gato gordo anaranjado, tan bueno que ronroneaba incluso cuando le pillaban la cola con la puerta de la cocina. Martin sabía el nombre de los animales y a veces preguntaba a las niñas: «¿Cómo está Minnie?», o: «¿Cómo está Rupert?», pero le gustaba que se mantuvieran fuera de la casa. Tenía la vaga impresión de que los animales transmitían enfermedades y que las niñas podían sufrir las consecuencias.

Abajo, en el salón que daba a la fachada, Martin estaba contemplando el

fuego. Había dejado el periódico de la tarde a un lado. No decía nada. Pensaba en lo agradable que era estar en casa a la hora en que solía llegar la mayoría de los hombres. Al menos por un día. No le habría gustado tener que volver tan pronto a casa todos los días, llena de griterío, con las niñas intentando hacer sus deberes en la misma mesa donde su madre servía el té. Pero naturalmente, él era distinto de los demás hombres. No estaba en absoluto domesticado. Nadie podía considerarlo un animal doméstico. Cuántos otros hombres de Dublín tenían su propia habitación con sus libros, y su propia rutina en la casa, una rutina inquebrantable e independiente que se justificaba porque dependía de su trabajo y su trabajo dependía de ella. Delia tenía la casa y las niñas y él tenía su propia vida, y sin embargo estaban todos juntos. Eran una buena familia unida. Nadie podía negarlo. Delia era muy buena madre. En ese sentido, él no tenía ningún motivo de preocupación. Los hombres ordinarios podían desear ser dueños y señores de la casa, imponiendo su presencia todo el tiempo, pero no era el caso de Martin. Un poco más de dinero le habría venido bien, pero no podía tenerse todo.

La sala estaba llena de adornos de Navidad. Las niñas y él habían trabajado toda la tarde, mientras Delia subía y bajaba de la cocina para ver cómo se manejaban. Lo habían pasado muy bien. Incluso Margaret había participado y hecho sugerencias. Había una guirnalda de papeles rojos y verdes que cruzaba el techo y él había puesto un ramito de acebo detrás de cada cuadro. El muérdago estaba sobre la puerta que daba al vestíbulo. En cierto momento, Delia había venido presurosa a decir que tenían que guardar un ramito de acebo para clavarlo en el pudín de Navidad y él la había cazado bajo el muérdago y le había dado un beso. Tenía la piel muy suave. Cuando ella le puso la mano contra el pecho y fingió apartarlo, le recordó los viejos tiempos. Luego llegaron las niñas y también querían un beso. Primero las besó él y luego Delia. Estuvieron todos abrazados un minuto y luego las niñas empezaron a gritar:

—¡Papá, besa a mamá otra vez! ¡Venga, bésala otra vez!

—Tengo que irme a la cocina —dijo Delia—. Con tanto jugar no acabaré mi trabajo.

—El trabajo de las mujeres nunca se acaba —replicó Lily, que siempre salía con frases suyas. Nunca se sabía qué diría después.

—Yo quiero besar al Niño Jesús —dijo Margaret y se acercó a la ventana

donde estaba puesto el Nacimiento, con tejado y polvo blanco que simulaba nieve.

La sala era bastante grande, con un mirador que sobresalía hacia la calle. Delia lo había llenado con su colección de helechos. La mayoría eran culantrillos, algunos muy altos, y estaban ordenados en una mesa. A veces, a Martín le parecía que los helechos eran demasiado altos y que oscurecían la habitación, pero aquella noche quedaban como un fondo precioso para el Nacimiento, como si la Sagrada Familia, el establo, los pastores y sus animales quedaran rodeados y protegidos por un bosque benigno donde siempre estarían seguros y donde la nieve podría caer sin enfriarlos. Los tres Reyes Magos quedaban fuera del establo, como si estuvieran llegando. Lily los había rociado delicadamente de nieve en los hombros. Parte de la nieve había caído en la alfombra, donde brillaba a la luz del fuego.

Aquella tarde, de camino a casa, Martín había comprado dos lápices de color oro para las niñas. Cada lápiz tenía su caja y la chica de la tienda las había envuelto con papel de seda blanco y las había atado con cinta roja. Estaban guardados en el bolsillo de su abrigo, en el recibidor, junto con un regalo especial que había comprado para Delia en la misma tienda, y quería cogerlos y ponerlos en la mesa de la cocina para no olvidarse. Sabía que Delia tenía el resto de los regalos de las niñas escondidos en la cocina. Valía más que los cogiera ahora, aprovechando que se acordaba. Salió al vestíbulo, cerró la puerta rápidamente tras de sí para mantener el calor en la sala, y mientras hurgaba en sus bolsillos, oyó a Delia hablando con las niñas arriba. Su voz era baja, serena y clara, como si les estuviera explicando algo o incluso instaurando una ley sobre algo. Él se quedó muy quieto con los lápices en la mano. No podía entender lo que Delia decía, solo oía su voz, y una o dos veces le pareció que las niñas susurraban. Sentía tranquilidad allí en el recibidor, tranquilidad y confort, aunque también algo de frío comparado con el calor del salón. Pero se sintió cómodo y satisfecho, repentinamente en paz con el mundo y el futuro. Era como si el peso del mundo le hubiera caído de los hombros y antes ni siquiera se hubiera dado cuenta de que lo cargaba en su cuerpo o de que estaba preocupado. En pocos años ganaría algo más de dinero y las cosas serían más fáciles. No deseaba saber qué estaba diciendo Delia, ni tampoco subir y unirse a ellas. Aquello era algo íntimo entre ella y las niñas. Si subía ahora, solo molestaría a Delia; esperaría a que ella lo llamase. El

vestíbulo estaba oscuro, excepto por el farol de la calle. Escuchó la voz de Delia, tan calmada y firme, y tuvo la sensación de estarlas espiando. Y qué si las espiaba. No tenía muchas ocasiones de escucharlas así, en el crepúsculo. Qué grande era su pequeña casita si podía contenerlos a todos tan separadamente. Él podría haber estado a miles de kilómetros de distancia, tan inadvertida era su presencia para ellas en aquel momento. Pensaban que estaba en la sala leyendo el periódico de la tarde, cuando en realidad estaba a miles de kilómetros por encima de ellas, observándolas y observándolo todo a su alrededor. ¿Qué habría sido de ellas sin él? Ah, pero ellas lo sujetaban a la tierra. Tuvo que contener la risa al pensar en lo que podría haber sido. Podría haber viajado. Ahora había pocas posibilidades de que conociera las capitales del mundo. Nunca había sabido con certeza si Delia y las niñas eran su ancla o su carga y en aquel momento tampoco le importaba. Pocas veces se había sentido tan en paz consigo mismo como entonces. Habría sido agradable quedarse dormido así, feliz, y luego despertarse en la mañana para descubrir que el mundo era fácil. A menudo había pensado que la casa era muy estrecha y que lo aprisionaba, pero aquella noche sentía que podía estirar los brazos a través del techo del vestíbulo y atravesar también el tejado sin hacer daño y sin que nadie se lo reprochara. Había mucho espacio. Era libre como cualquier hombre, o al menos todo lo libre que uno pudiera ser en un día como aquel y a su edad. Ahora correría a la cocina a dejar los lápices. Delia podía llamarlo en cualquier momento. Pero se encendió la luz del rellano y Delia apareció arriba de las escaleras y lo vio.

—Oh, Martin, iba a bajar a buscarte —le dijo.

—Yo ya iba a subir —dijo él, y empezó a subir las escaleras de dos en dos.

Cuanto más se acercaba a su cama, más crecía la excitación de las niñas, aunque estaban muy quietas. Delia temía que no se durmieran o que se despertaran justo cuando Martin y ella se deslizaran en su habitación para ponerles los regalos. Delia estaba junto a su cama diciéndoles que se calmaran y se dio cuenta de que cuanto más somnolientas estaban, más aprensiva se volvía ella. Se estaba poniendo lo que ella llamaba «nerviosa» y no podía comprenderlo porque había esperado la Navidad con ganas. No sabía qué le estaba pasando. Se sentía tan temerosa aquella noche como mucho tiempo atrás, en casa, echada en la cama y oyendo el viento silbar alrededor y sobre

la casa. El miedo era el mismo en aquella casa, exactamente el mismo, excepto que aquella casa estaba pegada por ambos lados a otras casas, así que el viento no podía soplar alrededor, sino solo por delante y por detrás. Pero la sensación de miedo era idéntica. Delia odiaba el viento. De día podía mantenerse ocupada, pero de noche, cuando estaba echada sola en la oscuridad, su mente volvía atrás y, en lugar de entrar en el sueño, o la ensoñación, se adentraba en conjeturas y de ahí solo pasaba a la confusión. En lugar de reconstruir el pasado según su deseo y hacer que las cosas ocurrieran tal como deberían haber ocurrido, la agitaba el rumor del viento contra amargos obstáculos que era capaz de evitar con mejor tiempo. Palabras como «por qué», «cuándo» y «cómo» se levantaban contra la ensoñación que la calmaba, y se veía forzada a enfrentarse a sí misma, y en lugar de reordenar las cosas, tenía que encararlas. El pasado conducía al presente: ese era el problema. No podía ver ninguna relación entre su modo de ser de antes y el de ahora, y no podía entender cómo podía sentirse sola y asustada con un marido y dos hijas. Allí estaba, hablándoles a las niñas del día tan bonito que iban a pasar mañana, y era muy consciente de que estaba cayendo en un ánimo mórbido. No tenía ninguna excusa. No tenía por qué preocuparse, y menos aquella noche. Ni siquiera soplaba el viento, aunque había llovido y probablemente volvería a llover antes de la mañana. No había nada por lo que preocuparse, excepto cómo sacar a Bennie de la cocina y llevarle hasta su habitación sin que Martin lo supiera. Sería terrible, horroroso que Martin descubriera que Bennie dormía todas las noches en su cama, pero ella no podía dejarlo en el frío cobertizo. Los gatos siempre dormían con las niñas, pero bien podían pasar una noche en el cobertizo. Tenían allí una cesta y podían ovillarse juntos. Pero Bennie no podía quedarse allí, la echaría demasiado de menos. Deseó poder hablar con Martin y decirle lo importante que era Bennie, pero sabía que era inútil. Ahora tenía que bajar a buscarle para que diera las buenas noches a Lily y a Margaret. Y entonces, cuando fue al rellano, lo vio de pie en el recibidor.

El recibidor era más bien estrecho, estaba cubierto de linóleo y cumplía eficazmente su función, como entrada y como lugar estratégico desde el cual podía verse la casa tal como era: un sencillito, pequeño nido familiar con un aire más compartimentado en invierno, por las puertas cerradas para mantener el calor en las habitaciones. En el vestíbulo había un perchero con ganchos

para los abrigos, un paragüero y una silla en la que nadie se sentaba nunca. Nadie se sentaba en la silla ni nadie se quedaba demasiado tiempo en aquel vestíbulo. Era un tránsito, no a la fama ni a la fortuna, sino solo a las costumbres normales de la vida familiar, que son las únicas verdaderas realidades que la mayoría de nosotros conocemos y que en algunos de nosotros forman un recuerdo lo bastante fuerte para apoyarnos en él hasta el fin de nuestros días. Es una cuestión de amor, y todo depende de si el amor encuentra a diario y al pasar las horas su expresión en forma de cálidos abrazos y en esa atención instintiva que los animales dedican a sus cachorros. Si el amor no encuentra canales de expresión, como ocurría entre los Bagot, entonces el recuerdo no sirve de mucho a largo plazo. Es la sólida existencia del amor la que insufla vida y fuerza a los recuerdos, y si en algunos casos a los recuerdos infantiles les faltan las suaves y tiernas tonalidades de esa demostratividad, cuando el niño se hace adulto y se echa en la oscuridad solo sabe que bajo su mano hay una roca que no cederá nunca.

En la cama grande del dormitorio de arriba, Lily Bagot dormía junto a su hermana y si soñaban, nadie podía saberlo, porque nunca recordaban sus sueños al despertar. La mañana de Navidad se levantaron muy temprano, mucho antes que los demás días. Era como si los paquetes amontonados junto a su cama les enviaran un aliento mágico desde su sueño mientras el mundo aún estaba oscuro. Al principio se movían muy despacio, poniendo las manos junto a la cama y a los pies de la cama para sentir qué había allí, para adivinar qué les habían traído. Recorrían cada paquete con las manos, resiguiendo los contornos e intentando concluir sobre la forma que envolvían. No podían esperar más y Lily saltó de la cama y encendió la luz para ver qué regalos les habían dejado.

LAS FUENTES DEL AFECTO

Delia Bagot murió de pronto, silenciosamente, sola en la cama, con la puerta cerrada; y seis años después, tras ocho meses postrado, también murió su esposo, Martin, atendido por una monja enfermera y por su hermana de ochenta y siete años, Min. Y, finalmente, Min se vio liberada del deber que se había autoimpuesto de quedarse con él mientras él la necesitara. Ahora podía irse a su casa, en Wexford, y disfrutar de la paz y la quietud que la rodeaban antes de que la muerte de Delia la llevase a la zona suburbana de Dublín. A Dublín y a la libertad de aquella casa por la que había vagado tan a menudo en su fantasía. Durante cincuenta años, ella había vagado por sus vidas privadas, desde que Delia apareciera de la nada y fascinara a Martin, soltero empedernido, llevándolo a casarse con ella. Min no podía olvidar aquel día de boda, la tristeza y la angustia, la abominación y la desposesión mientras su madre y ella se sentaban juntas mirando al novio feliz, que sonreía allí de pie como si hubiera subido al mismísimo cielo. Su madre y sus dos hermanas habían desaparecido, y ahora también Martin. Min pensó en las tumbas, una por una —la tumba de una hermana, la de otra, la de su madre, la de su hermano—, todos muertos y a la vez presentes, como medallas en la tierra. Y pensó que era muy justo que fuese ella la que permaneciera viva, porque de todos ellos había sido la única fiel a la familia. Era la única que no se había ido para casarse. Nunca había deseado afirmarse de ese modo, nunca lo había necesitado. Se asombró de la desvergüenza con que se habían exhibido Clare y Polly con sus maridos y Martin con la pobre Delia, pobre criatura. No parecía importarles lo que pensarán de ellos cuando se veían atrapados en aquella excitación, como animales. Era desagradable, y ellas parecían saberlo, mientras fingían que solo les importaba la ropa nueva que se comprarían y las flores que cultivarían en sus jardines. Y ahora todo había

terminado para ellos; para lo que habían conseguido, podrían haberse controlado. Y ella, sola como siempre, había vivido para hacer el balance de todos. Era una gran satisfacción ver el final elevándose como el sol de la mañana. Min pensó que no mucha gente podía experimentar aquella satisfacción. Ver el final no era tan distinto de ver el principio de las cosas, y si de todas formas uno no iba a tomar parte, entonces ver el final era muchísimo mejor. Uno podía sentir celos de la gente que empezaba, pero era casi imposible sentir celos de los muertos.

«No es que yo nunca sintiera celos», pensó Min. «Que Dios me perdone esa clase de sentimientos bajos, pero no pude evitar despreciar a Delia aquel día, su modo de mirar a Martin como si fuese a caer de rodillas ante él. Aquel día se puso en evidencia. Llegábamos tarde a la boda. Llegamos tarde para empezar a prepararnos y luego llegamos tarde al sitio y ya nos estaban esperando. Y cuando todo acabó y ya estaban casados y en el jardín, Delia vino corriendo hasta mi madre y le dijo: “¡Oh, temía que no vinierais. Empezaba a imaginar que Martin había cambiado de opinión y ya no quería casarse. Creí que iba a estallar de impaciencia y anhelo. Deseaba tanto ver su cara que, cuando os he visto llegar, aún estaba muerta de miedo de que algún obstáculo nos separase. Nunca olvidaré esa impaciencia. Me he dado cuenta de que sería fácil volverse loca de amor”. Eso le dijo a mi madre. “Loca de amor”, dijo. Mi madre la miró y luego se alejó toda arrogante, como estaba aquel día, y se volvió hacia mí y me dijo: “Min, soy una anciana, pero nunca en mi vida me habían hablado así. Y nunca en mi vida he hablado así a nadie. En todos los años que he vivido, nunca, nunca me he permitido comportarme así con nadie, ni mucho menos en público. Esa chica tiene un problema. Lo siento en el corazón por Martin, te lo digo. A esa chica le falta un tornillo”».

Min recordaba que el día de la boda de Martin fue un día muy largo, con muchas visiones y escenas distintas, caminos rurales, caminos de campo, jardines y huertos y campos y arroyos, y una casa con habitaciones que se multiplicaban en el recuerdo, porque solo las había visto una vez, aquella vez, y la atrajeron mucho: oscuras y viejas habitaciones que mantenían un aire de simple, implacable formalidad. Envidiaba el modo en que las habitaciones podían permanecer desconocidas incluso cuando uno se hallaba en su interior. Era lo mismo allí, con la gente del campo: incluso cuando eran amistosos y abiertos, mantenían oculta una gran parte de su ser. Min pensó que eran como

una tribu extraña que solo se muestra en todo su poder en los días de festejos.

Los días antes de la boda habían pasado llenos de una gran tensión. Min siempre había dicho que no podía comprender cómo habían logrado salir de la casa en la mañana de la boda. De no haber sido porque Markey estaba de pie con el caballo y el coche que habían alquilado, se habrían quedado todos en la casa y habrían dejado que Martin se espabilara solo hasta Oylegate lo mejor que pudiera. Tal vez entonces Martin hubiera cambiado de opinión y se hubiera quedado en casa, que era su lugar. Cuando se alejaban de Wexford, cruzaron el puente en Ferrycarrig y allí abajo fluía el río Slaney hacia el puerto tan despreocupadamente como si nada hubiera ocurrido. Y luego el largo trayecto hasta Oylegate. Y cuando llegaron a Oylegate, todo el patio de la capilla les esperaba, con el aspecto de un ruedo más que de un lugar religioso. Y la propia capilla, tan solemne y llena de flores tan exuberantes en su pleno apogeo que parecían desbordar de pétalos mientras el color fluía libremente en el aire. Min aspiraba profundamente, llenándose los pulmones con miedo. El miedo crecía en su pecho, sentía cómo la asfixiaba poco a poco. En aquel lugar faltaba aire. Más tarde le dijo a su madre:

—Casi me da un dolor de cabeza en la capilla. Pensaba que tendría que salir. Estaba demasiado cerca y he empezado a sentirme débil. Creí que nunca saldríamos de allí.

Polly estaba escuchando. Polly siempre parecía estar escuchando a tiempo para volver tus palabras contra ti.

—Tú siempre has dicho a todo el mundo que nunca has tenido un dolor de cabeza en la vida. Siempre has dicho que no tenías tiempo para un dolor de cabeza. Nos los dejabas a los demás. «Clare y Polly tienen tiempo para esas tonterías», decías, imaginando que éramos delicadas. Eso es lo que siempre decías. Y luego, en cuanto te parece que algo va contra tus deseos, nos dices que casi has tenido un dolor de cabeza. Si hubieras tenido casi un dolor de cabeza se te habría visto en la cara. Lo que pasa es que desbordas de mal humor, eso es lo que te pasa.

—Por Dios —dijo su madre—, este no es el momento de pelearos. ¿Queréis que montemos un numerito y que todo el mundo se burle de nosotras, más de lo que ya se burlan?

Iban andando por el patio de la capilla después de la boda y Min se adelantaba, con aire apresurado, como si se hubiera dejado algo en la

carretera y quisiera ir a por ello. En la voz de Polly había detectado la hostilidad que la había estado oprimiendo todo el día, una hostilidad que había venido a su encuentro en las calles del pueblo cuando empezaron el trayecto hacia allí, distante e incomprensible hostilidad que salió a su encuentro desde el puente de Ferrycarrig y en la propia carretera, y desde los campos, árboles y casas rurales que dejaron atrás, e incluso desde el cielo azul y blanco del verano. Incluso el lejano cielo parecía satisfecho de verla en aquellas condiciones. Aunque Min no sabía de qué condiciones se trataba. Sabía que no podía decir una palabra sin que se la malinterpretase. Sabía que ocurría algo que la privaba de una aprobación tan natural que siempre la había dado por sentada. Solo notaba cómo lo echaba en falta: era como si el mundo entero se hubiera vuelto contra ella. Polly parecía haber ensayado aquel discurso. Era tan despectiva... Pero ¿de dónde había sacado aquel tono de voz, tan duro y condescendiente? «De pronto estaba tan segura de sí misma», pensó Min. «Debo de haberme rendido en cierto modo.» Pero ¿en qué podía haberse rendido? Min sabía que no había hecho nada para merecer aquel tono despectivo de su hermana menor. Tenía la horrible sensación de haber caído en desgracia con alguien que nunca había visto y a quien nunca había gustado mucho, nunca, ni siquiera cuando era una hormiga que intentaba ayudar a su madre con los pequeños. No, viniera de donde viniese, aquel desagrado impersonal la había estado esperando toda la vida. Y, por el modo en que la gente la estaba mirando, estaba claro que todos lo sabían. Ni siquiera podía decirle a su madre una palabra sobre un dolor de cabeza sin ser atacada como una canalla. Sus buenas notas del colegio estaban olvidadas. Nada se sabía de ella, excepto que había pretendido ocupar un lugar en la vida más alto de lo que le correspondía. Había creído que podría volar hasta el cielo con su cerebro como alas. «Nadie me ve como soy», pensó Min; «solo ven el fracaso. Yo tenía derecho a intentarlo, pero ellos solo dirán: “Se le han subido los humos y el orgullo merece un castigo. Tendrá que enfrentarse a eso”». No podía decir nada para defenderse, de modo que se condenó a sí misma a permanecer callada. Es imposible demostrar que no eres una solterona decepcionada.

Min recordaba el día de la boda de Martin como el día en que sus vidas cambiaron para siempre. «Mi madre nunca fue la misma desde que Martin se casó», pensó, «y también a partir de entonces Clare y Polly se volvieron

impacientes y difíciles y dejaron de unirse a la conversación que siempre manteníamos sobre las fortunas familiares y empezaron a hablar de lo que iban a hacer con sus vidas. Sus vidas, ¿y por qué no unirse todos como una familia, tal como nos habían enseñado? De pronto se volvieron muy egoístas, y la casa parecía más vacía que nunca, como si Martin se hubiera muerto. Después de la boda, él ya solo volvió de visita. Vivían una esquina más allá, pero ya no era lo mismo, sabíamos que no dormía en su cama de siempre».

Delia y Martin se llevaban ocho años y, al final, como él le había sobrevivido seis años, fueron catorce años, y ahora que los dos habían muerto, nada de aquello importaba ya. Podrían haber nacido con cientos de años de distancia, pensó Min con satisfacción. Pero a Martin no le encajaba ser de ninguna otra familia que no fuese la suya, o haber tenido hermanas que no fueran Min, Clare y Polly, o haber tenido una madre distinta de la que tuvo, que había sacrificado todo por ellos y a cambio solo pedía que se mantuvieran unidos como familia y se reforzaran y construyeran un muro impenetrable a su alrededor, a través del cual nadie pudiese ver, un muro que nadie pudiese escalar. Ella pensaba en un fuerte, una fortaleza, para que todos pudieran construirse en privado y reforzar su arraigo sobre la tierra, porque a largo plazo es lo que cuenta, un firme arraigo y un techo que te cubra. Pero todas las esperanzas se desvanecieron y todo su duro esfuerzo se vio burlado cuando Delia Kelly entró en sus vidas. «Delia nos aplastó», pensó Min, «y nos expuso a la intemperie, donde los lazos de sangre ya no importaban, y donde la sangre no era más densa que el agua y donde el único misterio era qué habría visto Martin en ella». Era como el final del mundo, saber que él estaba a merced de alguien extraño a la familia. La hija de un granjero, por mucho que hubiera ido al colegio religioso de Loreto y que poseyera certificados que demostraban su buena educación.

Min se sentó junto a la estufa de su propio apartamento en Wexford y consideró la vida, el crimen y el castigo según las leyes de la aritmética. Contó los años, sumó y restó las preguntas y respuestas y descubrió que ella salía con un neto balance a su favor. Miró el viejo arcón que ahora contenía aquellos certificados, aún envueltos en el papel de embalar en que Delia los guardaba. Min había decidido deshacerse de ellos, pero lo haría más tarde. Le gustaba mirarlos, sobre todo el de su aptitud de violinista. Era extraño que, a

pesar de su buena memoria, hubiera olvidado la reputación de Delia con la música cuando conoció a Martin. Era una reputación modesta y la había obtenido con facilidad, ya que se le habían dado todas las oportunidades. En la familia de Min, todas las oportunidades habían sido para Martin, porque era el chico, y se las llevó consigo al marcharse. Y estropeó sus propias posibilidades para siempre, porque ya no hizo nada el resto de su vida, atado como estaba, esclavo de la necesidad de mantener a una esposa y sus hijas, convirtiéndose en un don nadie. Después de tantas promesas, tanto hablar y tantos planes, había malogrado su vida. Unas pocas libras en el banco, unas pocas piezas de mobiliario, unos pocos libros y un jardín que aún florecía aunque llevaba seis años abandonado; en eso se resumía su vida, esos eran los créditos que podía mostrar. Habría hecho mejor pensando en su madre y quedándose en casa y se habría beneficiado del ánimo de su familia, todos impulsándolo y apoyándolo en todo lo que hiciera. Con su capacidad y su cerebro y sus maneras encantadoras, habría podido hacer cualquier cosa. Podría haberse elevado a cualquier altura, un líder natural como él, capaz de sentirse cómodo en cualquier parte y con cualquier persona. Había muerto sin amigos. ¿Cómo podía tener amigos si le daba vergüenza invitar a alguien a su casa? Se avergonzaba de Delia y de la casa y, sobre todo, no quería que la gente supiera de su desdicha. «En eso era como todos nosotros», pensó Min, «orgullosa, sensible y celosa de su intimidad». Delia procedía de una clase muy distinta. Tenía un linaje distinto, más burdo: eran personas de campo, acostumbradas a estar a la intemperie hiciese el tiempo que hiciera, a arar la tierra, a recoger el heno y a ocuparse del ganado. No tenían muchos más pensamientos en la cabeza que guardar el maíz. Intentaban ser amistosas; Min les reconocía eso. Quería ser ecuánime. Pero no confiaba en ellas; y, en cualquier caso, se habían reído de ella y de su madre, de que Martin hubiera sido una presa tan fácil de cazar. A Min no le gustaba que nadie pusiera en ridículo a su madre, ni a Martin, porque él no sabía lo que estaba haciendo cuando se alejó para casarse. Había perdido la cabeza con aquella chica, había enloquecido de deseo, había perdido la decencia. Era como alguien en estado de delirio. Min no podía evitar despreciarle un poco, al verlo tan indefenso. Y luego lo mismo les ocurrió a Clare y a Polly. Clare se casó con un tipo sucio y andrajoso que casi podía ser su padre, y Polly se casó con un viajante y tuvo un hijo detrás de otro hasta que casi logró echar a la calle a su madre y a Min con los gastos que les impuso. Pero fue Martin el que lo

empezó todo, desapareciendo de sus vidas tan alegremente como si nunca hubiera vivido en aquella casa.

Lo que había ocurrido era una vergüenza. Todos sus planes se habían desvanecido. En aquella época todos estaban trabajando: Polly en la fábrica de punto, Clare en la agencia de noticias, Martin en la oficina de supervisión municipal y Min en confección. Ella siempre había sido modista, sin haberlo decidido, y había sabido convertir aquella ocupación en un buen oficio. Todo el mundo decía que era muy profesional y que tenía un buen estilo. En cuanto pudo trasladó la máquina de coser del saloncito de su madre a las habitaciones de Main Street, la calle mayor, donde ahora vivía. De un modo u otro, se había unido a aquellas habitaciones durante al menos sesenta años. El edificio había cambiado de propietarios, pero Min se había quedado. No tenía intención de dejar su apartamento, sobre todo porque el acuerdo incluía tres habitaciones abuhardilladas en el tercer piso, el piso superior de la casa. Había sido muy previsora al lograr que incluyeran aquellas habitaciones en el contrato original de tantos años atrás. Ahora había convertido el piso de arriba en un pequeño apartamento improvisado pero muy agradable. Descubrió que a las parejas jóvenes les gustaba para sus primeros años de matrimonio. Y todavía tenía el alquiler de la casita de la esquina entre Georges Street y Oliver Plunkett Street, donde su madre los había llevado a todos a vivir cuando aún eran criaturas. Aquella casita que Min había convertido, a su modo informal, en dos apartamentos, y ahora cobraba los alquileres. Además, tenía su pensión, y algún dinero en el banco, nadie sabía cuánto, por más que se lo preguntaran y especularan. Algunos decían que era demasiado lista, demasiado ladina. El carnicero que tenía la tienda debajo de su apartamento la detestaba. A ella no le importaba. Quien ríe último ríe mejor. Él podía ponerse a la puerta de la carnicería y observarla acercarse a la casa y dedicarle las miradas más torvas que supiera; a Min la traía sin cuidado. No podía evitar reírse pensando en lo seguro que se sentía él cuando compró la casa de que podría librarse de ella simplemente diciéndole que no la querían allí, y que necesitaba toda la casa para su creciente familia. Ella no iba a morir porque a él le conviniera y no le importaba si la quería allí o no. Era muy presuntuoso por su parte imaginarse que a ella le importaría si él quería que se fuera o se quedara. Incluso había tenido la impertinencia de decirle que su mujer y él le profesaban un gran respeto. Min no conocía a la mujer, pero sabía de qué clase

procedía. No hacía falta ver a la gente de aquella clase para saber lo que eran ni lo que valía su «respeto». Le dijo al carnicero en su cara que la dejara en paz. No pensaba moverse. Ya se imaginaba que sería muy cómodo para él cerrar la tienda e irse arriba a tomarse el té, pero tendría que esperar. Una estrecha puerta en la entrada de la carnicería llevaba a un pasaje cubierto y allí estaba la puerta de debajo de la casa de Min, en un lado del edificio, muy discreta y segura. Min estaba muy bien instalada allí. El lugar estaba bien arreglado. Le gustaba estar sola en el apartamento, con la puerta de abajo cerrada y la puerta de su apartamento cerrada, el fuego encendido y la lámpara eléctrica de leer sobre su hombro y un libro interesante que leer, además del periódico del día a mano, en caso de que quisiera hojearlo de nuevo. Y tenía la banquetita de Delia para poner los pies. Pensó que era un milagro el modo en que las cosas se igualaban al final. Durante todos aquellos años había ido arriba y abajo, cumpliendo su deber y observando las reglas de la vida tal como le habían enseñado y sus pies se habían detenido en el mismo lugar donde terminaba su camino, allí, en aquella habitación, con todo reunido a su alrededor y cada cosa en su sitio. Su madre siempre había dicho que Min era la única que mantendría la bandera en alto pasara lo que pasara. En toda su vida, a Min nunca le había gustado sentarse sin hacer nada, pero ahora estaba muy contenta de estar ociosa. Lo que veía en su habitación era un trabajo bien hecho. Hasta entonces no había comprendido que un trabajo bien hecho crea un prestigio en el que uno puede descansar.

La habitación en la que se sentaba junto al fuego y donde pasaba casi todo el tiempo había sido su taller de trabajo años atrás. Era la habitación frontal y ocupaba todo el espacio de la estrecha fachada, con un techo alto y tres altas ventanas. Las ventanas tenían cortinas de fino tejido azul que mostraban agujeros de la oscuridad exterior cuando las corría de noche. A Min no le importaba. A menudo simplemente las dejaba abiertas sin molestarse en echarlas. Enfrente había un edificio de oficinas, que de noche quedaba vacío y en cualquier caso, se decía, ella no tenía nada que ocultar... Para ella, decir que no tenía nada que ocultar era solo un modo de hablar: significaba que no temía estar sola de noche con las ventanas abiertas a la noche.

Había tres puertas en la pared que miraba a las tres ventanas. Dos de las puertas llevaban a las habitaciones más pequeñas del apartamento y la de en medio llevaba al vestíbulo. Uno de los cuartos pequeños había sido su

probador y el alto espejo de marco dorado aún seguía colgado en la pared. Ahora era su dormitorio, aunque cada vez se quedaba más a dormir en el estrecho sofá contra la pared de la habitación más grande. La estufa de gas estaba encendida muchas horas y la habitación siempre estaba caliente. Y ella anhelaba el calor. Creía que el clima en Wexford era más cálido que en Dublín y echaba la culpa a los seis años que había pasado viviendo con su hermano de los resfriados que ahora la atacaban. Llevaba dos rebecas de punto y a veces un chai encima de su jersey de lana. Solo se abrochaba el botón superior de la rebeca de encima. La de debajo la abrochaba de arriba abajo. El jersey tenía manga larga y se le veían los brazos gruesos y embutidos y rematando en tres gastados bordes en las muñecas: verde del jersey, *beige* de la rebeca interior y marrón jaspeado de la rebeca de encima, que era de lana muy gruesa, punto de Aran, lo llamaba Min.⁴ También sus manos se habían vuelto moteadas de rosa y marrón y tenía unas uñas diminutas y amarillas que llevaba muy cortas. Era pequeña y delgada, solo un tanto encorvada, y por la calle andaba deprisa, sin titubear. Todos los días salía a comprar el periódico y compraba comida. Pan, leche, a veces jamón cocido o tomates. Le gustaban los huevos muy duros. Saludaba con la cabeza a muy poca gente cuando andaba y muy poca gente se paraba a hablar con ella. Era una mujer mayor y diminuta, vestida de negro, con un sombrero mínimo hecho por ella y adornado con un velo negro.

Leía mucho, inclinándose atentamente hacia la débil luz de la lámpara que había cogido de la mesita de noche de Delia. Antes de coger la lámpara, había usado una bombilla desnuda atornillada a un casquillo en medio del techo. Era muy ahorradora, a su manera; nunca había perdido el hábito de una economía de resistencia y de hecho disfrutaba escatimando sus peniques. No había amasado una gran fortuna, pero le encantaba acumular y observar cómo crecía su dinero. Miraba a la gente calculadoramente, no por lo que podía obtener de ellos, sino por lo que pudieran sacarle si les daba opción. No se sentía inclinada al cotilleo. Admitía que detestaba a la gente solo hasta el punto en que le recordaban cierto tipo o clase.

—Oh, detesto esa clase de persona —decía, o bien—: Oh, esa clase de persona no es trigo limpio.

Las muecas, guiños, asentimientos y otros gestos que indicaban parodias de alarma, de timidez, de ira y de piedad eran su repertorio, junto con una

colección de frases sarcásticas e irónicas que había encontrado útiles en su juventud. Pero veía a poca gente.

En la época en que aquella habitación era su taller de modista, el mobiliario incluía máquinas de coser, tablas de planchar, estanterías para almacenar ropa y en el centro de la estancia, la gran mesa de cortar que siempre tenía que liberar de un sembrado de libros de moda y patrones de papel, tazas de té, tijeras, recortes y cintas de tela. Debajo de los pies siempre había un campo de hilos y agujas. Montañas de color y metros de tejidos se habían sumergido en la habitación bajo la pacífica vejez de Min, una vejez llana y sin mareas. El fuego de gas relumbraba en rojo y naranja; era su única extravagancia. En el suelo había una alfombra de flores que en otro tiempo había sido el orgullo del salón de Delia y la habitación estaba decorada con los *souvenirs* de Min: los libros de Delia, los libros de Martin, la silla baja de Delia, el sillón de orejas de Martin. También tenía la cesta de costura de Delia y el mapa enmarcado de Dublín que había sido de Martin. En el cuarto dedo de su mano izquierda llevaba el anillo de boda de Martin, que había cogido de su mano muerta, diciéndose que quería protegerlo de los ladrones de tumbas.

Si levantaba la vista del libro veía, en una franja de estrecha calle, el cielo sobre el puerto, y si se levantaba y andaba hacia la ventana veía el agua. Bajo sus ventanas discurría Main Street, la calle mayor. Las calles de Wexford son muy estrechas y más torcidas que sinuosas. En algunos puntos, Main Street solo permite el paso de un coche y la acera se reduce a la amplitud de un tablón. Siempre hay niños jugando a la pata coja y niños que van esquivando y corriendo, moviéndose sinuosamente entre las lentas bicicletas y los coches. Es un pueblo pequeño, gastado y angular con casas sencillas y desparejadas, descoloridas por el sol y la lluvia. No hay nada oscuro en Wexford. El sol se levanta muy cerca de la población y a veces parece salir de entre las casas. El viento disemina semillas contra los muros y por los bordes de los tejados de modo que, si uno se fija, puede ver caléndulas floreciendo entre la altura de sus ojos y el cielo.

El padre de Min había sido mucho mayor que su madre, Bridget, y no sabía leer ni escribir. Era silencioso al lado de su vivaz y temperamental mujer, que leía a Dickens, a Scott y a Maria Edgeworth con sus hijos. Hacía trabajos esporádicos allí donde los encontraba. El sueño de su vida era ganar dinero

exportando cerdos al mercado inglés y para sorpresa de todos, en una ocasión consiguió el suficiente dinero para comprar unos cuantos cerdos y alquilar una porqueriza para guardarlos allí. Descubrió que la posesión de los cerdos le traía automáticamente la compañía de un puñado de aficionados como él, que se reunían en serias discusiones sobre los animales, y también hablaban de sus propias ambiciones, esperanzas y posibilidades. Los cerdos eran jóvenes, esbeltos, rosados y sanos y su apetito era insaciable. Descubrió que le encantaba darles de comer y que no le importaba limpiarlos después. Empezó a hablar de lo limpios y amistosos que eran y de lo bien que se portaban. Le maravillaba cómo abrían y cerraban la boca y pensaba que su morro tenía un aspecto muy natural, nada porcino. Le gustaba verlos levantar la cabeza y mirarlo con sus ojillos de aire cegato. Comentaba todas las mentiras que se decían sobre los cerdos. Interpretaba sus gruñidos y chillidos como palabras de afecto hacia él, y al cabo de un día o dos, Bridget les dijo a los chicos que su padre se había ido a vivir con los cerdos.

—Le gustan más los cerdos que sus propios hijos —dijo.

Y era verdad que le gustaban y que también le gustaba tener un sitio suyo adonde ir, fuera de la casa. Le gustaba ser un hombre de negocios. Empezó a sonreír a sus hijos como si tuviera un secreto. Martin le llevaba las cuentas y anotaba el número de cerdos, el precio que había pagado por ellos y el precio que esperaba sacar. Una vez, Martin visitó la porqueriza y vio a los cerdos. No lo dejaron ir una segunda vez. Bridget dijo que con un loco en la familia ya había suficiente. Martin lloró y dijo que quería tener un perro. Aunque sabía que no lo tendría. Nunca hubo un perro ni un gato en la casa. Bridget decía que ya tenía bastante trabajo para alimentarlos a todos.

Y amaneció el gran día en que los cerdos iban a venderse. El padre salió antes de que ninguno de ellos se despertara y no volvió a casa hasta mucho después de la hora de irse a la cama. Pero nadie se había ido a la cama. Todos lo estaban esperando. Cuando llegó, todos estaban sentados alrededor de la estufa de la cocina, esperándolo. Lo oyeron llegar por el pasaje que tenía entrada en Georges Street y, tal como su madre les había dicho, se mantuvieron quietos y silenciosos, para que él pensara que estaban durmiendo. Él los vio en el umbral y pareció sorprendido y no muy alegre de verlos. Luego se llevó la mano al bolsillo superior y sacó el dinero, que había envuelto en papel de embalar, se acercó a la mesa de la cocina y lo puso encima.

—Aquí está el dinero —le dijo a Bridget—. Dinero sangriento.

Parecía tener mucho frío, pero en lugar de acercarse a la estufa para calentarse, se sentó, apoyó los codos en la mesa y se cubrió la cara con las manos.

—¿Qué significa este numerito? —le preguntó Bridget—. ¿De qué vas, hablando de dinero sangriento delante de los niños? ¡Contéstame!

—No soy mejor que un asesino —dijo él—. Nunca olvidaré la mirada que tenían hasta el día en que me muera. No debería haberlos vendido. Me he pasado la noche despierto pensando en maneras posibles de quedármelos a escondidas, sin que nadie lo supiese. Me he encariñado mucho con ellos. Me reconocían al verme.

Bridget se levantó, se acercó a la mesa, cogió el dinero y se lo metió en el bolsillo del delantal. Era una mujer baja, robusta y vigorosa con redondos ojos azules y pelo negro liso, y estaba orgullosa de la reputación que tenía de decir siempre lo que pensaba. Era arrogante, astuta, recelosa y con múltiples recursos, y, en lo que respectaba a su lento e indeciso marido, era despiadada. No quería que sus hijos llegaran a ser como él. No quería que la vieran con él. Les decía a sus hijos que tampoco quería verlos por ahí con él. Ya hacía mucho tiempo que se había hartado de intentar entender qué lo detenía a él y de paso los obstaculizaba a todos. Pero aquella noche, por una vez, vio claro que lo de los cerdos iba a convertirse en una excusa para no hacer nada durante semanas o incluso meses. Podía haber resultado cómico, de no haber sido por los efectos negativos que su pereza podía tener en sus hijos. Pero él le resultaba útil en la casa como un mal ejemplo. Los niños le tenían cierto miedo porque temían ser atraídos por su mala suerte. Se avergonzaban de él. Min pensaba que cualquiera podía darse cuenta por la forma de hablar de su marido que no sabía leer ni escribir. Tal vez por eso le atrajeran los cerdos. Siempre parecía necesitar más tiempo que los demás para que su discurso pudiera conectar con su memoria y nunca parecía llegar a comprenderse en ninguna medida. Parecía errar siempre en busca de alguien que lo ayudara a comprenderse, a comprender, que le dijera algo que pudiera aclararle las cosas.

Aquella noche en que llegó tan tarde después de haber vendido los cerdos estaba tan angustiado que olvidó quitarse el sombrero. Era un sombrero que había llevado tanto tiempo que los niños solo lo recordaban con él y Bridget

les dijo que ya lo llevaba la primera vez que ella lo vio. Era un sombrero grande y negro de ala ancha, un sombrero de aire distinguido, pero evidentemente en un estado andrajoso. Se había reverdecido con el tiempo y aquel tono verdoso era ostensible a la luz de la lámpara aquella noche, cuando él apoyó los codos en la mesa y se cubrió la cara con las manos, doliéndose por sus cerdos. Nunca salía sin ponerse el sombrero. Nunca se lo veía sin él. Tenía una relación de dependencia con aquel sombrero y los chicos dependían también de él para detectar su presencia a tiempo y evitar encontrárselo por la calle. Cuando el dinero estaba a salvo en el hondo bolsillo del delantal de Bridget, alargó la mano y le arrancó a su marido el sombrero de la cabeza.

—¿No te he dicho que no lleves ese sombrero en casa? —le espetó.

Levantó la vista desconcertado, se levantó y alargó el brazo hacia el sombrero.

—Devuélveme mi sombrero —le dijo, mirándola como si estuviera a punto de sonreír.

Min detestaba aquella débil y estúpida sonrisa de su padre. A veces, Martin sonreía así, cuando quería fingir que entendía algo que no podía entender. Min pensaba que Martin y su padre eran cobardes al lado de su madre. Deseaba que su madre le tirase el sombrero a la cara a su padre y lo echara de casa. Deseaba que todo fuera distinto, sin cerdos, sin sombrero viejo, sin peleas ni intrigas. En realidad, no le gustaba que su madre le hubiera arrancado el sombrero de la cabeza a su padre. Le disgustaba que ella empezara las peleas; parecía que siempre estuviera peleándose. A veces, su madre salía de casa y se iba a casa de alguien que también la molestaba y empezaba a pelearse allí también. Luego volvía a casa y les contaba a los niños lo que había dicho y lo que le habían dicho a ella.

Una vez, la hermana de Bridget, Mary, llegó a casa hecha una furia. Bridget y Mary se odiaban. Empezaron a pelearse y luego a pegarse. Bridget pegaba más fuerte y Mary salió corriendo de la casa con sus hijos chillando tras ella. Martin y Min lo vieron todo y le dijeron a su madre que era muy valiente, pero estaban amedrentados. Más tarde, cuando Bridget contaba la historia de la batalla, siempre acababa diciendo: «Y allí estaba mi hermana Mary, con su preciosa sangre manándole por la cara». Min despreciaba a su padre, pero esperaba que su madre no lo golpeará. No quería ver su preciosa sangre manándole por la cara. Empezó a llorar y cuando Clare y Polly vieron a

su fuerte hermana mayor llorando, se echaron a llorar también. Martin se levantó y suplicó:

—Dale ese sombrero, mamá, ¡dale ese sombrero! —y luego empezó a llorar y a agitar las piernas como si se entrenase para correr.

—Has asustado a los niños como un demonio —dijo el padre y por una vez en su vida pareció que supiera lo que estaba diciendo—. Dame de una vez ese sombrero. Me voy. Tengo que salir de aquí —e intentó cogerlo, pero Bridget lo sujetó a su espalda e intentó golpearlo:

—No me desafíes, ¡te lo advierto! —chilló. Pero él esquivó su mano, le quitó el sombrero, salió corriendo de la cocina y todos oyeron la puerta de Georges Street golpear tras él.

No volvió a casa aquella noche, pero allí estaba de nuevo por la mañana, sentado a la mesa de la cocina, y Bridget le sirvió el té como siempre. Los niños buscaron el sombrero, que estaba en su sitio habitual, sobre una alacena que había a un lado de la puerta del patio. Él solía quitárselo y echarlo allí encima en un solo gesto. Siempre, cuando entraba de fuera, tiraba el sombrero hacia arriba como si estuviera saludando a la casa. Y antes de salir, levantaba el brazo, lo cogía y se lo ponía en la cabeza, a menudo sin mirar siquiera. Una tarde, cuando todos estaban en la cocina después del colegio, Bridget decidió hacerle una bromita. Dijo que de todas formas necesitaba un nuevo sombrero y que una gorra le quedaría mejor. Una gorra sería más útil para la lluvia, una bonita gorra azul marino o gris oscuro. Se veía ridículo con aquel viejo sombrero y ya era hora de que se librara de él. Una vez se hubiera librado, él mismo se alegraría y les daría las gracias, pero era absurdo intentar convencerlo de que lo hiciera; seguro que diría que no. Necesitaba mostrar lealtad hacia todo, incluso con un viejo sombrero. No había más que ver lo que le había pasado con aquellos cerdos. No sabía manejar sus sentimientos y esa era su debilidad. Solo hay algunas cosas en las que uno puede ser totalmente sincero, pero él no sabía cuáles eran. Una vez el sombrero hubiera desaparecido, él se olvidaría pronto de él; y era una vergüenza verlo por ahí con aquella monstruosidad en la cabeza. Ella había tenido una idea. Le quitarían el sombrero y cortarían el ala separándola de la copa y luego lo dejarían como si nada encima de la alacena y esperarían a ver qué pasaba cuando él fuese a cogerlo para salir. Bajaron el sombrero y Bridget le recortó el ala, pero dejó una fina franja del terciopelo —apenas más que una hebra—

que uniera las dos partes cuando su padre lo levantara para ponérselo en la cabeza. Ocurrió lo que esperaban: el ala cayó sobre la cara de su padre y se le quedó colgando alrededor del cuello. Levantó las manos hacia la cara y el cuello para ver qué había pasado, luego se lo quitó y lo miró.

—¿Quién de vosotros ha hecho esto? —preguntó.

—Todos —respondió Bridget.

Él levantó el sombrero y lo miró.

—Está acabado —dijo, pero no parecía enfadado, solo desconcertado. Luego salió con el sombrero en la mano y nadie volvió a verlo ni se habló más de aquella prenda.

No mucho después de aquel incidente, Bridget fue a ver a un conocido que trabajaba en Vernon's, en Main Street, que negoció con ella la compra a plazos de una máquina de coser y empezó a aprender a cortar vestidos. Min era ahora la única que ayudaba a su madre, de modo que estaba condenada a toda una vida de costura, cuando había planeado estudiar en la universidad y convertirse en profesora. Min quería enseñar. Aspiraba a una posición digna en el municipio, ser nombrada secretaria en distintas comisiones, conocer a la gente importante que llegase a Wexford y que muchas madres y padres tuvieran que dirigirse a ella con deferencia porque de ella dependía el destino de sus hijos. Pero aprendió a cortar patrones y a manejar una máquina de coser y la única comisión que conoció tenía un solo miembro, ella, y se estableció en Main Street.

Siempre pensó que si su padre hubiera seguido adelante con los cerdos y hubiera aprendido a controlar sus sentimientos, si le hubiera importado mínimamente ella, habría tenido mejores oportunidades. Pero todas las oportunidades fueron a parar a Martin porque él era el chico, y por supuesto se suponía que tendría el mejor cerebro y también que él era la única esperanza que tenían para salir de la pobreza. Y Martin avanzaba bien y había demostrado tener una buena cabeza para los negocios cuando de pronto decidió tirarlo todo por la borda y casarse. La mejor parte de sus vidas terminó el día en que Martin conoció a Delia. Min recordaba las noches en que todos se sentaban a charlar, a veces hasta después de medianoche. Eran felices en aquellos años, cuando estaban todo el día fuera trabajando y por la noche tenían tanto de qué hablar que no sabían por dónde empezar ni cómo

acabar. Clare solía traer los nuevos libros, periódicos y semanarios que cogía subrepticamente de la agencia de noticias para que los leyeran. Polly y Martin habían entrado en el grupo de teatro de aficionados y siempre estaban con ensayos y recitaciones, y empezaban a hablar como entendidos de guion, vestuario, escenografía, diálogos y bambalinas. Solo hablaban de obras y de actuación y sabían todo lo que iba a ocurrir: tenían toda la información de conciertos y representaciones y competiciones programadas, no solo en Wexford, sino también en Dublín. Min pensaba que el futuro era mucho más interesante cuando sabías al menos dos o tres de las cosas que iban a ocurrir. Siempre había algo nuevo y era agradable estar entre los enterados. La gente se paraba a saludar a los Bagot en la calle. Ahora tenían un piano, de segunda mano, pero bueno. Tenía la misma forma que su diminuto saloncito y ocupaba la mitad del espacio. Se turnaban para tocar melodías, pero Clare los superaba a todos porque había tomado unas pocas clases con la hija de una familia alemana que había vivido en su misma calle durante un tiempo. Los alemanes conocían bien su música, eso había que reconocérselo. Clare pensaba que con unas pocas clases más podría haberse convertido en una buena acompañante. A todos les gustaba cantar, lo habían heredado de Bridget. Martin iba solo a Dublín de vez en cuando, una sola noche, y siempre traía algo nuevo, la partitura de una canción o un libro. Siempre iba a un concierto o al teatro o a escuchar alguna conferencia.

A Martin y a Polly les gustaba montar algunas escenas y Min solía ponerse detrás e imitar sus gestos hasta que su madre dijo que le gustaba más mirar a Min que la obra en serio. Min estaba contenta de participar en la diversión. No tenía tan buena voz como los demás y actuar en serio quedaba más allá de sus posibilidades.

En cierto modo era una pena que su padre no estuviera allí para contemplar su prosperidad, pero en otro sentido era mejor así, porque él siempre habría encontrado la manera de estropearlo todo, aunque fuese sin querer, porque no podía evitarlo. Min recordaba lo irritante que había sido tenerlo por allí, como un aguafiestas. Y ponía a su madre de los nervios porque todos sabían que no entendía una palabra de lo que decían. Había tenido una muerte apacible. Debía de haberse ido contento. Solo era una carga para sí mismo y para todos los demás.

Min siempre recordaba lo amable y fiel que había sido Martin,

reconfortando a su madre tras la muerte de su padre, y nunca había entendido cómo había podido ser tan considerado, haber hecho aquellas promesas y fingir de aquel modo para después salir huyendo y llevárselo todo a la primera ocasión que tuvo. Siempre decía:

—Puedo vivir perfectamente sin hombres. Significan más problemas y molestias de lo que valen.

Pero le había gustado mucho tener a Martin en su vida. Le encantaba cuando él subía a su taller en Main Street y llamaba diciendo: «Hay un hombre en la casa. ¿Me dejas entrar, Min?». Y se quedaba haciendo bromas mientras todas las mujeres se apartaban fingiendo asustarse y adecentándose. Las mujeres siempre le hacían bromas sobre aquel hermano tan guapo y le preguntaban si no temía que se lo robase una chica. Y Min siempre respondía que Martin apreciaba demasiado a su madre para abandonar la casa.

—Está muy unido a mi madre —decía siempre, bajando los ojos hacia su trabajo de un modo que mostraba que la devoción de Martin era de una magnitud casi sagrada, y la mera mención a ella merecía que se hiciera el silencio en la habitación. Silencio o el final de aquella conversación tan frívola.

—Martin no tiene tiempo de estar paseando por ahí —le dijo a una clienta que bromeaba con demasiada malicia.

—Oh, Min, eres una auténtica solterona —dijo la clienta—. Martin os va a dar una sorpresa cualquier día de estos. Aparecerá una chica y se lo llevará de un plumazo. Espera y verás.

Min le contó a su madre aquel comentario.

—No hagas ni caso, Min —le dijo Bridget—. Martin no es ningún tonto. Sabe lo que vale un peine. Está demasiado cómodo para pensar en irse. Tiene la actitud de un hombre de cuarenta. Martin es un solterón nato.

Y por supuesto, en un abrir y cerrar de ojos, Martin se casó y se fue. Y luego Polly huyó con el viajante protestante, y resultó que él estaba harto de viajar y solo quería instalarse. Pero instalarse tampoco le funcionó y no logró dar nunca pie con bola. Y Clare se casó con otro protestante, un tipo mayor que se ganaba la vida cazando conejos y entraba en la casa familiar como si fuese suya, con los conejos colgando de la mano, goteando sangre sobre el suelo limpio de Bridget.

Min nunca entendió cómo las cosas podían terminar tan deprisa y

silenciosamente. Era como si alguien les hubiera gastado una broma pesada. Se acabó el orden, la economía, los libros y las canciones, y la casa pareció llenarse de una mezcla detestable de ruido y confusión. Allí donde miraras, estaban el marido de Clare o los niños de Polly, él con sus conejos muertos y su pipa maloliente y los niños siempre pidiendo caramelos o queriendo ir al cuarto de baño o chillando hasta que los cogían en brazos. Min no podía soportar a ninguno de ellos, no podía soportar siquiera tener que verlos. Y luego Martin se trasladó furioso a Dublín, diciéndole a su madre que no le daba ni un momento de respiro a Delia y que Delia no tenía ninguna vida allí y que, de todas formas, en Wexford no había futuro. Bridget siempre decía que Delia había arruinado la vida de Martin y Min estaba de acuerdo, excepto que ella habría añadido que Delia había arruinado las vidas de todos. Habían sido un buen equipo antes de que Delia entrase en escena. Decían que cuando una pareja se casaba se instalaba por su cuenta y cerraba la puerta al mundo, pero Min pensaba que en su familia, lo que hacían era casarse y dejar que todo el mundo entrase en la casa, de modo que no quedaba un minuto de calma ni un pensamiento sensato en aquella vida para nadie. Tal era el estruendo que producían aquellos matrimonios: bulla y confusión, gastos y peleas. Pensaba que era terrible que hermanos y hermanas pudieran moldear su vida con actos que no tenían nada que ver consigo misma. Sentía que todos la empujaban y que solo su madre estaba de su lado.

Cuando Min volvió a Wexford tras la muerte de Martin, y reorganizó su apartamento con las nuevas adquisiciones —las cosas de Delia y Martin, el mobiliario que había sido su ajuar de bodas, sus libros, sus cuadros y lámparas—, de pronto se dio cuenta de que estaba en casa para siempre. Ya no quedaba nadie que le importara, nadie que pudiera molestarla. El círculo familiar se había cerrado. Ella era la única superviviente. Solo podía pensar en ellos como la multitud de la cocina de su casa mucho tiempo atrás, y sentía que eran ellos los que habían muerto al fin, no los hombres y las mujeres en los que se habían convertido y que habían sido tal fastidio para ella. Despreciaba a Delia. Delia había sido un largo interludio que había separado a Martin de su gemela, pero los gemelos se habían unido al final como lo habían estado al principio. Min era ahora la familia de Martin.

Costaba creer que solo hubieran pasado nueve años entre la muerte de su

padre y la boda de Martin. Aquellos fueron los mejores años. Recordaba el día en que murió su padre y cómo los asustó a todos. Ninguno de ellos iba a echarle de menos. Era un alivio no tener que preocuparse por él: un viejo incapaz de escribir su nombre, siempre buscando trabajo, o fingiendo que lo buscaba. No podía estar en casa. Salía antes de que ellos se levantaran por la mañana, pero allí estaba para estropear su hora del almuerzo y su hora del té. Y a menudo, al anochecer estaba allí escuchándolos, aunque todos supieran que no entendía nada de lo que decían. Lo que más le molestaba a Min era que diera por sentado que tenía derecho a unirse a ellos y sentarse en la esquina e instalarse como si tuviera algo que ofrecer. No tenía nada que ofrecer excepto su inquietud. Siempre parecía a punto de irse. Incluso interrumpía sus conversaciones para describir los largos trayectos que haría, pero nunca iba a ningún sitio en particular. Solo vagabundeaba. La inquietud que lo había llevado a Wexford lo afligió hasta el día de su muerte.

Tal vez si hubiera aprendido a leer habría estado más satisfecho. Podría haber aprendido si hubiera querido. Bridget le habría enseñado a leer cuando se casaron, pero él dijo que no, que esperaría a que los niños fuesen lo bastante mayores y entonces aprendería con ellos. Pero a los niños no les gustaba que se sentara con ellos cuando hacían sus deberes y él mismo se decía que era un estorbo. Bridget pensaba que efectivamente era un estorbo, y que estaba privando a los niños de algo que necesitaban mucho más que él. A Bridget le sorprendía con qué fuerza sentía que él no debía mirar los libros de los niños. Temía que frenase a los niños. Lo despreciaba, no soportaba aquel modo suyo de ir por ahí hablando de su sueño de ser marino, cuando todo el mundo sabía que tenía pánico al agua. Oh, era una prueba bien dura para todos ellos, y hacia el final de su vida la gente lo temía, incluso los niños llegaron a darse cuenta de que algo fallaba en él.

Probablemente era la misma inquietud que enrarecía a su padre la que movió a Martin a irse y casarse en un impulso. Tomó la decisión en dos segundos y no hubo forma de discutir. Min nunca olvidaría aquel día de boda, la batalla para lograr que Bridget se vistiera. Iba de negro de los pies a la cabeza, como si tuviese que asistir a un funeral. Generalmente iba de negro, como correspondía a una viuda, pero aquel día parecía más negra que nunca. Min le había hecho un sombrero para la boda, de satén negro con cuentas de azabache y una capa corta de satén negro con cuentas de azabache en torno al

cuello. Era un conjunto muy atractivo, pero Bridget estropeó el efecto con su viejo libro de oraciones lleno de estampas de santos y folletos y recordatorios y envolviendo el libro con su rosario negro de forma que el crucifijo metálico colgaba suelto. Parecía muy elegante, incluso tenía un aire parisino hasta que cogió el misal. Llevaba el pelo gris férreo peinado en un moño alto y tirante, el mismo de todos los días, y el sombrerito, prendido con largas agujas, coronaba el moño y le daba unos centímetros más de altura. Min y sus hermanas llevaban sombreros blancos de ala rígida y blusas blancas con sus trajes grises y Min pensaba que daban a aquella boda rural un toque cosmopolita. Pero, por supuesto, Clare tuvo que estropearlo todo diciéndole a todo aquel que quisiera escucharla:

—Somos las hermanas de Martin. No se nos conoce por nuestra belleza, sino por la inteligencia.

Clare siempre decía las cosas más inoportunas en los peores momentos. Era su forma de intentar ser aceptada. Daba igual si alguien le caía bien o mal, Clare necesitaba ganarse su favor. No podía evitarlo. Siempre acababa poniéndose en ridículo ella y también a uno. Y Polly se hartó y dijo:

—Oh, todo el mundo sabe que Martin es la belleza de la familia.

Y naturalmente, en la boda solo había parientes y amigos de Delia y su familia; Bridget no invitó a nadie porque, según dijo, no estaba segura de que Martin fuese a seguir adelante con aquello.

Era verdad que Martin, con sus brillantes rizos negros y sus intensos ojos azules, era la belleza de la familia. Los rasgos angulosos en Clare, abultados en Polly y flacos en Min, eran en él regulares y armoniosos. Antes de casarse, cuando todos se reunían, las chicas se veían favorecidas por la cara de Martin, y era lógico porque se parecían tanto que uno podía decirse: «Él muestra cómo son ellas en realidad». Pero cuando él las dejó, ya nadie quería prestar atención a aquel parecido. En lugar de ser reflejos de Martin se convirtieron en copias una de otra o en tres copias desafortunadas de una cara que se había ido. Era como si Martin hubiera sido el oro y la plata de la familia. Todas bajaron de valor cuando él salió de sus vidas.

El día de la boda de Martin siempre aparecía en el recuerdo de Min como el principio de una explosión. Y es que habían recorrido aquel trayecto con tanto terror en el coche que habían alquilado y luego, cuando llegaron a Oylegate, todo el mundo estaba listo y esperándoles, los sacerdotes y todos

aquellos desconocidos, con tantas velas y flores, y la sensación terrible de verse atrapada en una ceremonia y tener que seguir y seguir, sabiendo todo el tiempo que no tenías voz ni voto en todo aquello y que daba igual lo que hicieras. Aquel terrible trayecto hasta Oylegate, aquel día. Cuando finalmente consiguieron sacar a su madre de casa y meterla en el coche, ella cerró los ojos y no los abrió hasta que salió del coche a las puertas de la iglesia. Hasta el último momento había esperado que Martin cambiara de idea.

—Martin, te lo pido por tu propio bien —le dijo—. ¿No podrías retrasarlo hasta mañana? Nunca me acostumbraré a perder a mi hijito, pero tal vez mañana me sienta con más fuerzas.

Incluso le ofreció a Martin pagarle que se fuese a Dublín y empezara una nueva vida lejos de la familia, al menos hasta que se pasara el escándalo.

—Todo esto es inútil, madre —le dijo Min—. Venga, vamos, iremos todas juntas con grandes sonrisas; no dejaremos que nadie se dé cuenta de cómo nos sentimos.

Min estaba buscando una mirada agradecida de Martin y la consiguió. Pensó en lo fácil que era manejarlo, a pesar de su inteligencia. «Mi madre podría habérselo quedado y haberme dado a mí sus oportunidades», pensó. Pero nadie podía acusarla de sentir rencor hacia Martin. No podía enfadarse con él, ni sentir que no le gustaba. Era su gemelo. «Tendríamos que haber sido uno solo», pensó en su desesperación e imaginó a Delia Kelly liberando una parte de Min Bagot, que a los diez años ya sabía lo que era trabajar duramente mucho más de lo que Delia podría nunca imaginar. Se preguntó qué veía realmente Delia cuando miraba a Martin. Si era capaz de apreciar algo con aquellos extraños ojos verdes nublados. Todos los Bagot tenían los ojos de un azul brillante, ojos muy vivos, y todos tenían el pelo negro como el carbón, pero solo Martin lo tenía rizado. Los Kelly eran mucho más claros en sus colores; no parecían irlandeses, dijo Bridget. Y excepto Delia, eran más altos que los Bagot, altos y de aspecto fuerte, gente de campo. Min se sentía derrotada por ellos y no sabía por qué. Eran bastante simpáticos, y por qué no iban a serlo, ahora que Martin los liberaba de una de las chicas. «No son como nosotros en absoluto», pensó Min. Oriente es Oriente y Occidente es Occidente.⁵ En cierto modo, era peor que si Martin se hubiera casado con una extranjera.

En el camino hacia la boda, Bridget hizo que Markey fuera despacio.

Avanzaban lentamente y ya llegaban tarde, ya habían salido de la casa con retraso. El caballo sacudía la cola como si quisiera mostrar su impaciencia. Markey estaba irritado, por haber esperado tanto fuera de la casa, pero intentó poner buena cara y entablar una charla filosófica sobre bodas y matrimonios y gente joven, una y otra vez. Bridget perdió la paciencia con él y le preguntó si cobraba un extra por la conversación. Markey se ofendió tanto que empezó a levantarse, lo que hizo que el coche se tambaleara, y el caballo volvió la cabeza para mirarlos y Polly chilló asustada y le preguntó a su madre si quería que los mataran a todos con un caballo a la fuga. Y Bridget replicó:

—No me importaría.

Era un coche de paseo e iban sentados tres en cada fila de asientos, Markey y Clare a un lado con Min en medio y enfrente, Bridget y Polly con Martin en medio. Markey miró a Polly cuando ella habló, le hizo un guiño y se quedó en silencio y continuaron con aquella marcha lenta hasta llegar a la puerta de la capilla.

Al entrar a Oylegate, pasaron el principio del camino empinado y sinuoso que llevaba hasta la casa donde vivía Delia. El camino les quedaba a la izquierda y a la derecha había una tienda de ultramarinos de aspecto próspero con una hostería adyacente. Había un hueco entre la tienda de ultramarinos y una fila de casas encaladas con tejados de brezo. A la puerta de una de ellas, había una anciana de pelo blanco sentada y encorvada sobre un corto banco de madera. La estrecha puerta de la casa se veía abierta tras ella, mostrando cuánta oscuridad podía congregarse en una pequeña habitación en un día brillante de junio. Llevaba un trozo de arpillera atado a la cintura a modo de delantal y en la cabeza una gorra masculina. Fumaba una pipa de barro y miró el coche de los Bagot con una expresión divertida, tan exenta de malicia como de inocencia. Markey la saludó tocándose el sombrero y dijo:

—Buen día, señora.

Los demás no la vieron. Tenían los ojos puestos en el grupo de gente que se reunía frente a la capilla. Min sabía que Delia debía de estar esperando y pensó: «Por lo menos, le hemos hecho pasar un rato de ansiedad». Por un momento, Martin pareció albergar ciertas dudas sobre lo que iba a hacer. Dijo:

—De pronto, me siento como un completo extraño.

—Aún estás a tiempo, Martin —le dijo Min—. Podemos espolear al

caballo, dejarlos atrás, irnos a Enniscorthy y coger el tren de vuelta a Wexford y no volver a verlos nunca más.

Bridget se volvió hacia él, abrió los ojos y miró a Martin.

—Ven con nosotras, querido —dijo—, y nadie volverá a decir una palabra al respecto.

Markey detuvo al caballo y le dijo a Martin:

—Ya estamos.

Martin se levantó, desequilibrando un tanto el coche, se abrió camino entre las faldas y saltó al camino. Fue en aquel momento, al oír sus pies aterrizando en el suelo, cuando el día empezó a arremolinarse en la memoria de Min. Sabía desde el principio que el día iba a ser odioso, pero no había sospechado que fuese a ser tan antinatural o que ella se sentiría tan agotada, marchita e incapaz de manejarse, porque lo único que quería era escapar de todo aquello y no podía abandonar a su madre. Min nunca se había sentido atrapada hasta aquel día. Se sentía prisionera. Anhelaba volver a su taller, donde era reina y controlaba todo. No le gustaban las voces de aquella gente de campo. Era difícil entender lo que decían. Sabía que hablarían de ella a sus espaldas e intentaba que supieran que lo sabía por la forma de mirarlos. Martin se comportaba como si hubiera olvidado que estaba vivo. Min pensó que era extraño que el mundo se iluminara en momentos de alegría, pero que todo permaneciera igual cuando llegaba el desastre. Martin se había convertido en una persona distinta al saltar del coche, a la puerta de la iglesia. A partir de aquel momento ya no habría ninguna relación entre él y ella, salvo que se encontraran por la calle de vez en cuando.

Cuando acabó la ceremonia, todos hicieron por carretera un largo trayecto hasta Enniscorthy y allí cogieron un camino rústico hasta el río Slaney. La familia de la madre de Delia, su hermano mayor y sus tres hermanas mayores, vivían junto al Slaney en una granja muy grande, encalada, con un alto tejado de brezo. Las dimensiones de la casa y el aspecto próspero del lugar impresionaron a Min. Las tías y tíos de Delia no se habían casado y todos habían nacido allí. Min oyó decir que la casa era muy antigua y que la familia llevaba siglos en aquel hermoso lugar junto al río Slaney. Su madre y ella se sorprendieron por el mobiliario que vieron en el salón y en las habitaciones que quedaban más allá. Era una auténtica *grandeur* tener muebles como aquellos.

—Esta casa debe de tener una parte de arriba magnífica —susurró Bridget a Min, y Min sintió lástima de su madre. Su madre solo había podido luchar por salir de un distrito donde la gente era extremadamente pobre para llegar a una calle más digna, honrada, pero también pobre. Y allí estaban, en la boda de Martin, rodeados de mujeres que dirigían granjas, algunas de ellas propietarias de más de una casa, todas con varias hectáreas de tierra, e incluso la que menos tenía reinaba con firmeza sobre la casa en la que vivía, aunque fuese solo una casita o dos mil metros cuadrados de tierra.

Min miró a su alrededor. Aquella gente de campo estaba unida y tenía relaciones de parentesco desde un pasado remoto. Eran familias muy antiguas y recordaban bodas que se habían celebrado cien años antes. No conversaban, al menos en lo que Min entendía como conversación. Allí en el campo se tejían redes con nombres, fechas y lugares. Los muertos se mencionaban en el mismo tono que los vivos, de modo que los padres, hermanas y primos que hubieran desaparecido décadas atrás podrían haber entrado en tropel por las habitaciones, los huertos y los jardines y se habrían sentido en casa, como siempre, y podrían contar que encontraron sus propios nombres y rostros registrados fielmente en algún punto entre las generaciones que los habían sucedido. Min pensó en todos los muertos que habían vivido allí y deseó que su nombre fuese tejido también en aquella charla de algún modo. Advirtió que no se veían niños; debían de haberlos mandado a jugar a algún sitio. Había mucho espacio para los niños allí, la granja era grande, tenía más de cuarenta hectáreas.

Pensó en cuántas hectáreas habrían destinado al huerto, que era inacabable, y desde donde ella estaba, la vista parecía más un bosque que un campo de frutales, que era lo que ella entendía por huerto. La tierra era desigual, y según veía, describía inclinaciones aquí y allá. Cuando leía, ella siempre imaginaba que un huerto tenía que ser un lugar geométrico, cuadrado o rectangular, con los árboles situados equidistantes. Aquel huerto era salvaje e irreconocible, como si lo hubieran sembrado y cultivado mucho tiempo atrás y luego lo hubieran olvidado hasta aquel día de la boda. Min pensó en el pueblo de Wexford, en los árboles, las casas y las tiendas y pensó en el puerto. Incluso en mitad de la noche, cuando la gente dormía, la población permanecía viva y ocupada, esperando a ser reclamada por la mañana, y el puerto siempre estaba agitado. La población siempre era la misma, muy vieja y siempre en

marcha, con gente en cada esquina, y fueran quienes fuesen, uno tenía los mismos derechos que ellos a estar allí. Min conocía cada centímetro de Wexford y cada elevación del agua del puerto, y pensaba que incluso si todos sus familiares estaban muertos y olvidados, ella nunca se sentiría perdida o fuera de lugar mientras pudiera andar por las calles que había conocido toda su vida. Allí, en el campo, las cosas eran distintas. Tenías que poseer tu lugar, no solo la casa, sino también tierra. Y las casas estaban a kilómetros de distancia unas de otras, y las familias vivían según unas leyes de sucesión que solo ellos conocían, y la gente dependía de una red móvil de relaciones, una complicada genealogía que todos guardaban en sus mentes y reforzada por la repetición en días como aquel, cuando todos los familiares estaban reunidos. Min pensó que sería agradable pasear alrededor del huerto de vez en cuando, con el buen tiempo, pero para un paseo agradable e interesante ella prefería las calles de Wexford.

Min se hallaba en un estrecho camino que llevaba de la entrada del huerto a ninguna parte. El sendero parecía hacer una pausa y desvanecerse bajo la hierba en algún punto entre los árboles. Había montículos redondeados y herbosos a cada lado del camino, pero desaparecían en un terreno más alto, más allá del punto en que el camino se desvanecía. Cerca del borde del montículo, que no era muy elevado, estaba sentada la madre de Min hablando con dos tías de Delia, la tía Mag y la tía Annie. Algunos de los chicos habían traído tres sillas de la cocina para que las señoras pudieran sentarse mientras contemplaban el huerto. Las señoras hablaban confortablemente, todas ellas contentas de tener algo que las distrajera de aquella boda que las había reunido. Bridget había perdido parte de su irritabilidad e incluso hizo algunos cumplidos a la casa y dijo que era una suerte salir al campo en un día como aquel. Y realmente el día era cada vez más hermoso, elevándose como la marea, minuto a minuto. Había muchas mariposas. Min vio una de tonos bronce y oro que le habría gustado para un vestido, excepto que no era probable que tuviera ocasión de llevar colores así, y en cualquier caso, sería difícil encontrar un estampado como aquel, incluso entre las mejores sedas.

—Oh, Min tiene mucho sentido común. Es una solterona nata. Siempre puedo contar con ella —oyó decir a su madre, pero mantuvo los ojos en el suelo como si estuviera abstraída en sus pensamientos. No le importaba lo que dijeran, ella tampoco iba a seguir su charla. Pensó en vagar un poco por el

jardín. La mayoría de la gente joven estaba por allí y supuso que Martin también estaría, con Delia a su lado. Se preguntó si Martin y Delia saldrían hacia la estación. Iban a coger el tren a Dublín. Allí se hospedarían en un hotel. Min no pensaba ir a la estación a despedirlos. Se mantendría al margen de aquella pequeña demostración, aunque tuviera que volver andando a Wexford. Ahora iría hacia el jardín, para no tener que oír a su madre diciendo tonterías a aquellas desconocidas. A veces, su madre parecía tan horrible como Clare.

Había un muro de piedra alrededor del jardín, y dentro del muro un exuberante seto verde y cuadrangular que crecía muy alto y se recortaba en un arco redondo sobre la estrecha puerta de la entrada del jardín. Un arco de seto similar mostraba el camino al huerto, pero el huerto no tenía puerta. Cuando Min y su madre habían entrado antes en el huerto, Min había tenido la impresión, solo por un segundo, de que estaba saliendo de un oscuro túnel, pues el seto era muy espeso en los lados y sobre su cabeza —tan denso, podía decirse—, y de que estaban andando hacia un lugar desconocido, brillantemente iluminado y lleno de sombras y de hendiduras verdes y un suelo de luz del sol quebrada que parecía ondular ante sus ojos deslumbrados. Los chicos que llevaban las sillas de la cocina iban a ponerlas en el espacio abierto donde el terreno descendía, un césped muy herboso y con un aspecto invitante, pensó Min. Pero la tía de Delia, Mag, quería sentarse cerca de un árbol determinado que, según dijo, era su favorito, y allí le pusieron la silla, con las otras dos sillas cerca. Los chicos no podían acercarse a la silla al árbol tanto como quería la tía Mag, y cuando se sentó, ella movió el cuerpo hacia un lado de un modo rápido y hábil, luego rodeó el tronco con el brazo y puso la cara contra el tronco como si lo acariciase.

—Adoro mi viejo árbol —dijo. Miró al árbol, echando la cabeza hacia atrás, y se echó a reír—. Los mejores trozos del cielo se ven a través de este árbol. Ahora ya sabéis mi secreto.

Min pensó que era un poco rara.

Mag les habló de las tres pesadas manzanas de asar, grandes como cabezas humanas y demasiado amargas para comérselas. La tía Mag y sus tres hermanas, incluyendo a la madre de Delia, llevaban manga larga, vestidos negros de cuello alto, con un corte que reforzaba la rigidez de sus bustos y cinturas y la rectitud de sus espaldas. Eran mujeres altas y el movimiento de

barrido de sus largas faldas les daba un aspecto monacal. Sí, parecían pertenecer a una orden religiosa. Min pensó que eran muy imponentes y por eso le sorprendió el cambio en la tía Mag cuando puso el brazo alrededor del árbol. Su rostro se volvió mucho más juvenil y adquirió una expresión pícaro. Era una anciana extraña, caprichosa, y Min se preguntó si Delia habría salido a ella. Había algo soñador en Delia que a Min le hacía desconfiar.

Treinta años después, cuando Min se vio obligada a encerrar a Clare en el sanatorio mental de Enniscorthy, recordó a la tía Mag de Delia y se preguntó cuánta gente habría en el mundo que debería estar razonablemente encerrada para no hacer daño a nadie. Por aquel entonces, naturalmente, Bridget estaba muerta. Bridget siempre había dicho que su padre habría acabado en un hospicio si le hubieran dejado solo. Min pensaba que podría haber estado muy bien en una casa de la caridad. Tal vez fuese el lugar que le correspondía. Hay gente que no puede manejarse en el mundo. Pero Bridget nunca habría permitido que encerrasen a Clare en el sanatorio mental. Siempre decía: «La pobre Clare ha salido a su padre». Min no lo veía así. Su padre siempre había sido muy callado. En cambio, Clare no se callaba nunca y lo único que hacía era rezar por todos. A Min le destrozaba los nervios oír el rosario día y noche. El marido de Clare, el cazador de conejos, no era de ninguna ayuda. Simplemente se reía, probablemente complacido en su corazón por la parodia de las oraciones católicas. Finalmente, Min perdió la paciencia cuando supo que Clare había regalado todas las piezas menos una de la vajilla de porcelana alemana azul y blanca que su madre había atesorado. Solo quedaba la sopera, con su gruesa tapadera. Min nunca se recobró de la pérdida de aquella vajilla. Quería ir y exigir que se la devolvieran, pero Clare no quiso decirle quién la tenía. Se había perdido para siempre, no había esperanzas de volver a verla. Clare pretendía que la porcelana era suya y que no era asunto de Min saber su paradero. Sin embargo, Min sabía lo que se hacía. Clare no sobrevivió muchos años al encierro y, cuando murió, Min volvió a llevar su cuerpo a Wexford y la enterró allí donde todos iban a ser enterrados. Todos excepto Martin. Martin y Delia fueron enterrados juntos en St. Jerome, de Dublín.

Durante los años que vivió con él tras la muerte de Delia, Min encontró a Martin muy cambiado. Cincuenta años con Delia habían dejado huella en él. Ya no era el hermano que recordaba. Había visto otros hombres así, tan

enterrados en la rutina que sus vidas no valían para nada cuando su mujer desaparecía. Martin empezaba a leer y luego dejaba caer la mano y el libro y se quedaba mirando el lado de la silla como si intentara recordar algo. Probablemente intentaba comprender algo, pensaba Min. Tenía una costumbre parecida cuando era joven, de mirar a la pared o a la nada, cuando las cosas se volvían contra él. No quería que Min estuviera en la casa con él —eso era obvio—, pero tendría que soportarla. A ella no le importaba. Lo hacía por lealtad a su madre, esa era la razón principal. Él continuó dando su paseo todos los días hasta que las piernas empezaron a fallarle. Nunca salía al jardín, nunca, pero de vez en cuando se acercaba al ventanal que daba al jardín y se quedaba mirándolo y siempre se volvía y decía:

—El jardín la echa de menos.

Min se cansó de oír aquella frase y un día estalló:

—Ah, sí, era buena jardinera. Para eso sí tenía talento. Era buena para el jardín. Sin duda para eso tenía talento. Era buena jardinera.

Él se volvió de la ventana y le preguntó:

—¿Qué has dicho? ¿Qué es lo que has dicho? —y ella lo repitió. No le tenía miedo:

—He dicho que era buena jardinera. Que eso lo hacía bien.

Min se quedó atónita de lo que él le replicó entonces.

—Y tú, ¿puedes decirme para qué has servido alguna vez?

Martin sabía perfectamente que ella siempre había sido buena en todo lo que había intentado. Siempre que ella había ido a visitarlos, Martin la ponía como ejemplo ante Delia. Solía decirle a Delia que Min podría haber hecho maravillas de no haber estado atada a la máquina de coser. Martin debía de avergonzarse de sí mismo, pero Min no dijo nada para defenderse esta vez. Era un anciano y tenía la mente errática como su padre.

Martin estaba inquieto, y cuanto más se debilitaba, más quería salir de casa. Decía que quería ir a ver el agua, que necesitaba volver al mar. Quería andar por la playa. Incluso habló de hacer una última visita al oeste de Irlanda. Quería pasar junto al océano Atlántico una vez más. Decía que el aire del mar le insuflaría una nueva vida. Cuando empezaba a hablar de Connemara y Kerry, no había quién lo parase. Daba largos paseos solitarios. Le gustaba recordar los tiempos en que estaba solo. Parecía orgulloso de haberse ido solo, fuera de aquella casa y sin Delia ni las niñas, lejos de todo lo que

conocía. Sonaba como un hechicero describiendo un truco de magia cuando hablaba de que se había ausentado de casa a tal y tal hora, de lo que alguien le había dicho en el tren, y de que no llevaba nada más que su mochila y su bastón de endrino. A Min no le gustaba escuchar aquello. Sabía de sus aventuras y no sentía ninguna simpatía por él. Si él estaba tan ansioso de alejarse de Delia —y nadie podía culparle por eso—, ¿por qué no había ido a Wexford a ver a su madre, a ver a sus hermanas, a pasear por el pueblo y hablar con los viejos amigos? La mayoría de ellos estaban aún allí por aquel entonces.

«Podría haber dado un paseo por el pueblo conmigo», pensó Min. «Me habría reforzado, en aquellos días, que me hubieran visto con él, pavonearme un poco. Muchas veces podría haber venido a vernos, pero no, se iba a Connemara, a Kerry, a disfrutar de otro día de fiesta en el océano Atlántico. Ya no le bastaba con el mar de Irlanda y el puerto de Wexford no le parecía nada comparado con las maravillas de la bahía de Galway. Hablaba de la costa salvaje de Mayo como si la condición salvaje fuese una virtud y uno no pudiera contemplar un buen paisaje en Wexford.» Ella le recordó que en otros tiempos él estaba entusiasmado con la playa de Rosslare y pasaba allí la mitad de su tiempo, pues cogía la bicicleta y se iba para allá a la menor oportunidad. Cada minuto libre que tenía se iba corriendo a Rosslare. Él la escuchó, pero parecía hacer un esfuerzo de paciencia.

—Me encantaría volver a Rosslare —dijo, cuando ella acabó.

Luego dejó de hablar de Connemara y de Kerry y empezó a desear pasar un día en Dun Laoghaire. También dijo que quería pasar un día en Greystones. Y otro día en Killiney. ¿Cuál prefería Min? Tal vez pudieran organizarlo. Min no veía cómo. Todo un día fuera de casa y sin garantías respecto al tiempo. Tal vez no pudieran encontrar refugio fácilmente en caso de una lluvia repentina. No tenían coche, aunque hubieran podido conducir, y era un trayecto largo hasta Killiney y de vuelta para hacerlo en autobús, o en tren, si es que cogían el tren. Sería una locura gastar en alquilar un coche. Ella no veía cómo podían ir.

Él pareció abandonar la idea y luego un día dijo:

—Min, ¿te acuerdas de la preciosa vista del Slaney aquel día? ¿Te acuerdas de cómo se veía el Slaney fluyendo ante nosotros hacia Wexford? ¿Y de cómo lo contemplábamos? Yo pensaba en el paso del tiempo. Mientras

estaba allí quieto, me pareció por un momento que el jardín se movía con el río. Y luego, más tarde, cuando Delia y yo estábamos en la estación de Edermine esperando al tren para Dublín, con todas aquellas flores y el jefe de estación se reía y nos hablaba y las piedras blancas con el nombre de la estación. Delia dijo que un jardinero experto debía de haber plantado un lecho de flores junto a la casa de la estación y el jefe de estación dijo que había sido él, que había preparado el lugar para ella. Pero el jardín que tenían junto al Slaney era magnífico, ¿verdad, Min?

Min recordaba haber estado de pie en el jardín, rodeada de rosas con grandes y pesadas cabezas y oyendo a su madre decir que le gustaría mucho llevarse un ramo de flores a Wexford. Les dieron ramos a todas para que se llevaran a casa. Y también un ramo para que Markey se lo diera a su mujer. El coche estaba lleno de flores y, sin embargo, el jardín parecía intacto.

—Tenían una propiedad magnífica —dijo Min y se alegró de saber que el jardín estaba ahora en ruinas y que la casa estaba vacía sin tejado y que aquella puerta se abría ahora para mostrar las habitaciones libres y el hogar frío en la cocina—. Todo aquello ha desaparecido —dijo.

—Fue un día maravilloso —dijo Martin—. Nunca olvidaré lo que me dijo la tía Mag. ¿Te acuerdas? Dijo que el aire parecía madreperla. ¿No era curioso que una mujer de campo dijera algo así? Me pregunto qué la hizo pensar así. «El aire parece madreperla hoy», dijo, mirándome como si fuéramos de la misma edad y nos hubiéramos conocido de toda la vida.

—Ella no me miró a mí así —dijo Min con impaciencia—. Pero sí recuerdo que lo dijo. Era un tanto afectada, creo, hablaba un poco dándose aires. No me gustó. Algo en ella me hacía sentir incómoda.

—Ah, no —dijo Martin—. Delia la quería mucho.

—Bah, Delia —replicó Min con impaciencia—. Delia decía lo primero que le pasaba por la cabeza. Tú se lo decías muchas veces, en su cara y conmigo sentada en esta sala, cuando os oía discutir. Cada vez que abría la boca te molestaba. Era inofensiva, pero no sabía nunca lo que decía. La mitad del tiempo no tenía sentido. No había nada en Delia.

En cuanto acabó de hablar lo lamentó. No había querido empezar una pelea. Pero Martin estaba callado y luego dijo:

—No había nada en Delia, es verdad. Nunca lo había pensado. Pero ya lo dijo Shakespeare, es verdad, es verdad, es una lástima que sea verdad. No

había nada en Delia. Shakespeare tenía razón esta vez.⁶

—Shakespeare no lo dijo, lo he dicho yo —exclamó Min, furiosa.

—Shakespeare o tú, poco importa. Es verdad, no había nada en Delia. Pero era una chica guapa.

—¿Vas a hacer una canción sobre eso? —le preguntó Min—. ¿Qué te pasa, Martin?

Ella lo miró allí sentado frente a ella, más allá de la chimenea. Sus rizos blancos como la nieve flotaban sobre su cabeza. Su estrecho rostro tenía la misma forma que el de Min. Sus ojos azules la miraban a través de sus gafas sin montura, como si estuvieran hablando de algo agradable del pasado. Min se acordó de Clare cantando: «Saltad a los botes, chicos...»⁷ aquella mañana en que se la llevaron al sanatorio. Más tarde le dijeron a Min que Clare paró de cantar muy deprisa cuando vio dónde iban. Min se preguntó si aquella vena loca de Clare había alcanzado también a Martin. Martin pareció seguir sus pensamientos.

—Tú encerraste a la pobre Clare en el manicomio —dijo suavemente.

—¡Había perdido la cabeza, nos traía la desgracia, intentando regalar toda la casa! —repuso Min indignada—. ¿Y tú cómo ayudaste, en Dublín, lejos de todo lo desagradable?

—Clare estaba loca —dijo Martin—. No había nada en Delia. Esto me quita un peso de la cabeza. Ahora ya sé dónde estoy. Siempre supe dónde estaba con ella, aunque no supiera quién era y sigo sin saberlo y Dios sabe que no sé dónde estoy sin ella. Pero no había nada en ella.

—Nuestra madre decía que Delia no era gran cosa —dijo Min despectivamente—. Lo dijo desde el principio.

—No había nada en Delia. Tú lo has dicho —dijo Martin—. Te enseñaré una foto suya de cuando tenía dieciséis años.

Se levantó despacio y se abrió camino por la habitación hasta el aparador, que tenía puertas de cristal arriba y sólidas puertas de madera debajo. Tras las puertas de cristal, los cuencos de cristal de Waterford de Delia y su jarrón a juego brillaban suavemente. Tenían un estante para ellos solos. Otro estante contenía su vajilla de porcelana de Arklow. Martin se inclinó dolorosamente para abrir las puertas de abajo y una vez abiertas, alargó el brazo y sacó un gran sobre marrón. Cerró las puertas y volvió adonde Min se sentaba en la butaca de Delia, en el lado del fuego de Delia. Abrió el sobre y deslizó la

fotografía fuera con mucho cuidado, sujetándola como si fuera de fino cristal.

«Las manos le tiemblan más estos días», pensó Min.

Cuando la fotografía quedó fuera, se la tendió a Min para que la viera.

—Aquí está —dijo—. Así era ella. Mira qué pelo tenía. ¿Quién tenía un pelo como ese, de un color así? Nadie más de su familia tuvo el pelo como ella. Decían que había salido a su padre. Mírala, Min.

—La fotografía la favorece mucho —dijo Min.

—Ella era muy guapa —dijo Martin—. Me acuerdo del día en que nos casamos. Yo estaba allí de pie, mirando el Slaney. Lleno de admiración. Estaba mirando a través de un agujero del seto —uno de los niños había abierto un sitio para mirar. El río parecía muy cerca del jardín, bajo mis pies. Estaba muy cerca. Incluso entonces, con el agua devorándolo todo bajo el jardín y la pequeña playa, me decía que el tiempo se escapaba, que casi se había ido. Recuerdo que estaba allí solo y que el agua era deslumbrante. No sabía dónde estaba. Estaba dentro de un sueño y me sentía a salvo. El río Slaney se veía muy grande aquel día, poderoso, seguro y fuerte, ya sabes, como era antes. Un río irlandés importante, dijo el inspector el día que visitó la escuela. Pero yo me sentí grandioso mirando al Slaney aquel día. Saber que mi río natal ya era así mucho antes de que yo naciese. Entonces se me acercó la tía Mag: «Te estaba buscando», me dijo. Dios mío, qué bien recuerdo su voz, como si me hubiera hablado hace cinco minutos. Vio el agujero del seto: «Ah, has encontrado un agujero de espía», dijo. Y ¿sabes lo que hizo? Me rodeó los hombros con el brazo. Era más alta que yo —las mujeres de esa familia eran altas— y pegó su cara a la mía para poder ver lo que yo estaba mirando. Intenté hacerme a un lado para dejarle espacio, pero me sujetó: «Quédate donde estás», dijo. «Soy yo la que me he interpuesto en tu camino. Tú no estás en el mío, chiquillo», me dijo. «¿Acaso no tienes más derecho a estar aquí que ninguno de nosotros? Solo quería echar una ojeada antes de que aparezca Willie, vea este agujero y empiece a cerrarlo. “Los niños han vuelto a hacer una travesura”, dirá Willie. Dice que están destrozando el seto, tirando el jardín al río. El río devora el jardín, ya sabes, si no fuera por la vigilancia de Willie, ya nos habría tragado.» Yo le dije: «Es estupendo ver el río Slaney así». «A mí me encanta el agua», dijo ella. «No podría estar contenta en otro sitio que no fuese aquí, donde nací y me crié. Nunca he pasado una sola noche fuera de esta casa, en toda mi vida, ¿lo sabías? Es una felicidad en este día tan

grandioso. Y nadie se ha puesto enfermo ni nada. Todo el mundo quería venir a ver a Delia casarse. El Slaney está en plena crecida y las fuentes del afecto se elevan a nuestro alrededor.» Decía la verdad. El Slaney estaba en plena crecida ese día.

—Es una estupidez —dijo Min—, ¿cómo iba a estar el Slaney en plena crecida en un buen día de junio? El Slaney estaba igual que todos los días.

Martin se fue a su sillón y se sentó.

—Las piernas no me mejoran —dijo—. Hace días que no puedo tenerme en pie.

—Te has cansado de hablar tanto —repuso Min. Martin aún tenía la foto de Delia. La levantó para verla mejor. «Tiembra demasiado», pensó Min. Se preguntó si podría llevarlo a su habitación a que se echara.

—Te estás agotando —le dijo.

Martin miró la trémula fotografía.

—Es tal como era ella —dijo. Luego la metió en el sobre, apretando los labios y frunciendo el ceño, como un viejo alocado que hiciera un esfuerzo por encima de sus posibilidades.

—Ya la guardaré yo —le dijo ella, preparándose para levantarse y acercarse a él.

—Quédate donde estás —le dijo él y cuando tuvo la foto a salvo puso el sobre en el estante bajo de su mesa—. No tendría que haberme quedado tanto rato de pie —dijo, y entonces cogió su libro de la mesa y se fue hacia su dormitorio, llevandoselo consigo—. Me voy a mi habitación —dijo sin mirarla—. Voy a echarme un rato.

Min se alegró cuando lo vio retirarse. Así tendría paz durante un rato. No le gustaba verlo alcanzar aquel estado en que hablaba tanto. Todo aquel rastrillar por el pasado era mala señal. Le habría pedido al sacerdote que viniera a hablar con él, pero sabía que Martin se opondría a la visita del sacerdote mientras pudiera luchar. Martin no quería al sacerdote en casa. Ya había tomado su decisión y era inútil intentar discutir con él. Min solo esperaba que pudiera hacerle llegar a tiempo, cuando llegase el momento. No quería que su hermano muriese sin los Últimos Sacramentos. No entendía la amarga actitud de Martin hacia la Iglesia. Polly había sido igual, por supuesto. Min nunca olvidaría el lenguaje blasfemo de Polly cuando se murió su tercera hija, la pequeña que llamaban Mary. Min intentaba consolar a Polly diciéndole

que cuidarían bien de ella en el cielo cuando Polly rompió a reír y a llorar y dijo que ella podía cuidar mejor de su hija que Dios y su Bendita madre y todos los santos y ángeles juntos. «¡Podrían haber dejado a la pequeña Mary con su propia madre!», dijo Polly. «Tienen que haber visto cómo se aferraba a mi mano; quería quedarse conmigo. Tienen el corazón muy duro ahí arriba, si quieres saber mi opinión.» Martin nunca había llegado tan lejos en sus palabras contra la Iglesia. Al menos, que Min supiera, pero sabía que iba a tener que hacer alguna maniobra para meter al cura en casa. «Las fuentes del afecto se elevan a nuestro alrededor.» No le gustaba oírlo hablar así. Lo que Min recordaba de aquel día en el jardín junto al río Slaney era que se sentía agotada y marchita, y atrapada, abrumada entre gente determinada a ver solo la brillante superficie de la ocasión. Lo llamarían boda o lo que quisieran, pero ella sabía que era un holocausto y que ella era la víctima, aunque nadie lo habría reconocido nunca.

Pensó que todos eran muy torpes. No es que ella quisiera llamar la atención. Pero sabía que solo podía despertar piedad o burla. No podía decir nada que estuviera bien. Estaba fuera y nada podía convencer a toda aquella gente de que quería mantenerse fuera. Habría preferido cien mil veces estar de vuelta en Wexford trabajando como siempre, pero tenía que ir a la boda o causar un escándalo. Y allí estaban. Bridget daba toda la impresión de estar pasándolo bien, y lo mismo Polly y Clare, y en opinión de Min, habían tirado la toalla. Ella se había visto arrastrada allí como una víctima de guerra en un carro, y todo para reforzar a Martin, que no necesitaba ningún refuerzo.

Se quedó fuera de la puerta del jardín. Los niños habían desaparecido y se imaginó que habían ido a jugar a algún sitio ellos solos, pero de pronto el lugar estaba lleno de niños corriendo, y entonces pensó que antes debían de estar comiendo. Había que alimentar a los niños, eso estaba claro. Y aquellos niños parecían muy saludables, la mayoría rubios o pelirrojos. Min recordó lo morenos que habían sido Martin y ella de pequeños, Martin con rizos negros y ella con su lisa trenza negra. Eran un par de flacuchos, muy distintos de aquellos niños. Un niño corrió hacia ella tan de pronto que Min pensó que iban a chocar, pero él se paró justo a tiempo y la miró fijamente. Debía de tener cinco años, un personajillo de aspecto muy sólido. Tenía los ojos tan azules que parecía como si te mirasen dos flores, una nariz muy corta y la frente sudorosa. El pelo era rubio casi blanco. Llevaba abrigo, pantalones, camisa

blanca y calcetines blancos a media pierna bajo los pantalones. Abrió la boca, pero no dijo nada, solo la miró fijamente. Min no lo animó. No le disgustaban los niños, pero tampoco sentía inclinación hacia ellos, y no quería que una multitud viniera tras él y empezara a hacerle preguntas y a ponerla en evidencia. Él se ruborizó, colocó el brazo sobre los ojos, la atisbó por debajo de la manga y empezó a sonreír. Ella le sonrió. Era un niño encantador. Tenía que decirle algo.

—¿Eres un buen chico? —le preguntó. Él se dio la vuelta y salió corriendo, golpeándose los costados con las manos como si fuera un ave de corral, y cuando estaba a cierta distancia se volvió y miró a ver si ella lo miraba. Luego salió corriendo del jardín. Min no volvió a verlo.

Lo siguiente que recordaba fue un momento de tremenda infelicidad, que le produjo casi un shock. Lo que ocurrió fue que Martin, una de las hermanas de Delia y una mujer que no conocía se acercaron a ella y empezaron a hablar del tren. Decían que Delia y Martin no tenían que perder el tren. Min nunca supo el nombre de aquella mujer, pero recordaba que ella había exagerado mucho, como si pensara que el día dependía de ella. Siempre hay personas así en todas partes, intentando controlar las cosas. Todas aquellas extrañas se estaban llevando a Martin. Pensaban que les pertenecía.

«Las fuentes del afecto se elevan a nuestro alrededor.» Solo aquella gente podía decir una cosa así, incluyendo a todo el mundo en sus inspiraciones, incluso a aquellos que no querían ser incluidos. Min pensó en aquel jardín. Pensó en los setos cuadrados, en la araucaria, las rosas blancas y rosas y todas aquellas grandes flores en forma de estrella blanca rodeada de un tono oscuro, pensó en la tía Mag sentada en la silla de la cocina bajo el manzano silvestre y recordó a los hermanos de Delia y las hermanas de la madre de Delia y al niño del pelo casi blanco. No había olvidado nada de aquel día fastuoso y lo veía todo encerrado en una fuente luminosa que fluía a través de una lluvia de sol para encontrarse y gozar con lo que hubiera allí arriba: el cielo, Dios Padre, el Buen Pastor, aquello que todos querían, premios maravillosos y felicidad.

Min sabía que era solo la transfiguración de la memoria. No era ninguna tonta y no se iba a tomar por visionaria. La bonita fuente era como un espejismo, excepto que en los espejismos la gente veía lo que deseaba, de lo que sentía sed, mientras que en la fuente, Min veía lo que no quería ni nunca había querido. ¿Por qué nadie la había creído cuando había dicho que no

quería tener nada que ver con todo aquel follón? Las convenciones la condenaban a un silencio que se malinterpretaba. Todos debían de pensar: «Está demasiado orgullosa para hablar». Ella lo sabía, a su pesar. Aquel impulso de Martin había cambiado el curso de su vida y no podía hacer nada para impedirlo. Había puesto sus vidas patas arriba. No le importaban ya su madre ni sus hermanas ni lo que pudiera ocurrirles; le importaban tanto como si él hubiera sido un extraño que pasara por la casa de camino a un lugar mejor, donde la gente fuese más interesante.

Había hecho llorar a su madre. Como regalo de boda, Bridget quería darle a Martin el valioso juego de comedor que había pagado penique a penique cuando no podía permitírselo. Una gran mesa redonda de caoba y cuatro sillas a juego que habrían sido el orgullo de cualquier gran casa en cierta época. Bridget conservaba aquel mobiliario tan bruñido, pulido y encerado que podía reflejar hasta un mechón de pelo. Pero Martin lo había rechazado. Delia y él no querían nada de segunda mano, y además, la mesa de caoba era demasiado grande y pesada. No la quería. Delia y él encargaron su mobiliario especialmente para ellos. Eran piezas nuevas, todo de nogal: una cama, una cómoda, un ropero, un lavabo y dos butacas de salón para que Delia pudiera recibir a sus invitados con estilo. Aquellas habían sido las palabras de Martin: «Así Delia podrá recibir con estilo», y ni siquiera advirtió la expresión del rostro de su madre. Min advirtió que la cama había desaparecido de la casa de Dublín y nunca supo adonde había ido a parar. Pero las demás cosas seguían allí. Por encima de todo, las dos butacas del salón. Martin se sentaba en la suya y Min en la de Delia. Pensaba llevárselas a Wexford cuando llegase el momento. Devolvería el mobiliario adonde pertenecía. Nunca era demasiado tarde para corregir las cosas.

En Wexford, en su propio apartamento, Min se sentaba en la butaca de Delia, y a veces, para variar, se sentaba con almohadones en el gran sillón de orejas de Martin. Era agradable tener las dos butacas. El ropero y la cómoda habían ido a su dormitorio, y el lavabo a la habitación que usaba a modo de cocina. La antigua alfombra del salón de Delia estaba gastada, pero los colores se mantenían bien y quedaba bonita en su suelo, casi como una alfombra antigua. Y la alfombrita de la chimenea de la casa de Dublín quedaba muy bien frente a la vieja chimenea de Min, donde tantas chicas y tantas

señoras se habían calentado cuando llegaban a que les tomara medidas para un vestido o cuando simplemente se probaban uno.

Contra la pared del fondo, frente a la chimenea, las librerías de Delia estaban ordenadas, llenas con los libros de Delia y con algunos de Martin. Algunos libros de Martin no los quería y los había vendido. Ahora estaba contenta de no haber invertido nunca en libros; aquellos la estaban esperando. La habitación parecía muy distinguida, muy literaria. Era lo que siempre debería haber tenido. Le habría gustado que todos pudieran verlo. Había espacio para todos y era acogedor. Había incluso una profunda y oscura esquina entre la pared del fondo y la ventana más alejada donde su padre podría haber entrado y haberse sentado a escucharlos en silencio, como solía hacer. Había un lugar para cada uno de ellos: un lugar para Polly, un lugar para la pobre Clare. Un lugar en el centro para Bridget. Un lugar para Martin en su propio sillón. Podían venir en cualquier momento y sentirse en casa, aunque la habitación era más cálida y el mobiliario mejor de lo que nunca habían tenido en los viejos tiempos.

CRÓNICAS DE NUEVA YORK

NOTA DE LA AUTORA

Las cuarenta y siete piezas aquí reunidas se publicaron en *The New Yorker* entre 1953 y 1968. Aparecieron en la sección «The Talk of the Town», donde se introducían con una frase que variaba muy poco de uno a otro número. Era una frase simple: «Hemos recibido otro comunicado de nuestra amiga, la señora Prolija»; «Nuestra amiga la señora Prolija nos ha escrito lo que sigue». Ahora, al leer este libro, me parece que se trata de una serie de instantáneas. Es como si ese personaje de la señora Prolija mostrara fotografías tomadas durante un largo y lento itinerario, no a través, sino por el interior de la más temeraria, ambiciosa, confusa, cómica, triste, fría y humana de todas las ciudades. A veces creo que dentro de Nueva York hay un Caballo de Madera luchando desesperadamente por salir, pero la mayoría de los días pienso en Nueva York como una ciudad volteada, medio inclinada, con sus habitantes colgados, la mayoría de ellos aún capaces de reírse mientras se aferran a la peligrosa isla para no caer.

Ni siquiera después de veinticinco años en esta ciudad podría la señora Prolija considerarse una auténtica neoyorquina. Si puede arrogarse algún título, será un estatus compartido con muchos otros, el de viajera residente. Como viajera, le interesa lo que ve, pero no es muy curiosa, ni siquiera inquisitiva. No es una turista, ni mucho menos exploradora. Los pequeños lugares apartados tienen que estar justo en la puerta de al lado de dondequiera que esté viviendo para que ella los descubra. Nunca ha sentido la urgencia que lleva a la gente a investigar la ciudad de arriba abajo. Amplias zonas de la ciudad habitada son para ella un vago borrón. No sabe apenas nada del Lower East Side, menos aún del Upper East Side, y lo ignora todo del Upper West Side. Cree que los pequeños restaurantes de precio mediano son la lumbre del hogar de Nueva York. Raras veces va al teatro o al cine, a galerías de arte o

museos. Le gustan mucho los desfiles. Querría que hubiera música en la calle: violinistas ambulantes, cantantes, organillos sin monos. Cree que la mejor vista de la ciudad es la del bar que hay en la última planta del edificio de Time-Life. También le gusta la vista de los restaurantes a pie de calle. Detesta comer en un restaurante cerrado. Le gustaría que reaparecieran todos los viejos restaurantes Longchamps, con todos sus indios de mosaico naranja y sus plantas de imitación. Desearía que Tim Costello⁸ no hubiera muerto. Le gustan los taxis. Se desplaza en autobús y metro solo cuando está intentando dejar de fumar. Cuando derriban algún bonito y viejo edificio famoso, le parece una estupidez que lo conmemoren con una placa en las paredes de cemento de la megaestructura que ocupa su lugar. Echa de menos los almacenes Stern Bros., y Wanamaker's, y todos los hoteles derruidos, incluyendo el Astor. Cuando mira a su alrededor, no son las maneras exóticas de la gente lo que le interesa, sino las más corrientes, cuando surge algo que le resulta familiar. Se siente atraída hacia lo que reconoce o cree reconocer, y estas cuarenta y siete piezas son el registro de cuarenta y siete momentos de reconocimiento. Alguien dijo: «Solo somos reales en los momentos de amabilidad». Momentos de amabilidad, momentos de reconocimiento; si hay alguna diferencia, es muy sutil. Creo que la señora Prolija es real cuando escribe, aquí, de alguna de las vistas que contempló en la ciudad que ama.

LOS DOS RONDABAN LA CUARENTENA

Alguien dijo que «cuando un chico llega a adulto ya es cinco sextas partes de memoria». Supongo que era medio en broma, pero anoche, a las nueve y cuarto, vi a dos ciudadanos que habían alcanzado la edad adulta —dos niños crecidos, de mediana edad—, paseando por la Sexta Avenida, y en cada uno de ellos la memoria estaba suspendida en favor del momento que estaban pasando juntos. Estaban enfrascados uno en el otro. Él estaba locamente enamorado. Ella parecía orgullosa: su arrogancia era excesiva, pero su desdeñosa expresión era ajena a su rostro duro. Él era distinto: aquel estado de beatitud parecía natural en él, y su expresión solo debía de cambiar según se sintiera más o menos intensamente complacido ante el mundo y su propia condición. Venía de un país de habla hispana y diría que llevaba poco tiempo aquí. Ella le estaba enseñando su barrio: la Sexta Avenida hacia los números cuarenta, donde aún se encuentran habitaciones amuebladas y hoteles baratos, a pesar de la gran cantidad de demoliciones que se han perpetrado este año para hacer sitio a los nuevos rascacielos. Él tenía el pelo negro y reluciente como betún de zapatos, grandes ojos castaños y una piel muy lisa. Llevaba un bigotillo de media luna. Era típicamente latino, como ella era hogarthiana, con rasgos de Plantagenet,⁹ la frente amplia y pequeños ojos azules, una nariz huesuda y dominante y boca fina. El labio superior formaba un perfecto arco de Cupido —rosa pálido, sin carmín—, pero su piel tenía el aire estirado e innoble de las toallas de mano que ponen en los hoteles malos. El pelo había sufrido tantos tintes y decoloraciones que se había marchitado hasta adoptar un áspero tono rosa óxido y le caía rígido por la espalda como una crin, o como una peluca que alguien hubiera peinado, cepillado y moldeado. Los dos

rondaban la cuarentena, tendrían la misma altura —uno sesenta y dos o algo así— y más o menos el mismo peso —unos setenta y dos kilos—, y los dos tenían las piernas cortas, el cuerpo de barril y poco cuello. La mano y el brazo izquierdo de él se entrelazaban con la mano y brazo derecho de ella. Andaban con pasos exactos, como si recorrieran el largo pasillo central desde el altar en el que se habían casado. Mirándolos, era fácil imaginar una multitud de amigos y parientes con los ojos puestos en ellos, esperando a seguirles fuera de la iglesia. Cuando los vi por primera vez, se estaban acercando a la esquina noreste de la Cuarenta y cuatro con la Sexta, e iban a cruzar la calle para continuar su trayecto hacia el *downtown*.¹⁰ Había mucha gente en la acera y aquellos niños crecidos surgieron entre la muchedumbre, más aún, surgieron de la larga y oscura distancia que quedaba más allá del gentío. La vista nocturna de la Sexta Avenida es algo fantasmagórica, ahora que las manzanas del lado oeste están medio derruidas o desaparecidas. Es como si hubieran atacado y arrasado la zona y solo quedaran las ruinas, y ahora se ve claramente despejado todo el camino hasta la calle Cincuenta, donde las rutilantes cumbres del rascacielos de Time-Life se yerguen para ser admiradas en su totalidad por primera vez desde que construyeron el edificio, hace nueve años.

Yo me fijé en esas dos personas por el modo deliberado en que andaban, tan juntas, y porque el dobladillo de la falda de ella le llegaba casi ocho centímetros bajo la rodilla. Llevaba un vestido sin mangas, abotonado delante, de un algodón rosa pálido, estampado con follaje verde y flores color crema, y le caía recto desde los hombros para acabar en un pronunciado volante. Las piernas desnudas tenían manchas oscuras, heridas e hinchadas venas azules, y llevaba mocasines marrones planos repujados en blanco y dorado, como zapatillas de dormitorio. No llevaba bolso, ni siquiera un monedero; ningún equipaje. Tal vez estaba cerca de casa y solo había salido unos minutos a dar un breve paseo con su amigo. Él había intentado adecuarse al atuendo informal de ella, no poniéndose abrigo ni corbata. Llevaba pantalones azul marino, estrechamente ceñidos en la cintura, una camisa blanca con las mangas arremangadas sobre los codos y sandalias de piel que le dejaban al descubierto los pies, enfundados en calcetines a rayas. Cuando ambos cruzaron la calle Cuarenta y cuatro y se dirigieron al *downtown*, ella se vio atraída por el modelo de cocina que estaba expuesto en el escaparate de

Hotpoint, en el edificio de enfrente, y los dos se dirigieron allí y se quedaron mirando al interior, juntos. Era una cocina muy sofisticada, color marrón chocolate y amarillo sucio, y el panel floreado que le servía de fondo tenía una «ventana» que mostraba un cielo azul y ramas de cerezo silvestre llenas de flores.

—No me importa mucho el colorido —dijo ella, y él se le acercó, de modo que sus cuerpos se tocaban desde los hombros hasta las rodillas, y él volvió la cabeza y le sonrió con los ojos. Asintió admirativamente, pero no dijo nada.

Se quedaron unos minutos mirando la cocina y luego ella retrocedió, él la imitó y alzaron la vista para ver el cartel que colgaba sobre el escaparate.

—Plan de cocinas Hotpoint —leyó ella. Él empezó a deletrear la marca—. *Hotpoint* —dijo ella.

—*Ottopoyn* —pareció decir él.

—No —repitió ella—. *Hotpoint*.

Se me ocurrió que podían darse la vuelta y descubrirme mirándoles fijamente. La expresión de él apenas cambiaría, pero la de ella sí, y yo no quería cruzarme en el camino de aquella expresión. Cuando la arrogancia abandonara su rostro, ¿qué quedaría? Tal vez desesperación. No la desesperanza pasiva y discreta que se mantiene en silencio, sino la desesperación ardiente que lo incendia todo. Me di la vuelta y me fui a casa, dejándoles solos en su clase de inglés.

28 de septiembre de 1968

UN MISTERIOSO DESFILE DE HOMBRES

Hay más desfiles en esta ciudad de lo que ninguno de nosotros puede sospechar. Ayer hubo uno que pasó desapercibido, sin testigos ni admiradores, exceptuando dos policías y yo. Pero era un auténtico desfile, con hombres en formación, todos alineados y con el paso sincronizado y música marcial. Eran aproximadamente las ocho menos cuarto de la mañana y era domingo. Yo estaba pensando en mi café, de pie en mitad de la manzana de la calle Cuarenta y cuatro entre la Quinta y la Sexta, preguntándome si ir al Algonquin, que es pequeño y me resulta familiar, o andar un poco más hacia el este hasta el Biltmore, que es grande y también familiar para mí, cuando oí la música sonando por la Quinta Avenida hacia arriba y me apresuré a la esquina a ver qué pasaba. No sabría decir cuántos hombres desfilaban, pero eran suficientes para llenar una manzana de la avenida, dejando generosos márgenes de espacio alrededor, y en formación neta, manteniendo las distancias con exactitud. Todos llevaban traje oscuro y siguieron hombro con hombro por la avenida vacía, frente a los edificios vacíos y las ventanas vacías manteniéndoles en su incógnito. Nadie en todos aquellos edificios los escuchaba, ni nadie los veía. Estaban pasando la calle Cuarenta y cinco cuando los vi por primera vez, avanzando hacia arriba con paso firme. Desde la distancia, eran geométricos, íntimos y solemnes, y yo pensé en marchas fúnebres, ejecuciones, revoluciones, servicio militar y huelgas. Uno de los dos policías que había visto estaba en el lado opuesto de la avenida, esquina con la Cuarenta y siete, pero el otro estaba muy cerca, en la Cuarenta y cinco. Me acerqué a él y le pregunté qué era aquel desfile.

—No lo sé —me dijo.

Era alto y rubicundo, con una sonrisa animosa.

—¿De verdad no tiene ni idea de lo que es? —le pregunté.

—Ni idea.

—Pero podría ser cualquier cosa —dije yo, y pensé en armas nucleares, rusos, conspiradores, tramas políticas, asesinatos y caballos de Troya. La ciudad parecía más desierta que nunca, con todo el mundo durmiendo, y yo pensé: «Un paso más y es el caos». Me estaba preguntando sobre aquel policía. Entonces me preguntó:

—¿Está pensando en ir tras ellos?

Le dije que no, me volví de espaldas a la avenida y me decidí por el Biltmore, fui hacia allí y tomé mi café. La razón por la que tenía que elegir entre el Algonquin y el Biltmore es que Schrafft's cierra los domingos.

14 de julio de 1962

SU EXPRESIÓN SOLITARIA

Ayer por la tarde —yo iba en un taxi— vi a un hombre mayor y muy alto que avanzaba por la Séptima Avenida en dirección norte. Pasaba junto al Metropole Café, que está casi enfrente, en la misma avenida, del Latin Quarter y el Playland. El Metropole es un palacio del *twist* y tiene gigantescas puertas de cristal que revelan su interior en sombras. Siempre pasa algo ahí dentro, pero yo nunca he podido averiguar exactamente qué, por la multitud que se congrega frente a las puertas, gente mirando más allá de las cabezas, nuca y hombros, intentando atisbar algo. Incluso en el calor infernal de ayer, la muchedumbre seguía allí. Era un día espantoso. No había apenas aire y, en el calor, las inmensas imágenes de los actores semidesnudos del Metropole brillaban con más carnalidad que nunca. El viejo pasó de largo junto a aquella húmeda confusión como si no existiera. No había desdén en su indiferencia. Vive por allí, y me imagino que tiene Broadway integrado en su mente. Lo he visto antes, pero como mucha gente mayor, parece más aislado y frágil con este clima opresivo. El día anterior se había dejado la chaqueta en casa y no llevaba corbata. Iba con una camisa blanca desabrochada en el cuello y los puños, y sus pantalones, que eran muy holgados, sobre todo en la cintura, se sujetaban mediante oscuros tirantes a rayas. Llevaba un sombrero de paja color crema y grandes botas negras y su bastón de paseo habría marcado un firme trazo en el polvo si el gastado cemento de Broadway hubiera tenido alguna posibilidad de acumular polvo. Él andaba como de costumbre, tan erguido como podía y sin apresurarse. Se veía el trabajo de sus rodillas. Él no prestaba atención a nadie, ni pedía ninguna atención. Podía decirse que contaba con que su expresión solitaria lo llevara a su destino. Hay muchos viejos viviendo en esta sobrecargada parte de la ciudad, que no parece residencial. Los decrepitos hoteles y las casas de huéspedes de las calles

pequeñas son el campamento ideal para todos los teatros, clubes nocturnos y restaurantes que ofrecen las brillantes luces de Broadway, y algunos de los acampados se quedan una temporada y acaban convirtiéndose en residentes. En este momento, yo dispongo de dos amplias habitaciones en un hotel de la calle Cuarenta y nueve que está a punto de cumplir sesenta años. Tengo techos altos y ventanas que dan a tres lados distintos. Mi habitación está en el ala derecha del hotel, en el undécimo piso, y yo miro más allá de las bajas azoteas de la calle Cuarenta y ocho y veo la fachada posterior, lisa y enorme, de otro hotel que parece de la misma época y altura que el mío. Mi hotel tiene doce plantas y hay una construcción añadida con más habitaciones que componen lo que se llama el ático, en la azotea. En el ático hay seis dormitorios con dos baños comunes. El hotel que veo desde el mío también tiene un ático. La fachada del hotel es de ladrillo visto, pálido y sucio, amarillo y rosa. No sé de qué material está construido el ático, pero está pintado de negro. Es una especie de cabina de barco contra el cielo y convierte la azotea que lo rodea en la cubierta de esa nave. En un extremo queda suficiente azotea para utilizarla como terraza, con un muro bajo de piedra pintado de un tono rosa pálido. Yo me considero ya bastante cerca del cielo, con once pisos de altura, y la cabina negra con su terraza rosa queda al nivel de mis ojos, pero miro más allá, hacia el sur, a través de la ciudad, la vista va más y más arriba a medida que los edificios crecen y las paredes se hacen más lisas y cerradas. Es una vista ascendente e irregular, dividida aquí y allá por una estrecha saeta de luz, debida a la distancia entre dos grandes edificios que no llegan a unirse, a veces porque se lo impide algún pequeño y empecinado superviviente, como las viejas casas de cinco pisos de la calle Cuarenta y ocho que quedan ahí abajo, a mis pies. Si miro hacia el oeste, donde la Séptima Avenida se encuentra con Broadway, veo el edificio del Latin Quarter, que no es mucho más grande que un gran cobertizo. Veo la acera junto al Latin Quarter y la gente pasando, dirigiéndose a su trabajo o dudando si mirar por los muros de cristal de Playland. Playland es el parque de atracciones interior que ocupa la mayor parte de la planta baja del edificio. Los transeúntes y los merodeadores se reflejan en los cristales de Playland y también se refleja el flujo constante del tráfico que discurre hacia el *downtown*. Está hacia el oeste, solo a una manzana de distancia de mi hotel. Hacia el este, veo la mayor parte de la fea amplitud del Empire State, que está por lo menos a quince largas manzanas de aquí. Parece muy cerca, pero estás

donde estés, el Empire State siempre produce ese efecto de estar a tiro de piedra de cualquier otro edificio de la ciudad. El hotel con el ático negro y la terraza rosa presenta un dorso liso y sin adornos, lleno de ventanitas cubiertas de cortinas blancas y persianas que suben y bajan. En una de las habitaciones, dos pisos más abajo del tejado, vive una señora muy mayor. La veo asomarse a la ventana. Ahora que hace tanto calor, sube la persiana al máximo y la deja así, y abre las cortinas, que deben de ser del mismo tejido de red blanca y gastada que las de mi hotel, las aparta del todo, para que le llegue la máxima cantidad de luz y aire posible. Tiene macetas con dos geranios rojos y alguna especie de planta verde y pequeña en el alféizar. A veces sujeta un cuadrado de tela blanca bajo los dos geranios. La tela, muy tirante entre los dos extremos, cae lacia e inerte hasta que empieza a secarse, y entonces cobra vida con pequeños aleteos. Un atardecer, hace poco, vi a la anciana señora sentada junto a su ventana, mirando al oeste, o más bien mirando la pared oeste de su habitación. Tiene el pelo completamente blanco. Estaba leyendo lo que parecía ser una carta, sosteniéndola en ángulo frente a sí como si fuera un periódico. Era uno de esos felices atardeceres en que el blanco día de verano se vuelve ámbar antes de empezar a quebrarse en distintas tonalidades de crepúsculo, y en aquel extraño resplandor, el elevado perfil de la ciudad hacia el sur parecía monumental y solitario. El Empire State cambió de color bruscamente y perdió su aire de autosatisfacción. Todo era ya incierto, excepto la hilera de palomas inmóviles posadas sobre la pared occidental de la terraza rosa, y más abajo, la anciana señora leyendo su carta. Sin volver la cabeza, asomó la mano derecha con la hoja de papel por la ventana, alargó el brazo en toda su longitud y soltó el papel, que aleteó hacia abajo, alejándose, y ella prosiguió su lectura. La carta tenía una segunda hoja. La anciana no miró afuera. No vio el aire color ámbar, ni detectó el vapor azul violáceo que flotaba en plena transparencia junto a su ventana, transportando una leve y muy tímida brisa oriental. Por segunda vez, la anciana alargó el brazo hacia fuera y soltó otra hoja de papel, y siguió leyendo. La tercera página siguió a las dos primeras en su incierto camino descendente por la pared del hotel y luego la anciana se levantó y desapareció en la penumbra de su habitación. Había algo muy típico de un ama de casa en la forma decisiva en que se apartó de su ventana y sus geranios. Vive en el décimo piso, pero por su gesto, era como si se hubiera retirado de la ventana tras haber pasado una hora cotilleando con sus vecinos y examinando las bolsas de la compra para ver

qué podía hacer para la cena. Gran parte de los gestos ordinarios de la gente se desvanecen cuando se vive en lo alto, en el aire.

1969

EN EL TREN A

Anoche no quedaban asientos libres en el tren A, pero conseguí un buen trozo de poste al que agarrarme en el extremo de uno de esos asientos y me puse a leer la columna de belleza del *Journal-American*, que un pasajero sostenía frente a sí. De pronto sentí un golpecito en el brazo, bajé los ojos y vi a un hombre que empezaba a levantarse.

—¿Quiere sentarse? —me dijo.

Y yo le respondí lo primero que me vino a la mente, tan sorprendida y complacida estaba de que me ofrecieran un asiento en el metro.

—Oh, muchas gracias —dije—, pero bajo en la siguiente parada.

Él volvió a sentarse y eso fue todo, pero yo sentí que todo tenía una razón. Me puse a pensar en que debía de ser un hombre encantador y me pregunté cómo sería su mujer y en la suerte que ella tendría con un marido tan educado, cuando de pronto me di cuenta de que no tenía que bajar en la siguiente parada sino en la otra, y me sentí espantosamente mal. Decidí bajar en la próxima igualmente, pero luego pensé que si bajaba y esperaba al siguiente tren perdería el autobús y solo pasan cada hora, así que sería una estupidez. Decidí negar la evidencia lo mejor que pude y cuando el tren aminoró la marcha al llegar a la siguiente estación, miré fijamente a aquel hombre hasta captar su mirada y le dije: «Acabo de acordarme de que esta no es mi parada». Entonces pensé que él creería que pretendía que se levantase y me cediera el asiento y dije: «Pero no quiero sentarme, porque bajo en la siguiente». Y con mi expresión intenté transmitirle que todo aquello me parecía divertido, y él sonrió, más o menos, y asintió y levantó su sombrero, volvió a ponérselo y apartó la vista. Era uno de esos hombres pequeños, cabizbajos o melancólicos que siempre miran a lo lejos al acabar de decir lo que sea, cuando hablan. Me sentí orgullosa de mi resolución por no haber flaqueado y bajado del tren antes

de tiempo, arriesgándome a perder mi autobús solo por temor a una situación algo embarazosa, pero justo cuando el tren cerraba sus puertas miré y ahí estaba, la calle Ciento sesenta y ocho.

—¡Oh, no! —dije—. ¡Esa era mi estación y ahora he perdido el autobús!

Se me llevaban los demonios, había hablado muy alto y me sentí completamente estúpida, bajé la vista y como el hombre que me había ofrecido asiento me miraba de soslayo, le dije:

—¡Qué absurdo! Esa era mi estación. La calle Ciento sesenta y ocho es donde tenía que bajar.

No pude evitar reírme, todo era horrible, y él apartó la mirada y el tren avanzó hacia la siguiente estación y yo bajé lo más deprisa que pude y corrí por el andén para coger un tren de cercanías hasta la Ciento sesenta y ocho, pero, por supuesto, había perdido mi autobús por un minuto, o quizá dos. Me sentí muy perdida errando por la calle Ciento sesenta y ocho y al final entré en un bar algo tosco pero amable y me tomé un Martini, caliente pero muy relajante, que me costó solo cincuenta centavos. Mientras lo estaba sorbiendo, intentando prolongarlo hasta el momento exacto de buscarme un buen sitio en la cola del bus sin tener que estar de pie mucho rato con aquel frío, me pregunté qué debería haber hecho con aquel hombre del metro. Al fin y al cabo, si hubiera cogido su asiento, probablemente habría salido en la calle Ciento sesenta y ocho, o sea que apenas me habría acabado de sentar ya tendría que haberme levantado para salir, y eso habría quedado raro. Y un tanto codicioso por mi parte. Y él no habría recuperado su asiento, porque otra persona codiciosa se habría precipitado a cogerlo antes que él al levantarme yo. Parecía un hombre retraído, nada avasallador. Titubeé pensando cómo debía haber lamentado haberme ofrecido su asiento. A veces es muy difícil saber qué es lo que hay que hacer.

15 de febrero de 1958

LA COMIDA FAVORITA DE BALZAC

Hay una librería en la calle Cuarenta y ocho, no lejos de la Sexta Avenida, donde venden sobre todo libros de bolsillo y libros viejos, saldos de los editores. Yo estaba allí el otro día mirando. Era sábado y hacía fresco. La puerta estaba abierta a la calle. Era la hora del almuerzo y los clientes eran ocasionales. La tarde era lenta y la ciudad parecía amistosa y grogui... no se oían quejas. Ese humor de siesta es muy notable en Nueva York y en pleno *downtown*, muy raro. Era una ocasión misteriosa y alegre, como si a todos los ciudadanos les hubieran repartido su dosis estacional de tiempo y hubieran descubierto que tenían mucho, de sobra, mucho más tiempo del que nunca hubieran imaginado. En la librería todo estaba en calma. Podría haber estado muy lejos, en una ciudad mucho más antigua, recorriendo tiendas de anticuarios. El ritmo era concentrado y sin prisa, mientras los clientes serpenteaban entre las obras de Henry James, Rex Stout, Françoise Mallet-Joris, Iván Turguénev, Agatha Christie y el resto, más y más nombres que iban apareciendo frente a mis ojos mientras seguía mirando. Yo ya había recopilado todo lo que quería comprar —llevaba cinco libros bajo el brazo— y estaba mirando otro, ahora no recuerdo el título, y leyendo una descripción de la comida favorita de Balzac. Lo que más le gustaba al escritor era simple pan cubierto de sardinas que había triturado formando una pasta y mezclándolas con algo. ¿Qué era lo que Balzac mezclaba en su pasta de sardinas? Estaba intentando descubrirlo, leyéndolo todo otra vez y pensando en lo delicioso que sonaba, cuando mis oídos se vieron ofendidos por ásperas voces que chirriaban justo al otro lado de la puerta, gente que hacía comentarios sobre los libros del escaparate.

—¡Eh, Marilyn Monroe rebajada! —exclamó una voz masculina—. ¡De cinco dólares con setenta y cinco a un dólar noventa y dos!

Hubo graznidos de risas y luego una voz de mujer dijo —hablaba una vieja bruja—:

—Espera hasta que llegue al dólar.

—¡Demasiado! ¡Demasiado! ¡Un dólar es demasiado! —gritó el hombre y aquellos seres horribles entraron en tropel a la librería y yo cogí mis gafas para verlos de cerca. Crueldad, Estupidez y Ruido, eran tres, un hombre, una mujer y otro, pero no pude ver al tercero, pues quedaba oculto tras la alta y alargada estantería que todos estaban mirando y que les hacía tanta gracia. Pronunciaban los nombres y títulos en voz alta y hacían muchos chistes malos, estropeando la atmósfera a todos los demás, de modo que pagué los libros que me había comprado y salí. Me fui a Le Steak de París y pedí sardinas y pan, pero cuando empecé a chafar las sardinas, ya no recordaba qué era lo que les ponía Balzac. No importaba. Las sardinas con pan solo están muy buenas. Pensé que no valía la pena pensar en las hienas de la librería. Un día de estos, su capacidad para despertar violencia provocará a alguien que ya es violento —eso me dije—. Encontrarán la horma de sus zapatos. El tiempo les ajustará las cuentas. Nunca conocerán nada excepto el miserable sentimiento de envidia. Aprenderán, como el pastorcillo que gritaba que venía el lobo, pues todos esos que se empeñan en reírse los últimos acaban mal. No me importa. La pequeña librería está abierta hasta tarde y yo voy a volver este mismo anochecer a encontrar ese libro que estaba mirando y que describe la pasta de sardinas de Balzac. Antes de que caiga la noche, sabré exactamente cuál era la comida favorita del maestro y también conoceré el sabor que tiene hoy.

21 de septiembre de 1963

EL ASCENSOR OSCURO

No tengo mucha simpatía por los ascensores en ningún caso y he desarrollado cierto desagrado por los dos ascensores del hotel donde vivo. Son ascensores autónomos perfectamente corrientes, seguros, pero se comportan como si fuesen peligrosos. Crujen, y cuando se detienen en un piso, dan un salto incontenible y a menudo se detienen en el piso equivocado. Esta mañana me he metido en uno de ellos con aún menos entusiasmo de lo habitual. Hace unas noches hubo un pequeño incendio en la parte izquierda de las plantas superiores del hotel y los dos ascensores acabaron empapados por el agua de las mangueras de los bomberos. Desde entonces los ascensores huelen a colchones ahumados y a yeso húmedo y cemento, y la fina moqueta del suelo aún no se les ha secado. Yo vivo en el octavo piso y cuando he cogido el ascensor esta mañana he apretado el botón del uno para ir a la planta principal y he apretado el botón CP para que las puertas se cerraran sin esperar. Las puertas se han cerrado rápidamente y el ascensor ha empezado a moverse. Entonces se han apagado las luces, la luz del techo y la señal luminosa, todo. Así que me he encontrado encerrada en una caja negra como un pozo. He tanteado buscando la barra de metal de la que hay que tirar si el ascensor falla, pero no la encontraba y el suelo húmedo se movía como grasa bajo mis pies. Ha sido un descenso fantasmagórico. Cuando la puerta se ha abierto al fin, estaba en la planta principal y me he acercado al mostrador y le he dicho al recepcionista:

—El ascensor se ha quedado sin luz.

—Ya lo sé —me ha respondido—. Llevan toda la mañana intentando arreglarlos.

Y luego se ha vuelto a la centralita, porque además de ocuparse de la recepción, es telefonista y tiene otras tareas. Hacía mucho calor en el

vestíbulo. El aire estaba enrarecido y estancado y el ventilador situado tras el mostrador se agitaba con ansiedad. Yo me he dirigido a la entrada y los escalones de mármol blanco que llevan a la calle, pero hay una cabina de teléfonos a cada lado de las puertas de entrada y entonces me he acordado de que tenía que haber hecho una llamada antes de salir. El teléfono de la derecha tenía un cartel de «fuera de servicio» y en el otro había un hombre fumando un puro. Había dejado la puerta abierta y tenía la pierna derecha estirada fuera de la cabina de modo que yo podía admirar su zapato, que era de cuero pajizo con agujeritos. Estaba diciendo:

—¿Dónde vas a estar a la una y media? Te llamaré a esa hora. ¿Y a las dos, estarás a las dos? ¿Dónde estarás entre una y media y dos?

Me he sentado a esperar en un pequeño sofá. Está tapizado con piel sintética naranja y la pared de detrás cubierta con una fotografía mural de Nueva York vista desde el puerto, en un melancólico tono sepia. Me he sentado de lado en el sofá para evitar mirar al hombre de la cabina y contemplar el irreal contorno de la ciudad donde vivo. Luego he estado mirando la pared del fondo de la recepción, que tiene un agujero cuadrangular para que el recepcionista pueda ver quién entra en el hotel. Decorando el hueco hay una maceta con una planta de unos quince centímetros de alto. El vestíbulo era tres veces mayor de lo que es ahora, y lo único que queda de su antigua *grandeur* es el alto y adornado techo y las escaleras de mármol que van hasta arriba, a mano derecha. La actual recepción, que se parece mucho a una caja de zapatos invertida, está apretujada contra la pared frente a los ascensores y la pared del fondo, entre el mostrador y los ascensores, está cubierta de paneles de espejo sujetos con botones de cristal. Uno de los paneles es una puerta que se abre a una diminuta oficina, pero suele estar cerrada, cerrando la pared. En el ángulo derecho de la puerta de espejo, junto a los ascensores, hay una puerta que se abre a una oscura y cavernosa habitación de almacén, donde yace en pacífico silencio una tropa de televisores viejos. Uno de los televisores aún tiene vida y, a veces, de noche, el botones de turno deja la puerta abierta y se sienta en el extremo de su banqueta de polipiel naranja a ver lo que pongan en la tele. A veces, el recepcionista nocturno apoya los codos en el mostrador y también la ve. Yo estaba empezando a preguntarme si aquella cabina merecía tanta espera. No quería salir a la ruidosa y ardiente calle y empezar a buscar otra cabina y

tampoco quería subir en el ascensor oscuro. Alguien ha empezado a subir las escaleras desde la calle y yo he mirado por encima del hombro y he visto una señora de pelo gris de unos setenta años, que vive aquí. Tiene una habitación sin baño y está a menudo en el vestíbulo. Lleva el mal humor escrito por toda la cara, mal humor y arrogancia, y sus ojos miran a su alrededor con una curiosidad maligna y persistente. Siempre se está peleando con alguien y siempre se está quejando. Dos veces la he oído regañar al joven empleado de la tienda de ultramarinos de al lado y también la he visto pelearse con uno de los diminutos niños gitanos que pasan el tiempo en la calle. Parece decidida a reformar a alguien. Estaba claro, mientras subía las escaleras, que el calor le estaba afectando. Estaba cansada. Parecía que nunca hubiera vivido un día peor. Llevaba un jersey de punto de seda de manga larga y una falda de tweed marrón. El pelo, como de costumbre, recogido pulcramente en una redecilla, y, además de su bolso, llevaba una bolsa de papel de la tienda de ultramarinos —en este hotel tenemos la posibilidad de cocinar—. La señora ha pasado a mi lado y se ha detenido en el mostrador de recepción, pero el empleado estaba hablando por teléfono. Mientras esperaba para hablar con él, apoyaba una mano en el mostrador y ha vuelto la cabeza hacia la calle de la que había escapado. El vestíbulo no es fresco, pero está en sombra y siempre silencioso. Creo que debe de ser el único hotel de Nueva York que no tiene bar ni tienda de ningún tipo abierta en el vestíbulo. Cuando el recepcionista ha colgado el teléfono, la señora de pelo gris se ha dirigido a él en su distintivo tono habitual. Podía dar órdenes con aquella voz. Ha preguntado:

—¿Ya funciona la luz de los ascensores?

—Aún no —ha respondido el recepcionista.

—¿Cuándo estarán arregladas? —ha inquirido ella.

—No lo sé —responde él—. Llevan toda la mañana intentando arreglarlas.

—Eso ya me lo ha dicho antes —ha replicado ella—. ¿Está el director?

—No lo sé —ha dicho el recepcionista.

—Le he dejado tres mensajes para que me llamara —ha dicho ella—. ¿Qué quiere decir con que no sabe si está?

—Yo sé lo que sé —ha respondido el empleado con desaliento—, y no sé si el director está o no —se ha alejado al fondo del mostrador y se ha escondido en el cuarto intermedio, donde guardan el registro. La señora del pelo gris ha levantado la barbilla contra su indiferencia y ha reanudado su

contemplación de la tumultuosa escena callejera. Es una mujer alta y su expresión, al darse cuenta de lo indefensa que estaba y del miedo que le daba el ascensor, era la de una emperatriz enfrentada a la turba que había llegado para asesinarla. Era toda fortaleza y dignidad. Luego se ha dado la vuelta y ha atravesado los pocos escalones hasta el ascensor, y la seguían su mal humor, su arrogancia y su amargura, se han ido todos hacia arriba, y creo que ella ha entrado en aquella caja que olía a humedad llevando solo el valor con el que ha nacido. El hombre de la cabina de teléfono ha metido otra moneda de diez centavos y ha continuado con su discusión y yo me he levantado y he salido al estruendo cegador de la calle Cuarenta y nueve. Cuando he vuelto más tarde, a media tarde, los ascensores ya tenían luz y he podido efectuar mi ascenso con cierta seguridad comparativa. Me pregunto lo que sentiría la señora del pelo gris al llegar a su habitación. ¿Se sentiría derrotada, en sus circunstancias, o victoriosa, por su conducta ante tales circunstancias? Supongo que solo habrá sentido alivio al encontrarse de nuevo sana y salva en su casa.

BROCCOLI

La hora del almuerzo en esta ciudad empieza a las once y media; a las tres y media incluso los más rezagados han abandonado ya la mesa. Luego, hasta las cinco de la tarde, los restaurantes están casi vacíos y se puede entrar y escoger cualquier mesa, en la fastuosa soledad que ofrece un mar de calmados manteles blancos, mirar alrededor, incluso fijamente, ser tan curioso, indiferente, vigilante o perezoso como te sientas inclinado. En otras palabras, ser tú mismo en un lugar público y seguir considerándote educado. Sentirse lejos de las miradas tiene muchas ventajas. Los pequeños restaurantes que me gustan son lo bastante egoístas para reservarse la hora tranquila de la tarde para sí mismos, así que hoy he ido al Longchamps de la calle Cincuenta y nueve, que tiene ese gran ventanal a la avenida Madison. No me he sentado junto a la ventana. He ido a un reservado, a mitad de la estancia, que me ofrecía una amplia visión a través de las mesas vacías y hasta la calle. Uno de esos reservados del Longchamps tiene un asiento remendado. El reservado está orientado hacia la parte posterior del restaurante. El parche, de ancha cinta adhesiva gris, tiene la forma de la Cruz Roja, cuadrangular y definida. Es tranquilizador pensar que la gran cadena Longchamps recurre a esa diminuta economía doméstica y que lo hace sin ambages. Me senté junto al parche la última vez que estuve en el Longchamps de la calle Cincuenta y nueve, así que debía de ser verano, porque nunca acepto sentarme de espaldas a la ventana excepto en pleno calor del verano, que detesto. Desde entonces el año ha avanzado unas semanas más y ya estamos en otoño. La carta del Longchamps es larga y extensiva, pero yo he pedido lo de siempre, lenguado a la plancha con la guarnición Longchamps, y luego he examinado cuidadosamente la carta y he pedido un extra, *broccoli* fresco con *sauce suprême*. Al llegar la comida, el *broccoli* venía en su propio plato, con un

diminuto compañero al lado: una salsera de alpaca con su cuchara. Todo estaba muy caliente. El camarero ha cogido la cuchara de la salsa y me ha mirado inquisitivamente, pero yo he dicho:

—No, déjelo un minuto...

Cuando he acabado el lenguado, me he vuelto hacia el *broccoli*. He cogido la cuchara de la salsa, como había hecho el camarero, y he empezado a moverla sobre el *broccoli* y luego la he puesto rápidamente en su salsera. No podía recordar qué extremo del *broccoli* se come. Lo había olvidado. Tendría que haber dejado que el camarero hiciera su trabajo. He intentado recordar otras verduras que tienen límites, pero sus nombres, su apariencia y todo lo demás habían desaparecido de mi mente. Puedo recordarlos ahora — espárragos, cebollinos, etcétera—, pero en ese momento no me salían. Tenía la mente en blanco y no podía hacer nada. El *broccoli* estaba esponjoso, con unos tallos de aspecto delicioso. Simplemente se trataba de decidir dónde poner la *sauce suprême*. Al cabo de un poco he cogido la cuchara de la salsa y he goteado un poco de *suprême* en el lado de un *broccoli* y lo he empujado con el tenedor, pero luego he dejado el tenedor. He cogido mi libro y he empezado a leer de forma distraída. Ha venido el camarero y se lo ha llevado todo y ha traído café. Ha omitido amablemente aludir al *broccoli* intacto. No hay moral ni razón, ni tampoco justicia en esta clase de fracaso privado y ustedes lo entenderán la próxima vez que intenten presentar a dos amigos y no recuerden el nombre de alguno de ellos.

2 de noviembre de 1963

UNA HISTORIA DE ZAPATOS

El otro día cruzaba de prisa Park Avenue cuando mi pie izquierdo cedió y estuve a punto de caerme, pero recobré el equilibrio y logré llegar a la esquina y subir a la acera. Investigando, descubrí que no me pasaba nada en el pie, sino que el tacón del zapato izquierdo se había partido en dos. Yo estaba furiosa porque los zapatos solo tenían una semana. Se acercaba un taxi y le hice un gesto y le di al conductor el nombre de la tienda donde había comprado los zapatos. Pensaba ir y enfrentarme al director. Luego pensé que tendría mucho más efecto si, por decirlo así, entraba con un par de flamantes zapatos nuevos y caros de alguna otra tienda en vez de entrar cojeando con los zapatos que me había vendido. Le pedí al taxista que me llevara a Bergdorf Goodman y cuando llegué, fui al Delman Shoe Salón y le dije lo que me había pasado al primer vendedor que vi y escuché sus palabras de simpatía. Me senté y me midió los pies, luego desapareció y volvió con varios pares de zapatos, yo elegí el par que quería, pero no me gustaba cómo tenían cosidos los lazos. Estaban puestos en un ángulo y yo los quería rectos. El vendedor ha dicho que era muy fácil cambiarlos, pero la chica que hacía ese trabajo había salido a comer y no volvería hasta veinte minutos más tarde. Le dije que esperaría y él se fue con los zapatos y yo me senté dispuesta a perder el tiempo. Me puse a escuchar la conversación de las dos señoras que tenía al lado mirando sandalias de noche. Hablaban de las elecciones y del senador John Fitzgerald Kennedy. Una de ellas dijo:

—Simplemente es muy joven. Es demasiado joven.

—Excesivamente joven —dijo la otra.

—Cuarenta y tres años —dijo la primera—. Es absurdo.

Empecé a animarme. Yo tengo cuarenta y tres. Naturalmente, sabía por los periódicos que el senador Kennedy y yo nacimos el mismo año, pero nunca

había pensado en aquella estrecha conexión entre ambos hasta aquel momento. Esperaba que las dos señoras siguieran criticando la edad del senador, pero en lugar de ello, volvieron la atención a las sandalias y decidieron que no querían ninguna de las que habían visto y se enderezaron y se marcharon. Eso me dejó sin nada que escuchar. No había rastro de mis zapatos nuevos, así que no podía salir de la tienda. Decidí que subiría a la quinta planta y vería si había quedado algo de las rebajas que la mayoría de tiendas hacen en esta época del año. En la quinta planta había unas grandes rebajas. Todos los vestidos de precios reducidos estaban colocados en hileras de enormes percheros dobles. Empecé a mirar el perchero donde estaba mi talla y me di cuenta de que alguien tarareaba una canción cerca de mí, alguien que quedaba oculto tras uno de los percheros de vestidos. La canción era *I've Grown Accustomed To Her Face* (Me he acostumbrado a su cara), y el tarareo iba aumentando de volumen tan gradualmente que resultaba insistente, pero imperceptible, como un buen aparato de aire acondicionado. No pude encontrar ningún vestido que me convenciera y estuve vagando a ver si veía a quién pertenecía la voz. Era una señora que buscaba en el perchero de la talla cuarenta y estaba encontrando muchas gangas. Llevaba tres vestidos colgados del brazo y mientras yo la miraba encontró otro para probarse. Cada vez que veía algo que le interesaba, su tarareo subía ligeramente de volumen, y cuando se fue al probador, con varios vestidos, ya casi entonaba un suave cántico de triunfo. Muchas veces he visto mujeres canturreando mientras miran ropa, pero aquella era la compradora más entusiasta que nunca había escuchado. Como yo no había encontrado nada, me fui para abajo a ver mis zapatos nuevos, y ya estaban listos, así que me los puse. El vendedor puso mis zapatos viejos en una bolsa y me la dio, yo le di las gracias y le pregunté su nombre.

—Mr. Sugarman —me dijo,¹¹ y me dio su tarjeta.

—Más vale que guarde esta tarjeta en un lugar seguro —dije yo, y me la metí en el pasaporte, que siempre llevo encima desde el día en que un taxista me dijo que si alguna vez me paraban por cruzar en ámbar, me llevarían a la comisaría a menos que pudiera identificarme.

—Ahora está usted en mi pasaporte —le dije al señor Sugarman—. Eso significa que viajará por todo el mundo.

—Oh —respondió él—, espero no marearme.

—Si se marea, le avisaré —le dije yo.

Me fui a la Quinta Avenida y eché a andar hacia el *downtown*. Era un bonito día soleado, no demasiado caluroso, y todo el mundo andaba muy deprisa. Pasé la iglesia de St. Thomas, que había visto por primera vez veinte años atrás, cuando ya me consideraba adulta. Pensé en lo sorprendente que era llevar tantos años viva y haber mirado tantas caras y haber oído y dicho tantas palabras y contemplado tantos cambios de tiempo y seguir siendo considerada joven. Bendije al senador Kennedy y al vicepresidente Nixon por ser también jóvenes. Tuve pensamientos amistosos hacia todos los que tenían cuarenta y tres años. Pensé en el énfasis nacional en la juventud que a menudo he oído lamentar y al que a veces yo misma he objetado mentalmente, y pensé que esa cuestión no volvería a molestarme, una vez que había descubierto que ese énfasis también me incluía a mí. Estaba tan contenta conmigo que pasé junto a la tienda donde había comprado los zapatos malos y me olvidé de entrar. Ahora creo que no me molestaré en devolver esos zapatos.

27 de agosto de 1960

EN EL GROSVENOR BAR

Hoy he visto al hombre que hace lo correcto en el lugar adecuado y el momento adecuado y lo sabe. Creo que también debe de ser el hombre que lleva el compás cuando todos los demás lo hemos perdido. Controla muy bien sus *tempos*. Sabe cuándo callarse y cuándo hablar. Tal vez lo sabe todo. Quizá tenga todas las respuestas a las preguntas que yo tengo. Debería haberlo seguido. Estaba en el Grosvenor Bar, sentado solo al final de la barra, de espaldas al vacío comedor que se extendía tras él, cuando yo irrumpí en el bar a refugiarme de la lluvia de esta tarde. No irrumpí exactamente en el bar, sino que me arrastró un chaparrón muy injusto, pues llegó sin avisar. Hasta aquel momento solo había una leve llovizna, nada más. El hotel Grosvenor está en la esquina de la calle Diez y la Quinta Avenida, y yo lo sé muy bien porque viví cerca durante años. El bar es muy agradable, con mesitas pequeñas a lo largo de la pared y más allá, el comedor es grande y tiene un aire de hotel educado. Parecía muy bien educado esta tarde, con todos los manteles limpios y sin gente. Es domingo, y era demasiado tarde para comer y demasiado pronto para la cena. Yo me he sentado enfrente de uno de esos ventanales que mirarían a la calle Diez si no estuvieran cubiertos de cortinas y drapeados. Tenía mucho frío y empecé a pensar en la neumonía. El camarero se acercó y puso una diminuta servilleta de papel en mi mesa y dijo:

—Un poco de lluvia...

Yo le pedí un Martini. No era demasiado temprano para tomarse un Martini. El hombre de la barra estaba bebiendo algo que parecía whisky escocés con agua. Era de mediana edad y tenía una cara muy grande. Había apoyado el codo derecho en la barra y junto a él estaba su paraguas negro colgado del gancho bajo la barra. Estaba mirando la lluvia a través del interior del bar y las puertas de cristal de la entrada y su expresión era

contemplativa. Desvió la mirada para ver cómo el camarero mezclaba mi Martini, el camarero lo vio y le dijo, animoso:

—Un poco de lluvia, sí señor.

Pero no obtuvo respuesta.

Cuando el camarero me sirvió la bebida, el hombre volvió a mirar la lluvia y a tres señoras con vestidos de algodón que se apiñaban en el umbral. De vez en cuando, una de las señoras se volvía a mirarnos.

Era una escena apacible hasta que un hombre alto y delgado con un traje de algodón muy mojado entró de la calle, se detuvo a pedirle al camarero un whisky con soda y luego se fue a mirar el desierto comedor. Estaba realmente empapado y sus zapatos chapoteaban al andar, pero él parecía contento y esbozaba una sonrisa radiante. Le dijo al camarero:

—He esperado un taxi durante veinte minutos en la esquina de Madison y la calle Cincuenta y seis, en vano.

—Es un día de lluvia —dijo el camarero negando con la cabeza.

El hombre radiante estaba disfrutando de la bebida con la que se había recompensado. Miró a la calle una o dos veces y luego le preguntó al camarero:

—¿Hay otro bar por aquí u otro lugar donde se pueda esperar?

—Solo el vestíbulo —le respondió el camarero e indicó con la cabeza y luego señaló hacia la entrada del vestíbulo, que está al fondo del bar, volviendo la esquina. El hombre radiante desapareció chapoteando hacia el vestíbulo, pero al cabo de un minuto había vuelto, con aire decepcionado.

—Este no es el hotel Fifth Avenue —dijo—. Es el hotel Grosvenor.

—Lo siento, señor, en efecto, es el hotel Grosvenor —repuso el camarero.

Y el hombre decepcionado dijo:

—Creí que estaba en la calle Diez con la Quinta Avenida.

—Tiene que ir a la calle Nueve, esquina con la Quinta —le dijo el camarero, mirándole con simpatía y echando un vistazo al hombre silencioso, que siguió en silencio.

El hombre decepcionado desapareció en la calle. La lluvia siguió cayendo y las señoras de fuera esperaron pacientemente a que cesara. Yo me pregunté por qué no se rendían y entraban. Nadie más vino y no ocurrió nada hasta que, de pronto, el hombre silencioso se puso en pie y levantó su paraguas.

—Gracias, señor —dijo el camarero.

El hombre silencioso habló por fin y dijo:

—Es una suerte que estuviera lloviendo cuando he salido de casa; si no, no habría cogido el paraguas.

Y se alejó y salió, pasó junto a las mujeres acurrucadas y al dejar nuestro refugio abrió el paraguas, lo sostuvo sobre él y se alejó hacia la calle Once, regocijándose.

4 de agosto de 1962

FORTUNA CHINA

Anoche, el metro iba atestado como siempre y yo iba de pie con los brazos agarrados al poste central del vagón y no tenía las manos juntas, sino sujetando un ejemplar del *Life* que había comprado en el quiosco de la calle Cincuenta y nueve. Estaba leyendo la revista del final al principio, no por inclinación, sino porque el particular equilibrio que intentaba mantener entre mi hombro derecho y el poste me obligaba a pasar las páginas con la mano izquierda. Describo mi posición con cierto cuidado porque condicionó la manera invertida en que me enteré de la carrera de la señorita Jerry Stutz y puede justificar hasta cierto punto el inquietante efecto que sus comentarios, que voy a citar, me produjeron. La señorita Stutz es una chica guapa y morena que tiene un lujoso apartamento, una doncella francesa y un gran despacho. Yo miré sus fotos, de atrás adelante, como he dicho, y finalmente llegué a la primera página del artículo, donde una larga columna ofrecía amplia información sobre la señorita Stutz y su carrera, y leí que solo tiene treinta y tres años y hace poco la han nombrado presidenta de Henri Bendel. Ser presidenta de Henri Bendel es un puesto de trabajo importante para una mujer de cualquier edad, o incluso para un hombre, y yo estaba muy impresionada y lo leí todo. Esto es lo que decía el *Life*: «Como persona lógica que es, a la señorita Stutz le gusta ver una perfecta lógica en su rápido ascenso hasta su cargo actual. Se especializó en periodismo en el Mundelein College de su Chicago natal, haciendo de modelo ocasional allí, y durante un año después de graduarse fue redactora publicitaria de moda. Luego fue redactora de la sección de accesorios de la revista *Glamour* y aprendió todo lo que debe saberse sobre zapatos. Cuando la General Shoe Corporation compró la firma de calzado I. Miller por 223 millones de dólares en 1954, contrataron a Jerry como coordinadora de moda. Un año después, rompiendo una tradición

industrial generalizada contra las mujeres ejecutivas, Jerry fue nombrada vicepresidenta de Miller y gerente general de sus tiendas minoristas, y las ventas ascendieron un veinte por ciento. General Shoe, que aún controla Bonwit Teller y Tiffany, compró Bendel y a finales de 1957 pusieron a Jerry Stutz al mando. “Supongo que harán falta años para perfeccionar todo esto y yo sé lo suficiente para interesarme en avanzar”, dice plácidamente. “Mientras, aplico mi primer principio: cuando llegues a un nuevo puesto de trabajo, fíjate en las personas, no en las cifras. Si encuentras a las personas adecuadas y las sueltas libremente, no puedes perder”».

He leído y releído la última frase. «Si encuentras a las personas adecuadas y las sueltas libremente, no puedes perder». Esas palabras me recordaban a algo, pero no podía recordar qué. «Si encuentras a las personas adecuadas y las sueltas libremente, no puedes perder». He enrollado mi ejemplar del *Life* y lo he metido en el bolsón de viaje de rafia que siempre cuelga de mi brazo cuando viajo dentro y fuera de la ciudad. Me he repetido las palabras de la señorita Stutz una y otra vez, poniendo el énfasis en distintas palabras para ver si podía descubrir la razón de la conmoción que me causaban en la cabeza. Temo que mis pensamientos han discurrido de forma algo errática. No podía adivinar cómo haría la señorita Stutz para reconocer a la persona adecuada, pero me he permitido ciertas maliciosas conjeturas sobre cómo suelta libremente a las personas adecuadas una vez que las ha señalado con el dedo. ¿Las lleva a la azotea de Henri Bendel? ¿O a Central Park? ¿Las suelta a todas a la vez, en rebaño, o una a una? ¿Al amanecer, o cuándo? Si, por desgracia, una persona equivocada sale del gallinero, ¿cómo la devuelve a su sitio? ¿Con una mano en cada hombro? ¿Con las dos manos en la cabeza? ¿En una red? ¿Y si uno de los equivocados se escapa? Todo el tiempo pensaba en toda la gente que sería adecuada para Henri Bendel, pero estaba en otra parte. ¿Qué arreglos estaría haciendo la señorita Stutz para encontrarlos y *soltarlos*? Yo misma, por ejemplo. Allí estaba, abajo, en el metro, pero era completamente posible que durante todo este tiempo yo fuera realmente una persona adecuada para Henri Bendel. Estaba bastante sorprendida por la amplitud y el alcance de la visión que las palabras de la señorita Stutz habían evocado ante mí, en mi mundano trayecto subterráneo hacia mi casa y la cena, y deseé recordar a qué la había asociado porque pensé que si no me acordaba, mi cerebro se cerraría para siempre y no podría volver a pensar nada excepto que si

encuentras las personas adecuadas y las sueltas, no puedes perder.

Naturalmente, no era para tanto, pero esa idea insidiosa amenazaba con rondarme mentalmente durante semanas y a veces desearía no haberme comprado ese ejemplar del *Life* o haber esperado a llegar a casa para leerlo como está mandado, empezando por la primera página. Y así, esta mañana, estaba en la ventana de mi dormitorio admirando una ligera nieve que cayó anoche y que hace que todo parezca mucho más bonito, y de pronto recordé a qué me recordaba la señorita Stutz, y naturalmente era la cosa más trivial del mundo. Se trataba de una vieja, viejísima historia que escuché de labios de una amiga hace muchos años, sobre las galletitas chinas de la fortuna. Esa amiga me contó de una amiga suya que había cenado en un restaurante chino maravilloso y, después de cenar, pidió galletitas de la fortuna y el camarero le trajo cuatro y ella las abrió todas y leyó los mensajes que llevan dentro. Las tres primeras galletitas decían: «Una carta está en camino y llegará»; «Si eres versátil, tendrás confianza»; y «Sí, serás afortunada», pero la cuarta galletita decía: «Ayúdame, estoy prisionero en una pastelería china». Me quedé muy satisfecha de mí misma. «Si encuentras a las personas adecuadas y las sueltas libremente no puedes perder; ayúdame, estoy prisionero en una pastelería china». Y esto es lo que intentaba recordar todo ese tiempo, y estoy muy contenta de haber aclarado el asunto.

8 de marzo de 1958

DESDE EL HOTEL EARLE

Dejé de vivir en el campo y estaba muy contenta con la idea de volver a vivir en la ciudad, pero no hice el equipaje hasta que era demasiado tarde para organizarme bien, y cuando los de la mudanza ya se habían ido a dejar mis cosas al lugar donde se quedarán almacenadas hasta que encuentre un piso adecuado, estaba ya demasiado disgustada con mis propias posesiones para contemplar la camioneta alejándose por el camino y demasiado cansada para alegrarme por nada. Pero después del trayecto hasta la ciudad, me pareció agradable entrar en el hotelito de Washington Square donde solía hospedarme esporádicamente, y donde aún vivo mientras busco un apartamento, y advertir que todo estaba igual: el rostro familiar del ascensorista, Smiddy, acarreando las maletas, vendiendo los periódicos vespertinos, abriendo la puerta, encendiendo las luces, trayéndome la radio y admirando la gata sin hogar, Minnie, que no podía quedarse en la residencia veterinaria con mis propios gatos porque acaba de tener gatitos. Me produjo casi un *shock* ver que alguien le había dado una mano de pintura blanca y dorada a las paredes y los techos e incluso el mobiliario de las dos habitaciones que yo solía ocupar y que estaba acostumbrada a ver con mejores colores, aunque más descoloridos, pero la balaustrada de piedra en la parte exterior de las ventanas, que corta mi visión cuadrangular y ofrece una buena plataforma a las palomas, seguía ahí, y cuando me asomé a la ventana del cuarto de baño, que no da a la plaza sino a la fachada posterior de un bloque de pisos, comprobé con satisfacción que los inquilinos siguen con las persianas levantadas de noche, de modo que es fácil ver todas las habitaciones y que la habitación que más me gusta, una habitación en un piso alto con un escritorio arrimado a la pared bien enmarcado por la ventana y con una lámpara de pantalla verde encima, sigue ahí. Me gusta mucho esa habitación porque cuando todas las demás luces del

edificio se apagan, la lámpara verde sigue encendida en ese escritorio, a veces con una persona sentada escribiendo, y de noche me gusta que, con el resto del edificio muerto, la plaza oscura en un ángulo y las sombras extendiéndose más allá, la lámpara y el escritorio junto a su alta ventana componen una escena urbana satisfactoria.

Tras instalar a Minnie y mostrarle dónde estaba el cuenco del agua y la arena, me lavé la cara y las manos, medité un momento en las propiedades extra pegajosas del polvo del traslado y me dispuse a salir a cenar. Ya sabía dónde comería. Pensaba ir al University Restaurant de la calle Ocho oeste, pero quería hacer un par de cosas primero, así que al salir del hotel me fui hacia la derecha y no a la izquierda. Fui hasta la Sexta Avenida, recorrí un trozo y me dirigí a la calle Ocho, donde hay una buena floristería.

—Mucho tiempo sin verla —dijo el florista, y me vendió un clavel. Mientras me ponía el clavel, pensé un momento en la falta de floristerías del país. Anduve por la calle Ocho, admirando las pastelerías, las lámparas, las latas de sardinas y botes de mermelada, los leotardos, las medias rosas y rojas, la ropa de hombre, los trozos de queso, el mobiliario de juguete, y en Politi's, los estampados de cachemir, los granates y los pañuelos franceses. Luego fui a la librería de la calle Ocho, donde no vi ninguna cara conocida tras el mostrador, pero los libros estaban allí. Me compré *Poor Scholar* de Benedict Kiely y una novela de misterio de Patricia Highsmith. Compré los dos libros por un dólar, un gran tesoro y un pequeño tesoro, un dólar por los dos, y mientras pagaba pensé en la extraña conducta de los editores, que dejan que el mejor fondo salga de sus almacenes en calidad de lo que llaman «saldos» casi justo después de haber entrado. Ya estaba lista para cenar — libros bajo el brazo, todo en orden—, pero me detuve en el bordillo de la acera porque había mucho tráfico y, mientras esperaba, una observación forcejeó con la esperanza en mi cabeza. Estaba mirando el estudio de Sam Kramer y vi al mismo grupito de gente, tres o cuatro personas subiendo los escalones deprisa, que ya había visto un año antes, y seis, siete y once años antes. Me parece que cada vez que he pasado por la calle Ocho he visto a la misma gente, o casi, subiendo las escaleras del estudio Sam Kramer, pero nunca he visto una persona sola subiendo. Pero sobre todo iba pensando en la mesita junto a la ventana del University Restaurant; tenía la esperanza de que estuviera libre y de poder sentarme y mirar a la calle. Siempre hay gente

mirando hacia la ventana del Village Smoke Shop, enfrente de mi restaurante, y allí estaban aquella tarde, más gente de lo habitual, todos mirando algo por la ventana. Decidí que cuando acabara de cenar iría a ver qué miraban. Estuve mirando la espalda de la multitud y luego leyendo uno u otro de mis libros, y entonces levanté la vista y toda la multitud se había vuelto del Smoke Shop hacia la acera. No podía ver nada con claridad, excepto sus cabezas, pero cada vez se juntaba más gente mirando aquel lugar donde había algo más interesante que el ventanal del Smoke Shop. Había un diminuto coche extranjero junto al bordillo y decidí, sin pensarlo mucho, que igual había un perro atrapado dentro del coche, que alguien se había dormido dentro o algo parecido. Al cabo de unos minutos llegó un policía y su aire imperturbable y bajando la vista mientras que todos los demás miraban hacia arriba me hizo pensar que la causa de toda aquella excitación, de toda aquella gente que acudía a mirar una y otra vez, de toda aquella marea de emoción, titubeo e inquietud pronto sería apartada, fuera lo que fuese, y yo quería que se la llevaran. Durante todo aquel rato, nadie excepto yo en el restaurante, que es largo y estrecho, había advertido la confusión que reinaba fuera, pero uno de los camareros salió corriendo, habló con una o dos personas y volvió a entrar.

—Hay una mujer en el suelo —dijo el camarero, sereno y jadeante—. Se ha caído muerta —me dijo—. Una mujer se ha muerto en la calle —le dijo a la chica de la caja, que acababa de hacer una llamada telefónica.

Una mujer que estaba sentada a dos mesas de la mía —las demás mesas estaban ahora vacías— me dirigió la palabra.

—¿Hay alguien muerto ahí fuera? —preguntó.

—No —dije yo—. Había alguien en un coche y algunos se han intoxicado por el humo del tubo de escape, pero los están reanimando.

La mujer asintió y yo volví a Benedict Kiely. Mi helado de café llegó justo cuando aparcaba la ambulancia. Se abrieron las puertas y al cabo de un poco unos hombres, con el policía revoloteando sobre sólidos pies, empezaron a meter una camilla. Primero la cogieron mal, pero la segunda vez, concentrándose con todas sus fuerzas, introdujeron la camilla en la ambulancia, las puertas se cerraron rápidamente y la ambulancia se alejó. El policía se volvió y se alejó, y la mayoría de la gente de la calle se fue marchando. Yo me acabé el helado, pagué la cuenta y salí. Al otro lado de la calle vi a una mujer que conocía de una de las tiendas cercanas, me acerqué a

ella y le hablé. Le pregunté si era verdad que había habido un accidente.

—Una mujer ha tenido un infarto —dijo—. Bastante joven. Unos treinta.

—Pero no se ha muerto —dije yo.

—Sí que se ha muerto... Del infarto.

—¿Se ha muerto?

—Sí —respondió ella. Me dirigí al hotel y subí a mis habitaciones. Minnie estaba con sus gatitos, pero levantó la cabeza cuando entré y pude verle las orejas por encima del borde del cesto y luego toda la cabeza, los ojos radiantes de la constante y resuelta ansiedad de las madres entregadas. Pobre gata sin casa, había hecho un largo viaje con sus pequeños aquel día. Ronroneó cuando la toqué, pero al parecer mecánicamente. Se quedó de guardia y yo me fui a la cama. Esperaba que la mujer que había muerto en la calle hubiera tenido un buen día. No sé qué cosas esperaba que se hubiera ahorrado. Esperaba que nadie se quedara desconsolado por su pérdida durante años y llorando toda su vida al imaginarla tumbada en la calle. Cuando ya me estaba durmiendo, me sobresaltó un fuerte chirrido fuera, seguido de risas; un grupo de gente en la calle, ocho pisos más abajo. Pensé un momento en el hecho de que nunca se oyen chirridos humanos repentinos en el campo, y raras veces ningún sonido humano repentino. Así acabó mi primera noche tras volver de donde estaba al lugar donde ahora estoy, mi casa.

18 de junio de 1960

LA GRANJA QUE SE TRASLADÓ AL DOWNTOWN

Esta noche del domingo 6 de marzo, he oído en la radio que una granja de madera de hace doscientos años se había trasladado esa mañana desde la calle Setenta y uno esquina con la avenida York hasta la calle Charles, en el Village, un trayecto de ocho kilómetros. El traslado era un rescate. Iban a derrumbar la granja porque estaba en el lugar de un nuevo plan de urbanización. Yo estoy viviendo en el Village y he pensado que iría a ver la casa, a ver cómo se erguía en su primera noche fuera de su lugar natal. La calle Charles es una calle bonita, un buen lugar para trasladar una casa. Al salir de mi apartamento, estaba lloviendo; ha estado lloviendo todo el día, en un largo, sombrío y pasivo domingo, con la luz del día alejándose como la marea minuto a minuto, difuminando los contornos de los tejados y convirtiendo en misteriosas las largas distancias de las avenidas. Anoche nevó un poco y hoy sigue muy oscuro. Vivo en una callecita que da al parque Washington Square, una calle donde siempre hay gente paseando, porque conecta el parque con la Sexta Avenida, pero esta noche, cuando salí de mi casa, un minuto o así después de las diez, la calle estaba desierta, mojada y solitaria, y lo mismo podía decirse del parque cuando yo me asomé antes de dirigirme hacia la Sexta Avenida, pero el cartel de neón del Marta's Restaurant brillaba alegremente, con su color rojo nebuloso y a la vez intensificado por la lluvia. Gente importante construyó estas casas para sus familias hace años, pero llevan mucho tiempo divididas en pisos y Marta's es uno de los lugares del viejo Village que empezó como bar clandestino. Recorrí la Sexta Avenida hasta Greenwich, donde está la gran tienda de verduras y frutas, y aunque era domingo, la tienda estaba ajetreada, como

siempre, llena de color y de altos empleados con delantales pesando, contando y eligiendo naranjas, manzanas, nueces y guisantes y todo lo demás, granadas, aguacates y melones, todas las frutas deliciosas que tienen allí apiladas. Seguí por la avenida Greenwich hasta llegar a la calle Charles, y en cuanto llegué a Charles empecé a buscar la granja. No podía imaginar dónde la habían puesto. La calle Charles es una calle estrecha y antigua que empieza en la avenida Greenwich y desembocaría en el río Hudson de no ser porque la corta la West Side Highway. En Charles hay sobre todo casas antiguas que ahora están divididas en pisos, y ocasionalmente algún gran bloque de pisos con aspecto mastodóntico. Es una calle atractiva, excepto que, como todas las calles pequeñas de Nueva York, adopta un aire muerto y amenazante por las noches, debido a las hileras e hileras de coches aparcados a lo largo de las aceras, coches apretujados, parachoques con parachoques, apoderándose de toda la vida y el espacio del lugar. Pese a todo, es agradable pasear por allí. Algunos residentes no habían echado las cortinas, así que pude atisbar confortables y pacíficos interiores: esquinas de habitaciones, fragmentos de sillones, bonitos techos, repisas de chimeneas, librerías, pinturas, gente moviéndose, neoyorquinos en sus casas. Pero no vi ningún signo de la granja. Nada entre Greenwich Village y la calle Siete, ni entre la Siete y la Cuatro oeste, o entre la Cuatro oeste y la hermosa y pródiga calle Bleecker. Una vez pasada Bleecker, la calle Charles me pareció más oscura y desierta. Iba andando hacia la calle Hudson y el distrito de los almacenes, el West Village, que gradualmente se va volviendo la mejor parte del Village para vivir, a medida que la gente se va de la zona más degradada que en otro tiempo fue el corazón del Village. Hudson es una calle horrible, amplia, sombría y desolada, como una exageración de autopista de gran ciudad en una película de gánsteres. Pero cuando subí a la acera de la esquina noroeste de Hudson y la calle Charles, vi la casa. Estaba muy alta, en el aire, con la forma de un espectro, al final de la manzana, en la esquina más noreste de las calles Charles y Greenwich. La pared más al este de la granja está pintada de un color oscuro, pero la fachada, que da a la calle Charles, es blanca y al acercarme vi un brillo lateral que definía toda la diminuta estructura. Era una casa diminuta, mucho más pequeña de lo que yo esperaba. Debió de construirla un granjero muy bajito. Estaba puesta en alto sobre un sólido armazón, o plataforma, de gruesas vigas de madera, en un solar en forma de cuña y lleno de maleza, con los antiguos edificios de almacenes de ladrillo

destacando por encima como fornidas mucamas. Era una casita encorvada —ladeada sobre su pedestal, pero encorvada— y parecía tan sencilla e insustancial como el dibujo a tiza de un niño, aunque era una casa de verdad, con ventanas de verdad y una puerta auténtica, y un tejado liso con una chimenea sobresaliendo. No le habían vuelto a remachar la pared oeste y estaba inclinada, esperando, apoyada al almacén más cercano, pero habían cubierto el extremo oeste de la casa con una gran lámina de plástico, que azotaba y relumbraba con la lluvia de esta noche. Al otro lado de calle Greenwich, las grandes ventanas arqueadas sobre las plataformas de carga de Tower Warehouses Inc. la miraban solemnemente con un brillo más oscuro y más sólido. La casa estaba protegida por una alta alambrada metálica, que doblaba la esquina, y más allá, alrededor de la alambrada, había barricadas amarillas que decían: «Acordonado por la policía, prohibido cruzar». La granja cobró importancia al llegar aquí. El solar en el que se encuentra hace esquina con la inmensa pared de un almacén de la calle Greenwich y el lado más estrecho de una antigua casa de apartamentos de la calle Charles. Ambas paredes protectoras son lisas, sin ventanas —no hay ojos que miren, ni agujeros desde donde tirar basura al solar de noche—, y es como si la granja se hubiera encontrado de pronto en una esquina de un gigantesco jardín vallado de ladrillo. Es un lugar muy íntimo, con esos paredones al norte y al este, y con almacenes enfrente en ambas calles, Charles y Greenwich, pero yo vi luces caseras en las altas ventanas de la casa que está en diagonal frente a la granja, en Greenwich, y hay gente viviendo en esas casas de la calle Hudson, así que no está tan desierto por la noche o durante los fines de semana. La casa difícilmente podría haber encontrado un sitio mejor para instalarse.

Estaba lloviendo a mares y cuando me iba, llegó un coche de la policía que iba despacio hacia el oeste y los dos agentes miraron hacia la granja, supongo que para ver si aún seguía allí. Yo desanduve el camino y me paré en el quiosco de la calle Ocho con la Sexta Avenida para comprarme el *News* y el *Times*. Cuando llegué a casa, leí el reportaje sobre la casa y me quedé mirando una foto que la mostraba en su antiguo emplazamiento, en la Setenta y uno esquina con York, rodeada de altas paredes llenas de ventanas de apartamentos. Está mucho mejor entre almacenes, y tan cerca del río. Leí mi horóscopo en el *News*, leo la columna de cotilleos y luego leí esta noticia:

DOCE GATOS HAMBRIENTOS SALVAN A UNA PALOMA AMIGA

BUDAPEST, 5 de marzo (AP). La amistad demostró ser más fuerte que el hambre para las trece mascotas de una anciana señora húngara. Encerradas durante siete días en el piso de Budapest tras la muerte de la anciana, las mascotas fueron rescatadas gracias a la entrada forzada de los vecinos. Los vecinos encontraron a los doce gatos de la señora echados en una habitación y debilitados por el hambre. La mascota número trece, una paloma, estaba intacta, aunque estaba indefensa posada en una silla baja.

A primera vista, no hay relación entre la pequeña granja americana y los gatos y la paloma húngaros, pero en nuestra mente esas historias nos recuerdan que siempre estamos esperando, y nos recuerdan lo que esperamos: un respiro, un toque de gracia, algo sencillo que nos haga interrogarnos. A mí me recuerda a Oliver Goldsmith, que dijo hace doscientos años: «Entretener la imaginación inocentemente en este sueño de vida significa sabiduría».

18 de marzo de 1967

UNA SEÑORA PERDIDA

Vi a una señora perdida ayer por la noche, mientras cenaba en el University Restaurant de la calle Ocho este. Llegó sola, deprisa, con una mano en su corto y liso pelo castaño claro, que le caía todo el tiempo sobre el ojo izquierdo. Llevaba una gabardina muy limpia del característico algodón claro y un vestido ceñido de lino gris oscuro, y ojos azules que miraban el restaurante con una expresión fija y desapasionada, como si no interesarse fuese lo habitual en ella. Del mismo modo que algunas personas dan sentido a todo lo que tocan, la señora perdida parecía mirar solo para excluir. Miraba el University Restaurant como si fuese un papel pintado por un artista minucioso que lo hubiera reproducido todo con eficacia: clientes sentados en reservados, cuadros con personajes de vestuario antiguo, oscuros y románticos, en las paredes, saleros y pimenteros y velas encendidas en todas las mesas, y en el extremo más alejado de la estancia, la pequeña barra, con el alto barman de chaqueta roja, de pie y dispuesto a preparar las bebidas. Una perspectiva singular de la que gozaba la señora al mirar a su alrededor, y en la que nada era real excepto sus ojos azules.

Torres era el camarero. Le llevó la carta y se la tendió, pero ella la dejó en la mesa sin mirarla. Cuando él le preguntó si quería beber algo, ella negó con la cabeza y le sonrió.

—Espera a alguien —comentó Torres amistosamente, y se alejó, tal vez sin darse cuenta de que él solo era un personaje de papel pintado. La señora perdida fumó un cigarrillo. Se apoyó en el respaldo del reservado, perfectamente compuesta, en una actitud clara de espera. Debía de tener unos cuarenta y cinco años y no había nada infantil en ella. Su marido entró y se dirigió a su reservado tan deprisa que podría haber llegado en tren. Era un hombre alto y delgado, con afiladas esquinas a modo de hombros, y sonreía

ampliamente desde la puerta a la mesa. Tenía el pelo descolorido, brillante y escaso, y lo llevaba peinado hacia atrás, muy liso. Llevaba uno de esos maletines de imitación de piel rodeados de cremallera y sin asa y cuando se inclinó a besar a su esposa lo dejó caer en su propio asiento, frente a ella, y luego se deslizó dentro del reservado y se sentó. Debía de haber sido considerado muy guapo a los diecisiete años, pero su nítido perfil se había empobrecido con los años, y toda aquella promesa precoz se había atrofiado en sus ansiosos ojos azules. Miró a su alrededor y no había brillo en sus ojos, aunque parecían impacientes, y mantuvo la sonrisa. Se inclinó hacia su mujer, asintiéndole, le cogió el cigarrillo de entre los dedos, lo aplastó en el cenicero y luego se levantó y dejó el cenicero en la mesa de al lado, que estaba vacía. Después volvió a sentarse, alargó la mano y le acarició la mejilla.

Al cabo de un minuto, llegó Torres con la carta, y el marido la cogió con ambas manos y empezó a mirarla. Torres le preguntó si quería beber algo y él continuó leyendo como si no le hubiera oído, pero luego levantó la vista y miró a su mujer, diciendo:

—Querrás beber algo, supongo.

Y sin mirar a Torres, dijo:

—Un whisky con agua para mi esposa. Yo no tomaré nada.

Torres se alejó y yo pensé que el rostro de la señora se iluminaba observándole moverse hacia la barra. Pero no siguió mirándolo mucho tiempo. Fijó los ojos en su marido. Le había dirigido su atención cuando él se sentó, y cuando él le quitó el cigarrillo, ella puso los codos en la mesa y palmeteó con las manos bajo la barbilla. Cuando llegó su bebida, mantuvo una mano bajo la barbilla y levantó el vaso con la otra. Tenía dientes grandes, blancos y regulares que sobresalían ligeramente y ella cerraba los labios sobre los dientes y los proyectaba hacia delante como si quisiera dar un beso de despedida. Era una tímida sonrisa coqueta y era su única respuesta a la charla de él, porque él no paraba de hablar. Se había puesto las gafas y estaba leyendo minuciosamente la carta, mencionando algunos platos en voz alta, pero mientras leía también le contaba a ella cosas del día que había tenido y de la gente a la que había tenido que enfrentarse y lo que les había dicho. En cuanto volvió Torres, el marido levantó la cabeza y le dijo, sonriendo irónicamente:

—¿La sopa de cebolla es de verdad o es solo lo que llaman sopa de

cebolla? —Luego bajó la vista hacia la carta y de nuevo miró a Torres y dijo —: ¿El puré de patatas está recién hecho? Me gusta mucho el puré, pero si lleva todo el día hecho, no...

Hizo más preguntas sobre la comida, levantando la cara cada vez para sonreír y mirar a Torres a los ojos, y luego pidió la cena despacio y enfáticamente, con el tono exigente y metálico de quien siempre está a punto de quejarse. Pero mantuvo la sonrisa y su mujer seguía sonriéndole a él, escuchándole mientras hablaba sin parar. Solo una vez hizo él una pausa. Untó una rebanada con mantequilla y empezó a comérsela, y mientras comía, cogió la botella de vino de la mesa —hay una botella en cada mesa en el University Restaurant— y le dio la vuelta para leer la etiqueta. Cuando acabó el pan, apartó el vino y empezó a hablar otra vez, de su día y de sí mismo, y cuando llegaron los platos, habló de lo que estaba comiendo. La señora perdida había pedido su cena muy deprisa, sin mirar la carta, y no había dicho nada, bebió su whisky escocés con agua hasta que se acabó. Entonces dejó el vaso y miró al plato que Torres había dejado ante ella y dijo:

—Ya no tengo hambre —su voz fue una sorpresa, una voz clara, amable y definida, sin arrastrar las palabras y vocalizando bien, pero su tono era aún más sorprendente porque parecía el tono en que alguien dice: «Voy a coger el puente aéreo a Boston» o «Voy a envenenarte esta noche» o «Ha llegado el momento de comprar otra sartén». Pensé que su marido se callaría un momento y al menos le preguntaría por qué desperdiciaba aquellas dos flamantes chuletas de cordero, pero él siguió hablando como si ella no hubiera abierto la boca. Es lo que ocurre en el escenario cuando alguien le apuñala la espada al malo y el malo sigue haciendo lo que estuviera haciendo sin advertir que tiene una daga clavada en el pecho, porque la daga es de papel. La voz de ella era independiente y no hacía ninguna concesión a su marido. Yo tuve que salir unos minutos después de que él hablara y sentí tener que marcharme, porque pensé que él pediría pastel casero de crema con lamas de coco para postre y quería comprobar si lo había adivinado. Creo que uno de aquellos dos era un redentor —o salvador, si lo prefieren—, pero no sé si la señora perdida se casaría con su marido con la esperanza de salvarle de algo o si se casó con la esperanza de que él la salvara de algo.

27 de julio de 1968

LOS CHICOS DE LAS FLORES

Es un sábado de abril. Últimamente estoy viviendo en Washington Place, entre la Sexta Avenida y el parque Washington Square, y esta mañana, al salir de casa, he encontrado la calle completamente cambiada. Es una callecita estrecha, bastante vieja, con suficientes edificios pequeños de arenisca para hacerse una idea de cómo era en otro tiempo. Ahora, en general, es una callecita sucia, sucia y olvidada y medio enterrada bajo dos filas de coches aparcados. De hecho, la mayor parte del tiempo, la calle parece un atajo al vertedero municipal. Esta mañana, todo había cambiado. No se veía un solo coche, y alguien había pasado la escoba y se notaba la diferencia. Sin coches y sin los desechos que llenaban las alcantarillas y sobresalían en las aceras, la callecita parecía joven y ligera, casi festiva. Había adoptado su primer toque festivo unos días atrás, cuando ataron unas tarjetas verde claro de aire oficial como placas de jardinería a todos los árboles y las farolas. Las tarjetas eran notas de la policía advirtiendo que hoy sábado no se podría aparcar, a causa del desfile. Esta mañana, había muchos agentes de policía rondando por la aseada calle y algunos de ellos habían acordonado ambas aceras desde un extremo a otro de la manzana con sus barreras bajas azul grisáceo. Le he preguntado a uno de ellos qué desfile era y me ha dicho:

—No es un desfile, es una manifestación.

—Es una manifestación estudiantil —ha añadido un hombre que pasaba con un cochecito de bebé a rayas.

Era una protesta contra la guerra de Vietnam, preliminar de la manifestación masiva prevista para dentro de una semana.

He ido andando hacia la Sexta Avenida, admirando las alcantarillas limpias. Al final de la manzana, una de las barreras de madera estaba en el centro, para detener el tráfico. Al llegar a la esquina, venían tres niños por la

Sexta Avenida a través del aparcamiento abierto. Los niños han visto la barrera de madera y han corrido hacia ella y han empezado a balancearla, mirando a su alrededor por si alguien les veía y les decía que parasen. Nadie les ha molestado y ellos se han agarrado bien con las manos y se han subido encima, con los brazos rígidos y luego se han ido colgando cabeza abajo, mirando a la Sexta Avenida y al rugiente tráfico que se dirigía al *uptown*, la parte alta de la ciudad. Luego se han dado la vuelta, han puesto los pies en la acera, han vuelto a levantarse y colgarse. Se reían y hacían ruidos de contento unos a otros. Parecían muy bien agarrados a la verja de madera. Era un buen juego, pero igual que ha empezado, se ha terminado. Los tres se han dejado caer al suelo y se han alejado corriendo, entre risas, hasta el bazar local, el nuevo todo a cien de Lamston. Yo he seguido mi camino y he hecho algunos recados, y al llegar a Washington Place, aún no había signos de los manifestantes, así que me he ido al Marta's Restaurant, a mitad de la manzana, a comer, y me he sentado en una mesa que me ofrecía una buena vista de la calle (Marta's lleva décadas funcionando, en el sótano de uno de los pequeños edificios de piedra arenisca y cuando cierran el restaurante por la noche — parapetado tras una barricada de hierro— parece tan impenetrable como el Banco de Inglaterra. Pero ayer mismo a primera hora rompieron la barricada y robaron en el restaurante). La calle estaba como había estado toda la mañana, con policía rondando y una fina hilera de gente pasando, al modo desgano de los sábados. Yo me preguntaba qué habría sido de los manifestantes.

Luego, cuando estaba acabando de comer, he levantado la vista y he visto que la calle estaba abarrotada. Los manifestantes habían llegado sin hacer ningún ruido, al menos ninguno que yo hubiera oído, pero mientras pagaba la cuenta y me apresuraba a irme, una voz ha empezado a hablar desde una camioneta con megáfono aparcada casi justo enfrente de Marta's. La acera donde yo estaba, en la puerta del restaurante, se había llenado de gente, todos avanzando despacio, obedeciendo a las recomendaciones de la policía: «Sigán avanzando», «Hacia adelante». Los policías parecían y sonaban tan calmados y despreocupados como si estuvieran manteniendo el orden en la cola de las entradas de un partido de fútbol. No había una gran presión en la acera, no daba la sensación de una muchedumbre apretujada. Alguna gente llevaba cochecitos de niño, otros llevaban fardos de lavandería o bolsas de comida, otros paseaban perros y algunos habían venido a la manzana simplemente a ver

qué pasaba. Todos avanzábamos junto a las barreras que nos mantenían dentro, por la acera, y mirábamos a los manifestantes de la calzada, todos de aspecto muy joven, adolescentes. Yo diría que la media de edad era de dieciséis años. Parecían muy poco adultos. Habría unos cuatrocientos, la mitad de pie frente a la camioneta del megáfono y la mitad tras él. La camioneta estaba encarada hacia el parque Washington Square y ondeaba la bandera norteamericana. Era una manifestación muy bien escondida. Solo la gente que cruzaba Washington Place en un extremo o el otro podía darse cuenta de que ocurría algo inhabitual. Los manifestantes se mantenían juntos más allá de una hilera de barreras que ahora estaban puestas en medio de la calle, dividiéndola longitudinalmente, de modo que quedara un espacio libre, la mitad de ancho de la calle, entre la acera donde yo estaba y la camioneta del megáfono. El espacio libre pertenecía a la policía y tenían buen cuidado en mantenerlo libre. Los manifestantes estaban muy juntos —no apretujados, pero juntos— y la mayoría de ellos llevaban una margarita y uno o dos llevaban flores gigantes hechas de papel amarillo. Avanzaban en silencio. Iban vestidos como irían al instituto en un día lectivo, y de no haber sido por sus jóvenes rostros y sus brillantes cabelleras, habrían parecido insípidos. No llevaban banderas ni pancartas, pero un cartel casero con letra caligrafiada sobre la camioneta decía: «Manifestación de estudiantes de Secundaria». Apenas nos prestaban atención a los que estábamos en la acera, avanzando y mirándonos. La mayoría miraban la camioneta azul.

En la camioneta azul, un joven reclamaba el fin de la intervención norteamericana en Vietnam. Tenía el pelo oscuro y rizado y llevaba una camisa con el cuello abierto y un jersey de lana. Tenía ese toque de magnetismo y sinceridad y la voz vibrante de los buenos oradores, pero era de una generación mayor que los manifestantes y su discurso sonaba como si lo hubiera escrito para un público mucho más maduro. Cuando acabó, salió un orador más joven, un chico que parecía un bachiller del último año. Llevaba chaqueta y corbata y hablaba formalmente y con sentimiento, pero le faltaba agresividad para hacerse oír bien. Y hubo un grupito de chicas, en edad de la secundaria, que intentó entonar una canción. Las chicas juntaron las cabezas y empezaron a cantar muy valientes, pero sus voces se perdían y era imposible distinguir la letra de la canción. Repetían una frase una y otra vez, de modo que producían un sonsonete vagamente melodioso, pero las palabras se

perdían. Empezaban diciendo algo como «Un hombre hará» o «Un hombre deberá», algo así. Después de repetir la frase unas cuantas veces, las chicas se callaron e intentaron que el público cantara con ellas. Una de ellas, una chica bajita y sonriente, animó a cantar a las chicas y los chicos que escuchaban, diciéndoles que la canción era muy pegadiza, y conminando a todo el mundo a acompañarlas. Luego el grupito empezó a cantar de nuevo, ante un silencio completo, y entonces renunciaron y no cantaron más. Cerca de ellas habló una mujer de una generación mayor que los estudiantes. Iba vestida severamente, de un caqui pálido, y era vehemente y parecía excitada. Parecía haber aprendido sus maneras de oradora de una de esas películas en las que alguien intenta incitar a la muchedumbre a la acción. Su voz sonaba histérica, capaz de provocar una crisis que hiciera olvidar todo lo demás, los conflictos y las causas en discusión. Los manifestantes la observaban sin gran simpatía.

En el extremo este de Washington Place, en la esquina sur, donde antes se erguían el Holley Hotel y el Holley Chambers, hay ahora una inmensa residencia de la New York University, un edificio muy alto y bien conservado, con aspecto lujoso, al menos desde el exterior. Se llama Hayden Residence Hall. En la publicidad, los agentes inmobiliarios hablan de vistas al mar: hay que ser rico y afortunado para tener tu casa ahí. Hayden Hall es rico y afortunado en sus vistas. La residencia da al parque Washington Square, con sus árboles, la hierba y los senderos, y una pared lateral da a Washington Place, una interesante calle del Village incluso en sus peores momentos. En la acera, seguíamos avanzando despacio, parándonos a cada momento que podíamos, y tardé un buen rato en cubrir la distancia que separa Marta's de un lugar frente a Hayden Hall, al otro lado de la calle. Había unas cuantas personas —chicos y una o dos chicas— en las ventanas de la residencia. Son ventanas de bisagra y muy altas, de modo que cualquiera que se asomara de pie podía verse casi de cuerpo entero. Los estudiantes de las ventanas no podían ver la camioneta del megáfono ni la bandera, a menos que se inclinaran mucho. Miraban directamente abajo, a Washington Place, y parecían divertirse mucho. Los manifestantes no parecían darse cuenta de que les observaban desde arriba y continuaban de pie, obedientes, donde les habían dicho que estuvieran. Supongo que se portaban lo mejor que podían, pero que eso les parecía lo más natural. De pronto, desde arriba, algo bajó volando y cayó sobre las cabezas de los manifestantes, que se dispersaron temerosos, en la

medida en que podían, entre las barreras. Se dispersaron y miraron al suelo y luego miraron hacia arriba. Les habían arrojado grandes montones de papel mojado y blanco, que ahora yacía aplastado y chorreante en la calzada. Un digno y veterano policía —un alto oficial, a juzgar por el brillo de su uniforme— se apresuró hacia el lugar y señaló iracundo a las ventanas de Hayden Hall. Llevaba guantes blancos y su mano parecía muy grande. No tiraron nada más y al cabo de un minuto o dos, el policía se marchó. Yo me marché un minuto después. Me quedé preguntándome sobre esos estudiantes de Hayden Hall. Un solo montón de papel mojado arrojado desde arriba habría causado el mismo pánico y humillación que aquellos dos o tres que tiraron. ¿Por qué se habían molestado en tirar más de uno?

Ahora anochece y Washington Place ha recobrado su aspecto habitual. Los coches han vuelto, aparcados uno contra el guardabarros del otro en dos hileras resiguiendo las aceras y la calle vuelve a tener el aire abandonado y sospechoso típico de las calles de Nueva York de noche, sobre todo en esta zona de lugares estrechos. Es el aspecto que debía de tener la ciudad el viernes de madrugada, justo antes del amanecer, cuando un hombre joven corrió por allí con una escopeta recortada. Iba huyendo de aquel sitio, en la esquina, donde le había disparado a la cara a otro joven. El joven muerto estaba en casa de permiso, soldado en la guerra de Vietnam. Y este es el aspecto que la calle tenía el viernes, cuando los ladrones rompieron la puerta del Marta's Restaurant, causando muchos destrozos y corriendo mucho riesgo solo por unas pocas cajetillas de tabaco, unas botellas de licor y un poco de dinero. Recuerdo el aspecto de la calle esta mañana, limpia, barrida y expectante, cuando los tres niños daban vueltas y vueltas alrededor de las vallas policiales.

29 de abril de 1967

DINERO FORTUITO

Una noche, me encontré un billete de veinte dólares revoloteando en la nieve frente a un restaurante llamado The Old Place,¹² en la calle Diez oeste. La propietaria era una señora llamada Theresa Tarigo, que había regentado restaurantes en el Village desde hacía años y años —décadas—, y este era su último sitio. Había que bajar tres escalones, hasta un espacioso y acogedor sótano, y en las noches frías encendía la chimenea. La noche que encontré los veinte dólares no se veía a nadie por la calle Diez, pero la noche en que me encontré un billete de un dólar extraviado en la acera frente a Le Steak de París, en la calle Cuarenta y nueve oeste, la manzana estaba abarrotada, como de costumbre, porque lleva al distrito del teatro y era una cálida noche de verano y todos los turistas de la ciudad vagaban hacia Broadway y de camino miraban los puestos de la calle Cuarenta y nueve. Luego, en Decoration Day,¹³ iba andando por la calle Macdougall hacia la calle Ocho. Era cerca de la una de la tarde y Washington Square, el parque y las cuatro calles que lo encierran y todas las calles que llevan a él estaban atiborradas de gente que iba a ver la exposición y daba la bienvenida al buen tiempo, que había llegado al fin tras las lluvias tormentosas de los primeros días del puente. Los artistas al aire libre sonreían felices y miraban a todos lados como si hubieran ganado un premio, contentos de que sus pinturas pudieran resplandecer humildemente a la fresca luz del sol. Frente al hotel Earle, junto a los escalones que llevan a la entrada lateral, que lleva años cerrada, encontré un penique y se lo di al artista más cercano, un hombre mayor agachado en una silla plegable. Cogió el penique y lo miró con disgusto, como si fuera un gusano vivo, y seguía mirándolo cuando yo le deseé suerte y me fui a la calle Ocho aún por el bulevar del Village y luego a la Sexta Avenida, que era un río de hombres, mujeres y niños, todos con aspecto de llegar de una procesión o un festival

lejano, desde lejos, del *downtown*, donde la línea de los tejados se desvanece en el cielo. Era una multitud festiva, de paseo marítimo, descuidada, interesada y vulgar. Los artistas tenían un público ruidosamente apreciativo. Yo iba a almorzar, por el camino largo a Marta's Restaurant, en Washington Place. Para entrar a Marta's hay que bajar tres escalones a un sótano muy agradable, y como el de The Old Place y el de Le Steak de París, tiene vista, un ventanal a la calle. La ventana está parcialmente por debajo del nivel de la calle, de modo que lo que una ve, sentada en su interior, son mitades de hombres y mujeres y niños enteros y perros completos de la nariz a la punta de la cola. Resulta tranquilizador e interesante mirar a la gente sin poder verles la cara. Es como contar ovejas. Nunca me he encontrado dinero frente a Marta's Restaurant, ni revoloteando ni tirado en el suelo. Algún otro debió de quedárselo, supongo.

13 de agosto de 1966

LOS AMANTES DE WASHINGTON SQUARE

El parque Washington Square me pareció muy satisfactorio la otra mañana, hacia las seis. Era una mañana verdosa y goteante tras una noche de lluvia. El aire era suave y fresco y brillaba con una leve incertidumbre, igual a la incertidumbre del color dentro de una concha marina. Era un día laborable, una mañana ordinaria, ya cerca del horario de trabajo, pero la apariencia evanescente de la plaza insinuaba que podía estar a punto de ocurrir algo, una opereta, una danza arlequinada, una pantomima, una fantasía de criaturas urbanas atrapadas unas por otras o de criaturas rústicas atraídas a la ciudad por sueños que resultaban ser meras trampas que se habían tendido a sí mismas. Esa mañana a las seis flotaba por la plaza un aire de llegada y también de retorno. La atmósfera de universidad sobrealimentada estaba completamente ausente y las fachadas ansiosamente académicas que rodeaban el parque podían haber sido de papel, tal era la irrealidad de la visión. Los árboles, frescos por la noche y la humedad del aire, ondeaban con una alegría que parecía llena de ecos: ecos de ingenio, ecos de bromas, ecos de rápidos pasos, ecos de amistad. Una señora acostumbrada a pasear por el parque hace cuarenta, treinta o veinte años atrás, podría haber llegado la otra mañana y haber pensado que, después de todo, nada había cambiado tanto. Había un par de jóvenes enamorados, una chica y un chico de unos diecinueve años. Como territorio —se movían de banco en banco— tenían la esquina noroeste del parque, donde hay un amplio claro circular en la hierba. Lejos de ellos, y oculto a sus ojos por los árboles, un músico solitario de su edad se sentaba exactamente en medio de un banco que estaba exactamente en el medio de la larga hilera este de bancos, así que, como ellos, miraba hacia la hierba, los

árboles y la fuente. Tenía una bolsa de tela abultada, una especie de mochila, a su lado, y estaba rasgando una guitarra y cantando con una voz tan baja que sus palabras se perdían. Estaba triste, o lo era. Y tras él, al otro lado de University Place, un hombre delgado y pulcro de mediana edad había instalado una tela muy pequeña en un caballete y, de espaldas al agudo ángulo del edificio de la esquina, estaba intentando registrar a su manera la perfecta mañana. Cuando vi al pintor, pasaban pocos minutos de las seis. Había llegado andando a la plaza desde Washington Place, en el lado oeste, y al entrar en el parque vi a la chica sentada sola en un banco. El chico aún no había llegado. Ella tenía el bolso en el regazo y llevaba guantes negros cortos. Iba vestida como si fuese a la oficina, con un estrecho traje de hilo verde y tacones altos. Tenía una enorme mata de pelo negro y había inclinado levemente la cabeza, como si fuera tímida y estuviera esperando en un lugar abarrotado. Entonces apareció *él*, paseando despreocupadamente, desde la calle Sullivan. Llevaba una chaqueta de algodón a cuadros en tonos vivos, y para un hombre que parecía tomarse su tiempo, cruzó la plaza muy directamente. Cuando pasé junto a la chica le vi a él bastante lejos, entrando en el parque, pero cuando volví la cabeza ya estaba sentado con ella, muy cerca. Pero luego, un minuto después, ella se levantó, dio una vuelta a la circunferencia y fue a sentarse en un banco frente a él, lo bastante lejos para mostrarle lo que pensaba de él, pero lo bastante cerca para que él le hablara si decidía levantar la voz. Se quedaron así, mirándose uno al otro desde la distancia, el desierto, durante un rato, y luego él se levantó y se acercó a ella y de nuevo se sentó a su lado, pero esta vez ella se levantó enseguida y fue a sentarse en su banco original y otra vez empezaron a mirarse uno al otro. Pero no por mucho tiempo. Él se levantó de pronto y salió de la plaza y ella volvió la cabeza y le observó marcharse. Él no volvió la cabeza, pero cuando llegó a la acera se inclinó para acariciar la cabeza de un pequeño caniche blanco al que su amo conducía hacia el parque. El caniche era tan pequeño que normalmente un transeúnte podía pararse a admirarlo o sonreírle, o incluso cogerlo en brazos, pero inclinarse a acariciarlo era como agacharse y darle una palmadita a un gorrión. El joven lo hizo. Cuando su mano llegó a la cabecita del caniche, estaba doblado en dos, y desde aquella difícil postura volvió la nuca para mirar al amo del perro, haciendo cumplidos al animalillo, supongo. Imaginé la angustia de la chica, viendo a su pareja hablando tan calmado y con tanta naturalidad con un desconocido solo un minuto después

de dejarla allí, sentada sola y con el corazón roto. También yo sentí irritación hacia él; no parecía la clase de joven dado a las efusiones. Pero todo acabó en un minuto. El caniche desfiló alegremente por el parque y el joven — amante de los animales, perseguidor de mujeres a las seis de la mañana— se alejó paseando, cruzó la calle y tomó Waverly Place en dirección a la Sexta Avenida. No titubeó ni miró hacia atrás, y cuando se perdió de vista, la chica cesó de mirar y se puso a esperar de nuevo. Yo me fui al extremo este del parque, donde había visto al guitarrista y al pintor, y cuando ya iba por University Place, dejando atrás la plaza, miré atrás, hacia donde se había sentado la chica, pero ya no había nadie. Espero que tuviera el buen sentido de seguir a aquel joven y alcanzarlo. No creo que él pensara volver.

30 de julio de 1966

NOSTALGIA DE MÚSICA CALLEJERA

Hay veces en que esta ciudad parece desaprobar realmente a la gente. En momentos sombríos, creo que nos permite sobrevivir aquí, pero no vivir, ni mucho menos pasarlo bien o disfrutar de lo que vemos al asomarnos a la ventana o cuando andamos por la calle. Si tenemos la fortaleza de levantarnos de la cama por la mañana y enfrentarnos al día, también deberíamos tener la libertad de alegrarnos, y creo que la libertad de alegrarnos nos es negada cuando en cada esquina nuestros sentidos se ven embotados al topar con calles adversas o simplemente tristes. Hoy, a las siete de la tarde, yo estaba en la esquina de la calle Cuarenta y cuatro con Broadway esperando a que cambiara el semáforo. Es un sitio abarrotado de gente, donde un aparcamiento de altas vallas ocupa el lugar del recientemente ejecutado hotel Astor. Broadway se está muriendo, pero la gran avenida conserva el mismo aspecto de hace tiempo, un caos arquitectónico chabacano con fachadas de tiendas baratas y unos pocos cines. A las siete de la tarde, en verano, las famosas luces aún no han empezado a extenderse, elevarse y distorsionar la escena en ese deslumbrante esqueleto nocturno de lo que habría sido si Broadway, el centro del entretenimiento, hubiera logrado demostrar su propia importancia. La gente que abarrota las aceras avanzaba a un ritmo constante, empujando como ovejas en un redil sin fin, excepto que el redil de Broadway debía de tener un fin, porque alguna gente volvía. Parecía la misma gente volviendo. No es que la multitud careciera de rostro, sino que había una expresión común; no pasiva, no alerta, no expectante, no decepcionada: una expresión de multitud que no evocaba nada ni decía nada. Había pocos turistas entre la muchedumbre, si es que había alguno, y no era una noche festiva, ni siquiera una noche de fin de semana. Los que llenaban las aceras eran neoyorquinos corrientes tras la jornada laboral. Yo me dije: «todas esas personas son

ovejas y yo soy una oveja». Alguien me dio un empujón por detrás, pero yo no me di la vuelta por miedo a que se enfadaran y volvieran a empujarme. En lugar de eso miré el semáforo y pensé: hay demasiada gente en este mundo. Levanté la vista. Allí arriba, se elevaba una pálida luna al encuentro de la noche. En aquel momento deseé escuchar algo de música callejera: un hombre con un pequeño acordeón, una banda de música, un flautista o un organillo, o una persona con buena voz entonando una canción melódica, algo simpático y sorprendente. El semáforo cambió y yo eché a andar por Broadway con el resto de la gente que estaba esperando. Llevaba medio camino cuando oí un grito salvaje de «¡Padre! ¡Padre!» y un joven corrió hacia delante de modo que solo pude verle la espalda. Era un joven muy alto, gordo y desaliñado con una chaqueta de *tweed* que le quedaba demasiado corta y pantalones de franela gris, y corría tan torpemente como si hubiera tenido siete brazos y siete piernas que controlar en lugar de solo dos de cada uno. Parecía mantener todas sus rodillas altas en el aire y sostenía un brazo en alto, como Mercurio. Luego, en la esquina vi a un hombre de mediana edad esperando solo y con las manos juntas pacientemente frente a él. No era muy alto, pero sí muy delgado, esbelto y elegante con su traje azul marino, su camisa blanca y una corbata oscura. Se le veía pálido, con expresión solemne y casi severa. Cuando vio a su hijo, curvó los labios en una extraña sonrisa medio formal y medio tímida, y le tendió la mano para estrechársela formalmente. Pero luego, cuando el hijo llegó a cogerle la mano, el padre no pudo contener la sonrisa de oreja a oreja. El hijo se inclinó y besó a su padre, que le devolvió el beso, y a medida que se movían de aquella esquina pude ver que el hijo no era un joven, sino un niño que no tendría más de quince años, quizás dieciséis, y que no era gordo, sino que crecía en todas las direcciones a la vez. Llevaba el pelo alborotado y mientras hablaba, gesticulando con los brazos y parloteando sin parar, se había puesto una manaza en lo alto de la cabeza y la dejaba allí, supongo que con la esperanza de no crecer ni un centímetro más. Llevaba unas gafas grandotas y tenía la cara colorada y brillante. Los ojos marrones eran los mismos de su padre y también la nariz recta y delgada, y quizás la misma boca seria, pero eso era difícil de decir porque no paraba de hablar ni de sonreír. Avanzaban despacio, hacia el norte, cuando de pronto el hijo recordó que quería decir algo más y se plantó frente a su padre y empezó a hablar otra vez moviendo las manos e impidiéndole el paso como debía de haber hecho no mucho tiempo atrás, cuando era pequeño. El padre miró a su hijo con

admiración, escuchando cada palabra, y se veía que echaba de menos la oportunidad de coger a su hijo en brazos y andar con él unos pasos. Y habría hecho falta bien poco para que aquel chico rodeara a su padre con los brazos y girara en torno a él en el aire. Qué extraño truco les había jugado el Tiempo, ¿o acaso era una jugarreta de la Luz, que hacía parecer al chico tan alto mientras el padre se mantenía en su talla normal? Era como si un cámara hubiera aumentado el zoom del chico y hubiera dejado al padre tamaño natural. De nuevo se situaron uno junto al otro y continuaron avanzando por la avenida y yo los perdí entre la multitud que se congregaba a las puertas del Criterion Theatre. Creo que iban a cenar a algún sitio. Tal vez fueran al Howard Johnson en la calle Cuarenta y seis. Es un lugar agradable, sobre todo si coges sitio cerca de la ventana, y así puedes contemplar a la multitud que pasa y ver que, de cerca, no hay ovejas en Broadway.

13 de julio de 1968

TRABAJOS

Resido temporalmente en una de esas casas pequeñas de la calle Diez, tocando a la Quinta Avenida, y esta mañana, al salir al calor asfixiante del verano, he visto que los chaparrones que cayeron anoche habían cambiado el panorama. Anoche parecía que la lluvia solo había venido a decepcionarnos, tan escasa fue, pero esta mañana he visto que había caído suficiente agua para dejar rastros en el canalón, que palomas y gorriones recorrían a saltitos, mojándose el pico y, al menos en un caso, organizándose un baño entusiasta. Ayer, en el mismo sitio, junto a un larguirucho árbol urbano, vi un gorrión. Reseco e ingrávido, revoloteó frente a mí como una bola de polvo gris, y esta mañana pensé que a pesar del calor, la felicidad de los pájaros suponía una buena manera de empezar el día. Allí, en el hospitalario canalón, los pájaros se reconocían de nuevo. Los he dejado atrás y he continuado hacia la Sexta Avenida, y el camino me ha parecido familiar, aunque han pasado años desde que viví aquí, y han derribado el viejo gran edificio de apartamentos que había en el lado norte de la manzana y han despejado el solar para hacer sitio a otro bloque de pisos particularmente llamativo. La parte baja del edificio está recubierta de diminutas baldosas, del tamaño de un sello de correos, en distintas gradaciones de verde, y aquí y allá, fragmentos de cemento desnudo muestran cómo caen los baldosines. Caen de dos en dos o de uno en uno. Hay un *drugstore* en la esquina de la calle Diez y la Sexta y yo he entrado a comprarme un paquete de tabaco. Es un lugar agradable y amistoso, una tienda de barrio. La máquina de agua de seltz está entrando a la derecha y el mostrador donde se puede comprar de todo, a la izquierda. Ambos mostradores recorren la tienda en toda su longitud y el centro de la estancia lo ocupan los expositores y esos estantes giratorios donde tienen libros de bolsillo. Cuando te sientas en la máquina de soda, te reflejas en un espejo que

tiene anuncios de bocadillos, platos calientes y helados, y cuando estás en el mostrador, enfrente queda una pared de estanterías atiborradas de botellas y frascos, paquetes y cajas, porque el mostrador está alineado con expositores y queda poco espacio para que el empleado pueda ver a los clientes, hablarles y servirles. El aire era fresco en la tienda esta mañana y las brillantes luces eléctricas parecían más suaves tras el cálido fulgor del sol de afuera. Con un tiempo así, cuando la temperatura sube casi a 38 grados y entras en un lugar fresco, miras a la gente que viene del exterior como a supervivientes de algún desastre. Un chico entró de la calle con tanto ánimo y brío que cualquiera lo habría mirado, estuviera donde estuviese. Tendría unos dieciséis años. Llevaba solo camisa y pantalones, pero la camisa era muy blanca, los pantalones bien ajustados con cinturón y él se mantenía muy erguido. Era un chico aseado y satisfecho. Mientras esperaba junto al mostrador, miró por la tienda, con curiosidad, pero con aire impersonal y triunfante, del modo en que miran los niños cuando ven algo que les gusta pero no desean. Sacó una cartera de piel lisa del bolsillo de la cadera y empezó a palmearla contra su mano izquierda, y cuando apareció el empleado, sacó una crujiente hoja de papel de la cartera y se la tendió sobre el mostrador. El empleado leyó el papel y se lo devolvió al chico. Era una hoja con papel de empresa y el tampón de la casa, con gruesas letras negras arriba.

—Esto no sirve —dijo el empleado—. No puedo aceptar esta forma. Hay que firmarlo aquí.

—Pero si está firmado —dijo el chico.

—Tienen que firmarlo aquí, delante de mí —dijo el empleado.

El chico intentó pasarle de nuevo el papel, pero el empleado negó con la cabeza.

—Te digo que no vale —repuso el empleado, y se inclinó a atender a una señora que estaba esperando detrás del chico, pero el chico le interrumpió:

—¿Y si lo firmo yo? —preguntó.

El empleado lo miró con exasperación.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No puedo ayudarte. Y tengo una clienta esperando.

El chico se apartó y empezó a examinar el papel como si hubiera resultado escrito en una lengua incomprensible. Cuando salió de la tienda, seguía con el papel en la mano, sin doblarlo. La Sexta Avenida, que es ruidosa y fea en cada

centímetro de su largo camino a través de la ciudad, debió de parecerle espantosa, aunque solo fuera por encontrarse allí en un momento equivocado de su vida. Siguió mirando el papel, desplegado, y luego miró arriba y abajo de la avenida. No sabía hacia dónde ir. Solo era un niño y su imaginación temblaba junto con su confianza en sí mismo. Estaba avergonzado. Yo le veía a través de la puerta de cristal y también veía el calor reflejado en la densidad del aire y en los rostros agotados de la gente que pasaba. Pasó una mujer que parecía a punto de desmayarse si apartaba los ojos de la distancia, y cuando se fue, el chico, que hasta entonces estaba de espaldas al *drugstore*, caminó por el bordillo y se volvió y miró por encima del escaparate del *drugstore* al rótulo con el nombre y vi cómo su mirada subía por las paredes de ladrillo rojo de encima. Luego dobló el papel y se alejó hacia la parte alta de la ciudad.

Hace tres semanas, un sábado por la mañana, hacia las nueve y media, vi a alguien intentando averiguar dónde estaba mediante un trozo de papel. Era un hombre en la calle Cuarenta y ocho oeste entre la Sexta y la Séptima avenidas, pero más cerca de la Séptima. Allí hay un núcleo de pequeñas casas erguidas a la sombra de las inmensas luces de Broadway. El hombre estaba en el lado sur de la calle, junto a una bonita camioneta verde de reparto, que llevaba impresa en letras grandes, a un lado, la frase: «Hielo seco, cubos de hielo». Era el único vehículo de la manzana, habitualmente asfixiada de camionetas y camiones de reparto y con el tráfico que avanzaba hacia el este por la isla. Ninguna calle de Nueva York está más llena ni es más ruidosa o, en esta manzana, más vulgar que la calle Cuarenta y ocho. Pero era sábado por la mañana, en verano, y todo estaba tranquilo. Los restaurantes que ocupan las plantas bajas de la mayoría de esas casas abrirían para almorzar, pero aún estaba lejos la hora del almuerzo. Cuando vi al hombre por primera vez, estaba de espaldas a la camioneta y estudiaba un trozo de papel que tenía en la mano y luego los números de las puertas que tenía más cerca y más allá de los restaurantes. Miró desde el edificio donde antes estaba el Zucca's Restaurant, uno con la puerta azul y un pequeño balcón encima, hasta un restaurante llamado Puerto Sagua, y más allá, pero no se movió de la camioneta. Luego se volvió y empezó a examinar las fachadas de las casas del otro lado de la calle desde donde estaba. Era joven y negro, con veinticuatro o veinticinco años, y no llevaba sombrero, solo un traje azul marino que parecía quedarle

demasiado grande. Miraba ansiosamente las casas que tenía enfrente, incluso el aparcamiento junto a las casas, como si se preguntara si el número que buscaba perteneciera a una casa que se hubiera desvanecido de allí. Debían de haber derribado dos o tres casas para construir aquel agujero en la calle donde ahora está el aparcamiento. Precisamente gracias al agujero podía yo verle. Yo vivía en el undécimo piso, en la parte posterior de una casa de hace sesenta años que da a la calle Cuarenta y nueve. En la parte de atrás, donde están las vistas. Yo podía mirar directamente a los tejados lisos y gastados de los edificios bajos que el hombre examinaba con sus ojos, y mirando a la derecha, a través del aparcamiento, veía la calle Cuarenta y ocho, ambos lados de la calle. Solo había un coche en el aparcamiento aquella mañana, y estaba agazapado en una esquina, como si alguien lo hubiera olvidado allí. El hombre siguió consultando su pedazo de papel. Estaba claro que no tenía ni idea de dónde estaba. Se había perdido, me dije, y con él la camioneta, que tenía un aspecto tan lujoso que podía haber contenido pieles de chinchilla o chocolates importados o vestidos de París en lugar de simple hielo, hielo seco y cubitos de hielo. Él miró hacia la Séptima Avenida, donde las luces del Latin Quarter y Playland estaban apagadas en pleno día, y dio unos pasos en aquella dirección, y luego volvió a la camioneta y se quedó junto a ella. Luego miró hacia la Sexta, que estaba casi a una manzana de distancia respecto a él, y bajó la vista hacia su papel, se quedó pensando un minuto y por fin se alejó hacia la Sexta y desapareció de mi vista.

La camioneta seguía allí, desprotegida pero no del todo abandonada; la fina y borrosa cara de una gata miraba desde debajo, calculando si era seguro cruzar la calle. Era seguro —no venía ningún coche— y la gata la atravesó corriendo y entró en el aparcamiento, para hacer una de sus incursiones diarias a las papeleras que hay al pie del edificio donde yo estaba y detrás de las casas pequeñas que me daban la espalda. La gatita se instala frente a la que fue la puerta del Zucca's todas las mañanas y espera allí a que alguien le traiga el desayuno. Junto al antiguo Zucca's, está Puerto Sagua y luego la pizzería Tony's. En aquel momento se abrieron las puertas batientes de la pizzería y salió un hombre de gran tamaño y aire señorial. Era pelirrojo claro, llevaba la camisa arremangada y un cigarrillo en la comisura de la boca, además de papeles de trabajo, que dobló mientras andaba. Rodeó la camioneta, abrió la puerta, entró, se sentó y encendió el motor y aceleró, aún con el cigarrillo en

la comisura de la boca. Estaba tan seguro de sí mismo que ni siquiera se molestó en poner la mano en la puerta junto a él para asegurarse de que estuviera bien cerrada. Era su puerta, conocía el trabajo de su puerta como conocía el suyo. Las puertas de la pizzería aún temblaban tras su triunfante salida, y yo me pregunté qué escena operística de rabia y pesar o alegría podía estar representándose dentro junto a la caja registradora. En cuanto al hombre perdido, creo que podía ir de camino en su búsqueda de trabajo. Si era así, espero que lo consiguiera, y que fuese el trabajo que quería.

7 de agosto de 1965

PAJARILLOS TORTURADOS

Yo quería uno de esos sencillos exprimidores de cristal que generalmente cuestan veinticinco centavos, y el sitio más cercano que se me ocurrió para encontrarlo era un enorme almacén de todo a cien que hay en la zona del *midtown*, así que me fui para allá y bajé al sótano, donde está la sección de cocina. El sótano está dispuesto a la manera habitual y práctica de esas tiendas de todo a cien, con largos mostradores separados por pasillos, y cuando andas por ahí te das cuenta de que no hay ventanas, y de que el techo parece bajo y las luces refulgen, y puedes imaginar que estás en un bazar muy lleno toda la noche, donde todo el mundo tiene prisa por encontrar lo que busca y salir del denso aire subterráneo. Es un lugar nervioso y febril. Encontré el exprimidor de limones sin mucho esfuerzo y mientras esperaba el cambio eché un vistazo a la sección de pajarería, a un mostrador de distancia de donde yo estaba, contra la pared. Suelo olvidarme de esos pájaros, pero el exprimidor me había acercado demasiado a ellos y di un paso y miré el interior de las jaulas. Había tres jaulas con pájaros. Una era bastante grande, con unos cuantos periquitos, otra era pequeña con tres pajarillos diminutos de marrones y grises terrosos, y otra jaula igual de pequeña abarrotada de diminutos pájaros de colores brillantes, naranjas y negros y amarillos y rojos. Los conté y había catorce, en una jaula hecha para uno o dos, y cuando acabé de contar vi que no tenían agua. Tuve que hacer unas preguntas para averiguar quién se encargaba de los pájaros, pero al final la persona indicada vino y comprobé que les rellenaban el recipiente del agua y me fui. El cartel decía «Pinzones importados», y yo me pregunté de qué país vendrían. Seguí intentando pensar en los pájaros ordinarios de la ciudad, los gorriones, las palomas y otros, que vuelan libres y parecen capaces de mantenerse, pero no podía quitarme a aquellos pinzones torturados de la cabeza. La próxima vez

que quiera un exprimidor de limones, me esforzaré en recordar dónde está la ferretería más cercana. Un corto paseo desviándome de mi camino parece un precio pequeño a pagar por el privilegio de evitar la realidad.

24 de noviembre de 1962

UNA JOVEN CON UN REGAZO

En verano, las noches del sábado empiezan muy silenciosas en Nueva York. Ni siquiera Broadway puede meterle prisa a la oscuridad que esas potentes luces necesitan, y Broadway necesita esas luces para transformarse de destartalada y polvorienta en lo que realmente es: una isla de placeres inimaginables, donde el fruto prohibido está al alcance de la mano, aún fuera de la vista pero al alcance, en algún lugar de por ahí, cada vez más cerca. Hay algo en Broadway que no se encuentra en casa, y todo el mundo que pasa por la gran calle empieza a buscarlo. Ningún otro lugar es tan flagrante y secreto, tan vacío y tan vivo, tan irreal y familiar, tan íntimo y ruidoso. Andar por Broadway es como ser un boleto de lotería, un boleto en una urna de cristal, arrojado en todas direcciones con los demás boletos. Hay ojos por todas partes. Yo observaba la multitud que deambulaba por allí anoche, avanzando a través de la luz solitaria que reina al caer el sol, en la hora en que el cielo está vacío y la luna aún no tiene fuerza. Muy arriba, en el cielo descolorido, las poderosas luces brillan débilmente, creando un espejismo arquitectónico como el reflejo de otra ciudad, la Nueva York que nadie ha encontrado nunca, tal vez. La multitud de Broadway parecía impaciente, pero alborotada, como al final de un largo día de visitas turísticas. Toda la gente elegante se había ido a pasar el fin de semana fuera o esperaba la caída del telón en su zona de la ciudad. Cuando llegué cerca del Latin Quarter, apareció una chica andando sola en la multitud. Llevaba un estrecho vestido de *crêpe* blanco, mucho más blanco que la piel, y una esponjosa estola blanca de visón en torno a los hombros y el pecho. Era muy delgada y andaba como dos serpientes, mientras su dobladillo se deslizaba por sus rodillas. Era demasiado lista para llevar un vestido muy corto. Mostraba las rodillas y dejaba el resto al público, a nosotros, a todos nosotros. Todos la mirábamos. Su vestido era algo más que

muy estrecho. Era extremadamente ceñido. Nadie le miraba las rodillas. Todo el mundo miraba su regazo. Tenía el pelo dorado y relumbraba, igual que sus zapatillas, que eran de plástico transparente bordeadas de oro. Llevaba un bolsito pequeño, también de plástico transparente bordeado de oro, pero no contenía nada excepto pintalabios dorado, que rodaba como un dado. Al principio pensé que debía de llevar algún dinero enrollado en la parte superior de sus medias o alguna otra parte, pero por lo que pude ver, no llevaba nada bajo el vestido. Todos la mirábamos, cada uno a su manera, y ante nuestra atención, ella desplegaba un aire de indiferencia que la convertía en una estrella. Lanzaba miradas a izquierda y derecha para mostrarnos cómo nos desdeñaba a todos, y luego se desvaneció, dejándonos sin nada que mirar excepto a nosotros mismos. En el lado este de la Séptima Avenida, el Metropole Café trabajaba a toda máquina, como casi todo el día y casi toda la noche. Han puesto cortinas en las ventanas laterales del Metropole, así que hay que ponerse cerca de las puertas de cristal si uno quiere atisbar gratis a las chicas casi desnudas que bailan en la plataforma de detrás de la barra, pero aun así hay una muchedumbre fascinada alrededor, con un policía que va diciendo cosas sensatas como: «Sigan adelante». No lejos del Metropole, en la esquina de la Cuarenta y nueve, una tienda de puros muy espaciosa vende puros y cigarrillos de todos los países, pero si pides un paquete de tabaco americano normal, te enseñan dónde está la máquina. La calle Cuarenta y nueve en esa manzana, entre la Séptima y la Sexta, es una de las estrechas callejuelas laterales que disfrutaban del desbordamiento de Broadway. Es una manzana en ruinas, alineada de bares y pequeños restaurantes, y anoche, los marineros con trajes blancos se enjambraban como abejas en las puertas de todos los bares, intentando decidir cuál parecía el más alegre, el más bullicioso o el más barato, o en cualquier caso, intentando decidir a cuál querían entrar. Yo pasé de largo hacia Le Steak de París, un restaurante francés que lleva veinticinco años en el número 121. Anoche estaba tranquilo, muy tranquilo comparado con la excitación de la calle. Había una hilera de decorosos clientes en la barra, pero las mesas del comedor frontal estaban todas vacías, y en el del fondo solo había una mesa ocupada por un joven pulcro y moreno, sentado solo y dando la espalda a la pared. Era un hombre afortunado, que cenaba apaciblemente en un restaurante francés, tan cerca de Broadway que solo tenía que cruzar la puerta, pero tan tranquilo que tenía toda la atención de la casa para él. Estaba comiendo *scallopines de veau en*

crème, y había media botella de vino en su mesa. Cuando no estaba mirando a la gente de la barra, leía un libro de bolsillo, algo de Simenon. En el umbral que daba al comedor del fondo, Francine, la camarera, y Jo, el camarero, ambos de la Bretaña francesa, esperaban con una serenidad que no implicaba paciencia ni impaciencia. Aún era temprano, casi tan claro como el pleno día. Los clientes habituales empezarán a llegar pronto. Yo me fui a la Sexta Avenida. Schrafft's estaba lleno de gente tomándose la cena en la barra. No hay que ser cliente para saber lo que ocurre en ese Schrafft's. Las paredes de la calle son mayoritariamente acristaladas. La multitud de la Sexta era más desganada que la multitud de Broadway, como suele ser, más desganada y más pensativa. La Sexta Avenida es simplemente la vía que se extiende entre la Quinta y la Séptima avenidas. Había espacio y necesidad de una calle ahí, así que pusieron una y la llamaron la Sexta. La gente pasa por la Sexta Avenida porque se va de algún sitio o se dirige a otro, pero como paseo, es tierra de nadie. Yo seguía pensando en la chica de la estola de visón. Debía de tener un bolsillo en la estola, donde guardaba algún dinero. En ese caso, ¿por qué no poner el carmín en el bolsillo y dejar el bolso en casa? Debía de tener una razón muy pensada para llevar el bolso, y tenía que ser una razón mejor que la de que hacía juego con los zapatos. Me gustaría saber cuál era esa razón. Y también, por supuesto, podía no tener ningún bolsillo en la estola.

3 de septiembre de 1966

LA MAÑANA DESPUÉS

Esta mañana, domingo, me he despertado poco después de las seis, con el aullido de una sirena de bomberos que se acercaba mucho a mi hotel y luego se detenía, y después ha habido unos pocos gritos y luego el estrépito de cristales, todos sonidos muy familiares en esta abarrotada calle lateral de Broadway, llena de viejos hoteles y pensiones, bares y restaurantes y tintorerías. Siempre parece haber un pequeño incendio prendiéndose por aquí. Me levanté y fui a las ventanas y en la esquina del ala frontal del hotel, a través del espacio alto y estrecho que lo separa del hotel contiguo, veía láminas de humo elevándose por la calle hacia la Sexta Avenida, pero el humo era blanco, no negro, y pronto se volvió transparente, sin mostrar peligro, y al cabo de unos minutos mirando me fui a dormir una hora más. El fuego había estallado media manzana más allá, en el sótano, bajo una camisería, y horas más tarde fui andando por la calle Cuarenta y nueve a inspeccionar los daños. Debían de ser las diez y media de un día radiante y había muchos turistas de fin de semana paseando sin rumbo, preguntándose qué hacer en Nueva York un domingo para matar el tiempo antes de volver a casa. Y cuando pasaba frente a la brillante sede del Ejército de Salvación,¹⁴ salieron siete u ocho trabajadores, hombres y mujeres, todos de uniforme y con aire energético y de buen humor, y avanzamos más o menos juntos hasta la esquina. La desafortunada camisería está en la esquina de la Séptima Avenida y la calle Cuarenta y nueve, en el extremo norte, y yo me situé en el lado sur para verla mejor. La tienda estaba arruinada, todos los escaparates de enormes cristales cilindrados se habían hecho añicos y había hombres con uniformes verdes barriendo los cristales rotos. La acera se veía alineada con montones de escombros, húmedos y ennegrecidos, de madera, hojalata y tela, y dentro de la tienda se veían filas y filas de camisas aún ordenadas en pulcros montoncitos

en las estanterías y todas las camisas parecían estropeadas. Sería una gran liquidación total por incendio. La acera junto a la tienda en ruinas estaba acordonada y vallada y la gente que pasaba se detenía un momento a mirar el desastre y observar a los hombres en mangas de camisa que intentaban poner orden. Los hombres, evidentemente empleados de la tienda, estaban recogiendo toda clase de objetos —pequeños colgadores con camisas aún extendidas, un pie de plástico rosa que había perdido el calcetín que exhibía el día antes, restos patéticos, chamuscados y empapados— y los iban tirando en enormes cajas de cartón marrón con el rótulo «frágil» impreso a los lados. Había policías por allí. Era sorprendente ver con qué nitidez habían controlado el fuego los bomberos y lo habían confinado a su foco. La camisería ocupa un local bastante grande, pero la esquina que ocupa representa solo una diminuta parte de ese inmenso edificio y aunque la tienda estaba toda destruida y ennegrecida, las ventanas del restaurante que queda justo encima y al lado estaban intactas y no mostraban ninguna huella, ni siquiera de humo. Detrás de mí oí una música familiar y me volví para ver a mis compañeros del Ejército de Salvación todos alineados a mi lado. Uno de ellos, una señora mayor, se adelantó, saliendo de la fila, y empezó a hablar. Tenía una voz clara, alta, elocuente, que llegaba lejos. Anunció que iban a cantar un himno a la vida y la belleza, luego retrocedió para ponerse en la fila y todos empezaron a cantar con voces valerosas y poco melodiosas. Justo a mi lado oí a un hombre que preguntaba: «¿Dónde está Broadway?» y miré rápidamente para comprobar que la pregunta no iba dirigida a mí, sino a tres personas bien vestidas y con buen aspecto, un hombre y dos mujeres, y los tres empezaron inmediatamente a mirar amablemente en todas direcciones, buscando Broadway, mientras que el hombre repetía la pregunta: «¿Dónde está Broadway?». Yo estuve a punto de hablar, de decirle que prácticamente estaba pisando Broadway, pero luego le eché un vistazo. Era un hombre alto, se encorvaba un poco, no llevaba chaqueta ni corbata y los puños de su camisa iban sueltos. Su amplia cara rosada, sin afeitado, tenía una expresión benigna, pero que podía volverse sardónica, de modo que volví a poner los ojos en el fuego. Es imprevisible lo que un hombre con esa expresión puede decir después. Junto a la tienda incendiada, dos jóvenes y animosos policías estaban ordenando las vallas de madera amarilla que ponen para proteger zonas de importancia o desastre, y uno de los hombres que llenaban las cajas de cartón se enderezó y los miró, estiró la espalda, contempló desanimado sus

manos sucias y volvió a su triste tarea. Un hombre al que reconocí de mi hotel vino y se situó junto a mí. Dijo: «Ha habido un incendio». Yo dije que lo sentía por los empleados que en su día libre habían tenido que ir a recoger todo aquello. «Y eso no es nada comparado con el inventario», dijo mi amigo. «A partir de ahora, inventario, inventario y más inventario. Cada camisa, cada corbata, cada botón, hay que contarlo todo». Y cruzó la calle para verlo mejor. Los del Ejército de Salvación habían parado de cantar y yo me volví para ver que una de las mujeres más jóvenes se había adelantado y estaba hablando, y también vi al hombre que preguntaba por Broadway. Estaba de pie, al final de la cola de uniformes, con un libro de himnos en las manos, y su rostro al escuchar a la chica era atento y respetuoso, pero aún anodino, con esa capacidad que tenía de cambiar de expresión. Me di cuenta de que llevaba zapatos de lona blanca. Dos mujeres con vestidos de florecillas pasaron junto a mí, una de ellas llevaba un pequeño cachorrito pardo que parecía demasiado joven para haberse separado de su madre. Venían de Broadway, charlando, y no prestaron atención a la tienda incendiada ni al Ejército de Salvación ni a nada que no fuera su conversación. Era gente del barrio que salía a pasear, iban hacia la Quinta Avenida y el perrito, sin saber que estaba a salvo, miraba con agitación a su alrededor como si fuera ciego. El acto del Ejército de Salvación tocaba a su fin. La señora mayor que había hablado primero se adelantó y habló de nuevo: «Si es usted visitante de la ciudad», exclamó, «no piense solo en el placer». Yo empecé el camino de vuelta por la calle Cuarenta y nueve. Las gitanas aún no habían aparecido en el umbral de su adornado salón, que está a cinco escalones más arriba de la calle, pero en la puerta contigua, el cine que tiene esos escandalosos carteles fuera parecía ya abierto y en funcionamiento. Los miembros del Ejército de Salvación volvían andando a su sede, todos a un paso rápido pero separados, rezagándose, y el hombre sin afeitar, sin su libro de himnos, les seguía de cerca. Cojeaba de mala manera. Debía de tener los pies en muy mal estado.

LOS DOS REBELDES

A la una menos cuarto de esta madrugada fui al *delicatessen* del edificio de mi hotel a comprar tabaco. El hotel y el *delicatessen* están en la calle Cuarenta y nueve oeste, cerca de la Séptima Avenida, y a esa hora de la madrugada la manzana está en pleno bullicio; a ambos lados de la calle se alinean bares y pequeños restaurantes y otros locales nocturnos, hay estruendo de música a todo volumen en casi todas las puertas y confusión en la calle, con visitantes de la zona de Broadway vagando por allí y preguntándose dónde podrían aprovechar mejor su dinero. En mi extremo de la manzana, los edificios son muy altos, componen la repentina oscuridad de Nueva York — sin cielo—, pero la acera se extiende en un resplandor de luces artificiales estridentes, de distintos colores, y todo es vulgar y solitario. En el *delicatessen*, que es una cueva abarrotada, con altos techos y excavada en el frontal de mi hotel, había un hombre y una mujer delante de mí intercambiando opiniones sobre bocadillos, qué clase de bocadillos iban a comprar y de qué clase de pan. Se hospedaban en un gran hotel de allí enfrente, y querían llevarse los bocadillos y unas cervezas a su habitación y celebrar una cena privada. Yo había bajado de un taxi y había ido andando hacia el *delicatessen* sin notar nada extraño, pero mientras esperaba y contemplaba al empleado hacer los bocadillos, empecé a oír la voz de un hombre aullando en la calle. No era un aullido desesperado, como si quisiera pedir ayuda, y tampoco era un aullido tonto y juguetón; era un sonido controlado y determinado, espaciado, como si estuviera pronunciando palabras. Al mismo tiempo, se oían bastantes risas, unas risas tan alegres y desinhibidas que pensé que debía de haber un grupo de juerguistas allí fuera y que uno de ellos había encontrado un modo de divertirse y atraer la atención. No miré fuera, pero cuando salí del *delicatessen* con mis cigarrillos, el ruido continuaba. Hacía mucho calor —

para ser primavera— y, enfrente de un puesto de una gitana que leía el futuro en las hojas de té, al otro lado de la estrecha calle, vi a dos jóvenes marineros que bailaban y hacían el payaso para dos chicas morenas sentadas en el interior, con un niño pequeño. Pero los marineros no aullaban, eso se veía, y entonces, cuando me volví hacia la entrada de mi hotel, vi al hombre, de pie, solo, a unos cuatro o cinco metros de mí. Era sorprendentemente alto, un hombre delgado con un traje azul, y tenía la cabeza y los hombros echados hacia atrás en un violento escorzo, con el rostro vuelto hacia el cielo. Solo tenía una pierna y sus muletas, que eran como zancos, se le apoyaban delante, de modo que se inclinaban hacia atrás con él. Estaba en un ángulo peligroso, como si cayera lentamente hacia atrás, pero no se caía, aunque pareciera que podía verse precipitado a cada esfuerzo que hacía por elevar la voz. La gente que estaba cerca, toda diseminada, sonreía, pero enfrente, un grupo de hombres y mujeres se estremecían de convulsas carcajadas mientras lo miraban. Él no prestaba atención a nadie. Todos los que lo rodeaban parecían asentados en roca sólida mientras que él estaba en el borde, pero aunque su conducta no tuviera sentido, parecía tenerlo mucho más que aquellos que se reían de él, y ellos, con estatura normal y de pie sobre dos piernas, parecían más grotescos que él. Supongo que algunos se reían porque se sentían incómodos; ciertamente, la muchedumbre de la calle pensó que era entretenido, pero quizá unos pocos desearon, como yo, que desapareciera. No lo sé.

Me fui a mi habitación de hotel. Estaba pensando en otro hombre que había visto llamando la atención, pero había sido en una radiante tarde de viernes del pasado mayo, y la multitud que se reunió lo contemplaba tristemente. Era una reunión lúgubre a la luz de la tarde. Aquel hombre había hecho estallar el gran escaparate acristalado de Scrafft's, un restaurante largo y estrecho de esquina entre la Sexta Avenida y la calle Cuarenta y nueve, sin mesas, solo con una barra. Era un hombre muy bajito, de uno cincuenta y cuatro de estatura más o menos, y llevaba una boina redonda y abombada estilo marinero, un traje negro muy cuidado, camisa a rayas y un gran ramo de rosas rojas de tallo largo envueltas en papel a rayas rosas y blancas. Un policía alto y mayor, que parecía desdichado, le estaba vigilando junto al escaparate. El hombre hizo añicos la luna del restaurante con tanto cuidado que no se veía ni un cristal, excepto en la acera, donde dos empleados los recogían animosos con sus

escobas. El ánimo que mostraban era el único que había allí. En el interior estaba el desastre de los estantes de cristal y la comida que antes mostraban —pasteles, bollería, caramelo y dulce de leche— y lo recogían todo unas chicas jóvenes que parecían muy aprensivas. El policía también parecía abatido. Solo un hombre bien vestido miraba a su alrededor medio sonriendo, como si tuviera un secreto y una desagradable comprensión de lo ocurrido. El pequeño cautivo parecía interesado y obediente, ni avergonzado ni asustado o furioso. Estaba muy callado. No sé por qué había roto el cristal ni con qué lo había roto. En el momento del estallido, yo estaba sentada en el extremo de la barra, lejos de la ventana, y cuando me decidí a salir, se habían terminado las discusiones y solo reinaba la espera, con el policía a cargo de la situación. Me fui sin esperar. Lo que era extraño en aquella esquina era la expresión de la multitud. No había ni una sola cara indiferente o divertida. No es fácil ver una muchedumbre callejera pensando, o con aire pensativo.

Lo único que me queda por decir de los dos rebeldes, o *protestantes*, es que uno era negro y el otro blanco.

25 de abril de 1964

TENTATIVAS FALLIDAS

La otra noche estaba sentada temprano en un restaurante, que se encuentra en la parte baja de la Quinta Avenida y tiene las paredes color melocotón, además de un espejo suavemente iluminado que recorre toda la barra. Una señora pelirroja y llamativa con un vestido negro y perlas que estaba sentada sola en una mesa no muy lejos de la mía se levantó y se acercó a una esquina, donde había un hombre guapo sentado solo, leyendo su periódico vespertino mientras esperaba a alguien para pedir la cena. Era un hombre cuidadoso y ordenado, ya había doblado su periódico muy pequeño para poderlo leer y cenar al mismo tiempo. La señora se inclinó hacia él y le dijo algo, y él alzó la vista y se levantó inmediatamente, con aire complacido y confuso, cogió su maletín y la siguió a su mesa. Seguía con el periódico en la mano. Ella se sentó, pero en el último momento, cuando él ya estaba casi en su silla, titubeó y empezó a mirar a su alrededor o a sus espaldas.

—¿Seguro que está sola? —preguntó.

—Claro que estoy sola —repuso ella—. Deje de preguntarme si estoy sola.

Él se sentó, y ella cogió su bebida y empezó a mirarle posesivamente. Parecía posesiva pero con buen humor. Estaban empezando a conversar cuando el *maître*, un hombre alto y digno, apareció por un extremo alejado del restaurante y vio el cambio en la posición de los clientes. Se dirigió directamente a donde se sentaba la señora con su halagado cautivo, que se había recostado en su asiento y parecía relajado.

—Señor —le dijo el camarero—, por favor, vuelva a su mesa.

El hombre —*todo* le estaba ocurriendo a *él*— dio un salto, se llevó el maletín y el periódico al pecho y salió disparado hacia su mesa de la esquina, cogió la carta y se la puso ante su rostro cobarde. La señora se disgustó.

—¿Quién se cree usted que es? —le dijo al *maître*.

—Señora —le dijo el *maître*—, hágame un favor. Por favor, váyase a casa.

—No me hable así —dijo ella—. ¿Quién se ha creído que es? No me hable como si fuera algo sucio.

—Señora —dijo el *maître*—, por favor, no *me* diga que la trato *a usted* como si fuera algo sucio.

Por desgracia, yo ya había pagado mi cuenta y me había puesto los guantes, y no tuve valor para quedarme allí sentada mirando, así que tuve que irme sin oír el resto de la conversación.

Dos noches más tarde, estaba en Le Steak de París, en la calle Cuarenta y nueve oeste. Se estaba muy tranquilo; era una noche cálida y lluviosa. Me había zampado el *Time*, de arriba abajo, y estaba empezando el *Newsweek* cuando alguien llegó y se plantó a mi lado. Levanté la vista. Era un joven muy alto, solemne, de aspecto erudito, que había montado bastante número con su maletín al llegar al restaurante. Le había dado el sombrero a la chica del guardarropa, pero se había llevado el maletín a la barra tras explicarle que temía que pudiera ocurrirle algo. Luego, sentado en la barra —es un restaurante muy pequeño, todo en una sola habitación—, balanceó el maletín en los pies un rato, lo cual le obligaba a tenerlos en el suelo para mantenerlo erguido. Finalmente, volvió y se lo dio a la chica del guardarropa y estuvo observando cómo ella lo colocaba en un estante alto. Todo eso había ocurrido un poco antes. Ahora él estaba de pie junto a mi mesa, me miró con aire lúgubre y dijo:

—No quisiera ofenderla —y añadió—: quería saber si tomaría algo conmigo.

Yo le dije:

—No, gracias. Estoy esperando a alguien.

Estaba sentada en una mesa de uno.

—Está esperando a alguien —dijo, y volvió a su sitio en la barra. Diez o quince minutos después, dos señoras con sombreros pequeños y prácticos entraron y se sentaron en una mesa contigua a la mía. Hablaban en francés. Una de ellas era francesa o hablaba como una mujer francesa, y la otra hablaba el francés que había aprendido, a base de frases enteras, y las dos tenían voces sonoras y confiadas. El joven de aspecto erudito se levantó de su banqueta y

se acercó a ellas. Empezó a sonreír tímidamente y acabó con una sonrisa radiante.

—No quisiera ofenderlas —dijo. Ellas lo miraron—. *Parlez-vous Berlitz?*
¹⁵ —dijo.

El señor Raymond, que había estado mirando desde la caja, se apresuró a acercarse, le cogió del codo y empezó a acompañarle a la barra.

—Señor —le dijo Raymond—, usted no conoce a esas señoras. Por favor, señor, *s'il vous plaît*.

—Yo no quería ofender a nadie —dijo el hombre, pero se dejó acompañar hasta la barra y se sentó, custodiando su bebida con los dos codos y con aire resentido.

La lección que puede extraerse de esos dos encuentros es que si a todo el mundo en la ciudad le ayudaran a recobrar la buena dirección, Nueva York sería muy pronto un lugar tranquilo.

4 de julio de 1964

EL HOMBRE QUE SIEMPRE SE PEINA

Hay un hombre en este barrio que siempre se está peinando. Un día le vi pedir prestado un peine a un niño limpiabotas. Luego, mientras se peinaba con una mano y alisaba con la otra, se inclinó y miró la cara del niño como si fuese un espejo, solo un espejo y nada más. El chico levantó la vista hacia él, esperando a que le devolviera el peine. Yo estaba en mi habitación de hotel y los observaba a los dos. Me hospedo en la octava planta de uno de esos viejos hoteles que hay en las ruinosas calles perpendiculares¹⁶ de Broadway en la zona del *midtown*, y era una calurosa mañana de domingo, hacia las nueve. La calle había estado desierta hasta que aparecieron el limpiabotas y el hombre que se peinaba, andando junto con otros cuatro limpiabotas mayores y más altos, todos con sus cajas de cepillos y betún. Cuando el hombre cogió el peine prestado, se detuvo y se quedó quieto, y lo mismo hizo el niño que le hacía de espejo con la cara, pero los otros siguieron adelante y se perdieron de vista, andando hacia Broadway. Cuando el hombre acabó — con aire satisfecho de su apariencia, pensara lo que pensara—, le devolvió el peine al niño, que lo cogió y lo metió en el bolsillo de la pechera de su camisa, y luego los dos siguieron andando hasta, supongo, alcanzar a sus compañeros. No era la primera vez que veía a aquel hombre. La primera vez que le había visto estaba exactamente en el mismo punto de su manzana que el día que se miraba en la cara del niño, pero cinco pisos más arriba, andando por el tejado de una de las pocas casitas que aún se mantienen allí juntas, resistiendo felizmente contra los nuevos edificios gigantescos que han levantado a su alrededor. Las casitas ya no son viviendas ocupadas por familias normales. Tienen restaurantes o tiendas pequeñas en la planta baja y encima hay otras tiendas —una tienda de vestuario teatral o de moda o de discos—, o bien hay estudios u oficinas y unos pocos pisos. La casa donde el

hombre andaba por el tejado tiene una tasca en la planta baja y, encima, estudios para músicos que quieran practicar. Los estudios tienen largas ventanas sin cortinas. Una de las ventanas muestra una luz azul y a veces, a última hora de la noche, la luz traiciona la fuente de una música melancólicamente azul.¹⁷ El saxofonista que toca allí debe de ser una persona triste y lenta para aprender. Pero a mí me gusta escucharle, con sus errores, sus titubeos y sus falsos principios. Es como oír música en la calle, muy reconfortante, o quizá quiera decir confortable. Pero en la mañana de la que hablaba no había música ni luz azul. El día acababa de empezar. Las ventanas de todas las casas se veían oscuras e incluso la calle estaba vacía. Era una mañana calurosa tras una noche abrasadora. No había habido alba, la oscuridad simplemente se había desvanecido, mostrando una ciudad gris, gastada e insomne. El cielo era alto e incoloro. No era justo: no prometía nada —ni una suave lluvia, ningún alivio del calor—, pero aun así era bonito verlo allí arriba. Unas pocas palomas picoteaban en el desierto aparcamiento situado bajo mis ventanas y otras revoloteaban esperanzadas, pero aparte de las palomas no se veía ninguna vida, excepto en el tejado, donde el hombre que siempre se peina andaba con otros que seguían de modo vacilante a un hombre que llevaba una botella, aparentemente de vino. La llevaba a la altura de los hombros y con el brazo extendido frente a sí, como si pudiera enseñarle el camino, como una linterna. Había cinco hombres en una sola fila, y tenían más dificultad de lo que uno podía imaginar para atravesar el estrecho paso alrededor del tejado. Encontraban bastantes obstáculos, objetos en el tejado. Todos los tejados bajos de por allí parecían tener parches y escombros arrastrados por el mar; pedazos útiles de cargueros y contenedores y barcos de vapor, chimeneas, tuberías y cabinas, todo ennegrecido y con formas preciosas, junto con claraboyas de distintos tamaños y enormes unidades de aire acondicionado se desparramaban por el camino de los cinco hombres errantes, que parecían tan insustanciales como si un soplo de brisa pudiera llevárselos volando. No había brisa, ni gota de aire. Los hombres serpenteaban por allí, siguiendo a su incansable cabecilla, y el último hombre se peinaba. Llevaba la misma ropa que la primera vez que le había visto — una chaquetilla militar escocesa y pantalones arrugados de algodón de un color claro— y mientras se peinaba y alisaba el pelo, con los codos en alto, asentía con la cabeza y los hombros a izquierda y derecha y parecía

encontrarse reflejado en la espalda inestable del hombre que andaba frente a él. Se arqueó hacia delante e inclinó la cabeza y se volvió de lado a lado, como si estuviera contemplándose en un lago entre montañas, bajo una fuerte luz solar. Avanzaba con facilidad y parecía disfrutar allí en el tejado en aquella desolada luz del día. La última vez que lo vi, yo iba andando por la Séptima Avenida, cerca del local de jazz Metropole, justo a la vuelta de la esquina de donde vivo. Él estaba de pie junto a las rutilantes tiendas de regalo que hay allí, hablando con un hombre que vendía gafas de sol. El vendedor llevaba puestas unas de las gafas que vendía, o por lo menos, llevaba gafas de sol. Vi al hombre que se peinaba acercarse al hombre de las gafas y saludarle. El de las gafas le devolvió el saludo y en cuanto empezaron a hablar, el hombre que siempre se peina sacó su peine y empezó, como de costumbre, a peinarse y alisarse el pelo, inclinándose hacia delante para mirarse mejor, primero escudriñando el cristal derecho de las gafas de su amigo y luego el izquierdo. Inclina la cabeza a uno y otro lado, peinaba y se alisaba, hablaba y contemplaba su rostro deslizándose por los cristales oscuros. Llevaba la misma ropa de siempre —la chaquetilla militar escocesa y los pantalones arrugados— y al verle de cerca por primera vez, me di cuenta de que tendría unos treinta y cinco años, y un aspecto cansado pero simpático. Hacía un tiempo que no le veía y seguramente tardaría en volver a verle. Yo sé que todos somos solo recordatorios unos de otros, pero no me gustaría que se acercase a mí y se mirase en mi cara como si fuese un espejo. Y aún me gustaría menos mirar su cara y verme allí escondida.

5 de septiembre de 1964

EL BUEN ADANO

Durante la reciente ola de calor, dejó de circular el aire por las calles de Nueva York. No corría el aire entre los edificios, y el aire que quedaba allí atrapado estaba quieto y empezaba a densificarse. No había nada que respirar, excepto un intenso desagrado. Cada vez que entraba en un restaurante con aire acondicionado, yo me sentía muy humilde, agradecida y ansiosa de sentarme y empezar a ser buena. No era la única. En la tarde del terrible tres de julio — era domingo—, estaba en el restaurante Adano, en la calle Cuarenta y ocho. Estaba contenta. Me parecía un milagro que un restaurante en Nueva York donde yo quería realmente estar no solo estuviera abierto en domingo, cuando tantos otros cierran, sino que abriera en el domingo del fin de semana más largo del verano, y un fin de semana tan incómodo por el calor que incluso el perfil de rascacielos de Manhattan parecía aletear bajo el abismo fijo que resplandecía allá donde antes se extendía el cielo. En el Adano, el aparato de aire acondicionado producía ráfagas de brisa oceánica. En este caótico vecindario de Broadway, el Adano siempre ha sido un oasis de orden, buenas maneras y comida deliciosa, pero aquel domingo parecía haber llegado erráticamente allí desde otra región más silenciosa. El restaurante es amplio y oblongo, con techo bajo, iluminado por lámparas en forma de estrella de cristal amarillo opaco. Las paredes están decoradas con grandes y plácidos bodegones y escenas italianas, excepto la pared del fondo, cubierta de espejos que alejan la habitación. Las mesas son sencillas y están puestas con la misma sencillez, con gastada alpaca y servilletas de hilo blanco plegadas con formas escultóricas. Vacío como estaba y tan bruñido y brillante, el restaurante parecía el comedor de un barco pequeño y bien cuidado. Yo me había sentado delante, en uno de los reservados en forma de medialuna, cerca de la puerta de la calle. Estaba frente a la barra y en el espejo, tras las estanterías de

botellas, veía el reflejo de uvas y manzanas de la exuberante naturaleza muerta colgada en la pared tras de mí, por encima de mi cabeza. Y a través de los cristales de la puerta veía la calle, donde el toldo carmesí del Adano proyectaba una curiosa sombra en la acera ardiente. Pasaba muy poca gente. De vez en cuando, una figura lánguida con ropa veraniega ascendía los sudorosos escalones que llevan a la oficina de billetes e información de los autobuses turísticos Blue Line, que está en la primera planta de un pobre viejo *brownstone*, enfrente del Adano. La vieja casa es una de las tres que siguen en pie, pero a las otras dos les han alisado la cara. La casa de la Blue Line ha envejecido naturalmente y de forma tan reconocible como podría ocurrirle a un ser humano. Es la misma que siempre fue, excepto que han pasado demasiados años y la vida no ha mejorado con ellos. Hay un bar en el sótano, pero estaba cerrado aquel domingo. Un hombre entró de pronto en el Adano y nada más pasar la puerta titubeó, mirando a su alrededor. Era un hombre guapo, pálido y delgado, de unos cincuenta. No tenía mucho pelo e iba cortésmente vestido con un traje de verano azul oscuro, una camisa de un blanco níveo y una impecable corbata oscura con lunares. Cuando habló, se vio que tenía una voz agradable, pero estridente. Estoy segura de que era un desconocido en la ciudad. Irradiaba un aire de fuera de la ciudad. Creo que había dejado su agradable hotel con aire acondicionado en un arrebato, con la esperanza de encontrar un local del auténtico Nueva York, con atmósfera, donde pudiera captar algo del sentimiento de la ciudad, y seguro que llevaba un buen rato vagando antes de llegar al Adano. Debía de estar ya un tanto frenético, sin querer continuar en el calor y la soledad, pero sin querer volver al aburrimiento y a la larga tarde de un hotel agradable, exactamente igual que todos los hoteles agradables de las grandes ciudades. Errar solo así en Nueva York en un domingo no es bueno. Se quedó allí mirándome, mirando al barman, mirando más allá de nosotros, a la calmada estancia, y al final llamó al barman:

—¿Están abiertos?

—Sí, estamos abiertos —dijo el barman, benevolente.

Estaba limpiando un vaso. El desconocido se acercó, se sentó en una banqueta y puso las manos en la barra.

—¿Puedo sentarme aquí a tomar una cerveza, por favor? —preguntó.

Sonaba justo como yo lo intuía: portándose lo mejor que podía. Era un día

para sonreír con avidez a la buena suerte si se te cruzaba en el camino, un día para decir por favor y gracias y cuidar tus maneras, no pasar bajo una escalera y tener cuidado al cruzar las calles, porque el calor inspiraba sueños supersticiosos y nos hacía ir con cuidado. La gente empezaba a llegar al Adano. Entró un grupo familiar, madre, padre y tres niños pequeños, y se fueron directos a una mesa del fondo. La madre y el padre empezaron a leer la carta enseguida en voz alta y los niños escuchaban sentados con tanta atención como si fuera la hora de los cuentos. Luego entraron dos mujeres, dos chicas altas, fuertes, de formas opulentas y unos treinta años, que parecían del mundo del espectáculo. Andaban con gran compostura, como debía ser, ya que sus ropas se encargaban del resto: ropas ceñidas, provocadoras, deslizantes que evocaban el cuerpo de Circe, los gestos de Salomé y las intenciones de Afrodita. Un vestido era de lamé blanco con diminutas perlas incrustadas y brillantes y el otro era de un algodón brillante de un tono rosa bebé, con hileras verticales de cuentas de cristal rosa. Cada una de las chicas llevaba una estola de visón gris oscuro, guantes largos y un bolsito grueso y, cuando se sentaron, cada una alisó su vestido por debajo para asegurarse de que no se le arrugara, mientras sus ojos recorrían el restaurante con una expresión cautelosa y autoritaria que lo abarcaba todo. Luego, sin hablarse entre ellas, las dos chicas examinaron la carta y pidieron —solo comida, nada de beber— y cuando llegó la comida, comieron seguido. Vaciaron grandes platos de sopa caliente, platos apilados de carne y verduras y platos con montículos de ensalada, comieron mucho pan crujiente Adano con mantequilla, y cuando todo eso se acabó, tomaron café —café americano— y una porción cada una de reluciente bizcocho de ron. Mientras comían, hablaron un poco —no mucho—, pero nunca sonrieron y mientras las miraba empezaron a fascinarme, porque sus rostros tan juntos y sus gestos positivos, concentrados, excluían todo lo existente en el mundo excepto ellas mismas. Fuera de sí mismas y de lo que les favoreciera, nada existía para ninguna de ellas. Eran todo carne, color y movimiento, y, sin embargo, eran como monumentos de piedra cuya hora de comer hubiera llegado y que, cuando acabaran de comer, volverían a ser monumentos. Las observé y me maravillé, porque me parecían desprovistas de cualquier emoción excepto el enfado, y libres de todas las sensaciones excepto la satisfacción. No se demoraron comiendo y cuando acabaron, pagaron su cuenta, se levantaron, recogieron sus pertenencias y salieron con la misma compostura hipnótica con la que habían entrado. Volví la cabeza y las observé

alejarse; lo mismo hizo el desconocido de la barra, y luego volvió a admirar el restaurante que había descubierto. Parecía un hombre en la baranda de un barco justo antes de salir a navegar, que aún puede pensar que lo ha conseguido, que se halla a bordo, en el mar, y que todo es tal como lo imaginaba. Como todo el mundo en aquel domingo, el hombre de la barra del Adano se encontraba donde había soñado que estaría.

6 de agosto de 1966

UN AUTOBÚS DE REGAÑINAS

Muchos de esos inmensos autobuses que llevan a la gente de fuera a la ciudad para una visita de unas horas parecen depositar a sus pasajeros en las bocacalles de la Sexta Avenida, cerca de Radio City. Hace poco, un sábado por la tarde, yo andaba junto a uno de esos autobuses aparcados cuando me encontré en medio de una multitud de mujeres indignadas con sombreritos de verano, que estaban regañando al conductor porque no las había llevado allí donde querían ir. Les habían dicho, o habían entendido, que su trayecto acabaría en un lugar del río donde podrían coger el barco que atraviesa Manhattan, y en lugar de eso estaban en la esquina de la calle Cuarenta y nueve con la Sexta Avenida, y cuando llegaran al sitio adecuado junto al río, dijeron, el barco se habría ido. El conductor, que tenía un aire torturado, intentaba ganar tiempo para sí mismo examinando cuidadosamente cada uno de los billetes que le agitaban en la cara, y yo me abrí camino entre la multitud sin esperar a oír qué explicación encontraba para sus pasajeras. Y por otra parte, no podía evitar sonreír pensando con qué respeto se habrían sentado aquellas mujeres tras él mientras conducía —ya saben lo omnipotentes que parecen esos conductores de largas distancias, entronados solos en ese sitio elevado y delantero—, y en lo deprisa que se habían vuelto contra él al descubrir que en vez de guiar al rebaño las había llevado a la deriva e iba a dejarlas perdidas, vagando por la ciudad, y que luego tendría que subirse otra vez frente a ellas y aguantar el chaparrón de sus quejas y recriminaciones durante el largo trayecto de vuelta a casa. Lo sentí por todos, pero pensé que deberían estar contentos de lo fresco que era el día. Había estado pensando en los placeres del tiempo fresco mientras subía por la Sexta Avenida, llena de viajeros que venían a Nueva York a pasar el día o el fin de semana, todos andando con firmeza como si les hubieran dicho que tenían que

recorrer la isla en toda su extensión para encontrar la salida, el camino de casa o la vista que habían venido a contemplar. El día no era realmente fresco —había calor en algún punto del aire y estaba claro que era pleno verano—, pero era agradable.

Tras dejar al conductor de autobús y sus problemas, entré en Le Steak de París, que era adonde me dirigía, y observé con aprobación que habían registrado la temperatura del día y habían dejado el aire acondicionado apagado y la puerta abierta. Yo suelo sentarme en una mesita frente a la barra, pero estaba ocupada, así que retrocedí y me senté frente a una vista desacostumbrada; en vez de mirar a la barra, con sus espejos y relojes, botellas y recuerdos de destilería, miraba a lo largo de todo el bar y más allá, al gran ventanal frontal del restaurante y a la calle de fuera. Allí había algunas personas a las que ya había visto andando por la Sexta Avenida; ahora iban hacia o venían de Broadway. El ventanal encierra todo el cuadrante delantero del restaurante, pero tiene cortinas en la parte superior y a los lados, de modo que solo queda al descubierto un pequeño rectángulo, sobre un alto radiador que oculta las caderas y piernas de los cuerpos andantes por allí fuera. Yo contemplé la multitud, y vi dos cabezas redondas y rapadas moviéndose al pasar y supe que eran aquellos niños con los que me acababa de cruzar. Dentro, el restaurante estaba tranquilo, demasiado tranquilo para el propietario, que se había puesto a cargo de la barra él mismo en aquella lenta tarde y se inclinaba taciturno sobre su periódico casi todo el tiempo. El restaurante es alegre, con un techo de estaño repujado y una serie de papeles pintados —empapelado de ladrillo rojo, de ladrillo gris, de *follies* parisinas— en distintas paredes. En la esquina donde está la chica del guardarropa en invierno, hay un pequeño dosel a rayas marrones y blancas. En verano, como hay pocos clientes y no llevan abrigos, la chica del guardarropa se va a otro sitio. Cuando acabé de comer, llegó una pareja de jóvenes muy serios, se sentaron en la barra y pidieron bebidas. Luego cambiaron de opinión y se llevaron las copas a la mesa contigua a la mía. Mientras él le colocaba la silla para que se sentara, dijo, evidentemente continuando una conversación ya empezada:

—De acuerdo, si necesitas una definición, soy un socialista interesado en el deseo.

Yo estaba fascinada, pero él se sentó y su voz descendió con él, y ya no le

oí decir nada más hasta que les sirvieron la comida y entonces dijo, en voz más alta, como si estuviera atónito:

—Las patatas son muy buenas aquí.

Otro hombre decepcionante, pensé, acordándome del conductor de autobús.

Cuando salí del restaurante, el día se había oscurecido mucho. Solo había dado unos pasos por la Sexta Avenida cuando unas gruesas gotas de lluvia empezaron a caer a mi alrededor con mucho ruido y enseguida las siguió un nervioso chaparrón que despejó inmediatamente las aceras. Todo el mundo se apretujaba contra los edificios y los portales y yo empecé a apretujarme también contra una puerta, pero ya estaba empapada, así que decidí correr hasta la Quinta Avenida y llegar a casa. Me había calado, pero no importaba, iba a casa y mientras andaba chapoteando pensé una vez más en el conductor de autobús y esperé que estuviera bien y que todas aquellas señoras furiosas y vestidas de verano hubieran podido guarecerse en algún sitio.

19 de agosto de 1961

ESTRELLAS DE CINE EN LIBERTAD

Una noche, hará unos diez años, muy tarde, yo estaba sentada en la gran barra cuadrangular del Jumble Shop cuando Jean Gabin entró y se sentó en una mesa de la esquina. Hará unos seis años, estaba tomando el té en Rosemarie de París —el que está cerca de la calle Cincuenta y cuatro— y descubrí que Marlene Dietrich estaba sentada en la mesa contigua a la mía. Ví a Judy Holliday paseando por la planta principal de Lord & Taylor una tarde, tal vez haga cinco años, y en aquella época o quizás algo antes aquel mismo año, estaba yo de pie en un ascensor que se había parado en la cuarta planta de Lord & Taylor y entró Paulette Godard, con un vestido amarillo. Debía de ser verano, por el vestido amarillo. Judy Holliday llevaba ropa abrigada. Creo que la vi hacia las Navidades de aquel año. De hecho, estoy segura de que era Navidad, porque nunca voy por la planta principal de ningunos almacenes salvo en Navidad, cuando busco la clase de regalo que le hago a gente que usa bolsitas aromáticas, zapatillas Pullman, carteras con aire femenino y cosas así. Me gusta ver estrellas de cine cuando ando por la ciudad. Me gusta reconocerlas y saber quiénes son y tener la conciencia de que allí donde esté ellas me vuelven invisible, un rostro en la multitud, otro par de ojos que miran. Nunca doy empujones para acercarme a las estrellas de cine, ni les pido autógrafos, ni intento cortarles un bucle, pero sí las miro. Siento que reconociéndolas me he ganado el derecho a mirarlas fijamente, y también creo que no les importa. Es distinto si uno no es una estrella de cine. Una vez me confundieron con una estrella de cine. Luego, cuando el error se aclaró, me miraron fijamente por no ser una estrella de cine.

Yo tenía unos catorce años. Estaba sentada en la sala del fondo del Minetta Tavern, había acabado de comer y estaba esperando el café. De pronto, una niña muy pequeña se apretó contra mí y puso un cuaderno de autógrafos

abierto en la mesa, frente a mí. Yo la miré y ella me miró. No sonreímos. Entonces se acercó una mujer, supongo que su madre.

—Oh, señorita Astor —dijo la mujer—, ¿no le firmará un autógrafo a Rosalie? La hemos estado mirando desde que hemos entrado. Yo ya le había dicho que aquí vería estrellas de cine.

—Pero yo no soy la señorita Astor —dije yo.

—¿No es usted la señorita Astor? —preguntó la mujer.

—No, claro que no —dije yo.

—Pues se parece muchísimo —dijo la mujer.

—Lo siento de verdad —le dije a la niña—. No puedo firmar en tu libro.

La niña alargó la mano y la puso sobre el cuaderno.

—Bueno —dijo la mujer—, qué decepción. ¿No puede escribir su nombre, de todas formas? —Y luego añadió—: Venga, escriba «Mary Astor». Escriba algo. Ella no se dará cuenta de la diferencia.

—No —respondí—, eso no.

La mujer agarró a la niña y el libro de autógrafos, furiosa, y se volvieron a su mesa. Yo no las miré alejarse. Me sentía avergonzada. Al cabo de un rato, miré hacia su mesa. La niña parecía abatida y llena de reproche. Me estaba observando y su cuaderno de autógrafos colgaba de sus manos. La mujer me estaba mirando fijamente. Me pareció que tenía una expresión desdeñosa. Me sentí aún más avergonzada. Al entrar en el Minetta Tavern coincidiendo conmigo me habían convertido en una impostora. Todo era culpa mía. Yo era *cualquiera*, pero no había podido ser *alguien* en concreto. Me fui del restaurante a toda prisa, sin tomar café.

Ahora estoy llegando al punto clave de la historia. Desde que volví a la ciudad tras una larga estancia en el campo, he vivido en distintos hoteles de distintos barrios, buscando el lugar donde me gustaría de verdad instalarme. Hace poco, dejé el pequeño hotel del Village donde vivía y me trasladé a un hotel de la calle Ochenta y seis este, justo frente a Central Park. Una noche — un lunes—, iba hacia el hotel a las nueve cuando advertí cierta conmoción y muchas luces brillantes, focos, en la esquina de la calle Ochenta y seis y la Quinta Avenida, justo enfrente. Le pregunté al portero qué ocurría.

—Están rodando una película —me dijo.

Entré en el hotel y le pregunté a la chica del ascensor sobre la película que

estaban rodando.

—Es *Butterfield 8*¹⁸ —me dijo—. Con Elizabeth Taylor. Y Laurence Harvey.

Aquella noche caía una lluvia que no presagiaba nada bueno, y hacía frío. Yo me puse un gran sombrero de fieltro y una gabardina, bajé, salí y me quedé cerca de la esquina, contemplando la escena desde la acera de enfrente. Habían acordonado y vallado el lugar de los focos y las cámaras, estaba muy bien protegido por un batallón de policías y otras autoridades, ocupadas en facilitar el desvío del tráfico y abrirles camino, animando a los motoristas a seguir adelante e incluso persuadiendo a los conductores de autobús de la Quinta Avenida, que mostraban una agradable docilidad. Yo me quedé mirando para ver qué ocurría. Unas pocas personas observaban el lugar cerca de mí, y todos los que paseaban a sus perros se detenían a mirar un momento. Hacía demasiado frío y viento para quedarse mucho rato. Al otro lado de la calle, un diminuto coche rojo brillante estaba aparcado junto al bordillo de la esquina de la Quinta Avenida donde hay un edificio de viviendas. El coche arrancó de pronto marcha atrás, dio la vuelta a la esquina y recorrió una franja de la calle Ochenta y seis, deteniéndose justo enfrente de la entrada de mi hotel. Elizabeth Taylor iba al volante, y Laurence Harvey, sentado junto a ella. Durante la pausa antes de que ella volviera a arrancar el automóvil, Elizabeth Taylor miró el retrovisor y se ahuecó ociosamente su oscuro pelo, que llevaba alborotado, con la mano izquierda. Laurence Harvey miró más de cerca el retrovisor y con las dos manos se arregló el pelo con un peine. A una señal que yo no advertí, la señorita Taylor arrancó el coche, avanzó y volvió la esquina y se detuvo donde estaba originalmente, justo frente a la marquesina del edificio de viviendas. El señor Harvey salió inmediatamente del coche. Llevaba abrigo. Se tambaleó. Un portero de uniforme corrió hacia él para sujetarle. Y así sucesivamente. Repitieron esa escena varias veces —muchas— retrocediendo con el coche, deteniéndose y adelantando de nuevo. Era una noche realmente fría. La gente seguía viniendo a mirar y luego se marchaba. En un momento dado, llegó un policía y puso una barrera frente a mí. Yo miré a mi alrededor. Era la única persona tras la barrera.

Ahora tengo un sueño. En mi sueño, son cerca de las dos de la madrugada y hace un frío horrible. Yo estoy de pie en la esquina de la calle Ochenta y seis y la Quinta Avenida y enfrente, está Greta Garbo de pie, rodeada de focos y

enormes cámaras. Lleva un enorme sombrero de piel que no oculta su espléndido rostro. Donde yo estoy es oscuro. Al otro lado de la Quinta Avenida, los árboles, la hierba y los caminos de Central Park han desaparecido en la noche. No hay tráfico de ninguna clase. Llega un policía y pone una barrera frente a mí. Yo miro alrededor. Estoy sola. Yo soy toda la multitud que hay. Soy la multitud. Miro a Greta Garbo y rujo como si fuese una multitud. Me invade el entusiasmo y aúllo. En cuestión de minutos, soy una turba. Empujo para tener mejor vista de la señorita Garbo y luego me proyecto descontroladamente como una ola hacia delante. La barrera cae con estrépito. Llegan policías y forman un cordón para contenerme. Dos policías cogen la barrera e intentan levantarla mientras los demás policías clavan los talones al suelo y casi se sientan en la acera en su determinación de mantenerme dentro de los límites. Empiezo a animar. Estoy casi completamente descontrolada. Parece que me estoy convirtiendo en un disturbio, pero llegan refuerzos de policía y me calmo. Pronto estoy de nuevo tras la barrera. Los policías desaparecen. Yo continúo mirando a Greta Garbo. De pronto, aparece Jean Gabin entre las sombras. Lleva el uniforme de un oficial del ejército francés en la guerra de 1914. El señor Gabin dice:

—Llevo mirándola hace rato. ¿Nos hemos visto en algún sitio antes? Estoy seguro de que la conozco.

—No, no lo creo —respondo yo.

—Usted me parece muy familiar —dice él—, estoy seguro de que la he visto antes.

—No creo que nos hayamos visto —digo yo—. Pero puedo decirle una cosa. No soy Mary Astor. Ni siquiera me parezco a ella.

—Claro que usted no es Mary Astor —dice el señor Gabin—. No se parecen en nada. ¿Cómo iba a serlo? Usted es invisible. Cualquiera puede darse cuenta.

Y desaparece en la brumosa dirección de Central Park. Yo me quedo tras la barrera, contemplando a Greta Garbo.

Y aquí acaba mi sueño, pero de hecho, esta es una ciudad maravillosa. Siempre me da algo en qué pensar. Ahora estoy pensando en la avenida Madison. El mejor trayecto de autobús de la ciudad está allí, pero esta noche creo que andaré por Madison hacia casa. Nunca he sido invisible en la avenida Madison, pero quizá después del paseo que daré esta tarde, entre las

seis y diez y las siete menos veinticinco, tendré una historia distinta que contar. Tal vez será Alee Guinness el que no me vea.

3 de diciembre de 1960

LUGARES LEJANOS CERCA DE AQUÍ

El mundo me parece ruidoso y molesto en verano, y en los meses más calurosos siempre tengo demasiada conciencia de las habitaciones en que vivo y me impaciento con ellas, siento que me asfixian y por esa razón, cuando el tiempo de verano en Nueva York llega a sus temperaturas máximas, me invaden poderosas oleadas de recuerdos de otros veranos y otras habitaciones en distintas partes de la ciudad, donde he vivido. El verano en la calle Sullivan fue mínimo, caluroso y tranquilo, como la habitación que yo tenía, que medía tres metros ochenta por tres metros sesenta y tenía una enorme chimenea y ningún armario. Fuera había una especie de patio con una fuente que nunca funcionaba, pero el portero tenía un botones y el botones tenía un gatito y los dos disfrutaban mucho de ese patio. En la calle Hudson la habitación era más grande y tenía una enorme chimenea, pero no tenía cocina, y la tienda de periódicos y refrescos de la planta baja contigua tenía una máquina de discos que tocaba *You Always Hurt the One You Love* (Siempre haces daño a quien amas) durante todo el verano, a todo volumen. Yo estaba en el tercer piso y la señora del cuarto recibió mi cheque del alquiler en su buzón por error y la casera, que alimentaba grandes sospechas hacia la primera planta, seguía preguntándome por el cheque, y finalmente tuve que hacerle otro y anular el pago del primero, y entonces la mujer del cuarto apareció con el cheque original y todo el mundo parecía satisfecho, aunque yo había tenido que pagar los dos dólares necesarios para la anulación. Luego me trasladé a una habitación enorme en la calle Diez, con ventanas frontales que me daban una buena vista de los tejados y el cielo, y tenía una chimenea diminuta que no funcionaba y dos grandes armarios roperos. Estaba en la sexta planta, el techo era bajo, la azotea que quedaba encima estaba asfaltada y el calor era intenso, pero seguía siendo una bonita habitación, excepto

cuando intentaba reunir fuerzas para salir. Un sábado por la noche, me pasé dos horas arreglándome con aquellos mil grados de calor de la habitación, y cuando estaba ya lista para salir, llegaba tarde y corrí escaleras abajo los seis pisos y lo hice muy bien hasta que llegué al rellano del primer piso, allí tropecé y caí de cabeza hasta el final. Al levantarme, tenía los brazos sucios, mis guantes blancos hechos un asco, el cabello despeluchado y al pensar en mí viviendo en aquel edificio tan sucio y caluroso, me senté en el suelo y me eché a llorar de rabia.

Mi siguiente parada fue en la calle Veintidós, cerca de la Novena Avenida, donde tenía dos habitaciones con chimenea en cada habitación, una cocina auténtica y derecho a *usar* el jardín. Fuera, en la calle Veintidós, la gente se peleaba todo el día y toda la noche, pero con más fuerza por la noche porque estaba oscuro. Cuando llovía, salían a las puertas a discutir y luego salían a pegarse. Encima de mí vivían unos jóvenes que tocaban *Come On-a My House* (Ven a mi casa) todas las tardes, todas, cuando oscurecía, y luego todo el día los sábados y domingos. No tenían alfombras ni nada en el suelo y cuando sonaba el teléfono todos corrían a cogerlo y resonaba por todas partes. Su tocadiscos era potente y el sonido martilleaba a través de mi techo hasta que ya no me quedaba nada en la cabeza salvo esa horrible canción. Un sábado por la tarde, el dueño del edificio vino a llamar. Era un dueño a larga distancia, a través de un agente y un gerente. Su familia había vivido allí en otro tiempo y él entró en mi apartamento y cogió la única cosa que podía haberme atado al lugar: un magnífico espejo de cornucopia dorada que llenaba todo el espacio entre las dos ventanas. Dijo que era una herencia familiar y él y su abominable compañero lo arrastraron, pesado y grande como era, y por más apego que yo le tuviera, lo pusieron en su furgoneta y se marcharon con él. Cómo deseé que se les rompiera y les diera siete años de desgracia.

De allí me trasladé a la calle Nueve, cerca de la Quinta Avenida, donde tenía dos habitaciones agradables, una chimenea y una terraza que en primavera y verano se veía rodeada de copas de árboles. Una mañana de primavera, temprano, mi gatita saltó de la terraza a un tejadillo que sobresalía debajo y se sentó en un alféizar mirando al caniche que vivía en el piso de abajo, el caniche empezó a ladrar y despertó a sus dueños, que se pusieron muy desagradables, asomándose a la ventana y mirándome y diciéndome que mi gata era muy molesta. Yo bajé a rescatarla y, a partir de entonces, cuando

me los cruzaba en la escalera les miraba desafiante.

Otro verano, yo estaba viviendo en el hotel Earle del Village, donde tenía dos buenas habitaciones separadas con puertas correderas y las ventanas me traían brisa de tres direcciones distintas, cuando soplaba brisa. Fue el verano más caluroso que recuerdo, pero no recuerdo lo que oí ni lo que sentí tanto como lo que vi. Los días laborables solía salir del hotel hacia las siete para ir a mi oficina, que tenía aire acondicionado, y una mañana, poco después de las siete, estaba sentada en el mostrador de un *drugstore* que entonces había en la esquina de la calle Ocho y la Quinta Avenida, cuando pasó por allí una chica negra con un vestido de algodón amarillo. Tendría unos diecisiete y parecía más nueva que todo lo que se veía en la ciudad. Incluso a aquella hora, el calor era impresionante, pero ella parecía más nueva que un narciso. Su vestido estaba triunfalmente limpio y almidonado, yo estaba segura de que lo había planchado ella misma y me sentí avergonzada porque ya nunca me plancho nada. Parecía muy decidida, andando hacia su trabajo, y muchas veces me acuerdo de ella. Otra mañana dejé mi hotel tarde —hacia las nueve y media o así— y mientras avanzaba lentamente a través del calor cegador por Waverly Place hacia la Sexta, vi a un hombre acercándose a mí que andaba aún más despacio que yo, y que titubeaba cada pocos pasos. Tenía las manos juntas frente a sí y llevaba algo que acaparaba toda su atención. No levantaba los ojos de lo que llevaba en las manos. Toda la atención y cuidado que no prestaba a todas las demás cosas las concentraba en aquello que tenía en sus manos, y parecía agotado y al límite. Solo llevaba una camisa y unos pantalones y zapatos, sin calcetines, estaba sucio y parecía como si no se hubiera duchado, afeitado ni acostado en una semana, y también parecía que no tuviera a dónde ir a echarse y descansar. Se acercó a mí, mirando lo que llevaba en las manos, y yo apenas podía esperar a ver qué era lo que tanto atesoraba y cuando pasó junto a él lo miré y era un trozo de hielo que se le fundía en las manos.

Luego, un domingo por la mañana, iba yo andando de la calle Diez a la Quinta Avenida, hacia mediodía y, tengo que decirlo otra vez, el calor era indescriptible. Al otro lado de la Diez, vagando hacia la Sexta, vi a un hombre que solía andar por mi barrio pidiendo dinero, y pensé que me lo cruzaría y le daría un cuarto de dólar para aliviar mi conciencia, porque pretendía comer en un restaurante caro y con aire acondicionado. Crucé la calle, que estaba

desierta por todas partes, y cuando llegué donde estaba él, había desaparecido. Pensé que podía haberse desmayado de hambre, y bajé la vista, y allí estaba, a medio camino, inclinado hacia el asiento posterior de un coche, registrando unas cestas y una maleta que había allí. Me arrastré a mi lado de la calle con mi cuarto de dólar en la mano, sintiéndome terriblemente incómoda de haberle visto robar y agradeciendo al cielo de que no me hubiera visto entrometerme. Me da la sensación de que todo lo que siento sobre aquel verano y sobre todos los veranos está contenido en la idea que tuve entonces de aquel hombre, porque el mundo parecía tan distorsionado y muerto en el calor, sin nada real y nada irreal, que el hecho de verle robar no me pareció más extraño que el hecho de que yo subiera a un autobús para que me transportase de un sitio a otro.

18 de agosto de 1962

EL VIAJERO

No hay nada como un corto paseo por esta ciudad para recordarnos la naturaleza accidental de nuestras vidas. Hete aquí un encantador domingo de verano —el tiempo es un milagro en sí mismo— y es un milagro que yo estuviera viva para escribir esto. He empezado mi paseo en la calle Cuarenta y cuatro y la Segunda Avenida y lo primero que me ha pasado es que casi me atropella un motorista sobreexcitado que ha doblado la esquina demasiado deprisa. No habría estado sola en mi calamidad. También habría atropellado a una pareja joven y su bebé, que estaban esperando conmigo a que cambiara el semáforo. Pero nos salvamos todos. El hombre no nos tocó por los pelos, y frenó chirriando sin siquiera mirarnos. Todos cruzamos la avenida como si nada hubiera ocurrido, dejando atrás nuestro común milagro, junto con el alivio que no habíamos reconocido. Ellos continuaron con su niño vivo por la calle Cuarenta y cuatro, pero yo había decidido recorrer una manzana de la Segunda Avenida, que parece sombría a pesar de la grandeza con que se yergue, al este, a lo largo del río y alrededor del edificio de las Naciones Unidas. Volví por la calle Cuarenta y cinco, también sombría, y salí a la Tercera Avenida, que ya no es una avenida, sino una hermosa vista si miramos al norte. El derribo del El¹⁹ ha revelado todo el espacio, color y distancia que la Tercera Avenida poseía en secreto, pero yo iba andando paso a paso y no buscaba una vista panorámica. Admiré la Tercera Avenida en la distancia de una manzana y luego me fui hacia Lexington. No tengo un especial afecto por la avenida Lexington. Es un lugar útil, alineado de tiendas llenas de cosas interesantes, pero es una avenida ruidosa y congestionada y yo creo que atrae más atención de la que merece. Con todo, tras mi salvación de una muerte súbita, estaba bien dispuesta a todo lo que se presentara y mientras avanzaba, mirando a mi alrededor, vi a tres personas altas y guapas, dos mujeres y un

hombre, saliendo de un hotel y metiéndose en una limusina que ciertamente les llevaba a Idlewild.²⁰ Llevaban equipaje, iban muy bien vestidos y parecían compuestos y de buen humor y yo me pregunté adónde irían y les envidié. Pensé en Ámsterdam, Marsella y Argel, lugares donde nunca he estado, y deseé viajar en un transatlántico durante unos días, o incluso una semana, y disfrazada con mi equipaje y una mantita a rayas en algún vestíbulo de hotel lejano y dejar que todo el mundo creyera que tenía una razón importante para estar allí y que cuando me fuera, tendría una razón urgente para irme, o que mi siguiente destino estaría prefijado y dependería de planes que no podían cambiarse. Quería estar a merced de estrictas disposiciones durante un corto espacio de tiempo, con un horario para guiarme, billetes, un pasaporte que me explicara y una lista de habitaciones de hoteles lejanos y para mí desconocidos pero que enseguida me resultarían familiares, porque habría dormido en ellos. Y mi excusa y explicación para estar allí estaría siempre en mí: mi maleta, reconocible en cualquier lengua. Mi maleta me traduciría para satisfacción de todo el mundo y sobre todo, para mi propia satisfacción. Iría a una ciudad donde la gente hablaría una lengua que yo no comprendería, así que podría escuchar todo lo que quisiera sin enterarme de nada personal. Es tan agradable poder escuchar voces sin demorarse en lo que dicen. Iría a Ámsterdam. A juzgar por la atención que estaba prestando a la ciudad por la que andaba podría haber estado en Ámsterdam, y entonces me encontré en la entrada de la avenida Lexington del hotel Waldorf Astoria.

Con mi visión de las llegadas y salidas de los viajeros internacionales, entré en el Waldorf y empecé a subir las escaleras que daban al vestíbulo principal. Pensé que podría ir directamente a través del hotel hasta Park Avenue y tal vez observar alguna elegancia transatlántica en mi camino. Cuando llegué al vestíbulo, vi que estaba abarrotado hasta el último centímetro con grupos de hombres y mujeres delegados de alguna convención. Nunca en mi vida he visto a tantas personas tan contentas de verse unas a otras. Lo estaban pasando en grande. Todos sonreían y se estrechaban la mano y hablaban efusivamente. Yo esperaba que no se pusieran a cantar. Atravesé el vestíbulo lo más deprisa que pude y corrí hacia Park Avenue. Cogí un taxi hasta Le Steak de París, en la calle Cuarenta y nueve entre la Sexta y la Séptima avenidas, donde pretendía comer. Había dos hombres, separados, en la barra de la salita central, pero las mesas estaban vacías. Era todo quietud

dominical. Cogí la mesita junto a la ventana y mientras me sentaba, una chica muy joven entró despacio, arrastrando un cochecito con su bebé. Una mujer muy vieja y encorvada iba a su lado, la abuela del niño, o quizá su bisabuela. Debían de ser del barrio porque la anciana, además de su vestido largo y voluminoso, llevaba delantal y zapatillas. Llevaba dos bolsos, el suyo y el de la chica. Habían salido para un momento, a airear al niño en domingo. Nadie entraba al restaurante, pero de vez en cuando la gente se paraba y se asomaba a mirar por la ventana, poniéndose las manos a modo de visera alrededor de los ojos. Querían averiguar si el restaurante estaba abierto, y al comprobar que lo estaba, seguían su camino. Dentro, no ocurrió nada hasta que cinco jóvenes surgieron del gran comedor del fondo, abriéndose camino hasta la calle. Eran cuatro chicos y una chica; todos parecían de la misma edad, dieciocho o diecinueve. La chica era muy guapa, con el pelo rubio y liso, y los chicos tenían buen aspecto. Todos llevaban vaqueros y jerséis y miraban silenciosos a su alrededor con una curiosidad notable, por educada y reservada y al mismo tiempo perfectamente viva y sin ninguna vergüenza. Antes de que llegaran a la puerta, el propietario, Guy, les llamó en francés y les ofreció una bebida.

—*Eau sucré* —dijo, y se echó a reír.

Ya estaban en la puerta, pero se dirigieron a la barra en tropel y se sentaron en las altas banquetas. Todos eran franceses, y estaban de visita. Hablaron con Guy y parecían tan interesados en él como unos por otros. Pensé que parecían incapaces de rudeza o aburrimiento. Estaban contentos, disfrutaban de su ociosidad y en su falta de timidez detecté la elegancia internacional que yo había ido a buscar al Waldorf. No escuché con la suficiente atención para entender lo que estaban diciendo. Miré a la calle, para no mirarles tanto y pensé que sus voces les describían como las palomas en vuelo en la ventana de mi habitación de hotel describen la vista que se extiende allí ante mis ojos. Me hospedo en el hotel Beaux Arts, en la calle Cuarenta y cuatro este entre la Quinta Avenida y la Segunda, y mi habitación está en la planta doce, que queda bastante más alta que la azotea del edificio contiguo, de modo que tengo una vista bastante despejada sobre los tejados bajos y luego al otro lado de la Primera Avenida, al reluciente acristalado del edificio de las Naciones Unidas y, más allá, al East River, y a Queens, que queda al otro lado del río. A la derecha de mi ventana hay un edificio de

apartamentos con una decoración monumental de cuatro leones de piedra sentados en las esquinas de cada tejado inferior. Los leones llevan coronas y sostienen banderines de hierro en sus garras, pero las coronas, los banderines y las garras están sometidos a las palomas, que se posan sobre ellos cuando se les antoja y vuelan libremente por las largas y floridas terrazas del mismo edificio. Más a la izquierda, al otro lado de la calle Cuarenta y cuatro, hay edificios comerciales bajos y moderadamente antiguos, con fachadas lisas, resistiendo como pueden porque seguramente están condenados a un pronto derribo, con todo ese impulso de ambiciosa construcción que lo devora todo. Sobre uno de esos edificios hay una gran terraza casera, pintada de un rosa esperanzador. A las palomas les da igual. Todos los edificios, altos y bajos, son solo distintos niveles de la gran arena en la que juegan todo el día, y las palomas se enseñorean de todo lo que está a la vista y fuera de la vista. Mientras escuchaba las voces de la barra, empecé a imaginar que conocía un país donde la gente se sentía tan cómoda consigo misma que podía sentirse cómoda en todas partes. Estaba pensando en otro mundo, no en Francia. Luego, para mi sorpresa, vi a los cinco jóvenes franceses en la acera, al otro lado de mi ventana, y mientras los miraba se alejaron calle abajo y desaparecieron de mi vista. Se fueron y yo había acabado de comer, pero aún no estaba dispuesta a irme. Observé la entrada a la sala del fondo hasta que apareció el camarero y le pedí otro *café-filtre*. En realidad, no me gusta el *café-filtre*, pero cuando estoy en restaurantes franceses siempre lo pido. Creo que esos obligados *café-filtres* son lo único que probablemente llegaré a conocer de Marsella.

20 de julio de 1963

LA SEXTA AVENIDA MUESTRA SU VERDADERO YO

Últimamente he dado paseos ovalados, entre la calle Cincuenta y nueve y la Cuarenta y cinco y solo entre cuatro avenidas —la Sexta, la Quinta, Madison y Park. Generalmente voy sola y me parece que esas cuatro avenidas dentro de esa zona han impreso en mí sus distintas personalidades con tanta insistencia que me impulsan a hacer algunos comentarios.

He estado buscando algo bueno que decir de la Sexta Avenida, pero he fracasado en mi búsqueda. La Sexta Avenida muestra su verdadero yo solo durante las dos horas después del alba, cuando está casi desprovista de vida. Durante esas horas, en el silencio y la agradable y límpida claridad, el desorden fantasmagórico e insustancial de esas manzanas de estructuras se hace evidente y cualquiera que transite solo a través de esa fealdad puede ver sin ningún problema que la Sexta no es una vía humana, sino una imitación artificial de una vía, y que su propósito no es ofrecer un paso seguro, agradable o hermoso a la gente de la ciudad, sino propiciar, aunque sea por un momento, la fuerza que se alimenta de la expectación y el caos. Esas manzanas, hasta donde llega la vista, no ofrecen nada excepto la amenaza, o la promesa de que caerán en ruinas. Los edificios no reflejan nada del pasado ni nada del futuro, ningún indicio de vidas pasadas o por venir, sino solo un recordatorio de cosas que no deberían haber pasado y una garantía para las cosas que no deberían pasar.

La Quinta Avenida es distinta. Es bonita, amplia y satisfactoria en todos los aspectos, pero las tiendas parecen muy alejadas. No lo están, por supuesto —están unas junto a otras, en el modo habitual—, pero cuesta más andar y se hace más largo en la Quinta que en cualquiera de las demás avenidas, porque

la anchura de las aceras propicia el avance en zigzag; en lugar de andar en, con o contra la multitud, como suelo hacer en las aceras corrientes, aquí, el espacio extra me lleva a ir esquivando la multitud, entrando y saliendo de ella. La Quinta Avenida mejora después de las ocho de la noche y adopta su aspecto desierto hasta después de las diez, y los domingos por la mañana está silenciosa incluso después de las diez.

Park Avenue exhibe tal aire de vasta indiferencia a la humanidad que nunca resulta interesante recorrerla a pie. Su rostro está cerrado y los hermosos lechos de flores plantados a lo largo del centro solo insinúan que la vista sería más aburrida sin ellos. Park Avenue parece amistoso en Navidad, con todos esos enormes árboles iluminados, pero es a todas luces una avenida espléndida para vivir, aunque no para contemplarla ni pasear por ella.

Mi avenida favorita, buena a todas las horas del día y la noche, es Madison. Siempre que ando por Madison pienso en la ropa maravillosa y la alegría, y en la posibilidad de poseer ambas cosas a la vez. La avenida, que parece estrecharse y hacerse más interesante cada año, tiene un aire relajado y frívolo. Es incluso romántica. Los escaparates están muy cerca del suelo o parecen tan cerca que por muy deprisa que andes no puedes evitar ver lo que muestran, y los escaparates de la segunda planta son a veces aún más fascinantes que los de debajo, así que tienes que inclinar la cabeza para averiguar exactamente qué hay ahí arriba, algo que sabes que deseas intensamente, ese color tan bonito o esa forma tan misticadora. No quiera el cielo que haya nunca un disturbio en la ciudad, pero si lo hay, yo iría directa a la avenida Madison con mi pedrusco o mi ladrillo y cerraría los ojos antes de arrojarlo, porque difícilmente habrá algún escaparate que no contenga algo que me gustaría poseer.

Todo este tiempo he estado pensando en algo bueno que decir de la Sexta Avenida. Ahora recuerdo el paseo que di la mañana de la última gran nevada. En aquella época yo estaba viviendo en la calle Cincuenta y ocho oeste, y había salido de mi hotel justo después del alba, recorrí a pie todo el trayecto hasta la calle Cuarenta y cinco y apenas vi un alma. Había caído una densa capa de nieve y seguía cayendo. No había signos de que fuese a dejar de nevar y al mirar a mi alrededor, abriéndome camino, no pude imaginar ninguna razón para que la nieve cesara nunca de caer. Miré los edificios que tenía más cerca y luego alejé la vista hacia sus tejados, que quedaban ocultos en una brumosa

confusión de cielo y nieve, y miré la Sexta Avenida hasta el punto que me lo permitían los copos de nieve, y allí donde mirase, los edificios se habían despojado de su aire chabacano y temporal y aparecían teatralmente perdidos y desolados, como si estuvieran en una película y pronto fueran a parpadear y desaparecer para siempre. Por tanto, puedo decir esto en favor de la Sexta Avenida: es un lugar perfecto para la nieve, y allí la nieve siempre seguirá cayendo, toneladas y toneladas y toneladas de nieve, haciendo la avenida intransitable, de modo que cualquiera que forcejee para llegar allí pueda mirarla con afecto. Porque la Sexta Avenida posee una cualidad que algunas personas adquieren, a veces de un modo repentino, que las condena a ser amadas en el momento en que se las contempla por última vez.

4 de noviembre de 1961

MIRO POR LAS VENTANAS DE ESTE VIEJO HOTEL DE BROADWAY

Desde las ventanas que tengo en la undécima planta de este viejo hotel de Broadway, miro a la calle Cuarenta y ocho oeste, donde los tejados de unas pocas casitas que allí sobreviven forman un pozo profundo dentro de la alta ciudad que ha crecido a su alrededor. Broadway queda a mi derecha, Broadway y sus brillantes luces. Un trombonista del Latin Quarter aparece en su azotea cada anochecer y da un concierto él solo y para nadie. En ese punto, el tejado solo tiene un piso y medio de alto y la multitud que se apresura justo debajo debe de estar ensordecida por el barullo de Broadway, porque nadie parece pararse a mirarlo. Desde aquí arriba, donde yo estoy, puedo oírle con toda claridad. Sube durante el intermedio, supongo, y pasea un minuto, haciendo ejercicio. Luego se acerca al borde de la azotea y empieza a tocar. Toca para las estrellas y toca para la calle y toca para sí, con un amplio ademán a la derecha y a la izquierda. Es un hombre fornido con camisa blanca y pantalones negros y su escenario es un tejado ennegrecido que se inclina hacia abajo allí donde está él, con sus dedos de los pies casi tocando el deslumbrante río de neones blancos y amarillos que resiguen las paredes del club. Se yergue en medio de una vasta explosión de luces incansables —todas las luces de Broadway a toda máquina—, pero sería invisible de no ser por la blancura de su camisa y el brillo de su trombón. Esas luces de Broadway son egoístas. Se iluminan solo a sí mismas. Al trombonista no le importa. En su repisa de oscuridad, en medio de todo el esplendor, interpreta tan devotamente como si tuviera el mundo a sus pies.

Una noche apareció en el tejado a las siete, claramente visible en el aire azulado de otoño. Tomó su posición al borde de la azotea y empezó a tocar, y

en aquel momento apareció un joven extremadamente alto entre las dos torres de agua pintadas de azul del hotel Flanders —un hotel de doce pisos, que queda a mi izquierda— y empezó a tocar el clarinete. Los dos parecían tocar *A Gypsy Told Me* (Me lo dijo una gitana). El trombonista, pocos pisos por encima de la abarrotada calle, miraba al este, y el clarinetista, a media manzana de distancia de él y a doce pisos de altura, también miraba al este, y alrededor de ellos, arriba y abajo, en ambos lados y en todas las direcciones, lejos y cerca, alto y bajo, estaban rodeados de paredes de ventanas, y todas las ventanas eran ciegas, porque no se veía ni una sola cara en ninguna de ellas.

Es el centro de la zona de teatro y ocio de Nueva York, pero la jovialidad y el compañerismo son escasos; su atmósfera es de raída transitoriedad y su corazón es adverso. Es un barrio ruinoso de hoteles baratos, pensiones, oficinas, agencias, estudios, restaurantes y bares, y de tiendas que recogen y desaparecen en una noche. Si alguien anda por la calle, la encontrará llena, abarrotada, colorida, desaliñada y con un aire pirata y libertino, pero a esas primeras e inquietantes horas de la madrugada, que aquí llegan muy bruscamente, las líneas irregulares de los tejados muestran un estoico malestar, esa mecánica soledad urbana que deriva siempre al extremo del caos, lejos del retraimiento. Las casas pequeñas marcan los vestigios de una calle en la que se llevaba una vida corriente —una vida social, doméstica, ordinaria, una vida real, con niños, padres, abuelos, tíos y amigos de familia, con árboles de Navidad, libros de texto, vestidos de boda y cumpleaños—, pero se ha reducido a poco más que un terreno de acampada de paseantes, viajeros, turistas y transeúntes de todo pelaje. Todos se trasladan. Muy poca gente se queda aquí, solo algunos que no tienen más opción y otros se quedan porque se sienten ligados al vecindario desde los viejos tiempos y no pueden permitirse marcharse, aunque apenas puedan permitirse quedarse. Cada persona está aislada de las demás, aislada de la gente con la que intercambia los buenos días, como si fuera por miedo a la traición. Una anciana que vive sola en una habitación de hotel individual, frenética de aprensión, coge el teléfono, pero no puede llamar a nadie. Intenta decirle al recepcionista lo que la amenaza y él la escucha, pero tiene que atender a la centralita y vigilar la entrada de la calle y los ascensores, en cualquier caso tiene otras obligaciones, y además, ya ha escuchado su historia muchas veces, de labios de otros, en otros años y en otros lugares derrotados como este. La anciana

cuelga el teléfono y comprende inmediatamente que ha cometido un error. Es un error que hasta ahora había guardado para sí. Sabe perfectamente que no debe atraer la atención hacia ella. Esta es su última estancia en el país de los vivos y solo está aquí para sufrir. El hotel no la echará de menos si se va y podrán alquilar su habitación en un minuto. Ella no tiene que quejarse y debe vigilar sus pasos. Debe ser más que educada; debe ser obsequiosa. Si eres viejo y pobre y la camarera del hotel se vuelve contra ti, te has quedado sin suerte.

Este hotel era magnífico cuando lo construyeron, en 1902, pero ha descendido en picado. El vestíbulo se ha reducido a una parte de lo que fue, y el antiguo techo adornado, dominándolo todo, convierte en triste caverna el pequeño y mezquino espacio donde está la recepción y los ascensores. El vestíbulo era inmenso, con una orquesta tocando y —según me han contado— una fuente, y en la pared del fondo había una hilera de ventanas nobles que daban a los jardines de las casitas de la calle Cuarenta y ocho, las que veo desde mi ventana. Tres de los jardines siguen ahí, pero ahora están hechos un asco, y los otros tres, junto con sus casas, han sido destruidos para construir un aparcamiento. El aparcamiento está lleno todo el día y la mitad de la noche, pero al alba está desierto, excepto por las palomas, que bajan de los aleros y los tejados y se reúnen en bandada a picotear pacíficamente, como aves de corral, mientras una flaca gata callejera y madre reciente conduce a su camada de gatitos, que aún no saben que son callejeros, entre los cubos de basura que se alinean al pie de este hotel y de los restaurantes contiguos. Pero la mañana transcurre y la ciudad empieza a apurarse. A las once y media de esa mañana, las palomas y los gatos se han ido del aparcamiento y han llegado y aparcado coches, y los restaurantes de la calle se preparan para la hora punta del almuerzo.

Yo tengo dos grandes habitaciones en la undécima planta, dos amplias, bonitas y espaciosas habitaciones divididas con puertas correderas. Los techos son altos y las paredes tan gruesas que nunca he oído un solo ruido del interior del edificio. De fuera oigo muchas cosas. Oigo a los gatos, a las palomas y los coches, oigo campanas de iglesia, motores, camiones de basura y el intempestivo claqueteo de los cubos de basura metálicos, cascos de caballos, música de radio, cánticos, voces que gritan, risas. Denuncias, gritos, cristales rotos, aviones, martilleo, lluvia, el trombonista tocando y el rugido

de Broadway. Luego, a las once y media, oí alguna otra música —la música de una banda muy pequeña— y la melodía que tocaban era corta, dulce y muy libre, música delicada. Esa música venía de Broadway y yo me compadecí de mí misma porque pensé que debía de haber un desfile y yo solo lo vislumbraría cuando pasara la esquina de la calle Cuarenta y ocho. Pero la música se acercó y entonces, en el lado oeste del aparcamiento, apareció poco a poco un hombre. Llevaba un traje azul oscuro y una gorra militar del mismo azul. Él era la banda. Llevaba el tambor atado al cuello y de él colgaba una bandejita para que la gente le arrojara monedas. El platillo iba sujeto a su izquierda y chocaba con algo atado en el interior de su brazo izquierdo. Llevaba la trompeta y las baquetas del tambor, todas las pequeñas piezas de su equipo atadas con cuerdas y si se movía tan despacio era porque casi no tenía piernas. Le habían cortado las piernas muy por encima de la rodilla, pero tenía suficiente fuerza para poder andar con ellas no paseando, sino con un avance firme, y tocaba todo el tiempo. Parecía muy pequeño. Golpeaba el tambor y soplaba la trompeta, entrechocaba los platillos, tocaba una flauta pequeña, y aunque la calle estaba bastante llena, nadie que yo pudiera ver le prestaba atención, ni nadie le daba dinero. Él parecía tan indiferente a los que le rodeaban como ellos le ignoraban a él y a su música, pero mientras avanzaba seguía volviendo la cabeza hacia el aparcamiento. Le interesaba mucho el aparcamiento. Lo examinaba. Se volvía a mirarlo. Parecía estar considerándolo. Tal vez solo hacía lo que hacemos a menudo cuando estamos solos en público: ocultar la cara fingiendo un interés en cualquier cosa que se presente, sea lo que sea, mientras no pueda devolvemos la mirada. De pronto, un coche entró en el aparcamiento a gran velocidad y, cuando se detuvo, los frenos chirriaron horriblemente y, antes de detenerse, atravesó la acera como un cohete y se acercó tanto a la espalda del músico que yo estaba segura de que le había rozado, pero el músico no mostró signos de miedo, ansiedad ni rabia; ningún signo de interés. Continuó dándole al tambor, a los platillos, tocando la trompeta; su música no desfalleció. Imperturbable, siguió abriéndose camino y desapareció de mi vista tras las casitas que quedaban justo debajo de mí. Su música despreocupada e inocente se fue haciendo más débil y al fin se desvaneció y ya no le oí más. Pensé que podía dar la vuelta y regresar a Broadway por este camino, pero no volvió, al menos, no mientras yo esperaba.

21 de octubre de 1967

EL SEÑOR SAM BIDNER Y SU SAXOFÓN

Ninguno de los hombres del agradable grupo que cenaba en una mesa en el restaurante Adano en Nochevieja tenía un rango menor que capitán. Estaba el capitán James Ancona, el capitán Mickey Fields, el capitán Joe Linder, el capitán Bob Freed, el capitán Tom Shaw. Luego estaba el jefe de comedor Eddie Femine, el *maître* Gigi, el gerente de noche Harry Spector, el director de banquete Sonny Dalí, el director de escena Erni d'Amato, el director musical Sammy Fields (música del espectáculo), el director musical Sammy Bidner (música de baile), el gerente Henry Tobias y el botones Jack Hunter, que llevaba su uniforme, todo botones. Esos hombres constituían la banda de metales del Latin Quarter y estaban reponiendo fuerzas en el Adano antes de volver a su propio palacio reluciente a enfrentarse con la noche más fiera del año en el club más grande de Nueva York. Había nevado, no hacía mucho frío, era uno de esos anocheceres en los que el edificio del Empire State humea con la luz. Y era pronto, aún no habían tocado las seis. A esa hora, los grupos de gente que merodean por Broadway y sus alrededores aún llevaban niños, para obsequiarles con el último atisbo de las luces y los árboles de Navidad, la cena de Nochevieja y luego a casa a dormir el Año Nuevo. En el Adano, los hombres del Latin Quarter se estaban poniendo las botas. Empezaron con una ensalada de pescado y siguieron con el *antipasto*: setas braseadas, pimientos asados, corazones de alcachofa en aceite de oliva, setas en vinagre y mucho más. Tomaron ensalada verde, tallarines con salsa de langosta, kilómetros de *ciabatta* —integral y blanco—, budín de queso y café. También pidieron dos platos de tallarines con bolas de carne, uno de escalopines de ternera con salsa de limón, muchos pidieron langosta Fra Diavolo y dos

pidieron churrasco. Todos los hombres bebieron vino italiano. Era un grupo atractivo, con un aire demasiado alerta para parecer mundano, pero demasiado mundano para no parecerlo. Estaban sentados en una mesa larga que les habían dispuesto especialmente en el centro de la sala, todos iban de oscuro —traje de etiqueta o esmoquin, excepto el señor Eddie Femine y el señor Sammy Bidner. El señor Femine, que es alto y elegante, llevaba un jersey de cuello de cisne beige y el señor Bidner una chaqueta de pata de gallo de aire deportivo con cortes laterales. El señor Bidner había traído un pequeño saxofón y lo tocaba cada vez que se levantaba de su sitio, a medio camino de la larga mesa. Se levantaba muy a menudo. Algunos de sus colegas llegaron tarde y cada vez que aparecía alguno, el señor Bidner se adelantaba a recibirle con su serenata. Bidner andaba de un modo rápido y ligero, parecía moverse sin hacer ningún ruido, como si siempre se mantuviera a un par de centímetros por encima del suelo y pudiera dar una vuelta completa, o dos, o tres, sin cambiar de postura ni de expresión y sin perder ni una nota de su música. Creo que podía incluso andar hacia atrás rápidamente mucho rato sin tener que mirar por encima del hombro. Tenía unas cejas negras muy pobladas y la expresión de sus ojos mantenía la misma intensidad cuando miraba a un extraño o cuando hablaba con un amigo, o mientras examinaba cuidadosamente algún punto misterioso a corta distancia. Parecía mirar a través de lo que había en la sala, pero no más allá. Cuando no estaba tocando su saxofón, su expresión era reservada y al mismo tiempo conspirativa. Parecía vivir a alta velocidad, tal vez porque se movía tan suavemente. Cuando tocaba, se agachaba levemente, y cuando no tocaba, retrocedía, preparado para empezar a tocar de nuevo. Tocando o sin tocar, sus ojos inquietos y atentos no daban signos de lo que veía o detectaba, ni tampoco mostraban ningún indicio de lo que estaba pensando. Su corte de pelo era dickensiano. Sobre sus enormes cejas negras, la calva le brillaba redonda y desvergonzada, pero tenía una densa franja de pelo negro en los lados y el dorso de su cabeza.

En los extremos de la estancia, junto a las paredes, había clientes habituales de Adano sentados cenando y el señor Bidner iba a cada mesa y tocaba la melodía que le pidieran. Fuera lo que fuese lo que le pidieran, lo tocaba poniendo el alma en ello. Había un globo gigante. El señor Ernie d'Amato puede hinchar globos del tamaño y la forma que quiera: perros,

gatos, jirafas, supongo que incluso automóviles. A algunos de nosotros, en el Adano, nos habría gustado ver cómo se formaba un globo con forma de animal, pero no habíamos traído globos y el esmoquin del señor d'Amato acababa de volver del tinte; sus bolsillos estaban vacíos de globos. Solo podía sonreír pesaroso, un fabricante de juguetes en vacaciones. Aquella era una mesa bulliciosa. Los camareros de Adano, que generalmente se mueven a un paso normal, avanzaban por la sala tan deprisa como sombras de sí mismos y la cena parecía aún en curso cuando de pronto todo acabó y el grupo empezó a disolverse mientras aquellos hombres se disponían a retomar sus puestos en el Latin Quarter. Salieron por parejas y tríos, todos sonriendo animados, sin quejas. Todo el mundo había cenado muy bien. Aún seguía nevando, pero del Adano al Latin Quarter hay una corta distancia —por la calle Cuarenta y ocho y al otro lado de la Séptima Avenida, donde está el club, en su pequeña isla privada entre la Séptima y Broadway. El jefe de comedor Eddie Femine se quedó atrás para pagar la cuenta. De pie ante la barra leía cuidadosamente la nota, mientras Joe Pariente, gerente nocturno del Adano, le observaba. El señor Femine estuvo muy callado hasta que llegó a una entrada, que le hizo levantar la cabeza y mirar a Joe Pariente con expresión desagradable:

—¡Dos dólares la ración! ¿Quiénes se han creído que son? —aulló, y luego, riéndose como un loco de la televisión, volvió a su escrupuloso examen. Era la bromita del señor Femine. Pretendía ser un cliente cualquiera. Detrás de la barra, Bob, que parece imperturbable tanto si sonríe como si está serio, sonrió. Cuando pagó la cuenta, Eddie Femine felicitó a Joe Pariente por la comida, el vino, el servicio y la atmósfera, le deseó un feliz año nuevo y se marchó. Era el último del grupo del Latin Quarter y cuando Josephine, la señora del guardarropa, le vio salir, surgió de su cabina sonriendo radiante.

—Qué encantadores, ¿verdad? ¿Verdad que son encantadores?

Todo cliente del Adano recibe dos saludos de Josephine, uno al llegar y otro al marcharse. Para Nochevieja, Josephine se había puesto una túnica negra y plateada y llevaba el pelo recién aclarado con Miss Clairol's Moongold. Sin todo el grupo del Latin Quarter, el Adano parecía muy tranquilo. Joe Pariente se apoyó en la barra y se permitió una mirada ausente por un minuto, pero el teléfono sonó y tuvo que contestar. Volvió diciendo:

—Un grupo del radio City Music Hall quiere una mesa para diez a las nueve y media. Llamaba Freddie Pasqualone.

Fue la última reserva que aceptaron. El Adano estaba lleno de reservas hasta la medianoche. Iba a ser una gran noche, pero aún no habían empezado. El reloj marcaba las siete menos cuarto. Había mucho tiempo. Los camareros empezaron a desplazarse a la velocidad ordinaria, y pronto las mesas que habían juntado para el gran grupo estaban separadas y puestas con sus manteles limpios, la cristalería y la plata. El restaurante dejó de parecer como si se hubiera acabado la Nochevieja y empezó a parecer el de siempre. Joe Pariente recordó que había sobrado algo de la ensalada de pescado y que quería enseñarla. La ensalada de pescado no está incluida en la carta del Adano. Los del Latin Quarter la habían encargado especialmente con antelación. Gambas, almejas, calamares y pulpo troceados en pedacitos con limón, aceite, ajo y pimentón; esa es la ensalada de pescado y tiene un aspecto delicioso. Cuando todos la habían admirado y elogiado, Joe llevó la fuente al refrigerador del escaparate, donde la gente que pasaba por la calle podía ver botellas de vino, una cesta de peras, manzanas y uvas y *antipasto* rojo y verde.

Aún seguía nevando. La calle Cuarenta y ocho de esa manzana es una calle de músicos, con muchas tiendas grandes que venden instrumentos musicales y partituras, además de estudios de práctica y estudios de profesores. En diagonal frente al Adano, la ventana del segundo piso de Suministros para percusión Frank Wolf estaba iluminada con luz tenue y mostraba relucientes oropeles diseminados alrededor de una hilera de tambores de distintos tamaños y colores: un tambor azul real, un tambor azul pálido, un tambor turquesa, uno rosa y dos dorados, uno brillante y reluciente y otro dorado opaco. A través de la nieve y la oscuridad, el pequeño escaparate de tambores y oropeles parecía una naturaleza muerta de Nochevieja. Sería agradable pensar que todos aquellos hombres del Latin Quarter volverán al Adano en la siguiente Nochevieja y tomarán exactamente la misma cena y harán las mismas bromas, y que el señor Sammy Bidner tocará el saxofón por la sala otra vez. Pero el año que viene no habrá calle Cuarenta y ocho. Ya han derrumbado una serie de casas y, en los días laborables, esta calle está llena del asfixiante polvo blanco de los derribos. La calle Cuarenta y ocho está desapareciendo. Hace falta espacio para oficinas, pero alguien debería escribir un Lamento por la calle Cuarenta y ocho, un lamento animado, porque la calle Cuarenta y ocho siempre ha sido una calle animosa. Y por cierto, ¿quién es Freddie Pasqualone? Freddie Pasqualone es un miembro de la orquesta sinfónica del

Radio City Music Hall. Toca la trompeta.

20 de enero de 1968

EL AILANTO, NUESTRO ÁRBOL DEL JARDÍN DE ATRÁS

El ailanto, el árbol del jardín de atrás en la ciudad de Nueva York, ha aparecido últimamente por Broadway. «Aparecer» es la palabra exacta, porque el ailanto aparece, como un fantasma, como una sombra, por encima del vacío de los viejos *brownstones* que derriban constantemente en estos días. Desde el norte, desde el sur y desde el este, el espacio de oficinas avanza en Broadway y las callecitas situadas al oeste de la Sexta Avenida se van muy deprisa. Tras las casas antiguas, solo quedan fragmentos de los jardines traseros originales, pero cuando derriban los edificios aparece el ailanto, el tenaz ailanto, crecido, bien alimentado en su trozo de tierra. El primer ailanto que vi en Broadway apareció en la calle Cuarenta y nueve, más allá del hueco vacío que dejó el *brownstone* donde vivían los gitanos. Ocupaban el primer piso de la casa y se habían apropiado también de los escalones de la entrada. El viejo edificio no había cambiado mucho y nueve gastados escalones con peldaños de hierro llevaban a la puerta de entrada. Alguien había estrechado el ascenso y lo había facilitado con una barandilla baja de hierro y en las noches de verano, los gitanos se congregaban allí y las mujeres más jóvenes se apoyaban en la barandilla con sus pequeños columpiándose y dando volteretas en las barandillas. Un día, cuando miré la calle después de que los trabajadores de derribos llevaban trabajando un tiempo en esa manzana, vi el ailanto, que en realidad eran dos ailantos; los miré sorprendida y les pregunté:

—¿Estabais ahí todo el tiempo?

Aquel primer día los dos ailantos se veían verdes bajo un cielo azul de noviembre. Hacía 18 grados aquella tarde, un tiempo insólito para la estación,

pero los ailantos aceptaban los cálidos rayos solares serenamente y proyectaban sombras de sí mismos contra el alto y liso muro que quedaba más allá. Los ailantos de la calle Cuarenta y nueve son ahora esqueletos, finos esqueletos, meticulosamente definidos por el muro liso que sobresale del reverso de uno de los edificios de la Sexta Avenida. Dentro de poco esos árboles habrán desaparecido, junto con el muro liso, porque están arrasando esa zona de la calle Cuarenta y nueve y la Cincuenta para hacer sitio al último edificio de oficinas Rockefeller, un rascacielos de cincuenta y cuatro plantas que probablemente será el nuevo edificio de la Esso, según informa el *Times*. En esas calles pequeñas de Broadway, donde la arquitectura es muchas veces tan desafortunada y siempre está tan mezclada, los *brownstones*, que son los edificios más bonitos de todos, son los primeros y más rápidos en caer. Vemos el edificio abandonado, desnudo y vacío, y al minuto siguiente ya no tiene azotea, la fachada ha desaparecido y su interior queda a la vista, con la luz fluyendo como agua fresca sobre curvadas escaleras, paredes empapeladas y pequeñas habitaciones, puertas, techos y esquinas que siguen siendo secretos aunque todo el mundo los esté viendo. Y luego, cuando todo acaba, la casa ya no existe y el denso humo blanco se ha posado en el suelo, queda el ailanto, que habla de supervivencia y de cosas ordinarias. En Nueva York, estos días en que el Orden y el Caos se hacen sombra uno al otro tan de cerca que es difícil diferenciarlos, el ailanto se yergue como un signo de realidad. Los gigantes del Nuevo Espacio para Oficinas no tienen nada que ver con nuestras vidas cotidianas, o con las cosas ordinarias, y se están apoderando de nuestras calles.

Las calles perpendiculares de Broadway siempre han estado abarrotadas de pequeñas empresas de toda clase, y de pequeños restaurantes. Había cientos de restaurantes de cada nacionalidad y con distintos grados de encanto, atmósfera y precio. Todos esos restaurantes tenían algo en común: el propietario era el hombre que se situaba detrás de la caja, o el que venía a saludarte cuando entrabas. Nosotros, neoyorquinos corrientes, éramos reyes y señores en todos esos lugares, aun en aquellos en que el dueño fingiera ser hosco o en los que lo fuese realmente. Podíamos elegir y encontrar nuestros restaurantes favoritos y disfrutar de una de las maneras de sentirnos en casa en esta ciudad. Es en la vida cotidiana, buscando restaurantes, tiendas y un lugar donde vivir, cuando encontramos nuestra vía para entrar en la ciudad. Y hay

que encontrar una vía propia en Nueva York. Porque no es una ciudad hospitalaria. Es muy grande y no tiene corazón. No es encantadora. No es simpática. Es agitada, ruidosa y descuidada, es un lugar duro, ambicioso e irresoluto, no muy animado, y nunca alegre. Cuando relumbra, es muy muy brillante, y cuando no brilla, está sucia. Nueva York no hace nada por aquellos de nosotros que nos sentimos inclinados a amarla, excepto implantar en nuestro espíritu una morriña que nos confunde hasta que nos alejamos de ella, y entonces comprendemos por qué sentimos inquietud. En casa o lejos, sentimos añoranza de Nueva York, no porque Nueva York fuese mejor ni peor, sino porque la ciudad nos posee y no sabemos por qué.

Manhattan es una isla y por eso tiene dos horizontes: el horizonte arquitectónico, efímero y pétreo, y el horizonte eterno, constantemente cambiante, que se crea cuando el agua y el cielo colaboran en medio del aire. Puede ser que el secreto que Manhattan guarda para nosotros se haya perdido en algún punto entre esos dos horizontes, uno duro y vulnerable y el otro vago, mutante e implacable. Lo único que sabemos con certeza es que tiene un secreto que nos ata a ella, algo intranquilo e inquieto, algo que comparte con nosotros aunque no se nos permita comprenderlo. Otras ciudades son misteriosas. Ámsterdam, Londres y Hong Kong son misteriosas. Roma y Berlín también. Nueva York no es misteriosa, Nueva York es un misterio. ¿Qué es este lugar donde el Caos se amplía, se acomoda y se siente en casa? Con el Caos, nos sentimos en casa. Encontramos nuestra vía y establecemos una vida cotidiana para nosotros. Pero cada vez más, la arquitectura de esta ciudad tiene menos que ver con nuestras vidas cotidianas. Los gigantes del Espacio de Oficinas que se están levantando por todo Manhattan son ciegos por encima del suelo y a ras de suelo están entregados a los Bancos y las grandes marcas, a negocios dirigidos por control remoto de compañías y corporaciones lo bastante ricas para permitirse alquileres astronómicos. Las lisas y estrechas calles creadas por los rascacielos de oficinas son mortíferas para andar a la luz del día, y de noche son mudas y peligrosas. Las zonas más deprimidas de nuestra ciudad son ahora las más ricas.

En este preciso momento estoy sentada ante una mesa del English Grill y miro al Rockefeller Plaza. El Promenade Café es luminoso y alegre, con el vago aire institucional común a los restaurantes dirigidos por control remoto, restaurantes en los que el anfitrión no es el propietario. Es un institucionalismo

benigno, no tan malo una vez que te acostumbras. Aquí sentada junto a la enorme pared de cristal, soy parte de la multitud que llena la plaza. La plaza es espectacular, con terrazas y escaleras de piedra y con las largas y persistentes vistas de piedra y de luz y sombra que se producen entre y a través de las torres que rodean el Rockefeller Center. En la pista de hielo, los patinadores dan más y más vueltas. Me pregunto si el ailanto aparecerá alguna vez en Rockefeller Plaza. Supongo que no. El ailanto es un árbol de jardín de atrás, y Rockefeller Plaza es un patio privado solo un día al año. Cada julio, durante un domingo, la plaza se cierra al público. Los demás días, el público puede entrar y salir de ese espacio, gratuitamente. En cambio, el ailanto es silvestre. Crece como una hierba. No hay hierbas silvestres en el Rockefeller Plaza, que es monumentalmente correcto en todos sus detalles y su monumento clave, la maciza escultura conmemorativa de John D. Rockefeller, no tiene ni un rasguño, ni una mancha. Esa piedra conmemorativa es una inmensa cuña de pulido mármol verde oscuro y está puesta en lo alto de las escaleras en el extremo oriental de la pista de patinaje. El lado de la piedra que da a la pista de hielo tiene un bajorrelieve en bronce de la cabeza del señor Rockefeller y debajo se lee:

JOHN D. ROCKEFELLER, JR
1874-1960
FUNDADOR DEL ROCKEFELLER CENTER

El reverso de la piedra, de cara al florido paseo que lleva a la Quinta Avenida, está inclinado para facilitar su lectura y lleva grabados profundamente los diez puntos del credo personal del señor Rockefeller, su «Yo creo». Para cualquiera que se acerque a la piedra desde la Quinta Avenida, las palabras grabadas resaltan con la oscura y terrible autoridad de una profecía. He aquí las palabras del señor Rockefeller:

YO CREO

Creo en el valor supremo del individuo y en su derecho a la vida,
la libertad y la búsqueda de la felicidad.

Creo que todo derecho implica una responsabilidad; cada oportunidad, una obligación; cada posesión, un deber.

Creo que la ley se hizo para el hombre y no el hombre para la ley; que el gobierno es un servidor del pueblo y no su amo.

Creo en la dignidad del trabajo, ya sea mental o manual; que el mundo no le debe la manutención a ningún hombre, sino que le debe a cada hombre una oportunidad para mantenerse.

Creo que el ahorro es esencial para vivir ordenadamente y que la economía es el principal requisito de una estructura financiera saneada, ya sea en el gobierno, los negocios o los asuntos personales.

Creo que la verdad y la justicia son fundamentales para un orden social duradero.

Creo en la condición sagrada de una promesa, que la palabra de un hombre debería ser tan buena como un documento; que el carácter —y no la riqueza, el poder o la posición— es el valor supremo.

Creo que rendir un servicio útil es el deber común de la humanidad y que solo en el fuego purificador del sacrificio se consume la escoria del egoísmo y se libera la grandeza del alma humana.

Creo en un Dios omnisciente y bondadoso, tenga el nombre que tenga, y creo que la más alta realización del individuo, su mayor felicidad, su más grande utilidad son estar en armonía con Su voluntad.

Creo que el amor es lo más grande que existe en el mundo; que el amor solo puede superar el odio; que la razón puede triunfar y triunfará sobre la fuerza.

JOHN ROCKEFELLER JR.

Arquitectónicamente, muy poca cosa notable se ha perdido con la destrucción de la zona de Broadway. Lo que se ha perdido es otra franja del terreno común que compartimos unos con otros y con nuestra ciudad, el terreno común que es lo único que nos separa de la Máquina. Las palabras del señor Rockefeller están ahí para ser leídas por cualquiera que pasea por el Rockefeller Plaza. Tal vez los arquitectos del futuro edificio de la Esso considerarán la posibilidad de conmemorar las palabras de otro neoyorquino, un hombre con una casa de madera construida sobre la arena. Qué agradable sería ver grabado en mármol sobre una pared del nuevo rascacielos Rockefeller: «¡Solo Dios sabe dónde acabará todo!», Wolcott Gibbs.

23 de marzo de 1968

UN NIÑO LLORANDO

Hoy he visto un niño pequeño en la calle y lloraba con tanta elocuencia que nunca lo olvidaré. Estaba bajando las escaleras del metro en la calle Setenta y siete esquina con la avenida Lexington. Hay una gran floristería en esa esquina y su escaparate da a las escaleras. El escaparate estaba lleno de flores de primavera, una conflagración serena y silenciosa tras el cristal y como en la mitad de la luna de cristal, como escritura celeste, una sola línea de neón rojo decía: «Floristería Dana». En este día gris, las flores del escaparate refulgían, pero el rojo del neón era al mismo tiempo crudo y teñido, el color de la presión, si pudiéramos ver la presión. El niño que lloraba tendría seis o siete años e iba envuelto en ropa oscura de invierno demasiado estrecha, aunque era un día húmedo e indeciso que, según el viento, pasan de ser suaves a helados. El niño llevaba una cartera escolar, una especie de grueso maletín que le colgaba contra las piernas mientras andaba por Lexington hacia la entrada del metro, en parte por culpa suya, porque corría de lado a lado detrás de su madre, escudriñándola, intentando averiguar qué lado le ofrecería una mejor visión de su cara. Quería asegurarse de que ella oía su queja. Su voz seguía y seguía. Tenía una gran cantidad de energía en la voz, energía dura. Ella llevaba dos bolsas de la compra, un gran bolso de mano y un gran paquete cuadrangular que sostenía en alto contra el pecho. El paquete la obligaba a subir la barbilla. El niño no tenía ocasión de verle la cara y, en cualquier caso, su expresión decía que solo se preguntaba cuándo tendría posibilidad de sentarse. Era joven y gruesa y andaba muy deprisa, con el negro impermeable abriéndosele al andar. El niño y su cartera iban a su alrededor como si estuvieran atados al borde de su gabardina con goma elástica. Había otro niño, de unos nueve años, que andaba junto a la madre con paso independiente, una cartera más grande en una mano y una bolsa de

compra cargada en la otra. Primero los vi a los tres cuando se acercaban a la puerta de Dana's, que solo está a un paso de la entrada del metro. Cuando pasaron el umbral, el niño pequeño dejó de agobiar a su madre y se puso a perseguir a su hermano, que lo miró con aire ausente, como si fuera una silla, y lo apartó de su camino con un buen empujón de la cartera. El niño pequeño paró de lloriquear y corrió a su madre a pedirle justicia. Ella había vuelto la esquina de la floristería y, con mucho cuidado, empezó a bajar las escaleras. Se concentraba en mantener el equilibrio y su atención estaba más lejos que nunca de su hijo pequeño. El chico mayor se había deslizado más adelante que su madre, había bajado las escaleras y estaba esperando al pie, sin mirar arriba, mirando a la estación. El niño pequeño, siguiendo a su madre, puso la mano en la barandilla para mantenerse firme y tuvo que cambiarse la cartera de la mano derecha a la izquierda. Cuando se dio cuenta de que ahora tenía las dos manos ocupadas, una por la barandilla y la otra con la cartera, se quedó quieto en el escalón, hizo acopio de fuerzas y empezó a quejarse a su madre diciéndole que su hermano le había empujado. Pero el enfado que le había agitado interiormente mientras estaba en movimiento debía de haberse intensificado cuando se detuvo, porque todas sus palabras se convertían en jadeos que le asfixiaban, hasta el punto que solo pudo pronunciar dos sonidos, o más bien dos notas y un solo sonido. El sonido era «¡Aaaaah!» y las notas eran de denuncia y reproche. La denuncia era la nota dura y el reproche era la lastimera nota menor. Mientras continuaba aullando con todas sus fuerzas, la cara se le puso de un tono rojo pálido y vivo que se parecía más en color y sentimiento al neón de Dana's que a ninguna de las flores del escaparate. Las dos notas continuaron como un lamento. Era un lamento. El niño cantaba con dos notas. No había fin para su pesar. Se sentía completamente traicionado, decía su canto. Y continuó incluso después de que acabara de bajar los escalones hasta su madre, que le llamaba desesperadamente desde abajo. Su lamento continuó sin cesar, debilitándose pero manteniéndose intacto mientras descendía. Podría haber sido el último pájaro del mundo, excepto que si lo hubiera sido, no habría quedado nadie para oírle.

27 de abril de 1968

UN JOVEN CON UNA CARTA

Esta tarde, en el Longchamps, en la calle Doce esquina con la Quinta Avenida, he estado mirando a un joven que persuadía a una chica para que cenara con él leyéndole la carta por teléfono. Estaba en la cabina de teléfonos junto al gran ventanal de la calle y leía aquí y allí de la carta, sugiriéndole cosas que comer, y de vez en cuando se quedaba callado y escuchaba lo que le estuviera diciendo la voz al otro lado del hilo. La voz parecía tener mucho más que decir que él, y cada vez, después de escucharla un rato, dejaba de mirar y levantaba la carta frente a sí como si fuera un gancho que pudiera arrastrarla de vuelta al punto que pensaba utilizar. Él quería que cenara con él. Fuera estaba nevando: un firme aleteo de humildes y pequeños copos que se convertían en pelusa gris en cuanto tocaban la acera. De cuando en cuando, un fiero vendaval rasgaba la avenida desde el norte y mandaba los copos corriendo hacia Washington Square, y luego toda la vista parecía estallar y se volvía blanco y peligroso. Estaba oscureciendo. Al otro lado de la calle, la sólida piedra del gran edificio donde antes estaba la Macmillan Company ofrecía un fondo sombrío a aquel pandemonio y la librería de la puerta de al lado, Dauber & Pine, tenía todas las luces encendidas, pero aun así sugería un interior misterioso y lleno de sombras, convirtiéndolo en la propia representación de una antigua librería vista desde la oscuridad de un día invernal; un día invernal de primavera, como era el caso de hoy. La gran cristalera que permite esta teatral vista de la Quinta Avenida es en realidad una pared corredera que, cuando hace buen tiempo, abre el restaurante al café de la acera. Es una disposición que convierte todo el frontal del restaurante que da a la Quinta Avenida en un escenario teatral.

Esta noche, cerrado contra todas las intemperies y el clamor exterior, Longchamps estaba muy tranquilo y cálido, y casi desierto. El joven que leía

el menú al teléfono aún no había hecho aparición cuando yo llegué. Apenas había nadie en la larga, larguísima barra, que parecía solitaria; solo unas pocas personas estaban tomando algo o cenando; había sobre todo mesas vacías en la confortable y gran sala; y el salón del fondo, que es aún más grande, estaba igual de tranquilo. Hace unos años bajaron los techos en esta sucursal de Longchamps, hicieron muchos otros cambios y borraron cualquier vestigio de la incómoda, cavernosa y romántica atmósfera que tenía antes el lugar, pero la sala frontal se salva de ser totalmente convencional gracias a la disposición del café de la terraza. El café está alfombrado en verde y tiene un muro bajo recubierto de mármol de un rosa coral desvaído con un seto en miniatura de boj verde a lo largo del borde, de modo que en verano, la gente allí sentada queda semioculta de los transeúntes y durante todo el año, desde el restaurante, lo único que podemos ver de los transeúntes es lo que se ve por encima del seto: la parte superior de sus cuerpos, sus cabezas y hombros. El toldo del café, estampado por dentro con flores rosas de manzano, se extiende a más de medio metro del borde del pequeño seto, de modo que la vista de la avenida, nevada y tempestuosa esta noche, se ve cortada arriba por las flores de manzano y abajo por el puntiagudo boj verde, convirtiendo el escenario en aún más teatral. Esta noche, con la oscuridad creciendo y todo revoloteando por allí, parecía como si ese trozo de la Quinta Avenida estuviese preparado para el rodaje de una película muy interesante. En cualquier momento aparecería la estrella del film, andando por el otro lado del seto con el resto de la gente que luchaba contra los elementos, pero se apartaría de la multitud y entraría por la abertura del seto y se abriría camino hacia la puerta giratoria. Solo podríamos atisbarle por encima del seto y luego le veríamos vagamente a través de los cristales de la puerta, pero después, entraría en el restaurante y miraría a su alrededor con decisión, registrando su personalidad, antes de irse directo a la barra o a determinada mesa. Llevaría gabardina. Sería una película de espías, tal vez con un asesinato y ciertamente una persecución. Todas esas mesas vacías serían un buen obstáculo, y habría justo los clientes necesarios para registrar el miedo, el horror, el regocijo y etcétera. Todos los camareros y camareras estaban en sus puestos, con todas sus galas. Y eso en este Longchamps significa en las camareras un vestido a rayas azules y grises, un atuendo injusto, desfavorecedor para las chicas y deprimente para los clientes, pero que se prestaría a toda clase de efectos siniestros en los ojos de un cámara con imaginación, pues esas rayas se asocian rápidamente al crimen

y el castigo. Casi cada restaurante ofrece una buena primera escena para una película de espías, pero el Longchamps de la calle Doce con la Quinta Avenida parece hecho a medida para episodios de intriga y persecución, porque, a pesar de todas las remodelaciones que le han hecho, el fondo del restaurante —el extremo del salón del fondo— aún parece prolongarse hasta el infinito. Y al otro lado de la avenida está esa librería con aire embrujado, el adusto frontal gris del edificio editorial y la antigua iglesia presbiteriana, con sus jardines y barandillas. La arquitectura sin nariz a la que todos nos estamos acostumbrando nos ha embotado la visión y pronto nos curará el hábito de mirar la ciudad donde vivimos, pero esta parte de abajo de la Quinta Avenida aún nos permite soñar que hay espacio para que la vida siga fluyendo aquí y allá en vías humanas, más allá de los caminos mecánicos.

El pequeño seto de fuera había recogido mucha nieve cuando apareció el joven que iba a pasar tanto tiempo en la cabina de teléfonos, exactamente como la estrella podía haber hecho su entrada, cabeza y hombros primero a través del seto, y luego cuerpo entero pero borroso tras los cristales de la puerta giratoria, y luego ya estaba dentro —aún de pie, lo que era una suerte, porque era uno de esos que tantean y manotean en las puertas giratorias en vez de empujarlas firmemente. Llevaba una gabardina ancha y arrugada que se le abría y mostraba el forro escocés. Era regordete y no muy alto, y tenía un bonito pelo rubio rojizo y liso que solo le clareaba en la parte superior de la cabeza, casi en una calva. Tendría unos veinticinco o quizás veintisiete años, con ojos azules y rasgos netos: una nariz pequeña y recta y una boca seria. Al entrar al restaurante su expresión decía que estaba determinado a algo —a una sola cosa— y que era indiferente a todo lo demás. No podía haber andado mucho; le había nevado poco. Bajo el brazo sujetaba un fajo de *Observers* londinenses, que había abierto y plegado descuidadamente y parecían medio hinchados como si fuesen a subir, como un soufflé, en cualquier momento. No miró a su alrededor, ni titubeó, sino que habló ansiosamente al primer rostro que vio, que pertenecía a la chica del guardarropa, pues ella le miraba tras la media puerta de su pequeño cubículo, donde tenía un fondo de pared vacía esta noche: sin clientes, no había abrigos. La chica le contestó señalando la acristalada cabina de teléfonos con la barbilla y él se fue de prisa para allá, entró y cerró la puerta. Llevaba su centavo preparado, marcó enseguida y empezó a hablar, sujetando el teléfono con el mismo aire de ansiedad que

había mostrado al hablar con la chica del guardarropa. No sonreía. Ni siquiera sonrió después, cuando había ganado su pleito telefónico. Era serio en todos sus gestos, y metódico, no como si fuese naturalmente metódico, sino como si esa noche hubiera decidido que no iba a hacer ningún falso movimiento. La ocasión era tan importante para él que no podía ser él mismo. Estaba sumido en la importancia de aquella llamada telefónica. Habló por teléfono durante un minuto, luego abrió la puerta y asomó fuera de la cabina y cuando volvió a entrar llevaba la enorme carta del Longchamps en la mano izquierda, y cogía el teléfono con la derecha. Los inquietos *Observers* seguían atrapados bajo su codo derecho. Y tenía monedas que manejar y con las que maniobrar. Utilizó tres más antes de acabar la conversación. El joven no se arriesgaba y no pensaba tentar a los hados soltando ninguno de sus estorbos, los aferraría todos, como un hombre de pie en el metro a hora punta. Leía de todas las secciones de la carta. Yo tenía también una carta y podía saber perfectamente en qué sección estaba él, si eran pescados, postres, curries y especialidades, ensaladas, etcétera. Leyó directamente el apartado de entrantes calientes, y algo de allí debió de convencerla y callarla, porque todo acabó bruscamente. Colgó el teléfono, salió y se fue a la barra, que está en el lado norte de la sala y parece kilométrica, doblemente kilométrica esta noche, en su condición desértica.

El joven puso sus *Observers* sobre una banqueta cerca de la ventana y luego se volvió y dejó cortésmente su carta en la mesa vacía más cercana, se quitó la gabardina y la hizo un gurrño para sujetar los periódicos. Y por fin se irguió y miró a su alrededor, ajustándose el nudo de la corbata, que ya era demasiado ceñido y pequeño. Una vez que se quitó la gabardina, se vio que no era regordete sino desaliñado. Su traje azul marino le quedaba ancho, estaba casi tan arrugado como la gabardina y llevaba una camisa blanca con el cuello abotonado, que le quedaba demasiado alto. La corbata pendía del diminuto nudo y fluía en brillantes rayas rojas y naranjas hasta más abajo de la cintura del pantalón. Su expresión al examinar el restaurante era calmada y, cuando se sentó, volvió la banqueta y la puso de espaldas a la barra y continuó observando benévolaente la estancia. La mayoría de la gente que se sienta sola en la barra voltea las banquetas para no enfrentarse a una pared lisa con un alto aparador central de inspiración evangélica que parece musical. El joven se puso las manos en los muslos y se quedó descansando. No se estaba

relajando. Hacía algo mucho más anticuado: descansar. El barman le trajo una botella de ginebra y un vaso alto, y él, en cuanto probó la cerveza, cogió un pequeño cuenco de cacahuets que había en la barra y se echó unos cuantos en la mano derecha. Luego siguió descansando, cogiendo cacahuets de su mano derecha con la izquierda y mirando el restaurante.

Ya era mi hora de irme y mientras recuperaba mi paraguas de la custodia de la chica del guardarropa, alguien entró por la puerta giratoria y yo me volví a mirar. Ella llevaba un abrigo rojo con capucha roja y no se quitó la capucha, así que no pude verle el color del pelo. El joven se había levantado y la estaba mirando, con la misma expresión en la cara que al entrar: parecía determinado a algo e indiferente a todo lo demás. Yo salí. La acera se había puesto definitivamente peligrosa, deslizándose y sustrayéndose a mí y a todo el mundo, y los altos bloques de pisos que eclipsan el Arco de Washington con su tamaño parecían estremecerse en sus rutilantes superficies. Esos edificios ofrecen una magnífica luz de pizarra en las noches húmedas. Es su único momento de belleza. El viento se había vuelto glacial, tal vez porque había dejado de nevar y tardé casi quince minutos más de lo normal en llegar a casa a pie.

22 de abril de 1967

DOLOROSA ELECCIÓN

La otra tarde estaba en un pequeño supermercado nuevo, esperando a que me pusieran mis cosas en una bolsa, cuando vi a un hombre alto y andrajoso, con los ojos rojos, que a todas luces llevaba bebiendo como loco desde la cuna, intentando decidirse entre una lata de judías, una cena completa enlatada, una lata de sopa o una lata de pollo con champiñones. Tenía treinta y siete centavos o veintinueve centavos o una suma parecida y estaba allí de pie frente a las cuatro latas, fulminándolas con la mirada, las latas y los puestos de verdura, frutas, pan, etcétera. No lograba resolver qué comprar para alimentarse, y estaba claro que lo que quería no era en absoluto comida. Yo estaba pensando que no le culparía si devolvía las latas a sus estantes o si las tiraba al suelo y corría a la puerta del bar restaurante de al lado, donde simplemente podía pedir una cerveza y bebérsela. Más tarde se me ocurrió que, por decirlo así, suele haber una sola cosa que anhelamos hacer y que nos perjudica, mientras que si nos esforzamos por hacer algo bueno o virtuoso, la elección es tan amplia e inacabable que nos agotamos antes de poder decidirnos. Quiero decir que el impulso hacia el bien implica elección, y es complicado, mientras que el impulso hacia el mal es terriblemente simple y fácil, y yo siento lástima del pobre hombre alto de los ojos colorados.

18 de septiembre de 1954

LAS NUEVAS CHICAS DE LA CALLE CUARENTA Y NUEVE OESTE

Anoche me llegaron malas noticias en Le Steak de París, donde estuve cenando. «Van a derribar el edificio», y barrerán ese pequeño restaurante, así sin más, después de más de veintiséis años de vida resistente. Esas palabras: «Van a derribar el edificio» se oyen muy a menudo en las conversaciones de Nueva York y tienen un cariz tan definitivo y son tan incontestables que una vez que se han dicho ya no hay nada más que añadir. No hay apelación frente a las decisiones de ese ogro llamado Espacio Para Oficinas que acosa la ciudad sin que nadie pueda aplacarlo. Le Steak de París ocupa la planta baja y el sótano de un viejo *brownstone* de la calle Cuarenta y nueve oeste, entre la Sexta y la Séptima avenidas. Ha empezado la demolición, pero aún queda una hilera de *brownstones*: son casas altas y esbeltas del siglo XIX y se mantienen tan erguidas y sencillas como siempre, pero parecen inclinarse juntas hacia atrás porque se las ve desproporcionadas junto al resto de la calle. Es una calle destartalada, irregular y remendada y durante muchos años ha existido en el extraordinario vacío creado por los urbanistas de la ciudad, que lanzan zonas enteras al limbo durante largos periodos —a veces décadas—, antes de que entren realmente los obreros del derribo. En este momento, la oscura sombra de Nueva York no la proyecta el pasado sino el futuro, y demasiadas calles muestran un aire apagado como diciendo «¿Para qué?». En concreto, este bloque de la calle Cuarenta y nueve oeste es lúgubre y parece vencido a la luz del día, pero de noche es meramente raído, y cuando se encienden las luces de los bares y restaurantes y las entradas de hotel, se vuelve estridente y secreto, más como una prolongación del carnaval que como una calle urbana. Broadway, la calle de los sueños, tiene tanta conexión con la vida normal de

una ciudad como un circo ambulante, pero aunque la imagen de la zona se está transformando firmemente en más adusta y ordenada —la imagen del espacio de oficinas—, el glamour de Broadway persiste y se derrama en las estrechas calles perpendiculares que llevan hacia las luces. Todo es provisional en la calle Cuarenta y nueve, e incluso los viejos *brownstones*, tan armoniosamente proporcionados y con un perfil tan puro contra el alto y sereno cielo de verano, parecen parte de un escenario diseñado para ilustrar el lado trémulo y evanescente de la ciudad de Nueva York. Este es un bloque turístico y esta noche casi todos los que poblaban las aceras eran turistas, forasteros con vestidos y trajes de algodón en tonos claros y chaquetas o jerséis en los brazos. Visitantes diligentes, habían recorrido la ciudad todo el día, buscando los «puntos de interés», y ahora avanzaban pesadamente en pos de su ración de vida nocturna. Aunque los grupos de caminantes eran de todo pelaje, generalmente eran parejas o bien peñas de hombres y mujeres que andaban juntos, o corrillos de mujeres de mediana edad que avanzaban muy juntas. Formaban pequeñas multitudes a lo largo de la calle, escudriñando las puertas y ventanas de los restaurantes, intentando ver el interior sin decidirse a entrar. La acera frente a Le Steak de París estaba recién barrida y el seto en miniatura junto a la ventana parecía fresco y verde tras las lluvias de la pasada noche. Nadie se asomaba a las ventanas de Le Steak; es un lugar demasiado tranquilo para los visitantes que buscan excitación y novedad. Había unas pocas personas cenando —muy pocas— y dos hombres, dos solitarios bebían pacíficamente en la barra. Yo le pregunté al propietario, *monsieur* Guy L'Hereux, si había encontrado un nuevo local para su restaurante, y me dijo tristemente:

—No, en la ciudad, no. Era muy difícil. No hemos parado de buscar por todas partes y no había nada. Hemos decidido trasladarnos a Miller Place, en Long Island. Aprenderemos inglés. Allí nadie habla francés.

En su interior, Le Steak apenas ha cambiado en todos los años que llevo frecuentándolo. Antes, las paredes estaban empapeladas con murales de escenas rústicas del siglo XVIII. Más tarde era papel imitando ladrillo rojo. Ahora el papel imita planchas de madera bruñida —planchas verticales— y hay una máquina de tabaco donde antes estaba la máquina de discos que tocaba canciones francesas. Pero nada más ha cambiado. La carta es bastante parecida a como era: *crème Jeannette*, *poulet roti*, cóctel de gambas,

artichaut froid, etcétera. Incluso la atmósfera es la misma, como si la irrevocabilidad se hubiera quedado allí donde pertenece: lejos y fuera de la vista. *Monsieur* Guy y Jo, el camarero, y Francine, la camarera, estaban calmados y animosos, como si fueran a seguir dando la bienvenida a los clientes de Le Steak de París durante mucho tiempo. Hay restaurantes en los otros *brownstones*, pero los inquilinos que vivían en los pisos de encima se han ido todos, excepto una señora del piso más alto, que se aferra a su apartamento, donde ha vivido muchos años, y sigue cuidando minuciosamente sus macetas de plantas en el alféizar de sus ventanas. Las plantas muestran una frágil extensión de verde, un friso vivo contra los viejos muros. Cuando me fui de Le Steak, hacia las nueve y media, anduve hacia la Séptima Avenida, que se convierte en Broadway exactamente en el punto en que se cruza con la calle Cuarenta y nueve. Avancé despacio, con la lenta y titubeante multitud. Pese a todo el titubeo y la lentitud, no había jolgorio. Nunca lo hay en la calle Cuarenta y nueve oeste. Es una calle tentativa, transitoria, ruidosa, muy incómoda y, a ojos de un extraño, furtiva, como si la alegría fuera desconocida o estuviera estrictamente prohibida. El tráfico va hacia el oeste en ese bloque, así que todos avanzábamos juntos, coches y gente acercándose a Broadway en una sólida masa, casi como si fuésemos en peregrinación. Pasamos la animada discoteca cerca de Le Steak y pasamos restaurantes chinos y un restaurante japonés y la tienda de discos y la charcutería y un salón de peluquería que está abierto hasta bien entrada la noche, y el Coffee Shop del hotel Plymouth, que nunca cierra, y al fin llegamos al gran garaje. Hay una pizzería cerca de la entrada y al lado, en lo que antes era la puerta a las plantas superiores del garaje, una gitana tiene su consultorio, un lugar diminuto. Cuatro escalones llevan a su puerta privada, que estaba abierta anoche, aunque a la gitana no se la veía por ninguna parte. Tal vez se había retirado a una trastienda. Pero un jarro de flores artificiales se erguía incitante sobre una mesa redonda y había una pequeña alfombra sobre el suelo de baldosas. Junto a la consulta de la gitana hay un cine porno que se anuncia con una ráfaga frenética de luces y rótulos luminosos. Esta noche, ponían *The Promiscuous Sex and Strip Pocker Queens Wild* (El sexo promiscuo y Locura de estrip-póquer de reinas). La marquesina del cine es tan deslumbrante que las letras de los títulos siempre parecen saltar en el aire, deslumbrando a la gente desde una manzana de distancia, y es sorprendente, cuando al fin llegas al local, descubres un espacio muy despejado en la acera frente a él, porque apenas nadie se detiene

allí. Esta noche, al borde de ese espacio despejado, a un lado del cine y al pie del consultorio de la vidente, había cinco chicas muy altas, no juntas ni en grupo, sino separadas. Hasta ese punto la multitud era tan densa que yo no vi a las chicas hasta que llegué junto a ellas. Nadie a mi alrededor las veía y aunque avanzábamos y ellas estaban quietas, antes de darnos cuenta las teníamos encima. Fue así, como si hubieran saltado, igual que las luces parecían saltar, causando vergüenza o aflicción, incomodidad, curiosidad, burla, excitación o disgusto, según la naturaleza de la persona que las veía. Fue uno de esos momentos de sorpresa en los que no podemos apreciar la diferencia entre memoria e instinto, entre recordatorios y amenazas, y todo era confusión, excepto que era importante evitar los ojos de las chicas, porque eran ojos de furias satisfechas, o de funcionarias de prisiones insatisfechas. Ninguna de las cinco se movió. Seguían allí quietas y la muchedumbre se abrió y desvió insegura en torno a ellas. Eran bastante altas y tendrían unos veinte años, con pelo liso y espeso teñido en distintos tonos de bronce, rubio y platino, y todas llevaban atuendos diminutos y espumosos, que apenas les cubrían el trasero y parecían diseñados para mostrar aún más piernas de las que tenían. No eran esbeltas. Parecían muy bien alimentadas y sus piernas eran sólidas, fuertes y femeninas como pilares de carne. Un par de piernas iban desnudas, de un color de polvos rosáceos. Los otros cuatro pares iban revestidos de medias de red color fosforescente, dos pares verde fosforito, un par malva fosforito y otro par de un blanco que brillaba con un lustre de perla. Probablemente las chicas no eran tan altas, pero las piernas las hacían parecer colosales. Eran un grupo poderoso de jóvenes y la gente se apresuraba en torno a ellas, mirándolas con la atención furtiva que la mayoría de nosotros dedicamos a las fotos solemnemente eróticas que se exhiben en el escaparate exterior de ese cine. Frente a mí había una anciana diminuta con el pelo rizado y teñido de un rojo oscuro e intenso, que se volvía una y otra vez a mirarlas. Llevaba un casquete imitación leopardo y sonreía burlona, casi riéndose. Dirigiéndose a la mujer que tenía al lado, dijo:

—¿Has visto a esas guarras? —le dijo a la otra mujer, que se alejó de ella sin contestarle, y la anciana se volvió hacia mí—. ¿Ha visto a esas gorronas? —me dijo con fruición—. ¿Ha visto a esas *guarras*?

Parecía tener noventa años. Era mi turno de alejarme corriendo y casi choqué con la primera mujer a la que se había dirigido, que se había unido a

otras dos, tan discretamente vestidas con sus guantes y sombreros como ella. Las tres mujeres llegaron a la esquina y desaparecieron por la Séptima Avenida, tan deprisa como podían, supongo que a su hotel. Yo tuve que esperar un poco en la esquina a que viniera un taxi. No quería volverme a dar otro vistazo a la calle Cuarenta y nueve, por miedo a encontrar el casquete imitación leopardo avanzando tras de mí. Pero no había motivo para temer que volviera a abordarme. Cuando yo me volví, ella se fue calle abajo hacia el lugar donde estaban las chicas. Atisbé su casquete y estoy segura de que le estaba planteando la misma pregunta a otras personas. Llegó un taxi y yo me metí dentro y me fui a casa.

Tres o cuatro veranos antes, hacia las seis de la tarde, vi a una chica que andaba sola por la calle Cuarenta y nueve. Llevaba un vestido rojo, sus andares eran como una parodia elegante de los de Marilyn Monroe e iba balanceando su bolso. Todas las cabezas se volvían a mirarla mientras ella paseaba osadamente a plena luz del día. Y parecía muy temeraria, pero cualquiera de las chicas que he visto esta noche se la habría merendado. Esas chicas parecían haber sido ensambladas, piernas y todo, en una fábrica de automóviles. Hacían que la calle Cuarenta y nueve pareciera muy anticuada, descolorida e inofensiva. No encajaban en absoluto con la calle. Iban un año o dos por delante de sí mismas. Entonarían mejor con los nuevos edificios.

16 de septiembre de 1967

LA VISTA DESDE CHEZ PAUL

Hoy, sábado, era un día cálido y gris y por primera vez este año la ciudad parecía vacía por el verano. Las interminables avenidas estaban silenciosas y parecían más anchas, y la gente escaseaba en las calles perpendiculares. En el centro de la ciudad, Nueva York adoptaba su aspecto turístico, excepto en la manzana de la calle Cuarenta y cuatro, entre la Quinta y la Sexta Avenidas, donde estaba el pandemónium de encierro casi silencioso que los que vivimos en la ciudad asociamos a la llegada de los cineastas. Durante los últimos meses, he observado preparaciones de rodajes en distintas partes de la ciudad, y en todos los casos se daba ese cese de la actividad que supone una ingente organización; es como si los invasores de otro país hubieran llegado con todos sus camiones y ejércitos y su artillería pesada, con sus planes de batalla bien trazados, solo para encontrarse que habían olvidado la munición, o a su general. Esperan. Primero, maniobran ellos y su pesado equipamiento hasta posicionarse y luego empieza la espera. Toman café en vasos de plástico. Hablan entre ellos, pero tampoco mucho. No necesitan lenguaje. Añaden lo que necesitan —esta puerta, la ventana del segundo piso, una esquina del parque, cierta franja de la calle— e ignoran el resto, incluyéndonos a nosotros, neoyorquinos, que estamos por allí sonriendo y mirando con los ojos desorbitados como amistosos nativos. Los cineastas detestan que les hagan preguntas. Apenas parecen vernos. Son distantes, impregnados de la lejanía de la Estrella, que empezará a brillar en cualquier momento. Ellos esperan. Y en el exterior, esperamos nosotros: adultos, niños, perros, apretujándonos todos lo más cerca posible de la Presencia, la Estrella. Hoy, en la calle Cuarenta y cuatro oeste, la estrella era Julie Andrews. Estaba rodando una película en el hotel Algonquin, y a primeras horas de la tarde el callejón frente al hotel estaba ocupado por su caravana.

Una caravana, según mi diccionario, es un grupo de comerciantes o peregrinos que viajaban juntos por el desierto por razones de seguridad, en Oriente. La caravana de la señorita Andrews era extensa: camioneta teatral (Schumer's), autobuses de larga distancia color plateado (Campus Coach Lines), camiones de suministros (Thos. A. Deming: tarimas, tiendas, asientos de tribuna, sillas y mesas), limusinas y grandes camionetas Hertz de color verde. Solo quedaba un pasillo estrecho e inseguro en medio de la calle para que pasaran los motoristas de la Sexta Avenida a la Quinta, y los coches que intentaban entrar y salir del inmenso garaje directamente enfrente del Algonquin estaban pasando más apuros que de costumbre. La entrada al Algonquin estaba acordonada con cuerdas, bobinas, cajas, trípodes y focos, y en el bordillo de la acera, una luz roja giratoria daba vueltas sobre una base de casi un metro de altura con un aire triunfante que me hacía sentir oprimida y obediente. Yo estaba de pie en la ventana de una peluquería de la segunda planta del hotel Royalton, enfrente del Algonquin. Me estaban arreglando el pelo y de vez en cuando salía con esfuerzo de debajo del secador para acercarme a la ventana y echar un vistazo. No era la única curiosa. *Monsieur* Paul, propietario del establecimiento, y su ayudante Pauline, que tiene el pelo negro azulado y viene de Normandía, también se asomaban a ver. Yo le pregunté a ella si había visto alguna vez a Julie Andrews.

—En persona, no —dijo pesarosa.

El hotel Royalton y el Algonquin son más o menos de la misma edad, los dos tendrán unos setenta años y son viejos lugares bonitos y poderosos que no se parecen entre sí, excepto por el fuerte aire eduardiano que tienen, que empieza a parecer recalcitrante en esta calle tan estrecha. El toque devastador de la mezcladora de cemento va alisando gradualmente esta manzana hacia la expresión insulsa que define la nueva ciudad de Nueva York. La calle parece muy cercana y al mismo tiempo distante de las ventanas del Royalton, cubiertas por cortinas de un tejido pálido y diáfano, un velo. Elizabeth Bowen describió una vez una habitación que estaba abarrotada aun sin gente, diciendo que parecía como si alguien hubiera dado una fiesta para muebles. La escena de hoy en la calle Cuarenta y cuatro parecía como si alguien hubiera convocado una concentración de coches. Había pocas personas y nadie se paraba a mirar. La calle habría estado asediada, pero la señorita Andrews y su caravana habían llegado sin fanfarria a una tranquila ciudad de fin de semana.

El portero del Algonquin seguía apresurándose en medio de la calle, buscando taxis para la gente, pero la muralla de camiones y camionetas ocultaba la mayor parte de lo que ocurría. De vez en cuando atisbábamos a la auténtica gente de la película, los actores y actrices que tenían su sede en el gran ómnibus plateado que estaba frente al Algonquin. La puerta del autobús se abrió y bajó un apuesto caballero de pelo blanco vestido de etiqueta. Llevaba bigotes estilo Dalí y un clavel rojo en la solapa y sostenía una caja de cartón con vasitos para el café. Una señora con el pelo dorado vestida de lamé de plata subió al autobús. El vestido llevaba un fleco plateado que ondulaba en sus rodillas y una banda plateada de Pocahontas en la cabeza. En aquel momento, en la calle Cuarenta y cuatro y con su rutilante vestido de escena, era envidiable y hermosa, parte del mundo ilusorio en el que todos esperamos entrar cuando nos reunimos para ver a la gente de Hollywood vigilantes en nuestras calles. La actriz del pelo dorado se sentó en el asiento delantero del autobús, al lado del conductor, y casi inmediatamente inclinó la cabeza y empezó a hacer los gestos que la gente hace en los aviones cuando la azafata les trae la bandeja de comida. Abrió pequeños envoltorios y miró en su interior, luego abrió los grandes y también los miró, y después empezó a comerse su almuerzo envasado. En el pálido interior del autobús, ella solo era una sombra junto con otras sombras sentadas comiendo o de pie, hablando o acercándose a la puerta del autobús para salir a la luz del día que les mostraba tal como eran: figuras disfrazadas, los hombres vestidos de etiqueta, las chicas vestidas para una alocada fiesta de cuarenta años atrás. Uno de los asientos del bus tenía una pila de pieles de colores claros que llegaban hasta arriba de la ventanilla, pieles de 1920.

—Debe de ser una película de los años veinte —dijo *Monsieur* Paul.

—Julie Andrews aún no ha salido —comentó Pauline.

Cuando acabaron con mi pelo, me fui al Algonquin a comprar tabaco y echar un vistazo al interior. A aquella hora temprana de la tarde, incluso en un sábado de verano, siempre hay gente sentada en el hotel, tomando algo, leyendo el periódico o esperando a amigos para ir a cenar. Hoy no había nadie. El lugar parecía casi desmantelado. Las sillas y los sofás estaban allí, pero no había sitio para que nadie se sentara, con todo abarrotado de material de cine encima y por el suelo. El vestíbulo, generalmente tan confortable y hospitalario, parecía un escenario para la ansiedad y el restaurante Rose

Room, al final del vestíbulo, estaba sumergido en un fuego de altos focos blancos concentrados en la pared del fondo y la barra. Yo me abrí camino hacia el quiosco y compré cigarrillos, y ya me iba cuando vi a Julie Andrews. Estaba sola, sentada en una alta butaca de alto respaldo junto a la entrada del Rose Room, tomándose su almuerzo. Su ceñido y corto vestido parecía hecho de luz y cristal, y llevaba una banda de cristal a modo de corona; parecía Titania. La butaca era demasiado grande y alta para ella y para sujetarse y sostener el almuerzo juntaba las rodillas, mientras que los pies, apoyados en las puntas de los dedos, quedaban separados. Tenía mucha hambre. Toda su atención se centraba en el bocadillo, que agarraba con ambas manos, y estaba a punto de darle un mordisco cuando levantó los ojos y me vio allí de pie, mirándola. Inmediatamente dejé de pensar en Titania y empecé a pensar en Lady Macbeth. Al verme, July Andrews se paralizó de furia. Tras su bocadillo, estaba acorralada, su rostro hambriento refulgía de ira. Es una Estrella, sin duda alguna. Brilla e irradia y puede lanzar un maleficio, cualquier clase de maleficio. Más tarde volví al Algonquin a coger un taxi y echar antes otro vistazo. Esta vez Julie Andrews estaba de pie en la entrada del hotel, mientras la retrataban. Su insinuante vestidito destellaba malva en la luz blanca grisácea del día, y podría haber sido la chica que Scott Fitzgerald tenía en mente cuando escribió:

Habrá una orquesta,
¡Bingo! ¡Bango!
Para bailar el tango,
y la gente aplaudirá
al levantarnos
ante su dulce cara
y mis nuevas ropas.

Miré hacia el Royalton y junto a los visillos de Chez Paul's vi una cabeza negra azulada. Pauline, contemplando al fin a Julie Andrews en persona.

17 de junio de 1967

EL POBRE BROMISTA

Una noche, hace poco, en el restaurante Longchamps de la avenida Madison esquina con la calle Cincuenta y nueve, tuve la satisfacción de ver a un bromista castigado de tal modo que no pudo hacer absolutamente nada para salvar la cara. La noche era lluviosa; una lluvia densa y firme. Yo estaba cenando en uno de los reservados en forma de C que tienen en Longchamps; era el que da a la puerta de entrada y al ventanal de la calle que da a la avenida Madison. Serían las nueve y media y, a la luz de las farolas y de los pocos escaparates que seguían iluminados, la lluvia caía brillante, pero apenas pasaba un alma. Era una noche demasiado húmeda para pasear. No había mucha gente en el inmenso restaurante y la larga barra estaba casi desierta, pero en una mesa junto a la puerta había cuatro personas —dos hombres y dos mujeres— muy ruidosas, que se reían, le gritaban al camarero y cambiaban de parecer sobre lo que querían comer. Uno de los hombres, el que hablaba más alto de todos, el alma de la fiesta, estaba sentado dándome la espalda, pero yo podía ver las caras de sus tres compañeros. Cuando llevaba allí solo un par de minutos, la puerta giratoria rotó muy despacio y entró una señora alta y mayor, con un impermeable transparente sobre su abrigo, y un gorro de lluvia también transparente sobre su sombrero real, además de chanclos de goma transparentes y un paraguas empapado en la mano. Abrió su impermeable y sacó de su interior, donde los había mantenido secos, un libro y un periódico doblado que parecía el *Times* londinense. Luego, sin titubear, se dirigió a una mesa no muy lejos de la mía. Pero había dado apenas unos pasos hacia la mesa cuando el hombre que me daba la espalda volvió su silla ruidosamente y gritó:

—¡Eh, señora! —hacia ella.

La señora se volvió y dio un paso o dos hacia él para encontrarle riéndose

estúpidamente, mirándola, y sus tres compañeros presos de carcajadas convulsas a la vista de su expresión sorprendida. Ella les dio la espalda inmediatamente y de nuevo se dirigió a su mesa, y esta vez llegó y se sentó, pero se le olvidó quitarse el impermeable, que se hinchaba incómodamente a su alrededor, brillante de gotas de agua. El camarero le trajo una carta y luego se fue a atender a otro. Ella miró la carta, la dejó en la mesa y se puso a mirar a la calle, pero sus ojos seguían vagando en torno a los cuatro maleducados desconocidos sentados junto a la puerta, que daban signos de disfrutar mucho juntos y con su cena. Ella volvió a coger la carta, la dejó en la mesa y cogió su libro, su *London Times*, su bolso, sus guantes y su paraguas y salió del restaurante tan silenciosamente como había venido, pero con otro espíritu. Yo temía que el hombre volviera a hablarle al pasar cerca de su mesa, pero creo que no la vio marcharse. Había sido una pequeña escena gratuita, pero la cuestión es que había habido una escena. Alguien había sido humillado. Una mujer se había quedado sin la cena tranquila que se había prometido y ahora tendría que decidir adónde ir y cómo llegar bajo la lluvia, y probablemente decidiría renunciar e irse a casa.

Para distraerme del despecho que sentía, empecé a mirar a una señora gorda con un turbante de Nefertiti de satén nacarado que estaba sentada a bastante distancia, más allá de unas cuantas mesas vacías, en el reservado de la esquina junto a la ventana. Era robusta y rosácea, toda carne, y se sentaba muy erguida, con la espalda firmemente apoyada contra el respaldo del reservado, y sus ojos redondos y oscuros, como los ojos de un ídolo, parecían mirar directamente a la nada. Apenas movía la cabeza sobre su erecto y corpulento cuello y a medida que sus ojos se movían por el restaurante parecía no ver una persona, ni dos, sino millones, tal vez billones de personas, y seguía comiendo sin pausa. Había un hombre sentado con ella, pero ella no le hablaba. Tenía el tenedor en la derecha y esa mano nunca descansaba; estaba comiendo algo cremoso, pollo estofado con champiñones o algo parecido. Tenía la mano izquierda sobre la base de su garganta, lisa contra su piel, y el anillo que llevaba centelleaba muy brillante, como sus pendientes. Cuando la miré por primera vez, levantaba cuidadosamente el tenedor cargado del plato y bajó la otra mano para ponerla bajo la comida con la palma abajo mientras conducía el tenedor a sus labios, en un gesto que parecía como si fuera a ejecutar una danza balinesa. Cuando la comida estuvo a salvo, mientras se la

comía, el tenedor bajó de nuevo al plato y la mano izquierda volvió a la garganta hasta que llenó otra vez el tenedor. Su imperturbabilidad y la fluidez y el estilo de sus gestos y la independencia de sus brazos y su cabeza me hicieron creer que estaba viendo comer a Shiva sin perder su ascendencia inhumana, pues el esfuerzo ordinario de comer no disminuía la majestad de aquella mujer del Longchamps de lo que la caída por un precipicio sustrae la majestad del agua o las nubes pasajeras sustraen a la majestad del sol. Ella se mantenía igual, hiciera lo que hiciera. Nada podía afectarla. Nada la haría vulnerable ni la avergonzaría o le haría perder la compostura. Nadie la llevaría fuera del restaurante donde había decidido cenar.

De nuevo miré a los cuatro maleducados y me alegré de haberlo hecho, porque justo en aquel momento el bromista se cayó de la silla. No resbaló ni se deslizó —no tuvo opción de simular que estaba actuando—, se cayó y chocó con el suelo con un golpe horrible y su silla también se desplomó con un leve estrépito. Sus compañeros se comportaron abominablemente. No alargaron la mano para ayudarlo a levantarse, ni se rieron amistosamente ni nada por el estilo. El segundo hombre le volvió la espalda y se puso a mirar a la calle y las dos mujeres sacaron sus espejitos del bolso y examinaron críticamente su aspecto. El bromista se quedó tirado en el suelo tal vez medio minuto, mirando el dobladillo del mantel, y luego se levantó, enderezó la silla y empezó a achacar la culpa a la silla y a decir que denunciaría al Longchamps. Sacudió la silla para mostrar cómo temblaba, pero era sólida como una roca, así que volvió a sentarse y paró de hablar. Bebió un poco de café. Ninguno de los otros tres habló. Parecían pensar que la velada había dejado de ser divertida. El segundo hombre pidió la nota con un gesto y la firmó y todos salieron juntos a la lluvia.

Yo miré al ídolo, porque quería saber cómo colocaba las manos cuando no comía, pero su plato no debía de tener fondo: seguía en ello. A mi vez, abandoné el restaurante y empecé a buscar un taxi que me llevara a casa, y lo único que lamenté fue que la señora del *London Times* no se hubiera quedado el tiempo suficiente para ver cómo su atormentador recibía su merecido.

20 de enero de 1962

DAR DINERO EN LA CALLE

Tengo y siempre he tenido una inclinación a dar dinero a la gente que pide en la calle y siempre doy algo; en estos días suele ser un cuarto de dólar, antes solía dar diez centavos. Conozco gente que dice que dar dinero a alguien que pide en la calle es someterse al chantaje y que la mayoría de los que piden limosna son un fraude. Yo digo que prefiero dar el cuarto de dólar y marcharme libre que no darlo y tener que pagarlo el resto del día, o incluso una hora o diez minutos del día, por las dudas: ¿debería habérselo dado al fin y al cabo? Las posibilidades de que la persona sea un tunante son seguramente del cincuenta por ciento. Yo creo que la decisión de hacer algo me deja libre, mientras que la decisión de no hacerlo solo me deja rodeada de cosas no hechas y opciones interminables y exasperantes de cambiar de opinión. No hace mucho, iba a una primera sesión con un amigo, llegaba tarde y tenía yo las entradas. Había quedado con mi amigo en el cine. Estaba lloviendo a cántaros. Llevaba unos cinco minutos en la puerta del hotel Algonquin esperando un taxi cuando me di cuenta de que incluso si venía un taxi iría en sentido contrario, iría hacia el este, y el cine estaba en la calle Cuarenta y cinco oeste de Broadway. Tomé la Sexta Avenida y eché a andar muy deprisa, esperé a que se abriera el semáforo de la esquina con la calle Cuarenta y cinco y crucé, y ya estaba en el lado bueno para ir hacia el cine. Luego avancé hacia Broadway; podía ir deprisa porque llovía tanto que nadie obstaculizaba mi camino. Mientras me apresuraba, abrí el bolso y saqué un billete de un dólar para tenerlo a mano en caso de que un taxi se detuviera y saliera alguien, y cuando llegaba cerca de Broadway, de pronto me pregunté si de verdad llevaba las entradas, abrí el bolso para mirar y allí estaban, muy bien. Vi que el semáforo de Broadway estaba rojo, y pensé que mientras llegaba a la esquina se pondría verde y podría cruzar corriendo. Justo entonces vi, de

pie cerca de la esquina de la calle Cuarenta y cinco con la avenida Broadway, a una mujer de aspecto desdichado con un sombrero de paja y un abrigo negro corto, que sostenía la tapadera de una caja en las manos hacia mí. «Esa pobre mujer cree que he sacado del bolso algo para darle», pensé. Luego pensé: «De todas formas le habría dado el dólar al taxista, puedo dárselo a ella y llegar al cine a tiempo», y cuando pasé a su lado puse el dólar en la tapadera, que contenía dos o tres lápices amarillos y algunos cordones de zapatos marrones. Tardé un segundo o dos, y mientras seguía corriendo la oí decir:

—Es demasiado...

Pero yo no me detuve y luego la oí venir tras de mí gritando:

—¡Es demasiado! ¡Es demasiado!

Me atrapó en la esquina cuando estaba entrando en la calle y tuve que volverme y hablarle, y repetir varias veces:

—No, está bien así.

Pero no tenía tiempo de quedarme allí hablando y ella parecía agitada, así que volví a coger el dólar y corrí a cruzar Broadway y la dejé allí de pie bajo la lluvia. No me volví al llegar al otro extremo y llegaba justo a tiempo para el cine, y mientras mi amigo observaba subir el telón y se acomodaba para disfrutar de la sesión, yo me estaba preguntando para qué era demasiado un dólar. ¿Demasiado para que yo se lo diera? Eso suponía. ¿Demasiado para aceptarlo ella? ¿Por qué? No había intentado que yo cogiera ninguno de los lápices amarillos ni los cordones de zapatos que llevaba en su tapadera. Decidí que una persona que pide dinero en la calle y luego quiere limitar la cantidad es un fraude, pero creo que aún no he acabado de resolver la cuestión y tengo la inquietante sospecha de que la decisión que he tomado se volverá contra mí, aunque no veo por qué debería ser así.

23 de julio de 1960

LA MALVADA TINY

Acabo de ver al perro más maleducado de la ciudad de Nueva York y posiblemente del mundo. Se llama Tiny y su dueña es ciega, y a partir de ahora, cuando vea uno de esos amables perros lazarillos que se sientan y esperan durante horas interminables en las aceras ardientes del verano y recorren arriba abajo la Quinta Avenida y las calles perpendiculares de la avenida, esperando a que sus amos ciegos recolecten dinero para una u otra cosa, pensaré en Tiny y desearé que se tome un momento para contemplar a sus colegas y tal vez pueda beber un poco de la fuente de la que extraen la fortaleza, que salva su dignidad frente a la intensa incomodidad y el intenso aburrimiento.

He visto a Tiny en la sala de espera del hospital veterinario Ellin Prince Speyer, que está lejos, en pleno *downtown*. Tenía que llevar a una gatita para un tratamiento y mientras esperaba mi turno para ver al veterinario, Tiny y su ama ciega irrumpieron en la sala, acompañadas de una anciana cuya única función, por lo que pude ver, era repetir el nombre de Tiny una y otra vez, en tonos de reproche, admiración y temor, de modo que todos pudiéramos darnos cuenta de quién se trataba. La dueña de Tiny, que se aferraba a la correa con las dos manos, era ciertamente muy vieja, y tenía un carácter casi tan malo como el de la perra. Cada vez que su compañera intentaba tocarle el hombro para apartarla de los regazos de la gente que esperaba sentada en los bancos, la anciana ciega le propinaba a su compañera un violento empujón y era en esos momentos cuando su compañera gemía: «Tiny, Tiny», y es posible que no le hablase al perro al que nos forzaba a mirar a todos, sino que estuviera recordando a algún perro más agradable, más delgado y educado, que tal vez hubiera sido el predecesor de Tiny en el fiero afecto de la anciana ciega. No era difícil ver que, según su dueña, la perra de la que todos apartábamos las

piernas y nuestros animales no podía hacer nada equivocado. Tiny llevaba el cartel de «favorita» escrito por todas partes y parecía vivir de cremas de chocolate. Era grande, gorda y rizada, con una nariz puntiaguda y ojillos mequinos, y su ladrido era chocante. En la sala de espera del Speyer tienen largos bancos donde se sienta la gente, y cuando se llenan los bancos, los últimos en llegar se quedan de pie. Los bancos estaban llenos ese día, pero varias personas se levantaron para ceder su sitio al ruidoso trío, encabezado por Tiny, que continuaba tirando frenéticamente de su correa incluso cuando las dos señoras estaban sentadas. Tiny quería salir de allí. Aparentemente —la señora ciega empezó a hablar en cuanto se sentó—, Tiny visita a menudo el Speyer Hospital. Va a que la pesen. La han puesto a dieta y supongo que asocia esas visitas a menos caprichitos y unas raciones de comida aún menores. Todos los demás animales estaban escandalizados por su mala educación. Los demás perros —caniches, un pastor escocés y un precioso afgano— miraban al suelo incómodos o apartaban la mirada, y un joven cachorrito muy peludo la miraba atónito. Los gatos, en sus cestas, estaban tan silenciosos como si fueran invisibles, pero su desdén flotaba en el aire. Uno de los hombres que había renunciado a su lugar en el banco llevaba un mono pequeño envuelto en un chal y el mono parecía desviar deliberadamente sus húmedos y nostálgicos ojos de la vista de la histérica Tiny. El mono se mostraba afligido de ver una criatura tan llena de mala voluntad y mal genio. Todo el mundo parecía molesto y silencioso de ver a un perro adulto en plena pataleta, la sala ardía de calor y estaba abarrotada. Tiny y las dos ancianas fueron conducidas a la puerta del médico lo antes posible, y todos nos alegramos de verles desaparecer. Pronto oímos la voz de Tiny otra vez, emitiendo nuevos y horribles sonidos, que probablemente indicaban que la estaban pesando.

Poco después entré yo con mi gatita a otra de las consultas. Tenía que dejarla allí para el tratamiento, así que salí de la consulta sola. Fuera de la sala de espera del Speyer hay un tramo de escaleras de aire imponente —escalones muy empinados y anchos— que llevan a las puertas de la calle. Hay barandillas laterales para la gente que tema resbalarse o tropezar y caer rodando hasta abajo. Cuando salí de la sala de espera, Tiny y su cortejo se precipitaron tras de mí, con la acompañante de la dueña gritando: «Tiny, Tiny», y la vieja dama ciega apretando los labios con fuerza, como parecía ser su costumbre cuando se ponía en movimiento. Tiny se lanzó en un embate

asesino hacia las escaleras y llevó a su vieja dueña hasta el borde, donde ella se mantenía aferrada a la correa con una mano y con la otra buscando algo que la guiara por los escalones. Pero Tiny la apartaba de la barandilla con su tirón. La anciana iba a perder el equilibrio, se iba a caer y probablemente se golpearía hasta la muerte mientras Tiny la arrastraba a la calle. Yo agarré una barandilla lateral con una mano y con la otra agarré el brazo de la anciana, esperando que no me arrastrara con ella a la destrucción. Cómo me equivocaba y qué tonta fui. Aquella anciana era fuerte como un buey y lo que ocurrió fue que, sin siquiera volver su hermosa cabeza blanca en mi dirección, me empujó y me mandó rodando contra la barandilla con tal fuerza que, de haber sido un cuchillo, me habría cortado por la mitad, o más bien por una tercera parte y dos tercios, porque soy bastante baja.

Poco queda por decir. Yo patiné escaleras abajo, agarrada a la barandilla, y corrí hacia la calle justo a tiempo para que no me pisoteara aquel trío. Tuve suerte de encontrar un taxi enseguida y, mientras avanzaba hacia la parte alta de la ciudad, recobrándome, atisé por última vez a las tres, trotando felizmente, Tiny con la cabeza alta y un aire de genuina virtud y las dos ancianas charlando amistosamente. Dirigiéndose a casa a tomar el té y los pasteles, supongo. No pude evitar asombrarme: componían una escena tan seráficamente serena, andando juntas en una tarde de verano. ¿Y si me hubieran derribado y dejado aplastada al pie de aquellas escaleras? ¿Quién habría tenido el valor de decirles lo que habían hecho? ¿Habría querido alguien correr tras ellas y capturarlas para acusarlas? No lo creo. Nadie habría querido estropear su satisfacción consigo mismas y con los demás. Nadie habría sido tan cruel y, después de todo, las cosas no siempre son lo que parecen.

29 de julio de 1961

UNA IRRITANTE DESCONOCIDA

Hoy es domingo y hace una hora, en el tórrido sol de agosto, yo estaba de pie junto a la fuente que está frente al hotel Plaza alimentando con un lujoso brioche del hotel a algunas palomas, que estaban aletargadas pero decididas a reclamar sus derechos, y dos gorriones flacuchos, que sabían que no tenían derechos pero estaban decididos a obtener algo que comer. Yo iba con los gorriones, pero tampoco quería oponerme a las palomas. Me gustan las palomas. No puedo imaginar de dónde sacan ese aire mimado, pero lo tienen y me gusta que sea así. Y allí estaba yo de pie, aplacando a las palomas y favoreciendo a los gorriones. Les estaba echando las migas hábilmente y con gran estrategia cuando oí a una chica decir: «Ya veo que Nueva York es un buen sitio para visitar, pero supongo que vivir aquí es otra cosa». Yo me puse a escuchar, pero no dijo más. Su voz era animosa y firme. Me volví a mirarla, y descubrí que se estaba alejando hacia el parque, pero vi que era la misma chica pelirroja a la que ya había estado mirando antes desde la Sala Eduardiana del Plaza mientras desayunaba. Me habían dado una mesa que, si bien no estaba junto a la ventana, tenía vistas a la ventana que daba a la Quinta Avenida y a las dos ventanas que dan a la calle Cincuenta y nueve. Por la primera ventana veía la fuente y más allá, los grandes edificios de la Quinta Avenida, y por las otras ventanas veía la calle Cincuenta y nueve, con el verdor del parque al fondo. La gente aparecía por una ventana y reaparecía en la otra, avanzando lentamente en el calor. Era un verano ardiente y seco, excepto por el brillo del agua de la fuente. Cuando vi por primera vez a la chica pelirroja, estaba donde luego he estado yo alimentando a los pájaros, y hacía una foto de tres hombres, alineados frente a ella con los brazos colgando a los lados, con un aire un tanto estúpido y muy obediente. Me fijé en ella cuando una brisa repentina le levantó el pelo, que por uno o dos

segundos llameó liso en el aire, mostrando su color, que era brillante. Ahora seguía mirándola. Estaba dándole vueltas a lo que había dicho. Iba solo con un hombre y yo me preguntaba qué habría sido de los otros dos. Su comentario, con toda su vacuidad, me desalentaba, y no decía nada, por más que lo pensaba, menos me decía, y no parecía fácil que se desvaneciera. Era un comentario asfixiante, de esos que te dan ganas de chillar. Una vez conocí a alguien que siempre me saludaba diciendo: «¡Bueno, aquí estás! Ya empezabas a preocuparme». No traté a esa persona mucho tiempo. La chica pelirroja cruzó la calle Cincuenta y nueve y se adentró en el parque y ya no volví a verla más.

La intersección donde se encuentran la Quinta Avenida, la calle Cincuenta y nueve y el hotel Plaza es espaciosa y bonita, pero en los días laborables está abarrotada, es ruidosa y llena de tensión. Esta mañana, en el desierto del verano, las calles, el parque y los importantes edificios de la Quinta Avenida se extendían en toda su longitud, altura y volumen, y el Plaza se veía exuberante y toda la escena parecía libre, amistosa y espontánea. Las pocas personas que había por allí llevaban ropa de verano de colores claros, paseaban y se detenían a mirar alrededor como los figurantes de una opereta justo antes de que los protagonistas entren y se apropien del centro del escenario. En ese momento, desde donde yo estaba alimentando los pájaros, el centro del escenario fue ocupado por una hilera de pacientes caballos, entre ellos un precioso pinto, que esperaban enjaezados y sujetos a sus carros con capota, esperando a los clientes con sus amos. Era una espléndida mañana de domingo en Nueva York. La chica pelirroja andaba despreocupada. Si estaba insatisfecha, ¿por qué no se iba a algún otro sitio y se callaba?

Más allá de los caballos, por allí donde habían desaparecido la chica y su acompañante, yo había visto pasar a cuatro mujeres con amplios vestidos floreados, un poco antes, cuando estaba sentada en el restaurante. Avanzaban a paso regular y parecían impacientes por llegar adonde se dirigieran, sin prestar atención a la calle, el parque ni nada excepto la ocasión que se presentaba ante ellas, pero tampoco iban deprisa. Tenían mucho tiempo. Aparecieron por una ventana, andando junto al muro bajo del parque, luego desaparecieron y volvieron a aparecer por la ventana siguiente, todavía avanzando a buen paso. Las ventanas del Plaza son inmensas y están decoradas con un exceso impresionante de gruesos tapices con borlas y kilómetros de

fruncidas cortinas beige. Es una sala grande y sólidamente teatral, y esta mañana estaba medio llena de desconocidos que tomaban un ocioso y tardío desayuno dominical. La atmósfera era muy tranquila. Nadie se saludaba de un extremo a otro de la sala. No había gestos ni sonrisas de reconocimiento. Todo eran transeúntes que iban a desayunar y nada más. El *Times* del domingo estaba plegado en todas las mesas donde se sentaban dos o más personas y allí donde se sentaba uno solo el *Times* descansaba sobre una silla mientras quien fuese leía la sección elegida. La mujer de la mesa contigua a la mía estaba abstraída en la sección Revista semanal. Mi visión de la calle Cincuenta y nueve era transversal, por encima de su hombro. Ella llevaba un traje sastre de seda negra, iba peinada hacia atrás con un rodete sujeto con horquillas plateadas y de cada una pendía una cuenta de plata repujada que se bamboleaba libremente. De sus orejas pendían pescaditos plateados de siete centímetros. Yo miré más allá, a las cuatro mujeres que andaban en la calle. Tres eran bastante altas y erguidas, pero la cuarta, que andaba por el bordillo de la acera, era bajita y encorvada y andaba torpemente, como un niño pequeño. Las otras tres llevaban la cabeza descubierta, pero ella se cubría el pelo con un pañuelo de algodón atado bajo la barbilla, iba cogida del brazo de la mujer que tenía al lado y la seguía confiada, cabizbaja, concentrada exclusivamente en sí misma, como si se consagrara a la tarea de andar y de escuchar lo que decían las más jóvenes. Las más jóvenes podían ser abuelas, y ella podía ser bisabuela. El vestido le tapaba los tobillos. Todas parecían contentas, y la anciana parecía pensar que se hallaba en buenas manos. Se la veía animada. Iba a alguna parte. Tenía una excursión. Ninguna de ellas se molestó en volver la cabeza cuando pasaron por el parque y la entrada. Solo miraron a ambos lados de la Quinta Avenida, por el tráfico, y cuando llegaron a la acera que las llevaba hacia el este de la ciudad, todas avanzaron por la calle Cincuenta y nueve como si estuvieran dispuestas a andar hasta el río si querían que las encontrasen allí.

Los peces de plata que pendían de las orejas de mi vecina ya no estaban ociosos. Iban bailando, arriba y abajo, balanceándose. Había una razón para su actividad. Su dueña estaba comiendo el melón de su desayuno. Tomaba enormes cucharadas de melón, una amplia y enorme porción de pulpa, y seguía absorta en la lectura. Había doblado el periódico de un modo profesional, de modo que solo viera las columnas que le interesaban, y lo mantenía erguido

con su poderosa mano izquierda. De pronto, dejó la cuchara en el plato y miró fijamente el melón, luego dejó el *Times* y empezó a buscar con la mirada un camarero. Se volvió y pude ver su cara. Los ojos parecían desorbitados, aunque no había perdido el control, como si el tren estuviera a punto de salir y el porteador no hubiera llegado con su equipaje. La sala estaba llena de camareros y uno acudió inmediatamente. Escuchó lo que ella tenía que decirle y, mientras la escuchaba, llegó el *maître* y también la escuchó. El camarero parecía preocupado, pero el *maître* solo sonrió comprensivo. Aparentemente, el melón que le habían dado era de mala calidad. Ella debía de estar demasiado concentrada en la lectura para darse cuenta de lo malo que estaba, porque se había comido una gran parte. Dijo muchas cosas, y cuando paró de hablar, el camarero retiró el melón y le trajo otra gran raja y la dejó ante ella. Esta vez el *maître* se quedó y contempló atentamente mientras ella tomaba la primera cucharada, mientras la paladeaba, y antes de tragársela, ella lo miró, sonriendo y asintiendo, y luego levantó la mano derecha muy alto y dibujó un círculo con el pulgar y el índice en el aire, celebrando el melón, y al *maître*, y supongo, a sí misma y el hotel Plaza. ¿Era espléndidamente natural o era ridícula? Yo no pude concluir nada. Me había cansado de ella.

El camarero me trajo el cambio y yo me llevé el brioche que sobraba, me levanté, salí y me fui junto a la fuente a alimentar a las palomas y, como después se ha visto, a dos gorriones, y tal como resultó, a escuchar a aquella chica pelirroja dejando caer su vacuo comentario. De eso hará cosa de una hora. Probablemente ella seguirá paseando por Central Park, con su cámara y diciendo cosas. Me pregunto quién la estará escuchando ahora. Me alegro de no ser yo.

1 de septiembre de 1962

EL ESPECTRO DE PHILIPPE

Yo soy una de esas lectoras de periódicos matinales que primero van a la página de necrológicas. Si veo que alguien que conozco —incluso alguien de quien he oído hablar— ha muerto, me sorprende y generalmente lo siento. Si no veo ningún nombre que me resulte familiar, siento alivio, o incluso alegría, y supongo que es para expiar ese sentimiento creciente de vida que recibo, como regalo gratuito de la lista diaria de muertos desconocidos, si siempre dedico toda mi atención a leer los relatos de sus vidas, contemplo sus fotografías y apenas puedo soportar que sonrían. Tal vez sea la curiosidad lo que me lleva a la página de necrológicas, pero el impulso tras esa curiosidad —si eso es realmente curiosidad— es mucho más interesante y misterioso que la curiosidad en sí y podría hablar y hablar antes de llegar a la verdad de la cuestión, que tal vez no alcanzaría nunca, y de momento tengo que continuar porque me interesa la historia de un hombre, el director de un restaurante que murió el verano pasado y cuya necrológica no recuerdo haber visto en los periódicos matinales. Se llamaba Philippe. El restaurante que llevaba está en una bonita manzana en la Sesenta este y tiene uno de esos nombres confortables y prometedores, como La Belle Poire o Le Chat Extraordinaire, que recuerdan a otros veinte o treinta buenos restaurantes franceses de la ciudad y que te dan ganas de visitar tus favoritos. Yo nunca vi a Philippe, ni oí hablar de su restaurante hasta una agradable tarde de mediados de agosto, cuando iba vagando y buscando piso y de pronto me di cuenta de que en aquella manzana tan acogedora de pequeñas galerías de arte, anticuarios y tiendas de moda había un pequeño restaurante francés, y que estaba abierto. Y en esa época del año, cuando casi todos los restaurantes apetecibles están cerrados por unas largas vacaciones. Ya casi había pasado de largo, pero me quedé mirándolo y retrocedí para verlo de cerca. Parecía un pequeño

restaurante y muy hospitalario. Entré. Pasaban unos minutos de las seis de la tarde y acababan de abrir para la cena. La sala estaba fresca y oscura en contraste con el calor y la luminosidad de fuera, y las mesas estaban puestas con aire festivo, y había flores aquí y allá y brillos de colores de las botellas que había al fondo, sobre la barra, pero estaba vacío, sin clientes. Había cinco o seis camareros de pie, hablando, y cuando entré me miraron sorprendidos y expectantes, como si estuvieran seguros de que yo iba a ser o solo podía ser heraldo de una gran oleada de clientes. Hubo un tiempo en que me incomodaba coger una mesa sola en un restaurante, pero he mejorado desde entonces, así que informé rápidamente a los camareros de que solo iba a ser yo, un comensal, y luego rechacé la mesa que me ofrecían y me fui a sentar a otra igual de buena. Dos camareros, que tal vez no fueran conscientes de mi pequeño triunfo, se apresuraron a atenderme, y uno de ellos me tendió una enorme carta y el otro me sirvió agua generosamente en mi jarra. Yo empecé a leer la carta y en un minuto o dos un hombre bajito de negro, el *maître*, vino de prisa de la cocina o donde fuera que estuviese y me preguntó cortésmente si quería beber algo. Dije que sí y elegí mi bebida. Después pedí la cena. Y a continuación saqué el libro que suelo llevar conmigo en el bolso, porque me distrae cuando no hay nada que escuchar y disimula mi escucha cuando hay algo de interés, y empecé a leer. Pasó un buen rato —casi había acabado de cenar— y entró otro cliente, un hombre solo. Esta vez el *maître* estaba en su puesto y recibió al hombre con una sonrisa y palabras de reconocimiento y alegría, y le indicó una mesa cercana a la mía. El hombre parecía sentirse en casa y saludó con un gesto a todos los camareros y miró por todas partes como si conociera bien el lugar. Luego se inclinó hacia delante para mirar al fondo, la barra y la cocina.

—¿Dónde está Philippe? —preguntó—. Este verano conocí a un amigo suyo en Edimburgo.

El *maître* dejó de sonreír enseguida:

—Oh, *Monsieur* —dijo—. Philippe ya no está con nosotros.

El cliente también dejó de sonreír.

—¿Ya no está con *ustedes*? —preguntó, casi gritando.

El *maître* parecía desconsoladamente nervioso y titubeó:

—Mire —dijo al fin—. Philippe murió este verano.

Hubo un murmullo entre ellos que no pude captar y después de eso el

cliente dijo, casi descortésmente:

—Muy bien, tomaré un cóctel Rob Roy. Un Rob Roy *dulce*.

Empezó a leer la carta con mucha atención, manteniéndola muy cerca de su rostro, y cuando llegó la bebida alargó la mano por detrás de la carta y empezó a beber parapetado tras la carta, casi secretamente, como si se avergonzara. Pidió la cena sin entusiasmo y yo lo sentí por él, y aún más por Philippe, que debía de apreciar su restaurante y se habría consternado de saber que era solo un fantasma en su propia fiesta.

Salí del restaurante y no volví a pensar en ello hasta hace unas pocas noches, cuando me acordé qué agradable era el lugar y volví a cenar allí. Llegué justo antes de las siete y ya había muchas mesas ocupadas y más gente entrando constantemente, y una y otra vez vi al pequeño *maître* tener que dar la misma triste explicación que había dado aquel día sobre Philippe. Muchos de los presentes eran a todas luces clientes habituales. El *maître* corría amablemente a saludar a cada uno de los recién llegados, pero era fácil ver que si bien se alegraba de verlos, también temía aquel momento. Desde mi primera visita, Philippe había pasado de ser un fantasma inquietante al esqueleto que cruje y no se decide a meterse en el armario y quedarse quieto. Yo lo lamentaba. Pensé que habría sido una buena idea para los colegas de Philippe saludar a cada viejo cliente con una copa de champagne para brindar por su amigo muerto, pero como no lo hacían, solo podía desear que su largo y sombrío velatorio acabase pronto. Creo que no le habría gustado nada. Espero que en su próxima encarnación, cuando sus huesos hayan dejado de crujir, se encuentre entre cosas agradables y familiares, entre ruidos reconfortantes: el ruido de un próspero y amistoso restaurante en su mejor hora, el rumor de la cocina bulliciosa, el ruido de los corchos de las botellas al abrirse y del hielo agitándose en la coctelera y los cuchillos y tenedores y las voces interrogativas de los camareros y las de los clientes en animada conversación ante una deliciosa cena, sonidos que todos conocemos y que significan quizás los momentos más amistosos de nuestros días, estemos donde estemos, o como suele ser, en medio de la vida.

31 de diciembre de 1960

LA CALLE OCHO OESTE HA CAMBIADO Y CAMBIADO Y NO HA PARADO DE CAMBIAR

La vista desde el University Restaurant, en la calle Ocho oeste, ha cambiado y cambiado y no ha parado de cambiar desde principios de julio, cuando empezaron a derribar tres pequeños bloques de pisos grises. Una tarde yo iba andando hacia el restaurante de la Quinta Avenida y no me fijé en las casas; siempre habían estado allí y me resultaban tan familiares como para hacerse invisibles. A la tarde siguiente eran completamente visibles, porque los obreros estaban arrancando las ventanas y ya habían apilado las puertas en la acera. Las tres casas cayeron bastante deprisa, considerando lo sólidas que parecían, y lo bien que encajaban en su sitio, confortablemente, cerca de la antigua sede del Whitney Museum, junto a esa bonita casa que ahora es un centro juvenil. Cuando sus condenadas vecinas se derrumbaron —sin dignidad, con todos los secretos expuestos—, el Whitney se acurrucó más y más en su sitio, como una pobre anciana que se cerrase el echarpe alrededor de los hombros en invierno.

«Tal vez ya no sea lo que fui», parecía decir el Whitney, «pero no quiero irme todavía». Las tres casas grises tampoco querían irse, pero se fueron igualmente, con sus gruesos muros y sus buenos suelos y sus fuertes escaleras y sus habitaciones multicolores y todas sus ventanas, las cuadrangulares ordinarias y las altas claraboyas. Todo acabó en el suelo, lo fueron acarreado a otro sitio y solo quedó lo que debía de haber antes: una despejada vista del dorso de las diminutas casas del lado norte del callejón Macdoughal. El señor Gregory, propietario del University Restaurant, contemplaba la destrucción, día a día, con una especie de frío disgusto. «Teníamos muchos clientes de esos

pisos», dijo. «... Pero el Whitney, ¡eso sí que era un edificio maravilloso! Mucha gente del Whitney solía venir aquí cuando era una galería, muchos visitantes y muchos de los que trabajaban en él.» Para el señor Gregory, el abandono del Whitney como museo era *lo peor*, un indicio de la transformación de la calle Ocho oeste de un lugar agradable a un árido desierto.»

Para mí, *lo peor* fue el día en que el señor Joseph Kling cerró su International Book & Art Shop, cuatro puertas más al este del restaurante, y se trasladó dos manzanas más al oeste, a la avenida Greenwich, porque no podía pagar los nuevos alquileres astronómicos de la calle Ocho. La librería del señor Kling estaba en un semisótano, directamente enfrente de las tres casas que acaban de derribar. Cuando entraba un cliente, el señor Kling solía emerger de la parte sombría y recóndita al fondo de la librería con una visera verde y una expresión a veces amenazadora y otras meramente desconfiada. La librería era larga y estrecha, con simples estanterías que llegaban hasta el final, donde a veces estaban revueltas y abarrotadas, como si los libros sobrantes hubieran tenido que revolverse buscando sitio y colgaran de la pared desesperadamente. En el centro de la estancia, simples planchas de madera mostraban mapas, carteles, fotografías y más libros. Era un sitio lúgubre, obstinado e interesante, y cuando el señor Kling surgía de su madriguera del fondo, la librería adquiría el aire encantado que tienen todas las librerías de viejo, en todo el mundo. Él conocía sus libros y los libros mostraban que él los conocía: no había ni un palmo de la estantería donde los ojos se deslizaran sin encontrar algo que mirar. Podías pasarte horas sin perder un minuto. Incluso si no comprabas nada, salías mucho mejor de lo que habías entrado. Una noche, en el invierno de 1944, entré a una hora avanzada, hacia las nueve de la noche. Hacía un frío horrible. Era mi cuarto invierno en Nueva York y todavía no me había acostumbrado a los vientos helados que azotaban las calles y no parecían cesar nunca de soplar. Yo pensaba que los altos cañones de cemento del centro de Manhattan, donde trabajaba, servían de embudo y reforzaban la furia de los vientos, pero incluso en el Village, donde en aquella época la mayoría de los edificios aún eran bajos, los vientos parecían soplar con una dura ferocidad que no tenía nada en común con el clima normal en tiempos normales. Hacía demasiado frío. Yo vivía en una habitación enorme en lo alto de una casa preciosa de la calle Diez este, junto a

la Quinta Avenida, a unos pocos pasos del hotel Grosvenor. Era un sexto piso y mi pared frontal era toda ventanas, una sólida hilera de ventanas con bisagras que daban al sur. En aquella época, como decía, el Village aún no estaba construido, y yo tenía una larga vista de tejados y chimeneas que incluso los parisinos más críticos habrían admirado: tejados, jardines elevados, terrazas, estudios y una inmensa y siempre cambiante franja de cielo. Pero aquel invierno, la amistosa extensión de tejados y azoteas se convirtió en una lisa y despiadada llanura atravesada velozmente por los vientos hacia mis ventanas de bisagras, que tenían marcos de madera muy viejos, agrietados y combados, y ofrecían apenas más protección que una tienda de lona. Y algo le había ocurrido a la caldera de la casa. Pasamos semanas sin calefacción ni agua caliente. Por fin, una noche, me puse dos abrigos y salí a dar un paseo. Había muy poca gente en la calle. Hacia las nueve, entré en la International Book and Art Shop. No estaba caliente, pero hacía más calor que en mi apartamento del tejado. El señor Kling me atisbó desde su rincón del fondo pero no se adelantó, y yo me abrí camino tranquilamente por la librería hasta que llegué donde él estaba sentado con un amigo. Pararon de hablar y me miraron. Me imaginé que había una pregunta en el aire.

—En mi apartamento hace tanto frío que no podía estar más allí —les dije—. Tenía que salir. Incluso en la calle parece que hace más calor que en la casa donde estoy viviendo.

—Con un tiempo como este la gente se casa —dijo su amigo.

El señor Kling no dijo nada durante un minuto, luego sonrió tristemente y dijo:

—Berlín, 1923.

Berlín, 1923. Nueva York, 1944. Y ahora es Nueva York en el otoño de 1966. Disfrutamos de un verano indio, y una bruma soleada pende sobre los árboles en Washington Square. Nuevos edificios de apartamentos altos, de aire frágil y en forma de cajas se encaran unos con otros uniformemente por la parte baja de la Quinta Avenida, pero la forma de la avenida —la maravillosa franja que va desde el arco de Washington Square hasta el *uptown* y a lo lejos — sigue intacta. En la avenida Greenwich, el señor Kling sigue con su librería, todavía con su visera verde y sus dos expresiones. El hotel Grosvenor se ha convertido en una residencia de estudiantes, y el Breevort, el

Lafayette y el Holley han desaparecido, pero el pequeño hotel Earle, raído y elegante, sigue en el lugar que ha ocupado desde hace más de sesenta años, en la esquina de Waverly Place y la calle Macdougall, y el Albert parece romántico y forastero de noche, cuando encienden las luces del comedor y en la barra y en el café que se extiende en la acera. El Albert está en University Place, entre las calles Diez y Once, y Thomas Wolfe había vivido allí. Este es un verano indio muy otoñal, y en la fría luz del sol, las calles perpendiculares a la Quinta Avenida y las ventosas calles del Village hacia el oeste y el sur están llenas de sueños y sombras, y parece haber espacio para todos. Yo estoy sentada junto a la ventana de la calle del University Restaurant, mirando afuera, a una empalizada azul oscuro que oculta el hueco donde se elevaban los edificios grises de apartamentos. El señor Gregory, en su mesa, parece entonar una letanía con su voz áspera, pero solo está dictando por teléfono los menús para el almuerzo y la cena de mañana a su impresor.

—Pinchitos rusos —dice el señor Gregory, y luego añade—: Filete de jamón.

Fue en julio de 1941, y yo estaba de visita en Nueva York, cuando entré por primera vez en su restaurante y pedí una cena de chuletas de cordero. Ahora, en la brumosa tarde, estoy tomando caballa a la parrilla y puré de patatas, miro a la calle, a la valla azul y al escalofriante espectro del Whitney Museum y me pregunto: ¿Y después? ¿Y después?

12 de noviembre de 1966

LUDVÍK VACULÍK

«La verdad no está en el triunfo. La verdad es lo único que queda cuando todo lo demás se ha derrumbado.» «Esta primavera ha terminado y no volverá nunca. Todo se sabrá en invierno.» Son las palabras de un escritor checo, Ludvík Vaculík, de su *Manifiesto de Dos Mil palabras*, que se publicó en varios periódicos checos a finales de junio, en una época en que Checoslovaquia estaba exultante. El *Manifiesto* iba firmado por unos setenta checos, personalidades «del ámbito de los deportes al de la ciencia, comunistas y no comunistas», según Jerry Landay, un comentarista radiofónico de WINS, que acaba de volver de Praga. El señor Landay habló del *Manifiesto* y leyó extractos en WINS a intervalos de medianoche hasta el alba el miércoles 21 de agosto, cuando en Nueva York acabábamos de enterarnos de la invasión de Checoslovaquia por los rusos. WINS es una emisora exclusivamente de noticias, y nos dijeron que los tanques estaban avanzando por las calles de Praga, y que el edificio sede del Comité Central y Radio Praga estaban rodeados, y que Alexander Dubček y otros altos mandatarios del Gobierno habían sido detenidos y trasladados a destino desconocido, y una y otra vez nos dijeron que «algunos ciudadanos checos intentan detener los tanques rusos con sus cuerpos». Y de vez en cuando, el señor Landay repetía su discurso, diciéndonos que había vuelto de Praga con un recuerdo que valora en extremo: seis hojas de papel que contienen una traducción inglesa del *Manifiesto* del señor Vaculík. El *Manifiesto* no fue autorizado por el Gobierno de Dubček, pero tampoco fue prohibido ni secuestrado. Cada vez que el señor Landay hablaba del *Manifiesto* y sus firmantes, decía lo mismo: «Era al mismo tiempo el vibrante símbolo del renacimiento checo —su declaración oficiosa de independencia— y su Testamento y Últimas Voluntades». Mientras escuchaba WINS, estuve ojeando la edición urbana de

The New York Times, que había salido de imprenta en cuanto llegó el primer boletín del desastre de Praga. Había un titular a tres columnas en la primera plana diciendo: «Praga informa de una invasión de tropas soviéticas, polacas y germano-orientales», y el reportaje que seguía informaba de lo que se había sabido hasta las diez y media. Leí el *Times* enterito, todo lo que contaba de los Demócratas preparándose para su Convención, todo lo de todo el mundo. Leí del londinense que había salvado de ahogarse a su pececito rojo, George, y por su acto era candidato a recibir un premio de la Real Sociedad de Prevención de la Crueldad contra los Animales. Y leí de otra londinense, una señora de la limpieza de la iglesia de St. Alban, que recogió una bolsa de papel de embalar arrugada de debajo de uno de los bancos y en su interior no encontró el bocadillo rancio que imaginaba, sino siete mil quinientos dólares en oro, platino, diamantes, hematites y ónices, un botín deslumbrante. En la página 2 del *Times* había una foto del conde Carl-Gustav von Rosen, el aviador sueco que rompió el bloqueo nigeriano de Biafra y llevó comida a los hambrientos biafreños. Y en la página 3 había una foto que yo miraba una y otra vez, porque pensaba que las dos caras reflejaban el espíritu de las palabras de Ludvík Vaculík. Era una fotografía de dos estudiantes sudafricanos blancos, de pie con las cabezas altas mientras otros estudiantes blancos les tiraban pintura blanca. Según el *Times*, un grupo de estudiantes había conducido cuarenta y ocho kilómetros desde la Universidad de Witwatersrand hasta la residencia del primer ministro Vorster en Pretoria para presentar una petición en protesta por el veto gubernamental a la elección de un antropólogo social africano y negro para un puesto de lector en la Universidad de Ciudad del Cabo. Los dos fotografiados tienen diecinueve o veinte años, llevan un corte de pelo convencional —corte de pelo de chicos— y trajes convencionales. Uno de ellos lleva camisa y corbata bajo la chaqueta, pero el otro está tan cubierto de pintura que es difícil decir si lleva corbata o no. En cualquier caso, se habían vestido formalmente para la ocasión de presentar la petición, y ahora su ropa se ha ido al garete. Están de pie con las manos abajo —sosteniendo libros, supongo—, y el único signo que hacen de autodefensa es cerrar los ojos. Sus rostros aparecen sombríos, pero no furiosos ni agitados, y parece como si estuvieran defendiendo su postura no solo para el presente, sino también para el futuro. Había mucho más que leer en ese ejemplar del *Times*, mientras escuchaba WINS y a Jerry Landay, pero todo el tiempo volvía a los dos chicos sudafricanos.

El alba despuntó a las seis; un alba densa, anaranjado oscuro, que se aclaraba lentamente para mostrar el pálido y escasamente entusiasta cielo matinal sobre la ciudad. En cuanto se hizo plenamente de día, yo eché a andar por la calle Setenta y cuatro y la Segunda Avenida. Quería ver si había alguna clase de servicio matinal en la iglesia presbiteriana Jan Hus que está por allí, pero no había nadie en los alrededores o junto a la iglesia excepto un hombre sentado en las escaleras frontales leyendo el periódico. Yo anduve un poco. Es una zona muy abierta y aireada de la ciudad, cerca del río, con los habituales bloques de pisos altos, nuevos y con balcones, con aspecto muy limpio y grande junto a los viejos edificios, más pequeños, más oscuros y anticuados. Había mucha gente en la calle, todos paseando perros, pero la Primera Avenida es grande y de aspecto libre, y apenas hay tráfico a esa hora —las siete y cuarto o así— por allí, y los perros y sus amos parecían naturales y contentos, como si estuvieran en la ciudad porque les gustara, no por obligación. En cierta época, los ciudadanos checos y eslovacos de Nueva York se concentraban en la zona de la calle Setenta y uno a la calle Setenta y cinco, y todavía hay allí muchos restaurantes y tiendas checas y eslovacas, una casa de pompas fúnebres checa, y nombres checos y eslovacos por todas partes. En la puerta de una diminuta tienda checa de regalos, el dueño leía el *Times*, pero excepto por la expresión de su cara, alrededor no había ningún signo de un golpe que podía hacer añicos el mundo y que en cualquier caso, dejaría hondas y crecientes fisuras. Mi paseo me llevó de nuevo más allá de la iglesia presbiteriana Jan Hus. El hombre con el periódico seguía allí sentado solo, absorto en su lectura. Cogí un taxi a la calle Cincuenta y seis con la Quinta Avenida y anduve hacia el *downtown* desde allí. Ya eran casi las ocho y había gente andando por la calle, hacia el trabajo. Era una pacífica escena urbana, dominada por la iglesia de San Patricio, St. Patrick, en el lado este de la avenida, y el Rockefeller Center en el lado oeste. Un joven delgado y moreno pasó junto a mí deprisa leyendo un periódico francés que llevaba titulares sobre los rusos y los checos. Cuando llegué a la esquina de la calle Cuarenta y cuatro con la Quinta Avenida, miré a lo largo de la manzana y vi, hacia el final, una pequeña multitud congregada junto al escaparate de la tienda de órganos Hammond, mirando al interior. Pensé: los de los órganos habrán puesto un televisor en el escaparate y todo el mundo está viendo las noticias de Praga. Corrí a unirme a ellos y me hice sitio entre dos hombres de

aspecto distinguido, uno negro y otro blanco rosado, los dos vestidos con sus trajes de ejecutivos. Como soy bajita, tuve que maniobrar para ver y cuando por fin logré atisbar el escaparate, no había ningún televisor, sino solo una señora de pelo gris sentada ante un gran órgano y sonriendo hacia algún punto por encima de nuestras cabezas. Me di la vuelta y frente a la cafetería del otro lado de la calle había una cámara muy alta y entonces vi el típico tráiler de cine, uno solo. Estaban rodando una película. Me di la vuelta y miré de nuevo a la señora. No mucho tiempo. Un hombre alto, con el pelo negro y rizado, cruzó la calle y nos pidió que nos moviéramos a un lado, no todos, solo algunos. Al parecer, unos pocos de los que miraban el escaparate eran miembros legítimos de la compañía de actores. Los dos hombres de aspecto distinguido y yo nos apartamos y volvimos a formar una fila en la acera, desde donde miramos al hombre del pelo rizado, que no parecía complacido con nosotros.

—Más atrás —dijo con paciencia—. Vayan más atrás, por favor. Hasta la puerta, *por favor*.

Nosotros tres nos movimos ocho o nueve metros más atrás, y cuando estábamos colocados, nuestro director cruzó la calle, volvió a su cámara y su equipo. Y entonces nos dimos cuenta de lo que fuera y nos dispersamos rápidamente, en distintas direcciones.

Yo fui al hotel Algonquin y compré un ejemplar de la última edición del *Times* y me senté a compararlo con mi ajada edición anterior. En la última edición, las noticias checoslovacas tenían titulares que atravesaban la primera plana, y ocupaban tanto espacio que muchas noticias de antes habían pasado a las páginas posteriores, donde a su vez desplazaban a otras, incluyendo la del pez rojo George y la de la señora de la limpieza de la iglesia de St. Alban. Pero el conde Carl-Gustav von Rosen seguía presentando un interesado rostro al mundo en la página 2, y los estudiantes sudafricanos mantenían su posición en la página 3, y sus rostros aún reflejaban el profético desafío de las palabras de Ludvík Vaculík. Me gustaría proponer una aclamación por los estudiantes y otra por el conde Carl-Gustav von Rosen. Una aclamación por Jerry Landay. Otra por el *New York Times*. Unos vítores por el pececillo George, a quien salvó la vida su amable y hábil amo, el señor Peter Humphrey, de cincuenta y cinco años. Unos vítores por la mujer de la limpieza, la señora Ivy Rickman, que dijo de la bolsa de joyas: «Se me salían los ojos. Sabía que tendría que

decírselo a alguien de la iglesia, pero no pude resistir probarme primero algunos anillos y pulseras». Ninguna aclamación para Ludvík Vaculík. Le pido a Dios que le bendiga y le mantenga sano para que muy pronto siga escribiendo en libertad. «Esta primavera ha terminado y no volverá nunca. Todo se sabrá en invierno.»

7 de septiembre de 1968

EL NOMBRE DE MINNIE SMITH

Anoche cené pronto en la segunda planta del Schrafft's, en la Quinta Avenida esquina con la calle Cuarenta y seis. Cuando ya casi había acabado, entraron dos señoras y se sentaron en la mesa contigua a la mía. Las dos llevaban grandes sombreros y varias vueltas de perlas alrededor del cuello y yo no pude evitar oír todo lo que decían, porque hablaban muy alto. Las dos tenían tiendas de moda (o quizás solo las dirigían; de eso no estoy segura), y venían de un desfile de moda en la Séptima Avenida, y en otro tiempo habían trabajado juntas en la misma casa de modas, pero hasta ese encuentro, que ahora acababa con una cena en Schrafft's, no se habían vuelto a ver durante años. Mencionaron los nombres de mucha gente a la que ambas conocían, y cada nombre iba marcado con un comentario o dos que definían el éxito o fracaso de quien fuera: se había casado o no, se había divorciado, se había ido de Nueva York, había montado un negocio, había fracasado en su negocio y ahora trabajaba para alguien, etcétera. Los nombres repiqueteaban entre las dos señoras y yo tenía la sensación de que todo el mundo tenía la misma dimensión y la misma insignificancia, y que todos podíamos ser despachados fácilmente si esas mujeres alguna vez se apoderaban de nuestros nombres. La camarera me había traído la cuenta y yo estaba contando mi dinero cuando mencionaron otro nombre, y diría que el nombre era Minnie Smith. Ambas damas eran habladoras compulsivas, pero la más impaciente dijo:

—Ah, Minnie Smith. Encantadora mujercita. Ni pincha ni corta.

Luego dejó caer otro nombre, pero ya no oí más, porque iba de camino a la caja a pagar lo que debía. Fui a la planta baja en el majestuoso ascensor del Schrafft's y salí a la Quinta Avenida y anduve hasta la calle Cuarenta y nueve hasta el hotel donde vivo, que está muy cerca de la Séptima Avenida. De camino, me crucé con mucha gente, de todos los tamaños y formas. Me crucé

con soldados americanos y marinos extranjeros, mozos de reparto, camareros, oficinistas y grupos de chicas muy jóvenes, grupos de chicos muy jóvenes, padres y madres, tías y tíos, gitanas y limpiabotas, curas y policías, taxistas y gente muy arreglada para una noche en Broadway. ¿Me crucé con Minnie Smith? Nunca lo sabré. Seguía pensando: «Ay, Minnie Smith, ¿qué le hiciste a esa mujer tan horrible?». Todos los demás nombres habían caído, pisoteados y abandonados a su muerte, pero el nombre de Minnie Smith tenía que ser borrado y en la borradura ella se delineaba, y aquí está ahora, más importante que la vida. Imaginen el poder de Minnie Smith, que ni pincha ni corta y no está aquí y aun así puede darle la vuelta a la pala con la que cavan su tumba y convertirla en una bandera con su nombre. No espero ver nunca más a esas dos señoras del Schrafft's, y por lo tanto hay pocas posibilidades de atisbar de nuevo el corazón decepcionado de la más impaciente, donde los nombres se disponen según el grado del rencor que siente hacia ellos, pero de una cosa estoy segura: en esa lista siempre creciente, el nombre de Minnie Smith va en cabeza.

31 de agosto de 1963

EL APARTAMENTO DE HOWARD

Estoy de vuelta en el Village, pasando unos días en el apartamento de un amigo que está en Londres. El apartamento es pequeño, ordenado e individual, una casa para uno que seguía siendo distante (amistosa, pero distante) hasta que yo entré con mi maleta el jueves.

«No tenemos secretos», parecen decir las dos habitaciones, «pero somos *suyas*». Y creo que, cuando me vaya, pasado mañana, la misma voz de juguete, susurrando desde las paredes, preguntará: «¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién se ha sentado en mi silla? ¿Quién ha dormido en mi cama?». Conozco esa voz. Es la voz de «Los tres osos», que se hacen eco unos a otros, el Oso Mayor, el Oso Mediano y el Oso Pequeño. Empiezan susurrando cuando abro mi puerta frontal después de haber pasado un tiempo fuera, cuando le dejo mi piso a alguien por una noche, una semana o un mes.

«¿Quién ha estado en mi cocina? ¿Quién ha leído mis libros? ¿Quién ha tocado mis cosas?».

La alarma de la voz de los osos se produce cuando juntan las cabezas para demostrar que están pensando, que son conscientes y que no son tontos confiados y adormilados, sino que están alerta y son osos bien informados de cómo funciona el mundo (de hecho, los osos no saben cómo manejarse en el mundo, y son conscientes de ello, pero ¿acaso lo sabemos los demás?). Con cualquier pretexto, se ponen sus escopetas de cartón al hombro y desafían la Oscuridad.

«¿Quién va?».

«Un amigo.»

«Pasa, amigo.»

Pero espera un momento.

«¿Quién va ahí?»

«Un enemigo.»

«Pasa, enemigo.»

Amigo o enemigo, ¿qué importa? Los osos han tomado su postura y ahora pueden volver a dormir.

El apartamento de mi amigo está en la calle Diez entre la Quinta Avenida y la Sexta, en la tercera planta de un *brownstone* que deleitaría a su arquitecto si volviera a la vida y viese con qué serenidad se ha marchitado su obra con los años. Es el apartamento de atrás y los del apartamento de delante están dando una fiesta. Ya son casi las seis y durante una hora he estado oyendo a sus invitados subir las escaleras. En cuanto los recién llegados llegan al rellano, la puerta contigua a la mía se abre y se oyen gritos de saludo y jadeantes quejas de voces femeninas y masculinas sobre las escaleras tan largas, y luego la puerta vuelve a cerrarse en torno a la celebración y se oyen los ruidos de la fiesta. Ahora, la puerta está cerrada, pero hay un sonido nuevo. Ha estallado un chaparrón hace un minuto, o quizás hace solo unos segundos. Ha empezado a caer la lluvia. Luego un brusco trueno y relámpago, y el cielo, que era blanco, se ha vuelto negro. Cuando la lluvia ha alcanzado toda su fuerza, que ha sido inmediatamente después de empezar a caer, el suelo de madera azul de la terraza que se extiende al otro lado de las ventanas de esta sala se ha desvanecido bajo una sorprendida niebla azul mientras millones de gotas de agua chocaban bruscamente contra las planchas de madera y rebotaban antes de caer para siempre. Un ailanto inmenso y humilde, con aire de perro pastor, que inclina sus hombros contra la terraza, se empapó enseguida y encorvó todas sus pesadas cabezas en su eterna sumisión a la baja opinión que el hombre tiene de él. La lluvia hacía mucho ruido, pero los rosales que bordean la terraza se mantenían erguidos y serenos bajo la violencia y sus hojas aleteaban en la ráfaga de aire nuevo y puro. Mientras las hojas de rosal aleteaban, dando la bienvenida al aguacero, el ailanto temblaba en toda su extensión, y el liso costado rojo y negro de un gran edificio de apartamentos media manzana más allá brillaba con todo su colorido. Allí donde caía la lluvia había color y la lluvia caía por todas partes. En el primer momento de la tormenta, cuando ha centelleado el relámpago y la lluvia ha empezado a caer con estruendo, yo me he levantado del sofá de terciopelo verde donde estoy sentada y he cruzado la habitación para cerrar la puerta de la terraza, y

al volver, la estancia se había oscurecido: no quedaba nada de la luminosidad que la había llenado todo el día. Ahora el espacio se ha vuelto vago e insustancial, y se muestra como lo que realmente es: el decorado accidental de un enigmático pero no inquietante sueño que he soñado antes, en habitaciones del pasado, y que volveré a soñar, en habitaciones que aún no he visto. Es un sueño sin gente. La lluvia nos ha unido a la habitación y a mí con el mundo invisible, donde no hay noche ni día, y donde se forman paredes, espejos, árboles y puentes a base de sonidos que avanzan y retroceden. En este momento es fácil ver cómo se crean y destruyen las montañas y los océanos mediante un desplazamiento de la luz, y entender que la sólida tierra puede encogerse sin avisar hasta el punto de fuga bajo nuestros pies. La lluvia cae abruptamente, formando precipicios mientras cae, y su fuerza ha convertido esta habitación en una cueva, que solo es real por su hueco: un lugar resonante en el que solo hay un sonido. En el profundo silencio que se eleva aquí y ahora, incluso el eco y la memoria se borran.

En el momento en que me he levantado a cerrar la puerta de la terraza, la gente del apartamento de enfrente debe de haber corrido a cerrar sus ventanas. Ellos no tienen terraza. Sus ventanas dan a la calle Diez, que es bastante estrecha, y frente a una hilera de casas que comparten un largo balcón de hierro, una pieza continua de hierro enrejado, como un sello extranjero sobre sus fachadas. Cada año, la gente que vive a lo largo de ese balcón puede ver un milagro en este lado de la calle, en esta casa, cuando una vigorosa glicina abraza la pared frontal desde la acera al tejado. Cuando está a punto de florecer, la glicina se vuelve a encarar el mundo, ofreciéndose a nuestros ojos con todas sus fuerzas. Solo los gorriones que revolotean arriba y abajo de la pared pueden describir la glicina en plena floración, cuando la tocan aquí y allí y revelan que su base y refugio se ha convertido en una alta nube de malva y verde que se hincha alrededor y encima de la entrada y luego fluye majestuosamente por la fachada de la casa, desde la tierra hasta el cielo. El señor Aisnworth, que es el propietario de esta casa, vive abajo, y mira ese gran ailanto y esa gran glicina como si fueran sus mascotas. Cualquiera que le ve mirarlos sabe que le encantaría llevárselos adentro todas las noches, tal vez incluso a dar un paseo de vez en cuando. Los cuida con una devoción feroz, asomando medio cuerpo por las altas ventanas frontales y aún más lejos por el extremo de su terraza, examinando cualquier signo de malestar en las tenaces y

huesudas enredaderas de su glicina o en las hojas y ramas de su ailanto. El ailanto es afortunado, la glicina también, y también lo es esta casa, afortunada y querida.

La lluvia está cayendo deprisa y más negra que nunca. Las ventanas del apartamento frontal donde se celebra la fiesta deben de estar chorreando lluvia —casi espumeante— y la calle Diez también debe de estar chorreando de negra espuma. Pero una fiesta tiene que expandirse, si puede, y ahora los de enfrente han abierto la puerta y la han dejado abierta. ¡Qué cantidad de ruido hacen con vasos y botellas, música y voces! Debe de haber centenares de personas ahí dentro. De vez en cuando, sobre el bajo rugir de la conversación, hay una fuerte risotada y de vez en cuando un pequeño gritito. Fuera, todo el ruido del mundo es martilleado contra la tierra por la lluvia, y dentro, todo el ruido burbujea de fiesta. Solo en esta habitación hay silencio, un silencio que se ha vuelto tenso. La habitación está esperando a que ocurra algo. Yo podría encender el fuego, pero mi amigo olvidó dejarme leña. Podría encender una lámpara, pero no hay sensación animal en la electricidad. De nuevo me levanto y ando hacia el fonógrafo y lo enciendo sin cambiar el disco que he puesto esta mañana. La música se fortalece y fluye, captando los cuadros, los libros y la blanca y descolorida repisa de mármol de la chimenea como habría hecho el fuego. Ahora el lugar ya no es una cueva, sino una habitación con paredes que escuchan en paz. Oigo la música y contemplo la voz. Puedo verla. Es una voz para seguirla con los ojos de la mente. *La Brave, c'est elle*. No hay otra. Es Billie Holiday cantando.

11 de noviembre de 1967

POSTSCRIPTUM

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE NUEVA YORK

Suelo tomar prestadas novelas policíacas de una biblioteca muy pequeña que está al fondo de una de las múltiples tiendas de regalos y postales que llenan las calles del Village. Anoche, como no lograba encontrar un libro, estuve mirando las estanterías de cestas artesanales, porcelana moderna, ceniceros de cerámica y etcétera, y vi una casa construida con cartas de juego pero que se erguía muy sólida, porque las cartas tenían un corte para hacerlas encajar. Compré una baraja de cartas y luego seguí mi camino hacia mi casa, el hotel de Washington Square donde ahora vivo. Tengo dos habitaciones, en la octava planta. Hay un tosco balcón de hierro, apreciado por las palomas, construido muy cerca contra las ventanas, de modo que tapa casi toda la vista. Era una tarde agradablemente clara y salí al balcón para admirar la escena que se negaba a ofrecerme.

Allí, ocho pisos más abajo, estaba Washington Square. Las aceras que cercan el parque, los caminos que discurren hacia el norte, sur, este y oeste desde la fuente y hasta las aceras, y los bancos que hay al borde de la hierba estaban abarrotados. En la esquina, en diagonal desde donde yo estaba, un hombre había puesto su carrito de helados, un cuadrado blanco, con una alta sombrilla erguida y extendida con rayas rojas y amarillas. No muy lejos del carrito de los helados, pero en la hierba, había una mujer de pie, sola, estirando los brazos. Por sus gestos podía ser que tuviera un ataque o que estuviera maldiciendo a alguien, pero había una gran conmoción de palomas a su alrededor, y me imaginé que les estaba dando de comer, o que ya les había dado y ahora les explicaba que la bolsa de migas estaba vacía. Un minuto más tarde las palomas se levantaron en multitud y descendieron en picado entre los árboles. La mujer se alejó.

Hace poco me dijeron —supongo que es solo un rumor— que se habla de

excavar un paso subterráneo a través de Washington Square. Supongo que significa que excavarían esa parte de la plaza. Después de eso difícilmente recobraría su aspecto original.

Cuando llegué a Nueva York por primera vez, viví un tiempo en el hotel Holley, en el lado oeste de la plaza. El Holley ha sido derribado este año y después, siempre que paso por ahí, veo el estrecho hueco —sorprendentemente estrecho— donde el pequeño hotel se agazapaba entre los altos bloques de pisos vecinos. En la época en que yo vivía allí, hace solo doce años, una hilera de edificios de estudios con aire decadente se extendía a medio camino hacia el lado sur de la plaza. Aquellos edificios me parecían preciosos y románticos y anhelaba tener un apartamento, o incluso una habitación, en uno de ellos, pero siempre estaban llenos. Ahora han desaparecido y un edificio educativo de aspecto aburrido se yergue en su lugar. En aquella época y más tarde, yo fui visitando la mayoría de las casas bonitas del lado norte de la plaza buscando un lugar donde vivir. Algunas de aquellas casas fueron derribadas para hacer sitio a nuevos bloques, uniformes y sombríos, y la mayor parte de los que quedaban se han convertido en oficinas. El hotel donde ahora vivo es antiguo, y anoche me pregunté, no por primera vez, si se acercaban sus últimos días. Han cerrado la agradable entrada lateral, y eso parece un mal signo.

Dejé el balcón, entré y me senté en el confortable y pequeño sofá que constituye el principal elemento decorativo de mi salón. Es una habitación bonita, con puertas correderas que dan al dormitorio. La chimenea ya no funciona, naturalmente. Cogí las cartas que me había comprado, las saqué de su estuche y las miré. Tenían forma y textura de cartas de juego, pero en lugar de corazones, diamantes y todo eso, estas cartas estaban decoradas con flores y signos geométricos. Me pregunté por qué las había comprado. Nunca he sido entusiasta de la construcción de castillos de naipes.

Trabajo en un edificio del *midtown*. Mi oficina está en la planta número veinte, y desde ese promontorio, ayer por la mañana contemplé el derribo de un edificio de ladrillo rojo mucho más abajo. Debía de haber mirado la azotea de aquel edificio mil veces, pero ahora que había desaparecido, no lograba recordar cómo era. Por la tarde, cuando fui a comer, me encontré que había desaparecido toda una manzana de la Sexta Avenida y no tenía ningún recuerdo de aquellas casas desaparecidas, excepto que podían tener un color rojizo. O

quizás fuesen grises. Es muy desconcertante que de pronto aparezca un hueco en un lugar sin que puedas recordar haber visto esas paredes.

Las paredes de mi habitación de hotel son de un azul verdoso brillante, un color de huevo de pájaro. Es un tono bonito, aunque yo nunca me habría atrevido a elegirlo si hubiera tenido que pintar la habitación. Siempre me han gustado las paredes blancas, pero le he cogido afecto a este color tan alegre. Ahora, mirando las paredes, me descubro pensando que deberían ser aún más brillantes, más azules, para afirmarse más. ¿Cuándo? Cuando derriben el hotel, como parece su destino. Veo las paredes interiores del edificio que están derribando hoy bajo mi oficina. Amarillo, verde, marrón; con feos tonos pálidos de esos tres colores, las paredes ofrecen un pobre panorama. Parecen tristes, como si nunca hubieran esperado nada mejor que ser derruidas. Esta habitación de hotel mía no parecerá triste cuando le quiten el tejado. Los inquilinos del alto bloque de pisos de enfrente se fijarán en este color. Nunca se confundirá con los escombros que sembrarán el suelo.

Tenía paredes blancas en el pequeño apartamento de la calle Nueve que el año pasado derruyeron los obreros de la demolición, bajo mi vista. Mis ventanas frontales daban a un gran bloque de pisos de fachada lisa, muy parecido al que tengo enfrente de este hotel. Temo que mis paredes blancas debieron parecer desamparadas al quedar expuestas a la vista. Un violeta deslumbrante o una mano de pintura escarlata las habría salvado de la insignificancia.

He extendido las cartas con hendiduras en la mesa, mirando sus dibujos, pero luego las he reunido y las he vuelto a meter en su caja. Era demasiado. La ciudad se tambaleaba ante mí, el suelo bajo mis pies ya temblaba bajo las botas de los obreros de la demolición, por decirlo así, y me iba a poner a construir un castillo de naipes con garantía de duración. Me irritaba la escena, me fastidiaba. Ojalá no hubiera visto esas cartas, con su insulsa y pequeña carga de presentimientos. Allí estaba yo, admirando mi habitación porque se vería bien cuando le arrancaran el tejado. Estaba felicitando a mi habitación y a mí misma, porque se convertiría en un cadáver meritorio.

Supongo que toda mi vida he salido por piernas de los edificios justo antes de que llegaran los obreros del derribo, y no puedo resistir preguntarme, cada vez que pinten el lugar, si las paredes hablarán una vez que la habitación quede expuesta.

Estas cartas podrían convertirse en una manía. Puedo imaginar a gente en toda la ciudad sentada en apartamentos de edificios condenados construyendo castillos de naipes que sí durarán. Y pintando las paredes con colores estridentes para sorprender a los inquilinos de los grandes edificios que los rodean. Podría instaurarse una histeria masiva, con los pintores de casas celebrándolo. Voy a deshacerme de estas cartas. Las separaré como si fueran puntos de libro. Aunque me gustaba hacer solitarios. Podría comprarme una baraja para hacer solitarios. Sin asociaciones, ni significados, solo con paciencia, y jugar tal como yo juego, con mi impaciencia, será suficiente para mí.

16 de julio de 1955

LECCIONES, LECCIONES Y MÁS LECCIONES

En la calle Ocho, en el Village, hay un modesto restaurante, con iluminación a escala humana, ni demasiada luz ni demasiada oscuridad, donde yo solía pasar unas dos horas al día, a veces por la tarde y otras veces de noche, siempre sentada en una mesita junto al gran ventanal a la calle. La ventana estaba empotrada, con las cortinas a la mitad y decorada con una enorme lámpara Tiffany y un enorme jarrón color bronce con flores u hojas artificiales, según la estación del año. Yo pasé mucho tiempo junto a esa ventana. Recuerdo haber estado allí en las noches de noviembre, cuando nevaba y la gente que se apresuraba parecía iluminada con su corona y charreteras blancas, y también tardes en pleno verano cuando apenas me atrevía a mirar afuera por miedo a ver a algún hombre o mujer forcejeando y finalmente sucumbiendo y enterrándose en el denso calor, desapareciendo para siempre ante mis ojos. Era una clienta tan fiel que mi Martini solía aparecer en la mesa mientras yo aún estaba ordenando mis libros para ponerme a mirarlos. Había una pequeña barra a la mitad de la sala, muy larga y estrecha, pero no había sitio allí para sentarse y beber. Era un lugar bonito, con tanto estilo como un sencillo y agradable salón de té. Yo solía llevar tres o cuatro libros conmigo, y si venía de la librería de enfrente, muchas veces tenía seis o más para hojear. No prestaba atención al espectáculo de la calle.

Una tarde —era otoño y había un montón de hojas rojizas de papel en el jarrón cerca de mí—, levanté la vista para ver pasar a dos monjas, que iban hacia el oeste, hacia la Sexta Avenida. Todas las monjas parecen iguales. Sus drapeados negros, su paso resuelto y su aire lejano, todo en ellas me resultaba familiar. Me sorprendió verlas, pues siempre me sorprende ver monjas en las

calles de Nueva York, y pensé, como había pensado otras veces, que no es corriente ver monjas por aquí, pero era muy corriente verlas en Dublín, donde nací. Hubo un tiempo, los años que pasé en un internado religioso y durante muchos años después, en que la visión de una monja me llenaba de disgusto y aprensión, y esta vez, sentada junto a la ventana del restaurante, me alegré una vez más de que aquellos años hubieran pasado.

Aquella tarde yo había llegado al restaurante cuando ya se había acabado la hora de la comida, y en aquel momento, excepto los dos camareros, el local estaba vacío. Me gustan los restaurantes vacíos y había contado con que tendría todas las mesas y los reservados para mí. Incluso la caja, junto a la puerta, estaba solitaria. Yo me había tomado la tarde libre, pero no recuerdo qué excusa me había dado a mí misma para hacerlo. Tal vez me sentía libre porque era otoño. Aun así, las tres de la tarde no es una hora para estar sentada junto a la ventana de un restaurante con un Martini, o medio, frente a sí, como ocurrió cuando pasaron las monjas, y me pareció un milagro ser tan libre e independiente y poder estar en mi restaurante preferido y beber y comer lo que me gustara y leer los libros que hubiera escogido y que, al ver pasar a dos monjas, no sintiera nada salvo una leve sorpresa, sin aprensión, sin el examen de una conciencia aterrada, sin nada de todo eso.

Las dos monjas que dirigían aquel internado eran mujeres violentas. La directora era baja y gorda y su ayudante era alta y delgada, y las dos tenían un acento refinado, la gorda hablaba bajo y la delgada, más agudo. La directora enseñaba inglés y su ayudante daba clases de canto, pero pasaban la mayor parte del tiempo buscando el pecado. Su tarea era fácil porque naturalmente todas estábamos llenas de pecados, pero ellas se esforzaban mucho. Siempre estaban patrullando, a veces juntas y otras veces por separado. Patrullaban el silencioso vestíbulo de estudio, los corredores, las aulas y los lavabos, e incluso patrullaban los dormitorios, pues a menudo hablábamos de una cama a otra cuando las luces ya estaban apagadas. Nosotras sabíamos lo que buscaban, por supuesto, y en cuanto una de ellas aparecía en el umbral de un aula o de cualquier parte, todas sabíamos que habían acechado el pecado en casa y que al menos una persona de la habitación iba a tener que responder ante ellas. El problema es que nunca sabíamos quién de nosotras sería. Yo siempre me sentía pecadora y supongo que las demás sentían lo mismo. El Diablo trabaja en formas misteriosas y no había nunca manera de saber cuál de

nuestros rostros habría elegido para revelarse. Nunca sabíamos dónde estábamos. Aquellas dos monjas le seguían incluso en el refectorio, donde desayunábamos, comíamos, merendábamos y cenábamos. Nunca parecían advertir lo que teníamos en el plato. Una comida horrible. Siempre era té y pan con mantequilla, excepto a mediodía, que era patata cocida. Y en la cena sustituían el té por un cacao inmundo. En el desayuno de los lunes, miércoles y viernes, el té y el pan con mantequilla iban acompañados de una cucharada sopera de dátiles hervidos en una fina sopa, o como habría dicho la monja que los cocinaba, una mermelada. Los martes y jueves el desayuno se animaba con una oblea de gachas frías mojada en leche azulada, los sábados de una mota de mermelada y los domingos de un feo pedazo de tocino. La hora de la merienda y la cena eran solo pan con mantequilla, excepto que con el té nos dejaban sacar la mermelada y el pastel que recibíamos en paquetes de casa. Algunas niñas recibían paquetes de su casa y otras no. Las que los recibían tenían el privilegio de ir de mesa en mesa (eran cinco mesas largas y estrechas) llevando frascos de mermelada y grandes tartas y otorgando sus favores a las niñas que les caían bien e ignorando a las que no. Éramos unas sesenta, de siete a dieciocho años, y a veces la sala estaba abarrotada a la hora de merendar, sobre todo al principio de cada trimestre, cuando todo el mundo tenía algo con qué pasear. No recuerdo la comida de los domingos, pero los lunes y miércoles eran patatas cocidas con una morcilla negra que era casi toda gris, y los martes y jueves algo que llamaban *cecina*. Los viernes algo de pescado y los sábados un estofado, el estofado de las sobras semanales.

Yo estaba pensando en aquel estofado de los sábados y admirando la inmensa carta que el camarero había dejado en mi mesa cuando se abrió la puerta del restaurante y entraron las dos monjas. Buscaban un lugar tranquilo para comer y lo habían encontrado. Andaban deprisa, sin hacer un solo ruido, directo al restaurante, y yo las observé todo el tiempo, las observé hasta que se instalaron en un reservado lejano. Luego volví a mi carta, que seguía en mi mano izquierda, inclinada, tal como la había sostenido, pero mi mano derecha, con el vaso vacío de Martini, se había ido no sé cómo debajo de la mesa y estaba allí escondida bajo el mantel. Sin comentarios. Absolutamente sin comentarios.

10 de noviembre de 1962

UNA NOCHE NEVADA EN LA CALLE CUARENTA Y NUEVE OESTE

Ayer nevó toda la noche y el alba, que no llegó en forma de despertar radiante, sino gris y silencioso, mostró la ciudad vaga y pasiva como convaleciente bajo campos luminosos de nieve que caía rápida y constante de un cielo inexpresivo. Esta parte de Broadway donde yo vivo es toda alturas de tejados y toda clase de paredes que van en distintas direcciones y con distintas dimensiones, y hay veces en que toda la zona parece un gigantesco escenario de decorados y elementos escenográficos apretujados lo más económicamente posible y que se utilizan hasta que pueda construirse algo más firme, algo más duradero. De noche, cuando se encienden las grandes luces de Broadway, cuando los focos empiezan a correr en lo alto del cielo y van arriba y abajo por las paredes de los edificios, cuando los ríos de luz empiezan a fluir por los bordes de los tejados, y guirnaldas y diademas empiezan a centellear desde los rincones oscuros, y en las ventanas de las oficinas vacías del *downtown* empiezan a brillar esos reflejos, en ese momento, cuando Broadway se ilumina para construir un emporio nocturno a partir del ruinoso e improvisado mundo diurno, un resplandor de polvo rosáceo se eleva y se extiende por toda la zona, una bruma rosada, una emanación, como una tienda de campaña hecha de aire y color. Broadway se ilumina y el color nocturno de Broadway produce un espectáculo centelleante que arroja todos sus alrededores a la oscuridad. Las callecitas perpendiculares que viven junto a Broadway también viven a la sombra de Broadway, y hay veces, mirando por las ventanas del hotel donde ahora vivo, en la calle Cuarenta y nueve oeste, en que pienso que mi hotel y todos nosotros en esta calle estamos detrás del mundo y no en él. Pero anoche,

cuando miraba por esas ventanas justo antes de ir a cenar, vi un caleidoscopio allí fuera, la nieve y las luces se arremolinaban muy alto en el cielo, en un viento furioso que parecía haber eliminado de la ciudad con su ímpetu el propio edificio Empire State, porque no se veía, aunque por la mañana lo había visto perfectamente. Era una mañana gris como la tarde fue gris, pero la noche ha sido muy oscura, y cuando salí del hotel al mordiente frío de esa noche en blanco y negro, la calle Cuarenta y nueve oeste parecía más que nunca un reducto, o una calle fronteriza, o un pueblo de una sola calle que se hubiera construido en un impulso —una fiebre del oro o un chorro de petróleo— y que se desmoronaría en ruinas cuando pasara la excitación. Esta manzana, entre la Sexta y la Séptima Avenida, existe solo como vía hacia Broadway, una pequeña vía estrecha, amueblada con lo que tenían a mano: vestigios arquitectónicos, errores arquitectónicos y experimentos arquitectónicos. La gente que decidió poner esta calle en uso en su momento parece haber actuado con la libertad de un niño que juega en un depósito de chatarra. Las casas y edificios son de todos los tamaños, algunos delgados y otros gruesos, algunos pesados y otros pequeños y humildes, algunos contruidos con la *grandeur* del cambio de siglo, como mi hotel, que ahora tiene un rótulo de neón a lo largo de toda su bonita fachada llena de ventanas, y otros que nunca pudieron ser más que refugios o cobertizos, aunque los construyeran con cemento. Durante el día, y sobre todo a primera hora de la mañana, la calle tiene el aspecto de haberse ensuciado en un viaje y un aire de penuria, y las dos hileras de casas mal escogidas y mal conjuntadas me hacen pensar en un grupo de caballos exhaustos, traídos de todas partes, que han trabajado hasta el agotamiento y que seguirán resistiendo mientras les aguanten las patas. A nadie le importará cuando caiga esta calle, porque nadie vive realmente en ella. Es una calle de restaurantes, bares, hoteles baratos, pensiones, garajes, cafés abiertos toda la noche, agencias de viajes de corta vida, autobuses turísticos. Hay una tintorería de rápida limpieza en seco, una bodega, una lavandería china, una tienda de discos, un dudoso cine, una joven e imperturbable gitana que cambia su salón de buenaventura de un portal a otro de esta calle, además de una tienda de *souvenirs*. La gente que trabaja aquí tiene su casa tan lejos de esta calle como puede, y los hoteles y pensiones son simples hoteles y pensiones, con huéspedes de una noche, una semana o un mes o una hora, aunque hay unos pocos fieles que se instalaron hace un tiempo y se quedaron aquí hasta que los años los convirtieron en

transeúntes permanentes. Las casas más antiguas de la calle son cuatro delgados y retraídos *brownstones* que aún se mantienen en el lado norte, todos con restaurantes o bares en la planta baja. Precisamente a uno de esos restaurantes de los *brownstones* fui a cenar anoche, a L'Étoile de France. Sobre el restaurante, todas las plantas del edificio están abandonadas, con ventanas inexpresivas y la pared llena de marcas, pero la nieve que caía dibujó cortinas en las ventanas y moldeó el tejado, de modo que el antiguo edificio apareció una vez más como en su primera tormenta de nieve, cuando la calle era nueva. Yo había ido andando desde el hotel, y tuve que esperar para cruzar hacia L'Étoile, pero los coches iban como locos, confinados a un incierto carril por las montañas de nieve que se apilaban a ambos lados, y mientras esperaba, me volví a mirar a lo largo de la calle. La abrumadora nieve le daba a la gastada calle un aire de melancolía que la volvía intemporal, como en una fotografía antigua. Pero tendría que ser una foto muy antigua. Los ojos inquisitivos y empáticos que verán esta calle como yo la vi anoche aún no se han abierto para mirar nada en este mundo. Será una foto muy vieja, ahondada por el tiempo y por el pesar de haber perdido toda Nueva York tal como la conocemos ahora. Se habrán construido y derrumbado muchas ciudades de prueba, imitaciones de ciudades en la isla de Manhattan, antes de que alguien empiece a añorar esta versión de la calle Cuarenta y nueve oeste, y tal vez nunca nadie hará esta foto. Pero a nivel de la calle, la Cuarenta y nueve desafiaba la nieve y los negocios se veían tan estridentes como siempre. L'Étoile estaba radiante y animoso cuando yo entré, pero había pocos clientes. Solo había un hombre sentado y ocioso en el bar, un viejo francés que suele estar allí por las noches, tras cenar en el Autòmat. Solo tres de las mesas del bar estaban ocupadas y el gran salón del fondo, el comedor, se veía sombrío y desierto. L'Étoile es un lugar sencillo, con sencillas sillas de madera, muy duras, manteles a cuadros rojiblancos, un techo metálico repujado y pintado color crema, y las paredes empapeladas con pálidas y románticas escenas del siglo XIX. Yo me senté en una mesa frente a la barra, que tiene un gran espejo para reflejar las botellas y vasos y la espalda del camarero y las caras de los clientes, además del romántico papel de la pared que quedaba a mis espaldas. Aún quedaba un camarero en ese turno —Robert—, que me trajo un Martini, tomó nota y se fue rápidamente a la cocina. Creo que el jefe debía de haberle exigido que no se fuera más temprano en esa noche de tormenta sin casi clientes y tendría problemas para volver a casa.

Vive en Long Island. *Madame* Jacquin, que es la dueña del restaurante, se había ido a casa y había dejado a cargo a su hija, Mees Katie, junto con Leo, el barman. Leo lleva sus últimos quince años trabajando aquí. Es holandés y diría que tiene cincuenta y muchos, unos pocos años menos que *Madame* Jacquin. Mees Katie tendrá unos treinta. Tiene unas maneras singularmente desapegadas, como si estuviera trabajando para L'Étoile solo mientras espera su ocasión para irse a algún lugar donde realmente quisiera estar, mientras que su madre, que antes prácticamente vivía en el restaurante, a menudo se ausenta durante días seguidos. Mees Katie empezó a aparecer por el local hace cinco años, a ayudar durante la hora del almuerzo, pero ahora está también todas las noches. Se va a las diez, cuando se marcha el chef, y a partir de ese momento, Leo se maneja solo. En las mejores noches, el bar está abierto hasta las dos de la madrugada o incluso más tarde.

Mees Katie estaba sentada como siempre, de cara a la puerta, para poder levantarse deprisa a recibir a los clientes que entran. Muchas veces se sienta sola en una mesa individual que hay junto a la ventana de la calle, un gran ventanal cubierto en parte por cortinas de gasa transparente, y cuando el local está lleno, se queda de pie en el arco que lleva del salón frontal al del fondo y vigila ambas estancias. Nunca se sienta en la barra. Anoche estaba sentada junto a una señora que yo nunca había visto en L'Étoile, una señora mayor muy gruesa y corpulenta, con un maquillaje elaborado —en ojos, cutis y boca— que parecía como si se lo hubiera aplicado hacía días y luego lo hubiera reparado aquí y allá, con trozos más gastados que otros. Llevaba el pelo teñido de un tono dorado y rizado en anillos pequeños rodeándole la cabeza, y la cara y el cuello cubiertos de polvos beige oscuro. La cara le había engordado hasta hacerse muy grande, pero tenía la nariz y la boca bastante pequeñas y enormes ojos castaños sin ninguna luz. Se había puesto una gruesa capa de máscara negra en las pestañas y sombra azul en los párpados. La sombra se le había fundido en las comisuras de los ojos, concentrándose en las arrugas. Iba embutida en un estrecho vestido de terciopelo negro, con escote redondo en el cuello y largas mangas muy estrechas que le tensaban los brazos cada vez que se llevaba la cuchara a la boca. Estaba tomando peras al vino y comía cuidadosamente, mirando el plato como si eligiera bien cada bocado. Cuando no estaba concentrada en las peras, miraba al hombre que se sentaba frente a Mees Katie, y le escuchaba, y Mees Katie también le escuchaba y él

mismo también se escuchaba. Se llama Michel y nunca para de hablar. Se dedica a algo relacionado con la importación de películas extranjeras, o su promoción, y siempre está ocupado. Siempre está en danza, en todas direcciones. Nunca acaba de cenar sin saltar de su silla al menos una vez hacia el salón del fondo, donde está el teléfono, a hacer una llamada urgente. Si el teléfono está ocupado, si hay alguien delante de él, se espera impaciente en el arco situado entre ambas estancias, dándose importancia, y cuando por fin consigue el teléfono y hace la llamada, deja abierta la puerta de la cabina hasta que está a mitad de conversación. Su voz es audible en todo el restaurante, hasta que de pronto se oye un chasquido que lo encierra con sus secretos. Tiene una voz aguda y estridente y retuerce cada palabra de forma que solo la mitad suena a inglés. Leo se burla de él. Una vez, cuando Michel se había encerrado en la cabina, Leo le habló desde la barra a Mees Katie, que estaba sentada en una mesa con otras personas, como esta noche:

—Michel vuelve a hablar con el hombre del tiempo.

Y Mees Katie pareció incómoda, pero sonrió. Se impacienta con L'Étoile y la gente que lo frecuenta, sobre todo con Michel, que es una plaga para ella, pero tiene su corazoncito y siempre es educada.

Michel siempre va solo al restaurante, buscando compañía, y a veces, cuando no encuentra nadie conocido con quien sentarse, se sienta solo. Cuando está solo, toda su animación se desvanece y parece viejo y cansado. Tiene una cara amplia y morena, con arrugas aquí y allá, surcos de arriba abajo que se solapan a su contorno. Su frente es alta y tiene un pelo muy negro y ensortijado y una boca fina y bien dibujada. Cuando se sienta en su mesa sin nadie con quien hablar o que le preste atención, parece abandonado, como si alguien lo hubiera llevado al restaurante y lo hubiera dejado allí, sin intención de volver a recogerlo. Solo, se vuelve taciturno y digno, como si la humillación le hubiera pillado por sorpresa, pero bien preparado. En noches como la de ayer, cuando sabe que está condenado a la soledad, se queda en la barra con su bebida, vermú dulce, hasta que le llevan la cena, y entonces se sienta a su mesa de forma estudiada y sacude la servilleta con gesto remilgado. Pone la servilleta en su regazo y la dobla cuidadosamente para apartar los bajos de su chaqueta. Siempre lleva traje cruzado y chaleco. Cuando la servilleta está en su sitio, protegiéndole, coge cuchillo y tenedor, inspecciona la comida del plato y mira severamente su ensalada verde. Luego corta un trocito de carne,

se lo lleva a la boca y empieza a masticar. Mientras mastica, el cuchillo y el tenedor yacen en el plato y sus muñecas descansan contra el borde de la mesa, con las manos inertes, mientras él mastica con paciencia y un aire tan orgulloso e indiferente como si estuviera frente a un pelotón de fusilamiento.

Debía de haber cenado solo anoche antes de que yo llegara, y después de cenar se trasladó con Mees Katie y su conocida, la anciana tan maquillada. No había nada, ni un vaso de agua, frente a Mees Katie, ni tampoco frente a Michel, pero la zona correspondiente a la señora mayor parecía como si hubiera sido rigurosamente ocupada por distintos platos antes de que le trajeran las peras al vino. Mees Katie parecía muy cansada. Tiene muchos conocidos, la mayoría heredados de su madre, y supongo que la anciana era uno de ellos. Cuando está oficialmente acompañada, Mees Katie adopta una actitud determinada. Se sienta con los codos sobre la mesa, pone la mano derecha plana contra el lado de su cabeza mientras que la mano izquierda sujeta su barbilla con el puño. La mano derecha le mantiene la cabeza alta, mientras que la izquierda está dispuesta a levantarse contra la boca, como si la atención cortés que dedica a la gente le exigiera modestia y la máxima ocultación de su personalidad que pueda lograr. Anoche, mientras escuchaba cansina a Michel, su mano le ocultaba la boca y los ojos estaban fijos en el rostro de Michel. Muchas veces se aburre, pero en general puede escapar con el pretexto de ir a ver a otro cliente o a ordenar algo al camarero. Pero anoche no había escapatoria fácil para ella: por la calma que reinaba era como si L'Étoile estuviera aislado por la nieve. Estaba muy tranquilo. Tres hombres sentados en la última mesa del bar hablaban bajito, pero la única voz que se escuchaba era la de Michel, y Mees Katie mantenía los ojos fijos en él como si temiera quedarse dormida si dejaba de mirarlo. Tiene unos ojos extraordinarios, ojos castaños pequeños y rasgados llenos de luz, brillantes y de un tono marrón transparente en el que el color se desvanece, no se vuelven más oscuros sino más intensos, de modo que el punto cromático más auténtico, la fuente de toda luz, parece muy lejano, y tal vez por esa razón la expresión de Mees Katie siempre es distante, por mucho que se acerque su cara cuando se inclina a contestar una pregunta o a susurrarle algo a un cliente al que conozca muy bien.

De pronto, la mujer mayor acabó de comerse las peras, dejó la cuchara y sonrió: era una leve, suave y acostumbrada sonrisa de placer; se volvió a

Mees Katie, Mees Katie bostezó y se escandalizó a sí misma.

—Ay, lo siento, Michel —exclamó—. Perdóneme, señora Dolan, pero esta noche estoy tan cansada...

Michel despertó de su monólogo y comprendió que corría peligro de perder su público, miró a Leo y pidió excitadamente coñac, coñac para todos.

—Oh no, no, gracias, Michel —dijo Mees Katie—. Yo no quiero coñac, muchísimas gracias.

Pero la señora Dolan estaba encantada. Apartó los labios del borde de su taza de café, sosteniéndola con las dos manos, y por un minuto pareció la personita alegre que debió de haber sido una vez, consciente de que con la mera mención de una bebida, una chica se anima:

—Bien, muchas gracias —le dijo a Michel, que había empezado a mirarla alarmado—. Yo sí que quiero —tenía una voz muy alta y oxidada y después de mirar a Michel con aprobación, se volvió a Mees Katie—. Tome algo —le dijo—. Un poco de coñac le pondrá bien el estómago.

Mees Katie sonrió horrorizada.

—Mi estómago ya está bien —exclamó, y luego le habló a Leo—: Leo, *deux cognacs, s'il vous plaît*.

Mees Katie es alta y esbelta y se mueve con facilidad y rapidez. Fue a la barra y cogió la bandejita con los dos coñacs de Leo y se la tendió a Robert, que había llegado corriendo desde el extremo de la barra. Luego se alejó rápidamente a través de la barra y del oscuro comedor, empujó una de las puertas que llevan a la cocina, entró y se quedó allí unos minutos. Cuando volvió, se la veía muy energética con su gorro de castor y su abrigo con cuello de castor a juego. Le dio las buenas noches a Michel, que parecía cabizbajo, y a la señora Dolan, así como al viejo francés de la barra y a mí, llevó a Leo al final de la barra, le dijo algo en privado mientras se ponía los guantes y salió a la calle. Mientras hablaba con Leo daba la espalda a la barra y miraba por la ventana y un minuto después, mirando por esa ventana, yo la vi pasar, andando con mucho cuidado por la peligrosa acera, sujetándose con la mano el gorro contra el viento. Su madre y ella tienen un apartamento donde han vivido muchos años, al extremo del lado oeste de la ciudad, cerca de la Décima Avenida. Leo también la observó por la ventana y cuando desapareció, se quedó allí donde estaba, mirando. Hay un gran garaje enfrente excavado entre los edificios y ahora está abierto en ambos extremos, formando una arcada y

por tanto unas vistas: puede verse una pequeña franja de la escena de la calle Cuarenta y ocho desde esta ventana, y los transeúntes que andan por allí, que casi nunca vuelven la cabeza para mirar en esta dirección, parecen muy lejanos, y como si anduvieran más deprisa y con un rumbo más fijo que los que pasan junto a las ventanas del restaurante. Anoche estaba tan borroso y desapacible que apenas se veían más que gestos de forcejeo allí, pero Leo seguía mirando. Por detrás, la cabeza de Leo es perfectamente lisa y su piel tiene el color de la masilla, aunque algo más blanca que el gris o el beige. Todo en su cara es grueso, carnoso y bien definido, la nariz como un amplio triángulo, el labio superior un agudo arco. Tiene los ojos pequeños y azules, y su media sonrisa, porque nunca sonríe del todo, siempre va acompañada de una mirada deliberada en la que el recelo y el interés se mezclan a partes iguales. A veces, el interés se convierte en disgusto. Es vanidoso. No tiene muchas luces y no es guapo, ha pasado los sesenta y está un poco gordo, pero tiene la expresión complacida y secreta de un hombre al que siempre se le han dado bien las mujeres. Al cabo de poco abandonó su observación de la ventana y se acercó a hablar con el francés. Hablaban en la lengua gala. Al viejo francés le molesta oír hablar inglés en L'Étoile y se irrita mucho cuando los desconocidos angloparlantes se dirigen a él. Los tres hombres del extremo de la sala se levantaron de su mesa, fueron a la zona del bar y pidieron bebidas. Estaban indecisos. Se habían quedado aislados en la ciudad por esa noche, habían cogido habitaciones en el hotel Plymouth de esa calle y querían entretenerse sin liarse mucho, pero la velada se estaba poniendo aburrida. Habían ido a cenar a L'Étoile porque a menudo almorzaban allí y se imaginaban que sería un lugar donde la gente interesante aparecía por la noche: gente del mundo del espectáculo, escritores o similares, o por lo menos franceses que se sentarían y hablarían excitados como en las películas, pero no había nadie a quién mirar o escuchar y al día siguiente por la noche se irían en coche a Larchmont con un sentimiento de decepción, que acabarían traduciendo en una idea: Nueva York es tan aburrido como cualquier otro sitio cuando no tienes nada que hacer.

Michel seguía hablando, pero de forma cansina. Lo último que habría querido era que le dejaran solo con una desconocida, y no le parecía ninguna ventaja que le vieran cenando en compañía de la señora Dolan. No había probado el coñac. Ella dio un sorbo de compromiso al suyo y dejó la copa en

la mesa. Había dejado de escucharle y le estaba examinando. Una sonrisa iba y venía a su rostro: era su aportación a la conversación y la demostración de que escuchaba. Pero estaba considerando, o meditando, y se le ocurrió un juegucito. Sonrió y se llevó el dedo a los labios como si Michel fuese un niño que hablara demasiado. Michel dejó de hablar.

—¿Viene mucho por aquí? —le preguntó la señora Dolan.

No era apenas una pregunta, pero resultaba demasiado personal para el pobre Michel. Empezó a contestarle, pero de pronto se levantó y dio unas palmadas a los lados de su cabeza. Es el gesto que hace cuando recuerda una llamada urgente, o cuando tiene que irse del restaurante a un recado repentino. La señora Dolan dejó de sonreír, pero no mostró incomodidad ni sorpresa. Simplemente lo miró. Él dijo que tenía que irse a un recado urgente, pero volvería en diez minutos.

Siempre vuelve a L'Étoile después de esos recados, pero la señora Dolan no lo sabía y se vio claramente que no le creía. Seguía mirándole. En su excitación, Michel empujó hacia atrás su silla, que cayó contra el borde de mi mesa. Se volvió torpemente, cogió la silla y la enderezó con las dos manos.

—*Pardon, Madame* —me dijo alegremente. Me miró a los ojos y me sonrió. Estaba triunfante, o al menos aliviado, porque había conseguido zafarse de la señora Dolan y estaba contento de la diversión, de la silla caída, que le facilitaba su escapada, aunque habría sonreído de todas formas, desafiándome o desafiando a cualquiera que le ignorase. Cuando sonrío, su dentadura oscura y regular permanece rígidamente cerrada, porque él tiene que seguir con la guardia puesta y demostrar que no teme el desaire que puede recibir.

—No tiene importancia —dije yo rápidamente, y me alegré de haberlo dicho porque, aunque había empezado a hablar con la señora Dolan de nuevo, se volvió y me hizo un gesto de asentimiento, y supe que me había perdonado por el pecado de omisión de no haberle reconocido.

Luego corrió al perchero de abrigos, detrás de donde yo estaba sentada, y empezó a envolverse en sus cálidas prendas: su abrigo con cuello de piel, su gorro de piel y sus gruesos guantes. La señora Dolan lo miraba con la misma indiferencia que si hubiera sido un desconocido con quien hubiera compartido mesa por azar en un tren y, tal como lo habría hecho en un tren, volvió la cabeza para mirar la vista, en este caso la barra, Leo, el viejo francés y los

tres exilados de Larchmont. Leo miró a Michel con una expresión adusta, pero este le devolvió una mirada alegre y luego se volvió hacia la señora Dolan, comprobó que había perdido su atención y le preguntó:

—¿Me esperará? ¿Estará aquí? ¿No se escapará?

Ella lo miró estúpidamente y me sorprendió oír su respuesta:

—No voy a ninguna parte —dijo con su horrible voz.

—Fuera está nevando, Michel —le dijo Leo.

Michel le sonrió:

—¡Diez minutos! —exclamó, y desapareció.

—Este Michel es un gran bromista, o eso cree él —dijo Leo.

—¿Un bromista, le parece? —replicó la señora Dolan en voz muy alta—.
Pues vaya bromista, diría yo.

Pero Leo no le hizo caso y ella empezó a hurgar en el enorme bolso de piel que tenía en la mesa junto a ella, apoyado a la pared. Sacó un espejo y lo movió para examinarse: los ojos, la boca, los pendientes... Luego sacó un pintalabios rojo oscuro, se extendió una espesa capa en la boca y apretó los labios con fuerza. Con el dedo meñique, alisó el carmín y se arregló las comisuras, y cuando acabó, se limpió el color del dedo con la servilleta y dio un sorbo diminuto a su coñac y miró el coñac de Michel, que él no había tocado. Después, se quedó mirando el mantel manchado y de vez en cuando fruncía los labios ante algo que veía allí.

Hay tres chicas que en los últimos meses han ido viniendo a cenar a L'Étoile todos los domingos. Comparten un piso en la calle Cuarenta y siete, y las tres trabajan como secretarias. Hace poco, una de ellas, Betty, se ha dejado ver sola, al anochecer, antes de las diez. Nunca se queda a cenar y nunca se queda después de que Mees Katie se va a casa. Betty mide aproximadamente 1,57 de estatura, es castaña, con ojos azules y la cara redonda, con una bonita figura y una buena sonrisa, y disfruta ostensiblemente haciendo de alegre niña entre los adultos. Su abrigo de invierno es de una imitación de piel verde oscuro y siempre lleva jerséis y faldas, atuendo de colegiala. Entra tímidamente, como si no estuviera segura de ser bienvenida, luego se sienta en una punta de la barra y pide un agua Perrier, que se bebe muy despacio, haciéndola durar. Sueña con ser actriz, pero creo que imagina que interpreta justamente ese papel: se sienta en la barra de L'Étoile, paladea su Perrier y

mira interrogativamente a su alrededor. L'Étoile le recuerda a un café del puerto que vio una vez en una película protagonizada por Jean Gabin; creo que ahora han hecho un *remake* con una joven actriz desconocida llamada Betty, que se sienta en la barra bebiendo Perrier y robando cámara, aunque no tiene nada que decir ni hacer excepto ser ella misma, pobre, solitaria y muy joven. Siempre saca un dólar para pagar su Perrier, pero Leo rara vez le acepta el dinero, y si lo hace, le pone otra Perrier por cuenta de la casa. Una o dos veces, Betty se ha sentado en la mesa de Mees Katie para ayudarla a escuchar a Michel. Michel le parece muy entretenido. Anoche llegó poco después de que Michel saliera. Entró expectante, casi riéndose, saliendo de la tormenta de nieve como si llegase a una fiesta. Se quitó la bufanda, sacudiéndole la nieve, y cuando empezaba a desabrocharse el abrigo, miró a su alrededor buscando a Mees Katie. Leo se había acercado al extremo de la barra y la miraba, sonriendo.

—¿Dónde está todo el mundo? —exclamó ella—. ¿Dónde está Mees Katie?

Se sentó y Leo le sirvió una Perrier.

—Estoy de celebración, Leo —dijo ella—. Es mi primera tormenta de nieve. En la oficina nos han dejado salir a las tres y yo he echado a andar y andar, sola, celebrándolo todo yo sola, luego he ido a casa, he hecho cena, pero estaba tan emocionada pensando en la nieve que he tenido que volver a salir y se me ha ocurrido venir aquí y ver a Mees Katie. Pensaba que habría miles de personas. Oh, me gustaría que nevara durante semanas y semanas. No soporto que se acabe la nieve. Pero después de hoy voy a pensar que los neoyorquinos nunca saben disfrutar. Nadie parecía disfrutar de la nieve. Nunca he visto gente como esta. Solo pensaban en volver a casa. ¿No crees que una tormenta como esta debería despertar a todo el mundo? Pues en vez de eso les da ganas de dormir. A esa gente.

—A mí no me dan ganas de dormir, Betty —dijo Leo a su modo deliberado.

—Me gustaría que nevara todo el año —dijo Betty.

—Haría falta algo más cálido que una tormenta de nieve para llevarme a dormir, Betty —dijo Leo.

Betty se rio tímidamente y miró a la señora Dolan.

—Michel se ha portado mal esta noche, Betty —le dijo Leo y miró también

a la señora Dolan—. Le ha dicho a esta señora que volvería en diez minutos y ya lleva veinte.

—Casi media hora —dijo la señora Dolan con disgusto—. Casi media hora.

—Volverá —dijo Betty—. Michel siempre vuelve, ¿verdad, Leo?

—Ah, sí, Michel vuelve —dijo Leo, le puso la mano a Betty en el brazo, se apoyó en la barra y empezó a susurrarle al oído, o lo intentó, porque cuando le rozó el pelo con la cara, ella le empujó bruscamente y lo miró con tal disgusto que él retrocedió. Se fue hacia la caja, abrió el cajón e hizo como si contara el dinero. Estaba furioso. Si ella hubiera pasado diez años preparando una forma de expresar disgusto, no habría encontrado una forma mejor. Incluso si hubieran estado solos, Leo nunca la habría perdonado, pero los tres hombres que quedaban les estaban mirando, y también la señora Dolan.

Betty se quedó sentada sola durante un minuto y luego cogió su Perrier, se deslizó de su banqueta y se acercó a la señora Dolan. Parecía muy nerviosa, pero estaba sonriendo.

—¿Puedo sentarme? —le preguntó.

—Claro, siéntate, por favor —repuso la señora Dolan.

Betty se sentó en el sitio de Michel, en diagonal frente a la señora Dolan.

—Michel volverá pronto —le dijo—. Siempre vuelve.

—Me ha dejado aquí sentada —dijo la señora Dolan.

—Michel es una persona muy amable cuando le conoces —dijo Betty—. Es un encanto, de verdad.

Leo exclamó:

—Señorita Betty, me debe sesenta centavos.

Betty lo miró sorprendida.

—Se ha olvidado de pagarme la bebida, niña —le dijo él sonriendo, y le hizo un gesto a Robert, el camarero. Robert cogió el dólar de Betty y volvió con el cambio. Ella se había puesto muy colorada.

—No hacía falta que me gritara —le dijo a la señora Dolan. Ella no contestó.

Betty empezó a hablar.

—Es la primera tormenta de nieve que nunca había visto —le dijo—. Pensé que esta noche el ambiente sería como la Nochevieja, o algo así.

Cuando nos han dicho que podíamos salir antes de la oficina, me he sentido como si fuera a una fiesta o algo así, pero luego he dado una vuelta y parecía más bien un desastre y yo seguía buscando cómo captar el espíritu de este acontecimiento. Me he sentido abandonada todo el día. Y no he parado de andar.

Cuando se quedó en silencio, la señora Dolan continuó mirándola sin decir nada. No tenía nada que decir, ni nada que ofrecer excepto su silencio, así que no dijo nada ni contestó, y se quedaron sentadas sin hablar hasta que el silencio que compartían se reforzó y expandió para incluirlas a las dos.

Hace poco, vi una fotografía en un periódico vespertino de una multitud de elefantes de circo reunidos alrededor de una elefanta agonizante, Flora, que había caído y yacía de costado en el suelo. El elefante más cercano a Flora intentaba reanimarla soplando aire en su boca abierta con la trompa. La noticia del periódico decía que todos los elefantes de la manada se turnaban para intentar salvar a su camarada moribunda y concluía: «Se trata de una práctica instintiva entre paquidermos».

Pero esa práctica, instintiva entre los paquidermos, esa determinación de ganar aunque sea un respiro a la muerte, no es más instintiva que el silencio que creció y se convirtió en una línea vital entre Betty y la señora Dolan, porque surgía de una vergüenza tan honda que estar sentadas en silencio implicaba una gran paz para ellas, y escuchar aquel silencio, que solo era el silencio de sus propias naturalezas, todo lo que tenían en común. La expresión de la señora Dolan se volvió meditabunda y el perfil de Betty sugería que estaba sumida en reminiscencias no precisamente desdichadas.

Entonces entró Michel, un hombre de las nieves. Debía de haberse quedado de pie a la intemperie, o andando, desde que había salido del restaurante. Se quedó quieto al atravesar el umbral, palmoteó sus enguantadas manos y echó un vistazo a la señora Dolan y a Betty, que se habían vuelto a mirarle. Michel parecía muy contento de la entrada que había hecho, y parecía como si deseara salir y volver a entrar.

—Se cree que es don Juan —gruñó la señora Dolan.

Michel se dirigió al perchero y empezó a quitarse el abrigo. Se movía muy despacio y durante todo el tiempo en que se quitaba los guantes, se desenvolvía la bufanda y sacudía su gorro de piel, miraba la habitación como si fuera un enorme espejo y sonreía, mirándonos a todos, pero no como miraría

a un espejo. Al fin se quedó descubierto con su traje a rayas azul marino y marrón, sus anillos, su pelo negro rizado y su pajarita, avanzó hacia su mesa, se sentó junto a la señora Dolan, sonrió dulcemente a Betty y cogió el coñac que le había estado esperando. Cuando salí, todos estaban pidiendo más bebidas, y la señora Dolan había decidido cambiar a una *crème de menthe*. El viejo francés salió de su ensoñación y empezó a mirar con desagrado a los tres hombres que charlaban en inglés al final de la barra, y yo supe que se estaba poniendo contento. Pagué mi cuenta y me fui.

El ascensor automático de mi hotel se estremeció lastimosamente cuando entré, y titubeó antes de iniciar el doloroso ascenso a la planta elevada donde habito. Eso es habitual. Ese diminuto y cuadrado ascensor es tan ajeno a este hotel tan elegante como el cartel de neón azul que pestañea en la fachada. Una escalera de mármol caracolea hasta arriba por el corazón del edificio, y el decorado tragaluz situado en lo alto de la escalera sigue filtrando y coloreando la luz, como ha hecho durante más de sesenta años. Hace mucho tiempo que bloquearon las chimeneas, pero las habitaciones son muy grandes, los techos altos y las paredes aíslan de todo sonido. Volví a mirar por las ventanas que me ofrecen mi vista de Broadway. Justo debajo de mí, en la calle Cuarenta y ocho, a ambos lados de la calle, unas pocas casas pequeñas se apiñan en las sombras, y desde su nivel más bajo, nuevas paredes se elevan más y más alto hacia el sur y el este, pero anoche, los grandes edificios, los gigantes que conforman ese perfil monumental y quebrado de Manhattan, se habían perdido en la niebla. Yo solo veía los pequeños tejados de más abajo y sus vecinos inmediatos, todos ellos bajo nieve lisa que los moldeaba en la oscuridad en triángulos, cuadrados, rectángulos y pendientes separadas. La nieve se arrugaba en la calle Cuarenta y ocho, pero no había nadie en la calle y el aparcamiento abierto estaba vacío. A la derecha, Broadway seguía aún iluminado hasta el cielo, pero las luces brillaban débilmente, amortiguadas por la niebla, excepto la deslumbrante banda de color que envuelve el Latin Quarter, a unas pocas casas de distancia de donde yo estoy. Abrí la ventana. Entró una ráfaga de aire frío, pero ningún ruido. Cualquier ruido que pudiera haber, quedaría ensordecido, como si yo estuviera a cien pisos de altura sobre la calle en lugar de solo once. El viento había caído y la nieve caía muy densa, en copos grandes y tranquilos.

21 de enero de 1967

UN VISITANTE DE CALIFORNIA

Esta noche hemos tenido un visitante de California en el autobús de la Quinta Avenida que va al *downtown*. Era un chico joven que veía Nueva York por primera vez. Se ha unido a los que esperábamos el autobús junto al acristalado banco de la calle Cuarenta y tres esquina con la Quinta Avenida, y ha llegado de pronto, muy deprisa, agarrando una larga bolsa de plástico con ropa y perchas de alambre. También llevaba un delgado maletín, de aspecto distinguido y piel rugosa, y un ramo de flores en un cucurucho de papel verde. No parecía jadeante ni aturullado, ni tampoco parecía incómodo, pero nos ha mirado rápidamente a cada uno de nosotros, como si se estuviera preguntando si lo había logrado. Era exactamente como si hubiera planeado correr y unirse a nosotros, fingiendo ser uno más o esperando serlo. Era como si hubiera estado escondido en una esquina o en un coche aparcado o incluso debajo de la calle, en una alcantarilla, esperando el momento único y propicio para su llegada entre nosotros. No había en él nada furtivo, pero andaba de una forma poco habitual, con mucha ligereza y muy deprisa, y luego se quedó quieto mirándonos durante unos segundos. Estábamos unas diez personas esperando al autobús, pero durante esos pocos segundos podíamos haber estado en medio de un desierto, allí reunidos por una razón secreta para nosotros. Como no ocurrió nada ni se dijo nada, el joven empezó a organizarse, a instalarse. Se acercó al árbol más cercano y colgó su ropa de la rama más baja, más o menos a un metro y medio del suelo. Era un día gris y ventoso allí en la esquina de la calle Cuarenta y tres con la Quinta Avenida. Eran cerca de las siete —el cansino final de un largo día— y no estaba ocurriendo nada en aquella sección con tanto tráfico excepto que la gente corría hacia su casa. Pegadas a la bolsa del joven, que colgaba del árbol, había dos perchas metálicas. Una tenía un impermeable blanco corto y la otra un traje de color

claro y la ligera funda transparente que las cubría era larguísima, y aleteaba lastimera con el viento, que la empujaba contra el árbol. Una vez aparcada su ropa, el joven tenía las manos algo más libres. Llevaba aquel delgado maletín, un par de centímetros más grande de lo normal, en la mano izquierda y en ese momento cambió las flores a su mano izquierda y se irguió muy derecho, esperando, como si ya hubiera llevado a cabo la primera parte de su plan y la siguiente pudiera empezar ahora. Las flores se hundían profundamente en su cartucho de papel verde. Yo no veía qué tipo de flores eran. El joven era alto y esbelto, con el pelo castaño y una piel muy pálida y clara. Podía tener diecinueve o veinte años. Parecía inglés, pero yo estaba segura de que cuando hablase, sería en alemán, o quizás en ruso, pero más probablemente en alemán. No parecía que el inglés fuese su lengua. Llevaba un traje azul marino y una camisa blanca como la nieve, con botones en las puntas del cuello, y la corbata, azul marino, era muy larga y le pendía bien recta sin alfiler ni sujeción alguna. Su aspecto general era asombrosamente convencional, con el pelo tan bien cortado y cepillado que parecía anticuado en un chico tan joven. *Él* no parecía anticuado. Era un chico del siglo XX que no tenía una tendencia ni pertenecía a ningún grupo claro y sus modales sugerían que había habido unos pocos exactamente como él en toda generación desde que empezó el mundo. Era una figura literaria e histórica de hombre joven, un tipo ideal o eterno, un aprendiz de héroe, idóneo en sociedad, prometedor en la oficina y fatal en tiempo de guerra. Sus guerras particulares habrían sido la Primera Guerra Mundial y las cruzadas. Entre los autores, Jane Austen conocía bien su personaje, aunque él era más del mundo de Galsworthy, y James Montgomery Flagg²¹ dibujó tipos similares una y otra vez, y aún otra, casi siempre en escenas estivales: tenis, croquet, barcas de remos en el río, pícnic en la hierba, bicicletas con dos tamaños de ruedas, una para exhibirse y la otra para el equilibrio. En el pasado más lejano estaba más cerca de San Jorge que de Galahad, y definitivamente tenía que ver con Rupert Brooke, Thomas Chatterton y los más inocentes de entre los trovadores. No pude recordarle en la obra de Shakespeare, excepto quizás como Rosalind, pero Rosalind era tímida y maliciosa, mientras que el joven tenía una expresión llana y solemne mientras esperaba con los demás al autobús que nos llevaría al *downtown*. Ahora, los autobuses de la Quinta Avenida se desvían por distintos puntos del trayecto de la avenida, según el número de cada uno, y lo que antes era tan

fácil, se ha vuelto complicado. La mayoría de los presentes esperábamos al 5. El 5 es el autobús que antes recorría la avenida en línea recta, pasaba bajo el Arco de Washington Square, atravesaba el parque Washington Square y bajaba de nuevo por la Quinta Avenida. Podías pasarte el día en el autobús, recorriendo la Quinta arriba y abajo. Ahora el 5 gira hacia el este por la calle Ocho y desaparece, porque Manhattan ha sido proclamada la ciudad de una sola dirección y tenemos que someternos y andar en rebaño, todos en la misma dirección. En estos días, la única manera de ir por la Quinta Avenida hacia el *uptown*, la parte alta de la ciudad, es a pie. Lo mismo ocurre con las demás avenidas —la mayoría solo tienen un sentido, hacia el *uptown* o hacia el *downtown*— y es desconcertante, porque la mitad de la ciudad se ha perdido para todos nosotros. Es como si solo nos dejaran ver a la gente de cara o de espaldas. También es como si la ciudad estuviera quieta. Las avenidas ya no son grandes vías o bulevares para ser observados y conocidos, sino canales a través de los cuales nos empujan con la máxima eficacia posible. Pues bien, por fin llegó el 5 y la mayoría de nosotros nos subimos. El joven fue el último en subir y se quedó esperando su turno con su maletín y su ramo de flores en la izquierda, mientras su ropa, en su aleteante envoltorio, pendía en el aire de su mano derecha. Se encaramó al autobús, con un aire muy huesudo, como si trepara por una escalera de cuerda que no estuviera fijada a ningún soporte. Puso su ropa en el asiento situado junto a la puerta y le preguntó al conductor:

—¿Cuánto le debo?

Hablaba inglés con naturalidad y su voz, como su aspecto, no tenía acento excepto en su claridad. Tras pagar el billete, se sentó en el segundo asiento desde la puerta, junto a su ropa, que colocó cuidadosamente para que no se le arrugara. Luego puso el maletín en el suelo, tras las piernas, y las flores junto a la ropa. Antes de dejar las flores, acercó el ramo a su rostro y lo miró fijamente. Cuando acabó de ordenar todas sus posesiones, se sentó muy erguido y empezó a mirar por el autobús y por la ventana de enfrente y volvió la cabeza para mirar por la ventana frontal, la larga vista de la avenida que se extendía ante el autobús y frente a los ojos del conductor.

El vehículo iba lo más deprisa que podía por en medio de la isla y el joven solo podía ver edificios cerrados y formas presurosas en las aceras y tal vez temía perderse algo. Parecía ansioso. Se volvió a una señora del asiento

de al lado y le dijo que quería ir a la calle Nueve. Dijo:

—Le he dicho al conductor que me avise. Espero que no se le olvide.

Antes de que llegáramos a Lord & Taylor, la señora y todos los que estábamos cerca supimos que el joven era de California y que aquella era su primera visita a Nueva York.

—Esto es muy bonito —le dijo la señora—. Es un sitio muy agradable.

No le preguntó nada. No parecía deseosa de hablar con él y su actitud hacia el joven era sobre todo de paciencia. Parecía muy cansada. Tendría unos sesenta y cinco años e iba vestida como si no le importara lo que llevaba o el aspecto que tenía. Llevaba un turbante de un tono oro viejo alrededor de su pelo gris, un traje marrón, guantes y zapatos negros. Tenía un inmenso bolso de cocodrilo negro y un sobre de papel Manila que no se podía cerrar, de tan repleto de papeles, y dos libros: un estudio sobre el matrimonio y el divorcio en Estados Unidos y una edición de bolsillo de una policíaca de John Dickson Carr. No parecía interesada en el joven ni en ninguna otra persona. Él hablaba deprisa, con una voz agradable, y le contaba que iba al número 21 de la calle Nueve este y que Nueva York le parecía extraña comparada con las otras ciudades que había visto. El autobús se fue abarrotando de gente y aunque varias personas miraron el asiento ocupado con su ropa, él no hizo ningún gesto de recoger la ropa ni las flores y ponerlas en su regazo; no parecía darse cuenta de que no había apenas ningún asiento libre. Parecía incuestionablemente educado y debía de haber sido muy valorado por quienes le educaron. Tenía un alto concepto de sí mismo, y aunque no parecía pretencioso, tampoco era modesto. Alguien debía de haberle dicho que solo tenía que ser él mismo y las cosas le saldrían bien, y eso era lo que hacía, sin ser pretencioso ni modesto. Era muy guapo, excepto por la nariz que, como la de Marilyn Monroe, era indefinida y borrosa hasta casi el grosor. Pero a Marilyn Monroe, la nariz hacía su belleza incluso más conmovedora de lo que habría sido con una nariz perfecta, en cambio, la nariz de aquel joven impedía que su rostro fuera hermoso. Tenía ojos castaños y muy abiertos, atentos y vacuos, como los ojos de algunos niños cuando están solos entre adultos y escuchan atentamente, en alguna ocasión solemne, un funeral o una boda. Cuando llegamos a la calle Veintitrés, él le dijo a la señora cansada:

—¿Qué es eso?

—¿El qué? —preguntó ella.

—Me ha parecido ver un parque —dijo él.

—Ah, el parque —respondió ella, pero no recordaba el nombre del Madison Square Park y, molesta, se irguió para asomarse y dijo—: Ése es el edificio Flatiron.

—¿Qué edificio? —preguntó él.

—El Flatiron, porque tiene la forma de un hierro plano.²²

—¿Como un qué plano?

—Un hierro plano —repitió ella. Y añadió—: *flat iron*, Flatiron, como un hierro plano.

—Ah, ya —dijo él, y estiró el cuello para mirar el panel de cristal rojo del escaparate de una tienda de tabacos de la planta baja del Flatiron, que justo estábamos pasando—. Es muy extraño —dijo cortésmente.

La mujer cansada no le dijo que en la calle Veintitrés empezábamos a recorrer uno de los trozos más deprimentes de la Quinta Avenida, una zona perfectamente simple y directamente comercial, donde casi todos los edificios datan del siglo pasado, y que se vuelve tan inhóspita y solitaria cuando acaba la jornada laboral que cuesta andar hasta allí en domingos o festivos. Pero la calle Catorce es toda tiendas y luces brillantes y parece el principio de un país más amistoso. El joven advirtió el cambio y empezó a mirar por encima de su hombro para ver si podía leer los nombres de las calles.

—No quiero pasarme la parada —dijo.

Y la señora cansada se rindió y le dio la información que hasta entonces había intentado guardarse para sí:

—Yo bajo en su parada —le dijo.

Cuando oyó estas palabras, el joven se recostó en su asiento, aunque mantuvo la cabeza vuelta para observar la avenida que se acercaba y desaparecía a medida que avanzábamos. Vio el Washington Square Arch enfrente y se fijó en él, y nadie le dijo que ya no se ve tan bonito como era porque al otro lado del arco, al sur de la plaza, se elevan nuevos edificios más altos. El autobús se detuvo ante el hotel Fifth Avenue, y el joven fue el último en salir. Descendió como había subido, con las ropas colgando en la mano derecha y las flores y el maletín agarrados con la derecha. Puso los pies en la acera con desconfianza, como si temiera que pudiera moverse y bajó la vista hacia sus flores y sus pies:

—Espero no haberme olvidado nada —dijo.

La mujer cansada se estaba alejando, pero se volvió al oír su voz.

—¿Ha cogido sus flores? —le preguntó. Le mostró la esquina donde debía esperar a que cambiara el semáforo y le dijo con firmeza—: Tardará exactamente tres minutos en llegar al número 21 —y sin un adiós desapareció, apresurándose por el oeste de la calle Nueve y entre las sombras, junto a la pared del hotel Fifth Avenue.

La última vez que vi al joven, estaba cruzando la Quinta Avenida a toda vela, andando con tanta ligereza y tan deprisa como cuando se había unido a los que esperábamos tras la pared de cristal. Nada en él estaba fuera de lo habitual. Era un californiano visitando Nueva York por primera vez y lo que lo volvía extraño era precisamente que fuese justo lo que parecía ser, no solo un desconocido, sino el Perfecto Desconocido.

19 de julio de 1969

SOLO UN PAR DE FANFARRONES

Seguro que han oído eso de «flirty, flirty guys, with their flirty, flirty eyes».²³ Es una canción titulada *Paper Doll*, muñeca de papel. Esta noche he tenido un encuentro con dos de esos ojos ligones en la Sexta Avenida y voy a contárselo a ustedes. Eran las nueve. La lluvia que había caído durante todo el día había parado al fin, dejando el aire húmedo y las calles mojadas y brillantes, teñidas con las luces de la ciudad. Yo me iba a casa andando después de cenar en el Lobster, en la calle Cuarenta y cinco oeste. Debo decir que esa manzana de la calle Cuarenta y cinco, entre la Sexta Avenida y Broadway, se encuentra en un estado terrible. Hará cosa de dos años, cuando los trabajadores de la demolición aparecieron en las calles vecinas hacia el norte, y ahora que la demolición se ha completado desde la calle Cincuenta hasta la Cuarenta y seis, y que los nuevos rascacielos empiezan a proyectarse hacia arriba en toda esa zona, las pocas calles perpendiculares que han quedado intactas, incluyendo la Cuarenta y cinco, parecen parias. Los teatros y restaurantes familiares siguen con fuerza, pero las calles en las que se ubican han adquirido el aspecto de barrios pobres. Ha habido muchos cambios. A medida que las calles eran devastadas, llegaba un ejército de chicas nuevas, de todos los colores y matices, a recorrerlas, y durante un año la Sexta Avenida ha sido monopolizada por jóvenes —muy jóvenes— chicas negras con gigantescas pelucas doradas y plateadas, de aspecto tan teatral y nuevo que al verlas posarse al borde de las ruinas y excavaciones malolientes uno empieza a preguntarse si toda la ciudad estará ensayando alguna loca *extravaganza* que nos acabará lanzando a todos al manicomio, a Bedlam.²⁴ Tengo que decir que Bedlam es la palabra que se ve en esta zona estos días. La vemos una y otra vez, dentro y fuera de los lugares de construcción. La ves impresa en letras gigantes sobre las máquinas y los marcos de acero que

sostienen esas toneladas de cemento y cristal de los rascacielos —Bedlam, Bedlam, Bedlam, manicomio, manicomio, manicomio. Pase lo que pase, no podremos decir que no nos avisó el fabricante—. Cuando alcancé la esquina de la Sexta Avenida y la calle Cuarenta y cinco, vi que cinco o seis de esas chicas con sus brillantes pelucas se habían reunido frente a la tienda de tarjetas de felicitación, que estaba cerrada, pero que permanece bien iluminada en sus horas de cierre. A excepción de la *delicatessen*, las otras tiendas de la manzana estaban también cerradas y en algunos casos atrancadas. Hay una tienda de discos, una tienda que vende fotos de películas antiguas y de estrellas de cine (sobre todo muertas), un almacén de saldos, una tienda de numismática y otra de moda, pero todas estaban cerradas. La tienda de tarjetas de felicitación tiene dos escaparates que flanquean la puerta de cristal empotrada. Dos de las chicas estaban junto a esa puerta y formaban un centro para sus compañeras, que se habían ordenado en un grupo lo bastante bonito para parecer el número final de danza del musical *No, No, Nanette*, aunque sus vestidos parecían prometer una interpretación sutil de *Gaité Parisienne*.²⁵ Las piernas desnudas hasta arriba, los abrigos negros y diminutos, las cabezas enormes con sus altas y enormes pelucas doradas y plateadas. Todas llevaban zapatos de tacón bajo de colores claros, la mayoría dorados y plateados. Pasé junto a ellas y por la esquina, donde aparecieron los dos ligones, surgieron ante mí mientras yo esperaba en la acera a que cambiara el semáforo. Tendrían unos diecinueve años, eran bajos y fornidos y llevaban la gabardina abrochada hasta el cuello. Parecían iguales, con la cara redonda, piel de melocotón y cabezas rubias de pelo cortado al cepillo, y los dos sonreían. Se dirigieron a mí, con una sugerencia para la que no tenía respuesta, aunque ellos esperaban una, porque se quedaron esperando junto a mí hasta que el semáforo cambió y yo huí cruzando la avenida. Cuando había dado unos pocos pasos, miré hacia atrás para ver si estaba ocurriendo algo allí donde estaban las chicas. Y sí, algo estaba pasando. En el breve intervalo en que me había apartado de ellas, los dos impermeables no solo habían llegado a la tienda de tarjetas de felicitación, sino que habían usurpado el lugar de las chicas en la puerta y ahora se erguían uno junto al otro en la iluminada entrada, aún sonriendo mientras miraban a las chicas, que se habían apartado y estaban conferenciando juntas antes de diseminarse en ambas direcciones de la calle. Me quedé un tanto confusa. Esas chicas no son

sumisas, pero parecían haberse rendido fácilmente. Probablemente les habrán recomendado que eviten los problemas, y no podrían trabajar mucho con esos dos idiotas sonriendo como telón de fondo. Supongo que también existe la posibilidad de que esos dos ligones estuvieran a cargo de las chicas, pero me da la impresión de que solo eran un par de fanfarrones, y que ahuyentaron a las chicas. La última vez que los vi a todos, los chicos seguían de pie en la puerta, con sus redondas y rubias cabezas volviéndose a derecha, izquierda, derecha, izquierda y disfrutando de la vista, y las chicas en plena huida, apresurándose por la acera mojada hacia sus nuevos puestos.

15 de noviembre de 1969

EN LA MEDIANA

Esta noche yo me encontraba en la mediana que hay en pleno Broadway, en la calle Cuarenta y cinco, y he visto a una mujer de unos cincuenta, respetablemente vestida, cantando *Bei Mir Bist Du Schön*²⁶ a pleno pulmón para un público que solo ella podía ver. Estaba completamente borracha, y por la expresión hosca de su cara, he deducido que no lo estaba pasando muy bien. Estaba colorada como un tomate y llevaba un diminuto sombrero azul marino adornado con tul rígido sobre el pelo negro grisáceo. No tenía aliento suficiente para cantar la canción a grito pelado, como pretendía, así que voceaba las palabras con una voz ronca, más impregnada de amargura y desafío que de música, pero ella se tomó su tiempo bajo el paraguas, que mantenía en alto, apuntando al borde de la marquesina del Astor Theatre. Su mano parecía más firme sobre el paraguas que sus pies en el suelo, y mientras cantaba y agitaba el brazo daba unas sacudidas y saltitos con una desesperada coquetería que mostraba su traje de matrona y los moderados zapatos negros que llevaba. La última palabra de cada verso era culminante:

Bei mir bist du schön

Means that you're grand,

Bei mir bist du schön

*It means you're the fairest in the land.*²⁷

Había miles de personas en la calle. Eran más de las siete y Broadway entraba en la fase nocturna de su perenne hora punta. Las aceras iban tan abarrotadas que no parecía haber sitio para otro par de pies, y a cada lado de la mediana se apresuraban los coches en dirección al *downtown*, acelerando hacia el Battery con el semáforo siempre en verde, o eso parecía. Pero la

mediana era muy sólida y parecía muy quieta y a oscuras, como si todo el rugido y las luces deslumbrantes y el frenético movimiento de alrededor la hubieran devorado y hecho invisible. Éramos tres personas esperando allí junto a la mujer borracha, pero estábamos en la parte segura, donde la base de cemento de la mediana se ensancha para formar una pequeña plataforma, mientras que ella se balanceaba en la estrecha pista fuera del bajo borde de cemento del «lecho de flores», donde fragmentos de arbustillos se marchitan en un pequeño desierto de latas, botellas de vino, trozos de trapos y papeles sucios. Parecía que fuese a caerse hacia delante bajo las ruedas de los coches o hacia atrás sobre la basura, pero de algún modo conseguía mantenerse en pie. Su paraguas (de seda beige, a juego con sus guantes) era muy largo y excesivamente puntiagudo, y ella lo manejaba vigorosamente. Había mucha energía en su forma de blandirlo. Los tres que estábamos en la mediana con ella teníamos tanto miedo de ella como por ella. La mirábamos deseando que el semáforo cambiase y nos liberase de aquel oasis. Yo la había visto unos minutos antes, en el lado este de Broadway, cerca de la calle Cuarenta y ocho. Habíamos avanzado una junto a otra durante un minuto, apretujadas por la muchedumbre. Era una noche para pasarla fuera. Reinaba esa extraña sensación de Broadway de andar por la oscuridad siendo atravesado por luces demasiado brillantes y no muy amistosas. Esos poderosos focos de fachadas y de cine están hechos para las mercancías, no para los seres humanos, y mientras avanzábamos por allí, los rayos de neón teñidos de intenso rojo, verde, azul y blanco concedían a cada rostro de la multitud un parecido familiar, de modo que todos parecíamos emparentados, como dudosas copias descoloridas unos de otros. Me había fijado en la mujer que andaba junto a mí por el modo exhausto en que ponía los pies en el suelo, y cuando la miré a la cara vi que estaba borracha, pero aunque no parecía consciente de la gente que la rodeaba, tampoco parecía perdida. Parecía saber perfectamente dónde estaba, como si cada noche recorriera el mismo trayecto del trabajo a su casa. Tenía una cara apagada y triste, la cara de una ruina que solo puede reconocer lo que le resulta odioso, y que solo cambiaría en estado sobrio para volverse alerta, y por tanto, más dura. Rondaría los cincuenta y cinco. Su figura era gruesa en su abrigo azul marino y llevaba un enorme bolso de cuero negro con un ejemplar del *Post* en el bolsillo lateral. En cuanto detecté una rendija en el muro de espaldas frente a mí, corrí a adelantarme, y no volví a ver a la mujer hasta que apareció en el borde de la mediana y se puso a cantar. Cuando el

semáforo cambió por fin, el coche que frenaba a su lado era un taxi y en cuanto se detuvo, ella golpeó el capó con su paraguas y empezó a mirar hacia dentro, al conductor. Él levantó prudentemente el brazo, agarró el paraguas y lo sujetó contra el capó del taxi de modo que ella no pudiera levantarlo ni liberarlo.

—Venga, señora —dijo. Sonreía, pero parecía preocupado.

Yo crucé hasta la acera y me dirigí a la librería que queda contigua al museo de cera. En realidad no es una librería, sino una caverna de alto techo llena de carteles, banderines, botones y todos los extraños objetos que los fabricantes diseñan para vender como *souvenirs*. Al fondo tiene una pequeña sección de libros, con series de clásicos a buen precio, libros de bolsillo y libros de divulgación de psicología. Estuve buscando hasta que encontré uno de Dorothy Sayers. Me tomé mi tiempo, ya que no quería salir y volver a ver a aquella mujer. Cuando por fin salí, ya no había ni rastro de ella. Se había ido, o si estaba cerca se había callado. En cualquier caso, ya no estaba en su sitio en la mediana. Me pregunto cómo llegaría a esa situación de desamparo en público. Me pregunto por la fuerza de su pesadilla, que tal vez haya esperado años para luego atraparla cuando volvía a casa. Me pregunto qué recordará de esto mañana. No creo que mucho. Seguramente se dirá:

—¡Oh, se me ha borrado la noche de ayer!

Creo que mañana habrá olvidado los peligros a los que ha sobrevivido y las aventuras que ha corrido esta noche, cuando volvía a casa.

10 de enero de 2010

FRÍA MAÑANA

Son las cinco de la mañana, hace doce grados bajo cero y acabo de volver al hotel tras una visita a Bickford's, donde me he tomado un café. El ascensorista ha tenido que abrirme para que saliera. Las puertas exteriores del hotel están cerradas por seguridad y en el pequeño vestíbulo, entre las puertas interiores y las exteriores, subía tal ráfaga de aire caliente que me alegró salir al helado exterior. No hace viento. La mañana es silenciosa y oscura, con el toque de ansiedad que surge en la espera. Ya es hora de que empiece el día. De momento, mientras me apresuraba por la esquina para llegar al iluminado Bickford's lo más deprisa posible, he visto que la avenida —la Sexta— estaba desierta de tráfico y peatones. Era un alto y angular oasis de quietud, muy duro y remoto en su perfil, pero no antipático. Ni siquiera podía oír mis pasos. Llevo unas botas mukluk forradas de piel que compré en Lord & Taylor, y ando sin hacer ruido. No he mirado al cielo en busca de la luna o las estrellas, pero he echado una rápida ojeada a la Sexta Avenida y he visto que en el *uptown* seguía brillando un bosquecillo blanco de árboles de Navidad, que parecía alto incluso contra los elevados acantilados de cristal que podrían eclipsarlos.

Bickford's, que antes estaba decorado con alegre plástico color pastel y asientos en forma de cubetas, ahora es comparativamente sombrío, con brillantes paneles marrones en las paredes y banquetas de madera rústica, pero el fondo de gelatina, pasteles y ensaladas de frutas sigue dominando como siempre, y el zumo de naranja sigue burbujeando en su cúpula de cristal. Y el café está hirviendo. Las camareras llevan uniformes de nilón blanco, con coloridos cárdigans de lana contra las corrientes de aire. Mi camarera es una mujer de mediana edad con el pelo gris y un rostro duro y amable. Me ha dicho que estaba muy cansada.

—No estoy acostumbrada a trabajar de noche —ha dicho. Llevaba una de esas pesadas cestas metálicas cargada de vasos para retirar y al dejarla se ha golpeado el codo contra el borde de la cesta y se ha hecho daño—. Ya ve, me he dado en el hueso del codo —ha dicho, frotándose—. Estoy dormida. No estoy acostumbrada al turno de noche. Es lo que le digo. Siempre he trabajado de día.

Bickford's estaba bien iluminado, como de costumbre, pero más silencioso. Habría unos quince clientes de pie o sentados, diseminados por los mostradores, algunos hablando en un murmullo y otros en un silencio sepulcral, rodeando las tazas de café con las manos. Un hombre se ha quedado dormido enseguida con la cara enterrada en su *Daily News*. Una mujer delgada con un abrigo de un insípido tono marrón, con un sombrerito marrón en la cabeza, estaba llamando por teléfono. Fuera estaba tan oscuro y frío y tan silencioso, y dentro tan cálido y silencioso, que todos parecíamos estar en la penumbra, en una burbuja.

Al acabarme el café, he pensado en tomarme una segunda taza, pero no me he decidido. Bickford's parecía triste, en contraste con su aire chabacano habitual, y no quería quedarme allí. Me he apresurado por la Sexta Avenida. Delante de mí iban dos personas, un hombre y una mujer que se rodeaban los hombros uno al otro, pero andaban muy rápido. Tenían prisa y me ha dado la sensación de que les quedaba un largo camino. He llamado al timbre del hotel y esta vez me he alegrado de que hubiera esa ráfaga de aire caliente en el vestíbulo.

20 de enero de 1973

UNA ENSOÑACIÓN

Esto es una ensoñación: estoy echada en la arena justo al pie de las dunas de la playa, en East Hampton, donde viví algunos años. Es un día cálido y nublado, con una brisa fresca soplando frente al océano. Tengo los ojos cerrados. Me gusta la playa, y la arena. Hay una gran toalla turca entre la arena y yo, y estoy casi sola. Los gatos y mi perro, Bluebell, han venido andando conmigo, pero dos de los gatos me abandonaron en el jardín de rosas vallado no muy lejos, y los otros cuatro están escondidos en la larga duna de hierba que queda por encima de mí. Bluebell está más abajo, en el agua. Es una perra labrador perdiguera negra y nada y gira en el agua y busca una gaviota para jugar, pero las gaviotas se alejan volando y chillando ofendidas nada más verla. No me quedará mucho más tiempo. Dentro de unos minutos, me levantaré y emprenderé el camino a casa, un trayecto de cinco minutos a través de dunas de hierba, entre árboles y a través del amplio prado en pendiente que lleva a la gran casa donde está el jardín de rosas. Yo vivo al pie del prado. Solo me quedará aquí echada unos pocos minutos más y luego volveré.

Pero he abierto los ojos demasiado bruscamente, por ninguna razón en particular, y la playa de East Hampton se había desvanecido, junto con Bluebell y los gatos, todos ellos muertos hace ya años. La toalla turca es en realidad la nudosa colcha blanca de la cama en la que estoy echada, y la fresca brisa oceánica es la que me llega del bendito aparato de aire acondicionado. Fuera hace treinta y cuatro grados, un día terrible en Nueva York. Muy distinto de mi ensoñación de arena, mar y rosas. La ensoñación era, al fin y al cabo, un leve ataque de añoranza. La razón por la que se trata de un ataque leve y no feroz es que hay multitud de lugares por los que siento morriña. East Hampton es solo uno de ellos.

20 de septiembre de 1976

UNA BENDICIÓN

He pensado que si lograba componer una primera frase con las tres palabras «frío y soleado», podría escribirte una carta. Y aquí la tienes. La he escrito. No tengo noticias, solo unas pocas observaciones que no son ni siquiera fortuitas. Son observaciones muy sólidas, y si no tengo cuidado, me constreñirán y acabarán convirtiéndose en secretos y luego, aún peor, en convicciones.

Treinta minutos después. He salido a tomar un café sola y mientras esperaba a que hirviera el agua he considerado todas las «observaciones» no fortuitas que había alineado solemnemente para tu inspección. Mientras las examinaba, han empezado a desvanecerse y finalmente han desaparecido todas, absolutamente todas, lo cual es una buena cosa. Habrían sido aburridas de leer.

Formaban una multitud afectada y bastante desagradable, como si se hubieran encontrado en una fiesta que no era lo que esperaban y llevasen el atuendo equivocado. Todas llevaban sofisticados y largos vestidos de tafetán y mucho vuelo, con aire del siglo XVIII, y cada vestido de baile tenía un matiz distinto de verde.

Han ido desapareciendo de una en una, pero su partida se me ha antojado brusca, y ahora creo que no eran observaciones sino quejas, y si es así, se habrán ido al departamento de reclamaciones, donde yo nunca miro. Nunca me encontrarán cerca del departamento de reclamaciones. Hay demasiados espejos allí para mi gusto.

El departamento de reclamaciones se vacía de vez en cuando; se vacía del todo y se queda casi desierto. Yo siempre sé cuándo está vacío. Cuando me siento feliz, sé que está vacío. Es decir, cuando soy especialmente feliz. Además, creo que entonces, todos los desdichados de ese sombrío

departamento se convierten en ángeles, o en algo seráfico, parecido a los ángeles, y se van lejos, muy lejos.

Ayer por la tarde, mientras andaba por la calle Cuarenta y dos, atravesando directamente Bryant Park, vi una sombra de tres puntas en la acera, en el ángulo donde se encuentran dos paredes. No entré en la sombra, pero me quedé un momento en la fina luz solar del invierno y la contemplé. La reconocí enseguida. Era exactamente la misma sombra que solía caer en la parte de cemento de nuestro jardín de Dublín, hace más de cincuenta y cinco años.

Vivimos en aquella casa durante trece años. Era una de las casas de una larga hilera que se enfrentaban, al otro lado de la silenciosa callecita, a otra larga hilera de casas idénticas, cada una con un pequeño jardín delantero y un jardín más grande detrás. Cada vez que mi padre llegaba a casa, iba primero al salón de atrás a mirar por la ventana el jardín de su mujer y ver por sí mismo los cambios que se habían producido en las horas que él estaba fuera.

Celebré mi quinto cumpleaños en aquella casa y también mi cumpleaños diecisiete, y debo decirte que cinco está más cerca de diecisiete que diecisiete de cinco. ¿Qué opinas? Y por supuesto, todos mis cumpleaños de cinco a diecisiete se celebraron allí. Todos los cumpleaños se celebraban con regalos por la mañana y una merienda con pastel muy especial de cumpleaños al atardecer.

Una Nochevieja, algo maravilloso ocurrió en nuestra pequeña calle. No la llamaban calle, sino avenida. Avenida Cherryfield. Y estaba cerrada en su extremo: no era accesible a los coches. Lo que ocurrió aquella Nochevieja fue que a media tarde corrió la voz de casa en casa de que un minuto o así antes de la medianoche todos saldríamos a nuestro jardín de delante, dejando las puertas abiertas, de modo que la luz irradiara tras nosotros, y esperaríamos allí a oír las campanas del Año Nuevo. Yo casi me volví loca de emoción y felicidad. Sé que di un salto de alegría. Aquella Nochevieja fue una de las grandes ocasiones de nuestras vidas.

Debo decirte que estoy rezando al Dios Todopoderoso para que bendiga tu casa, con bendiciones extra que vayan contigo cuando salgas de casa, de modo que allí donde estés, estés a salvo.

Bendiciones para tu casa. Feliz Año Nuevo.

5 de enero de 1981

NOTAS

¹ «Ella está lejos de la tierra donde / su joven héroe duerme, / y los amantes la rodean suspirando, / pero ella se aparta fríamente / de sus miradas, y llora / pues su corazón yace en la tumba de él...». Canción irlandesa con letra de Thomas Moore, sobre Sarah Curran, novia del patriota irlandés Robert Emmett, que organizó una sublevación en 1803.

² Se trata de una canción celta, con letra de Thomas Moore (y música de Sir John Stevenson), que Joyce citaba en *Retrato del artista adolescente*. La letra completa dice *Oft in the stilly night / Ere slumber's chain has bound me / Fond memory brings the light / Of other days around me / The smiles, the tears of boyhood years / The words of love then spoken / The eyes that shone are dimmed and gone / The cheerful hearts now broken / Thus in the stilly night / Ere slumber's chain has bound me / Sad memory brings the light / Of other days around me / When I remember all the friends / So litiked together / I've seen around me fall / Like leaves in wintry weather / I feel like one who treads alone / Some banquet hall deserted / Whose lights have fled and garlands dead / And all but he departed. / Thus in the stilly night / Ere slumber's chain has bound me / Sad memory brings the light / Of other days around me.*

³ Brennan usa el término *Father Christmas*, «Padre Navidad», que es el nombre anglosajón y que de hecho contribuyó a extender la creencia en el Santa Claus americano. Aunque en nuestro país es más conocido como Papa Noel, por influencia francesa, tal vez aquí sea más pertinente traducir como Santa Claus. (*N. de la T.*)

⁴ El punto de Aran es típicamente irlandés, lana gruesa con dibujos

variados de ochos y múltiples motivos geométricos.

⁵ Se trata de una célebre y polémica cita de Rudyard Kipling sobre la diferencia cultural: «East is East, West is West and never the twain shall meet», «Oriente es Oriente, Occidente es Occidente y el encuentro es imposible». (*N. de la T.*)

⁶ Podría ser que Martin, en su confusión, aludiera al célebre «Nothing will come of nothing» («Nada surgirá de la nada») del Rey Lear a Cordelia, que en realidad viene de una idea de Parménides y de la cosmogonía griega según la cual el mundo no se pudo crear *ex nihilo*, no pudo venir de la nada. (*N. de la T.*)

⁷ Parece que Clare, mientras la llevan al manicomio, canta simbólicamente una canción popular en que el capitán dice a la tripulación que salten a los botes mientras que él se quedará en el barco que ama, *The Ship I Love*. «I'll stick to the ship, lads, / You save your lives, / I've no one to love me, / You've children and wives; / You take the boats, lads, / Praying to heaven above, / But I'll go down in the angry deep, / With the ship I love.» (*N. de la T.*)

⁸ El irlandés Tim Costello y su hermano Joe tenían un bar en la Tercera Avenida esquina con la calle Cuarenta y cuatro, que frecuentaban Maeve Brennan y otros colegas escritores del *The New Yorker*. (*N. de la T.*)

⁹ Plantagenet era la dinastía que reinó en Inglaterra entre 1154 y 1399. Naturalmente, con *hogarthiana* se refiere al parecido de ella con los personajes de los grabados de William Hogarth (Londres, 1697-1764). (*N. de la T.*)

¹⁰ Como casi todo el mundo sabe, Manhattan es un rectángulo con una retícula geométrica de avenidas que la recorren de norte a sur, y las calles numeradas de este a oeste. De norte a sur, la ciudad se divide en la parte alta o *uptown*, la zona media o *midtown* y la más baja o *downtown*. (*N. de la T.*)

¹¹ *Mr. Sugarman* significa «señor Azúcar» o «señor Dulce». (*N. de la T.*)

¹² *The Old Place* significa «Viejo lugar», sitio antiguo, pero también podría traducirse como «El sitio de siempre». (*N. de la T.*)

¹³ La festividad de Decoration Day, ahora llamada Memorial Day, se celebra el último lunes de mayo como homenaje a todos los soldados norteamericanos muertos en guerra e inaugura las vacaciones estivales. (*N. de la T.*)

¹⁴ Se refiere a la organización benéfica asociada a la iglesia protestante fundada en el siglo XIX. (*N. de la T.*)

¹⁵ El personaje parodia un anuncio del método Berlitz de aprendizaje de idiomas y sus célebres libros de frases francesas. (*N. de la T.*)

¹⁶ La estructura de Manhattan es cuadrangular, con las grandes avenidas que recorren la isla de norte a sur y las calles numeradas de este a oeste divididas por la Quinta Avenida. Lo que la autora llama *side streets* son las calles numéricas perpendiculares a la avenida Broadway. (*N. de la T.*)

¹⁷ Brennan juega con los distintos significados de *blue*, azul, y triste, melancólico, sentido que da origen a la definición del *blues* como música melancólica. (*N. de la T.*)

¹⁸ En España, *Butterfield 8* se tituló *La mujer marcada*. (*N. de la T.*)

¹⁹ El ferrocarril elevado conocido como «the Third Avenue El», el El de la Tercera Avenida, iba por Manhattan y el Bronx, operaba como empresa independiente, fue adquirido por la IRT y finalmente derribado e integrado en las líneas de metro subterráneo de Nueva York. (*N. de la T.*)

²⁰ Idlewild era el antiguo nombre del aeropuerto neoyorquino ahora llamado JFK. (*N. de la T.*)

²¹ James Montgomery Flagg (1877-1960) fue un famoso artista y dibujante estadounidense, autor entre otros del célebre cartel del tío Sam pidiendo a los jóvenes que se alistaran en el ejército para la Primera Guerra Mundial. (*N. de la T.*)

²² En inglés, *flat iron* significa «hierro plano». (*N. de la T.*)

²³ La traducción directa, sin la rima ni la gracia de la cantinela, sería: «tipos ligones con sus ojos ligones» o «tipos coquetos con sus coquetos ojos». (*N. de la T.*)

²⁴ Bedlam significa en inglés, por extensión, manicomio, y tiene su origen en el hospital psiquiátrico Bethlem Royal Hospital de Londres, antes llamado Betlehem y Bedlam, como Sant Boi en Cataluña o Cienpозuelos en Madrid llegaron a significar manicomio o institución mental en el lenguaje popular. (*N. de la T.*)

²⁵ Se trata de una comedia musical de Broadway llevada al cine en 1930 y 1940, que termina con una fiesta y un número de baile general. *Gaité Parisienne* era un ballet de 1938 con música de Jacques Offenbach y arreglos

de Manuel Rosenthal, que se desarrollaba en el café Tortoni del París de 1800. (N. de la T.)

²⁶ Canción *yiddish* de un musical de 1932 que fue traducida al inglés, interpretada entre otros por las Andrew Sisters, y se convirtió en un gran éxito, con versión francesa y alemana. (N. de la T.)

²⁷ *Bei mir bist du schön* / significa que eres grande / *Bei mir bist du schön* / significa que eres lo mejor de la tierra. (N. de la T.)